

ENRIQUE SIENKIEWICZ

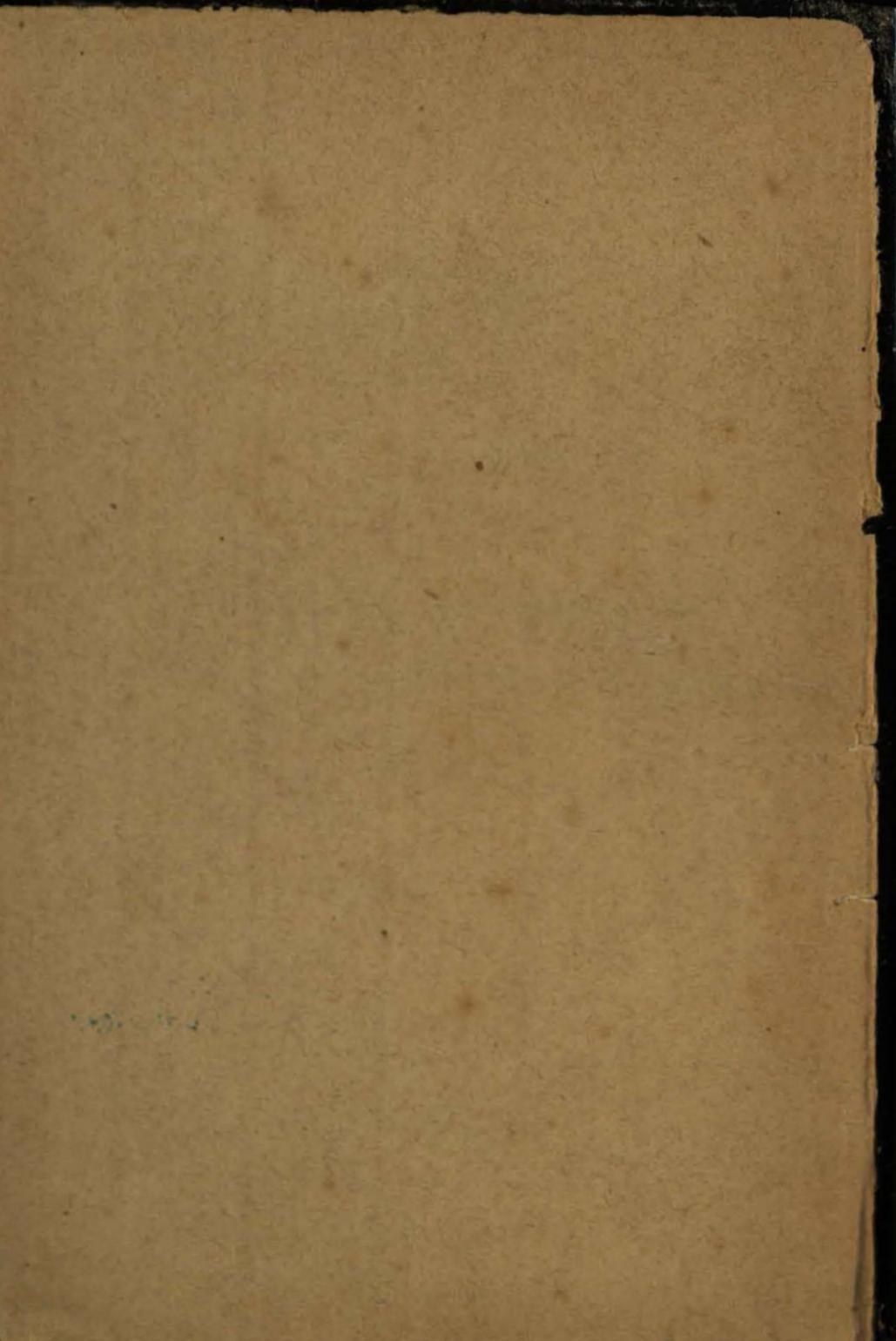
Quo Vadis?



Casa Editorial Maucci—Barcelona—Buenos Ayres—M



QUO VADIS?



ENRIQUE SIENKIEWICZ

Quo Vadis?

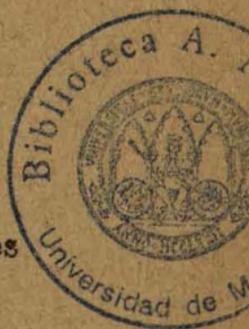
NOVELA DE LOS TIEMPOS NERONIANOS

TRADUCCIÓN

de

EDUARDO POIRIER

Segunda edición de 20.000 ejemplares
cuidadosamente revisada y corregida




TOMO SEGUNDO



FONDO

M^a Josefa Díez de Revuiga Torres

BARCELONA

Casa Editorial Maucci.-- Mallorca, 226 y 228

BUENOS AYRES

Maucci Hermanos

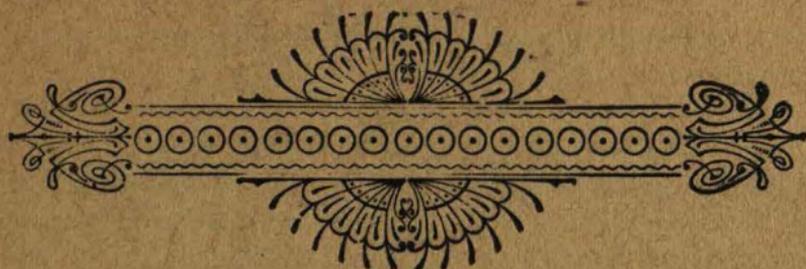
Cuyo, 1070

MÉXICO

Maucci Hermanos

1.^a del Relox, 1

1900



QUO VADIS?

CAPÍTULO XXIX

(Continuación)

Un día Vinicio vió entre los carros de los caballeros uno espléndido: el de Crisotemis, precedido por dos mastines de Molosia. Iban rodeando á la hermosa grupos de jóvenes y también de ancianos senadores, cuya posición los había obligado á permanecer en la ciudad.

La propia Crisotemis guiaba el carro, llevando las riendas de cuatro jacas de Córcega, y distribuyendo sonrisas en derredor y ligeros chasquidos con su látigo de oro. Al ver á Vinicio refrenó sus caballos, le hizo subir á su carro y le llevó á su casa, en donde hubo una fiesta que duró la noche entera. Allí bebió tanto el joven, que no supo cuando le habían conducido de regreso á su hogar. Recordaba, sin embargo, que al hacer Crisotemis mención de Ligia en su presencia, él se había sentido herido y hallán-

dose ya ebrio había vaciado un vaso de Falermo en la cabeza de la amante de Petronio.

Pero al día siguiente Crisotemis, quien, por lo visto, había olvidado muy pronto aquella injuria, vino á visitarle y le llevó por segunda vez á la Vía Apia. En seguida cenó en casa de Vinicio y le confesó que desde hacía tiempo la tenía hastiada, no solo Petronio, sino hasta su mismo tocador de laúd; y que su corazón se hallaba por fin libre.

Durante una semana más, vióseles juntos, pero aquellas relaciones no prometían ser duraderas.

Después del incidente del vaso de vino de Falerno, jamás volvió á pronunciarse entre ellos el nombre de Ligia, pero á Vinicio se le hacía imposible sustraerse al recuerdo de la joven. Asaltábale en todo momento la idea de que sus azules ojos le estaban observando fijamente y sentíase por ello como aterrorizado. Y sufría, y no podía desprenderse de la convicción de que con cada una de sus acciones atolondradas estaba martirizando á Ligia, y esa misma convicción martirizábale á él también.

A raíz de la primera escena de celos con Crisotemis, que ésta provocara por haber comprado Vinicio dos damiselas sirias, despidióla de brusca manera.

Mas, no puso por ello término á su vida licenciosa y de placer, á la que parecía seguir entregándose tan sólo por el despecho que le causaba el desvío de Ligia.

Finalmente, se convenció de que el recuerdo de la joven no le abandonaba un instante; de que era ella la causa única de su febril actividad para el mal como para el bien; y de que verdaderamente nada había en el mundo que ocupara su alma sino ella.

El hastío y el cansancio se apoderaron entonces de su ánimo.

El placer hízosele aborrecible y no le dejaba en el alma otra cosa que las amargas heces del remordimiento. Y se consideraba entonces como un hombre despreciable, sentimiento que, no obstante, llenábale de indecible asom-

bro, pues anteriormente había conceptuado siempre como bueno todo cuanto pudiera procurarle deleite ó bienestar.

Por último, le abandonaron el albedrío y la confianza en sí mismo, y cayó en una especie de marasmo, del cual no pudieron arrancarlo ni siquiera las noticias de la llegada del César.

Nada le impresionaba ya; y ni aún fué á visitar á Petronio, hasta que éste le mandó á su casa una invitación y una litera.

Al ver á su tío, quien lo acogió con agrado, contestó de mala gana á sus preguntas; pero sus sentimientos y sus ideas, refrenados por tanto tiempo, estallaron al fin, brotando de sus labios en un torrente de palabras.

Una vez más contó á Petronio detalladamente la historia de sus pesquisas en busca de Ligia, de su vida entre los cristianos, de todo cuanto había visto y oído allí, de lo que había pasado por su cerebro y por su corazón; y finalmente confesó con amargura que se hallaba sumergido en un caos, en medio del cual comprendía que había perdido ya toda ecuanimidad y hasta el don de discernir y de juzgar.

Nada le atraía, nada le agradaba y no sabía qué hacer, ni á qué dedicarse.

Hallábase alternativamente dispuesto á honrar ó á perseguir á Cristo; comprendía la grandeza de sus enseñanzas; más al propio tiempo le inspiraban repugnancia irresistible.

Sentíase asimismo penetrado de que, aún cuando llegase á ser suya Ligia, jamás podría haber en ello posesión completa: Cristo tendría también á compartirla.

Finalmente, vivía como si no viviera: sin esperanza, sin mañana, sin expectativa alguna de felicidad. En derredor sólo veía tinieblas, en medio de las cuales buscaba desorientado y á tientas una salida que se hallaba incapacitado de encontrar.

Mientras hacía Vinicio su narración. Petronio había es-

tado observando su demudado rostro y sus manos, que al hablar extendía hacia adelante de una manera extraña, cual si pugnara por abrirse un camino por entre las sombras. Y permaneció meditabundo por espacio de algunos instantes. Luego levantóse de súbito y acecándose á Vinicio le tomó con los dedos algunos cabellos cercanos á la oreja, diciéndole:

—¿Sabes que ya empiezan á verse canas en tus sienas?

—Es muy posible,—contestó Vinicio.—No me extrañaría el hallarme antes de mucho con la cabeza totalmente cubierta de ellas.

Sucediose un breve silencio.

Petronio era hombre de sólido criterio y más de una vez habíase puesto á meditar acerca del alma y de la vida del hombre.

Pensaba que la vida en general, en medio de aquella sociedad de que ambos formaban parte, podía ser exteriormente feliz ó desgraciada, pero interiormente hallábase como en estado de anestesia. A la manera que un terremoto ó un rayo podía derribar un templo, el infortunio á su vez podía aniquilar la vida. Esta, empero, en sí misma, la informaban líneas sencillas y armoniosas, exentas de toda complicación.

Pero de las palabras de Vinicio desprendíase algo más,—algo empequeñecedor de este concepto,—y Petronio encontróse por primera vez delante de una serie de abstrusos problemas psicológicos que nadie había logrado resolver hasta entonces.

Y era hombre de suficiente raciocinio para apreciar su importancia, pero aún con toda su habitual sagacidad, sentíase ahora incapaz de dar solución á las cuestiones propuestas. Así, pues, al cabo de un largo silencio, dijo como para orillar la dificultad:

—Esos deben de ser encantamientos.

—Yo también he solido pensar lo propio,—contestó Vini-

cio.—Más de una vez me ha parecido que tú y yo nos hallábamos bajo su influjo.

—¿Si te dirigieras por ejemplo á los sacerdotes de Serapis? Entre ellos, como sucede siempre con los de su casta, existen embaucadores, pero los hay también que han llegado á descubrir secretos admirables.

Esto lo dijo, empero, sin el menor asomo de convicción y con voz insegura, porque él mismo comprendía cuán vano y hasta ridículo debía parecer ese consejo al emanar de sus labios.

Vinició se pasó la mano por la frente y dijo:

—¡Encantamientos! Yo he conocido hechiceros que ape-laban al influjo de poderes desconocidos y subterráneos, en su provecho personal, y los he visto asimismo emplear esas armas en perjuicio de sus enemigos. Pero, estos cristianos viven en pobreza, perdonan á sus malquerientes, predicán la sumisión, la virtud y la misericordia: ¿cuál provecho podrían, pues, reportar de los encantamientos, y para qué habrían de recurrir á ellos?

A Petronio contrariábale visiblemente el haber de confesarse á sí mismo que con toda la sutileza de que se hallaba dotado, no tenía respuesta alguna que dar á esta pregunta.

Y no deseando hacer patente su contrariedad dijo por contestar algo:

—Es una secta nueva.

Y un momento después agregó:

—¡Por la divina moradora de las arboledas de Pafos, cómo acaba la vida todo eso! Tú admiras la bondad y la virtud de esos cristianos; más yo te digo que los conceptúo malas gentes, porque son enemigos de la vida, al igual de las enfermedades y la muerte.

En el estado actual de las cosas, tenemos ya demasiados enemigos de esa índole; no necesitamos, pues, que vengan á juntarse á ellos los cristianos. Ponte á contarlos: las enfermedades, el César, Tigelino, la poesía cesárea, zapateros

remendones que gobiernan sobre los descendientes de los antiguos quirites, libertos que ocupan un asiento en el Senado... ¡Por Castor! ¡tenemos ya bastantes! Esa es una secta destructora y repelente... ¿Has intentado sacudir tu tristeza volviendo á gustar de las dulzuras de la vida?

—Lo he intentado,—contestó Vinicio.

—¡Ah, traidor!—dijo Petronio riendo,—las noticias se extienden con mucha rapidez entre los esclavos; tú me has seducido á Crisotemis.

Vinicio hizo un ademán displiciente.

—En todo caso te lo agradezco,—dijo Petronio.—Voy á enviarla un par de chinelas bordadas con perlas. En mi lenguaje amatorio eso quiere decir: «Vé á paseo.» Y á tí debo quedarte doblemente reconocido. Primero: porque no quisiste aceptar á Eunice; segundo: porque me has librado de Crisotemis. ¡E-cúchame! Tienes delante á un hombre que se ha levantado temprano, que ha disfutado de los refinamientos termales, poseído á Crisotemis, escrito sátiras y en ocasiones hasta entremezclado la prosa y el verso, pero que también ha solido sentirse tan hastiado como el mismo César y á menudo incapaz de sustraerse á los pensamientos tétricos. ¿Y sabes cuál era la causa? El haber estado buscando lejos lo que tenía al alcance de mi mano.

Una mujer bonita vale siempre lo que pesa en oro: pero si ama por añadidura, llega á ser inestimable. Tesoro semejante no podrás tú comprar ni con todas las riquezas de Verres (1). Y yo me digo ahora: he de llenar mi vida de felicidad, como se llena una copa con el más exquisito vino que haya producido la tierra, y he de apurar esa copa hasta que se me paralice la mano y palidezca mi labio. Lo que sobrevenga mañana, no me importa: esta es la síntesis definitiva de mi filosofía actual.

(1) Pretor de Sicilia muy avaro, cruel y lujurioso contra quien han quedado siete oraciones de Cicerón.

—Tú la has proclamado siempre: nada de nuevo hay en ella.

—Sí, hay la parte substancial, que antes me faltaba.

Y al decir esto llamó á Eunice, quien hizo su entrada, exquisitamente vestida de blanco. Ya no era la antigua esclava, sino una especie de diosa del amor y la felicidad. Petronio le abrió los brazos y la dijo:

—Ven.

Corrió Eunice entónces hacia él y sentándose sobre sus rodillas, le rodeó el cuello con los brazos y reclinó sobre su pecho su hermosa cabeza.

Y Vinicio vió subir á sus mejillas reflejos púrpureos y cubrir sus enajenados ojos leve niebla de venturoso arrobamiento.

Así formaban ambos un armonioso grupo simbólico de la dicha y el amor.

Petronio extendió la mano hacia un amplio vaso colocado sobre una mesa que había próxima y tomando de él un puñado de violetas, esparciólas en la cabeza, el seno y el manto de Eunice; y luego haciendo á un lado la túnica que cubría los brazos de la joven, dijo:

—¡Dichoso quien como yo ha encontrado el amor envuelto en formas semejantes! Paréceme á veces que somos un par de dioses. ¡Mira Vinicio! ¿Han creado líneas más potentes Praxíteles, ó Mirón, ó Escopas, ó el mismo Lisias? ¡O existirá en Paros, ó en el Pentélico, un mármol como éste: tibio, róseo y palpitante de amor? Hay gentes que encuentran deleite en besar los bordes de los vasos; mas, yo prefiero buscar el placer allí donde reside realmente.

Y empezó á acariciar con sus labios los hombros y el cuello de Eunice, por cuyo cuerpo á la sazón discurría un estremecimiento embriagador, en tanto que, ora abría, ora entornaba los ojos con expresión de dicha inenarrable.

Petronio levantó en seguida la primorosa cabeza de la joven y dijo, volviéndose á Vinicio:

—Pero, piensa y dime ahora; ¿qué son esos tétricos cristianos en comparación con esto? Y si no eres capaz de apreciar la diferencia, vete con ellos! Aunque, si bien se mira, estoy cierto de que este espectáculo ha de curarte.

Dilatáronse las narices de Vinicio, aspiró el aroma de las violetas que llenaba toda la estancia y palideció al pensar que si le fuera dado pasear de igual manera sus labios por los hombros de Ligia, sería para él aquella como una especia de inmensa delectación sacrilega, tras de la cual bien pudiera desvanecerse como burbuja de aire el mundo entero!

Y habituado ahora á una rápida percepción de los fenómenos internos que en él se operaban, notó que en ese instante en Ligia, sólo en Ligia pensaba.

—Eunice, divina mía,—dijo Petronio,—hay que preparar guirnaldas para nuestras cabezas, y un refrigerio.

Y cuando la joven hubo salido, repuso dirigiéndose á Vinicio:

—La ofrecí darle libertad, ¿y sabes qué me contestó: —«Prefiero ser tu esclava, antes que mujer del César!»

Y no aceptó la manumisión. Hube entonces de acordársela sin conocimiento suyo. El pretor me dispensó del trámite de exigir su presencia. Y ella no sabe que hoy es libre, y asimismo ignora que esta casa y todas mis joyas, con excepción de las gemas (1), tuyas serán, llegado el caso de mi muerte.

Luego se levantó, dió algunos paseos por la estancia y repuso:

—El amor es causa de transformaciones más radicales en unos hombres que en otros, y hasta en mí ha operado cambios. Antes gustaba yo del aroma de la verbena; mas, como Eunice prefiere las violetas, gústanme hoy más estas que todas las demás flores y desde la llegada de la primavera vivimos tan sólo en un ambiente de violetas.

(1) Piedras preciosas.

Y aquí detúvose delante de Vinicio y le preguntó:

—Y tú, ¿sigues apegado siempre al nardo?

—¡Dame paz!—contestó el joven.

—He deseado que veas á Eunice y te he vuelto á hacer mención de ella, porque acaso tú también estés buscando lejos lo que se halla cercano á tí. Posible es que ahora mismo, en algunos de los aposentos de tus esclavas, haya algún corazón ingenuo y leal que á tí esté consagrando sus latidos. ¿Por qué no habrías de aplicar ese bálsamo á tus heridas? ¿Dices que Ligia te ama? Bien puede ser. Mas, ¿qué clase de amor es ese que abdica sus prerrogativas? No significa ello más bien que en esa joven impera otra fuerza más poderosa que su amor? No, querido, Ligia no es Eunice.

—Y todo ello no es para mí sino un sólo y único tormento—contestó Vinicio.—Te observé cuando besabas en los hombros á Eunice y ocurrióseme entonces que si Ligia me presentara alguna vez sus hombros desnudos, no me importaría que en seguida se abriese la tierra á nuestros pies.

Pero también, ante esa sola idea, se apoderó de mí una especie de sobrecogimiento medroso, cual si acabase de ofender á una vestal ó intentara profanar á una deidad. Ligia no es Eunice, más yo no aprecio la diferencia de igual manera que tú. El amor ha operado una revolución en tus órganos olfatorios, y prefieres hoy las violetas á las verbenas; pero en mí ha cambiado el alma; y así es como, á pesar de mi estado anhelante y miserable, prefiero que Ligia siga siendo lo que es, á que se parezca á las demás mujeres.

—En ese caso, no eres víctima de ningún agravio. Mas, no me doy cuenta de la situación.

—¡Ciertol ¡Ciertol—contestó Vinicio con acento febril.

—¡Nosotros no podemos ya entendernos!

Sucedióse otro intervalo de silencio.

Petronio exclamó por fin:

—¡Pluguiése á las Parcas engullirse á esos cristianos Te han llenado de zozobra y aniquilado tu concepto de la vida. ¡Que las Parcas los devoren! Estás en un error al creer que su religión es buena; porque si bien es todo lo que procura al hombre la felicidad, á saber: la belleza, el amor, el poder; y á esto llaman ellos vanidad. Y estás equivocado asimismo al hallar justicia en esa religión; porque, si pagamos bien por mal, ¿qué habremos de pagar por bien? Y además, si la recompensa en la misma para los unos como para los otros, ¿á qué tomarse la molestia de ser bueno?

—No, la recompensa no es la misma, y según sus enseñanzas, empieza en una vida futura, cuya duración no tiene límites.

—No entro en esa cuestión, porque estimo que, después de nuestros días, nosotros veremos algo, si acaso es posible ver sin ojos. Entretanto, considero que esos cristianos carecen de aptitud para juzgar acerca de tales asuntos. Ursus estranguló á Croton, porque Ursus tiene músculos de bronce, y eso se vé; pero los otros son unos estóolidos y el porvenir no puede pertenecer á los estóolidos.

—Para ellos la vida empieza con la muerte.

—Que es como si dijéramos: «El día empieza con la noche.» ¿Tienes la intención de volver á arrebatárles á Ligia?

—No, porque no puedo pagarle mal por bien, y he jurado que no lo haría.

—¿Luego te propones abrazar la religión de Cristo?

—Deseo hacerlo, pero mi naturaleza se resiste á ello.

—Pero, ¿podrás olvidar á Ligia?

—No.

—Entonces, viaja.

En este momento anunciaron los esclavos que estaba listo el refrigerio; pero Petronio, á quien pareció á la sazón sobrevenirle una idea salvadora, dijo cuando se encaminaban ambos al triclinio:

—Tú has recorrido una parte del mundo, pero sólo como un soldado que se dirige presuroso á su destino, sin hacer escalas en su viaje. Ven con nosotros á la Acaya. El César no ha dado de mano á esa excursión. Y se detendrá por todas partes en el camino, y cantará, y recibirá coronas, y saqueará templos y volverá triunfante á Italia. Este en cierto modo simulará un viaje hecho por Baco y Apolo en una misma persona. Y entre augustianos de ambos sexos habrá un millar de cítaras. ¡Por Cástor! valdrá la pena el presenciar ese espectáculo, cuyo igual no ha visto hasta la fecha el mundo entero!

En seguida se colocó en el lecho triclinario, delante de la mesa y al lado de Eunice; y cuando los esclavos le hubieron puesto en la cabeza una guirnalda de anémones, continuó así:

—¿Qué has visto tú en el servicio de Corbulón? Nada. ¿Has recorrido minuciosamente los templos griegos como yo—como yo, que pasé más de dos años de las manos del uno al otro guía? ¿Has estado en Rodas y recorrido los sitios en donde se alza el coloso? ¿Has visto en Panope, en la Fócida, la arcilla de la cual Prometeo formó al hombre; ó en Esparta los huevos de Leda (1); ó en Atenas la famosa armadura sármata hecha de cascos de caballo; ó en Eubea el barco de Agamenón; ó la copa á la cual sirvió de modelo el seno izquierdo de Helena? ¿Has visitado Alejandría, Menfis, las Pirámides; has visto los cabellos que Isis se arrancó de la cabeza á impulsos de su dolor por Osiris? ¿Has oído las voces de Memnon? (1) Amplio es el

(1) Leda, la mujer de Tindaro, rey de Laconia, que como fruto de su unión fortiva, junto al río Eurotas, con Júpiter transformado en Cisne, dió á luz dos huevos, de uno de los cuales nacieron Cástor y Clitemnestra y del otro Pólux y Helena.

(1) Memnon, hijo de Titono y de la Aurora, muerto por Aquiles en el sitio de Troya y convertido en ave por los ruegos de su madre.—Ócébre estatua egipcia que se suponía tenía la propiedad de emitir sonidos como de arpa á la salida del sol.

mundo y no todo concluye en el Trastiber. Yo voy á acompañar al César, y en el viaje de regreso me separaré de él para ir á Chipre, porque es el deseo de esta diosa mía de cabellos áureos, que vayamos juntos á presentar nuestra ofrenda de palomas á la divinidad de Pafos; y has de saber que todo cuanto ella desee, lo quiero yo.

—Soy tu esclava,—dijo Eunice.

Petronio reclinó la cabeza coronada de guirnaldas sobre el pecho de la joven y dijo con una sonrisa:

—Entonces yo soy el esclavo de una esclava. ¡Sabe, divina mía, que te admiro de la cabeza á los pies!

Y dirigiéndose á Vinicio, agregó:

—Ven con nosotros á Chipre. Pero ten presente que es menester que veas antes al César. Malo es que todavía no te hayas presentado, y Tigelino, ya lo sabes, ha de estar pronto para utilizar esta circunstancia en tu perjuicio. Cierto es que no abriga personalmente odio hacia tí; mas no puede amarte, siquiera sea porque eres el hijo de mi hermana. Diremos que has estado enfermo. Y es necesario que meditemos bien lo que has de contestar, si él te preguntase algo acerca de Ligia. Lo mejor será hacer un ademán desdeñoso y decir que la tuviste á tu lado hasta cansarte de ella. El comprenderá eso perfectamente. Dile también que la enfermedad te ha retenido en casa; que tu fiebre aumentó en fuerza de tu desconsuelo por no haber podido ir á Nápoles á escuchar su canto y que lograste al fin mejoría estimulado por la sola esperanza de volver á oírle. Y no temas incurrir en este punto en exageraciones.

Tigelino promete discurrir en obsequio al César no sólo algo grande, sino enorme, estupendo. Temo que llegue á minarme; y temo también á la desmedrada situación de tu ánimo.

—¿Sabes tú,—dijo Vinicio,—que hay gentes que no temen al César y viven tan tranquilos como si él no existiese?

—Ya sé quienes son esos, presentes siempre en tu memoria: los cristianos.

—Sí; solamente ellos. Y entretanto, nuestra vida... ¿qué es nuestra vida, sino un continuado terror?

—Pero no vuelvas á nombrar á esos cristianos. No temen al César, porque él tal vez ni siquiera ha oído hablar de ellos, y en todo caso nada sabe que les ataña, y le importan tanto como un montón de hojas secas. Pero yo te digo que esas son gentes ineptas. Tú mismo te has dado cuenta de esto: si sus enseñanzas repugnan á tu naturaleza es porque presientes que no son ellos otra cosa que unos pobres de espíritu. Tú eres hombre de un orden superior, de otra clase de arcilla; así, pues, en adelante, no te molestes, ni me molestes á mí por su causa. Nosotros sabremos vivir y morir: en cuanto á ellos, ignórase qué otra cosa sean capaces de hacer.

Estas pabras hicieron impresión en el ánimo de Vini-
cio; y al volver á su casa le ocurrió pensar que verdaderamente acaso la bondad y la índole caritativa de los cristianos era una prueba de su pobreza de espíritu. Porque parecía que gentes animadas de fuerza y dotadas de carácter no podrían perdonar de esa manera. Y vino á su cerebro la idea de que esta debía de ser la causa real de la repulsión que en su alma de romano sentía por sus enseñanzas. «¡Nosotros sabemos vivir y morir!» había dicho Petronio.

En cuanto á ellos, sólo sabían perdonar y no comprendían ni el verdadero amor, ni el odio verdadero.

CAPÍTULO XXX

El César, al regresar á Roma, sintióse irritado por haber vuelto, y al cabo de algunos días le dominó de nuevo el deseo de visitar la Acaya.

Hasta llegó á expedir un edicto en el cual declaraba

que su ausencia sería de corta duración, y que los negocios públicos no sufrirían detrimento alguno por causa de ella.

En compañía de los augustanos, entre los cuales hallábase Vinicio, encaminóse al Capitolio y presentó allí ofrendas á los dioses á fin de hacer el viaje bajo felices auspicios.

Pero al segundo día, en momentos en que visitaba el templo de Vesta, ocurrió un suceso que le hizo modificar todos sus planes.

Temía Nerón á los dioses, aún cuando no creyera en ellos; temía especialmente á la misteriosa Vesta, quien ahora le infundió tal pavor que á la vista de la divinidad y en presencia del sacro fuego, erizóronsele repentinamente los cabellos, castañetearon sus dientes, un estremecimiento general recorrió todos sus miembros y cayó aterroizado en los brazos de Vinicio, quien á la sazón acertó á encontrarse detrás de él.

Inmediatamente fué sacado del templo y conducido al Palatino, en donde pronto se repuso, pero no abandonó el lecho en ese día. Y declaró además, con gran asombro de los presentes, que veíase en el caso de diferir su viaje, pues la divinidad le había secretamente prevenido en contra de toda precipitación.

Una hora después anunciábase por toda Roma que habiendo reparado el César en la tristeza que se advertía en los semblantes de los ciudadanos de Roma, y movido por el amor que les tenía, como el de un padre á sus hijos, había dispuesto permanecer á su lado y compartir con ellos su destino y sus placeres.

El pueblo, regocijado ante tal resolución y cierto asimismo de que no habrían de faltarle juegos y una distribución de trigo, se reunió en gran número delante de las puertas del Palatino y prorrumpió en vítores en honor del divino César.

Este hallábase á la sazón entretenido en jugar á los da-

dos con algunos augustanos, é interrumpiendo el juego, dijo:

—Sí, era necesario aplazar el viaje. Egipto y la predicha dominación sobre el Oriente no pueden escapárseme; y así, tampoco hemos de perder la Acaya. Daré orden de cortar el Istmo de Corinto; y levantaré en el Egipto monumentos tales, que las pirámides á su lado han de parecer juguetes para niños; haré construir una esfinge siete veces mayor que la que mira al desierto fuera de Menfis, pero he de dar orden de que le pongan mi cabeza. Y las edades futuras no hablarán de otra cosa que de ese monumento y de mí.

—Con tus versos ya te has levantado á tí mismo un monumento no solamente siete veces, sino veintiuna veces mayor que la pirámide de Queops,—dijo Petronio.

—¿Y con mi canto?—preguntó Nerón.

—¡Ah! Si tan sólo fuera dado á los hombres erigirte una estatua, como la de Memnón, de la cual emergiera tu voz á la salida del sol! Por todos los siglos venideros los mares que rodean el Egipto veríanse cubiertos de un enjambre de barcos, en los cuales multitudes inmensas, procedentes de las tres partes del mundo, vendrían á escuchar extasiadas tu canto!

—¡Ah! ¿y quién podría hacer eso?—dijo Nerón.

—Pero, en cambio puedes hacer tallar de basalto un monumento en que tú figures dirigiendo una cuádriga.

—¡Cierto! ¡He de hacerlo!

—Y así dispensarás un nuevo don á la humanidad.

—En Egipto me desposaré con la Luna, que hoy está viuda, y seré entonces un verdadero dios.

—Y nos darás estrellas por esposas; y haremos una nueva constelación que se llamará la constelación de Nerón. Pero has de casar también á Vitelio con el Nilo, á fin de que pueda engendrar hipopótamos. Y á Tigelino dale el desierto; en él será rey de los adives. (1)

(1. Cuadrúpedo muy parecido al perro, que vive oculto de día, y, reunido con otros, caza por la noche animales pequeños, de que se alimenta principalmente. Es natural de las regiones más cálidas de Asia y Africa.

—¿Y á mí qué me predestinas? —preguntó Vatinio.

—¡Que Apis te bendiga! Dispusiste juegos tan espléndidos en Benevento, que no me es posible desearte mal. Haz un par de botas para la esfinge, cuyas garras han de entumecerse con el relente; después de eso podrías fabricarles sendos pares de sandalias á los colosos que forman calles delante de los templos. Todos han de encontrar allí una ocupación adecuada á sus aptitudes. Domicio Africano, por ejemplo, será el tesorero, ya que tan penetrados estamos de su honradez. Pláceme sobre manera, César, que sueñes con el Egipto, pero me apena que hayas diferido tus recientes proyectos de viaje.

—Tus ojos mortales nada vieron, porque la deidad se hace invisible á los hombres cuando le viene en deseo,—dijo Nerón.—Sabe que estando yo en el templo de Vesta, se me aproximó la diosa y me dijo al oído: «Aplaza tu viaje.» Y, ocurrió ello tan inesperadamente, que me infundió pavor, aún cuando debiera yo estar agradecido á los dioses por la notoria solicitud con que sobre mí velan.

—Todos nosotros nos aterrorizamos,—dijo Tigelino;—y la vestal Rubria se desmayó.

—¡Rubria!—dijo Nerón:—¡qué nevado cuello tiene!

—Y noté su turbación á la vista del divino César!

—¡Ciertol! Yo mismo reparé en ello. Eso es admirable. Hay algo de divino en cada una de las vestales, y Rubria es muy bonita.

—Decidme,—repuso luego, después de un momento de meditación,—¿por qué temen las gentes á Vesta más que á los otros dioses? ¿Qué significa esto? Aún cuando yo soy el sumo sacerdote, el miedo se apoderó de mí hoy por completo. Solamente recuerdo que me iba á la sazón de espaldas, y habría dado con mi cuerpo en tierra, si alguien no me hubiera sostenido. ¿Quién fué?

—Yo,—contestó Vinicio.

—¡Oh tú, «fornido Martel!» ¿Por qué no fuiste á Bene-

vento? Dícenme que has estado enfermo y por cierto que tienes demudado el semblante. También he oído que Croton te quiso matar. ¿Es eso cierto?

—Así es, y me rompió un brazo: más yo me defendí.

—¿Con un brazo roto?

—Un cierto bárbaro vino en mi auxilio; era más fuerte que Croton.

Nerón le miró con aire de sorpresa, y dijo:

—¿Más fuerte que Croton? ¿Estás chanceándote? Croton era el más hercúleo de los hombres; pero ahora tenemos á Siphax, de Etiopia.

—Te digo, César, que yo lo he visto con mis propios ojos.

—¿Dónde está esa perla? ¿No le han hecho ya rey de Nemea?

—No podría decirte, César. Le he perdido de vista.

—¿Y ni siquiera sabes de qué pueblo es oriundo?

—Como tuve un brazo roto, no me fué posible averiguar quién era.

—Búscamele, y encuéntramele.

—Yo me encargo de eso,—dijo Tigelino.

Pero Nerón siguió hablando á Vinicio.

—Te agradezco,—le dijo,—que me has sostenido, porque, de caer, bien pude haberme roto la cabeza. Hubo una época en que fuiste un buen compañero, pero las campañas y el servicio á las órdenes de Corbulón te han puesto un tanto huraño; raras veces te veo.

—Y á propósito,—agregó al cabo de un momento,—¿cómo está esa doncella, demasiado estrecha de caderas, de quien estuviste enamorado y que hice sacar para tí de casa de Aulic?

Vinicio sintióse confundido ante esta pregunta; más Petronio vino en su ayuda en el propio instante, y dijo:

—Señor: apostarí yo que la ha olvidado ya. ¿No has reparado en su confusión? Pregúntale más bien cuántas han venido sucesivamente á reemplazarla desde entonces,

y no te aseguro que pueda él darte una respuesta precisa. Los Vinicios son buenos soldados, pero aún mejores gallos; gustan de las aves por bandadas. Castígalo, señor, por eso, no invitándolo á la fiesta que ha prometido Tigelino disponer en tu honor en la piscina de Agripa.

—No haré tal. Y confío, Tigelino, en que allí no han de faltar las bandadas de beldades.

—¿Podrían estar las Gracias ausentes del sitio donde se halla presente Amor?—contestó Tigelino.

—El tedio me martiriza,—dijo Nerón.—Me he quedado en Roma por la voluntad de la diosa, pero la ciudad me es insoportable. Partiré para Ancio. Me ahogo en estas estrechas calles, con sus casas que parecen próximas á desplomarse, y en medio de esas raquíticas arboledas. El aire viciado llega hasta mi palacio y se infiltra aún al través de mis jardines. ¡Oh, si un terremoto destruyese á Roma! ¡Si un dios irritado quisiera arrasar con ella hasta el nivel del suelo! Yo demostraría entonces al mundo cómo ha de construirse la ciudad que es la cabecera del mundo y mi mi capital!

—César,—contestó Tigelino,—tú has dicho:

«¡Si algún dios irritado quisiera destruir la ciudad!» ¿no es así?

—¡Justamente! ¿Y qué?

—Pero, ¿no eres tú dios?

Nerón hizo un ademán de hastío, y dijo:

—Veremos tu obra en la piscina de Agripa. Después he de partir para Ancio. Vosotros sois pequeños: por eso no comprendéis que yo he menester de cosas inmensas.

Y cerró los ojos, dando así á entender que necesitaba descanso.

Los augustanos empezaron entonces á retirarse. Petronio salió también, acompañado de Vinicio, y le dijo:

—Estás, pues, invitado á tomar parte en la fiesta. Barba de Bronce renuncia á su viaje por el momento, y será eso parte para que se entregue en ella á un desenfreno

más loco que nunca: se establece ahora en la ciudad como en su propia casa.

Es necesario, por tanto, que tú también trates de hallar en las locuras que se preparan distracción y olvido. Hemos conquistado al mundo y tenemos el derecho de divertirnos. Tú, Marco, eres un apuesto mozo y á ello en parte atribuyo la inclinación que siento hacia tí. ¡Por Diana de Efeso! si pudieses ver tus cejas unidas y tu semblante, en el que se advierte con evidencia la antigua sangre de los quirites! Los demás que cerca de tí se hallaban hace poco, tenían aire de simples libertos. A la verdad que si no fuera por esa religión insensata, Ligia estaría en tu casa hoy día. Intenta una vez más demostrarme que no son esos cristianos los enemigos de la vida y de la humanidad. Han procedido bien contigo, de ahí el que se conciba tu agradecimiento; pero yo en tu lugar, detestaría esa religión y habría de buscar el placer donde quiera que pudiese encontrarlo. Lo repito: eres un apuesto mozo y en Roma existe un verdadero enjambre de mujeres divorciadas.

—Con todo eso, me sorprende el que todavía no te haya llegado á dominar el aburrimiento de cuanto te rodea.

—¿Quién te ha dicho lo contrario? Desde hace mucho tiempo me domina, pero no cuento yo tus años. Además, tengo otros gustos, de que tú careces. Amo los libros, que para tí no presentan el menor atractivo; me agrada la poesía, que á tí te espeluzna; plácenme los objetos de alfarería, las piedras de valor y multitud de cosas en que tú ni siquiera detienes la vista; tengo un dolor á la cintura, que á tí no te aqueja; y finalmente, poseo á Eunice, mientras que tú no has encontrado todavía nada que se le parezca.

Para mí es agradable la permanencia en el hogar, en medio de mis obras maestras; de tí jamás he de hacer un hombre de verdadero sentimiento estético. Sé que en la vida nunca he de encontrar ya nada superior á lo que actualmente poseo; y en cuanto á tí, ni siquiera sabes en

qué consiste lo que incesantemente esperas y buscas. Si la muerte hubiese de venir á visitarte ahora, con toda tu melancolía y todo tu valor, morirías lleno de asombro al convencerte de que te era necesario abandonar este mundo; en cuanto á mí, aceptaría la muerte como una necesidad lógica y con la convicción de que no existe en este suelo fruta que no haya gustado yo. No quiere esto decir que me apresure á llegar al fin; tampoco he de intentar retardarlo, si viene: trataré simplemente de llevar hasta lo último una regocijada vida. Hay en el mundo escépticos alegres. Para mí, los estoicos son unos necios; pero el estoicismo atempera á los hombres, por lo menos, en tanto que tus cristianos traen al mundo la melancolía, que es á la vida lo que la lluvia á la naturaleza.

¿Sabes la última noticia? Que durante las festividades de cuyo programa se halla encargado Tigelino y que van á verificarse en la piscina de Agripa, habrá lupanares y á ellos acudirán mujeres de las más nobles casas de Roma. ¿No crees poder descubrir entre éstas alguna siquiera, suficientemente hermosa y capaz de aliviar tus penas? Y habrá también doncellas, que se presentarán por primera vez en sociedad como ninfas. ¡Este es nuestro mundo cesáreo en Roma!

Y el tiempo se vuelve cada día más benigno; y la brisa meridiana calienta las aguas y no levanta barro en los cuerpos desnudos. Y tú, ¡oh Narciso! sábetete que no habrá mujer alguna que pueda resistirte: ninguna, si bien fuese una virgen vestal!

Vinicio llevó la mano á la frente, como un hombre á quien incesantemente preocupa una idea fija, y contestó:

—Suerte sería la mía, si tal cosa encontrara.

—¿Y quién te ha puesto en ese estado, sino los cristianos? Pero las gentes cuya divisa es una cruz no pueden por eso diferenciarse de los demás hombres. Escúchame: la Grecia fué hermosa y creó la sabiduría; nosotros creamos el poder; ¿qué han creado, en tu concepto, las ense-

ñanzas cristianas? Si lo sabes, explícamelo, porque, ¡por Pólux! ¡no sabría yo adivinarlo!

—Parece como si abrigaras el temor de que llegue yo á hacerme cristiano,—dijo Vinicio encogiéndose de hombros.

—Lo que temo es que hayas arruinado tu vida. Si no puedes ser griego, sé romano: posee y goza. Nuestras locuras tienen cierto juicio, porque hay en ellas una especie de amor á nosotros mismos. Desprecio á Barba de Bronce, porque es un bufón griego. Si él quisiera seguir siendo romano, reconocería yo que tenía razón al permitirse todas sus extravagancias.

Y ahora, prométeme que si te encuentras algún cristiano al volver á tu casa, le sacarás la lengua. Si es Glauco, el médico, no ha de extrañar eso. Y adiós, hasta que volvamos á encontrarnos, en la piscina de Agripa.

CAPITULO XXXI

Los pretorianos rodeaban las arboledas que circuían las orillas de la piscina de Agripa, á fin de que las multitudes no se agolparan en número excesivo molestando al César y á sus huéspedes, de los cuales dijose, que constituían cuanto había en Roma de notable por su riqueza, hermosura y talento; y de la fiesta, que no había tenido antes igual en la historia de la ciudad.

Tigelino quiso compensar así al César la contrariedad sufrida al diferir su viaje á la Acaya, sobrepujar á todos los anteriores festejantes de Nerón y probar que nadie era más perito en aquel ramo.

Teniendo en vista ese objeto, y aun desde los días en que se hallaba acompañando al César en Nápoles, y después en Benevento, había iniciado sus preparativos y despachado las órdenes del caso para que de las más remotas regiones de la tierra enviasen fieras, pájaros, peces raros y plantas, sin omitir la vajilla y los manteles que por su ri-

queza debían realzar el esplendor de la fiesta. Las rentas de provincias enteras consumíanse en la realización de estos insensatos proyectos, mas el poderoso favorito, tratándose de ellos, no vacilaba un punto.

Su influencia aumentaba de día en día. Y no era porque Nerón le quisiera más que á otros, sino porque hacía-se cada día más y más indispensable.

Petronio le sobrepujaba infinitamente en cultura, intelecto y buen juicio, y en la conversación conocía la mejor manera de entretener al César; mas, por desgracia suya, sobrepujaba en sus talentos de conversador al César mismo, despertando con ello la envidia de éste. Por otra parte, no podía ser un sumiso instrumento suyo en materias de buen gusto.

En cambio, cuando se hallaba Nerón delante de Tigelino, jamás sentía el menor embarazo.

El mismo título *Arbiter Elegantiarum*, que se había conferido á Petronio, mortificaba la vanidad de Nerón, porque, ¿era posible que alguien tuviese, delante de él, derecho de llevar tal calificativo?

Tigelino poseía bastante buen sentido para conocer sus propias deficiencias; y comprendiendo que no podía competir con Petronio, Lucano ú otros de los augustianos que se distinguían por su alcurnia, sus talentos ó su ciencia, decidió eclipsarlos por medio de una flexibilidad inagotablemente previsora en sus servicios, y sobre todo por una magnificencia capaz de sorprender aún á la exaltada imaginación de Nerón.

Dispuso, en consecuencia, dar la fiesta en una gigantesca balsa construída con vigas doradas. Los bordes de esta balsa habían sido decorados con espléndidas conchas del Mar Rojo y del Océano Indico, brillantes, con reflejos perlados y en que se advertían todos los tonos del iris. Cubrían las orillas de la piscina grupos de palmeras, arbolados de loto y rosales en plena florescencia. Había ocultas en medio de éstos y de trecho en trecho, fuentes de agua

perfumada, estatuas de dioses y diosas, y jaulas de oro y de plata, llenas de aves de múltiples colores.

En el centro de la balsa elevábase una inmensa tienda, ó mejor dicho,—para no substraer á los festejados á las miradas de los demás,—sólo el pabellón de una tienda, hecho de púrpura siria, y que descansaba sobre columnas de plata.

Debajo de él veíanse, brillando como soles, las mesas preparadas para los invitados, llenas de cristalería de Alejandria y ostentando una vajilla de valor inestimable, bñn recogido en Italia, Grecia y el Asia Menor.

A la balsa que, por la gran acumulación de plantas que sobre ella había, semejava á la vez una isla y un jardín, hallábanse amarrados con cuerdas de púrpura y oro, sendos botes que afectaban la forma de cisnes, peces, gaviotas y fenicópteros, y dentro de los cuales había sentados junto á los pintados remos, desnudos bogadores de ambos sexos, cuyas facciones y formas eran de maravillosa hermosura y que llevaban el peinado al estilo oriental ó recogido en redes de oro.

Cuando Nerón llegó á la balsa principal, acompañado de Popea y los augustianos, y apenas se hubo sentado bajo el pabellón purpúreo de la tienda, hendieron el agua los remos, pusiéronse en movimiento los botes, desprendiéronse las cuerdas de oro y la balsa con todos los invitados dentro, empezó á moverse y á describir círculos en la piscina.

Otros botes la rodearon, y también otras balsas de menor tamaño, llenas de mujeres que pulsaban arpas y cítaras y cuyos rosados cuerpos, que por marco tenían el horizonte azul del firmamento y de las aguas, y los reflejos de los áureos instrumentos, parecían absorber ese azul y esos reflejos y reventar como yemas de lozanas flores cambiantes.

Y en los arbolados de las riberas y desde el interior de fantásticos edificios levantados expresamente para ese día

y ocultos entre los bosquecillos, dejábanse oír músicas y cantos melodiosos. Y esos ecos y esas armonías resonaban en derredor, por entre los arbolados y por entre los bosques, y más allá de éstos repercutían los sonos de los cuernos y las trompetas.

El César mismo, con Popea á un lado y Pitágoras en el otro, hallábase gratamente sorprendido, y especialmente al ver surgir por entre los botes á jóvenes esclavas ataviadas como sirenas, con sendas mallas glaucas que simulaban escamas, prorrumpió en alabanzas al organizador de la fiesta.

Pero al mismo tiempo, en fuerza del hábito, dirigió la vista hacia Petronio, deseando conocer la opinión del «árbitro», quien mostróse obstinadamente impasible y sólo cuando el César le pidió de manera concreta su dictamen, dijo:

—Juzgo, señor, que diez mil mujeres desnudas hacen menos impresión que una sola.

Pero la «fiesta flotante» dejó complacido al César, por su novedad.

Asimismo, sirviéronse tan exquisitos manjares que la imaginación de Apicio habría flaqueado á su vista; y vinos de tantas clases, que el mismo Otón, quien acostumbrara servir hasta ochenta, habría ido á ocultar bajo las aguas su vergüenza, á ser testigo del insólito sibaritismo de aquella fiesta.

Además de las mujeres, sentáronse á la mesa los augustinianos, entre los cuales Vinicio descollaba por su hermosura varonil.

Anteriormente sus formas y su rostro denotaban con demasiado relieve el soldado profesional. Pero ahora, y por consecuencia de sus padecimientos mentales y de los dolores físicos porque acababa de pasar, destacábanse como cinceladas sus facciones, cual si hubiera pasado sobre ellas la inspirada mano de un maestro.

Su cutis había perdido su anterior tinte moreno, con-

servando, empero, el lustre amarillento del mármol de Numidia. En sus ojos, agrandados, advertíase una expresión soñadora. El cuerpo, que parecía creado para la armadura, conservaba sus poderosos contornos habituales; pero sobre el torso de un legionario, alzábase la cabeza de un dios griego, ó por lo menos de un patricio refinado y á la vez flexible y soberbiamente hermoso.

Petronio, al afirmar que ninguna de las damas de la corte del César, querría ó podría resistir á Vinicio, había hablado como hombre de experiencia.

Todas ellas, en efecto, mirabanle á la sazón, sin exceptuar á Popea ni á Rubria, la virgen vestal, á quien el César había deseado ver en la fiesta.

Los vinos, helados en montecillos de nieve, pronto empezaron á llevar calor á los corazones y á las cabezas de los invitados. Botes que aparentaban la forma de cigarras ó de mariposas, destacábanse á cada instante de entre los arbustos de la orilla. Y luego la superficie azul de la piscina se vió así poblada de un enjambre de mariposas.

Aquí y allí, por sobre los botes, revoloteaban palomas y otras aves de la India y del Africa, invisiblemente sujetas por cordezuelas azules ó por hilos de plata.

El sol había recorrido ya la mayor parte del firmamento, pero hoció un día caluroso, aun cuando estábase á principios de Mayo.

Ondeaba la cristalina superficie al galope múltiple de los remos que el agua azotaban siguiendo el compás de las alegres músicas; pero en el aire no se advertía el más leve soplo; los arbolados manteníanse inmóviles, cual mudos y embelesados testigos de las escenas que se iban sucediendo sobre las aguas que circundaban.

Y la enorme balsa proseguía su evolución circular, conduciendo su carga de invitados que gradualmente se iban entregando á una embriaguez alegre y estrepitosa.

No había llegado la fiesta á la mitad de su curso aún,

cuando cesó ya de observarse el orden en que se hallaban todos sentados á la mesa.

El César dió el ejemplo, levantándose y ordenando á Vinicio que dejara el asiento que ocupaba al lado de Rubria. Nerón tomólo entonces, y aproximándose á la vestal empezó á hablar á su oído.

Vinicio llegó así á encontrarse próximo á Popea, quien extendió el brazo hacia el joven y le pidió que asegurara el brazalete que se le había desprendido. Y al hacerlo así Vinicio, con mano un tanto temblorosa, dejó caer Popea sobre él, abriéndose paso por entre sus largas pestañas, una lánguida mirada, fingidamente pudorosa, y movió la gentil cabeza rubia con mudo ademán de resistencia.

Entre tanto el sol, aumentando la extensión y la rubicundez de su esfera, se hundía lentamente por detrás de las copas de los árboles. Los invitados, en su mayor parte, se hallaban ya ébrios. La gran balsa efectuaba ahora su evolución circular dentro de un radio más extenso y por lo tanto más cercano á la orilla, en la cual, por entre los arbustos y las flores, veíanse grupos de individuos, disfrazados de faunos ó sátiros, tocando flautas, gaitas y tambores, junto á otros grupos de doncellas que representaban ninfas, dríades (1) y amadriadas.

La obscuridad llegó por fin, entre los gritos y las aclamaciones vinolentas que en honor de la Luna hacían los ocupantes de la tienda.

Al mismo tiempo la luz de un millar de lámparas difundióse por los arbolados. Y desde los lupanares esparcidos sobre la ribera irradiaba á la vez otro como enjambre de innumerables luces; y sobre las azoteas destacábanse nuevos grupos de mujeres desnudas, grupos formados por las esposas y las hijas de las más nobles casas romanas. Y con voces y ademanes libres incitaban á los hombres á que fuesen á reunirseles.

(1) Ninfa de los bosques, cuya vida duraba lo que la del árbol á que se supone unida.

La balsa por fin se aproximó á la orilla. El César y los augustianos desaparecieron por entre los arbolados, se diseminaron en lupanares y tiendas ocultas entre el bosque y en grutas artificialmente dispuestas en la proximidad de fuentes y manantiales.

La locura se apoderó de todos; nadie sabía á dónde había ido el César; nadie podía distinguir, en medio de aquel mare mágnum, á un senador de un caballero, de un danzante, ó de un músico.

Los sátiros y los faunos daban caza á las ninfas y las llamaban á voces. Y golpeaban las lámparas con sus tiros, á fin de apagarlas. Reinaba ya á trechos la obscuridad entre los arbolados. Y por todas partes dejábase oír el rumor de risas y de gritos, cuando no el susurro de íntimos coloquios ó el palpar anheloso de las caricias furtivas.

En una palabra, Roma hasta ese día jamás había presenciado escenas semejantes.

Vinicio no estaba ebrio como el día de la fiesta dada en el palacio de Nerón y á la que también concurriera Ligia; pero se hallaba exaltado y llegó á dominarle una especie de embriaguez causada por la vista de cuanto en derredor suyo iba ocurriendo.

Por último se apoderó de él también la fiebre del placer.

Y entonces precipitóse al bosque, y acompañado de otros, se consagró á la tarea de pasar revista á las dríades á fin de elegir la más hermosa. Y bandadas de éstas, renovadas incesantemente, pasaban y pasaban por delante de él corriendo, y gritando, y cantando, y eran perseguidas por faunos, sátiros, senadores y caballeros y por los sonos de alegres músicas.

Viendo por fin un grupo de doncellas conducidas por una, ataviada en traje de Diana, se precipitó hacia él con el propósito de examinar más de cerca á la diosa. Y al punto sintió que el corazón se le oprimía, pues antojósele

que en aquella deidad apócrifa, cuya frente á la sazón iluminaron los rayos de la luna, veía retratadas las facciones de Ligia.

Las muchachas cercaron al punto á Vinicio y empezaron luego á dar vertiginosas vueltas en derredor suyo. En seguida, queriendo evidentemente incitarlo á que corriese tras ellas, de súbito huyeron presurosas, cual manada de ciervas.

Pero el joven permaneció como enclavado en aquel sitio, palpitante el corazón, sin aliento casi; porque, aun cuando habíase convencido de que Diana no era Ligia y de que, vista de cerca, ni aun se le parecía, la impresión demasiado fuerte que acababa de sufrir, hábale dejado casi exánime.

Y en el instante mismo se halló dominado por un anhelo vehemente, profundo, insuperable; y el amor de Ligia invadió su pecho con el poder avasallante y ensordecedor de una onda inmensa.

Jamás la joven habíasele representado á la mente más amable, más pura y digna de adoración, que en medio de aquel bosque poblado de los rumores de una desenfrenada locura y de un desbordamiento frenético.

Un momento antes había deseado él mismo apurar esa copa, tomar parte en ese vergonzoso abandono sensual; mas ahora dominábale una impresión de invencible disgusto y repugnancia. Sentía que le asfixiaba aquel ambiente de infamia; su pecho ansiaba respirar el aire puro y sus ojos ver las estrellas que á la sazón ocultaba la espesura de aquel siniestro arbolado.

Y resolvió huir de allí; mas apenas había empezado á poner en práctica su propósito, notó que delante de él se alzaba una figura velada, quien le puso las manos sobre los hombros y le dijo al oído, en tanto que al rostro de Vinicio llegaba como una oleada de fuego su quemante aliento:

—¡Te amo! ¡Ven! Nadie nos conocerá; ¡apresúrate!

A Vinicio le pareció que despertaba como de un sueño y dijo:

—¿Quién eres?

Ella reclinó el pecho sobre él y repuso insistiendo:

—¡Pronto! ¡Ve cuán solitario es este sitio... y yo te amo!
¡Ven!

—¿Quién eres?—repitió Vinicio.

—¡Adivinal

Y al decir esto juntó febrilmente sus labios á los labios de Vinicio al través del velo, atrayendo hacia sí al mismo tiempo la cabeza del joven, hasta que por fin pareció faltar el aliento á la mujer y nerviosamente apartó de él su rostro.

—¡Noche de amor! ¡noche de locura!—dijo insuflando ansiosa y rápidamente aire á sus pulmones.— ¡Hoy estamos libres! ¡Hoy me tienes!

Ese beso enardeció á Vinicio y le llenó de zozobra. Su alma y su corazón se hallaban en otra parte; en todo el mundo nada existía á la sazón para él, excepto Ligia.

Así, pues, empujando suavemente hacia atrás á la velada figura, dijo:

—Quienquiera que seas, yo amo á otra; ¡no te quiero!

—Quítame el velo,—dijo ella, inclinando hacia el joven la cabeza.

En ese momento sintióse un leve roce por entre las hojas de mirto.

Y la mujer velada se desvaneció como una visión; pero á la distancia pudo oírse su risa extraña, estridente, ominosa.

Petronio se hallaba á la sazón junto á Vinicio.

—He oído y he visto,—dijo.

—Alejémonos de estos sitios,—contestó el joven.

Así lo hicieron.

Sucesivamente fueron dejando atrás los lupanares profusamente iluminados, las arboledas y la línea de preto-

rianos montados, hasta llegar al punto en donde aguardaban las literas.

—Yo te acompañaré,—dijo Petronio.

Y se sentaron juntos en la litera.

Por todo el camino mantuviéronse silenciosos, y sólo cuando se hallaron en el *atrium* de la casa de Vinicio preguntó Petronio:

—¿Sabes tú quién era ella?

—¿Rubria acaso?—preguntó Vinicio, disgustado ante la sola idea de que Rubria fuese una vestal.

—No.

—¿Entonces quién?

Petronio bajó la voz y dijo:

—El fuego de Vesta ha sido profanado, porque Rubria estuvo con el César Pero, la que se acercó á tí,—y aquí bajó más la voz hasta hacerla casi imperceptible,—fué la divina Augusta.

Siguióse un momento de silencio y luego repuso Petronio:

—No pudo el César ocultar á Popea su inclinación hacia Rubria; de ahí el que aquella quisiera tal vez tomar por ello venganza. Pero llegué yo á estorbarlo. Si hubieras tú reconocido á la emperatriz y rehusado acceder á sus sollicitaciones, sería irremediable tu ruina y habrías arrasado en ella á Ligia y acaso me habrías también comprometido á mí.

—¡Me encuentro harto de Roma, del César, de sus fiestas, de la Augusta, de Tigelino y de todos vosotros!—prorrumpió Vinicio.—¡Me estoy ahogando! ¡Yo no puedo ya seguir viviendo así: no puedo! ¿Me entiendes?

—¡Vinicio, estás perdiendo el sentido, el juicio, la moderación!

—¡Sólo amo á ella en todo el mundo!

—¿Y qué?

—Eso: que no deseo ningún otro amor. No quiero ni

vuestra vida, ni vuestras fiestas, ni vuestras impudicias, ni vuestros crímenes.

—¿Qué fenómenos están operándose en tí? ¿Eres cristiano?

El joven se tomó la cabeza con ambas manos y repitió con desesperada entonación:

—¡Todavía no! ¡Todavía no!

CAPÍTULO XXXII

Petronio se encaminó á su casa encogiéndose de hombros y grandemente disgustado. Parecíale evidente ahora que entre él y Vinicio no podría existir ya inteligencia posible desde que sus almas se habían separado por completo.

Hubo un tiempo en que Petronio ejercía un gran ascendiente sobre el joven soldado. Había sido para él un modelo en todo, y con frecuencia unas cuantas palabras irónicas suyas bastaban para refrenar á Vinicio ó para inducirlo á una resolución cualquiera.

Al presente, nada quedaba de todo eso y tan trascendental era el cambio, que Petronio ni siquiera intentó poner en práctica sus antiguos métodos, penetrado ya de que su ironía y su ingenio habrían de estrellarse inútilmente contra los nuevos principios que el amor y el contacto con la incomprensible sociedad de los cristianos habían inculcado en el alma de Vinicio.

Comprendió aquel veterano excéptico que había perdido la llave de esa alma. Y este convencimiento le llenó de contrariedad y hasta de temor, el cual llegó á su colmo al meditar acerca de los episodios ocurridos esa noche.

—Si de parte de la Augusta no ha sido este un fugaz devaneo sino un deseo más duradero —pensó Petronio— ha de suceder una de estas dos cosas: ó Vinicio no se le resistirá y en ese caso puede sobrevenir su ruina á consecuencia de cualquier accidente, ó,—lo que se halla en armonía con

su actual disposición de ánimo,—se le ha de resistir y entonces cierta será su ruina y acaso también la mía, precisamente porque soy yo su pariente y porque la Augusta, envolviendo en su odio á mi familia entera, pondría del lado de Tigelino todo el peso de su influencia. Por cualquiera de ambos rumbos, el asunto presenta mal aspecto.

Petronio era hombre valeroso y no tenía miedo á la muerte; pero desde que ésta nada le ofrecía, no sentía el menor deseo de hacerla venir tan pronto.

Así, pues, al cabo de largas meditaciones, decidió por fin que sería más conveniente y más seguro envíar á Vinicio á un viaje fuera de Roma. ¡Ah! Y si en adición pudiera darle á Ligia para el camino, lo haría con la mayor satisfacción. Y extendería entonces por el Palatino la noticia de una nueva enfermedad de Vinicio, alejando así el peligro de la cabeza de su sobrino y de la propia.

La Augusta ignoraba si había sido reconocida por Vinicio; probable era, pues, que supusiera que no se hallaba en descubierto, y en tal caso no habría su vanidad sufrido gran cosa hasta entonces. Pero la situación podría modificarse en lo porvenir y era necesario evitar el peligro.

Petronio deseaba ante todo ganar tiempo, comprendiendo que apenas el César hubiera partido para la Acaya, Tigelino, de suyo incompetente en materias de arte, vendría á quedar allí en segundo lugar y perdería su influencia. En Grecia, Petronio estaba seguro de triunfar sobre cualquier otro rival.

Entretanto decidió velar sobre Vinicio é instarle á que apresurara su viaje.

Durante varios días estuvo hasta meditando en que si llegase á obtener del César un edicto, por el cual se hiciera salir de Roma á los cristianos, Ligia abandonaría la ciudad en unión de los demás confesores de Cristo y tras de ellos iría también Vinicio. Y entonces no habría necesidad de emplear con él recurso alguno de persuasión. La

cosa en sí misma era posible. En efecto, no hacía todavía mucho tiempo, y con motivo de perturbaciones suscitadas por los judíos en odio á los cristianos, Claudio, en la imposibilidad de distinguir á los unos de los otros, había expelido á los judíos. ¿Por qué no haría Nerón lo propio con los cristianos? Sin ellos habría más espacio, más tranquilidad en Roma.

Después de aquella «fiesta flotante», Petronio vió todos los días á Nerón, tanto en el Palatino como en otras casas. Sugerirle la medida ideada éra fácil, porque el César jamás rechazaba indicación alguna que pudiera traer perjuicio ó ruina á los demás.

Tras de mucha deliberación, Petronio dispuso minuciosamente los detalles de su plan. Prepararía una fiesta en su propia casa y en medio de ella persuadiría al César á que expidiera el edicto; y hasta le asistía la esperanza, en modo alguno infundada, de que el César le confiase la ejecución de ese edicto. Enviaría por ejemplo á Ligia á Bayas, con todas las consideraciones debidas á la amante de Vinicio, suministrando así á los jóvenes la oportunidad de que allí se amaran y se entretuvieran con sus prácticas cristianas todo el tiempo que quisieran.

Entretanto, empezó á visitar con frecuencia á Vinicio; primero, porque á pesar de todo su egoísmo romano, érale imposible prescindir de su inclinación hacia el joven tribuno, y en seguida, porque deseaba persuadirlo á que hiciera el viaje.

Vinicio fingióse enfermo y no se dejó ver en el Palatino, donde cada día se proyectaban nuevos planes.

Por último, Petronio escuchó de los propios labios del César que dentro de tres días partiría sin falta para Ancio.

A la mañana siguiente á primera hora fué á dar noticia de ello á Vinicio, quien le mostró una lista de las personas invitadas á Ancio, lista que le había traído aquella propia mañana uno de los libertos del César.

—Mi nombre figura en ella, y también el tuyo,—dijo á

Petronio.—Has de encontrar esta misma lista en tu casa á tu regreso.

—Si no estuviese yo entre los invitados,—contestó Petronio,—ello significaría que me había llegado ya la hora de morir; y no espero que tal suceda antes del viaje á la Acaya. Todavía he de ser harto útil á Nerón. Apenas acabamos de llegar á Roma—agregó recorriendo la lista—y ya nos vemos obligados á partir de nuevo, á hacer el camino de Ancio. Pero es necesario ir, porque ésta no es tan solo una invitación; es asimismo una orden...

—¿Y si alguien se negase á obedecer?

—Se le invitaría en otra forma á emprender un viaje notablemente más largo, el viaje de donde no se vuelve. ¡Lástima grande que no hayas seguido mi consejo y salido de Roma á tiempo! Ahora tendrás que ir á Ancio.

—Tendré que ir á Ancio. ¡Considera en qué tiempos vivimos y cuan viles esclavos somos!

—¿Y has venido á reparar en ello solamente hoy?

—No. Mas tú me has explicado que las enseñanzas cristianas constituyen uno de los enemigos de la vida, puesto que la encadenan. Pero, ¿podrán ser esas cadenas más fuertes que las que llevamos nosotros? Tú has dicho: «La Grecia ha creado la sabiduría y la belleza, y Roma el poder», ¿Querrás decirme ahora donde está ese poder?

—Llama á Chilo y discute con él. En cuanto á mí, ningún deseo tengo hoy de filosofar. ¡Por Hercules! No he sido yo el creador de estos tiempos, y por tanto, no me incumbe responsabilidad alguna en ello. Hablemos de Ancio. Sabe que te espera un gran peligro, y que para tí sería preferible quizá medir tus fuerzas con Ursus, el que aplastó á Crotón, antes que ir allí. Sin embargo, no puedes prescindir de hacerlo.

Vinicio hizo un ademán negligente y dijo:

—¡Peligro! Todos nosotros llevamos una vida errante por entre las sombras de la muerte, y no pasa momento sin que alguna cabeza se hurda en sus abismos.

—¿He de enumerarte á todos los que han tenido un poco de juicio y, por consiguiente, á despecho de los tiempos de Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, han llegado á vivir ochenta y noventa años? Sírvate, entre otros, de ejemplo, hasta un hombre como Domicio Africano. Ha visto llegar tranquilamente la vejez, aun cuando en toda su vida no haya sido otra cosa que un criminal y un villano.

—¡Acaso por esa misma razón ha vivido!—contestó Vinicio.

En seguida empezó á recorrer la lista y leyó:

—Tigelino, Vatino, Sexto Africano, Aquilino Régulo, Suilio Nerulino, Eprio Marcelo y así sucesivamente. ¡Qué asamblea de malhechores y de pícaros! ¡Y decir que son estos quienes gobiernan el mundo! ¿No les vendría mejor el dedicarse á exhibir por pueblos y aldeas una divinidad egipcia ó siria, al son de los sistros, y ganarse el pan diciendo la buena ventura ó bailando?

—O exhibiendo monos sabios, perros calculadores ó algún asno flautista,—agregó Petronio.—Cierto es eso, pero hablemos de algo más importante. Préstame toda tu atención y escucha. Yo he dicho en el Palatino que estás enfermo, imposibilitado para salir de casa; y sin embargo, tu nombre figura en la lista, lo cual prueba que en palacio hay alguien que no da crédito á mis consejos y que ha tomado participación en esto expresamente. A Nerón bien poco le importa el asunto, puesto que tú eres simplemente un soldado, sin nociones de poesía ó de música y con quien, á lo sumo, podría él hablar de las carreras del Circo. De manera que habrá sido Popea quien ha hecho figurar allí tu nombre, y eso significa que el deseo que hacia tí la impelió no ha sido un pasajero capricho y que persiste en hacer tu conquista.

—Es una intrépida Augusta.

—Lo es realmente, porque ello puede ser causa de su ruina irreparable.

Sin embargo, ojalá que Venus la inspire cuanto antes

algún otro amor; pero entretanto, puesto que la emperatriz te desea, debes observar la mayor cautela. Barba de Bronce ha empezado á cansarse ya de ella: prefiere al presente á Rubria ó á Pitágoras; pero, por consideración á sí mismo, bien podría descargar sobre vosotros la más terrible venganza.

—Cuando nos hallábamos bajo aquellos árboles no supe yo quien me hablaba; pero tú alcanzaste á escuchar nuestra conversación. Yo la dije que amaba á otra y no la quería á ella. Eso ya bien lo sabes.

—Te imploro, por todos los dioses infernales, que no pierdas los restos de juicio que te hayan dejado los cristianos. ¿Cómo es posible vacilar, cuando se trate de elegir una destrucción probable y una destrucción cierta? Acaso no te he dicho ya que si hubieras herido la vanidad de la Augusta, no habría para tí salvación? ¡Por los Hados! Si la existencia te es al presente odiosa, ábrete de una vez las venas ó arrójate sobre tu espada, porque si llegases á ofender á Popea, bien pudiera estarte reservada una muerte mucho menos cómoda. En otro tiempo era tarea harto más fácil conversar contigo y convencerte. En la emergencia contemplada, ¿qué inconvenientes te aguardan? ¿Acaso esta aventura podría ocasionarte pérdida alguna ó privarte de seguir amando á Ligia? Ten presente, además, que Popea la vió en el Palatino. En modo alguno le sería difícil adivinar cuál es la causa de que tú rechaces favor tan eminente; y es capaz de buscar y encontrar á esa joven aun debajo de la tierra. Serás el causante, no sólo de tu propia ruina, sino también de la ruina de Ligia. ¿Entiendes?

Vinicio entretanto escuchaba con aire distraído, como si alguna otra idea embargara su pensamiento, y por último dijo:

—Necesito verla.

—¿A quién? ¿A Ligia?

—Sí, á Ligia.

—¿Sabes dónde se encuentra?

—Nó.

—¿Entonces te propones dar de nuevo comienzo á tus pesquisas en antiguos cementerios y hasta más allá del Tíber?

—No lo sé, pero necesito verla.

—Bien: aunque cristiana, posible es que tenga más juicio que tú, y así ha de ser indudablemente, á menos que desee tu ruina.

Vinicio se encogió de hombros y dijo:

—Ella me salvó de las manos de Ursus.

—Entonces, apresúrate, porque Barba-de-Bronce, no ha de aplazar su partida. Y las sentencias de muerte pueden asimismo dictarse en Aucio.

Pero Vinicio ya no oía.

Un solo pensamiento le preocupaba: tener una entrevista con Ligia; de ahí que se pusiera á recorrer en su mente los planes que á ello pudieran conducirle.

Entretanto ocurrió un suceso propio para eliminar sobre este particular todo linaje de dificultades. Chilo volvió de manera inesperada á su casa.

Era su aire preocupado y miserable, y había señales de hambre y de pobreza en su demacrado rostro y en su raído traje; pero los sirvientes, que no habían olvidado la orden anterior de admitirlo á todas horas del día ó de la noche, no se atrevieron á detenerlo.

Así, pues, fuese directamente al *atrium* y poniéndose delante de Vinicio, le dijo:

—¡Que los dioses te den la inmortalidad y compartan contigo el dominio del mundo!

Vinicio tuvo en el primer momento el deseo de ordenar que les arrojase fuera; pero casi inmediatamente después le sobrevino la idea de que por ventura el griego algo supiera con respecto al paradero de Ligia; y la curiosidad se sobrepuso en él á la repulsión que aquel hombre le causaba.

—¿Eres tú?—preguntó.—¿Qué te ha sucedido?

—¡Desgracias, oh, hijo de Jove!—contestó Chilo.—La verdadera virtud es un género que nadie pide en la actualidad, y un sabio genuino debe conformarse aun hasta con la idea de que siquiera una vez cada cinco días pueda tener algo con qué comprar al carnicero y llevar á su buharda una cabeza de carnero y allí mascullarla, regándola con sus lágrimas. ¡Ah, señor! Lo que tú me diste lo pagué por libros de Atracto, y después me robaron y arruinaron.

El esclavo que debía dejar constancia escrita de mis sabias máximas huyó con el resto de lo que tu generosidad se dignó concederme. Estoy en la mayor miseria, pero me he dicho: ¿A quien puedo recurrir sino á tí, ¡oh, Serapis! á quien amo y deífico y por quien expuse hasta mi vida?

—¿A qué has venido y qué traes?

—He venido en demanda de auxilio, ¡oh, Baall y traigo mi miseria, mis lagrimas, mi amor y finalmente las noticias que por afecto á tí he recogido. Señor, ¿recuerdas que una vez te referí cómo había dado yo á una esclava del divino Petronio un hilo del cinturón de la Venus de Pafos? Sé que ese hilo fué para ella benéfico y tú, ¡oh descendiente del sol! que te hallas al corriente de cuanto ocurre en esa casa, no ignoras tampoco cuál es allí en la actualidad la situación de Eunice. Pues bien, ahora estoy en posesión de otro de esos hilos y lo he reservado para tí, señor.

Y aquí se detuvo, al notar que la cólera ibase acumulando, por decirlo así, entre las cejas de Vinicio, y agregó precipitadamente, á fin de anticiparse al estallido:

—Sé dónde vive la divina Ligia, y puedo señalarte la calle y la casa.

Vinicio reprimió la viva emoción que esas palabras le causaron, y dijo:

—¿Dónde está?

—En casa de Lino, el más anciano sacerdote de los cristianos. Allí está con Ursus, quien trabaja como antes en los molinos de Demas, el homónimo de tu mayordomo. ¡Sí, Demas! Ursus trabaja por la noche; de manera que si tú también por la noche rodeas la casa, no encontrarás al gigante. Lino es viejo, y fuera de él, sólo acompañan á Ligia dos mujeres de edad.

—¿Cómo has llegado á saber todo eso?

—Habrás de recordar, señor, que los cristianos me tuvieron en su poder y me perdonaron la vida. Cierto es que Glauco estaba equivocado al pensar que fuera yo la causa de sus infortunios; pero él así lo creía, y culpaba de ello á un buen hombre como yo, y todavía sigue en ese error. Sin embargo, me perdonaron. Entonces, no te maraville, señor, el que mi corazón se llenara de gratitud. Yo soy un hombre de otra época, de una época mejor. Y este fué mi pensamiento: «¿Habré yo de abandonar á mis amigos y benefactores? ¿No sería de mi parte una verdadera inhumanidad el no preguntar por ellos, el no informarme acerca de lo que les pasa, y del estado de su salud, y de su domicilio?» ¡Por la Cibeles de Pesinunte! ¡No soy capaz yo de semejante conductal

Al principio me retuvo el temor de que dieran ellos á mis deseos una interpretación errónea. Mas, el cariño que yo les tengo se sobrepuso á mi miedo y la facilidad con que perdonan las ofensas, me infundió especial valor.

Pero, sobre todo, pensaba yo en tí, señor. Nuestra última tentativa terminó en una derrota; mas, ¿cómo es posible que un hijo de la Fortuna, cual tú, llegue á reconciliarse con la derrota? Así, pues, he preparado para tí la victoria. La casa se halla en un sitio aislado. Puedes ordenar á tus esclavos que la rodeen de manera tal, que de ella no escape ni siquiera un ratón. Señor mío: de tí solo depende, pues, el que tengas esta misma noche en tu casa y á tu lado á la hija del magnánimo rey de los ligures. Y

si tal sucede, no olvides que la causa de ello será este pobre y enflaquecido hijo de mi padre.

Afluyó la sangre de Vinicio á su cabeza, y la tentación se apoderó nuevamente de todo su sér. Sí, ese era el medio acertado, y en esta ocasión seguro. Si llegara él á tener á Ligia en su casa, ¿quién habría de arrebatársela? Una vez que la hubiera hecho su amante, ¿qué otro arbitrio quedaría á la joven, sino resignarse para siempre á esa condición? ¡Y entonces, bien podían parecer todas las religiones!

¿Qué significarían para él ya los cristianos con su misericordia y con su fe prohibitiva? ¿No era tiempo de sacudirse de todo aquello? ¿No era tiempo de vivir como vivían todos? ¿Qué haría Ligia después, sino conciliar su suerte con la religión que profesaba? Y esta era, asimismo, cuestión de importancia secundaria. Primero, y antes que todo, Ligia sería suya, y eso, ahora mismo. Y también quedaba por ver si esa religión lograría sobreponerse en la joven á todo y triunfar en su alma contra el mundo nuevo para ella en que iba á vivir, contra la opulencia que iba á rodearla y las emociones que iba á experimentar.

Y todo aquello era fácil de realizar ese propio día. Bastábale tan sólo detener á Chilo y dar las órdenes del caso apenas obscureciera. ¡Y en seguida, un mundo sin fin de delicias!

—¿Qué ha sido hasta hoy mi vida?—pensaba Vinicio. —Un cúmulo de sufrimientos, de anhelos, no satisfechos, y una interminable sucesión de problemas de imposible solución! De esta manera podrá terminarse todo en la más expedita y rápida forma.

Cierto es que venía por instantes á su mente el recuerdo de la promesa que había hecho de no levantar una mano en contra de la joven. Mas, ¿por quién había jurado? No por los dioses, porque no creía en ellos, ni por Cristo, porque tampoco creía en él aún.

—Y por último,—agregaba,—si ella se siente ofendida, nos uniremos en matrimonio y quedará así reparado el agravio.

Sí, á ello sentíase obligado, porque érale deudor de la vida.

Pero aquí vinieron también á su memoria reminiscencias del día en que Croton había atacado el hogar en donde Ligia se hallaba refugiada; y recordó el momento en que viera sobre su cabeza, empuñada como un mazo, la mano del ligur, y todo lo que después había sucedido. Miraba de nuevo á la joven inclinada sobre su lecho de herido, vestida como una esclava, hermosa como una deidad y tierna bienhechora suya, digna de la glorificación más alta.

E instintivamente dirigió la vista hacia el *lararium*, en donde figuraba la pequeña cruz que ella le dejara antes de partir. ¿Iba él á corresponder á todo eso con un nuevo ataque? ¿Persistiría en arrastrarla por el cabello, como á una esclava, hasta el *cubiculum*? ¿Y cómo podría él hacer tal cosa, cuando no tan solamente la deseaba, sino que la amaba, y la amaba precisamente por ser como era?

Y al punto comprendió entonces que no le bastaría tenerla en su casa, que no le bastaría atraerla á sus brazos por la sola virtud de la fuerza; sintió que su amor pedía algo más: que pedía su consentimiento, su afección y su alma.

¡Bendito sería ese techo si venía ella á colocarse á su amparo por su voluntad; y bendito el momento en que tal hiciera, y bendito el día y bendita su propia existencia! Porque entonces, la felicidad de ambos sería tan inagotable, tan inmensa como el océano y como la luz del sol! Pero, arrancarla nuevamente de su asilo por medio de la violencia, importaría destruir para siempre esa felicidad y al mismo tiempo destruir y profanar lo que había de más precioso y de más amable en la vida.

Una sensación de terror se apoderó de él á esta sola idea.

Miró á Chilo, quien, al propio tiempo que le observaba, se había introducido las manos por entre los harapos que cubrían su cuerpo y rascábase á la sazón con aire intranquilo.

En este instante dominó á Vinicio una repulsión indecible y un deseo de aplastar á ese antiguo auxiliiar suyo, cual pudiera hacerlo con un gusano vil ó una serpiente ponzoñosa, y tomó al punto su partido.

Pero, incapaz de contenerse dentro de los límites de la moderación y siguiendo los impulsos de su implacable índole romana, volvióse á Chilo, y le dijo:

—No haré lo que me aconsejas; pero, á fin de que no alejes de aquí sin haber recibido tu justa recompensa, voy á ordenar que te den trescientos azotes en la prisión doméstica.

Chilo se puso pálido. Advertíase una tan fría resolución en el hermoso semblante de Vinicio, que no le era dable engañarse á sí mismo, ni por un momento, con la esperanza de que la prometida recompensa no fuera otra cosa que una chanza cruel.

Así, pues, cayó de rodillas y doblando su cuerpo en dos, empezó á gemir con voz quebrantada:

—¿Cómo, oh rey de Persia? ¿Por qué?... ¡Oh, pirámide de bondad! ¡Coloso de misericordia! ¿Por qué?... Soy viejo, desgraciado, tengo hambre... Te he servido... ¿De esa manera me pagas?

—Como tú pagaste á los cristianos,—dijo Vinicio.

Y llamó al mayordomo.

Pero Chilo de un salto colocóse á sus pies, y abrazándose convulsivamente, exclamó con el semblante cubierto de mortal palidez:

—¡Oh, señor! ¡Oh, señor! ¡Soy viejo! ¡Cincuenta, no trescientos! ¡Cincuenta bastan! ¡Ciento, no trescientos! ¡Oh, perdón! ¡perdón!

Vinicio lo arrojó lejos de sí con el pie y dió á la orden.

En un abrir y cerrar de ojos dos fornidos cuados siguieron al mayordomo, y cogiendo á Chilo por los escasos mechones de sus cabellos, atáronle sus propios harapos alrededor del cuello y así le arrastraron á la prisión.

— ¡En nombre de Cristo!—clamó el griego á la salida ya del corredor.

Vinicio quedó sólo.

La orden dada le reanimó, llenándole de brío. Intentó reunir sus dispersas ideas y ponerlas en orden.

Sentía un gran alivio y colmábale de satisfacción el triunfo que sobre sí mismo acababa de alcanzar. Decíase que había dado un gran paso hacia Ligia y héchose acreedor á una muy alta recompensa.

En el primer momento, ni siquiera se le ocurrió que acababa de hacer un tremendo agravio á Chilo, á quien hoy flagelaba en castigo de los mismos actos por los cuales habíale recompensado ayer.

Era todavía demasiado romano para que le movieran á lástima los dolores de otro hombre ó se dignara detener un punto en un mísero griego su atención.

Y aún cuando llegase á pensar en el sufrimiento de Chilo, pronto se tranquilizaría su conciencia ante la consideración de que obraba bien, ordenando el castigo de semejante villano.

Preocupábale ahora Ligia, y la decía:

—«No te he de pagar mal por bien; y cuando sepas cómo procedí con quien osó incitarme á que alzara una mano contra tí, me estarás agradecido.»

Sin embargo, detúvose luego ante esta idea: El tratamiento de que acababa de hacer á Chilo víctima, ¿merecería la aprobación de Ligia? La religión que ella confesaba prescribía el perdón. Y no sólo eso: los cristianos habíanlo otorgado á este propio miserable, aún cuando tuvieran mayores motivos de venganza.

Y entonces por primera vez repercutió en su alma el grito: «¡En nombre de Cristo!»

Recordó que Chilo habíase rescatado de las manos de Ursus, con ese grito, y se dijo entonces que debía remitirle el resto del castigo que le había hecho imponer.

Con ese objeto iba á llamar al mayordomo, cuando éste se presentó, y le dijo:

—El viejo acaba de desmayarse y acaso esté muerto. ¿Debo ordenar que le sigan azotando?

—Reanimadle y traédmelo.

El jefe del *atrium* desapareció detrás de la cortina, más no debió ser fácil tarea la de reanimar al filósofo, porque Vinico esperó largo tiempo.

Empezaba ya á impacientarse, cuando los esclavos trajeron á Chilo, retirándose luego á una señal del joven.

Chilo estaba pálido como un lienzo, y á lo largo de sus piernas ibanse deslizando hilos de sangre y cayendo sobre el pavimento de mosaico del *atrium*. No obstante, había recobrado los sentidos, y poniéndose de rodillas, empezó á hablar así, con las manos extendidas:

—Gracias te sean dadas, señor. ¡Tú eres grande y misericordioso!

—Perro,—dijo Vinicio,—¡sabe que te he perdonado sólo por ese Cristo á quien debo la vida!

—¡Oh, señor! De hoy más he de consagrarme á servirlos á él y á tí!

—Guarda silencio y escucha. ¡Levántate! Irás conmigo á señalarme la casa en donde vive Ligia.

Chilo se puso incontinentemente de pie; mas apenas lo hubo hecho, una palidez todavía más mortal cubrió su rostro, y dijo con voz desfalleciente:

—Señor, estoy pereciendo de hambre. ¡Iré, señor, iré! Pero me faltan las fuerzas. Ordena que me den aun cuando sean los restos de la comida de tu perro, y en seguida me pondré contigo en camino.

Vinicio ordenó quele diesen alimento, una pieza de oro y un manto.

Pero Chilo, aunque debilitado por los azotes y el hambre, no pudo resolverse á comer, pues el terror le erizaba los cabellos, y temía que Vinicio fuese á tomar su desfallecimiento por terquedad y le hiciera flajelar de nuevo.

—Denme tan sólo un poco de vino para reanimarme, —dijo castañeteándole los dientes,—y podré ir al punto, aún cuando fuere á la Grecia Magna!

Después de algún tiempo restableciéronse un tanto sus fuerzas y ambos salieron.

El camino fué largo, porque, como la mayor parte de los cristianos, Lino vivía en el Trans-Tíber, no lejos de la casa de Miriam.

Por último Chilo señaló á Vinicio una casita aislada, á la cual rodeaba una muralla completamente cubierta de hiedra, y le dijo:

—Señor, aquí es.

—Bien,—dijo Vinicio;—ahora te puedes marchar, mas ante todo escucha lo que voy á decirte. Olvida que has estado á mi servicio; olvida en donde habitan Miriam, Pedro y Glauco; olvida también esta vivienda y á todos los cristianos. Irás todos los meses á mi casa, donde mi liberto Demas te pagará dos piezas de oro. Pero, si hubieres de seguir espiondo á los cristianos, daré nuevamente orden de flagelarte ó te haré entregar en manos del prefecto de la ciudad.

Chilo se inclinó, y dijo:

—Olvidaré.

Pero cuando Vinicio hubo vuelto la esquina y desaparecido, extendió las manos hacia él, y amenazándole con los puños apretados, exclamó:

—¡Por Ate (1) y las Furias! ¡No olvidaré!

Y se desmayó de nuevo.

(1) Diosa del mal que, según los poetas, se ocupaba en hacer daño.



CAPÍTULO XXXIII

El joven tribuno se encaminó en seguida á la casa en que vivía Miriam.

Delante de la puerta encontró á Nazario, quien mostróse confundido al verle; pero Vinicio acogió cordialmente al muchacho y se hizo conducir por él á las habitaciones de su madre.

Vinicio encontró allí, además de Miriam, á Pedro, Glauco, Crispo y Pablo de Tarso, quien había regresado recientemente de Fregelas.

A la vista del joven, se pintó el asombro en todos los semblantes, pero él dijo:

—Os saludo en el nombre de Cristo, á quien vosotros honráis.

—¡Sea su nombre glorificado para siempre! —contestaron ellos.

—He sido testigo de vuestras virtudes y objeto de vuestra bondad; permitid, pues, que llegue hasta vosotros como amigo.

—Y nosotros te damos también la bienvenida como amigo, contestó Pedro.—Siéntate, pues, señor, y comparte nuestra comida como huésped.

—Me sentaré y compartiré vuestra comida; pero ante todo escuchame tú, Pedro, y tú, Pablo de Tarso, á fin de que os convenzáis de mi sinceridad. Yo sé donde vive Ligia. Acabo de pasar por frente á la casa de Lino, que se halla cerca de aquí. Tengo sobre Ligia el derecho de posesión que me ha sido otorgado por el César. Dispongo en mis casas de la ciudad de cerca de quinientos esclavos. Podría, pues, rodear el sitio en que se oculta y apoderarme de ella; sin embargo, no lo he hecho, y tampoco lo haré.

—Por eso la bendición del Señor caerá sobre tí y se verá purificado tu corazón,—dijo Pedro.

—Gracias te doy. Pero escuchadme todavía. No he hecho eso, aun cuando al presente vivo asediado por la pena y el sufrimiento.

Antes de conoceros, habríame indudablemente apoderado de ella y retenídola por la fuerza; pero vuestra virtud y vuestra religión, si bien yo no la profeso, han efectuado transformaciones en mi alma que me apartan de todo sistema de violencia. Yo mismo no sé cual es la causa de esto, pero así es. De ahí que acuda hoy á vosotros, que al presente hacéis las veces del padre y de la madre de Ligia, y os diga: «Dádmela por esposa, y os juro que no tan solo no le he de prohibir que confiese á Cristo, sino que yo mismo empezaré á iniciarme en los misterios de su religión.»

Vinicio hablaba con firme acento, erguida la cabeza; no obstante, sentíase conmovido y las piernas le temblaban bajo el manto. Como sus palabras eran escuchadas en silencio, se apresuró á continuar, cual si quisiera anticiparse á una contestación desfavorable.

—Conozco los obstáculos que á ello se oponen, mas yo la amo como á mis ojos; y aun cuando todavía no me cuento entre los prosélitos del cristianismo, no soy ni enemigo vuestro ni contrario de Cristo. Es mi deseo inalterable ser con vosotros sincero, á fin de que confiéis en mí. Estos momentos son de vida ó de muerte: os hablo, pues, la verdad. Otro quizás os diría: «¡Bautizadme!» yo tan solo os digo: «¡Dadme luz!» Creo que Cristo resucitó de entre los muertos, porque lo he oído decir á gentes que aman la verdad y que le vieron después de su muerte. Y creo, porque mis ojos lo han visto, que vuestra religión da frutos de virtud, de justicia y de perdón, y no la afean los crímenes que se os han solido imputar. Mas, no tengo hasta el presente nociones cabales acerca de esa religión. Algunas he recibido de vosotros, otras he tomado de vuestros trabajos, algo me ha inculcado Ligia y algo también he asimilado en mis conversaciones con vosotros. Y os repito

que ello ha influido para que en mí se operase una transformación.

Ayer trataba yo á mis sirvientes con mano de hierro: hoy no puedo hacerlo. No conocía la compasión: la conozco ahora. Gustaba de los placeres: la otra noche huí de la piscina de Agripina, pues encontré que mi alma se asfixiaba en esa atmósfera.

Antes creía en la primacia de la fuerza, hoy me hallo despojado de tal convicción. Sabed que al presente me desconozco. Me disgustan las fiestas, el vino, el canto, las cítaras, las guirnaldas, la corte del César, los cuerpos desnudos y los crímenes. Cuando pienso que Ligia es blanca y pura como la nieve de las montañas, siento acrecer mi amor por ella; y cuando pienso que ella es así por virtud de vuestra religión, amo y deseo esa religión. Pero, puesto que no la comprendo aún, puesto que ignoro si me será dable vivir con sujeción á sus enseñanzas, ó si podrá mi índole amoldarse á ella, me encuentro dominado por una incertidumbre y martirizado por un sufrimiento semejante al que experimentaríais quien se hallara encerrado en una prisión.

Y sus cejas se contrajeron por el dolor y affuyó la sangre á sus mejillas: en seguida prosiguió con creciente vehemencia y febril precipitación:

—Como lo véis, la incertidumbre y el amor me tienen sometido á un verdadero tormento. Los hombres me dicen que en la religión vuestra no hay sitio para la vida, ni para la alegría humana, ni para la felicidad, la ley, el orden, la autoridad ó la dominación de Roma. ¿Es esto cierto? Los hombres me aseguran que sois unos ineanos; mas, decidme vosotros qué es lo que traéis. ¿Es pecado amar, es pecado sentir alegría, es pecado ansiar la felicidad? ¿Sois vosotros, en verdad, los enemigos de la vida? ¿Debe acaso un cristiano llevar una existencia miserable? ¿He de renunciar yo á Ligia? ¿Qué hay de verdad en vuestros propósitos? Vuestros hechos y palabras se asemejan á la

tersa superficie de un remanso transparente, mas decidme: ¿qué hay bajo esa superficie? Ya veis que soy sincero. Disipad mis tinieblas. Los hombres me han dicho también: «La Grecia creó la sabiduría y la belleza, Roma creó el poder; pero ellos, los cristianos... ¿qué han creado, qué traen?» Decidme, pues, ¿qué es lo que traéis? Si hay luz detrás de vuestras puertas, ¡abridmelas!

—Traemos el amor,—dijo Pedro.

Y Pablo de Tarso agregó:

—Si yo hablara con la lengua de los hombres y la de los ángeles y no tuviese amor, mi voz no sería otra cosa que un sonoro bronce.

Entretanto, el corazón del anciano Apóstol se conmovió á la vista de aquella alma doliente que, cual ave enjaulada, pugnaba por abrirse camino hacia el espacio en demanda de aire y de sol; así, pues, extendiendo la mano hacia Vinicio le dijo:

—«Tocad y os abrirán.» El favor y la gracia de Dios han descendido sobre tí; por esta razón yo te bendigo, y bendigo tu alma y tu amor en nombre del Redentor de la humanidad.

Vinicio, que en su discurso había llegado hasta los límites del entusiasmo y de la vehemencia, voló impulsivamente hacia Pedro al escuchar su bendición; y en aquel instante pudo presenciarse una escena insólita.

Aquel descendiente de los quirites, que hasta hacía poco se había resistido á reconocer privilegios de hombre á un extranjero, apoderóse ahora de la mano del anciano galileo y la llevó, lleno de gratitud, á sus labios.

Pedro se sintió complacido al ver que su simiente caía en tierra propicia y que en su red de pescador acababa de ingresar una nueva alma.

Y los presentes, no menos regocijados ante aquella notoria manifestación de homenaje al Apóstol de Dios, exclamaron á una voz:

—¡Gloria al Señor en las Alturas!

Vinicio entonces levantóse con el rostro radiante de alegría y dijo:

—Ahora veo que la felicidad puede morar en medio de vosotros, puesto que yo me siento feliz y creo también que de igual modo llegaréis á convencerme de algunas otras verdades. Pero debo agregar que esto, por el momento, no es posible realizarlo en Roma.

El César va á partir para Ancio y necesito acompañarle, porque he recibido la orden correspondiente. Y vosotros sabéis que no obedecerla equivale á la muerte. Mas, si he logrado alcanzar favor á vuestros ojos, id conmigo á predicar vuestras enseñanzas. Estaréis allí más seguros que yo mismo. Aún en medio de aquella multitud de gentes y en plena corte cesárea, podréis proclamar la verdad. Dicen que Actea es cristiana y cristianos hay hasta en los pretorianos, pues yo mismo he visto soldados que se arrojaban á tu paso, Pedro, en la puerta Nomentana. En Ancio yo tengo una casa de campo en donde podremos reunirnos á escuchar vuestras enseñanzas, á pocos pasos de la morada de Nerón. Glauco me ha dicho que vosotros estais dispuestos á llegar hasta los confines de la tierra por salvar una alma; así, pues, haced en mi favor lo que habéis hecho en favor de aquellos por quienes habéis venido hasta aquí desde Judea: hacedlo y no dejéis huérfana á mi alma.

Al escuchar estas palabras pusiéronse á tomar consejo los cristianos, pensando llenos de complacencia en el triunfo de su religión y en lo que significaría para el mundo pagano la conversión de un augustano como Vinicio, descendiente de una de las más antiguas familias romanas.

Ciertamente, listos estaban ellos para llegar hasta el fin del mundo en persiguiendo de la salvación de una alma y en realidad no habían hecho otra cosa desde la muerte del Maestro, de manera que ni por un instante vino á su imaginación la idea de una respuesta negativa.

Pedro á la sazón era el pastor de las multitudes; así, pues, no podía separarse de su grey; mas Pablo de Tarso, que no hacía mucho había venido de Aricia y de Fregelas y que se estaba preparando ahora para emprender un largo viaje á Oriente con el fin de visitar allí las iglesias y renovar en ellas el celo religioso, consintió en acompañar al joven tribuno hasta Ancio. Allí sería fácil tomar un buque con destino á Grecia.

Vinicio, aun cuando sentía sobremanera que Pedro, á quien tanto debía, no pudiese partir para Ancio, le demostró toda su gratitud, y en seguida formuló su última súplica en estos términos:

—Siéndome conocido el domicilio de Ligia, habría podido yo dirigirme á ella y preguntarla, como es de rigor, si estaría dispuesta á recibirme por esposo en caso de convertirse mi alma al cristianismo; pero he preferido hacerte á tí esta petición, ¡oh, Apóstol! Permíteme, pues, que yo la vea, ó llévame hasta ella.

Ignoro cuanto tiempo habré de permanecer en Ancio; y recuerda también que al lado del César nadie está cierto del mañana. El mismo Petronio me ha dicho que allí no me hallaría yo absolutamente en salvo. Déjame, pues, verla antes de partir; déjame recrear mis ojos con su vista y preguntarle si está dispuesta á perdonarme el mal que la he hecho y á darme en cambio un poco de amor.

Pedro sonrió bondadosamente y dijo:

—¿Quién puede negarte, hijo mío, una legítima alegría?

Vinicio se inclinó de nuevo y besó las manos de Pedro, incapaz ahora de reprimir los transportes de júbilo que en su alma rebosaban.

El Apóstol le tomó las sienes y dijo:

—No temas al César, pues en verdad te digo que no ha de caer un sólo cabello de tu cabeza.

Y envió á Miriam en busca de Ligia, encargándole no dijese quien estaba con ellos, á fin de que la sorpresa fuera motivo de más intensa dicha para la doncella.

La casa no estaba lejos de allí, de manera que al cabo de pocos instantes las personas presentes en la estancia pudieron ver por entre los mirtos del jardín á Miriam que traía de la mano á Ligia.

El primer impulso de Vinicio fué correr á su encuentro; mas á la vista de las amadas formas de la joven, la felicidad pareció privarlo hasta de sus energías y permaneció inmóvil, palpitante el corazón, sin aliento, pudiendo apenas mantenerse de pie, cien veces más emocionado que el día en que por primera vez escuchara zumbiar junto á su cabeza las flechas de los partos.

Ella penetró presurosa al aposento, del todo agena á lo que allí pasaba; mas á la vista del joven se detuvo y quedó fija en el suelo. Su semblante cubrióse de rubor y luego de una intensa palidez y miró en seguida á los presentes con atónitos y atemorizados ojos.

Pero en derredor suyo no vió sino semblantes apacibles y llenos de bondad. El Apóstol Pedro acercóse á ella y preguntó:

—Ligia: ¿le amas ahora como siempre?

Sucedió un instante de silencio.

Los labios de la joven empezaron á temblar como los de un niño que está á punto de prorrumper en llanto y se siente culpable, mas comprende que debe confesar su falta.

—Contesta,—dijo el Apóstol.

Entonces, con voz llena de humildad, sumisión y temor, dijo la joven en voz baja, arrodillándose delante de Pedro:

—Sí; le amo.

En ese propio instante Vinicio se puso también de rodillas á su lado.

Pedro colocó entonces las manos sobre las cabezas de ambos jóvenes y dijo:

—«Amaos, en el Señor y para su gloria, pues no hay pecado en vuestro amor.»

CAPÍTULO XXXIV

Paseándose con Ligia por el jardín, Vinicio hizo á la joven una somera reseña, con palabras nacidas de lo íntimo de su corazón, de lo que pocos momentos antes comunicara á los Apóstoles, á saber: las alarmas que se habían apoderado de su alma, los cambios verificados en su naturaleza y por fin el inmenso anhelo que había venido á obscurecer su existencia desde el momento en que abandonara ella la morada de Miriam.

Confesó á Ligia que había intentado olvidarla, pero inútilmente. Su pensamiento habíase mantenido fijo en ella noches y días enteros. Esa pequeña cruz de varillas de madera de boj que le había dejado, mantenía constantemente vivo su recuerdo y él habíala colocado en su *larium* y reverenciádola involuntariamente, cual si tuviese algo de divino.

Y había languidecido más y más en su constante anhelo por ella, pues el amor se le había sobrepuesto enteramente y enseñoreádose de su alma, desde el día en que la viera en casa de Aulio. Las Parcas devanaban el hilo de la existencia de los demás: el amor, la nostalgia y la melancolía habían estado devanando el suyo. Sus acciones habían sido malas, pero habían tenido por móvil el amor. El habíala amado cuando se hallaba en la casa de Aulio, cuando la vió en Ostrianum escuchando las palabras de Pedro, cuando fué acompañado de Crotón con el propósito de robarla, cuando velaba ella en la cabecera de su lecho y por fin cuando había abandonado el hogar de Miriam.

Luego había venido Chilo á participarle su descubrimiento del nuevo asilo en que ella se encontraba y á insinuarle un segundo rapto; pero él había optado por castigar á Chilo y dirigirse á los Apóstoles en busca de verdad y en busca de ella.

Y bendecía el momento en que obedeciera tal inspiración, pues hallábase ahora por fin á su lado y ella ya no le huiría como lo había hecho la última vez en casa de Miriam.

— Yo no huí de tí,—dijo Ligia.

—Y entonces, ¿por qué te alejaste de mi lado?

Ella alzó hacia él sus ojos, en que había reflejos irisados, é inclinando luego el ruboroso semblante, dijo:

—Tú lo sabes...

Vinicio permaneció un momento silencioso, como embargado por la felicidad que desbordaba en su alma.

Luego prosiguió refiriendo á la joven cómo sus ojos habíanse ido gradualmente abriendo á la persuasión de que ella era del todo diferente de las mujeres de Roma y tan sólo asemejábase á Pomponia. Además,—y esto no podía explicarlo con claridad á Ligia, pues él mismo no lograba definírselo aún satisfactoriamente:—que en ella venía al mundo una belleza de otra índole, nueva, ideal, una belleza que no había existido en él antes, belleza que no era como la de las estatuas, sino como ha de ser la de los espíritus.

Y la dijo también algo que llenó de júbilo á la joven: que la amaba mucho más, precisamente porque había huído de él y que en su hogar sería para él como un sagrado numen.

Y luego la tomó una mano y ya no pudo continuar; limitóse á contemplarla enajenado, cual si viera en ella á la felicidad entera de su vida que acababa de conquistar, y repitió una y otra vez su nombre, cual si quisiera convencerse de que realmente habíala encontrado por fin y se hallaba próximo á ella:

—¡Oh, Ligia, Ligia!

Por último empezó á preguntarle á su vez cuáles habían sido sus impresiones con respecto á él; y la joven confesó que le amaba desde el día en que ambos viéranse en la casa de los Plaucios, y que si Vinicio la hubiese devuelto

á ellos desde el Palatino, habríales ella confesado su amor é intentado apaciguar la cólera que hacia él debían sentir.

—Te juro,—dijo Vinicio,—que ni siquiera por un instante había venido á mi cerebro la idea de sacarte de la casa de Aulio. Algún día te referirá Petronio como yo le confesé cuanto te amaba y que deseaba casarme contigo. «Venga ella á exornar la puerta de mi casa, cúbrala de grasa de lobo y ocupe en seguida en mi hogar el sitio de la esposa», le dije.

Pero él ridiculizó mi propósito é insinuó al César la idea de pedirte como un rehén que le pertenecía y de darte á mí. ¡Cuántas veces, en medio de mi dolor, no le he maldecido! mas, acaso el destino así lo dispuso, pues de otra manera no habría conocido yo á los cristianos, ni llegado á comprenderte.

—Créeme, Marco,—replicó Ligia;—Cristo ha sido quien en sus altos designios te atrajo á sí.

Vinicio alzó la cabeza como sorprendido y repuso luego con animación.

—¡Cierto! Pareció combinarse todo de admirable manera para que al buscarte á tí, me encontrase á los cristianos. En Ostrianum escuché maravillado al Apóstol, pues no había oído jamás conceptos semejantes. Y dime: ¿gostaste allí por mí?

—Sí,—contestó Ligia.

A la sazón hallábanse delante de la glorieta cubierta de una espesa capa de hiedra y se aproximaban al sitio donde Ursus, después de haber estrangulado á Croton, se arrojó sobre Vinicio.

—Aquí,—dijo el joven,—habría perecido yo, á no ser por tu mediación.

—No hables más de eso,—contestó Ligia;—y no se lo recuerdes tampoco á Ursus.

—¿Podría yo acaso haber tomado venganza en él porque te defendiera? Muy al contrario, á ser él esclavo, le habría concedido inmediatamente la manumisión.

—A ser él esclavo, Aulio le habría dado la libertad hace mucho tiempo.

—¿Recuerdas—preguntó Vinicio—que quise llevarte de nuevo á tu casa, y tú temiste que llegara á saberlo el César y tomase por ello venganza en Aulio y Pomponia? Pues bien, ahora podrás verlos tan á menudo como te plazca.

—¿Por qué, Marco?

—Te digo que «ahora»; y creo que no habrá para tí peligro alguno en verlos cuando seas mía. Porque, si al saberlo el César, me preguntase qué había hecho del rehén que él me diera, le contestaría: «Me he unido á ella en matrimonio, y ahora visita la casa de Aulio con mi consentimiento.» El desea hacer un viaje á Acaya, de modo que no ha de permanecer largo tiempo en Ancio, y aun cuando permaneciera, no me será necesario verle todos los días. Apenas Pablo de Tarso me haya iniciado en los misterios de tu fe, recibiré el bautismo, regresaré aquí, me ganaré de nuevo la amistad de Aulio y Pomponia, quienes habrán vuelto á la sazón á la ciudad, y no existiendo ya obstáculos de ningún género, irás á ocupar tu sitio en mi hogar. ¡Oh, *carissima, carissima!*

Y extendió la mano cual si quisiera poner al cielo por testigo de su amor; y Ligia alzando hacia él sus límpidos ojos, dijo:

—Y entonces diré:—«Donde tú estás, Cayo, allí estoy yo, Caya.»

—Sí, Ligia mía,—exclamó Vinicio.—Y te juro que jamás mujer alguna habrá recibido en el hogar de su esposo homenajes comparables á los que yo te he de tributar.

Y siguieron paseándose en silencio largo rato, pareciéndoles aún que era imposible que pudiera contenerse tamaña felicidad en sus pechos llenos de amor el uno para el otro, soberbios como dioses y tan hermosos como si la primavera les hubiese dado á luz cual sendas flores lozanas.

Finalmente se detuvieron bajo el ciprés que se alzaba próximo á la puerta de la casa. Ligia apoyábase á la sa-

zón contra el pecho de Vinicio y éste la dijo entonces con voz en que había temblorosas inflecciones de ruego:

—Dí á Ursus que vaya á la casa de Aulio en busca de tu mobiliario y de tus juguetes de niña.

Mas ella, cubiertas las mejillas de un rubor como de rosa ó de aurora, contestó:

—La costumbre ordena otra cosa.

—Lo sé. De ordinario la *pronuba* (1) conduce esos objetos detrás de la novia; pero tú querrás hacer esto por mí. Yo los llevaré á mi casa de campo, en Ancio, y serán otros tantos recuerdos que de tí me hablen.

Y aquí juntó las manos y repitió, como un niño que algo está pidiendo con instancia.

—Transcurrirán algunos días antes de que Pomponia regrese; así, pues, concédeme esto, *diva* (2); concédemelo, *carissima!*

—Pero Pomponia hará como guste, — contestó Ligia, quien habíase ruborizado más intensamente al oír nombrar á la *pronuba*, (paraninfa, madrina.)

Y de nuevo callaron ambos, sintiendo á la vez, á influjos de la pasión, acelerarse anhelantes los latidos de sus pechos.

Ligia se hallaba de pie, apoyada la espalda sobre el ciprés y destacándose en la sombra la blancura de su rostro, fresco y lindo como un botón de primavera, bajos los ojos, palpitante el seno, cual si en él rebosaran renovados efluvios de vida exuberante.

Vinicio á la vez mirábase como transfigurado y tenía pálido el rostro por la emoción.

En el silencio de aquella plácida tarde sólo escuchaban el rítmico latir de sus corazones, y en medio del éxtasis que los embargaba, ese ciprés, y los mirtos y la hiedra de

(1) Matrona romana, 'madrina', que acompañaba á la novia y la iniciaba en sus deberes de esposa.

(2) Diosa de la gentilidad.

la glorieta, antojábanseles los deliciosos contornos de una mansión de amor paradisiaco.

Pero Miriam dejóse ver luego en el umbral de la puerta y les invitó al refrigerio de la tarde.

Sentáronse ambos jóvenes junto á los Apóstoles. Estos los contemplaban con expresión regocijada, como á los representantes de la nueva generación, quienes, después de muertos ellos, habrían de seguir esparciendo la simiente de la nueva fe.

Pedro partió y bendijo el pan.

Reinaba una apacible serenidad en todos los semblantes, y una atmósfera de inmensa dicha parecía extenderse por sobre aquel hogar.

—Y ahora,—dijo por fin Pablo, volviéndose á Vinicio, —dime: ¿Somos nosotros los enemigos de la vida y de la felicidad?

—Ahora lo comprendo perfectamente,—contestó el joven;—pues nunca me he sentido tan dichoso como en medio de vosotros.

CAPÍTULO XXXV

Al anochecer de ese día, yendo Vinicio de regreso á su casa por el Forum, vió á la entrada del Vicus Tuscus (Barrio Toscano) la dorada litera de Petronio, que conducían ocho fornidos bitinios, y deteniéndola con un ademán, aproximóse á las cortinas.

—Espero que hayastenido un sueño agradable y feliz!—exclamó riendo al ver que dentro de la litera Petronio dormitaba.

—¡Ah! ¿Eres tú?—dijo el árbitro abriendo los ojos.—Sí; acababa de quedarme dormido, pues pasé la noche en el Palatino. He salido á comprar algunos libros para leer en el camino de Ancio. ¿Qué noticias tienes.

—¿Has recorrido las librerías?—preguntó Vinicio.

—Sí, no me agrada introducir en mi biblioteca el más ligero desorden, así es que estoy haciendo una provisión

especial para el viaje. Probable es que tengamos ya algunas cosas nuevas de Musonio y Séneca. Estoy buscando también á Persio (1) y una edición especial de las Eglogas de Virgilio, que me hace falta. ¡Oh, cuán cansado estoy y cómo me duelen las manos de tanto examinar libros! Porque, apenas se halla uno dentro de una librería, le dominan la curiosidad y el deseo de registrar á uno y otro lado. Fui á la tienda de Avirno y á la de Atracto, en el barrio Argileto, y á casa de los Sosios, en el Vicus Sandalarius (Barrio Sandalario). (2) ¡Por Cástor! Qué ganas tengo de dormir!

—¿Estuviste en el Palatino? Entonces podrás contarme lo que allí se dice. O mejor: ¿quieres enviar la litera y los libros á tu casa y venirme á la mía? Hablaremos allí de Anicio y de algún otro asunto.

—Bien,—contestó Petronio bajando de la litera.—Y, á propósito, ya sabrás que pasado mañana partimos para Anicio.

—¿De dónde habría yo de saberlo?

—¿En qué mundo estás viviendo? Pues bien: he de ser entonces el primero que te anuncie la noticia. Sí; preciso es que te encuentres dispuesto pasado mañana por la mañana. Han sido inútiles los guisantes en aceite de oliva, como ha sido inútil que se pusiera un paño alrededor de su gorlo cuello: Barba de Bronce está ronco. En vista de lo cual, no se debe ni pensar en un aplazamiento.

El maldice á Roma y á su atmósfera, y á todo cuanto la rodea: viérala gustoso arrasada hasta el nivel del suelo ó destruída por las llamas; y ansía por llegar cuanto antes á orillas del océano. Dice que los olores que el viento le trae desde las calles estrechas de la ciudad le están empujando hacia la tumba. Hoy fueron ofrecidos en todos los

(1) A. Persio Flaco, caballero romano, natural de Volaterra, en Toscana, célebre poeta satírico que floreció en tiempo de Nerón.

(2) Barrio de Roma en el cual se vendían chapines, escarpines ó sandalias.

templos grandes sacrificios á fin de que recobre la voz; y jay de Roma, y especialmente del Senado, si no se restablece pronto!

¿Entonces ya no habría motivo para que insistiese en su viaje á Acaya?

—Pero, ¿acaso es ese el único talento que posee nuestro divino César?—preguntó Petronio sonriendo.—Preséntese él en los juegos Olímpicos como poeta, con su «Incendio de Troya;» como automedonte, como músico, como atleta; y no solo eso: aún hasta como danzante, y recibirá en cada caso todas las coronas destinadas á los vencedores. ¿Sabes porqué ha quedado ronco ese mono? Se empecinó ayer en igualar á nuestro Páris como danzarín y se puso á bailar-nos las aventuras de Leda. Durante el baile sudó, cogiendo en seguida un resfriado. Hallábase á la sazón tan mojado y resbaladizo como anguila que acaba de salir del agua. Cambió de máscara una y otra vez, dió más vueltas que un huso y manoteó como un marino borracho, hasta que el más profundo disgusto se apoderó de mí ante el espectáculo continuadamente *arlequinesco* de su gran estómago y sus delgadas piernas pataleantes. Páris le estuvo enseñando por espacio de dos semanas; pero ya puedes tú imaginarte á Enobarbo de Leda ó de Cisne divino. ¡Era un perfecto ganso, no te lo podré negar! Y ahora quiere presentarse ante el público en esa pantomima, primero en Ancio y después en Roma.

—Ya con no haber cantado en público escandalizó á mucha gente. ¡Pensar ahora que hemos de ver á un César romano en el papel de mino! Nó; me figuro que ni la misma Roma querrá soportarlo.

—Mi querido amigo: Roma todo lo ha de soportar; y el Senado tributará un voto de gracias al «Padre de su patria.» Y ya verás á la plebe engreida al ver al César convertido en su bufón.

—Más dime tú mismo: ¿es posible llegar á mayor envilecimiento?

Petronio encogióse de hombros y dijo:

—Como tú vives encerrado en tu casa, embebido en tus meditaciones acerca de Ligia ó de los cristianos, acaso no sabes lo que ocurrió hace apenas dos días. Nerón se unió públicamente en matrimonio con Pitágoras, quien presentóse en traje de novia. Esto parecería haber salvado los límites de la locura, ¿no es verdad? Pues bien: se llamó á los flamines (sacerdotes) quienes acudieron y celebraron la ceremonia con toda solemnidad.

Estuve presente en ella. Soy de mucho aguante: sin embargo, á la sazón ocurrióseme, lo confieso, que los dioses, si algunos existiesen, debieron allí mismo haber hecho alguna señal. Pero el César no cree en los dioses, y tiene razón.

—De manera que Nerón es entonces, una sola persona, sumo sacerdote, Dios, y ateo,—dijo Vinicio.

—Cierto,—dijo Petronio riendo.—Eso no me había venido á la mente: pero es una combinación como no se ha visto antes otra igual en el mundo.

Luego, después de un momento de silencio, repuso:

—Y sería menester agregar que este sumo pontífice, que no cre en los dioses y este dios que también los desdén, siendo ateo les teme.

—Y prueba de ello es lo que aconteció en el templo de Vesta.

—¡Qué sociedad!

—A tal sociedad, tal César. Pero esto no ha de durar mucho.

Así conversando entraron á la casa de Vinicio, quien con regocijado acento pidió la cena y en seguida, volviéndose á Petronio, repuso:

—Nó, querido; la sociedad necesita de una renovación.

—Renovación que no haremos nosotros—contestó Petronio—aún cuando no haya para ello otra causa que esta: En los actuales tiempos de Nerón, el hombre solo es una ma-

riposa, que vive el corto espacio de un día, á la luz del sol del favor cesáreo, y al primer cierzo helado perece, generalmente contra su propia voluntad. ¡Por el hijo de Mayal Más de una vez me he hecho esta pregunta: ¿En virtud de qué milagro un hombre como Lucio Saturnino ha podido llegar hasta la edad de noventa y tres años y sobrevivir á Tiberio, á Calígula y Claudio? Mas, dejemos esto á un lado. ¿Quieres permitir que mande tu litera en busca de Eunice?

El sueño parece haber huído de mis párpados y desearía pasar algunos momentos de placer. Ordena que durante la cena nos recreen el oído algunos citaristas, y después hablaremos de Ancio. Necesario es pensar en ello, especialmente por lo que te concierne.

Vinicio mandó por Eunice, pero declaró á su tío que no deseaba torturar su cabeza con el pensamiento de su próxima permanencia en Ancio.

—Hagánlo aquellos que no pueden vivir de otra manera que al calor de los rayos de la cesárea privanza,—agregó. —El mundo no termina en el Palatino, especialmente para los que tienen algo más en sus corazones y en sus almas.

Dijo estas palabras con acento tan despreocupado y á la vez tan lleno de animación y alegría, que dejó sobremana sorprendido á Petronio. De ahí que éste, después de mirarle con detenimiento, le preguntase:

—¿Qué te pasa? Hoy te encuentro como en los días en que llevabas á tu cuello la *bula* de oro,

—Me siento feliz,—contestó Vinicio.—Y te he invitado expresamente con el fin de participártelo.

—¿Qué ha sucedido?

—Algo que yo no cambiaría por todo el Imperio Romano.

Sentóse luego, se apoyó en el brazo de la silla, reclinó la cabeza en la mano y dijo:

—¿Recuerdas aquel día en que fuimos á casa de Aulio Plaucio y allí viste por primera vez á una doncella divina,

á quien tú mismo llamaste «Aurora y Primavera?» Recuerdas á esa Psyché incomparable, á la más linda de todas nuestras vírgenes y de todas nuestras diosas?

Prtronio le miró atónito y con aire que demostraba ciertas dudas acerca del estado mental de su sobrino.

—¿De quién hablas?—preguntó por fin.—Por cierto que recuerdo á Ligia.

—Soy su prometido esposo.

—¡Qué!

Pero Vinicio púsose de pié de un salto, y llamando á su madordomo, dijo:

—¡Que todos los esclavos vengan al punto, á mi presencia sin exceptuar uno solo!

—¿Tú eres su prometido esposo?—repitió Petronio.

Y antes de que se hubiera repuesto de su asombro, el inmenso *atrium* se vió invadido por un numeroso enjambre de gente. Había entre ellos, ancianos trémulos, hombres en todo el vigor de la edad, mujeres, muchachos y niñas. A cada momento ibase llenando más y más el *atrium*; en los corredores, denominados «fauces,» dejábanse oír voces que hacían llamamientos en idiomas diversos. Todos tomaron finalmente sus respectivas colocaciones, en filas á lo largo de las murallas, y por entre las columnas.

Vinicio, de pie cerca del *impluvium*, volviése entonces á Demas, el liberto, y dijo:

—Todos los que hayan servido veinte años en mi casa, deberán presentarse mañana ante el pretor, á fin de que se les otorgue la libertad; los que no hayan cumplido ese tiempo, recibirán tres piezas de oro cada uno y dobles raciones por espacio de una semana. Enviarás á las prisiones rurales, una orden de indulto general: caigan los grillos de los pies de los presos y déseles suficiente alimento.

Sabed todos, que el día de hoy, es para mí, un día de felicidad, y quiero que reine la alegría en mi casa.

Por espacio de un momento, los esclavos guardaron sí-

lencio, cual si no diesen crédito á sus oídos; en seguida alzáronse todos los brazos y exclamaron todas las bocas:

—¡A-al ¡Señor! ¡A a al

Vinicio les despidió entonces con un ademán.

Y aún cuando todos á porfía deseaban manifestarle su gratitud postrándose á sus pies, alejáronse apresuradamente y la casa entera, del sótano al techado, se pobló de rumores jubilosos.

—Mañana,—dijo en seguida Vinicio,—mandaré que se reúnan de nuevo en el jardín y hagan los signos que quieran en el suelo. Ligia dará libertad, á su vez, á todos los que tracen un pescado.

Petronio, que nunca se admiraba de cosa alguna por mucho tiempo, dijo con aire indiferente:

—¿Un pescado? ¡Ah, sí!... Según Chilo, ese es el signo de los cristianos; ya lo recuerdo.

Y alargando luego la mano á Vinicio, prosiguió:

—La felicidad se encuentra siempre allí donde un hombre la descubre. Quiera la esposa del Céforo (1) sembrar de flores tu camino por largos años. Cree que para tí deseo cuanto tú mismo puedas anhelar.

—Te lo agradezco, pues me imaginaba que tratarías de disuadirme, y eso, ya lo ves muy bien, sería tiempo perdido.

—¿Yo? ¿Disuadirte? De ningún modo. Por el contrario, dígame que obras perfectamente.

—¡Ah, traidor!—contestó Vinicio riendo,—¿has olvidado lo que me dijiste una vez, cuando salimos de casa de Pomponia Graecina?

—No,—contestó Petronio con sangre fría;—pero he cambiado de parecer. Querido mío,—agregó un momento después,—en Roma todo cambia. Los maridos cambian de esposas; las esposas cambian de maridos; ¿por qué entonces no podría yo cambiar de opiniones? Faltó poco para

(1) Flora, la diosa de las flores.

que Nerón se casara con Actea, á la cual, por halagar al César, representaban entonces como de abolengo real. Pues bien, llegada esa emergencia, habríamos tenido, él una esposa honrada, y nosotros una honrada Augusta. ¡Por Prometeol (1) ¡y sus inmensos espacios desiertos de la mar! ¡Cambiaré de opinión tan á menudo como me plazca ó me convenga! Y en cuanto á Ligia, su descendencia real es más cierta que la de Actea. Sólo te prevengo que en Ancio estés muy alerta con Popea, que es vengativa.

—No abrigo temor alguno sobre ese punto. En Ancio no caerá ni un solo cabello de mi cabeza.

—Si piensas que he de asombrarme por segunda vez, te equivocas; mas, dime: ¿de dónde procede la certidumbre que abrigas?

—El Apóstol Pedro me lo ha dicho.

—¡Ah, te lo ha dicho el Apóstol Pedro! Contra eso no hay argumento que valga; permíteme, empero, que tome algunas medidas de precaución para el caso de que el Apóstol Pedro pudiera resultar un falso profeta; porque si se equivocara el Apóstol, por ventura dejaría de merecer tu confianza, la cual, por cierto ha de serle muy útil en el porvenir.

—Haz lo que te plazca, pero yo lo creo: y si piensas que me has de volver en contra suya repitiéndome su nombre irónicamente, sufres una equivocación.

—Una pregunta más, tan sólo. ¿Te has hecho cristiano?

—Todavía no; pero Pablo de Tarso viajará conmigo á fin de explicarme las enseñanzas de Cristo, y después me propongo recibir el bautismo; porque es inexacta la afirmación tuya de que los cristianos son enemigos de la vida y del bienestar.

—Tanto mejor para tí, y para Ligia,—contestó Petronio.

Y luego, encogiéndose de hombros, agregó, cual si hablara consigo mismo:

(1) Dios marino, hijo del Océano y de Tetis.

—Empero, no deja de ser admirable la habilidad de esas gentes para ganarse prosélitos y el modo cómo se extiende su secta.

—Sí,—contestó Vinicio, con tanto fervor, como si ya estuviera bautizado;—existen miles y decenas de miles en Roma, en todas las ciudades de Italia, en Grecia y en el Asia. Cristianos hay en las legiones, y entre los pretorianos, y los hay en el propio palacio del César. Esclavos y ciudadanos, ricos y pobres, plebeyos y patricios confiesan la nueva fe. ¿No sabes que los Cornelios son cristianos, que es cristiana Pomponia Graecina, que lo fué probablemente Octavia, y que Actea lo es? Sí, esas enseñanzas pronto se extenderán por el mundo entero, y son acaso las únicas que puedan cambiar su faz. Y no te encojas de hombros, porque, ¿cómo sabes si al cabo de un mes, ó al cabo de un año, no querrás también tú recibirlas?

—¿Yo?—dijo Petronio.—¡No, por el hijo de Leto! No las he de recibir, si bien contuviesen ellas la verdad y la sabiduría de todos los dioses y de todos los hombres! Eso requiere dedicación, trabajo, y á mí no me gusta el trabajo porque demanda abnegación de sí mismo, y yo no quiero negarme á mí mismo nada. Dada tu índole, comparada al fuego y al agua hirviente, bien puedes tú en ocasiones, sentirte inclinado á ello. ¿Pero yo? Yo tengo mis gemas, mis camafeos, mis vasos, mi Eúnice. No creo en el Olimpo, pero me he arreglado uno para mi uso particular en la tierra; y he de seguir prosperando en él hasta que las flechas del divino arquero vengan á herirme, ó hasta que el César ordene que me abra las venas. Amo sobremanera el aroma de las violetas, y plácenme los goces y blanduras del triclinio. Amo aún á nuestros dioses, como sendas figuras retóricas, y amo la Acaya, á donde me preparo á encaminarme en compañía de nuestro grueso, perniflaco, incomparable, divino César, el Augusto Hércules, hostigador de las edades, Nerón.

Y no pudiendo reprimir su buen humor ante la sola

suposición de que pudiera él llegar á amoldarse á las enseñanzas del pescador de Galilea, empezó á cantar:

«Y ornaré de mirto la brillante espada,
A ejemplo de Harmodio y Aristogitón...»

Pero aquí se detuvo, pues en ese momento, anunciaron la llegada de Eunice, y se sirvió inmediatamente la cena, durante la cual, ejecutaron los citaristas algunos trozos de canto.

Vinicio refirió entonces á Petronio, la visita de Chilo, y como ella le había sugerido la idea de dirigirse directamente á los Apóstoles, idea que vino á su mente mientras estaban flagelando al griego.

Al oír esto Petronio, que empezaba de nuevo á sentir sueño, se llevó la mano á la frente, y dijo:

—La idea fué buena, desde que era bueno el objetivo. En cuanto á Chilo, yo en tu lugar le habría dado cinco piezas de oro. Mas, ya que fué tu voluntad flagelarlo, bien flagelado quedó, aún cuando posible es que cualquier día llegue él á recibir, á su turno, los homenajes de los senadores, como en el día los recibe nuestro caballero remendón, Vatinio. Buenas noches.

Y quitándose la guirnalda que su sién rodeaba, se preparó á retirarse en unión de Eunice.

Una vez que hubieron partido, Vinicio se dirigió á su biblioteca y escribió á Ligia las líneas siguientes:

«Cuando abras tus lindos ojos, deseo que te dé esta carta los buenos días. Por eso la escribo, aunque te he de ver mañana. El César parte pasado mañana para Ancio, y yo, ¡ay de mí! debo acompañarle forzosamente. Ya te he dicho que no obedecer, equivale á jugar la vida; y al presente no podría tener yo el valor de abandonarla. Pero si deseas tú que no vaya, escribe una sola palabra y me quedaré. Petronio, con un discurso, podrá apartar de mi cabeza el peligro.

»Hoy día, en la hora de mi felicidad, he gratificado á todos mis esclavos, y á los que hayan cumplido en mi ca-

sa veinte años de servicios, les llevaré mañana ante el pretor para otorgarles la manumisión. Tú, querida mía, creo que has de aplaudirme por ello, puesto que esta acción, á mi juicio, se halla en armonía con esa benigna religión tuya; y en seguida, porque al obrar así he tenido en vista el complacerte. Mañana, esos libertos míos á tí habrán de agradecer su libertad. Y lo sabrán de mis labios, á fin de que te rindan merecido homenaje de gratitud y bendigan tu nombre.

»En cuanto á mí, yo me ofrezco en cautiverio á la felicidad y á tí. Y Dios quiera que nunca me vea libre de tan amables cadenas.

»¡Maldigo á Ancio y el viaje de Enobarbo! Y me considero tres y cuatro veces dichoso porque no poseo la sabiduría de Petronio; si la poseyera, quizá me viese obligado á ir á Grecia en seguida.

»Entretanto, en los momentos de separación, me entregaré á los más dulces recuerdos tuyos. Y cuando quiera que me sea dado escapar, tomaré un caballo y me lanzaré hacia Roma, anhelante por recrear mis ojos en la luz de los tuyos y mis oídos en las melodías de tu voz. Cuando no pueda venir, mandaré un esclavo con una carta y en busca de tus noticias.

»Salúdote, divina mía, y me postro á tus pies. No te enfades porque te llame divina. Si me lo prohibes, te obedeceré, mas hoy no me es posible darte otro nombre.

»Con toda mi alma, te felicito por el hogar futuro en que has de ser mi reina.»

CAPÍTULO XXXVI

Era sabido en Roma que el César deseaba pasar por Ostia en su viaje, ó mejor dicho que había dispuesto ver allí el barco mayor del mundo recién llegado de Alejandría con un cargamento de trigo, y de Ostia seguir hasta Ancio por la Vía Littoralis (Vía del litoral). Las órdenes habían

sido expedidas con anticipación de muchos días; así, pues, en la Porta Ostiensis, (Puerta de Ostia) desde el amanecer, una multitud formada de toda la plebe del lugar y de todas las naciones del mundo, habíase agolpado á fin de recrear sus ojos con la vista del séquito cesáreo, nunca suficientemente contemplado por el populacho de Roma.

El camino de Ancio no era ni accidentado ni largo. En la ciudad misma, compuesta de palacios y casas de campo, construídas y amuebladas suntuosamente, se encontraba todo cuanto podía exigirse para la vida cómoda y aún para la satisfacción de los más exquisitos refinamientos de la época.

No obstante, el César, tenía la costumbre de llevar consigo, en cada uno de sus viajes, todos aquellos objetos que le causaban agrado, empezando por los instrumentos musicales y los muebles domésticos, y terminando por las estatuas y los mosaicos, que le seguían aún en las ocasiones en que se detenía por poco tiempo en el camino, á descansar ó por vía de recreo. De manera, que en cada expedición le acompañaban legiones de sirvientes, sin contar los guardias pretorianos y los augustianos. De estos últimos, cada uno tenía su séquito personal de esclavos.

Muy temprano en la mañana de ese día, grupos de duleros (1) de la Campania, de caras tostadas por el sol, con sendas pieles de cabra atadas á las piernas, conducían quinientas burras fuera de las puertas, anticipándose al viaje de la comitiva imperial á fin de que Popea, en la mañana de su llegada á Ancio, tuviese listo su baño en la leche de aquellos cuadrúpedos. La plebe miraba entre risas y chanzas las largas orejas de las burras viajeras, que éstas iban moviendo por entre nubes de polvo, y escuchaba regocijada los chasquidos de los latigazos y el voceo aguijoneador de los duleros.

Una vez que hubieron desaparecido las burras, numerosos grupos de muchachos se precipitaron al camino, lo ba-

(1) Pastores ó guardas de ganado mayor.

rrieron esmeradamente y lo cubrieron de flores y espigas de pino. Entre aquella multitud, decíanse algunos al oído con aire ufano, que todo el camino hasta Ancio, sería alfombrado así de flores procedentes de los jardines privados de los alrededores, ó compradas á subido precio á los mercaderes de la Porta Mugionis (1).

A medida que transcurrían las horas de la mañana, ibanse volviendo más y más densas las multitudes de pueblo. Algunos habían venido con todos los miembros de sus familias, y á fin de interrumpir la monotonía de los momentos de espera, extendían sus provisiones sobre las piedras destinadas á servir de cimiento al nuevo templo de Ceres, y hacían los honores á su *prandium* al aire libre. Aquí y allí formábanse grupos en los que tomaban la voz individuos ya versados en viajes; y hablaban del que iba á hacer ahora el César, y de sus viajes futuros, y en general, explotaban ese tema de actualidad.

Marineros y soldados veteranos, referían á su vez, maravillas acerca de lo que en sus campañas á regiones remotas, oyeran decir de países que no habían sido aún hollados por el pie de un romano. Y aquellos de los habitantes de Roma, que jamás habían ido más allá de la Vía Apia, escuchaban con atónita curiosidad narraciones de la India, de la Arabia, de los archipiélagos que rodeaban la Bretaña, y en los cuales, en una pequeña isla que habitaban los espíritus, Briareo (2) había aprisionado durante su sueño á Saturno. Y escuchaban también historias de las regiones hiperbóreas, en donde había mares helados, y de los silbidos y rumores que daba al aire el océano cuando el sol se hundía en él como á tomar su baño. Y las consejas de este género hallaban fácil acceso entre la plebe, lo cual no era de extrañar, puesto que las crefan hombres como Tácito y Plinio.

(1) Puerta de Roma que tomó el nombre del romano Mugio, que la había defendido. M. Terencio Verro dice que tomó su dominación de la voz *mugitus*, mugido, porque por ella se sacaban los bueyes á pastar.

(2) Gigante que tenía cien brazos.

Hablaban asimismo del barco que deseaba conocer el César y que era portador de un cargamento de trigo bastante para el consumo de dos años, sin contar á cuatrocientos pasajeros, otros tantos soldados y una multitud de bestias feroces destinadas á los juegos estivales. Esto producía en general una impresión favorable á Nerón, que se preocupaba no tan sólo de alimentar al pueblo, sino también de divertirlo. De ahí que le guardara una acogida llena de entusiasmo.

Entretanto, presentóse un destacamento de caballería nómada, perteneciente á la guardia pretoriana. Llevaban uniformes amarillos, fajas rojas y grandes aretes, que daban reflejos dorados sobre sus caras negras. Las puntas de sus lanzas de bambú destellaban al sol como llamas.

Una vez que hubieron pasado, advirtiése una especie de movimiento procesional. La multitud se estrechó vivamente para verlo más de cerca; pero se encontraron con divisiones de pretorianos á pie, quienes formando filas á ambos lados de la puerta, impedían el acceso al camino.

Pusiéronse primero en movimiento innumerables carros que contenían tiendas de color de púrpura, rojo y violeta y de fino lienzo egipcio, tejido de hilo blanquísimo como la nieve, y tapices orientales, y mesas de madera de cedro, y piezas de mosaico, y utensilios de cocina, y jaulas con aves procedentes de oriente, del norte y occidente, aves cuyos sesos y lenguas estaban destinados á la mesa del César, y vasijas de vino, y canastas de fruta. Pero los objetos que no debían ser expuestos á los golpes ó quebraduras que pudieran sufrir yendo en aquellos vehículos, eran llevados á mano por esclavos. De ahí que se viese á centenares de individuos á pie conduciendo vasos y estatuas de bronce corintio. Había compañías de hombres expresamente designados para el transporte de los vasos etruscos; otras para los griegos, otras para los vasos de oro y de plata ó los de cristal de Alejandría.

Estas compañías, iban custodiadas por pequeños desta-

camentos de infantería y caballería pretoriana. Dirigiendo cada división de esclavos iban mayoresales ó capataces que empuñaban látigos, en cuyo extremo había pedazos de plomo ó de hierro en vez de chasqueadores.

Tenía cierto aspecto de solemne procesión religiosa, la de los que en seguida venían trayendo con aire grave y esmerada atención varios objetos delicados; y aquella semejanza hizose más resaltante cuando empezaron á pasar los instrumentos musicales del César y de sus cortesanos. Allí se veían arpas, laudes griegos, hebreos y egipcios, liras, formingas, cítaras, flautas, largos y torcidos cuernos de búfalo, y címbalos. Al contemplar ese mar de instrumentos que daban al sol sus reflejos de oro, bence, perlas y piedras preciosas, habría podido imaginarse que Apolo y Baco, acababan de emprender la marcha en viaje por el mundo.

Después de los instrumentos venían ricos carros llenos de acróbatas y danzantes de ambos sexos, quienes formaban grupos artísticos y llevaban palmas en las manos. Seguían multitud de esclavas, destinadas no al servicio, sino á la ostentación; de igual modo y para idénticos fines, muchos niños y niñas de corta edad, escogidos en la Grecia y en el Asia Menor; aquellos con largas cabelleras, y éstas con hermosos rizos aprisionados en redes de oro, niños semejantes á Cupidos por la maravillosa hermosura de sus rostros, que llevaban cubiertos de una espesa capa de cosmético á fin de resguardar su cutis delicado contra los rigores del viento de la Campania.

Y de nuevo dejöse ver una cohorte pretoriana de gigantes sicambros, de ojos azules, de caras barbudas y cabellos rubios ó rojos. A la cabeza de ellas las águilas romanas eran conducidas por porta estandartes llamados *imaginarii*, (1) á iban también tablas con inscripciones, estatuas de dioses de Roma y germanos, y finalmente bus-

(1) Imaginario; se llamaba así primitivamente al que llevaba la imagen ó el retrato del emperador.

tos y estatuas del César. Por debajo de las pieles y la armadura del soldado surgían miembros recios y atezados, que se dirían por su aspecto verdaderas máquinas militares, capaces de manejar las pesadas armas de que iban provistos los guardias de esa especie. La tierra parecía doblegarse á su mesurado y potente paso. Cual si tuvieran conciencia de su fuerza, que podían emplear aun contra el mismo César, miraban con desprecio los grupos de la gentualla callejera, olvidando evidentemente muchos de ellos que habían llegado á la ciudad con esposas en las manos. Mas, eran insignificantes por su número, pues la fuerza pretoriana había quedado acampada especialmente, á fin de custodiar la ciudad y guardar en ella el orden dentro de ciertos límites.

Pasada esa cohorte, aparecieron los conductores de los encadenados leones y tigres de Nerón. Llevábase á éstos por si al César le venía el deseo de imitar á Dionisio y uncirlos á sus carros. Eran conducidos con cadenas de acero por árabes é hindúes, pero esas cadenas iban de tal manera entrelazadas con guirnaldas, que las fieras parecían ir llevadas entre flores.

Los leones y tigres, amansados por hábiles domadores, miraban á la muchedumbre con sus ojos verdosos y como soñolientos; pero por instantes alzaban sus cabezas gigantes y aspiraban, dilatando ruidosamente las narices con potente resoplido, las emanaciones de la multitud, relamiéndose á la vez con sus ásperas lenguas los hocicos.

Venían enseguida los vehículos y literas del César, grandes y pequeños, de oro ó de púrpura, incrustados de marfil ó de perlas, ó reluciendo en ellos los diamantes; y á continuación otra diminuta cohorte de pretorianos con armaduras romanas, pretorianos que eran exclusivamente voluntarios de Italia (1); luego una multitud de esclavos

(1) Los habitantes de Italia habían sido eximidos del servicio militar por Augusto; en consecuencia, la llamada *Cohors Italica* (cohorte italiana) que generalmente se hallaba estacionada en Asia, componíase tan solo de voluntarios. Así pues, los guardias pretorianos, cuando no extranjeros, eran individuos alistados como voluntarios.

sirvientes, hombres, mujeres y niños; y por último el César mismo, cuya aproximación fué saludada desde lejos por los gritos de millares de individuos.

Entre la enorme concurrencia se hallaba el Apóstol Pedro, quien había deseado ver al César siquiera una vez en su vida. Le acompañaba Ligia con el rostro oculto tras un espeso velo, y Ursus, cuyas fuerzas constituían para la joven la más segura defensa en medio de aquella heterogénea y turbulenta multitud.

El ligur había cogido en sus manos una de las piedras destinadas á la construcción del templo de la hija de Saturno y colocádola cerca del Apóstol, á fin de que subiendo éste sobre ella pudiese presenciar el acto con más comodidad que los demás.

Entre la multitud dejóse oír un sordo murmullo, al hacerla Ursus á un lado, hendiéndola como un buque las ondas que surca; pero cuando le vieron traer la piedra, que no podían levantar cuatro de los hombres más fornidos, aquel murmullo fué de admiración y en derredor suyo se escucharon ahora gritos de «Mactel!» (¡Bien! Muy bien!)

Entretanto, el César hallábase á la vista.

Venía sentado en un carro que tiraban seis hermosos caballos de Idumea, blancos, con herraduras de oro. El carro afectaba la forma de una tienda, abierta expresamente á los costados, á fin de que las multitudes pudieran ver al César. Y por lo espacioso, bien pudieran haber cabido en aquel vehículo muchas personas; pero Nerón, anhelante porque la pública atención se concentrara en él exclusivamente, cruzó por la ciudad solo, llevando á sus pies, como acompañantes únicos, á dos enanos deformes.

Vestía una túnica blanca y una toga de color de amatista, la cual daba tintes azulados á su rostro. Sobre su cabeza lucía una corona de laurel.

Desde su partida de Nápoles su cuerpo había aumentado notablemente en volúmen. Habíasele ensanchado la

cara y bajo su mandíbula inferior pendía una doble barba, merced á la cual su boca, siempre demasiado cercana á la nariz, parecía tocar ahora sus ventanillas. Como de ordinario, traía protegido el abultado cuello por un pañuelo de seda, que ajustaba de momento en momento con una mano blanca y gorda, cubierta de vello rojo, el cual diríase que formaba unas como manchas de color de sangre. Y no permitía que los depiladores le extirparan este vello, pues habíale dicho que, de hacerlo, volveríanse temblorosos los dedos y esto perjudicaría á su agilidad para tocar el latíd.

Y una vanidad inconmensurable retratábase á la sazón, como de costumbre, en su semblante y con ella un aire de aburrimiento y contrariedad ó dolor. En conjunto aquel rostro era á la vez terrible y vulgar. Mientras avanzaba, iba volviendo la cabeza de un lado á otro, entrece rrando los ojos por instantes y prestando atento oído á las manifestaciones con que le acogía la multitud. Esta prorrumpió á su vista en una tempestad de aplausos.

— ¡Salve, divino César! — exclamaban. — ¡Salve, conquistador! ¡Salve, incomparable! Hijo de Apolo, Apolo mismo!

Al escuchar esas exclamaciones sonreía; más por momentos diríase que velaba una nube su semblante, porque la plebe romana era satírica y mordaz en sus manifestaciones y se daban casos en que había llegado hasta hacer blanco de sus punzantes críticas aun á los grandes triunfadores y á hombres á quienes amaba y respetaba.

Era sabido que una vez había gritado cuando entraba Julio César en Roma: «¡Ciudadanos, ocultad vuestras esposas: viene el viejo libertino!»

Pero, dada la monstruosa vanidad de Nerón, era para él insoportable la menor increpación ó crítica; y entretanto, en medio de aquella multitud y mezclados con las aclamaciones, solían escucharse gritos como estos: «¡Enobarbo, Enobarbo! ¿Dónde has puesto tu llameante barba? ¿Temes acaso pegar con ella fuego á Roma?»

Y los que daban tales gritos no sabían que en esa bur-
la sangrienta se encerraba una tremenda profecía.

Pero esas vocerías no irritaron mucho al César, quien
no llevaba la barba porque desde hacía mucho tiempo ha-
bía la ofrecido en un cilindro de oro á Júpiter Capitolino.

No obstante, otras personas, ocultas detrás de monto-
nes de piedras, ó en los ángulos de los templos, le gri-
taban:

—¡Matricida! Nerón! Orestes! Almeón! (1).

Y todavía otros clamaban:

—¿Dónde está Octavia? ¡Entrega la púrpura!

A Popea, que venía inmediatamente detrás de él gritá-
banle: «¡Flava comal!» (pelirubia), epíteto con que se deno-
minaba á las aventureras vulgares.

Al oído músico del César llegaban también estas exclamaciones y levantaba hasta los ojos su esmeralda puli-
mentada, á fin de ver y grabar en la memoria las fisono-
mías de quienes las pronunciaban.

Mientras tal hacía, su mirada se detuvo en el Apóstol
que se hallaba de pié sobre la piedra.

Y esos dos hombres se contemplaron por espacio de bre-
ves momentos.

Y á ninguno de los individuos de aquel brillante séqui-
to, ni de los que componían la inmensa multitud allí agru-
pada, pudo ocurrírsele que en ese propio instante mirá-
banse frente á frente dos poderes de la tierra, uno de los
cuales desvaneceríase en breve, como un sueño fatídico
de horror y de sangre, y el otro, envuelto en aquellos mo-
destos vestidos, iba pronto á conquistarse la posesión eter-
na de la ciudad y del mundo.

Entretanto, el César había pasado ya; é inmediatamente
después de él ocho africanos conducían una litera mag-
nífica dentro de la cual iba sentada Popea, la emperatriz
aborrecida por el pueblo.

(1) Hijo de Anfíaro y de Erifile, que mató á su madre para vengar la
muerte que ella había dado á su padre.

Vestida como Nerón con traje de color de amatista y llevando en el rostro una espesa capa de cosmético, inmóvil, indiferente, pensativa, tenía el aspecto de una hermosa y maligna divinidad llevada en procesión.

Custodiándola iba una corte de servidores de ambos sexos; y en seguida una hilera de carros ocupados por todo género de objetos de uso y de vestir.

Hacia rato que había descendido del meridiano el Sol, cuando empecé el desfile de los angustianos, quienes formaban una esplendorosa línea, semejante á una serpiente interminable.

El indolente Petronio, á quien la muchedumbre acogió con aclamaciones de simpatía, había dispuesto ser conducido en una litera, en unión de su esclava Eunice, quien ostentábase bella como una diosa.

Tigelino iba en un carro tirado por jacas ornamentadas con plumas blancas y purpúreas. Se le veía levantarse repetidas veces y alargar el cuello para observar si el César se preparaba á hacerle señas de que pasara á su carro.

Entre otros, la multitud recibió á Liciniano con aplausos, á Vitelio con risas, á Vatinio con silbidos. Para con los cónsules Licino y Lecanio mostróse indiferente, pero á Tulio Senecio le probó que le amaba, sin saberse por qué, y á Vestinio le brindó también aplausos.

El cortejo era innumerable. Parecía que todo cuanto había en Roma de más notable, de más opulento y de más brillante iba emigrando hacia Ancio.

Nerón jamás viajaba sino seguido por centenares de vehículos; y la sociedad que le acompañaba casi siempre excedía al número de soldados que formaban una legión (1).

Luego pudo verse á Domicio Africano y al decrepito Lucio Saturnino; y á Vespasiano, que no se había enca-

(1) En tiempo de los Césares una legión se componía siempre de 12.000 hombres.

minado aún á su expedición á la Judea, de la cual volvera á recibir la corona de César, y á sus hijos, y al joven Nerva, y á Lucano, y á Anio Galo, y á Quincio, y á una multitud de mujeres renombradas por su riqueza, su hermosura, su lujo y sus vicios.

Los ojos de la multitud pasaban incesantemente de los arneses á los carros, á los caballos y á las extrañas libreas de los sirvientes, oriundos de todas las regiones de la tierra.

En aquella procesión de orgullo y de grandeza, difícil era saber dónde posar la vista, y no tan solamente la vista, sino el espíritu sentíase deslumbrado por el brillo del oro, de la púrpura, de la violeta, por los destellos de las piedras preciosas y el lustre del brocado, de las perlas y del marfil. Parecía que hasta los propios rayos del sol se desvanecían en aquel desborde abismador de incomparable refulgencia.

Y aún cuando en medio de esa inmensa multitud no hacían falta los deseredados de todas las riquezas y de todos los goces, aunque había infelices de estómago hundidos y de ojos anublados por el hambre, ese espectáculo no sólo despertaba en ellos la envidia y el ansia de disfrutar de todo aquello de que carecían, sino que á la vez les llenaba de satisfacción y de orgullo, porque daba una idea del poder de Roma invencible, de Roma, de quien el mundo era tributario y ante quien se inclinaba el mundo.

Y á la verdad, no había entonces en la tierra quien se aventurase á pensar que ese poder no hubiera de perdurar al través de las edades y de sobrevivir á todas las naciones, ó que pudiera existir potestad alguna capaz de oponérsele.

Vinicio, que venía entre los últimos del séquito imperial, saltó de su carro á la vista del Apóstol y de Ligia, vista inesperada para él, y saludándolos con el rostro radiante de placer, así habló con el acento apresurado de quien no dispone de su tiempo:

—¿Has venido? No sé como agradecértelo, ¡oh Ligia! Dios no ha podido enviarme un más dichoso augurio! Te saludo, aún cuando sea para decirte adiós, pero no adiós por largo tiempo. Tendré postas en el camino, y vendré á verte cada vez que disponga de un día libre, hasta tanto me sea permitido regresar. ¡Adiós!

—¡Adiós, Marco!—respondió Ligia.

Y añadió luego en voz baja:

—¡Que Cristo te acompañe y abra tu alma á la palabra de Pablo!

Vinicio experimentó indecible placer al notar que Ligia se preocupaba de verle cuanto antes convertido al cristianismo, y la dijo:

—*Ocelle mi!* Sea como tú lo quieres. Pablo ha preferido viajar con los individuos de mi séquito, pero está conmigo y será para mí á la vez un compañero y un maestro. Alza un momento ese velo, amada mía, y permite que te vea una vez más antes de seguir mi viaje. ¿Por qué te ocultas así?

Levantó la joven el velo, descubriendo á Vinicio su animado rostro y sus hermosísimos ojos sonrientes, y le preguntó:

—¿Está malo el velo?

Y en la sonrisa de Ligia había algo de la púdica resistencia virginal, pero Vinicio, en tanto que la contemplaba enajenado, dijo:

—Sí; malo para mis ojos, que quisieran no mirar hasta la muerte otra cosa que tu rostro divino!

Y volviéndose al ligur, dijo:

—Ursus, guárdala como á la luz de tus ojos, pues ella es mi *domina* á la vez que la tuya.

Se apoderó luego de una mano de la joven y la llevó á sus labios, no sin asombro de la turba que les rodeaba y para la cual era incomprendible aquella manifestación de homenaje de parte del brillante angustiano á una doncella tan humildemente vestida, que parecía una esclava.

—¡Adiós! — la dijo por fin Vinicio.

Y partió presuroso, porque á la sazón toda la comitiva del César habíase adelantado considerablemente. El Apóstol Pedro lo bendijo haciéndole ligeramente la señal de la cruz; y el buen Ursus prorrumpió á la vez en una calurosa apología suya, satisfecho al ver que su joven señora escuchaba con anhelo y agradecía esos elogios.

La comitiva había continuado su marcha entretanto, perdiéndose luego entre nubes de polvo de oro; Pedro, Ligeia y Ursus la siguieron por largo tiempo con la vista.

Luego aproximóse á ellos Demas, el molinero para quien trabajaba Ursus por la noche.

Cuando hubo besado la mano del Apóstol, le rogó que quisiera acompañarle á su casa, situada en la proximidad del Mercado, á tomar un refrigerio, agregando que era natural tuviesen apetito y cansancio, después de haber estado la mayor parte del día cerca de aquella puerta.

Todos le siguieron y después de haber descansado y tomado algún alimento en su casa, volvieron al Trans-Tiber cuando caía ya la tarde. Como era su intención atravesar el río por el puente Emilio pasaron por el Clivus (Cuesta) Publicus, subiendo al monte Aventino, entre los templos de Diana y Mercurio.

Desde aquella altura contempló el Apóstol los edificios que se extendían en derredor y los que se desvanecían á la distancia.

Absorto en silenciosas meditaciones, pensaba en la inmensidad y en el poderío de aquella metrópoli, á la cual había venido á anunciar la palabra divina. Hasta entonces la dominación de Roma y de sus legiones habíasele hecho sensible en varios puntos de la tierra que había recorrido, y que no eran, por así decirlo, sino meros fragmentos del poder que por primera vez acababa de contemplar personificado en la figura de Nerón.

Aquella ciudad inmensa, depravadadora, rapaz, desenfrenada, corrompida hasta la médula de los huesos, é inabor-

dable, en su poder sobrehumano; y aquel César fratricida, matricida, uxoricida, arrastraban tras de sí un séquito de sangrientos espectros no inferior en número al de los individuos de la corte imperial. Ese libertino, ese bufón, que á la vez era señor de treinta legiones y mediante ellas señor del mundo; esos cortesanos, cubiertos de oro y escarolata, llenos de las incertidumbres del mañana, pero poderosos hoy más que reyes: todo esto reunido presentábasele como una especie de infernal reinado de iniquidad y de error. En su corazón sencillo maravillábase que Dios pudiera dar tan inconcebible omnipotencia á Satanás, que hubiera consentido en cederle el dominio de la tierra para que pudiese, por decirlo así, amasarla, subvertirla y pisotearla; exprimir de ella sangre y lágrimas, aventarla como un torbellino, arremolinarla como una tempestad y consumirla como una llama.

Y su corazón de Apóstol sentíase perturbado por estos pensamientos, y así hablaba al Maestro desde lo íntimo de su alma:

—¡Oh, Señor! ¿Cómo he de empezar mi tarea en esta ciudad, á la cual me has enviado? Ella es señora de tierras y de mares, de los animales del suelo y de las criaturas del agua; es dueña de otros reinos y ciudades y de treinta legiones que las guardan; y yo señor, soy tan sólo el humilde pescador de un lago! ¿Por dónde he de empezar y cómo habré de sobreponerme á tanta maldad?

Y hablando así, levantó al cielo su cana y temblorosa cabeza, invocando desde el fondo de su alma el auxilio de su Divino Maestro, y lleno á la vez de tristeza y de temor.

En este momento fué su plegaria inferrumpida por Ligeia, quien le dijo:

—Parece como si toda la ciudad estuviera ardiendo.

Y á la verdad estaba poniéndose el sol á la sazón y era maravilloso el espectáculo.

La mitad de su inmenso disco habíase hundido ya de-

trás del Janículo y por toda la extensión del cielo difundíase un rojo fulgor.

Desde el sitio en donde se hallaban de pie, la mirada de Pedro abarcaba un horizonte vasto. Un poco á la derecha veíanse las extensas murallas del Círculo Máximo; sobre ellas se destacaban los elevados palacios del Palatino y justamente, frente á éstas, más allá del Forum Boarium (1) y del Velabrum (2), la cúspide del Capitolio, con el templo de Júpiter.

Y las murallas, y las columnas y las cimas de los templos se veían como envueltas en esos reflejos de oro y de púrpura.

Y por el río, en los trechos visibles á lo lejos, el agua mirábase correr cual sangre líquida.

Y á medida que iba desapareciendo el sol detrás del monte, irradiaba resplandores más y más rojizos, cual si fueran los de una conflagración inmensa.

Y aumentaban y aumentaban, hasta abarcar por último las siete colinas; y desde ellas difundióronse por todo el horizonte.

—¡Parece como si toda la ciudad estuviera ardiendo!— repitió Ligia.

Pedro púsose una mano delante de los ojos, y dijo:

—¡La ira de Dios ha caído sobre ella!

CAPÍTULO XXXVII

Vinicio á Ligia:

«El esclavo Flegón, con quien te envió esta carta, es cristiano; así, pues, se halla en el número de los que recibirán la libertad de tus manos, amada mía. Es un antiguo servidor de nuestra casa; de manera que puedo escribirte con toda confianza y sin temor de que mi carta llegue á otras manos que las tuyas.

(1) Mercado de bueyes.

(2) Barrio de Roma, célebre en otro tiempo, y llamado así porque en las crecientes del río se pasaba en barks desde ese lugar al foro.

«Te escribo desde Laurento, en donde nos hemos detenido á causa del calor.

«Otón poseía aquí una espléndida casa de campo con que un tiempo obsequió á Popea, quien, aunque divorciada de él, creyó propio conservar el magnífico presente. Cuando pienso en las mujeres que en la actualidad me rodean, y en tí, me imagino que de las piedras arrojadas por Deucalión deben haber brotado gentes de diversas especies, enteramente distintas las unas de las otras, y que tú eres de aquellas que nacieron del cristal.

«Te admiro y te amo con toda mi alma, y sólo quisiera hablar de tí; de ahí el que deba violentarme para escribirte acerca de nuestro viaje, y de lo que á mí me sucede, y darte noticias de la corte.

«Pues bien; el César fué aquí el huésped de Popea, quien había preparado secretamente para él una recepción soberbia. Ella tan solo invitó á unos pocos de los favoritos de Nerón, pero Petronio y yo nos contábamos entre éstos.

«Después de la comida fuimos en botes dorados á dar un paseo por el mar, el cual se hallaba tan tranquilo como si durmiera, y tan azul como tus ojos, ¡oh divina mía! Bogamos nosotros mismos porque evidentemente halagaba á la Augusta el que hombres de dignidad consular, ó hijos de éstos, fueran remando en homenaje á ella.

«El César, sentado junto al timón y vestido de una toga purpúrea, cantó un himno en honor del mar, himno que había compuesto la noche anterior y adaptádole música en unión de Diodoro.

«En otros botes le acompañaban esclavos de la India, que tocaban en sendas conchas marinas, en tanto que alrededor nuestro dejábanse ver numerosos delfines, cual si en realidad la música les hubiese atraído desde las profundidades de Anfitrite.

«¿Y sabes lo que á la sazón hacía yo? Pensaba en tí, y languidecía por tu ausencia. Y me decía que bien qui-

siera poder abarcar todo aquel océano, toda aquella apacible calma y las armonías todas de aquella música, y depositarlas á tus pies.

«¿Quieres, Augusta mía, que vayamos á vivir á algún punto situado en la ribera del mar y lejos de Roma? Yo poseo tierras en Sicilia, en las cuales hay un bosque de almendros que dan flores de color de rosa en primavera. Y este bosque descende hasta la propia orilla del mar, á tal punto, que las ramas de sus árboles casi tocan la superficie del agua.

«Allí me consagraré á amarte y á honrar las enseñanzas de Pablo, porque ahora sé que no se oponen ni á la felicidad, ni al amor. ¿Lo quieres tú así?

«Pero antes de recibir tu respuesta, he de seguirte refiriendo lo que pasó en el bote.

«Pronto perdimos de vista la ribera. Y vimos delante de nosotros una vela á la distancia, é inmediatamente suscitóse una discusión acerca de si aquel era un simple bote de pescadores ó un gran barco procedente de Ostia. Yo fui el primero en descubrir lo que era, y entonces la Augusta dijo que evidentemente nada había oculto para mis ojos; y dejando caer de súbito el velo sobre su semblante, me preguntó si podría reconocerla así.

«Petronio contestó inmediatamente que hasta el mismo sol hacíase invisible detrás de una nube; más ella dijo, como en chanza, que solamente el amor habría de cegar una mirada tan penetrante como la mía; y poniéndose luego á nombrar sucesivamente á varias de las mujeres de la corte, empezó á preguntarme, intentando descubrir á la vez cual de ellas era objeto de mi amor.

»Yo le contesté con calma, pero por fin mencionó ella tu nombre.

»Y al hablar de tí, descubrióse de nuevo el rostro y me dirigió una mirada inquisidora y aviesa.

«Estoy realmente agradecido á Petronio, quien hizo en el propio instante virar el bote, con lo que apartó de mí

la atención general, porque si á la sazón hubiera escuchado alguna frase hostil ó desdeñosa para tí, me habría visto en la imposibilidad de ocultar mi cólera, y en lucha con el deseo de romper la cabeza con mi remo á esa mujer perversa y ruin. Recordarás referente á esto el incidente ocurrido en la piscina de Agripa y que te referí en casa de Lino la víspera de mi partida.

«Petronio se halla alarmado por mi causa, y hoy me ha implorado nuevamente que no ofenda la vanidad de la Augusta.

«Pero Petronio no me comprende, ni se dá cuenta de que, fuera de tí, no existen para mí ni placer, ni hermosura, ni amor; y que, por lo que toca á Popea, solo siento aversión y desprecio hacia ella.

«Tú has transformado mi alma sensiblemente, tan sensiblemente que en manera alguna desearía volver á mi vida anterior.

«Pero, no temas que aquí me amenace algún peligro.

«Popea no me ama, porque no es capaz de amar á nadie, y su deseo lo informan únicamente la cólera y el despecho que siente hacia el César, quien se halla aún bajo su influencia y hasta es capaz de amarla todavía; pero no guarda escrúpulos con ella, ni la oculta sus infidelidades ni su inverecundia.

«Te referiré además algo que habrá de tranquilizarte. Pedro me dijo al partir que no temiese al César, pues ni un solo cabello caería de mi cabeza; y yo le creo. Dentro de mi alma una voz me afirma que todas sus predicciones han de verse cumplidas; que habiendo bendecido él nuestro amor, ni el César, ni todo el poder de las Parcas, ni la predestinación misma, podrían arrancarte de mi lado, ¡oh Ligia! Cuando pienso en esto, me considero tan feliz como si me hallara en el cielo, morada única de tranquilidad y de ventura.

«Más, acaso lo que te estoy diciendo acerca del cielo y

de la predestinación, pueda ofender tus escrúpulos de cristiana.

«Cristo no me ha purificado aún, pero mi corazón es en la actualidad como un cáliz vacío que Pablo de Tarso habrá de llenar con la dulce doctrina que tú profesas, tanto más dulce para mí cuanto que es la doctrina tuya. Y tú, divina mía, cuéntame éste como un mérito: haber vaciado de ese caliz el contenido que antes lo llenara, no retirarlo ahora, y antes bien presentarlo como un hombre sediento que se halla delante de un cristalino manantial. Quiera esta decisión mía encontrar favor á tus ojos.

«En Ancio pasaré los días y las noches escuchando las enseñanzas de Pablo, quien desde el principio de nuestro viaje ha adquirido tal ascendiente sobre los individuos de mi séquito, que lo rodean á todas horas, viendo en él no solo un taumaturgo, sino casi un sér sobrenatural.

«Ayer noté en su rostro un aire complacido y al preguntarle qué hacía, me contestó: «Estoy sembrando.»

«Petronio sabe que él se halla entre los míos, y desea verle, como también Séneca, quien ha oído á Galo hablar de él.

«Pero ya las estrellas palidecen, ¡oh Ligia! y el lucero de la mañana empieza á brillar con creciente fulgor.

«Pronto la aurora vendrá á colorear las ondas de la mar con sus encendidos reflejos. Todo duerme en derredor, pero yo velo, y en tí pienso, y me consagro á tu amor.

«Salve, pues, á ti, en unión de la aurora de esta mañana, *sponsa mea!* (esposa mía).»

CAPÍTULO XXXVIII

Vinicio á Ligia:

«¿Has estado alguna vez en Ancio, único amor mío, con Aulio y Pomponia? En caso contrario, me conceptuaré dichoso el día en que pueda mostrarte esta ciudad.

»En todo el camino, desde Laurento, hay una serie de

casas de campo á lo largo de la ribera del mar; y el mismo Ancio constitúyenlo una interminable sucesión de palacios y de pórticos, cuyas columnas, cuando hace buen tiempo, se reflejan en el agua.

»Yo mismo poseo aquí una morada que da al mar, con un huerto de olivos y un bosque de cipreses, que hay detrás de la casa, y cuando pienso que todo esto algún día ha de ser tuyo, parécenme más blancos estos mármoles, más grata la sombra de estas arboledas y este cielo más azul. ¡Oh, Ligia mía, cuán bello es vivir y amar!

»El viejo Menicles, que se halla á cargo de la casa, ha plantado gladiolos debajo de los mirtos, y á la vista de ellos vino á mi mente el recuerdo de la casa de Aulio, del *impluvium* y del jardín en el cual estuve sentado junto á tí.

»Y estos gladiolos te han de traer, á tí también, reminiscencias del hogar en que has pasado tu niñez; por consiguiente, cierto estoy de que Ancio y esta casa de campo han de agradarte.

»Apenas llegados á la ciudad, conversé largamente con Pablo durante la comida.

»Hablamos de tí y después dió él principio á sus enseñanzas y le escuché con atención bastante tiempo, y te digo que aun cuando me fuese dable escribir como Petronio, no podría expresarte lo que ha pasado por mi mente y por mi alma.

»Jamás había llegado ni siquiera á sospechar que pudiesen existir en el mundo una felicidad, una belleza y una paz semejantes, y hasta hoy desconocidas de las gentes.

Pero me reservo todo esto para conversarlo contigo, pues en el primer momento libre de que disponga estaré en Roma.

»¿Cómo puede haber en la tierra sitio á la vez para el Apóstol Pedro, para Pablo de Tarso y para el César? Dímelo tú. Te pregunto esto, porque la noche siguiente á la de nuestra conferencia con Pablo estuve con Nerón, y sabes lo que allí escuché?

»Pues bien: en primer lugar, nos leyó su poema sobre la destrucción de Troya y lamentó no haber podido jamás presenciar el espectáculo del incendio de una ciudad.

»Y envidiaba á Príamo, y considerábale afortunado por haber asistido al incendio y á la ruina de su pueblo natal.

»Y al punto díjole Tigelino:

»—Pronuncia tan sólo una palabra, ¡oh, divinidad! y tomaré en mis manos una antorcha, y antes de que haya terminado la noche verás arder á Ancio.

»Pero el César llamóle necio.

»—¿Y adónde, entonces,—agregó,—pudiera ir yo á respirar las brisas marinas, á fin de impedir el desmedro de la voz mía, este don de los dioses, que los hombres dicen que debo de conservar para bien de la humanidad? ¿No es Roma la que me hace daño; no son esas exhalaciones del Suburra y del Esquilino las que aumentan mi ronquera?

»¿Y el incendio de los palacios de Roma no ofrecería un espectáculo cien veces más trágico y grandioso que el de Ancio?

»Y aquí todos comenzaron á comentar esta eventualidad, previendo cuán indecible catástrofe constituiría el cuadro de una ciudad como esa, envuelta entre las llamas, de una ciudad que había conquistado al mundo, convertida en un montón de cenizas.

»El César declaró entonces que llegada esa emergencia, su poema habría de sobrepujar á los cantos de Homero y empezó á dar una idea de cómo reconstituiría él la ciudad y cómo las edades venideras habrían de admirar sus hazañas, en presencia de los cuales toda otra obra humana aparecería mezquina y deleznable.

»—¡Hazlo! ¡Hazlo!—exclamó la embriagada turba.

»—Menester sería para ello que tuviera yo amigos más fieles y abnegados,—contestó Nerón.

»Te confieso que me sentí lleno de una profunda alarma al escuchar estas palabras porque en Roma te hallas tú, *carissima*.

»Y al presente río de tales temores y paréceme que el César y sus amigos, por insensatos que sean, nunca osarían permitir locura semejante.

»Sin embargo, vé cómo el amor hace tímidos á los hombres; ahora preferiría yo que no estuviera la casa de Lino en esa estrecha calle del Trans Tiber y en barrio ocupado por gentes vulgares, con quienes se guardan menos consideraciones en tales casos.

»Para mí, ni los propios palacios del Palatino serían morada digna de tí; de ahí que asimismo quisiera yo que, de hoy más, no te hiciera falta ninguno de los atavíos y comodidades á que desde la niñez has estado habituada.

»Vé, pues, á la casa de Aulio, Ligia mía. Mucho he meditado ya esta determinación.

»Si estuviera Nerón en Roma, la noticia de tu regreso pudiera llegar hasta el Palatino por conducto de los esclavos, y recayendo nuevamente sobre tí la atención, acaso fueras objeto de persecuciones por haber osado contrariar la voluntad del César.

»Pero él ha de permanecer largo tiempo en Ancio y antes de que haya vuelto, los esclavos habrán cesado ya de hablar de tí.

»Lino y Ursus podrán seguir en tu compañía.

»Y además vivo alentando la esperanza de que, antes de que vuelva al Palatino el César, estarás tu ya, diosa mía, ocupando tu propia casa en las Carenas.

»Bendigo desde ahora el día, la hora y el minuto en que salves tú mis umbrales; y si esto me concede Cristo, en cuya doctrina me estoy al presente instruyendo para abrazarla en seguida, sea también su nombre bendecido.

»Y yo le he de servir y consagrar mi sangre y mi vida, Digo mal: le serviremos ambos, mientras se conserve el hilo de nuestra existencia.

«Te amo y te saludo con toda el alma mía.»

CAPÍTULO XXXIX

Estaba sacando Ursus, aquella tarde, agua de la cisterna con una doble ánfora (cántaro de dos asas), que de una cuerda pendía, mientras cantaba á media voz una extraña canción de su país; y al propio tiempo alzaba la vista de cuando en cuando para observar lleno de complacencia, por entre los cipreses el grupo que en el jardín de Lino, formaban Ligia y Vinicio, viéndose á la distancia como un par de blancas estatuas.

Ni la más leve brisa agitaba sus vestidos.

Descendía sobre el mundo el crepúsculo, con suaves tintes de oro y de lirio, mientras ellos conversaban cogidos de la mano en medio de la dulce placidez de aquella tarde.

—¿No te sobrevendrá, Marco, ninguna desgracia, por haber salido de Ancio sin permiso del César?—preguntó Ligia.

—No, amada mía,—contestó Vinicio.—El César anunció que se iba á encerrar por dos días con Terpnos y á dedicarse en ese tiempo á la composición de nuevos cantos.

Y esto lo hace á menudo, y en tales ocasiones de nada se preocupa, ni tiene presente ninguna otra cosa.

Y luego, ¿qué significa para mí el César, cuando cerca de tí me encuentro y me miro en tus ojos? Demasiado he sentido la nostalgia de ellos, y en las últimas noches me ha perseguido el insomnio.

Más de una vez, al caer, en fuerza de la fatiga, en una especie de sopor, he despertado lleno de súbita zozobra y perseguido por el temor de que algún peligro á la sazón pendiera sobre tu cabeza. Por momentos soñaba también que me habían sido robadas las postas que debían traerme de Ancio á Roma y merced á las cuales hice el camino con rapidez mayor que cualquiera de los correos del César.

Y además, no podía ya permanecer lejos de tí por más tiempo: te amo demasiado, vida mía.

—Y yo estaba cierta de que tú vendrías. Por dos veces corrió Ursus á insinuación mía, á las Carenas, y preguntó por tí en tu casa. Ello hacía reir á Lino y también á Ursus.

Y era evidente que la joven le había estado aguardando, porque, en vez del traje obscuro que habitualmente llevaba, vestía ahora una blanca estola (1) de tela suavísima, por entre cuyos hermosos pliegues emergían su cabeza y sus brazos como *primulas* (primavera, flor) que brotaran de entre la nieve; y algunas anémonas rojas ornaban sus cabellos.

Vinicio posó tiernamente los labios sobre la mano de la doncella; sentáronse luego en un banco de piedra, en medio de pámpanos silvestres y aproximándose el uno al otro, permanecieron silenciosos, contemplando las luces del crepúsculo, cuyos postreros destellos reflejábanse en sus ojos.

El plácido encanto de aquella tarde apacible teníanlos como embargados por un dulce arrobamiento.

—¡Cuánta paz en estos sitios y cuan bello se vé así el mundo!—dijo Vinicio con voz leve como un susurro.—Y la noche habrá de ser aún más admirablemente hermosa. En mi vida me he sentido más feliz que en este instante. Dime, Ligia, ¿qué es esto? Siempre antes creí que el amor era simplemente un anhelo y una llama que enardecía la sangre; y ahora veo, por vez primera, que es posible amar hasta con la última gota de la propia sangre y hasta con el postrer aliento del pecho; y siento por ello una tan dulce é inconmensurable tranquilidad, como si el sueño y la Muerte hubieran llevado mi alma á las plácidas regiones del reposo eterno.

Para mí esto es algo completamente nuevo.

(1) Vestido de las damas romanas, talar, hueco y con muchos pliegues que ataban por la cintura. En Grecia lo usaban las personas de ambos sexos.

Yo contemplo esta calma de la naturaleza que nos rodea, y paréceme que es una emanación de la propia calma que dentro de mí siento.

Y comprendo asimismo por primera vez, que puede existir una felicidad hasta hoy ignorada de muchas gentes.

Y ahora empiezo también a comprender por qué tú y Pomponia Graecina disfrutaban de una paz inalterable. ¡Sí, Cristo es quien brinda esa paz!

En ese instante apoyó Ligia su hermosa cabeza en el hombro del joven y dijo:

—¡Mi querido Marco!

Mas no pudo continuar.

La alegría, la gratitud y la conciencia de que al fin era le permitido amar, hicieron morir la voz en su garganta y llenaron sus ojos de lágrimas de emoción.

Vinicio, enlazando con el brazo el delicado talle de la joven, atrájola hacia sí y la dijo:

—¡Ligia! Bendigo el momento en que por primera vez tu nombre llegó á mis oídos!

—¡Te amo, Marco!—dijo ella como en un tenue suspiro.

Y ambos volvieron á guardar silencio, incapaces sus labios de articular las palabras que rebosaban sus pechos, oprimidos por la emoción.

Los últimos reflejos violáceos del crepúsculo acababan de desvanecerse por entre los cipreses, dando su lugar á los destellos argentados del astro de la noche.

Después de un breve espacio, Vinicio dijo:

—Lo sé. Y apenas entré aquí, apenas besé tus hermosas manos, leí asimismo en tus ojos una pregunta: Si observaba ya la divina doctrina que tú confiesas, si me había bautizado.

No, todavía no he recibido el bautismo, ¿y sabes por qué, delicia mía? Pablo me ha dicho:

—«Te he convencido ya de que Dios vino al mundo y se hizo crucificar por la salvación de los hombres; pero, sea Pedro quien te bañe en la fuente de la gracia, ya que

también él fué quien primero extendió hacia tí las manos para bendecirte.»

Y yo, amada mía, he deseado que te hallaras presente en mi bautismo, y quiero que sea Pomponia mi madrina.

Esta es la razón porque no me he bautizado aún, si bien creo en el Salvador y en sus enseñanzas.

Pablo me ha convencido, me ha convertido. ¿Y cómo podría ser de otra manera?

¿Cómo no habría yo de creer que Cristo vino al mundo, puesto que lo ha dicho aquel que fué su discípulo y lo ha dicho Pablo, á quien El se apareció?

¿Cómo no creerlo Dios, sabiendo que se levantó de entre los muertos?

Otros le vieron en la ciudad, y en el lago, y sobre la montaña; y le vieron gentes cuyos labios no nunca manchó mentira.

Y esto mismo empecé yo á creer desde la primera vez que escuché á Pedro en Ostrianum, porque á la sazón me dije: «En todo el mundo cualquiera otro hombre podría mentir, menos este, que dice: «Yo lo ví.»

Pero entonces me amedrentaba tu religión.

Parecíame que ella te alejaría de mí.

Y dudaba de que en ella hubiera sabiduría, belleza ó felicidad.

Más, hoy la conozco, ¿y qué clase de hombre sería yo, si no quisiera que la verdad reinase en el mundo, en vez de la mentira, el amor en vez del odio, la virtud en vez del crimen, el perdón en lugar de la venganza?

¿Qué clase de hombre sería en el propio caso mío, quien no deseara y eligiera esto mismo? Y son esos los principios de tu religión. Hay otras que también proclaman la justicia; pero tu religión es la única que infiltra esa justicia en el corazón humano y lo vuelve puro, como el tuyo y el de Pomponia; y vuelve al alma noble y leal, como la de Pomponia y la tuya. Ciego sería yo si tal no viese.

Y si además Cristo Dios ha prometido la vida eterna y una felicidad tan inconmensurable como solo ha de otorgarla un Dios Omnipotente, ¿qué más podría un hombre desear?

Si yo hubiera de preguntar á Séneca porqué enaltece la virtud, puesto que el vicio procura más bienestar que ella, cierto estoy de que no sabría darme una respuesta convincente.

Pero ahora yo sé que debo de ser virtuoso, porque la virtud y el amor emanan de Cristo, y porque, cuando la muerte me cierre los ojos, he de abrirlos luego á la vida y á la felicidad: y me he de encontrar junto á tí.

¿Cómo entonces no amar y acoger una religión que á la vez proclama la verdad y pone término á la muerte? ¿Quién no habrá de preferir el bien al mal?

Yo pensaba que tu credo se oponía á la felicidad terrena; mas Pablo me ha convencido de que no solo no la destruye, sino que nos la brinda.

Todo esto penetra todavía confusamente en mi cerebro; pero presiento que es la verdad, porque nunca me he encontrado más feliz, ni lo fuera si de tí me hubiera apoderado y llevádote por fuerza á mi morada.

Ahora mismo acabas de decirme: «Yo te amo;» y estoy cierto de que por medio de la violencia no habría logrado arrancar de tus labios esas palabras, ni aun con todo el poder de Roma.

¡Oh, Ligial! La propia razón demuestra que esta es una religión divina; que es la mejor, presiente el corazón: ¿quién podrá jamás resistir á dos potencias semejantes?

Ligia escuchaba entre tanto, fijos en él los azules ojos húmedos, que al claror de la luna semejaban dos místicas flores perladas de rocío.

—¡Sí, Marco: eso es cierto!—dijo ella, reclinando con mayor confianza la cabeza en el hombro de Vinicio.

Y en aquel instante sintiéronse ambos inmensamente felices, pues comprendían que fuera del amor, uníalos

otro poder, á la vez tierno é irresistible, merced al cual el amor mismo se hace infinito é inaccesible á cambios, engaños ni traiciones, invulnerable hasta en presencia de la muerte.

En sus pechos había la certidumbre plena de que, fuesen cualesquiera las eventualidades del mañana, no cesarían ellos de amarse y de pertenecerse el uno al otro. Por esta razón una indecible tranquilidad reinaba en sus almas.

Vinicio sentía también que ese amor no era tan solo profundo y puro, sino enteramente nuevo: un amor no conocido hasta entonces en el mundo y que el mundo no podría dar jamás.

Y en su alma todo iba á confundirse, á condensarse en aquel amor: Ligia, las enseñanzas de Cristo, el suave fulgor de la luna irradiando plácidamente sobre los cipreses, la tranquila noche; así, para él, todo el Universo parecía estar impregnado y palpitando en ese amor.

Al cabo de algunos instantes la dijo á media voz y con acento conmovido:

—Tú serás el alma de mi alma y el ser más amado en el mundo. Nuestros corazones latirán siempre unísonos, y unísona será también por siempre nuestra plegaria y nuestro himno de gracias al Señor.

¡Oh, amada mía! Vivir unidos, tributar unidos nuestro tierno homenaje á Dios, y saber que cuando venga la muerte tornarán á abrirse nuestro ojos,—cual después de un agradable sueño,—á una nueva luz, ¿qué cosa más bella y sublime podría imaginarse? Solo me sorprende no haber adivinado todo esto desde el principio.

¿Y sabes lo que ahora me viene á la mente?

Que nadie podrá prevalecer contra esta religión. Al cabo de doscientos ó trescientos años la habrá aceptado el mundo entero. Las gentes olvidarán á Júpiter, y no habrá ya otro Dios que Cristo, ni otros templos que los templos cristianos. ¿Y quién no querrá labrar su propia felicidad?

¡Ah! Te diré que presencié una conversación de Pablo con Petronio; ¿y sabes tú lo que dijo Petronio para terminar? «Esto no es para mí.» Pero no pudo dar ninguna otra respuesta.

—Repíteme las palabras de Pablo,—dijo Ligia.

—Fué en mi casa, una tarde. Petronio empezó, como de costumbre, á hablar en chanza y con tono zumbón, y entonces Pablo le dijo: «¿Cómo puedes negar tú, sabio Petronio, que Cristo existió y se levantó de entre los muertos, si tú entonces no habías venido aún al mundo, en tanto que Pedro y Juan le vieron y yo mismo le ví, en el camino de Damasco? Demuestre, ante todo, la sabiduría tuya, que somos unos impostores, y en seguida podrás rechazar nuestro testimonio.»

Petronio contestó que no abrigaba la intención de negar nada, porque sabía que se daban muchos casos inexplicables, sostenidos y corroborados por gentes fidedignas. «Pero, agregé, una cosa es el descubrimiento de un nuevo dios extranjero y otra la aceptación de su doctrina. No me asiste el menor deseo de adquirir ningún nuevo conocimiento que venga á deformar la vida y á macular su belleza. No importa que nuestros dioses existan ó no: son hermosos, su imperio nos es amable y vivimos sin afanes.»

—«Tú rechazas una religión de amor, de justicia y de perdón, atento solo á las dulzuras de la existencia,—replicó Pablo;—más, piensa, Petronio, ¿se halla en realidad tu vida exenta de ansiedades? Mira: ni tú, ni otro hombre alguno de los más ricos y poderosos, sabe en la actualidad, al entregarse por la noche al sueño, si á la mañana siguiente, al despertar, no le aguarda una sentencia de muerte. Y dime, si el César profesara esta religión de amor y de justicia, ¿no sería mucho más cierta la felicidad tuya? Te sientes alarmado ante la idea de perder tus goces; más, ¿no crees que sería entonces más placentera tu vida?»

»En cuanto á la belleza y á las pompas de la existencia, si habéis erigido tantos y tan suntuosos templos y estatuas á divinidades malignas, rencorosas, impías y adúlteras, ¿qué no haríais en honor de un Dios único de verdad y de perdón?

»Tú te sientes satisfecho de la suerte que te ha cabido, porque eres opulento y vives en la molicie.

»Sin embargo, bien hubiera podido suceder, aún en tu caso, que estuvieras pobre y abandonado, si bien sea ilustre tu linaje; y entonces, en verdad que mejor hubiera sido para tí el que las gentes confesaran á Cristo. Tú sabes que en Roma, los mismos padres de familia opulentos, cuando no quieren darse el trabajo de educar á sus hijos, los arrojan á menudo fuera de su casa y á esos hijos llámaseles *alumni* (alumnos.) A tí también habría podido pues tocarte en suerte el ser un simple «alumno» desvalido. Pero, cuando los padres practican nuestra religión, se hace imposible esa contingencia.

»Y si al llegar tú á la edad viril, te hubieras unido en matrimonio á la elegida de tu amor, sería tu anhelo saberla fiel á ese amor hasta la tumba.

»Entre tanto, mira en derredor: observa lo que ocurre en la atmósfera que te envuelve: ¡cuánta abyección, cuánta infamia, qué indigno tráfico de la fidelidad de las esposas!

»No solo eso: entre vosotros mismos es motivo de asombro el encontrar una mujer á quien podáis dar el calificativo de *univira* (de un solo marido.)

»Y yo te digo que ninguna mujer que lleve á Cristo en su corazón, ha de faltar á la fe jurada al marido, así como ningún esposo cristiano puede traicionar á su esposa.

»Pero vosotros no tenéis confianza ni en vuestros gobernantes, ni en vuestros padres, ni en vuestras esposas, ni en vuestros hijos, ni en vuestros sirvientes.

»Todo el mundo tiembla delante de vosotros, y al propio tiempo tembláis vosotros mismos delante de vuestros

esclavos; porque sabéis que en cualquier momento pueden alzarse en masa contra la opresión vuestra, cual ya lo han hecho más de una vez.

»Eres rico, pero, ¿estás cierto de no recibir mañana la orden de renunciar á tus riquezas? Eres joven, ¿sabes por ventura si no será menester que mañana mueras?

»Amas, y la traición te acecha; estás enamorado de tus mansiones y de tus estatuas, y entre tanto mañana un mandato de la autoridad puede arrojarte á las desiertas regiones de la Pandataria (1); tienes miles de siervos, pero mañana pueden éstos hacer que tu sangre corra.

»Y siendo esto así, ¿cómo se concibe que estés tranquilo y satisfecho, cómo se explica el que vivas feliz?

»Pero yo proclamo el amor, proclamo una religión que ordena á los gobernantes amar á sus súbditos, y á los patricios amar á sus esclavos, á los esclavos servir á sus amos con afecto: que á todos prescribe la justicia y la misericordia y que para después de esta vida promete una felicidad inmensa, comparable tan solo á un mar sin orillas.

»¿Cómo puedes tú entonces, Petronio, decir que una religión semejante destruye la vida, cuando por el contrario la engrandece, y cuando tú mismo serías cien veces más dichoso y te hallarías mucho más seguro de tu conversacion, si ella abarcase hoy al mundo como lo abarca la dominación de Roma?»

Así discurrió Pablo; y Petronio entonces le dijo:

—«Eso no es para mí.»

—Luego, fingiendo que le acometía el sueño, se retiró; mas antes de salir, dijo:

—«Yo prefiero mi Eunice, ¡oh, mi buen judío! mas no quisiera luchar contigo en ese palenque.»

Yo había escuchado con toda el alma las palabras de Pablo, y cuando habló de nuestras mujeres, glorifiqué desde el fondo de mi corazón esa doctrina, de la cual tú has brotado como un lirio primaveral en campo fecundo.

(1) Isla en la Bahía de Puzol.

Y pensé entonces en Popea, que había abandonado por Nerón á dos maridos; en Calvia Crispinilla, en Nigidia y en casi todas las mujeres que conozco; á excepción de Pomponia, todas ellas han hecho de la fidelidad un tráfico y de sus juramentos un escarnio; pero ésta, la mía, mi única adorada, no me ha de engañar ni traicionar jamás; no ha de extinguir el fuego sagrado, aun cuando todas las demás personas en quienes tengo puesta mi confianza me hubieran de hacer objeto de traición ó de abandono.

Y así, pues, te dije desde el fondo de mi alma: «¿Cómo podría demostrarte toda mi gratitud, sino mediante mi amor y mis homenajes?»

¿No has presentido que desde Ancio te hablaba continuamente, cual si á mi lado estuvieras? Y te amo cien veces más, porque huíste de mí en la casa del César!

Ni me importa ya más la casa del César; nada quiero ya de sus pompas, ni de sus fiestas: solo te quiero á tí. Pronuncia una palabra, y dejaré á Roma, y nos retiraremos á vivir en alguna región lejana.

Sin levantar la cabeza del hombro de Vinicio, Ligia alzó la mirada pensativa hasta las altas copas de los cipreses, que argentaba la luz de la luna y contestó:

—Muy bien, Marco. Me has hablado de llevarme á Sicilia, en donde Aulio desea pasar los últimos años de su vejez.

Vinicio la interrumpió lleno de alborozo:

—¡Sí, amada mía! Nuestras propiedades son colindantes. Aquella es una costa deliciosa: su clima es más suave y sus noches más bellas que las mismas noches de Roma, y perfumadas, y serenas. Allí la vida y la felicidad son casi una misma cosa.

Y con aire soñador hizo un animado esbozo del porvenir, agregando:

—Allí olvidaremos nuestras amarguras. Por entre las arboledas y á la apacible sombra de los huertos de olivos nos pasearemos en medio de un reposo infinito. ¡Oh, Li-

gial ¡Qué vida la nuestra entonces, consagrada solamente al amor, á la contemplación de la naturaleza:—las flores, el mar, el firmamento—á la adoración de Dios, y á la práctica de la verdad y el bien!

Y ambos, silenciosos, entregáronse y la consideración de las perspectivas encantadas del futuro, mientras Vinicio atraía más estrechamente á sí á la joven, y al hacerlo brillaba su anillo de caballero á los rayos de la luna.

Y entre tanto, en las habitaciones cercanas, ocupadas por pobres gentes de trabajo, dormían todos y ni el más tenue murmurio perturbaba la calma de la noche.

—¿Me permitirás ver á Pomponia?—preguntó Ligia.

—Sí, amada mía. Les invitaremos á nuestra casa, ó iremos nosotros á la suya. Si lo deseas, llevaremos también á Pedro, el Apóstol. Pablo nos visitará asimismo y ha de convertir á Plaucio. Y así como los soldados romanos fundaron colonias en territorios distantes, así nosotros fundaremos también una colonia de cristianos.

Ligia le tomó una mano y quiso llevarla á sus labios; más Vinicio la dijo muy quedo, cual si temiera que el más leve rumor pudiese ahuyentar al ángel de la felicidad:

—¡No, Ligia, no! Yo soy quien debe rendirte homenaje de amor y adoración: dame tus manos.

—¡Marco, yo te amo!

Y el joven se apoderó de las manos de Ligia, blancas como jazmines, y las llevó tiernamente á sus labios.

Y por espacio de algunos momentos ambos escucharon tan solo el latir de sus amantes corazones. En la atmósfera no se advertía el más leve soplo; y los cipreses, inmóviles, habríase dicho que eran también seres animados que mantenían en suspensión sus alientos ante aquella inefable escena de amor.

De súbito fué interrumpido el silencio por una especie de trueno sordo y ronco, cual si brotara de las hondas concavidades de la tierra.

Y por el cuerpo de Ligia discurrió un frío estremecimiento.

Levantóse Vinicio, y dijo:

—Son los leones que rugen en el *vivarium*. (1)

Y pusieron ambos el oído atento.

Al primer bramido como de trueno respondió un segundo, y un tercero, y luego por todos los ámbitos de la ciudad se dejaron escuchar los rugidos de las fieras.

En Roma se conservaban enjaulados varios miles de leones en diversas arenas de la ciudad, los cuales, frecuentemente por la noche, se aproximaban á las rejas de sus cárceles y apoyando contra ellas sus cabezas gigantescas, daban desahogo á sus rugidos en demanda de la libertad y de los amplios horizontes de sus selvas.

Era lo que á la sazón ocurría, y en medio del silencio de la noche poblaron toda la ciudad con sus rugidos aterradoros. Había en ellos algo de tan indescriptiblemente horrendo y lúgubre, que Ligia, cuyas apacibles y hermosas visiones del futuro viéronse así bruscamente perturbadas, escuchaba ahora aquellos múltiples bramidos pavorosos oprimido el pecho y con una extraña sensación de temor y de tristeza.

Pero Vinicio, rodeándola el talle, la dijo:

—Nada temas, amada mía. Es que los juegos se hallan próximos y los vivares están llenos.

Y ambos entraron entonces á la casa de Lino, acompañados por el tético rugir de los leones, que de momento en momento se iba haciendo más y más estruendoso y resonante.

CAPÍTULO XL

Entretanto Petronio en Ancio casi diariamente obtenía nuevos triunfos sobre los demás cortesanos que con él se disputaban el favor del César.

La influencia de Tigelino había decaído por completo.

(1) Vivero, sitio donde se guardaban vivas las fieras.

En Roma, cuando quiera que se presentaba la ocasión de hacer á un lado á hombres que parecían peligrosos, de saquear sus propiedades ó fallar juicios políticos, de dar espectáculos sorprendentes por su pompa y su mal gusto, de satisfacer en suma, los monstruosos caprichos del César, Tigelino, hábil para todo eso y dispuesto á todo, se hacía indispensable.

Peró en Ancio y dentro de los palacios que en el mar azul reflejaban sus fachadas, Nerón llevaba una vida llena de fantasías helénicas.

De la mañana á la tarde el César y sus familiares declamaban versos, discurrían acerca de su estructura y sus bellezas, se recreaban con los giros elegantes, ocupábanse de música, de teatros: en una palabra, consagrábanse exclusivamente á las creaciones del genio griego que habían venido á hermohear la vida.

En estas condiciones, Petronio, de un refinamiento incomparablemente superior al de Tigelino y á los demas cortesanos, elocuente, sutil, lleno de ingenio y buen gusto, alcanzaba allí la preeminencia de la necesidad.

El César buscaba entonces su compañía, mostrábase deferente á sus opiniones, pedíale consejo en la composición poética, y le demostraba una amistad más decidida que en cualesquiera otras circunstancias.

En vista de lo cual, pareció á los cortesanos que la influencia de Petronio había obtenido por fin un triunfo supremo, y que la amistad entre el César y él, entraba en un período de firmeza en que se mantendría al través de los años.

Y hasta aquellos que antes hicieran patentes sus antipatías al exquusito epicúreo, empezaban ahora á agruparse en derredor suyo y á competir por su favor.

Y más de uno hasta experimentaba interiormente sincero regocijo ante la preponderancia de un hombre capaz en todo instante de emitir un cabal é ilustrado concepto acerca de cualquier persona dada y que recibía con escép-

tica sonrisa las adulaciones de sus enemigos de la víspera; pero en quien, sea por indolencia ó por cultura, no hallaba cabida la venganza, pues nunca empleaba su poder en el detrimento ó para la ruina de los demás.

Porque habría habido ocasiones en que de su arbitrio pendiera el destruir aún al mismo Tigelino; pero se contentaba con ridiculizarlo y poner en transparencia su vulgaridad y falta de pulimento.

En Roma el Senado respiraba ahora, pues desde hacía mes y medio no se había expedido ninguna sentencia de muerte.

Cierto es que en Ancio y en la capital decían las gentes cosas estupendas acerca de los refinamientos de licencia á que se entregaban el Emperador y su favorito; más, todos preferían un César extremadamente sibarita á un tirano embrutecido en las manos de Tigelino.

El propio Tigelino sintióse desconcertado y empezó á vacilar acerca de si habría ya de darse por vencido, pues el César había dicho repetidas veces que en toda Roma y entre todos sus cortesanos, sólo habían dos espíritus capaces de comprenderse, dos verdaderos espíritus helénicos, él y Petronio.

La admirable habilidad del árbitro confirmaba á las gentes en la convicción de que su influencia habría de sobrevivir á la de todos los demás cortesanos.

Porque no veían cómo podría el César pasarse sin él. ¿Con qué otro conversaría acerca de poesía, de música, de arte? ¿En qué otros ojos leería si sus creaciones eran realmente perfectas?

Y Petronio, con su indiferencia habitual, parecía no dar importancia á su posición.

Como de ordinario, mostrábase indolente, perezoso, escéptico y lleno de ingenio.

Con frecuencia producía en quienes le rodeaban la impresión de un hombre que se estuviera burlando de ellos de sí mismo, del César y del mundo entero.

En momentos avauzábase aún hasta criticar á Nerón en su presencia; y cuando los demás creían que había llegado ya demasiado lejos, ó estaba preparando su propia ruina, dábase maña para transmutar de súbito la crítica en tal manera, que venía en definitiva á redundar en provecho propio y á convertirse en alabanza. En esos torneos de ingenio y sutileza, llenaba de admiración á los augustianos presentes, y en su ánimo dejaba el convencimiento de que no habría dificultades que no lograra él vencer airoosamente.

Como una semana después de haber regresado Vinicio de Roma, el César leyó en un pequeño círculo de íntimos algunos extractos de su canto al Incendio de Troya.

Terminadas la lectura y los ruidosos transportes de admiración de los oyentes, Petonio, á quien interrogó el César con la mirada, respondió:

—Malos versos, buenos solo para el fuego.

Los presentes sintieron que el terror suspendía los latidos de sus corazones.

Jamás, desde los días de su niñez, había escuchado Nerón de hombre alguno una setencia semejante.

El rostro de Tigelino irradiaba felicidad.

Pero Vinicio habíase puesto pálido, creyendo que Petonio, á quien hasta entonces jamás había visto ébrio, se había embriagado esta vez por completo.

Nerón, sin embargo, preguntó con voz melosa, en la cual temblaba una inflexión como de vanidad más ó menos hondamente herida:

—¿Qué defectos les encuentras?

—No les creas,—dijo Petonio, enfrentándose á él y señalando á los presentes—esos nada comprenden. Me has preguntado que defectos hay en tus versos. Si deseas escuchar la verdad, voy á decírtela. Tus versos dignos serían de Virgilio, de Ovidio, del mismo Homero; más, no son dignos de tí. Estás á mayor altura que ellos. El incendio por tí descrito no arde suficientemente: tu fuego no que-

ma lo bastante. No escuches las lisonjas de Lucano. Si hubiera escrito él esos versos, le declararíá yo un genio; pero en tu caso es ya diferente. ¿Y sabes porqué? Tú eres más grande que ellos.

De persona tan privilegiada como tú por los dioses, justo es aguardar más. Pero tú eres perezoso, tú prefieres dormir después de la comida en vez de sentarte á trabajar. Tú eres capaz de producir una obra superior á cuantas haya conocido el orbe entero hasta nuestros días; de ahí el que yo ahora te diga en tu presencia: ¡escribe mejor!

Petronio dijo estas palabras con aire negligente y en el que á la vez hubiérase dicho iban confundidos la burla y el reproche; más, por los ojos del César pasó una como ligera niebla de alegría y satisfacción.

—Los dioses me han dotado de un poco de talento,—dijo—pero me han concendido también algo más valioso: un amigo leal y un crítico justiciero, único hombre capaz de decirme la verdad ante mi vista.

Y extendió la gorda mano, cubierta de rojizo vello, hasta un candelabro de oro que estaba próximo y había sido saqueado en el templo de Delfos, como si fuera en él á quemar los versos.

Pero Petronio se apoderó de ellos antes que la llama hubiese tocado el papel y dijo:

—¡Nó, nó! Aún tales como son, pertenecen á la humanidad. Déjamelos.

—Permite entonces que te los mande en un cilindro de mi propia invención,—dijo Nerón abrazando á Petronio.

—Ciertamente, razón tienes,—repuso al cabo de un instante.—Mi incendio de Troya no arde suficientemente, mi fuego no quema lo bastante. Pero yo estaba satisfecho con llegar hasta la altura de Homero. Siempre me he visto cohibido por una especie de timidez y una apreciación modesta de mis facultades. Pero tú me has abierto los ojos. ¿Y sabes porque es cierto lo que afirmas? Cuando un escultor talla la estatua de un dios, busca siempre un mo-

delo; y yo nunca lo tuve. Jamás he visto el incendio de un pueblo; de ahí que mi descripción adolezca la falta de verdad.

—Por lo cual te digo que sólo un gran artista es capaz de comprender esto.

Púsose pensativo Nerón, y al cabo de un momento dijo:

—Contéstame una pregunta, Petronio. ¿Sientes tú el incendio de Troya?

—¿Qué si lo siento? Nó, á fe mía, ¡por el lisiado consorte de Vénus! Y te diré por qué razón. Troya no habría sido destruída si Prometeo no hubiese dado el fuego á los hombres y si los griegos no hubiesen hecho la guerra á Priamo; y Esquilo no habría escrito su Prometeo á no existir el fuego; así como, sin la guerra de Troya, Homero no habría escrito la Iliada. Creo, pues, preferible la existencia de Prometeo y de la Iliada á la conservación de una ciudad pequeña y despreciable, la que, á mi juicio, era además desaseada y ruin, y en la cual, á lo sumo existiría hoy un magistrado que te estaría fastidiando con las disputas del areópago, (administración), local.

—Esto es lo que se llama hablar en razón,—dijo el César.—Por el arte y la poesía no sólo es lícito, sino que es justo y necesario sacrificarlo todo. ¡Dichosos los aqueos, que suministraron á Homero el tema substancial de la Iliada, y dichoso Priamo, que pudo contemplar la destrucción de su pueblo natal! En cuanto á mí, jamás he visto una ciudad envuelta por las llamas...

Sucedióse un instante de silencio, que fué interrumpido al fin por Tigelino con estas palabras:

—Si ya te lo he dicho, César: ordena y pondré fuego á Ancio. O bien, si sientes la destrucción de estos palacios y casas de campo, puedo dar la orden de que incendien los buques anclados en Ostia; ó edificar para tí en los montes Albanos una ciudad de madera, á la cual tú mismo pondrías fuego. ¿Esto deseas?

—¿He de ponerme á contemplar el incendio de unas

cuantas barracas de madera?—dijo Nerón dirigiéndole una desdeñosa mirada.—Estás perdiendo el criterio y la iniciativa, Tigelino; y veo además que no atribuyes gran valor á mi talento, ni al mérito de mi «Incendio de Troya», si juzgas que cualquier sacrificio estaría á mayor altura que él.

Esta respuesta dejó confundido á Tigelino; pero Nerón, cual si deseara cambiar el tema, repuso después de un momento:

—Está pasando ya el verano. ¡Qué malos olores ha de haber al presente en esa Roma! Y sin embargo, es necesario que allá volvamos para asistir á las fiestas estivales.

Tigelino entonces dijo:

—¡Oh, César! Cuando se hayan retirado los augustianos, permite que hable contigo un momento á solas.

Una hora después, yendo Vinicio con Petronio de vuelta de la casa del César, dijo Vinicio al árbitro:

—Estuve un momento lleno de alarma por tu causa. Pensé te hubieras embriagado y te ví próximo á una irremisible ruina. Recuerda que estás jugando con la muerte.

—Esa es mi arena,—contestó Petronio con aire negligente,—y me causa complacencia el sentir que soy en ella el mejor gladiador. Ya ves cómo concluyó aquello. Mi influencia ha aumentado mucho más desde esta noche. Me enviará sus versos en un cilindro, el cual—pronto estoy á apostarte—ha de ser inmensamente rico y á la vez de un gusto inmensamente malo. Y mandaré á mi médico que guarde en él los purgantes.

Tengo además otra razón. Tigelino, al ver el éxito que alcanzan esta sutilezas, que estoy seguro tratará de imitarme y ya me imagino lo que sucederá entonces. En el momento mismo en que aventure alguna frase chispeante, será como si un oso de los Pirineos se pusiera á bailar sobre una cuerda, y yo iré como Demócrito.

Si quisiera, podría causar la ruina de Tigelino, substituirlo en el cargo de prefecto de los pretorianos y tener al

propio Enobarbo en mi poder. Pero soy indolente; prefiero mi actual vida, y aun los versos del César, á tomarme la menor molestia.

—¡Qué habilidad la tuya al transformar la crítica en alabanza! Pero, ¿son tan malos realmente esos versos? Yo en estas materias nada entiendo.

—Los versos no son peores que cualesquiera otros. Cier- to es que Lucano tiene más talento en uno solo de sus de- dos; empero, aun en Barba de bronce hay algo. Tiene so- bre todo un inmenso amor por la poesía y por la música. Dentro de dos días nos reuniremos con él á fin de escu- char la música de su himno á Venus Afrodita, que dejará concluido hoy ó mañana. Estaremos en un limitado círcu- lo de íntimos: solamente yo, tú, Tulio Senecio y el joven Nerva. Pero en cuanto á lo que una vez dije acerca de los versos de Nerón, que los uso después de las fiestas como Vitelio las plumas de flamenco, no es cierto; porque en ocasiones tocan los límites de la elocuencia. Así, por ejem- plo, son conmovedoras las palabras de Hécuba (1). Se que- ja ella de las torturas del alumbramiento, y en dicho pa- saje Nerón ha sido capaz de encontrar expresiones felices, acaso por esta razón: que el alumbramiento de cada verso le cuesta á su vez torturas. Hay ocasiones en que le tengo lástima. ¡Por Pólux! ¡qué admirable mezcla! A Calígula le faltaba una duela; no obstante, nunca llevó á cabo cosas tan extrañas.

—¿Quién podrá prever hasta qué punto habrán de lle- gar las locuras de Enobarbo?—preguntó Vinicio.

—Nadie lo sabe. Posible es que todavía ocurran cosas ante la sola idea de las cuales se erizarán los cabellos de los hombres en muchos de los siglos venideros. Pero eso es precisamente lo que á mí me interesa; y si bien más de una vez me encuentro tan fastidiado como Júpiter Amon

(1) Hécuba, hija de Dimante ó Ciseo, rey de Tracia, mujer de Prismo, rey de Troya, que sacó los ojos á Polimnestor por haber dado muerte á su hijo Polidoro, y apedreada por sus siervos, fué convertida en perra.

en el desierto, creo que bajo el reinado de otro César me fastidiaría cien veces más.

Pablo, tu pequeño judío, es elocuente: eso le concedo, y si otras gentes como él proclaman esa religión será menester que nuestros dioses se defiendan seriamente, pues de lo contrario con el tiempo pueden caer prisioneros.

Cierto es que si el César, por ejemplo, fuese cristiano, sentiríanse todos más seguros. Pero tu profeta de Tarso al presentarme sus pruebas, no pensaba, lo ves muy bien, que yo en estas incertidumbres encuentro el encanto de la vida. Quien no juega dados no perderá dinero, mas, á pesar de eso, las gentes persisten en jugarlos. Hay en ello un cierto deleite, una especie de olvido del presente. Yo he conocido á senadores y á hijos de caballeros que se han hecho gladiadores por acto espontáneo. Yo juego la vida, tú lo has dicho, y eso es cierto; mas la juego porque en ello encuentro un placer; en tanto que las virtudes cristianas me llenarían de hastío desde el primer día, cual me pasa con los discursos de Séneca. Esa es la causa porque Pablo derrocha en vano conmigo su elocuencia. El debería comprender que hombres como yo no han de aceptar jamás su religión. En cuanto á tí, dada tu disposición de ánimo, podrías, ora llegar hasta el aborrecimiento del nombre de cristiano, ora convertirte inmediatamente al cristianismo.

Yo conozco, entre bostezos, la verdad de lo que ellos dicen. Somos unos insensatos. Nos encaminamos directamente al precipicio: algo desconocido viene hacia nosotros como perspectiva del futuro, algo hay asimismo que se está desmoronando detrás de nosotros, por último, algo hay también que muere en derredor nuestro: convenido. Pero sabremos morir á tiempo; entretanto, no nos asiste el menor deseo de hacer gravosa la vida y de servirnos del manjar de la muerte antes de que ésta, venga hacia

nosotros. La vida existe por sí misma tan sólo, y no por la muerte, ni para ella.

—¡Te compadezco, Petronio!

—No más de lo que me compadezco yo mismo. Antes pasabas tú agradablemente la vida entre nosotros; y cuando hacías tus campañas de Armenia ansiabas por volver á Roma.

—Ahora mismo me ocurre lo propio.

—Cierto, porque estás enamorado de una vestal cristiana que tiene su asiento en el Trans Tiber. Ni me sorprende esto, ni por ello te hago un cargo. Me admiro, sí, de que á pesar de una religión que tú me has descrito como fuente inagotable de felicidad, y á pesar de un amor que pronto ha de tener su anhelada coronación, de tu semblante no haya desaparecido su aire habitual de melancolía. Pomponia Graecina se halla asimismo eternamente pensativa; y desde la época en que te hiciste cristiano tú has cesado de sonreír.

Y no intentes persuadirme de que en esta religión tiene sitio la alegría. Tú de Roma has vuelto más triste que nunca. Si los cristianos aman de esta manera, te juro por los brillantes rizos de Baco que no he de imitarlos.

—Eso es otra cosa,—contestó Vinicio.—Puedo jurarte, á vez, no por los rizos de Baco, sino por el alma de mi padre, que jamás pude en el pasado ni siquiera conjeturar una felicidad semejante á la de que hoy disfruto. Pero al mismo tiempo experimento una nostalgia profunda y, lo que es más extraño, cuando me hallo lejos de Ligia pareceme que algún peligro la amenaza. Y no sé en qué consista ese peligro, ni de dónde venga; mas lo siento venir como se siente aproximarse una tempestad.

—Dentro de dos días trataré de obtener permiso para que puedas dejar á Ancio por todo el tiempo que te plazca. Popea se halla al presente algo más tranquila, y hasta donde me es posible saberlo, ningún peligro os amenaza ni á tí ni á Ligia.

—Hoy mismo me preguntó Augusta, qué había estado haciendo en Roma, y ya sabes que partí secretamente.

—Posible es que haya enviado espías es tu seguimiento. Empero, ahora es necesario que ella también cuente conmigo.

—Pablo me ha dicho,—repuso Vinicio,—que á veces nos manda Dios avisos secretos, pero no nos permite creer en los presagios, de ahí que yo viva en guardia contra este pensamiento; con todo, me es imposible alejarlo de mi ánimo.

Y á fin de quitarme un peso del corazón, voy á referirte algo que me ha sucedido.

Ligia y yo estábamos sentados el uno al lado del otro, en una noche tan tranquila como ésta é ideando planes para el futuro. Imposible sería el que intentara describirte la tranquilidad y el éxtasis dichoso de aquellos momentos.

De súbito se sintió el rugido de los leones. Eso ocurre frecuentemente en Roma; pero desde aquel instante no he tenido tranquilidad. Paréceme que en esos rugidos iba envuelta una amenaza ó una especie de presagio de infortunio.

Bien sabes tú que es difícil que me domine el miedo; y sin embargo, en aquella noche y después de aquel suceso todo fué zozobra y terror. Vino aquello de manera tan extraña é inesperada, que hasta este momento siento en mi oído esos rugidos y en mi pecho un temor incesante, cual si Ligia estuviera en peligro y ansiando por mi protección contra algo de muy terrible, acaso contra esos propios leones.

Me encuentro en situación de verdadera tortura. Necesario es que me obtengas permiso para salir de Ancio, pues de lo contrario partiré de aquí sin él. No me es posible permanecer por más tiempo; te lo repito: ¡no puedo!

—Todavía no son enviados á la arena los hijos de los cónsules, ni sus esposas,—dijo Petronio riendo.—Así, pues,

cualquiera otra muerte puede aguardarte antes que esa. Por lo demás, ¿quién dice que esos fueran leones? Los bisontes germanos rugen con no menos dulzura que los leones. En cuanto á mí, pareceme ridículo creer en el hado y en los presentimientos. Anoche hacía calor y presencié una como lluvia de estrellas. Hay muchos hombres que consideran de mal agüero espectáculo semejante, pero yo pensé esto: «Si entre esas estrellas se encuentra también la mía, por lo menos allá arriba la compañía no ha de hacerme falta.»

En seguida guardó silencio y agregó luego, después de un momento de meditación:

—Si vuestro Cristo se ha levantado de entre los muertos, acaso El pueda también protegeros á vosotros contra la muerte.

—Posible es,—contestó Vinicio alzando la vista hacia el cielo, cubierto á la sazón de estrellas.

CAPÍTULO XLI

El César se hallaba tocando y cantando en honor de la «Reina de Chipre», un himno cuyos versos y música había compuesto él mismo.

Aquel día estaba en voz y comprendía que su música en realidad cautivaba á sus oyentes.

Esa convicción agregaba tal fuerza á los sonidos que producía y exaltaba tanto su alma, que parecía inspirado.

Y al terminar el canto se hallaba pálido, porque sentíase realmente conmovido.

Y en esta ocasión, acaso por la vez primera, no tuvo el menor deseo de escuchar los elogios de los demás. Así, pues, sentóse por espacio de algunos instantes con las manos sobre la cítara y la cabeza inclinada. Luego levantándose de súbito, dijo:

—Estoy fatigado y necesito aire. Entre tanto, afinad las cítaras.

En seguida se envolvió el cuello con un pañuelo de seda y dijo volviéndose á Petronio y Vinicio, quienes se hallaban sentados en un extremo de la sala:

—Acompañadme. Dáme tu brazo, Vinicio, pues las fuerzas me faltan. Petronio entre tanto nos hablará de música.

Y salieron á la azotea, cuyo pavimento era de alabastro y sobre el cual se había esparcido hojas de azafrán.

—Aquí uno puede respirar más libremente, dijo Nerón.—Mi alma se halla conmovida y triste, si bien ahora estoy persuadido de que con lo que acabo de cantarte por vía de ensayo, puedo presentarme en público y alcanzar un triunfo como hasta la fecha no lo ha obtenido igual ningún romano.

—Puedes presentarte aquí, y en Roma, y en Acaya. Te admiro con todo mi corazón y con todo mi espíritu, divinidad,—contestó Petronio.

—Lo sé. Eres demasiado insolente para que te sea posible prodigar alabanzas haciéndote violencia á tí mismo.

Y te juzgo tan sincero como Tulio Senecio; pero tú tienes más conocimientos que él. Dime, ¿cuál es tu concepto acerca de la música?

—Cuando escucho declamar unos versos, cuando te veo en el Circo dirigir una cuádriga, cuando miro una estatua, un templo ó un cuadro hermoso, comprendo perfectamente lo que veo, y escucho, y me asimilo todas las bellezas que en esas obras residen.

Pero cuando á mí oído llegan las armonías de la música y especialmente de la música tuya, nuevos primores y deleites se presentan á cada instante á mi espíritu. Yo los persigo y trato de apoderarme de ellos; pero antes de que logre asimilármelos por completo, afluyen otros y otros, comó las ondas de la mar, en sucesión interminable.

De aquí el que yo considere, cual ya te he dicho, que la música puede bien compararse al océano.

Contemplamos desde una orilla el horizonte inmenso, pero sin que nos sea posible abarcar con la mirada la otra orilla.

—¡Qué profundo conocimiento tienes en la material!— exclamó Nerón.

Y siguieron paseándose por algunos momentos en silencio, el cual erra interrumpido tan solo por el leve roce de las hojas de azafrán al ser holladas por los pies de los paseantes.

—Tú has dado expresión exacta á mis propias ideas,— dijo por fin Nerón.—De ahí que ahora te diga, y te repito siempre, que en toda Roma tú eres el único hombre capaz de comprenderme.

Así es en realidad; mi concepto acerca de la música, se halla en perfecta armonía con el tuyo. Cuando toco y cuando canto, experimento la visión de cosas que antes ni siquiera sospechaba que existieran en mis dominios, ó en el mundo. Soy el César y el mundo es mío. Puedo hacerlo todo. Pero la música me abre nuevos horizontes, nuevos reinos, montañas y mares, delicias por mí antes no conocidas. Con suma frecuencia no me es posible aplicarles un nombre y ni siquiera darme cuenta de la forma que afectan, para asirla cual quisiera; tan sólo sé que las siento. Siento á los dioses, veo el Olimpo. Una especie de brisa extraterrena parece llegar hasta mí; y entreveo, como en medio de una niebla sutil, cierta grandeza inconmensurable, pero tranquila y brillante, como los rayos del sol. Parece como si en derredor mío girase todo el sistema planetario; y te lo declaro,—y aquí la voz del César se volvió temblorosa á influjo de una sincera emoción,—yo, César y dios, me siento en tales ocasiones tan pequeño como un grano de arena. ¿Lo creerás?

—Sí. Solamente los grandes artistas tienen la facultad de sentirse pequeños en presencia del arte.

—Esta es una noche de sinceridad y franqueza; así, pues, voy á abrirte mi alma como á un amigo, y te diré

más: ¿piensas tú que soy hombre ciego ó falto de juicio? ¿Piensas qué me hallo ignorante de este hecho: que el pueblo de Roma escribe en las murallas insultos contra mí, y me llama uxoricida, y matricida, y me considera como un mónstruo y un tirano, porque Tigelino ha obtenido unas cuantas sentencias de muerte en contra de mis enemigos? Si, querido mío, me consideran como un mónstruo: yo lo sé. Y han hablado tanto de crueldad refiriéndose á mí, que en ocasiones me hago la pregunta: «¿No soy en efecto cruel?» Pero ellos no comprenden esto: que á las veces pueden los hechos de un hombre ser crueles, sin que él mismo lo sea. ¡Ah! ¡Nadie creará, y ni acaso tú mismo, querido mío, que en los momentos en que la música me acaricia el alma, me siento tan bueno é inofensivo como un infante en la cuna! Yo juro por esas estrellas que sobre nosotros brillan, que te estoy hablando la pura verdad. ¡Las gentes no saben cuánta nobleza se anida en este corazón, ni qué tesoros de ella en él descubro cuando la música lo abre á sus celestes armonías!

Petronio, á quien no asistía la menor duda de que el César estuviese hablando con sinceridad en este instante y de que la música pudiera tener la virtud de despertar en su alma algunas nobles inclinaciones, que dormían abrumadas por montañas de egoísmo, desenfreno y crimen, dijo:

—Los hombres debieran conocerte tan profundamente como yo; jamás Roma ha sido capaz de apreciarte en tu justo mérito.

El César se apoyó más pesadamente sobre el brazo de Vinicio, cual si se sintiera abrumado por la gravosa carga de la injusticia, y contestó:

—Me ha contado Tigelino que en el Senado se dicen al oído que Diodoro y Terpnos tocan la cítara mejor que yo! ¡Hasta eso intentan negarme! Pero, dime, tú que eres siempre sincero, ¿tocan ellos mejor que yo, ó se hallan siquiera á mi altura en destreza?

—En manera alguna. Tú tocas con más dulzara y mayor intensidad. En tí se advierte con palmaria evidencia al artista: en ellos al ejecutante experimentado. Y el hombre que les escucha primero á ellos, comprende mejor quien eres tú.

—¡Si ello es así, que vivan! Nunca podrán imaginar cuán importante servicio acabas de prestarles en este momento. Por otra parte, si yo hubiera condenado á esos dos, me hallaría en la necesidad de tomar á otros en su reemplazo.

—Y las gentes además dirían que por amor á la música destruías la música en tus dominios. Nunca mates al arte por el arte, ¡oh, divinidad!

—¡Cuán diferente eres de Tigelino!—exclamó Neron.— Pero, ya lo ves; soy artista en todo; y puesto que la música me abre horizontes cuya existencia yo antes ignoraba, dominios que no poseo, goces y dichas que no concibo, no es posible que yo lleve una vida vulgar. La música dice á mi alma que lo sobrenatural existe; así, pues, yo lo busco con todo el poder y todo el dominio que los dioses han puesto en mis manos.

En ocasiones pareceme que para alcanzar á esos mundos del Olimpo, menester es que yo haga algo que hasta ahora hombre alguno haya realizado; que debo sobrepujar la estatura del hombre, en el bien ó en el mal. Sé que las gentes me llaman loco. Mas no estoy loco; ¡estoy solo buscando! ¿Me entiendes? ¡Y por lo tanto, mi anhelo es ser más grande que el hombre, porque solamente de esa manera llegaré á ser el más grande de los artistas!

Y aquí bajó la voz, á fin de que Vinicio no le oyera, y acercando la boca al oído de Petronio, le dijo muy quedo:

—¿Sabes que yo condené á muerte á mi madre y á mi esposa, principalmente porque deseaba presentar ante los umbrales de un mundo desconocido el más grande sacrificio que un hombre pudieran ofrecer allí? Pensé que después de eso, algo sucedería; que se me abrirían las puertas

de ese mundo ignoto, al través de las cuales vería lo que hasta ese momento érame desconocido. Sea ello terrible ó admirable, no importa: con tal que sobrepuje la humana concepción, y lo vea yo grande y exento de vulgaridad! Pero ese sacrificio no fué bastante. Evidente es que para abrir las puertas del empíreo se necesita de algo más grande aún. ¡Sea ello, pues, así, ya que el Destino lo quiere!

—¿Qué intentas hacer?

—Tú lo verás más pronto de lo que te imaginas. Entretanto, ten por cierto que existen dos Nerones; uno que el pueblo conoce; el otro, un artista que sólo de tí es conocido, y el cual, si destruye como la muerte, ó se ve dominado por el frenesí, como Baco, débese ello tan sólo á que la trivialidad y las miserias de la vida ordinaria le ahogan y quisiera aniquilarla, aún cuando para ello fuera menester hacer uso del hierro ó del fuego! ¡Oh! ¡cuán vulgar tornará á ser este mundo cuando yo haya desaparecido de él! Todavía ningún hombre, ni siquiera tú mismo, ha llegado á tener una concepción exacta de mi temperamento artístico. Y precisamente á causa de esto yo sufro, y te digo con sinceridad que el alma se halla tan melancólica dentro de mí, como esos cipreses sombríos que allí se alzan en frente de nosotros! Es muy gravoso para un hombre cargar á la vez con el peso del supremo poder y del más excelso talento!

—Simpatizo profundamente contigo, ¡oh, César! y en ello me acompañan la tierra y los mares, sin contar á Vinicio, que te deifica desde el fondo de su alma!

—El también me ha sido siempre caro,—dijo el César,—si bien sirve á Marte, y no á las Musas.

—El sirve ante todo á Venus Afrodita,—contestó Petronio.

Y en ese mismo instante resolvió decidir el asunto de su sobrino de un solo golpe y alejar al mismo tiempo cualquier peligro que pudiera amenazarle. Así, pues, agregó:

—El se halla enamorado, como lo estuvo Troilo de Clepsidra. Permítele, señor, que vuelva á Roma, si no quieres que muera aquí á mi lado. ¿Sabes que ese rehén ligur que tú le diste ha sido encontrado, y que Vinicio, al partir para Ancio, la ha dejado á cargo de cierto Lino? No te he hablado antes de esto porque tú hallabas ocupado en la composición de tu himno, y eso era más importante que ninguna otra cosa. Vinicio había querido hacer de ella una amante; pero, como ha resultado ser tan virtuosa como Lucrecia, esa virtud le ha cautivado y ahora desea unirse á ella en matrimonio. Como es la hija de un rey, no habrá entre ambos diferencia de condición. Mas, Vinicio es ante todo un soldado. De ahí que aun cuando pasa la vida mustio y entre gemidos y suspiros, nada hará sin obtener antes el permiso de su Imperator (emperador).

—El Imperator no elige las esposas para sus soldados. ¿De qué serviría entonces mi permiso á Vinicio?

—Ya te he dicho, ¡oh, señor! que él te deifica.

—Tanto más cierto puede estar entonces de alcanzar mi permiso. Sí, esa es una doncella bien parecida, pero muy estrecha de caderas. La Augusta Popea se ha quejado de que ella fué la autora de un maleficio á nuestra hija en los jardines del Palatino, y al cual maleficio se debió su muerte.

—Pero yo dije á Tigelino, á la sazón, que los dioses no se hallaban sujetos á malos encantamientos. Y recordarás, divinidad, su confusión, y como tú exclamaste: *Habet!*

—Sí, ya lo recuerdo.

Y volviéndose á Vinicio, le preguntó:

—¿Es cierto que la amas como dice Petronio?

—Así la amo, señor,—contestó Vinicio.

—Entonces te ordeno que partas mañana á Roma á unirse con ella en matrimonio. Y no te presentes de nuevo ante mi vista sin el anillo nupcial.

—¡Gracias te doy, señor, con todo mi corazón y toda mi alma!

—¡Oh! ¡Cuán grato es hacer felices á las gentes!—exclamó Neron,—¡Pluguiese á los dioses que yo no hiciera otra cosa en mi vida!

—Concedéenos un favor más, ¡oh, divinidad!—dijo Petronio;—declara tu voluntad en este particular delante de la Augusta. Vinicio no osaría jamás unirse en matrimonio á una mujer que no fuese grata á la Emperatriz. Tú puedes, ¡oh, señor! desvanecer su prevención con sólo una palabra, manifestando que has ordenado se efectúe ese matrimonio.

—Así lo haré,—dijo el César.—Nada podría rehusaros á tí ó á Vinicio.

En seguida volvióse y emprendió el camino de regreso.

Ambos le siguieron. Inundaba sus corazones la felicidad por la victoria alcanzada, y Vinicio hubo de recurrir á toda su fuerza de voluntad para no echarse al cuello de Petronio, pues ahora parecía que había quedado removido todo peligro y todo obstáculo.

En el atrio del palacio que ocupaba el César, el joven Nerva y Tulio Senecio estaban conversando á la sazón con la Augusta.

Terpnos y Diodoro afinaban en tanto sus cítaras.

Entró el César y sentóse en un sillón incrustado de carey, dijo algo al oído de un esclavo griego que había cerca y esperó.

Pronto volvió el esclavo trayendo un estuche de oro.

Nerón lo abrió y extrajo de él un collar de grandes opalos.

—Estas son joyas dignas de la noche,—dijo.

—Se diría que las luces de la aurora irradian en ellas, —observó Popea convencida de que iba á ser suyo aquel collar.

El César, alzando y bajando alternativamente aquella

rica presea, hizo resaltar por breves instantes el brillo de sus irisadas piedras, y dijo por fin:

—Vinicio, darás de mi parte este collar á la mujer á quien ordeno te unas en matrimonio: á la joven hija del rey ligur.

La mirada de Popea, llena de ira y asombro, pasó del César á Vinicio, quedando por último fija en Petronio.

Pero éste, apoyado negligentemente sobre el brazo de la silla que ocupaba, recorría á la sazón con la mano el dorso de un harpa que había cercana, cual si quisiera estudiar y fijar su forma en la mente.

Vinicio dió al César las gracias por el obsequio, y luego acercándose á Petronio, le preguntó en voz baja:

—¿Cómo he de agradecerte lo que hoy has hecho por mí?

—Sacrifica un par de cisnes á Euterpe, enzalza los cantos del César y ríete de los presentimientos. Y confío que desde aquí en adelante el rugido de los leones no habrá de perturbar nuevamente tu sueño ni el de ese lirio ligur.

—No,—dijo Vinicio;—ahora estoy del todo tranquilo.

—¡Séate propicia la fortuna! Mas, ten cuidado ahora, porque el César acaba de tomar en sus manos el laúd. Suspende el aliento, escucha y prepárate á derramar lágrimas.

En efecto, el César, tomaba en ese instante el laúd y alzaba la vista al cielo. En aquel recinto, á la sazón, se hizo el más profundo silencio y todos los presentes mantuvieronse inmóviles y como petrificados en sus asientos. Sólo Terpnos y Diodoro, que debían acompañar al César, se hallaban alertas, ora mirándose el uno al otro, ora pendientes de los labios del César y en espera de las primeras notas de su canto.

En esos propios instantes y de súbito sintióse un ruido hacia la entrada y en seguida Faonte, el liberto del César, se dejó ver detrás de la cortina. Le seguía inmediatamente el cónsul Lecanio.

Nerón frunció el entrecejo.

—¡Perdón, divino Imperator,—dijo el liberto con voz jadeante;—hay un incendio en Roma! La mayor parte de la ciudad se halla presa de las llamas.

Al oír esta noticia todos los presentes saltaron de sus asientos.

—¡Oh, dioses! Por fin he de ver una ciudad incendiada, y podré terminar mi canto!—exclamó Neron, dejando á un lado su laúd.

Y luego volviéndose hacia el cónsul:

—Si partiera inmediatamente, ¿alcanzaría á presenciar el incendio?

—Señor,—contestó Lecanio, pálido como un lienzo,—toda la ciudad se halla convertida en un océano de llamas; el humo ahoga á sus habitantes, las gentes se desmayan ó se arrojan al fuego, presas del delirio. ¡Roma está pereciendo, oh César!

Sucediose un momento de silencio, el cual fué interrumpido por esta exclamación de Vinicio:

—*Væ misero mihi!* (¡Ay, desgraciado de mí!). Y el joven, arrojando á un lado la toga, precipitóse fuera, llevando solamente la túnica.

Neron alzó las manos al cielo, y exclamó:

—¡Ay de tí, sagrada ciudad de Príamol!

CAPÍTULO XLII

Vinicio tuvo apenas el tiempo necesario para ordenar á unos cuantos de sus esclavos para que le siguieran; luego, saltando sobre su caballo se lanzó á gran velocidad en medio de aquella avanzada noche, por entre las desiertas calles de Ancio, con dirección á Laurento.

La tremenda noticia había producido en su ánimo una especie de frenesí rayano en la enajenación mental. Por momentos ni siquiera se daba cabal cuenta de lo que en su ánimo estaba pasando; sentía simplemente que el in-

fortunio se hallaba junto á él, sobre aquel caballo, sentado á la grupa y gritando á su oído: «¡Roma está ardiendo!» y que al propio tiempo los azotaba á él y á su caballo, impe-liéndolos violentamente hacia el lugar del incendio.

Inclinada su desnuda cabeza sobre el cuello del animal, seguía á todo escape, á la ventura, sólo, vestido simplemente con su túnica, sin mirar adelante ni reparar en los obstáculos que pudiera encontrar.

En el silencio de aquella tranquila noche, caballo y caballero, fugazmente iluminados en su rápida carrera por los rayos de la luna, semejaban la silueta de un fantasma.

El potro de Idumea, caídas las orejas y extendido el cuello, atravesaba como una flecha por entre los inmóviles cipreses y los blancos palacios y casas de campo entre ellos ocultos.

El ruido de los cascos sobre las baldosas del pavimento provocaba aquí y allí los ladridos de los perros, que acompañaban á la extraña visión en su carrera fantástica; y luego, excitados por aquel brusco despertar, seguían aullando vueltos los hocicos á la luna.

Los esclavos, que á gran prisa corrían tras de Vinicio, pronto fueron quedando rezagados, por ser harto inferiores al suyo los caballos que montaban.

Una vez que hubo pasado como una tempestad por la dormida población de Laurento, torció hacia Ardea, en la cual, como en Bovillas y Ustrino, había dejado postas desde el día de su partida para Ancio, á fin de recorrer en el menor tiempo la distancia entre ese pueblo y Roma. Y como sabía que le aguardaban esos caballos de repuesto, iba reventando el que montaba.

Más allá de Ardea parecióle que el firmamento, hacia el lado nordeste, mostraba unos como róseos reflejos.

Bien podían ser esas las primeras luces de la aurora, pues hallábase ya muy avanzada la noche, y en el mes de Julio amanecía temprano. Pero Vinicio no pudo reprimir

un alarido de rabia y desesperación, porque antojáronsele aquellos los siniestros resplandores del incendio.

Recordó las palabras del cónsul: «Toda la ciudad se halla convertido en un oceano de llamas,» y por espacio de algunos instantes parecióle que estaba á punto de volverse loco en realidad, pues había perdido por completo la esperanza de salvar á Ligia y aún de llegar á Roma antes de que ésta se hallara convertida en cenizas.

Y terribles pensamientos sucedíanse ahora en su cerebro con rapidez mayor que la desenfrenada de su potro, y volaban cual bandada de aves negras y monstruosas que ponían pavor y desesperación en su alma.

Cierto era que ignoraba por cual punto de la ciudad había empezado el incendio; pero suponía que el barrio del Trans-Tiber, lleno como estaba de habitaciones, barracas de madera, almacenes y cobertizos de material ligero que servían para las ferias de esclavos, bien podía haber sido desde el principio pasto de las llamas.

En Roma eran harto frecuentes los incendios; y durante ellos, á menudo también, se perpetraban actos de violencia y de robo, especialmente en los puntos ocupados por la población menesterosa y semi bárbara. ¿Qué podía suceder entonces en un barrio como el Trans-Tiber que servía de albergue á una gentuza procedente de todas las partes del mundo?

Por un momento vino al cerebro de Vinicio como un relámpago la idea de Ursus y sus fuerzas sobrehumanas; pero ¿qué podía hacer un hombre, aún cuando fuera un titán, contra la destructora fuerza de las llamas?

Por espacio de muchos años Roma había tenido sobre sí como una pesadilla la amenaza y el temor de una rebelión de esclavos. Decíase que centenares de miles de éstos, vivían soñando con los tiempos de Espartaco y á la expectativa de un momento favorable para tomar las armas contra sus opresores y contra Roma. ¡Probablemente había llegado ya la hora de esta rebelión! ¡Acaso el combate

y la matanza estaban asolando á la sazón á la ciudad á la par que el fuego! Y hasta era posible que los pretorianos se hubieran lanzado á degüello sobre Roma por orden del César.

Y en aquel momento el terror erizó los cabellos de Vinicio. Y vino á su cerebro el recuerdo de todas las conversaciones acerca de ciudades incendiadas, que por espacio de algún tiempo se habían venido repitiendo en la corte de Nerón con extraña persistencia; y de las dolientes quejas del César al verse obligado á hacer la descripción de una ciudad consumida por las llamas sin haber visto jamás un incendio real. Recordó asimismo la desdeñosa respuesta que había dado á Tigelio cuando éste le ofreciera incendiar á Ancio ó hacer pasto de las llamas á una ciudad artificial construida de madera; por último recordó también las lamentaciones de Nerón contra Roma y las estrechas calles pestilentes del Suburra. ¡Sí, el César había ordenado el incendio de la ciudad!

Solo él podía impartir una orden semejante, así como solo Tigelino era capaz de llevarla á cumplimiento.

Pero, si Roma se incendiaba por mandato del César, ¿quién podía estar seguro de que la población no estuviera siendo también asesinada por orden suya? El monstruo era muy capaz de todo eso. Incendio, sublevación de esclavos, asesinato en masa. ¡Qué terrible caos, qué desbordamiento de fuerzas destructoras y de frenesí humano!

¡Y en medio de todo eso hallábase Ligial!

Los lamentos de Vinicio confundíanse ahora con los resoplidos y jadeos de su caballo, el cual, galopando sin descansar por un camino ascendente en la dirección de Aricia, estaba ya próximo á reventar.

—¿Quién la arrancará de la ciudad incendiada, quién la salvará?—exclamaba Vinicio.

Y mesándose los cabellos, y abalanzándose febrilmente

hacia el cuello de su cabalgadura, estuvo á punto de mor-
dérsele en un acceso de dolor impotente.

En ese momento se cruzó con él en dirección contraria,
un ginete que también corría como un torbellino hacia
Ancio, y gritó al pasar junto á él:

—¡Roma está perdida!

Y continuó su veloz carrera.

A los oídos de Vinicio habían llegado además otras dos
palabras pronunciadas por el ginete: «¡Oh, dioses!» las
restantes fueron sofocadas por el ruido ensordecedor de los
cascos de su caballo.

Pero esa exclamación, «¡Oh, dioses!» logró calmar un
tanto al joven.

Y alzó de súbito la cabeza, y extendiendo los brazos
hacia el cielo poblado de estrellas, le dirigió una plegaria.

—No os imploro á vosotros, dioses,—dijo,—cuyos tem-
plos están ardiendo ahora, sino á Tí, ¡oh, Dios mío! Tú
también sufriste. Solo Tú eres misericordioso. Solo Tú has
podido comprender el dolor de los hombres. Tú viniste á
este mundo á enseñarles la piedad: ¡muéstrate hoy piado-
so! ¡Si eres lo que declaran Pedro y Pablo, salva á Ligia,
tómala en tus brazos y arráncala de las llamas! ¡Tú lo
puedes! ¡Devuélvemela y te consagraré mi sangre y mi
vida!

¡Y si no quieres hacer esto por mí, hazlo por ella! ¡Ella
te ama y cree en Tí! Tú prometes la vida y la felicidad
para después de la muerte; ¡pero ella no quiere morir aun!
¡Has que viva! ¡Tómala en tus brazos y condúcela fuera
de Roma. Tú puedes hacerlo, si así lo quieres!

Y aquí se detuvo, porque le pareció que su deprecación
corría el riesgo de convertirse en amenaza; y temió el ofen-
der á la Divinidad en los momentos en que más necesita-
ba de su auxilio y de su misericordia.

Y se aterrorizó ante esa sola idea, y á fin de no dar ca-
bida en su cerebro ni á la más leve sombra de tal amena-

za, empezó de nuevo á azotar su cabalgadura, especialmente desde que divisó á la claridad de la luna las blancas murallas de Aricia, pueblo que se encontraba á medio camino de Roma.

Y al cabo de pocos momentos atravesó á todo correr delante del templo de Mercurio, que se destacaba por entre una arboleda cercana á esa ciudad.

Era evidente que en el pueblo tenían ya noticias de la catástrofe, porque se advertía un movimiento inusitado frente al templo.

A su paso Vinicio pudo ver á una multitud de individuos agrupados sobre las gradas y entre las columnas.

Estas gentes, que habían acudido con antorchas en las manos, apresurábanse á la sazón á colocarse bajo el amparo del dios. Además, el camino ya no se hallaba tan desierto como el que había recorrido desde Ardea. Grupos de personas venían apresuradamente con dirección á la arboleda, por senderos laterales; pero en el camino principal notábase también ahora otros grupos que marchaban con premura en el mismo sentido que el joven y delante de él.

Y desde la ciudad venía un confuso rumor de voces.

Vinicio penetró á Aricia como un torbellino, atropellando y aplastando á varios individuos á su paso.

Y pronto pudo escuchar en derredor suyo gritos de «¡Roma se incendia! ¡La ciudad está ardiendo! ¡Protejan los dioses á Roma!»

El caballo tropezó y estuvo á punto de caer, pero refrenado á tiempo por la férrea mano de Vinicio, alzóse de nuevo sobre sus ancas, justamente delante de la posada en donde el joven tenía un caballo de repuesto. Los esclavos, cual si estuvieran aguardando la llegada de su amo, se hallaban á la puerta de la posada, y al verlo, y por orden suya, corrieron uno tras otro en busca del caballo de refresco.

Vinicio vió aproximarse un destacamento de diez pre-

torianos montados, quienes evidentemente se dirigían al pueblo de Ancio llevando noticias, y corriendo hacia ellos, preguntó:

—¿Qué parte de la ciudad abraza el incendio?

—¿Quién eres tú?—preguntó el decurión.

—Vinicio, tribuno del ejército y augustano. ¡Responde, sobre tu cabezal!

—El incendio estalló en las tiendas cercanas al Circo Máximo. En los momentos en que fuimos despachados, el centro de la ciudad estaba ardiendo.

—¿Y el Trans-Tiber?

—El fuego no ha llegado allí todavía, pero á cada momento abarca nuevos barrios con una fuerza que nada puede contener. La gente muere sofocada por el calor y el humo: toda salvación es imposible.

En este momento le trajeron el nuevo caballo y el joven tribuno saltó sobre él y prosiguió su vertiginosa marcha. Corría ahora en la dirección de Albano, dejando á la derecha á Alba Longa y su espléndido lago.

El camino hasta Aricia se extendía desde el pie de la montaña, la cual ocultaba por completo el horizonte. Y Albano se hallaba precisamente del otro lado.

Pero Vinicio sabía que al llegar á la cumbre vería desde ella, no sólo á Bovillas y á Ustrino, donde le aguardaban nuevas postas, sino también á la misma Roma; pues más allá de Albano la llanura de la Campania, situada á más bajo nivel, extendíase por ambos lados de la Vía Apia, á lo largo de la cual solamente los arcos de los acueductos se alzaban en la dirección de la ciudad, no habiendo nada que pudiera obstruir la vista.

—Desde la altura podré ver las llamas,—se dijo; y empezó nuevamente á azotar su caballo.

Pero, aún antes de alcanzar la cumbre del monte, el viento que le daba en el rostro hizo llegar hasta él un pronunciado olor á humo, y al mismo tiempo advirtió en la cumbre unos como reflejos dorados.

—¡El incendio!—pensó Vinicio.

Las sombras de la noche habíanse disipado desde hacía rato, el alba había dado paso á la luz y en las alturas más cercanas empezaban á notarse unos destellos de oro y rosa, que ora podían provenir del incendio de Roma, ora de la creciente claridad del día.

Vinicio llegó por fin á la cumbre y un cuadro terrible se extendió ante su vista.

Toda la parte baja se hallaba cubierta de humo y diríase que formaba, por decirlo así, una sóla gigantesca nube apegada á la tierra. En medio de esta nube desaparecían ciudades, acueductos, casas de campo y árboles; pero más allá de esta aterradoradora y enorme masa gris, la ciudad ardía en las colinas.

El incendio no afectaba la forma de una columna de fuego, cual sucede cuando está ardiendo un sólo edificio, aun cuando sea de las más vastas dimensiones. Aquel parecía más bien un largo cinturón ó faja, cuyo extendido fulgor habría podido compararse á la difusa claridad de la aurora.

Sobre aquel vasto cinturón se alzaba una onda de humo, en algunos puntos enteramente negro, en otros al parecer de color de rosa, en otros de color de sangre. Había lugares en que el humo se retorció como en espiral, en otros volvíase denso y en los de más allá se estrechaba y retorció semejante á una serpiente que se extiende y desarrolla.

Y esa monstruosa ola humeante, parecía por momentos cubrir aún el cinturón de fuego, el cual entonces volvíase tan estrecho como una cinta; pero poco después esta cinta ignea iluminaba el humo en la parte inferior, transformando sus volutas inferiores en ondas llameantes.

Humo y llamas extendíanse de un extremo del firmamento al otro, cubriendo la parte inferior de éste, á la manera de un bosque denso, que ocultara el hori-

zonte. Los montes Sabinos substraíanse así por completo á la vista.

La primera impresión de Vinicio fué que no solo estaba ardiendo toda la ciudad, sino el mundo entero, y que no habría sér viviente que pudiera salvar de entre aquel océano de humo y de llamas.

El viento soplabá con creciente fuerza desde la zona del fuego, trayendo hacia el joven el olor á quemado y el humo que empezaba á la sazón á ocultar hasta los objetos más cercanos.

Era ya de día claro, y los rayos del sol iluminaban las cumbres de las colinas que el lago de Alba circundan.

Pero los brillantes rayos de la mañana veíanse ora rojizos, ora palidecientes al través de aquella densa niebla siniestra.

Vinicio, al descender en la dirección de Albano, penetró á una región en que el humo hacía cada vez menos transparente.

Todo aquel pueblo veíase envuelto en él por completo y sus alarmados habitantes habían salido de sus casas y discurrían por las calles.

Aterraba el pensar lo que sucedería en Roma, cuando hacía ya difícil respirar en Albano.

La desesperación se apoderó momentáneamente de Vinicio y el terror le erizó otra vez los cabellos.

Pero en seguida intentó darse ánimos á sí propio.

—Es imposible—pensaba—que una ciudad empiece á quemarse por todas partes á la vez. El viento sopla del Norte y empuja el humo en esta dirección. Del otro lado no ha de haber nada. Y en todo caso, bastará que Ursus salga por la puerta del Janículo con Ligia para salvarla y salvarse.

Es igualmente imposible que toda una población vaya á perecer y que la ciudad que gobierna al mundo sea borrada de la faz de la tierra con todos sus habitantes.

Aun en los pueblos vencidos y tomados al asalto entre

los horrores del incendio y la matanza, siempre hay gentes que sobreviven; ¿porqué entonces habría de perecer seguramente Ligia? Por el contrario, Dios vela por ella; el mismo Dios que triunfó de la muerte.

Y después de haber discurredo así, empezó de nuevo á orar; y cediendo á una costumbre inveterada, hizo grandes votos á Cristo, mezclados con promesas de donaciones y sacrificios.

Una vez que hubo recorrido velozmente la ciudad de Albano, cuyos habitantes casi todos hallábanse á la sazón sobre los techos y subidos á los árboles, para mejor contemplar el espectáculo del incendio, se tranquilizó un tanto y recobró su sangre fría. Recordó también que Ligia se hallaba protegida, no tan sólo por Ursus y Lino, sinó asimismo por el Apostol Pedro, y ante esta nueva idea consoladora, sintió más confortado el corazón.

Para él Pedro era un hombre incomprensible, un sér casi sobrenatural.

Desde la noche en que le oyera en Ostrianum, había quedado grabada en su ánimo la impresión,—que había comunicado por escrito á Ligia al principio de su permanencia en Ancio,—de que hasta la última de las palabras pronunciadas por el anciano era cierta ó habría de resultar comprobada con el tiempo.

Y el conocimiento más estrecho que durante su enfermedad había adquirido del Apostol, lo había confirmado en aquella opinión, la cual llegó á convertirse luego en fe indestructible.

Puesto que Pedro había bendecido su amor y prometí-dole á Ligia, no podía ella perecer entre las llamas.

Aun cuando Roma ardiese hasta los cimientos, ni una chispa del incendio caería sobre los vestidos de la joven.

Bajo la influencia de una noche de insomnio, de aquel galopar desenfrenado y de las violentas impresiones de que era presa el joven tribuno, hallábase ahora poseído de

una extraordinaria exaltación y en ese estado presentábasele como posibles todo género de prodigios.

Pedro hablaría á las llamas: ¿ una palabra suya, éstas le abrirían paso y el Apostol y Ligia y sus acompañantes salvarían ilesos la doble muralla de fuego.

Además, Pedro leía en el futuro; era indudable que había previsto aquel incendio, y en ese caso, ¿ cómo admitir que no hubiera prevenido á los cristianos y conduciéndolos fuera de la ciudad, y entre ellos á Ligia, á quien amaba como á una hija?

Y la esperanza, que á cada momento se fortalecía más y más, fué penetrando en el corazón de Vinicio.

Si habían huido de la ciudad, posible era que los encontrara él en Bovillas ó en el camino. De un instante á otro podría emerger aquel rostro adorado de entre el humo que empezaba ahora á extenderse por toda la Campania.

Y esto le parecía harto probable á causa del número creciente de personas que habían abandonado la ciudad con dirección á los montes Albanos, que él iba encontrando en su camino y que huyendo del fuego corrían desaladamente hacia la zona en donde no alcanzaba el humo.

Antes de llegar á Ustrino vióse obligado á disminuir la velocidad de su cabalgadura por causa de la multitud de gente que venía en dirección contraria.

Además de las personas que huían á pie, con lios á la espalda, se iba encontrando con caballos, mulas y vehículos cargados de efectos, y finalmente hasta con literas conducidas por esclavos y en las cuales transportaban éstos á los ciudadanos más ricos.

Ustrino estaba completamente invadido por una tan grande multitud de fugitivos de Roma, que era difícil pasar por entre los apiñados grupos.

Había un verdadero enjambre de individuos en la pla-

za del Mercado, bajo los pórticos de los templos y en todas las calles.

Unos levantaban tiendas destinadas á dar abrigo á familias enteras; otros acampaban al aire libre y gritaban, y clamaban á los dioses, y maldecían á los Hados.

En medio de tanta confusión era difícil averiguar cosa alguna.

Las personas á quienes se dirigió el joven, ó no respondían, ó con mirada enloquecida por el terror exclamaban que había sonado la hora postrera para la ciudad y para el mundo.

Y nuevos grupos de hombres, mujeres y niños continuaban llegando á cada instante de Roma, y con ellos aumentaba el desorden y el tumulto de lamentos y de gritos.

Algunos, perdidos en medio de aquella desatentada multitud, buscaban desesperadamente á los suyos; otros se disputaban entre sí á brazo partido un sitio en donde acampar.

Muchos pastores semi-bárbaros de la Campania habían venido también á la ciudad y se acercaban en grupos á imponerse de las noticias, ó á la expectativa de un botín fácil en medio de aquel pavoroso laberinto.

Aquí y allí, multitud de gladiadores y de esclavos de todas nacionalidades se entregaban al saqueo de las casas de la ciudad y al ataque de los soldados que acudían en defensa de los ciudadanos.

El senador Junio, á quien halló Vinicio frente á la posada con un grupo de esclavos bátavos que le rodeaban, fué la primera persona que al joven dió noticias más detalladas acerca del incendio.

El fuego había principiado en el Circo Máximo, en la parte colindante con el Palatino y el Monte Celio, extendiéndose con incomprensible rapidez, y abarcado todo el centro de la ciudad. Jamás, desde la época de Breno, había caído sobre Roma una catástrofe más tremenda.

—El Circo ha quedado completamente destruído,— agregó Junio,— así como todas las tiendas y casas circunvecinas; los Montes Aventino y Celio están ardiendo. Las llamas que rodean al Palatino han llegado hasta las Carenas.

Y Junio que poseía en este último barrio una magnífica «ínsula», llena de obras de arte que estimaba en gran manera, tomó del suelo un puñado de polvo, y arrojándolo sobre su cabeza, empezó á llenar el aire con sus desesperadas lamentaciones.

Vinicio le puso una mano en el hombro y dijo:

—Yo también tengo una casa en las Carenas; pero, cuando todo perece; ¿qué importa que perezca ella también?

Y recordando luego que acaso Ligia pudiera haberse trasladado, siguiendo su consejo, á la casa de Aulio, preguntó:

—¿Y el *Vicus Patricius*?

—¡Destruído por el fuego!—replicó Junio.

—¿Y el Trans-Tíber?

El senador le miró con aire sorprendido y dijo oprimiéndose las sienes con las manos:

—¿Qué nos importa el Trans-Tíber?

—¡El Trans Tíber me importa á mí más que todo el resto de Roma!—exclamó Vinicio con vehemencia.

—Puedes llegar hasta allí por la *Vía Portuensis* (1), cerca del Aventino, pero te sofocará el humo. En cuanto al barrio de Trans-Tíber, no sé. A mi salida el fuego no lo alcanzaba todavía; lo que haya sucedido hasta este momento, sábenlo solamente los dioses.

Junio titubeó luego por espacio de un instante y en seguida repuso en voz baja:

—Como estoy cierto de que no me has de traicionar, te diré que este no es un incendio casual. Cuando estaba ar-

(1) *Portuensis*.—Lo perteneciente al puerto del Tíber, junto á Ostia.—*Vía del Puerto*.

diendo el Circo no se permitió al pueblo acudir á salvarlo ó á extinguir el fuego. A mis propios oídos llegó, en medio del incendio, el eco de un millar de voces que gritaban: «¡Muerte al que intente salvar!» Y había individuos que corrían por la ciudad en todas direcciones aplicando antorchas encendidas á los edificios. Y por otra parte, el pueblo se está sublevando y se oyen á porfía gritos de que el incendio de Roma ha sido decretado. Nada más puedo decir. ¡Ay de la ciudad, ay de todos nosotros y ay de mí! Imposible es la lengua del hombre para describir lo que allí está sucediendo!

La gente perece entre las llamas ó se mata en medio del tumulto. ¡Ha llegado para Roma su día postrero!

Y de nuevo repitió con dolorido acento:

—¡Ay! ¡Ay de la ciudad, y ay de nosotros!

Saltó Vinicio á su caballo entonces y volvió á emprender la carrera á lo largo de la Vía Apia.

Mas ahora se le hacía muy difícil, sin una verdadera lucha, el abrirse paso al través del río de gente y de la multitud de vehículos que afluían con procedencia de la ciudad.

Roma, devorada por una conflagración monstruosa, se presentaba ya ante los espantados ojos del tribuno.

De aquel mar de fuego y de humo venía un calor horrendo y el rumor clamoroso de los gritos de las víctimas no alcanzaba á dominar el chirrido crepitante de las llamas.

CAPÍTULO XLIII

Al aproximarse Vinicio á las murallas pudo convencerse de que era ya mucho menos fácil que llegar hasta Roma, el introducirse al centro de la ciudad.

Hacíase punto menos que imposible recorrer la Vía Apia á causa de los numerosos grupos que obstruían el paso.

Casas, campos, cementerios, jardines y templos: todo

cuanto había en ambos lados de esa Vía, se hallaba convertido en multitud de campamentos.

En el templo de Martā, que se alzaba cerca de la Porta Apia, la multitud había derribado las puertas á fin de refugiarse en el interior durante la noche. En el cementerio, apoderábanse de los más grandes monumentos y se daban en defensa de su posesión verdaderas batallas, llevadas hasta el derramamiento de sangre.

Ustrino, con su desorden, daba apenas una pálida idea de lo que ocurría á la sazón dentro de los muros de la capital.

Había cesado toda consideración por la magestad de la ley, por los lazos de la familia, por la diferencia de posición.

Gladiadores embriagados con el vino saqueado en el Emporium (Mercado) se reunían en cuadrillas y recorrían dando salvajes gritos en las plazas circunvecinas, formando tumultos y disolviendo grupos de gente para maltratarla y robarla. Una multitud de bárbaros, destinados á ser vendidos en la ciudad, se habían escapado de las barracas en donde se les exhibía. Para ellos con el incendio y la ruina de Roma terminaba su esclavitud y sonaba á la vez la hora de su venganza; de manera que cuando los ciudadanos que habían perdido en la catástrofe todo cuanto poseían, extendían desesperados los brazos á los dioses en demanda de auxilio, estos esclavos, dando alaridos de feroz alegría, disolvían á empellones los grupos, despojaban de sus vestidos á las personas y arrancaban robándose á las mujeres jóvenes. Uníanse á ellos en esta faena infame, multitud de esclavos que habían servido desde hacía tiempo en la ciudad, desarrapados que nada llevaban encima, excepto unos ceñidores de lana, siniestras cataduras de callejuela y encrucijada, que muy raras veces dejábanse ver de día claro por las calles, y cuya existencia en Roma no era fácil adivinar.

Los hombres de esta desenfrenada y bárbara turba, ger-

manos, griegos, asiáticos, africanos, tracios, britanos, vociferaban en todas las lenguas de la tierra y desahogaban su ira brutal, creyendo llegada por fin la hora en que se verían libres y en situación de tomar venganza por sus largos años de miseria y sufrimientos.

En medio de aquella embravecida tropa, á la luz del día y á los siniestros fulgores del incendio brillaban los yelmos de los pretorianos,—bajo cuyo amparo habíanse colocado los habitantes pacíficos,—y quienes en constante lucha cuerpo á cuerpo, veíanse obligados á rechazar en muchos puntos á la furiosa multitud.

Vinicio habíase hallado presente en asaltos y tomas de pueblos, mas nunca habían contemplado sus ojos un espectáculo semejante, en el que la desesperación, las lágrimas y los alaridos de dolor, los gritos de salvaje alegría, la locura, el furor y un desenfrenado desbordamiento se mezclaran y confundieran en el más inconmensurable caos.

Y por sobre esta multitud desatentada y jadeante, crepitaba el fuego, extendiéndose devorador hasta la cumbre de las colinas de la más grande ciudad del orbe, envolviendo á sus arremolinados y despavoridos habitantes en su hábito de infierno y cubriéndolos de un humo espeso que entenebrece el azul del firmamento.

El joven tribuno, por virtud de supremos esfuerzos y exponiendo su vida á cada instante, logró al fin llegar hasta la Puerta Apia; pero allí vió que no podía penetrar á la ciudad al través de la Puerta Capena, no solamente por la obstrucción de las turbas, sino también á causa del terrible calor que incendiaba la atmósfera dentro de la puerta.

Además, el puente situado en la Puerta Trigemina, frente al templo de la Bona Dea, (1) ya no existía, de manera que todo aquel que intentase atravesar el Tiber veía-

(1) La Diosa Bona, llamada también Fatus y Fauna.

se obligado á abrirse paso hasta el puente Sublicio, esto es, rodear el Monte Aventino al través de una parte de la ciudad cubierta ahora por un mar de llamas. Y eso era del todo imposible.

Vinicio comprendió que le era necesario retroceder hacia Ustrino, volver desde la Vía Apia, atravesar el río más abajo de la ciudad y llegar hasta la vía Portuense, que conducía directamente al Trans-Tíber.

Y eso no era fácil, á causa del desórden reinante en la Vía Apia.

Iba á serle menester abrirse camino por allí espada en mano.

Y Vinicio no traía armas.

Había salido de Ancio tal como le encontraron en la casa del César las noticias del incendio.

Empero, en la fuente de Mercurio se encontró con un centurión, á quien conocía.

Este hombre se hallaba á la cabeza de unas cuantas decurias, defendiendo el recinto del templo. El joven le ordenó que le siguiera.

Y habiendo reconocido el centurión á un tribuno y un augustiano en Vinicio, no se atrevió á desobedecer esta orden.

El joven tomó en persona el mando de aquel destacamento, y olvidándose en esos instantes de las enseñanzas de Pablo en cuanto prescribían el amor al prójimo, empezó á abrirse violentamente paso en línea recta por entre la multitud con una febril precipitación, funesta para muchos, que no pudieron opórtunamente hacerse á un lado.

El y sus hombres eran seguidos por una lluvia de imprecaciones y de pedradas; de todo lo cual hacía Vinicio el menor caso, esforzándose tan sólo en llegar cuanto antes á espacio más libre.

No obstante, avanzaba poco y con las mayores dificultades.

Las gentes que habían acampadas no tenían voluntad de moverse, y los atropelladores no hallaban en su camino otra cosa que injurias y maldiciones contra el César y los pretorianos.

La multitud presentaba en algunos puntos un aspecto amenazador.

Vinicio oía de momento en momento voces que acusaban á Nerón de haber incendiado la ciudad.

Y se amenazaba de muerte al César y á Popea. En derredor escuchábanse los gritos de «¡Sannio!» «¡Histrio!» (bufón, histrión), «¡Matricida!» Algunos clamaban que era llegada la hora de arrojarlo al Tiber; otros, que Roma había ya agotado la medida de la paciencia.

Por cierto que, al encontrarse un caudillo, estas amenazas habrían podido llegar á convertirse en abierta rebelión, pronta á estallar en cualquier momento.

Entretanto la rabia y la desesperación del pueblo volvíase en contra de los pretorianos, quienes difícilmente lograban abrirse paso por entre la multitud, á causa de que el camino se hallaba interceptado por la multitud de fardos acumulados allí desde el principio del incendio, y de cajas, barriles de provisiones, muebles costosos, cunas, camas, carretones, llos de ropa y otros efectos.

Aquí y allí era necesario luchar cuerpo á cuerpo; pero los pretorianos vencían fácilmente á la inerme multitud.

Después de haber atravesado con mil tropiezos las Vías Latina, Numisia, Ardea, Lavinia y Ostia, pasando por delante de casas de campo, jardines, cementerios y templos, Vinicio llegó por fin á una aldea llamada *Vicus Alexandri*, más adelante de la cual cruzó el Tiber. En este sitio había más espacio abierto y menos humo.

Por algunos fugitivos, que ni siquiera allí escaseaban, supo que el fuego había alcanzado solamente á unas pocas calles del Trans Tiber; pero que evidentemente nada podría resistir á la voracidad de la conflagración; puesto que había gentes que de intento extendían y daban pábu-

lo al incendio, sin permitir á nadie apagarlo, declarando que tenían orden de proceder así.

El joven tribuno ya no pudo entonces abrigar la menor duda de que el César había decretado el incendio de Roma; y parecióle por consiguiente que era justa y merecida la venganza por que clamaba el pueblo. ¿Habrían podido hacer mayor daño Mitridates ó cualquiera de los más iracundos é inveterados enemigos de Roma? Estaba colmada la medida; la locura de Nerón llegaba á su más monstruoso límite y la existencia del pueblo era ya punto menos que imposible á causa de los criminales caprichos del tirano.

Y Vinicio creyó también que la hora postrera de Nerón había sonado, que esas ruinas que ya estaban envolviendo á la ciudad, debían necesariamente aplastar al bufón postrero y sus nefandos crímenes.

Bastaba tan sólo para ello encontrar un hombre de suficiente valor que se pusiera á la cabeza de aquel pueblo desesperado; y entonces podría eso suceder al cabo de unas pocas horas.

Y aquí empezaron á bullir en su cabeza ideas vengativas y audaces.

¿Por qué no sería él ese hombre.

La casa de Vinicio, que hasta una época muy reciente había contado una série de cónsules, era conocida por toda Roma.

Las multitudes solo necesitan un nombre. Una vez, el día en que fueron sentenciados cuatrocientos esclavos del prefecto Pedanio Segundo, había estado la ciudad al borde de la rebelión y de la guerra civil. ¿Qué sucedería ahora, en presencia de una calamidad horrenda, que sobrepajaba casi á todo cuanto había tenido Roma que sufrir en el transcurso de ocho siglos?

—Quien quiera que llame á los quirites á las armas,—pensó Vinicio,—indudablemente podrá derribar á Nerón y vestir á su vez la púrpura.

¿Y por qué no haría él esto?

El era valiente y más activo y joven que otros augustianos.

Por cierto, Nerón mandaba treinta legiones, estacionadas hasta en los confines del imperio; pero, ¿no se levantarían esas legiones y sus jefes ante la noticia del incendio de Roma? Y en ese caso Vinicio podría llegar á ser César.

Hasta se decía en secreto entre los augustianos que un adivino había pronosticado que Oton llegaría á vestir la púrpura.

¿Y en qué era él inferior á Oton?

Por ventura el mismo Cristo le asistiría con su divino poder: acaso de El mismo procedía en tal momento esa inspiración.

—¡Ojalá fuese así!—exclamó Vinicio mentalmente.

Así tomaría venganza de Nerón por los peligros que había corrido Ligia y por sus propios temores; daría principio al reinado de la verdad y de la justicia; difundiría la religión de Cristo desde el Eufrates hasta las nebulosas playas de Bretaña y compartiría la púrpura con Ligia, á quien haría señora del mundo.

Pero estos pensamientos, que habían brotado en su cerebro como brota un haz de chispas de una casa incendiada, tuvieron también la efímera vida de las chispas. Antes que todo, era menester salvar á Ligia.

Vinicio pudo contemplar de cerca ahora la catástrofe; y entonces nuevamente se apoderó de su alma el temor, y ante aquel océano de humo y de llamas, y ante la tremenda realidad, murió por completo en su pecho la fe con que antes creyera que Pedro vendría en auxilio de Ligia.

La desesperación le dominó por segunda vez al llegar hasta la Vía Portuense, que conducía directamente al Trans-Tíber.

No logró reponerse sino cuando se hubo encontrado frente á la puerta y escuchado allí de labios de muchos lo

que antes le dijeran algunos de los fugitivos, á saber: que á la mayor parte de ese barrio de la ciudad no habían alcanzado aún las llamas, pero que el fuego había atravesado el río por distintos puntos.

Empero, el Trans Tiber estaba á la sazón lleno de humo y los grupos de fugitivos dificultaban el acceso, porque habiendo las gentes de ese barrio dispuesto de más tiempo para el salvamento, habían logrado sustraer á las llamas cantidades más considerables de efectos.

La misma calle principal hallábase en muchos puntos obstruida por completo y en derredor de la Naumaquia Augusta (1) veíanse grandes hacinamientos de bultos.

En cuanto á las calles estrechas, en las cuales el humo se detenía y volvíase más denso, estaban del todo intran-sitables.

Los moradores de aquel barrio huían por millares.

En su camino fué testigo Vinicio de escenas aterradoras.

En más de una ocasión dos corrientes de individuos que escapaban en opuestas direcciones, acertaban á encontrarse en un pasaje estrecho y se atropellaban, y luchaban á brazo partido, y se herían y pisoteaban.

Había familias que en medio de aquel tumulto perdían á uno ó varios de sus miembros, y madres que llamaban á sus hijos con acentos desgarradores.

Erizáronse los cabellos del joven tribuno ante la sola idea de lo que estaría sucediendo en los puntos más cercanos de los focos del incendio.

Entre aquel ensordecedor estrépito de gritos y alaridos, era casi imposible hacer alguna pregunta ó escuchar alguna contestación.

Por momentos nuevas columnas de humo, procedentes de la ribera opuesta del río, rodaban por decirlo así, hacia

(1) Naumaquia. fiesta en que se finge en el agua un combate naval. Estanque ó canal de agua para esta fiesta.

ellos; y era un humo negro y tan pesado que se arrastraba hasta cerca del suelo, sustrayendo á la vista casas, gentes y objetos, como entre tinieblas de noche lóbrega.

Pero las ráfagas de viento que de instante en instante daban pábulo al incendio, vinieron luego á disipar ese humo y pudo entonces Vinicio alcanzar tras de mucho esfuerzo hasta la calle en donde estaba situada la casa de Lino.

El calor de un día de Julio, aumentado intensamente por el que daban las llamas del incendio, llegó á hacerse insoportable.

El humo irritaba los ojos y cegaba; cortábase el aliento.

Aun aquellos de los habitantes que, en la esperanza de que el fuego no atravesara al río, habían permanecido en sus casas hasta entonces, empezaban á abandonarlas; y ello hacía que á cada momento los grupos aumentaran más y más.

Los pretorianos que acompañaban á Vinicio fueron quedándose atrás.

En medio de la apretura alguien hirió con un martillo el caballo del joven.

El animal entonces echó hacia atrás la ensangrentada cabeza, encabritóse y no quiso seguir obedeciendo á su ginete.

Alguno de entre la multitud reconoció poco después en Vinicio á un augustiano, é inmediatamente en derredor suyo dejóse oír el grito de:

— ¡Muerte á Nerón y sus incendiarios!

Este fué un momento de tremendo peligro; centenares de brazos se alzaron hacia Vinicio; pero su espantado caballo le arrancó de allí violentamente, pisoteando á su paso á quienes encontraba delante; y un momento después una nueva oleada de humo denso penetraba en la calle, haciendo en ella la obscuridad.

Viendo el joven que le era imposible proseguir la marcha á caballo, abandonó su cabalgadura y continuó á pie,

deslizándose á lo largo de las murallas y deteniéndose por momentos para dejar paso á la fugitiva multitud.

Y en su interior ibase diciendo que aquellos eran esfuerzos vanos.

Probablemente Ligia no estaría en la ciudad y se habría salvado recurriendo á la fuga.

Sería más fácil encontrar un alfiler á la orilla del mar que á la joven en medio de aquel tumulto y de tan horrible caos.

No obstante, quería él llegar hasta la casa de Lino, aun cuando ello le hubiera de costar la vida.

Por momentos deteníase á restregarse los ojos. Luego, rompiendo por un extremo su túnica, le arrancó un pedazo, cubriéndose con él la nariz y la boca, y prosiguió su carrera.

A medida que se acercaba á la orilla del río, sentía aumentar la intensidad del calor.

Sabiendo que el fuego había empezado en el Circo Máximo, pensó al principio que ese calor procedía de sus escombros ardientes, así como del Forum Boarium y el Velabrium, los cuales por hallarse también cercanos debían estar ya consumidos por las llamas.

Pero el calor hacíase ya insoportable.

Un viejo que huía penosamente, apoyado en sus muletas, y pue fué el último á quien vió el joven, exclamó:

—¡No os aproximéis al puente de Cestio! ¡Toda la isla se halla envuelta entre las llamas!

Y á la verdad, era imposible hacerse ilusiones por más tiempo.

A la entrada del *Vicus Judæorum* (Barrio de los judíos), en donde estaba situada la casa de Lino, el joven tribuno vió salir llamas de entre nubes de humo.

No solamente la isla estaba ardiendo, sino también el Trans-Tiber, ó por lo menos, el otro extremo de la calle en que vivía Ligia.

Recordó Vinicio que la casa de Lino se hallaba rodeada

por un jardín; entre este jardín y el Trans Tiber había un terreno eriazo de poca extensión.

Esta idea le sirvió de consuelo.

Porque probablemente el fuego se detendría en aquel sitio abierto.

Alentado por esta esperanza, continuó su carrera, si bien ahora cada ráfaga de aire no sólo traía consigo nuevas oleadas de humo, sino millares de chispas, que en cualquier momento podrían pegar fuego al otro extremo de la calle y cortarles así la retirada.

Por último distinguió á través de aquella cortina de humo los cipreses del jardín de Lino. Las casas que seguían á continuación del terreno eriazo ardían ya como sendos haces de leña, pero la pequeña «ínsula» de Lino se hallaba todavía intacta.

Vinicio dirigió al cielo una mirada de reconocimiento y corrió hacia la casa, aun cuando el solo aire ya quemaba.

La puerta estaba cerrada, pero la abrió de un empellón y se precipitó al interior.

No había un alma en el jardín y la casa parecía estar desierta.

—Tal vez se habrán desmayado á causa del humo y del calor,—pensó Vinicio.

Y empezó á llamar.

—¡Ligial! ¡Ligial!

No hubo más respuesta que el silencio. Hasta allí no llegaban otros ruidos que los del distante incendio.

—¡Ligial!

De súbito escuchó los mismos lúgubres sonidos que antes oyera lleno de pavor en aquel jardín.

Era evidente que el fuego había llegado hasta el vivar próximo al templo de Esculapio, en la cercana isla.

En este vivar empezaron á rugir llenas de terror las fieras que lo ocupaban, entre las cuales había leones.

Vinicio se estremeció de pies á cabeza.

Por segunda vez, en un momento en que todo su espíritu se hallaba concentrado en Ligia, le contestaban esas horrendas voces como heraldo de infortunio, y como extraños presagios de un porvenir ominoso.

Pero esta impresión fué breve, porque el estruendo de las llamas, más terrible aún que los rugidos de las bestias feroces, lo indujo de manera imperiosa á poner su pensamiento en otra parte. Ligia no contestaba á sus llamamientos; pero bien podría estar desvanecida ó axfisiada en aquel edificio por tan inminente peligro amenazado.

Vinicio precipitóse al interior.

El pequeño *atrium* estaba desierto y lleno de humo.

Al llegar á la puerta que conducía á los dormitorios, distinguió la llama de una pequeña lámpara y acercándose á ella vió el *lararium*, en el cual había una cruz en vez de lares.

Debajo de ella ardía un cirio.

Por la cabeza del joven catecúmeno atravesó con la rapidez de un relámpago el pensamiento de que aquella cruz le había enviado el cirio al favor de cuya luz acaso pudiera encontrar á Ligia. Así, pues, lo tomó en la mano y se dirigió á los dormitorios.

Llegó al primero; hizo á un lado las cortinas y conservando el cirio en las manos, miró en derredor suyo.

Allí tampoco había nadie.

•Pero Vinicio estaba seguro de que aquel era el dormitorio de Ligia, porque sus vestidos se hallaban colgados en clavos en la muralla y sobre el lecho había un *capitium*, ó sea una camisa ó pieza ajustada de vestir que las mujeres llevaban inmediata al cuerpo.

Vinicio se apoderó de ella, la llevó á sus labios, y colocándola sobre el brazo, continuó su pesquisa.

La casa era pequeña, de manera que en pocos instantes pudo recorrer todos sus aposentos y aún la bodega misma.

En parte alguna encontró un alma.

Era evidente que Ligia, Lino y Ursus, con todos los demás habitantes de esa parte de la calle, se habían puesto á salvo recurriendo á la fuga.

—Es menester que los busque entre la multitud que ya ha salvado las puertas de la ciudad,—pensó Vinicio.

No le sorprendió el no haberlos encontrado en la Vía Portuense, porque bien podrían haber huído del Trans-Tiber por el lado opuesto, á lo largo del Monte Vaticano.

En todo caso, por lo menos se habrían librado del fuego.

Parecióle que se le quitaba de encima un gran peso.

Ciertamente, comprendía el terrible peligro que habría rodeado á la fuga, pero le consolaba el pensar en las fuerzas sobrehumanas de Ursus.

—Es menester,—se dijo,—que me ponga en salvo y alcance hasta los jardines de Agripina, pasando por los de Domicio, en donde habré de encontrarlos. El humo no ha de ser tan denso allí, á causa del viento que sopla desde el Monte Sabino.

Y en verdad, era ya tiempo de que pensara en su propia salvación; pues el río de fuego afluía cada vez más hacia aquel punto desde la isla, y nuevas oleadas de humo cubrían ahora la calle casi por completo. El cirio de que se había servido para alumbrarse en el interior de la casa fué apagado por una corriente de aire.

Vinicio se precipitó hacia la calle y corrió con todas sus fuerzas en dirección á la Vía Portuense, por donde había venido.

El fuego parecía perseguirlo con su hálito quemante, ora envolviéndole en nuevas nubes de humo, ora cubriéndole de chispas que caían sobre sus cabellos, su cuello y sus vestidos. La túnica empezó á quemársele por varios puntos, de lo cual no hacía él caso, antes bien, seguía corriendo por temor de que le sofocara el humo. Sentía en la boca un sabor á humo y á hollín, y su garganta y pulmones parecía como si estuvieran abrasados por el fue-

go. Habíasele subido la sangre á la cabeza y por momentos veía todos los objetos, hasta el mismo humo, de color de fuego.

Luego pensó:

—¡Este es fuego vivo! ¡Preferible sería que me arrojase al suelo y me dejara morir!

Aquella carrera le torturaba más y más. Su cabeza, cuello y hombros hallábanse inundados de sudor, el cual lo escaldaba como agua hirviente. A no haber sido por el nombre de Ligia, que repetía en pensamiento, y por su *capitium*, que llevaba atado alrededor de la boca, habría caído al suelo. Algunos momentos después, ni aún pudo conocer la calle por donde iba corriendo. El sentido íbale abandonando paulatinamente; recordaba tan solo que era necesario correr, porque en el campo abierto situado al término de su carrera, le aguardaba Ligia, que le había sido prometida por el Apóstol Pedro.

Y de súbito se apoderó de él una especie de prodigiosa convicción, que casi tenía los caracteres de un delirio febril, y se asemejaba á una visión de las que preceden á la muerte.

Decíase que le era necesario verla, unirse á ella y luego morir.

Y seguía corriendo como un ebrio y tambaleándose desde un costado de la calle al otro.

Entretanto, verificóse un cambio en aquella monstruosa conflagración, que había abrasado la ciudad gigantea.

Todas las que hasta entonces habían sido tan sólo vislumbres de fuego parecieron estallar visiblemente y convertirse en un sólo mar de llamas; el viento había cesado ya de traer consigo nubes de humo á las que se habían acumulado en las calles fueron luego arrebatadas por un loco torbellino de aire quemante. Ese torbellino arrastraba consigo millones de chispas, de manera que Vinicio iba ahora corriendo como envuelto en una nube ígnea. Pero ello le permitía ver mejor su camino y un momento

después, casi cuando estaba ya próximo á caer, divisó cercana la esquina de la calle. Esto le infundió valor nuevamente. Dobló esa esquina y se encontró en una calle que conducía á la Vía Portuense y al Campo Codetano.

Las chispas dejaron ahora de rodearlo y comprendió que si podía llegar hasta la Vía Portuense, hallaríase en salvo, aún cuando se desmayara en seguida.

Al extremo de la calle distinguió una nueva nube de humo, que tal le pareció y que á primera vista cerraba allí el camino.

—Si eso es humo,—pensó,—no podré pasar.

Y prosiguió su carrera, llamando en su ayuda los últimos restos de su energía.

En el camino arrojó su túnica,—la cual, quemada por las chispas le estaba escaldando, como la túnica de Neso,—y conservó tan solo el *capitium* de Liguria alrededor de su cabeza y sobre la boca.

Cuando hubo corrido un poco más lejos, pudo ver que lo que había tomado por humo era una nube de polvo de entre la cual se levantaba un tumulto de voces y de gritos.

—La canalla se estará entregando al saqueo,—pensó Vinicio; pero siguió corriendo hacia el punto de donde procedían las voces.

En todo caso, allí habría gente que pudiera socorrerle.

Y alentado por esa esperanza, pidió auxilio con todas sus fuerzas antes de llegar hasta ellos.

Pero este fué su último y supremo esfuerzo.

Sintió que una nube roja pasaba por delante de sus ojos; faltó aire á sus pulmones y vigor á sus músculos y cayó al suelo. Pero le habían oído; mejor dicho, le habían visto.

Dos hombres acudieron llevando en las manos sendas calabazas llenas de agua.

Vinicio, que había caído al suelo desfallecido por agotamiento, pero sin perder los sentidos, apoderóse con am-

bas manos de una de las calabazas y vació la mitad de su contenido.

—Gracias,—dijo en seguida;—ponedme tan sólo de pie y podré seguir caminando.

El otro obrero le bañó la cabeza y ambos le alzaron del suelo y le condujeron hacia los demás, quienes le rodearon preguntándole si había sufrido seriamente. Esta solicitud sorprendió á Vinicio y preguntó:

—¿Quienes sois?

—Estamos aquí derribando casas, á fin de circunscribir el fuego, impidiendo así que alcance hasta la Vía Portuense,—contestó uno de los obreros.

—Habéis venido en mi auxilio cuando me faltaban ya las fuerzas. Os doy por ello las gracias.

—No nos está permitido el negar nuestra ayuda en caso alguno,—contestaron muchas voces.

Vinicio, que esa mañana desde muy temprano sólo había encontrado en su camino brutales turbas saqueadoras y asesinas, contempló con más atención los semblantes de las personas que le rodeaban y dijo:

—¡Que Cristo os premie!

—¡Alabado sea su nombre!—exclamó todo un coro de voces.

—¿Lino?—preguntó Vinicio.

Pero no le fué posible terminar su pregunta, ni escuchar la contestación, porque en seguida se desmayó á causa de las emociones experimentadas y del agotamiento de fuerzas. Sólo volvió en sí en el campo Codetano, y allí se encontró en un jardín, rodeado por algunos hombres y mujeres.

Las primeras palabras que dijo fueron:

—¿Dónde está Lino?

Por espacio de algunos momentos no hubo respuesta; luego una voz que Vinicio conocía, dijo de repente:

—Se fué hace dos días á Ostrianum por la Puerta Nomentana. ¡Que la paz sea contigo, oh rey de Persia!

Vinicio se incorporó entonces y vió á Chilo ante sus ojos.

—Tu casa se habrá incendiado ciertamente, ¡oh señor!
—dijo el griego;—porque el barrio de las Carenas se halla envuelto por las llamas; pero tú serás siempre tan poderoso como Midas. ¡Oh, qué desgracia!

Los cristianos, ¡oh hijo de Serapis! han predicho desde hace largo tiempo que el fuego destruiría la ciudad. Pero Lino, acompañado de la hija de Jove, se halla en Ostriannum. ¡Oh, qué desventura para Roma!

El joven sintióse desfallecer nuevamente. Luego preguntó:

—¿Los has visto tú?

—Si, señor. Doy gracias á Cristo y á todos los dioses por haberme concedido el corresponder á tus beneficios con esta buena noticia. Pero, ¡oh Cirol te he de pagar aún mejor, lo juro por esta Roma humeante!

Tocaba ya la tarde á su término; pero en el jardín veíase como de día claro, pues el incendio había seguido en aumento.

Parecía ya que no sólo se estaba quemando la ciudad en diversos puntos, sino en toda su extensión. El firmamento mirábase rojo á donde quiera que la vista alcanzaba. Y aquella noche se presentaba al mundo como una roja noche de infierno.

CAPÍTULO XLIV

La luz procedente de la monstruosa llama que envolvía la ciudad llenaba el horizonte hasta donde quiera que se tornase la mirada.

La luna se alzó grande y llena detrás de las colinas y pareció inflamada también por el fuego rojizo que la presentaba como una ascua de bronce.

Y parecía estar contemplando atónita la estupenda ruina de la ciudad que había gobernado al mundo.

En la inmensa bóveda del cielo, que á la sazón mostra

ba un tinte de color de rosa, brillaban encendidas las estrellas; pero, contra lo que sucedía habitualmente, ahora la tierra ostentaba fulgores más vívidos que los fulgores del cielo.

Roma, semejante á una pira gigantesca, iluminaba toda la Campania.

A los resplandores de aquella luz de color de sangre, mirábanse á lo lejos los montes y pueblos, las casas de campo, los templos y monumentos, y los acueductos que se extendían hacia ciudad desde las colinas adyacentes; sobre los acueductos había verdaderos enjambres de pueblo, que allí había encontrado su salvación ó acudido á contemplar el incendio.

Entretanto, el terrible elemento seguía abarcando nuevos barrios de la ciudad.

Imposible era abrigar dudas acerca del hecho de que había manos criminales encargadas de propagar el fuego, puesto que á cada instante veíase estallar nuevos incendios, aún en puntos situados á remota distancia del foco principal.

Desde las alturas sobre las cuales se hallaba Roma edificada, afluían las llamas cual ondas de la mar hácia los valles densamente ocupados por casas,—edificios de cinco y seis pisos llenos de tiendas, barracas, anfiteatros portátiles de madera destinados á representaciones de diverso carácter; y finalmente almacenes de leña, aceitunas, granos nueces, piñones,—fruto este último que servía para la alimentación de la mayor parte de la población menesterosa, —y vestidos, que por favor del César se repartían de tiempo en tiempo entre la plebe hacinada en las buhardas de las calles estrechas. Habiendo encontrado el fuego en esos sitios abundancia de materias inflamables, produjo una serie de explosiones é invadió calles enteras con increíble rapidez.

La gente acampada en las afueras de la ciudad ó sobre

los acueductos, podía distinguir por el color de la llama las sustancias que ingresaban á la combustión.

La furiosa violencia del viento arrastraba fuera de aquel ígneo golfo millares y millones de caldeadas cáscaras de nueces y de almendras, las cuales lanzadas de súbito al aire cual innumerables bandadas de brillantes mariposas, reventaban con múltiple estallido ó bien, arrastradas por el viento iban á caer á puntos lejanos de la ciudad; y sobre los acueductos y campiñas situadas más allá de Roma.

Toda idea de salvamento salía de los límites de lo posible; aumentaba la confusión de instante en instante, porque, mientras por una parte la población salía de la ciudad escapando por todas las puertas, por la otra el incendio había atraído á millares de individuos de las inmediaciones, habitantes de los pueblos pequeños, campesinos y pastores semisalvajes de la Campania, halagados por el aliciente del saqueo.

El grito de: «¡Roma perezca!» escuchábase á porfía en los labios de todo el mundo; la ruina de la ciudad parecía á la sazón haber puesto fin á todo gobierno y relajado los vínculos que hasta entonces habían unido al pueblo en una sola entidad.

La plebe, entre la cual abundaban más los esclavos, no se curaba en absoluto del señorío de Roma. Solamente la destrucción de la ciudad podía libertarles; de ahí que por todas partes viéraseles en actitud amenazante.

Y los actos de violencia, de robo y de saqueo se propagaban por doquiera, y parecía que el espectáculo de aquella ciudad que el fuego iba devorando, era á la sazón lo único que embargaba la atención pública, impidiendo por el momento el estallido asesino que habría de empezar tan pronto como la metrópoli quedara convertida en un montón de ruinas.

Centenares de miles de esclavos, olvidando que Roma, fuera de sus templos y de sus murallas, poseía algunas

decenas de legiones en todas partes del mundo, parecían estar tan sólo esperando una palabra de orden, una consigna y un caudillo.

Entre el pueblo empezaba á circular el nombre de Espartaco; pero Espartaco ya no existía: y entretanto los ciudadanos se reunían y armaban de cualquier manera. Las noticias más monstruosas é inverosímiles iban circulando por todas las puertas.

Declaraban algunos que Vulcano, por orden de Júpiter, estaba destruyendo la ciudad con fuego emanado del centro de la tierra; otros, que Vesta estaba así vengando la transgresión de Rubria.

Los individuos imbuídos en estas creencias no se preocupaban de salvar nada, sino que tomando por asalto los templos ibanse á implorar en ellos la compasión de los dioses.

Pero lo que más generalmente circulaba, era la versión de que el César había dado orden de quemar á Roma á fin de librarse de los olores que exhalaba el barrio del Suburra, y construir una nueva ciudad con el nombre de Neronia.

Y una violenta ira se apoderaba del populacho ante esta idea; de manera que si, como lo había pensado Vinicio, cualquier caudillo hubiera querido aprovecharse de esa explosión de odios, la hora postrera de Nerón habríase anticipado algunos años.

Decíase también por otros que el César estaba loco y que pronto vendría una orden suya dada á los pretorianos y gladiadores para que cayesen sobre el pueblo y en él hicieran una matanza general.

Otros juraban por los dioses que de orden de Barba de Bronce habíanse abierto á las fieras las puertas de todos los vivares de la ciudad.

Y había hombres que afirmaban haber visto por las calles á leones con las melenas encendidas y á elefantes y

bisontes enfurecidos, aplastando entre sus patas á la atemorizada multitud.

Alguna verdad había en estos decires, porque era efectivo que en algunos puntos de la ciudad los elefantes, á la vista del fuego que se aproximaba, habían forzado las puertas de los vivares y recobrando su libertad, precipitándose fuera de la zona del fuego, llenos de loco terror, destruyendo todo á su paso con la furia de un huracán,

Los rumores circulantes calculaban en decenas de miles el número de víctimas sacrificadas en aquella conflagración.

Y á la verdad que las víctimas habían sido numerosas. Muchas personas, después de haber perdido todos sus bienes, ó visto perecer á los seres más queridos, se arrojaban á las llamas, dominadas por la desesperación más horrenda.

Otros morían asfixiados por el humo.

En el centro de la ciudad, entre el Capitolio, por un lado, y el Quirinal, el Viminal y el Esquilino por el otro, como también entre el Palatino y el monte Celio, en donde las calles se hallaban ocupadas por una población más densa, el fuego había empezado en tantos puntos á la vez, que multitud de personas, al huir en una dirección, se encontraban inesperadamente detenidas por una nueva muralla de fuego que les cerraba el paso y morían de muerte horrible en medio de un diluvio de llamas.

Dominada por el terror, la perturbación y el frenesí, la gente no sabía hacia dónde escapar.

Las calles hallábanse obstruídas por verdaderos hacinaamientos de mercancías y efectos que en los lugares estrechos las cerraban por completo. Los que se habían refugiado en los mercados y plazas de la ciudad, donde se alzó después el Anfiteatro de Flavio, cerca del templo de la Tierra, del Pórtico de Silvia, y más arriba, en los templos de Juno y de Lucinia, entre el *Clivus Virbius* y la antigua

puerta Esquilina, perecieron abrasados por un mar de fuego.

En lugares hasta donde no habían alcanzado las llamas se encontraron después centenares de cuerpos quemados hasta la carbonización. Aquí y allí había habido desgraciados que habían arrancado parte del pavimento enterrándose á medias para defenderse contra el fuego.

Casi ninguna familia de las que habitaban en el centro de la ciudad sobrevivió con todos sus miembros al infausto suceso; de ahí que á lo largo de las murallas, en las puertas y por todos los caminos dejábanse oír los desesperados alaridos de las mujeres que llamaban con tiernos nombres á los que habían perecido atropellados por la multitud ó devorados por el fuego.

Y así, en tanto que algunos imploraban á los dioses, otros blasfemaban de ellos á causa de la espantosa catástrofe.

Y veíanse ancianos que venían hacia el templo de Júpiter Liberator, alzaban los brazos y exclamaban:

—«¡Si eres libertador, salva tus altares y salva á la ciudad!»

Pero la desesperación imprecatoria del pueblo se volvía principalmente hacia los antiguos dioses romanos, quienes, en el sentir del populacho, hallábanse obligados á velar por la ciudad con más solicitud que los otros númenes y habían resultado impotentes; de ahí que sobre ellos llovieran las injurias.

Por otra parte, había sucedido en la Vía Asinaria que al mostrarse una compañía de sacerdotes egipcios conduciendo la estatua de Isis, que acababan de salvar de un templo cercano á la puerta Celimontana, una multitud de pueblo se precipitó hacia ellos, se unció al carro, que condujo hacia la Puerta Apia y apoderándose de la estatua la colocó en el templo de Marte, atropellando y derribando á los sacerdotes de esta deidad que se atrevieron á hacerles resistencia.

En otros puntos el pueblo invocaba á Serapis, á Baal ó á Jehová, cuyos adherentes salidos de todas las callejuelas situadas en las inmediaciones del Suburra y del Trans-Tíber ensordecían con sus gritos las campiñas cercanas á los muros.

En medio de esos gritos dejábanse oír unas como exclamaciones de triunfo; y cuando algunos de los ciudadanos vinieron á unirse á este coro y á glorificar al «Señor del mundo,» otros indignados ante estas voces de júbilo, intentaban sofocarlas por medio de la violencia.

Aquí y allí escuchábanse también algunos himnos cantados por hombres que se hallaban en la flor de la vida, por ancianos, por mujeres y niños, himnos admirables y solemnes, cuya significación no comprendían los demás, pero en los cuales veíanse repetidas de momento en momento las palabras siguientes:

—«¡Hé ahí que viene el juez en el día de la ira y del desastre!»

Y todas estas inquietas, desveladas, afligidas y turbulentas multitudes rodeaban la ciudad incendiada como un océano agitado en plena tempestad.

Pero, ni su desesperación, ni sus blasfemias, ni sus himnos daban resultado alguno.

La destrucción parecía tan irresistible, completa, implacable y fatal como el destino. Cerca del Anfiteatro de Pompeyo el fuego alcanzó á unos depósitos de cáñamo y de las cuerdas que se empleaban en los circos y arenas, junto con todas las maquinarias de que hacían uso en los juegos públicos y con aquellos edificios adyacentes en los cuales se contenían barriles de pez para embrear las cuerdas.

Al cabo de unas pocas horas, toda aquella parte de la ciudad más adelante de la cual estaba situado el Campo de Marte, vióse iluminada por una gran llama roja, tan brillante, que por momentos pareció á los espectadores casi desatentados por el terror, que en medio de aquella

universal ruina se había trastornado hasta el orden de la naturaleza, vuéltose la noche día, y que ese fulgor extraño era la luz del sol.

Pero un poco después un monstruoso resplandor sanguinolento vino á sobreponerse á todos los demás fulgores de las llamas policromas.

Desde aquel mar de fuego lanzábanse hacia la incendiada atmósfera gigantescas fuentes y columnas ígneas, las cuales en sus cúspides se fraccionaban y extendían formando caprichosamente unas como ramas ó plumas de fantásticos y múltiples aspectos. Llevábalas en seguida el viento transformadas en cintas, hilos y chispas de oro, barriéndolas luego por sobre la Campania y en dirección á los Montes Albanos.

La noche hizose más clara; el aire mismo parecía, por decirlo así, como impregnado de la fulgurante diafanidad de la luz y del intenso calor de las llamas,

El Tíber diríase que arrastraba en sus aguas metales en ignición.

La desventurada ciudad, en suma, se hallaba convertida en un verdadero caos.

Y el incendio seguía propagándose más y más, tomaba los montes por asalto, inundaba las llanuras, cubría los valles, y se enfurecía, y rugía, y atronaba.

CAPÍTULO XLV

Macrino, un tejedor á cuya casa fué trasladado Vinicio, le bañó y le dió vestidos y alimentos. Cuando el joven hubo recobrado por completo las fuerzas, declaró que se proponía seguir buscando á Lino aquella misma noche.

El tejedor, que era cristiano, confirmó las noticias de Chilo, y dijo á Vinicio que Lino habíase ido en unión de Clemente, el prelado superior, á Ostrianum, en donde Pe-

dro debía bautizar á una multitud de confesores de la nueva fe.

En ese barrio de la ciudad, sabíase por los cristianos, que Lino había dejado desde hacía dos días á un cierto Gayo á cargo de su morada.

Para Vinicio ésta era una prueba de que ni Ligia ni Ursus habían quedado en la casa, y de que ellos también habrían partido para Ostrianum.

Y esta idea le confortó sobremanera.

Lino era un anciano para quien sería difícil caminar diariamente hasta la distante Puerta Nomentana y luego regresar al Trans-Tíber; de ahí el que fuera probable que durante esos días se hospedase fuera de las murallas en casa de algún correligionario y en compañía de Ligia y de Ursus.

Y así habrían escapado del incendio, el que en general, no había alcanzado, hasta la opuesta ladera del Esquilino.

Vinicio veía en todo esto, la mano providencial de Cristo velando sobre él, y su corazón rebosaba más que nunca, amor y gratitud. Y protestaba desde lo íntimo de su alma de que sabría pagar aún cuando fuese con la propia vida tan evidentes señales de protección.

Pero eso le impedía con mayor premura á dirigirse á Ostrianum.

Quería encontrar á Ligia, y á Lino, y á Pedro; y llevarselos lejos, muy lejos, á una de sus propiedades, á Sicilia, si posible fuera.

Que se quemara Roma entretanto; al cabo de unos cuantos días, no sería la ciudad sino un montón de escombros. ¿A qué permanecer, entonces, como espectadores de tamaño desastre, y en medio de un populacho enfurecido?

En sus tierras, multitud de esclavos obedientes les protegerían, y allí encontraríanse en medio de la tranquilidad del campo y viviendo en paz, bajo el ala de Cristo y la bendición de Pedro.

—¡Oh, si pudiera hallarlos al punto!
Pero no era esta una empresa fácil.

Recordaba Vinicio las dificultades que se le habían presentado para llegar desde la Vía Apia al Trans-Tíber, y cómo habíase visto en la necesidad de hacer un rodeo á fin de alcanzar hasta la Vía Portuense.

Decidióse, por lo tanto, á rodear también ahora la ciudad en dirección contraria á la que entonces tomara. Yendo por la *Vía Triumphatoris*, sería posible llegar hasta el puente Emilio, seguir á lo largo del río, pasar de allí al Monte Pincio, todo el Campo de Marte,—por fuera de los jardines de Pompeyo, Lúculo y Salustio,—y abalanzarse por fin, aún cuando fuese á empellones, á la Vía Nomentana.

Sería ese el itinerario más corto; pero Chilo y Macrino le aconsejaron que no lo siguiera.

Ciertamente el fuego no había devorado aún esa parte de la ciudad; pero era posible que todas las plazas, los mercados y calles se hallaran completamente obstruidos por el pueblo y por los efectos y mercancías en ellos amontonados.

Chilo fué de opinión que emprendiera más bien su camino por el Campo Vaticano hasta la Puerta Flaminia, cruzara el río en ese punto y prosiguiese desde allí por fuera de las murallas más allá de los jardines de Acilio, á la Puerta Salaria.

Vinicio, después de un momento de vacilación, asintió á este consejo.

A Macrino érale imposible acompañarle, pues debía permanecer al cuidado de su casa; pero le proporcionó dos mulas que también habrían de servir á Ligia en un viaje ulterior.

Quiso darle asimismo un esclavo; mas Vinicio no lo aceptó, creyendo que el primer destacamento de pretorianos que encontrara en su camino se habría de poner á sus órdenes.

Pronto, pues, él y Chilo se pusieron en marcha atravesando el *Pagus Janiculensis* (1) para llegar hasta la Vía Triunfal.

Allí había también vehícalos, en los sitios abiertos; pero lograron pasar al través de ellos con poca dificultad, pues, la mayor parte de los habitantes habían huído por la Vía Portuense con dirección al mar.

Más adelante de la Puerta Septimia siguieron entre el río y los espléndidos jardines de Domicio; los altos cipreses veíanse allí rojos por el incendio, cual si los iluminara el fulgor de un sol vespertino.

Luego fué haciéndose el camino más y más despejado, y por momentos, sólo tenían ambos ginetes que luchar contra la corriente de los campesinos que venían en sentido opuesto.

Vinicio espoleaba incesantemente á su mula, mientras Chilo, que le seguía muy de cerca, iba casi todo el tiempo hablando consigo mismo. Y así discurría.

—Bien: ya hemos dejado atrás el fuego, que ahora nos viene calentando las espaldas. Jamás ha estado mejor alumbrado este camino durante la noche. ¡Oh, Zeus! Si no envías pronto sobre ese fuego torrentes de lluvia, menester será confesar que ya no tienes amor á Roma. Porque el poder de los hombres no ha de alcanzar para extinguir esas llamas.

¡Esta es la ciudad de la cual Grecia y el mundo entero dependían! Y ahora el primer griego que pase delante de ella puede tostar judías en sus escombros. ¿Quién lo hubiera pensado?

Y ahora también ya no existirá una Roma ni gobernantes romanos. Quienquiera que desee hollar sus cenizas cuando éstas se hayan enfriado, y pasar silbando sobre ellas, podrá hacerlo ya sin el menor peligro. ¡Oh, dioses! ¡Silbar sobre una ciudad que ha sido la señora del mun-

(1) Pago, aldea, lugar, pueblo corto.—La aldea de Janículo.

do! ¿Qué griego, ni mucho menos qué bárbaro, p' do jamás esperar esto?

Y en cuanto á los silbidos, ello no tiene vuelta de hoja; porque un montón de cenizas, ora proceda del humilde hogar de un pastor, ora de una ciudad incendiada, nunca será otra cosa que un montón de cenizas, que más tarde ó más temprano ha de aventar el aire.

Y al paso que tal decía, volvíase de tanto en tanto hacia el incendio y contemplaba las hondas llameantes con una expresión llena de malicia y complacencia.

—¡Y perecerá! ¡Y perecerá!—continuaba diciendo,—y no volverá jamás á levantarse sobre la faz de la tierra. ¿Dónde mandará el mundo ahora su trigo, sus aceitunas y sus tesoros? ¿Quién la estrujará en adelante á la vez oro y lágrimas? El mármol no se quema, pero se desmorona al fuego. Y el Capitolio se ha de convertir en polvo, y polvo se ha de volver también el Palatino. ¡Oh, Zeus! Roma ha sido una especie de pastor, y las demás naciones las ovejas. Cuando el pastor sentía hambre, mataba una oveja, comíase la carne y á tí, ¡oh, Padre de los dioses! ¡ofrecía lapíel! Y ahora, ¿quién, ¡oh, tú, nubífero potente! se encargará de esas matanzas y en qué manos pondrás el látigo del pastor? Porque Roma está ardiendo, ¡oh, Padre! tan completamente como si le hubieras fulminado uno de tus rayos?

—¡Apresúrate!—gritó en ese momento Vinicio;—¿qué estás haciendo ahí?

—¡Señor, estoy llorando sobre las ruinas de Roma, la ciudad do Jovel

Durante algún tiempo siguieron caminando en silencio, atentos á los retumbos del incendio y al batir de alas de las aves. Porque á la sazón una multitud de palomas,—que tenían sus nidos en las casas de campo y en pequeños de la Campania,—y también toda clase de aves procedentes de las orillas del mar y de las montañas circunvecinas, confundiendo acaso los resplandores del incendio con la

luz del sol, volaban por bandadas y ciegamente, hacia el foco igneo.

Vinicio fué quien primero interrumpió el silencio diciendo:

—¿Dónde te encontrabas, cuando estalló el incendio?

—Me dirigía á casa de mi amigo Euricio, quien tenía una tienda cerca del Circo Máximo, y precisamente me hallaba meditabundo acerca de las enseñanzas de Cristo, cuando unos hombres empezaron á gritar: «¡Fuego!»

La gente se reunió entonces alrededor del Circo, lo abrazaron por completo y se las vió aparecer además en otros puntos á la vez, todo el mundo vióse precisado á pensar en su propia salvación.

—¿Viste á los individuos que arrojaban antorchas encendidas dentro de las casas?

—¡Qué no he visto yo, ¡oh, nieto de Eneas! Ví á muchos que se abrían paso espada en mano por entre la multitud; y he presenciado combates, y he visto las entrañas de los combatientes pisoteadas en el pavimento! ¡Ah, si de tal cosa hubieras tú sido testigo, te abrías imaginado que los bárbaros acababan de tomarse la ciudad y la estaban pasando á cuchillo!

Muchos gritaban que había llegado el fin del mundo. Algunos perdieron la cabeza por completo, y en medio de su torpor olvidábanse de huir y aguardaban estúpida-mente hasta que las llamas hacían presa en ellos. Unos quedaban como anonadados, otros daban alaridos desgarradores, y hasta había quienes lanzaban gritos de alborozo.

¡Oh, señor! Existen muchas malas gentes en el mundo, que no saben estimar en su valor los beneficios de vuestro suave gobierno, y esas justas leyes, en virtud de las cuales, tomáis de los demás lo que poseen para dároslo á vosotros mismos. Esas gentes, ya lo véis, no se conforman con la voluntad de Dios!

Vinicio hallábase demasiado absorto en sus propios

pensamientos para hacer alto en la ironía que palpitaba en las palabras de Chilo.

Un estremecimiento de horror habíase apoderado de todo su cuerpo ante la simple idea de que Ligia hubiera podido encontrarse en medio de aquel caos, en alguna de esas terribles calles en que se pisoteaban las entrañas de los vencidos. De ahí que, aún cuando había pedido por lo menos diez veces á Chilo, le refiriese todo cuanto pudiera saber, volvióse ahora de nuevo hacia él y le preguntó:

—Pero, dime: ¿los viste en Ostrianum con tus propios ojos?

—Los he visto, sí, ¡oh, hijo de Venus! Ví á la doncella, al buen ligur, al santo Lino y al Apóstol Pedro.

—¿Antes del incendio?

—Antes del incendio, sí; ¡oh Mitra!

Peró en ese instante, surgió en el ánimo de Vinicio la duda de si Chilo estaría diciendo verdad ó engañándole. Y entonces refrenó la mula para acercarse más al viejo griego, y mirándole con aire amenazador:

—¿Qué estabas haciendo allí á la sazón?

Esta pregunta confundió á Chilo.

Cierto era que á él, como á muchos, antojábasele que con la ruina de Roma vendría también el fin de la dominación romana. Pero hallábase frente á frente de Vinicio; y recordaba que el joven soldado le había prohibido, so pena de terribles castigos, que espíase á los cristianos, y en especial á Lino y á Ligia.

—Señor,—dijo luego, ¿por qué no quieres creer que los amo? Y así es. Y yo estuve en Ostrianum porque soy casi cristiano ya. Pirrón me ha enseñado á estimar la virtud en más alto grado que la filosofía; de ahí que de día en día me apegue más á las personas virtuosas. Por otra parte, soy pobre; y cuando tú, ¡oh, Jove! te hallabas en Ancio, con frecuencia padecí hambres sobre mis libros. Así, pues, he solido sentarme delante de la muralla de Ostrianum,

porque los cristianos, aunque pobres, distribuyen más limosnas que todos los demás habitantes juntos.

Esta explicación pareció suficientemente plausible á Vinicio, quien preguntó entonces con menos severidad:

—¿Y no sabes dónde vive Lino al presente?

—Tú me hiciste aplicar en una ocasión, riguroso castigo por mi curiosidad,—replicó el griego.

Vinicio calló entonces y prosiguió su camino.

—¡Oh, señor!—dijo Chilo después de algunos momentos, —á no ser por mí tú no habrías encontrado á la doncella, y si ahora la encontramos nuevamente, espero que no olvides á tu desvalido sabio.

—Recibirás una casa con una viña en America.

—Gracias te sean dadas. ¡oh, Hércules! ¿Con una viña? ¡Gracias, mil gracias! ¡Oh, sí! que tenga viña!

A la sazón, iban por el Monte Vaticano, que se veía iluminado por los fulgores rojizos del incendio; pero más adelante de la Naumaquia torcieron á la derecha, de manera, que apenas pasaran el Campo Vaticano, llegarían al río, y después de atravesarlo, se dirigirían á la Puerta Flaminia. De repente, Chilo, refrenó su mula y dijo:

—Se me ocurre una feliz idea, señor.

—¡Habla!—dijo Vinicio.

—Entre el Janículo y el Monte Vaticano, detrás de los jardines de Agripina, existen unas excavaciones, de las cuales, se ha estado extrayendo piedras y arena para construir el circo de Nerón.

Pues bien, escúchame, señor. Hace poco, los judíos, de los cuales, como tú sabes, hay un gran número en el Trans-Tíber, han empezado de nuevo á perseguir cruelmente á los cristianos. Recordarás que en tiempo del divino Claudio hubo tales disturbios, que el César vióse obligado á decretar la expulsión de los israelitas de Roma.

Y ahora que han vuelto, y que gracias á la protección de la Augusta, se sienten seguros, han tornado á molestar á los cristianos de más insolente manera. Yo sé esto, por-

que lo he presenciado. Ningún edicto ha sido aún promulgado en contra de los cristianos; pero los judíos se quejan continuamente al prefecto de la ciudad de que los confesores de Cristo asesinan infantes, adoran un asno, y predicán una religión que el Senado no ha reconocido.

Y les maltratan y atacan sus casas de oración, de manera tan enconada, que los cristianos se ven obligados a ocultarse.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Vinicio.

—Esto, señor: que las sinagogas existen abiertamente en el Trans Tíber; pero que los cristianos, en su deseo de evitar las persecuciones, se ven obligados á orar en secreto y á reunirse en sotechados ruinosos fuera de la ciudad, ó en los arenales. Los que viven en el Trans Tíber han escogido precisamente el sitio donde se han hecho las excavaciones para la construcción del Circo, y varias casas situadas á lo largo del río.

Pues bien, ahora que la ciudad parece, los cristianos están orando. Se halla fuera de duda el que hemos de encontrar un número considerable de ellos en la excavación; así, pues, opino que nos detengamos allí cuando estemos cerca.

—¡Pero tú me has dicho que Lino se había ido á Ostia-num!—exclamó Vinicio con impaciencia.

—Pero tú me has prometido una casa con viña en Ameria,—contestó Chilo—y por esa razón deseo buscar á la doncella don'te espero haya de encontrarse. Porque ellos pueden haber vuelto al Trans Tíber después de estallado el incendio. Pueden haber salido de la ciudad, rodeándola tal como lo estamos haciendo nosotros en este momento. Lino tiene una casa y es muy posible asimismo que haya deseado encontrarse próximo á ella, con el fin de ver si el fuego ha abarcado también esa parte de la ciudad.

Así, pues, si han regresado te juro por Proserpina que los hemos de encontrar orando en las excavaciones ó que,

en el peor de los casos, allí sabremos noticias exactas de lo que á él se refiere.

—¡Tienes razón; llévame allí!—dijo entonces el tribuno.

Chilo al oír estas palabras torció sin vacilar á la izquierda, en dirección al monte.

Por espacio de algunos momentos la ladera de éste ocultó el incendio á la vista de ambos, de modo tal, que aun cuando las alturas cercanas destacábanse en la zona de la luz, Vinicio y Chilo se encontraron ahora en la sombra.

Cuando hubieron pasado el Circo, torcieron de nuevo á la izquierda y penetraron en una especie de pasaje completamente obscuro. Pero en medio de esa lobreguez vió el joven brillar muchísimas linternas.

Allí están,—dijo Chilo.—Habrà hoy mayor número de ellos áue nunca, porque los demás oratorios han sido consumidos por las llamas ó se encuentran llenos de humo, como todo el Trans-Tiber.

—Así es,—dijo Vinicio;—ya oigo sus cánticos.

Y en efecto, el ruido de las voces de los que cantaban llegaba á la sazón hasta el monte desde aquella lóbrega abertura y las linternas desaparecían tras ella una después de otra.

Y desde los pasajes laterales, nuevas formas ibanse dejando ver continuamente, de manera que al cabo de algún tiempo ¡Vinicio y Chilo se encontraron en medio de una gran reunión de individuos.

Chilo se deslizó de su mula y haciendo señas á un muchacho que allí cerca se hallaba sentado, le dijo:

—Soy sacerdote de Cristo y obispo. Quédate á cargo de nuestras mulas; recibirás mi bendición y te serán perdonadas tus culpas.

Y luego, sin aguardar contestación, puso en las manos del muchacho las riendas de ambas mulas y en unión de Vinicio se incorporó á la multitud que avanzaba.

Penetraron á la excavación al cabo de algunos momen-

tos y fueron adelantándose al través del obscuro pasaje y al favor de la tenue luz de las linternas, hasta llegar á una espaciosa cavidad subterránea, de la cual era notorio que se habían extraído piedras, porque las murallas hallábanse formadas de fragmentos cortados recientemente.

Allí notábase más claridad que en el corredor porque, fuera de los cirios y linternas, había encendidas algunas antorchas. A la luz de éstas vió el joven tribuno toda una multitud de pueblo arrodillado y con las manos levantadas en alto.

No estaban allí ni Ligia ni el Apóstol Pedro, ni Lino, pero le rodeaban rostros en que se advertía un aire solemne y lleno de emoción. En algunos de ellos veíanse pintada la alarma ó la expectación; en otros la esperanza.

La luz se reflejaba en las córneas de sus ojos alzados hácia el cielo; la transpiración corría por sus frentes pálidas; algunos entonaban himnos, otros repetían febrilmente el nombre de Jesús y otros golpeábanse con fervor el pecho.

Era evidente que aguardaban de un momento á otro algún suceso extraordinario.

Entretanto, cesaron los himnos y por sobre toda aquella reunión, dentro de una concavidad ó nicho formado por la remoción de una enorme piedra, dejóse ver Crispo,—á quien Vinicio ya conocía,—con el semblante pálido y severo y el aire de un fanático semi-déirante.

Todas las miradas volviéronse á él y en los semblantes todos se pintó el anhelo de escuchar palabras de consolación y de esperanza. Y después de haber bendecido á los presentes empezó á hablar así con voz precipitada, casi tonante:

—¡Llorad vuestras culpas, porque ha llegado la hora! ¡Ved cómo el Señor ha enviado sus llamas destructoras sobre la nueva Babilonia, sobre la ciudad del desenfreno y del crimen! Ha llegado el día del juicio, y la hora de la ira y el aniquilamiento. Más no vendrá ya como el Corde-

ro que su sangre ofreció por vuestras culpas, sino como un tremendo juez que en sus fallos habrá de arrojar á los incredulos y á los culpados al abismo. ¡Ay del mundo, ay de los pecadores! ¡No habrá misericordia para ellos.

¡Te estoy viendo! ¡oh Cristo! Lluvias de estrellas están cayendo sobre el orbe, obscurécese el sol, ábrense las entrañas de la tierra, levántanse los muertos de sus tumbas, y tú avanzas al son de las trompetas, rodeado por legiones de ángeles y en medio de truenos y relámpagos. ¡Te estoy viendo y oyendo! ¡Oh Cristo!

En seguida guardó silencio y alzando la vista pareció penetrar en las perspectivas distantes y tremendas del futuro.

En ese momento un sordo rumor dejóse oír en el subterráneo una, dos, tres, diez veces.

En la incendiada ciudad calles enteras de edificios parcialmente devorados ya por las llamas empezaron á desplomarse con gran fracaso.

Y la mayor parte de los cristianos tomaron aquel estrépito como signo patente de que la hora terrible se aproximaba. La fé en el pronto advenimiento de Cristo por segunda vez, generalizábase entre ellos, especialmente ahora que la destrucción de la ciudad había venido á fortalecer esa creencia.

Y el terror se apoderó de todos los presentes. Muchas voces repetían á la vez: «¡Ha llegado el día del juicio!»

Otros cubríanse el rostro con las manos, imaginando que la tierra iba á ser sacudida desde sus cimientos, que las fieras del infierno iban á precipitarse fuera por entre aberturas abismales y arrojarse furentes sobre los pecadores.

Algunos clamaban: «¡Cristo, ten piedad de nosotros! ¡Redentor del hombre, ten misericordia de nosotros!» Otros confesaban sus culpas á voces, los de más allá se arrojaban en los brazos de sus amigos á fin de tener cerca de sí algún corazón compasivo en la hora de la prueba.

Pero también había rostros en que se veía pintado una especie de celestial arrobamiento, rostros cuya sonrisa tenía una expresión extraterrena y que no demostraban ni el más leve temor.

En algunos puntos dejábase oír exclamaciones de individuos que en medio de sus transportes religiosos habían empezado á decir en alta voz palabras desconocidas en idiomas extranjeros.

Alguien que se hallaba en un rincón obscuro exclamó: «¡Despertad los que dormís!»

Y por sobre todas las voces descollaban las de alarma que daba Crispo: «¡Velad y orad! ¡Velad y orad!»

Por momentos, empero, sobrevenía un silencio expectante, cual si todos á la sazón estuvieran conteniendo el aliento en sus pechos y aguardando lo que habría de llegar.

Y entonces tornaban á escucharse los distantes estallidos de los escombros de la ciudad al desplomarse, después de lo cual volvían también á oírse gemidos y exclamaciones;

—¡Renuncia á las riquezas de la tierra; porque en breve la tierra faltará á tus pies! Renuncia á los amores terrenos, porque el Señor habrá de condenar á los que amen más que á El, á la mujer, á la hija! ¡Ay del que haya amado más á la criatura que al Creador! ¡Ay de los ricos! ¡Ay de los lujuriosos! ¡Ay de los disolutos! ¡Ay del esposo, de la esposa, de la hija!

De pronto un estruendo mayor que todos los que le habían precedido pareció sacudir de un extremo á otro la cantera.

Todos cayeron con los rostros en tierra y extendieron los brazos en forma de cruz, como para ahuyentar con esa señal á los espíritus malignos.

Sucediose un silencio en medio del cual solo escucháronse alientos jadeantes, susurros llenos de terror, voces de: «¡Jesús, Jesús, Jesús!» y llantos infantiles.

En ese propio instante una voz tranquila se alzó por sobre aquella prosternada multitud.

—¡Qué la paz sea con vosotros! —dijo.

Era la voz de Pedro el Apóstol, que acababa de penetrar en el subterráneo.

Al escuchar su sonido, el terror de los circunstantes disipóse al punto, cual sucede en un disperso rebaño al ver llegar á su pastor.

Empezó la gente á levantarse del suelo y los que estaban más próximos á Pedro arrodilláronse en derredor suyo, cual si buscaran protección bajo su ala. El extendió sobre ellos las manos y dijo:

—¿Porqué perturba el temor vuestros corazones? Quién de vosotros podría decir lo que haya de suceder antes de que llegue la hora? El Señor ha castigado á Babilonia mandando sobre ella el fuego de su indignación santa; pero su misericordia se extenderá á todos los que se hayan visto purificados por el bautismo; y vosotros, cuyos pecados han sido redimidos por la sangre del Cordero, moriréis con su nombre en vuestros labios. ¡Sea la paz con vosotros!

Después de las terribles y despiadadas palabras de Crispo, las de Pedro cayeron como un bálsamo consolador sobre todos los presentes.

En vez del miedo á Dios, el amor á Dios tomó posesión de sus espíritus.

Y aquellas gentes volvieron así á encontrar al Cristo á quien habían aprendido á amar siguiendo las enseñanzas y escuchando las narraciones del Apóstol: al Cristo que no era un juez inhumano, sino un manso y paciente Cordero, cuya misericordia sobrepujaba de manera inconmensurable á la iniquidad del hombre.

Una especie de sensación de alivio pareció entonces apoderarse de toda la concurrencia; y la tranquilidad, unida al reconocimiento para con el Apóstol, llenó sus corazones.

De varios puntos empezaron á oirse voces de «¡Somos tus ovejas, guíanos!»

Los que se hallaban más próximos á él decían: «¡No nos abandones en la hora del desastre!»

Y se arrodillaban delante de él; viendo lo cual Vinicio, acercóse, tomó la orla de su manto é inclinándose le dijo:

—¡Sálvame, señor! La he buscado entre el humo del incendio y en medio del torbellino de la multitud, sin hallarla en parte alguna; pero creo que tú puedes restituirmela.

Pedro puso la mano sobre la cabeza del tribuno y le dijo:

—Ten confianza y ven conmigo.

CAPÍTULO XLVI

Entre tanto seguía ardiendo la ciudad.

El Circo Máximo se hallaba convertido en un montón de ruinas! Calles enteras y callejuelas, en los puntos por donde había estallado el incendio, empezaban á derrumbarse á su turno. Después de cada fracaso alzábanse hacia el firmamento sendas columnas de fuego.

El viento había cambiado y soplabá ahora con impetuosa fuerza desde el mar, llevando hacia los Montes Celio, Esquilino y Viminal ríos de llamas, tizones y cenizas.

Por fin las autoridades había dictado providencias tendentes al salvamento.

Por orden de Tigelino, que se había apresurado á venir de Ancio al tercer día, empezaron á derribar los edificios del Esquilino, á fin de que el fuego, al llegar á espacios abiertos, se extinguiera por sí solo.

Y eso estaba llevándose á efecto simplemente para salvar los restos de la ciudad; porque no podía ni pensarse en el salvamento de lo que estaba ardiendo.

Y era necesario también ponerse en guardia contra los resultados ulteriores de aquella ruina. En ella acababan

de perecer incalculables riquezas; todas las propiedades de los ciudadanos de Roma habían quedado reducidas á cenizas y centenares de miles de individuos vagaban errantes en la mayor miseria por fuera de las murallas.

El hambre empezó á morder las entrañas de las multitudes desde el segundo día de la catástrofe, pues en ella habíanse consumido las inmensas cantidades de provisiones almacenadas en la ciudad.

En medio del universal desorden y de la desaparición de las autoridades, nadie pensó en nuevos suministros.

Solamente después de llegado Tigelino se comunicaron á Ostia las órdenes del caso; entre tanto las turbas habíanse hecho más y más amenazadoras.

La casa situada en Acqua Apia, en donde Tigelino se hallaba momentáneamente hospedado, veíase rodeada por multitud de mujeres que de la mañana á la noche gritaban: «¡Pan y techo!»

En vano los pretorianos, traídos desde el gran campamento situado entre las Vías Salaria y Nomentana, se esforzaban por mantener de algún modo el orden, pues encontrábanse por doquiera con una abierta resistencia armada.

En diversos puntos, grupos de gente inerme señalaban la ciudad ardiendo y gritaban: «¡Matadnos á la luz de ese incendio!»

E injuriaban al César, á los augustianos y á los pretorianos, y el tumulto crecía de momento en momento, de tal manera que Tigelino, al contemplar durante la noche los millares de incendios que iluminaban los alrededores de la ciudad, decíase á sí mismo que aquéllos semejaban los fuegos de enemigos campamentos.

Además de una enorme cantidad de harina, hizo venir todo el pan que fué posible obtener, no sólo desde Ostia, sino desde todos los pueblos y aldeas circunvecinas.

Y cuando llegó durante la noche al Emporium (Mercado) el primer suministro, el pueblo derribó la puerta prin-

cipal que daba al Aventino y se apederó en un abrir y cerrar de ojos de todas las provisiones, en medio de un tremendo desorden tumultuario.

A la luz del incendio luchaban encarnizadamente por los panes, muchos de los cuales caían al suelo y eran pisoteados.

La harina de los sacos rotos blanqueaba como nieve sobre todo el espacio comprendido desde los graneros hasta los Arcos de Druso y Germánico.

Y aquel desordenado saqueo continuó hasta que los soldados se apoderaron del edificio y dispersaron á la muchedumbre, disparando sobre ella con flechas y otros proyectiles.

Nunca, desde la invasión de Roma por los galos á las órdenes de Breno, había presenciado la ciudad un desastre más completo.

El pueblo, en medio de su desesperación, comparaba aquellas dos conflagraciones. Pero en la época de Breno, el Capitolio había permanecido en pie y ahora veíase rodeado de un horrendo círculo de fuego. Cierto es que los mármoles no ardían; pero durante la noche, cuando el viento desviaba por instantes el curso de las llamas, veíanse las columnatas del vasto santuario de Jove rojas como carbones encendidos.

Además, en los días de Breno, la ciudad hallábase habitada por un pueblo homogéneo, de costumbres ordenadas, adicto á la ciudad y á sus altares; mientras que ahora vagaban y se agitaban en torno á las murallas de la incendiada Roma grupos tumultuarios de un pueblo poliglota y nómada, compuesto en su mayor parte de esclavos y libertos, grupos exaltados, turbulentos y dispuestos, ante la presión de la necesidad, á volverse contra Roma y su poder.

Mas la propia inmensidad del incendio que llevaba el

pavor á todos los corazones, tenía desarmada en cierto modo á la multitud.

Después del fuego podrían sobrevenir el hambre y las epidemias, pues para completar aquel cuadro de infortunios, empezaban ya los terribles calores del mes de Julio.

Haciase imposible respirar el aire, inflamado á la vez por el incendio y por los rayos del sol.

La noche, lejos de traer el menor alivio, presentaha, por el contrario, todas las perspectivas de un verdadero infierno.

Y en el día era horrendo y ominoso el espectáculo que la vista deslumbraba.

En el centro, la gigantesca ciudad de las colinas mirábase convertida en un volcán rugiente; en los alrededores, y hasta los Montes Albanos, divisábase un campamento interminable, compuesto de cobertizos, tiendas, barracas, vehículos, fardos, líos, rimeros, fogatas; todo ello cubierto de nubes de polvo y de humo, iluminado por los rayos del sol enrojecidos al atravesar las capas famosas; y todo ello también poblado de voceríos, gritos, amenazas, imprecaciones de odio y alaridos de terror, que en medio de aquel caos lanzaban multitud de hombres, niños y mujeres en híbrido y monstruoso enjambre.

Mezclados y confundidos con los quirites veíase á griegos, á toscos hombres del norte de cabelleras hirsutas y azules ojos, y africanos, y asiáticos; y entre los ciudadanos había esclavos, libertos, gladiadores, mercaderes, artesanos, sirvientes y soldados: un verdadero mar de gente que afluía por los alrededores de la isla del fuego.

Diversos rumores y noticias agitaban este mar de seres humanos, cual agitaría el viento las ondas de un mar verdadero.

Estas noticias eran alternativamente favorables ó adversas. Hablábase de una inmensa provisión de trigo y vestidos que debía llegar al Emporium, para ser distribuída gratuitamente al pueblo.

Decíase también que por orden del César las provincias del Asia y del Africa serían despojadas de todas sus riquezas y los tesoros así adquiridos se repartirían á los habitantes de Roma, á fin de que cada uno pudiera construir su propia casa.

Pero al mismo tiempo circulaba el rumor de que había sino envenenada el agua de los acueductos y decíase que Nerón abrigaba el designio de aniquilar la ciudad, exterminando hasta el último de sus habitantes, y en seguida trasladarse á Grecia ó Egipto y gobernar el mundo desde una nueva capital.

Cada uno de estos rumores se extendía con la velocidad del rayo y encontraba fácil ascenso entre el populacho, infundiéndole alientos de esperanza ó produciendo en él estallidos de rabia, terror ó indignación.

Finalmente, aquella inmensa multitud nómada fué invadida por una especie de ansiedad febril.

La creencia, válida entre los cristianos, de que se hallaba próximo el fin del mundo y su exterminio por el fuego, fué ganando terreno y cundiendo hora por hora, hasta entre los que rendían culto á los dioses.

Y había muchos de estos individuos que caían en un estado de marasmo ó de locura delirante. En medio de nubes iluminadas por el incendio, veían á los dioses presenciando aquel vasto escenario de ruina y desolación, y alzaban hacia ellos los brazos, ya para implorar su clemencia, ó para dirigirles maldiciones á torrentes.

Entre tanto los soldados, con el auxilio de algunos habitantes, continuaban la demolición de casas en el Esquilino y el Celio, como asimismo en el Tras-Tiber, y estos barrios, por tanto, fueron salvados en parte considerable.

Pero en la ciudad propiamente dicha, quedaron destruidos una cantidad incalculable de tesoros acumulados al través de siglos de conquistas: y entre ellos inestimables obras de arte, espléndidos templos y los más preciosos monumentos del pasado de Roma y de su gloria.

Muchos prevían que de toda la ciudad apenas si quedarían en pie unos cuantos de los barrios extremos y que centenares de miles de personas habrían de quedar sin techo.

Y había también algunos que circulaban el rumor de que los soldados estaban derribando las casas, no con el propósito de circunscribir el fuego, sino á fin de impedir que se salvara parte alguna de la ciudad.

Y Tigelino enviaba á Ancio correo tras correo implorando al César en cada carta que viniese á calmar la desesperación del pueblo con su presencia.

Pero Nerón se movió solamente cuando el fuego se hubo apoderado de la «domus transitoria» y aceleró entonces su regreso á fin de no perder el momento en que la conflagración se hallara en su apogeo.

Entre tanto el incendio habia llegado hasta la Vía Nomentana, pero en seguida vuelto al punto desde allí, á causa de un cambio de viento, hacia la Vía Lata y el Trans Tíber. Luego rodeó el Capitolio, extendiéndose á lo largo del *Forum Boarium*, destruyó todo cuanto dejara antes en pie y se acercó por segunda vez al Palatino.

Tigelino, después de haber reunido todas las fuerzas pretorianas, despachó varios correos al César anunciándole que nada perdería de la grandeza del espectáculo, porque el fuego habia seguido en aumento.

Pero Nerón, que se hallaba en camino, quería llegar de noche, á fin de mejor saciarse en la contemplación de la pereciente capital.

A este fin se detuvo en los alrededores de Acqua Albana, y haciendo venir á su tienda al trágico Alituro, estudió con él las actitudes, miradas y expresiones que debía en breve adoptar á la vista del incendio, así como los ademanes y gestos más adecuados, disputando porfiadamente con el actor acerca de si al pronunciar las palabras: «¡Oh, tú, sagrada ciudad, que parecías más resistente que Ida!», levantaría las dos manos, ó si, conservando una de

ellas sobre la forminga y caída á un lado; solamente alzará la otra.

Este era el asunto que á la sazón parecía de más grave importancia que todos los demás.

Emprendió nuevamente la marcha cerca del amanecer, no sin haber asimismo pedido antes consejo á Petronio con respecto á la conveniencia de agregar á los versos en que hacía una descripción de la catástrofe, unas cuantas grandilocuentes blasfemias contra los dioses, y si no era dable estimar tales imprecaciones como naturales y plausibles, desde el punto de vista del arte, en boca de un hombre colocado en su situación, de un hombre que veía desaparecer su pueblo natal.

Por fin llegó cerca de las murallas como á media noche, acompañado de su numerosa corte, compuesta de gran cantidad de nobles, senadores, caballeros, libertos, esclavos, mujeres y niños.

Diez y seis mil pretorianos, dispuestos en línea de batalla á lo largo del camino, velaban por la seguridad y el orden de su entrada y mantenían á raya al indignado populacho.

Este vociferaba, silbaba y maldecía á la vista del César y su comitiva, pero no osaba atacarla.

Sin embargo, en algunos puntos se escuchaban los aplausos de aquella plebe, que no poseyendo nada, nada tampoco había perdido en el incendio y que en cambio aguardaba una distribución de trigo, aceituna, vestidos y dinero, más abundante que la ordinaria.

Por último, de orden de Tigelino, resonaron las trompetas y los cuernos, que vinieron á ahogar todos aquellos silbidos, aplausos y vociferaciones.

Nerón, al llegar á la Puerta Ostiense, detúvose un momento y dijo:

—Soberano sin hogar de un pueblo sin techo, ¿en dónde iré á posar esta noche la infortunada cabeza?

Después de haber atravesado el *Clivus Delphini*, subió al

acueducto Apio por sobre gradas expresamente construídas para el caso. Le seguían los augustianos y un coro de cantantes que llevaban cítaras, laúdes y otros instrumentos musicales.

Y todos los miembros de su comitiva contuvieron el aliento, á la expectativa de que el César se preparase á pronunciar alguna frase de efecto que en interés de su propia conservación debieran ellos retener en la memoria. Pero él se mantuvo solemne, silencioso, vestido de un manto de púrpura, orlada la sien de laureles de oro, y como extático en la contemplación de aquel ondeante y poderoso foco ignívomo.

Y cuando Terpnos le pasó un áureo laúd, alzó los ojos al cielo, en el cual reflejábanse las encendidas tintas de aquella conflagración inmensa, y pareció aguardar que la inspiración batiera sobre el sus alas.

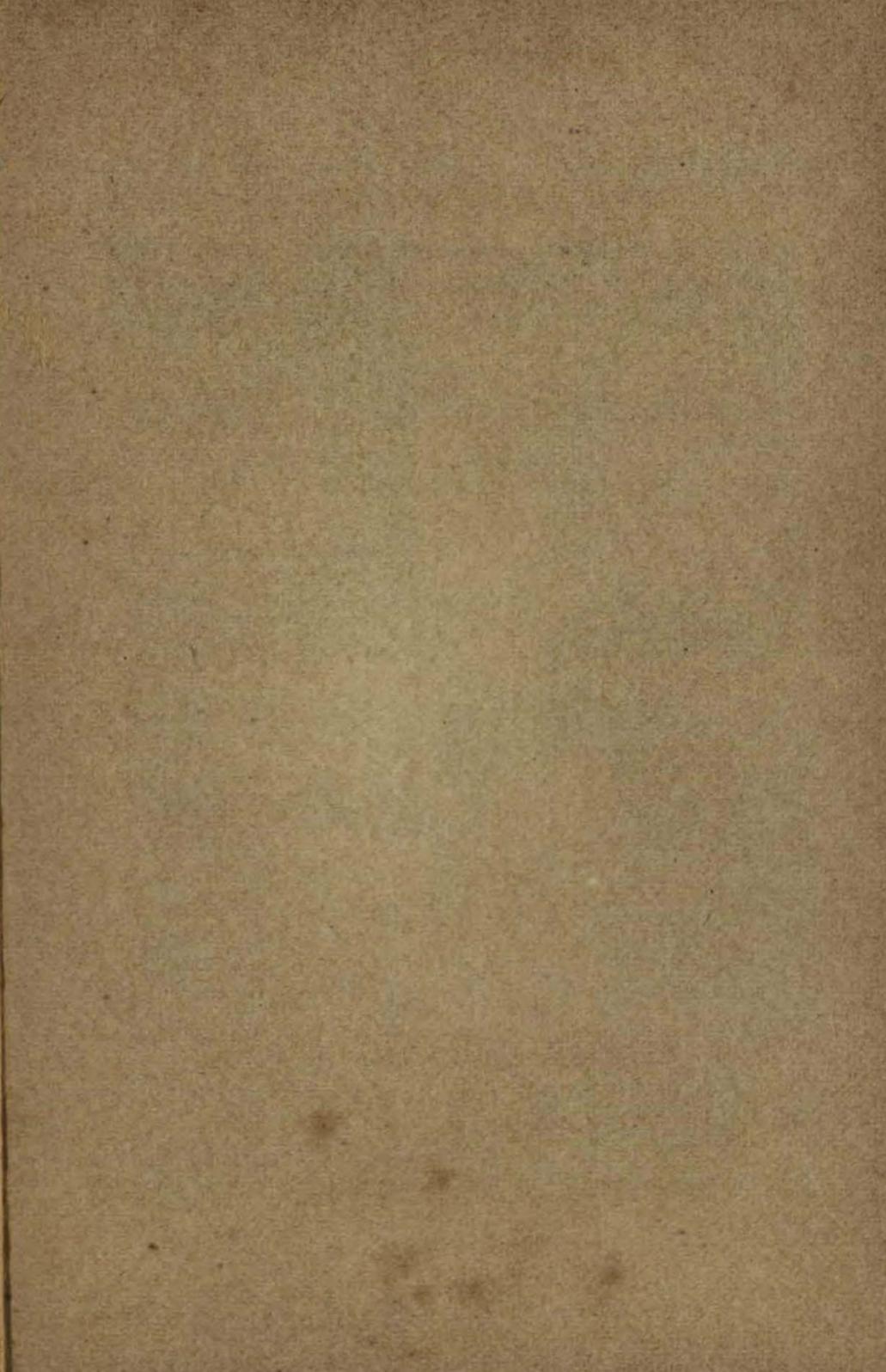
El pueblo le señalaba desde lejos al verle de pie en medio de aquel fulgor sangriento.

Y á la distancia silbaban serpientes de fuego.

Las llamas abrasaban á la sazón los antiguos y más sagrados edificios: el templo de Hércules, construído por Evandro, el templo de la Luna, levantado por Servio Tulio, la casa de Numa Pompilio, el santuario de Vesta, con los penates del pueblo romano. Y al través de las ondas flamíferas dejábase ver á intervalos el Capitolio.

El pasado de Roma, su espíritu, su historia, iban siendo así consumidos por el fuego, en tanto que él, el César, allí estaba con una cítara en la mano, en actitud teatral, pensando, no en su patria arruinada, sino en la expresión de su rostro, en sus ademanes y en las patéticas palabras con que mejor pudiera describir la magnificencia de aquella catástrofe, y despertar mayor admiración, y recibir más entusiásticas aclamaciones.

Detestaba aquella ciudad, como detestaba á sus habitantes: amaba tan sólo sus propios versos y sus cantos: de ahí que en lo íntimo de su alma experimentara intenso





Y César cantó su Tróyada

regocijo al ser por fin espectador de una tragedia como la que estaba él escribiendo.

El versificador sentíase feliz, el histrión inspirado, extático el buscador de emociones ante aquel espectáculo horrendo, y deleitado su ánimo por la idea de que la misma destrucción de Troya era cosa baladí comparada con la ruína de aquella ciudad gigantesca.

¿Qué más podía ambicionar?

Allí estaba Roma la poderosa, la señora del mundo, envuelta en llamas y él de pie, erguido sobre los arcos del acueducto, con un áureo laud en las manos, vistiendo de púrpura, conspicuo, admirado, poético, magnífico.

A sus pies, y como envuelto en dantesca penumbra, el pueblo tumultuoso y murmurante....

¡Murmure en buena hora!

Pasarán los siglos, transcurrirán millares de años, pero la humanidad conservará el recuerdo y glorificará el nombre del poeta que en esa noche cantara la caída y el incendio de Troya!

¿Qué sería Homero á su lado ahora?

¿Qué el mismo Apolo, con su cóncavo laud?

Y aquí alzó los brazos y pulsando las cuerdas pronunció las palabras de Príamo:

—«¡Oh, la de mis padres, cuna querida!»

Su voz al aire libre, en medio del horrisono estrépito de la conflagración y el distante rumor de las inquietas multitudes, parecía extraordinariamente débil, incierta y apagada y los sonos del acompañamiento semejaban un leve zumbar de insectos.

Pero los senadores, dignatarios y augustanos reunidos sobre el acueducto manteníanse con las cabezas inclinadas y escuchando en medio de una especie de silencioso arrobamiento.

Largo rato cantó Nerón, en tono y sobre motivos más y más melancólicos.

A intervalos, cuando se detenía á tomar aliento, el coro

de cantantes repetía el último verso; entonces Nerón dejaba caer de sus espaldas la *syrma* (1) trágica, con un gesto que le había enseñado Alituro, pulsaba de nuevo el laud, y seguía cantando.

Terminado que hubo la letra de la composición, empezó á improvisar, buscando comparaciones grandiosas en presencia del espectáculo que se desarrollaba á su vista,

Y se demudó su semblante.

Mas no porque moviera sus afectos íntimos la ruína de la capital de su patria, sino porque lo patético de sus propias palabras le deleitaba y conmovía hasta el punto de que súbitamente brotaron lágrimas de sus ojos.

Por último dejó caer con estrépito el laud á sus pies y envolviéndose en la «*syrma*,» permaneció inmóvil, petrificado, como una de las estatuas de Niobe que adornaban el patio del Palatino.

Hubo un breve silencio, á poco interrumpido por una tempestad de aplausos, que á la distancia fueron contestados por los alaridos estruendosos de las multitudes.

Nadie abrigaba ya la menor duda acerca de que el César había decretado el incendio de la ciudad á fin de darse el inefable placer de aquel espectáculo y de consagrarle allí su mejor canto.

Nerón, al escuchar el inmenso alarido que partía de los labios de centenares de miles de individuos, volvióse á los augustanos con la triste y resignada sonrisa de un hombre que está siendo víctima de la injusticia, y dijo:

—¡Ved cómo estiman los quirites á la Poesía y á mi personal!

—¡Perversos! —exclamó Vatinio.— Ordena, ¡oh, señor! ¡que los pretorianos caigan sobre ellos!

Nerón volvióse entonces á Tigelino, y dijo:

—¿Puedo contar con la fidelidad de los soldados?

—Sí, divinidad,—contestó el prefecto.

(1) Vestidura talar con cola, que usaban especialmente los actores trágicos.

Mas Petronio encogióse de hombros, y dijo :

—Con su fidelidad sí, mas no con su número: Permanece entre tanto donde te hallas: aquí estamos más seguros; pero hay necesidad de pacificar al pueblo.

Séneca y el cónsul Linicio fueron de esta misma opinión.

Entre tanto crecía la agitación abajo, y el pueblo estaba armándose de piedras, estacas de tiendas de campaña, maderos de los carros, tablas y piezas de hierro.

Al cabo de pocos instantes algunos de los jefes pretorianos presentáronse diciendo que las cohortes, estrechadas por la multitud, conservaban la línea de batalla con extrema dificultad y encontrándose sin orden de ataque, no sabían qué hacer.

—¡Oh, dioses!—exclamó Nerón.—¡Qué noche! Por un lado el incendio, por el otro, las tumultuosas ondas populares!

Y púsose á rebuscar las expresiones más gráficas y brillantes que pudieran describir el peligro del momento.

Pero, observando luego en derredor las miradas de alarma y los pálidos semblantes de sus cortesanos, invadióle el miedo como á los demás.

—Dadme mi manto obscuro con caperuza,—exclamó.—¿Hay entonces realmente conato de sublevación?

—Señor,—dijo Tigelino con voz temblorosa,—he hecho cuanto me ha sido posible por restablecer el orden, mas el peligro es, en efecto, inminente. Habla, ¡oh señor! al pueblo y hazle promesas!

—¿Hablar el César á la plebe? Que algún otro lo haga en mi nombre. ¿Quién quiere encargarse de ello?

—¡Yo!—contestó con calma Petronio.

—Ve, amigo mío: tú siempre me has sido fiel en la hora de la prueba. Ve, y no excuses promesas.

Petronio se volvió entonces á los cortesanos con una expresión indolente é irónica, y dijo:

—Que me sigan los senadores aquí presentes, y también Pisón, Nerva y Senecio.

Y descendió lentamente las gradas del arco del acueducto.

Las personas á quienes había designado le siguieron con alguna vacilación, pero al mismo tiempo animados de cierta confianza al reparar en la calma que demostraba el árbitro.

Petronio se detuvo al pie de las gradas, ordenó le trajesen un caballo blanco y montado en él púsose á la cabeza de la cabalgata, y emprendió la marcha por entre las espesas filas de los pretorianos hacia la arremolinada y rugiente multitud.

Ibã desarmado, llevando en la mano tan sólo un delgado bastón de marfil que de ordinario usaba.

Cuando hubo avanzado suficientemente, desvió su caballo y se mezcló entre la multitud.

Y en derredor y á la luz del incendio, pudo verse alzadas multitud de manos que empuñaban toda clase de armas y proyectiles, y por do quiera había ojos irritados, rostros sudorosos, bocas vociferadoras y espumajeadas.

Un enfurecido torbellino de pueblo rodeó al árbitro y á su séquito; por todos lados divisábase un mar de cabezas agitadas, terribles, jadeantes, rumorosas.

Aquel estruendoso y múltiple estallido humano aumentaba por grados, hasta convertirse en un colosal rugido indescriptible.

Sobre la cabeza de Petronio blandían estacas ó perchas y hasta espadas; algunos individuos, con las manos crispadas, se abalanzaban hacia las riendas de su caballo y hacia su persona, pero él proseguía su marcha, frío, indiferente, desdeñoso.

Por momentos hacía á un lado con su bastoncillo las cabezas de los más audaces, como si estuviera abriéndose paso por en medio de una multitud tranquila; y esta cal-

ma confiada y esta serena indiferencia desarmaban y dejaban atónita á la enfurecida plebe.

Por fin le reconocieron y multitud de voces empezaron á gritar de todos lados:

—¡Petronio! ¡El *Arbiter Elegantiarum*! ¡Petronio! ¡Petronio!

Y á medida que ese nombre iba circulando de labio en labio, ibanse humanizando aquellos terribles rostros y disminuyendo el estrépito de sus salvajes alaridos; porque ese exquisito y elegante patricio, si bien jamás se había esforzado por captarse la voluntad del pueblo, seguía siendo su favorito.

Tenía fama de hombre generoso y magnánimo, y su popularidad había tomado gran incremento, especialmente desde el día en que con motivo del asunto de Pedanio Segundo pidió el árbitro fuera mitigada la cruel sentencia por la que habían sido condenados á la pena capital todos los esclavos de aquel prefecto.

Y fueron especialmente los esclavos quienes desde entonces más le amaron, con ese amor sin límites que los desgraciados y los oprimidos consagran á quienes les demuestran la más ligera simpatía.

Además, en aquel momento agregábase á todo eso la curiosidad por oír lo que diría el enviado del César, pues ninguno abrigaba ya dudas de que era el César quien le había mandado.

Petronio se quitó la blanca toga orlada de escarlata y levantóla en lo alto haciéndola ondear sobre su cabeza, en demostración de que deseaba hablar al pueblo.

—¡Silencio! ¡Silencio!— gritaron de todos lados.

Después de algunos momentos reinó por fin la calma.

Petronio irguióse entonces sobre su cabalgadura, y dijo con voz clara y firme:

—¡Ciudadanos! Escuchadme, y repetid mis palabras á los que estén más lejos; y entre tanto, sabed conducirlos, todos vosotros, como hombres y no como las fieras del circo.

—¡Así lo haremos! ¡Así lo haremos!

—¡Pues bien, oíd! La ciudad será reconstruída y se os abrirán los jardines de Lúculo y Mecenas, del César y Agripina. Mañana empezará la distribución de trigo, vino y aceitunas, en forma tal que cada uno de vosotros quede lleno hasta el gollete. Además, hará el César que dispongan para vosotros juegos y espectáculos hasta ahora nunca vistos, durante los cuales tendréis banquetes y espléndidos obsequios. Y seréis más ricos después del incendio que antes.

Le contestó un murmullo inmenso, que pareció extenderse desde aquel punto, como centro, en todos sentidos, á la manera que se alza la onda sobre el agua en el propio sitio en donde una piedra ha sido echada.

Y los que estaban más próximos repitieron á los que se hallaban distantes las palabras de Petronio.

Y en seguida se escucharon por todos lados voces de cólera ó de aplauso, que se reunieron por último en solo grito universal de: *¡Panem et circenses!* (¡Pan y juegos!)

Petronio envolvióse en su toga y permaneció por espacio de algunos instantes atento é inmóvil semejando con su blanca vestidura una estatua de mármol.

Siguió acreciendo el rumor, ahogó los estallidos crepitantes del incendio y fué contestando por todas partes y hasta las más lejanas distancias.

Mas, era evidente que deseaba el enviado agregar algo, porque siguió esperando que volviera el silencio á restablecerse.

Finalmente, imponiéndolo de nuevo con un ademán, dijo:

—Ya os he prometido *panem et circenses*; ahora gritad: «¡Viva el César!» el César que os viste y alimenta. Y en seguida, retírate á descansar, plebe querida, porque antes de mucho despuntará la aurora.

Y así diciendo volvió bridas á su caballo, fué apartando ligeramente con su bastoncillo las cabezas de los que

le obstruían su camino, y dirigióse á paso lento hacia la calle formada por los pretorianos.

Pronto llegó al pie del acueducto.

Sobre éste á la sazón reinaba un verdadero pánico, pues los cortesanos allí presentes habían interpretado en sentido adverso el grito «Panem et circenses,» tomándolo por una nueva explosión de ira popular.

Ni siquiera habían abrigado la esperanza de que Petronio salvara en medio de aquellâ deshecha tempestad; así pues, apenas le vió Nerón, se adelantó corriendo hacia las gradas y con el semblante pálido por la emoción preguntó.

—Y bien, ¿qué hacen? ¿Se están batiendo?

Petronio insufló aire á sus pulmones, respiró con fuerza y contestó:

—¡Por Pólux! ¡Están sudando y despidiendo unos olores!... ¿No habrá quién me dé *epilimma*? (1) Porque me siento desvanecer.

Luego volviéndose al César, dijo:

—Les he prometido trigo, vino, aceitunas, libre acceso á los jardines y juegos. Ahora han vuelto á adorarte y están aullando en tu honor. ¡Oh dioses! ¡qué insoportables las emanaciones de esa plebe!

—Mis pretorianos se encontraban prontos,—exclamó Tigelino;—y si tú no hubieras calmado á los turbulentos, los habría hecho yo callar para siempre. ¡Lástima grande, ¡oh César! que no me hayas permitido hacer uso de la fuerza!

Petronio le miró, encogióse de hombros y dijo:

—No te ha de faltar la ocasión. Puede que necesites hacer uso de ella mañana...

—¡No, no!—exclamó Nerón.—Mandaré que abran los jardines al pueblo y le distribuyan trigo. ¡Gracias, Petronio! Haré disponer juegos y he de repetir en público la canción que habéis escuchado ahora.

(1) Especie de perfume.

Puso luego una mano en el hombro del árbitro, guardó silencio un instante y en seguida preguntó de súbito:

—Dime con sinceridad, ¿qué concepto formaste de mí cuando cantaba?

—Te creí digno del espectáculo, así como el espectáculo era digno de tí, —dijo Petronio.

—Pero contemplémosle todavía, —agregó tornando la vista hacia el incendio; —y demos el adios postrero á la Roma antigua.

CAPÍTULO XLVII

Las palabras del Apóstol llevaron la serenidad al alma de los cristianos.

Siempre seguían creyendo próximo el fin del mundo, mas, parecían al propio tiempo que el día del juicio no habría de llegar inmediatamente, que primeramente verían el término de la dominación de Nerón reputada por ellos como el reinado de Satanás. Y aguardaban también ser espectadores del castigo que habría de dar Dios á los crímenes del César que al cielo clamaban venganza.

Y así, fortalecida la fe en sus corazones, dispersáronse después de terminados los oficios, dirigiéndose á sus domicilios provisionales y aún al Trans-Tiber; porque había llegado hasta ellos la noticia de que el fuego, circunscrito allí á ciertos límites en muchos puntos, había desviado su curso merced á un cambio de viento, vuelto nuevamente hacia el río, y después de continuar aquí y allí su devoradora obra, cesó de propagarse en ese barrio.

El Apóstol, acompañado de Vinicio, á quien seguía Chilo, salió también del subterráneo.

No se atrevió el joven tribuno á interrumpir las oraciones del anciano. Le acompañaba, pues, silenciosamente, limitándose á implorar su compasión con los ojos y temblando de alarma.

Muchos acercábanse á besar á Pedro las manos y la orla

de su manto; las madres le presentaban sus hijos; algunos arrodillábanse en el obscuro y largo pasadizo y sosteniendo cirios en las manos imploraban su bendición; otros, que marchaban á su lado, iban entonando cánticos; de manera que no hubo ocasión de hacerle pregunta alguna mientras anduvieron por aquel pasadizo estrecho.

Solo cuando hubieron salido á espacios abiertos, desde donde se veía nuevamente la ciudad ardiendo, les bendijo el Apóstol tres veces y habló así, volviéndose á Vinicio:

—Nada temas. La cabaña del cantero se halla próxima. En ella encontrarás á Lino y á Ligia con su fiel servidor. Cristo, que para tí la ha destinado, te la conserva.

El joven tribuno se sintió vacilante y para poderse mantener en pie, le fué necesario apoyarse en un peñasco.

La carrera desde Ancio, los incidentes ocurridos bajo los muros de la ciudad, la pesquisa de Ligia hecha en medio de casas incendiadas y humeantes, el insomnio y la sucesión de terribles alarmas que experimentara, habían debilitado sus fuerzas, y el resto de ellas parecía abandonarle ahora, ante la noticia de que la persona para él más cara en el mundo, estaba cerca de allí y que pronto la habría de ver.

Y al mismo tiempo que una especie de desvanecimiento, apoderóse de él tan intensa alegría en ese instante, que cayendo á los pies de Pedro le abrazó las rodillas, y así permaneció sin poder articular palabra.

—No á mí, no á mí, sino á Cristo,—dijo el Apóstol, queriendo substraerse á tan vivas muestras de gratitud y homenaje.

—¡Qué buen Dios!—dijo á sus espaldas la voz de Chilo.—Pero, ¿qué he de hacer con las mulas que allí nos esperan?

—Alza y ven conmigo,—dijo Pedro al joven.

Vinicio levantóse entonces.

Y á la luz del incendio viéronse lágrimas en sus ojos,

pálido por la emoción. Los labios le temblaban cual si estuviese orando.

—Vámonos,—dijo.

Pero Chilo repuso:

—Señor, ¿qué debo hacer con los mulas que allí aguardan? Puede que ese digno profeta prefiera montar en una de ellas, en vez de seguir á pie.

No sabía Vinicio qué contestar; pero habiendo oído decir á Pedro que la cabaña del cantero se hallaba cerca, dijo:

—Lleva las mulas á Macrino.

—Perdóname, señor, que te haga mención ahora de la casa en Ameria. En presencia de tan terrible incendio, fácil es olvidar una cosa tan insignificante.

—La tendrás.

—¡Oh, nieto de Numa Pompilio! Siempre estuve cierto de ello, mas ahora que también este magnánimo profeta ha escuchado tu promesa, innecesario es que te recuerde también la viña que me has prometido. *¡Pax vobiscum!* Te volveré á encontrar, señor. *¡Pax vobiscum!* (¡Que la paz sea con vosotros!)

Ambos contestaron:

—Y contigo.

Y en seguida torcieron á la derecha, en dirección á las colinas.

En el camino, Vinicio dijo:

—Señor, báñame en las aguas del bautismo; á fin de que pueda llamarme cuanto antes confesor de Cristo, á quien amo con todas las potencias de mi alma. Bautízame pronto, pues me encuentro cordialmente dispuesto á ello; y haré todo cuanto me ordenes; mas dímelo, á fin de que pueda ejecutarlo.

—Ama á los hombres como á tus propios hermanos,—contestó el Apóstol;—pues solo con el amor podrás servir bien á Dios.

—Sí, ahora comprendo eso, y lo siento. De niño creía en

los dioses romanos, pero no los amaba, y á este Dios Único le amo tanto, que diera gustoso por El mi vida.

Y dirigiendo la vista al cielo, repuso:

—Porque El es uno, y bueno, y misericordioso. Y así, bien puede perecer, no solo esta ciudad, sino el mundo entero; á El sólo reconoceré y alabaré.

—Y El te bendecirá y bendecirá tu casa,—contestó el Apostol.

Entre tanto penetraron en otra hondonada, al extremo de la cual brillaba una luz débil.

Pedro hizo una señal hacia ella y dijo:

—Hé ahí la cabaña del cantero que nos dió abrigo cuando, de regreso de Ostrianum con Lino, que venía enfermo, no pudimos alcanzar hasta el Trans-Tiber.

Al cabo de algunos instantes llegaron. La cabaña era más bien una caverna cavada en una depresión de la colina, y componía su fachada exterior una tapia construida de cañas.

Estaba cerrada la puerta, pero al través de una abertura, que hacía las veces de ventana, se veía el interior iluminado por el fuego que dentro había encendido.

Una gigantesca figura se alzó de súbito, vino al encuentro de ellos y les preguntó:

—¿Quiénes sois?

—Siervos de Cristo, — contestó Pedro.—Que la paz sea contigo, Ursus.

Postróse el ligur á los pies del Apóstol, y luego, habiendo reconocido á Vinicio, le tomó la mano por la muñeca y se la llevó á los labios diciendo:

—¿También tú, señor? ¡Bendito sea el nombre del Cordero, por la alegría que darás con ello á Calinal!

Y abrió entonces la puerta, entrando en seguida todos. Lino yacía sobre un montón de paja, con el semblante demacrado y la frente de un color amarillo marfileño.

Cerca del fuego hallábase Ligia sentada, teniendo en la

mano una sarta de pecezuelos evidentemente destinados á la cena.

Ocupada en separar los pescadillos, y creyendo era sólo Ursus quien había entrado, no alzó la vista.

Pero el joven tribuno se acercó entonces y pronunciando su nombre le extendió la mano.

Levantóse ella vivamente, y una llamarada de asombro y alegría pasó por su semblante.

Sin decir una palabra y como un niño que después de años de temores y aficciones acaba de encontrar á su padre ó á su madre, se echó en los brazos que Vinicio le tendía. Estrechóla él entonces en ellos contra su pecho, por algunos instantes, con una expresión extática, cual si después de haberla perdido la recobrase ahora, sana y salva por virtud de algún milagro. Y luego, retirando los brazos, la tomó las sienes con las manos, la besó en la frente y en los ojos, la abrazó de nuevo, repitió una, otra y otra vez su nombre, se inclinó hasta sus rodillas, la besó las manos, y la llenó de atenciones, caricias y homenajes. Su alegría no tenía límites, como su amor y su felicidad.

Por último la refirió cómo había hecho su acelerado viaje de Ancio; cómo la había buscado bajo las murallas y por entre el humo y las chispas en la casa de Lino; y todos los terrores y sufrimientos que había debido apurar antes de que el Apóstol Pedro le designara el lugar en donde se hallaba refugiada.

—Pero ahora que te he encontrado,—dijo,—no puedo por más tiempo dejarte cerca del incendio y de las enfurecidas turbas. Bajo las murallas están matándose entre sí los fugitivos de la ciudad; y los esclavos se han sublevado y entregándose al saqueo. ¡Sólo Dios sabe qué calamidades hayan de pesar todavía sobre Roma!

Mas, yo te salvaré á tí, y á todos vosotros. ¡Vida mía! Vámonos á Ancio, en donde tomaremos un barco que nos lleve á Sicilia. Mis propiedades allí son vuestras propiedades, mis casas, las casas vuestras. Escucha: en Sicilia en-

contraremos á Plaucio. Y yo te devolveré á la casa de Pomponia, y en seguida te recibiré de sus manos. Y tú, ¡oh, *carissima*, no me temas ya por más tiempo!

No he recibido aún las aguas del bautismo, pero pregunta á Pedro si no es verdad que en el camino hacia aquí le manifesté mi deseo de ser cuanto antes un verdadero confesor de Cristo y le pedí me bautizara, si bien fuese en este mezquino tugurio de un cantero. ¡Créeme tú y créanme todos!

Ligia escuchó estas palabras con el rostro radiante de alegría.

En efecto, los cristianos anteriormente, á causa de las persecuciones de los judíos, y á la sazón con motivo de los disturbios producidos por el desastre, vivían llenos de temores é incertidumbres.

Así, pues, un viaje á la tranquila Sicilia pondría término á todo peligro, y sería el principio de una nueva era de felicidad para sus vidas.

Si Vinicio hubiese manifestado el propósito de llevarse tan sólo á Ligia, la joven habría seguramente resistido á la tentación, pues no deseaba dejar á Pedro, ni á Lino, pero Vinicio les había dicho: «Venid conmigo; mis propiedades allí son vuestras propiedades; mis casas, las casas vuestras.»

Y al oír estas palabras Ligia se inclinó para besar la mano al joven en señal de obediencia y dijo:

—«Donde tú estás, Cayo, allí estoy yo, Caya.»

Luego, confundida por haber pronunciado las palabras sacramentales que con arreglo á la costumbre romana repetíanse tan sólo en la ceremonia del matrimonio, se ruborizó nuevamente y se mantuvo, á la luz del fuego, con la cabeza inclinada y dudando en su interior acerca de si Vinicio hubiera tomado á mal esas palabras.

Pero el semblante del joven irradiaba una inmensa alegría y un homenaje profundo.

En seguida Vinicio volvióse á Pedro y repuso:

—Roma está ardiendo por mandato del César. En An-
cio quejábase de no haber presenciado jamás un gran in-
cendio. Y si no ha retrocedido ante un crimen de tal mag-
nitud, piensa qué otras iniquidades no puede perpetrar.
¿Quién dice que no enviará tropas con la consigna de ase-
sinar al pueblo? ¿Qué proscripciones no ordenará y qué
hambres, matanzas y perturbaciones domésticas no ven-
drán después del incendio? Huid, pues, conmigo á ocul-
tarios, y ocultemos también á Ligia. Esperaremos allí que
pase la tempestad, y cuando haya cesado el peligro, po-
dréis volver á esparcir de nuevo la simiente de vuestras
enseñanzas.

Afuera, entre tanto, el la dirección del Campo Vaticano
y como en confirmación de los temores del joven, se oye-
ron gritos distantes llenos de rabia y de terror.

En ese momento entró el cantero que vivía en la caba-
ña y cerrando precipitadamente la puerta, exclamó:

—En las inmediaciones del Circo de Nerón están ma-
tándose. Los esclavos y los gladiadores han atacado á los
ciudadanos.

—¿Lo habéis oído?—dijo Vinicio.

—Se ha llenado la medida,—replicó el Apóstol.—Y
vendrán calamidades inmensas, como un océano sin lí-
mites.

Luego, volviéndose y señalando á Ligia, dijo:

—Llévate á la doncella que Dios te ha predestinado
y sávala. Lino, que está enfermo, y Ursus te acompaña-
rán.

Pero Vinicio, que había llegado á amar al Apóstol con
toda la fuerza de su alma impetuosa, exclamó:

—Te juro, Maestro mío, que no te he de abandonar aquí
á una destrucción cierta.

—Bendígate el Señor por tus deseos,—contestó Pedro.
—Pero ¿no has oído tú decir que Cristo me repitió por
tres veces en el lago: «Apacienta mis ovejas?»

Vinicio guardó silencio y Pedro agregó:

—Si tú, á quien nadie ha confiado la custodia de mi persona, me dices que no me abandonarás á una destrucción cierta, ¿cómo puedes querer que abandone yo á mi rebaño en el día del desastre?

Cuando se levantó la tempestad en el lago, y el pavor se apoderó de nuestros corazones, El no se apartó de nuestro lado. ¿Cómo podría yo no imitar el ejemplo de mi Maestro?

Lino alzó entonces el enflaquecido semblante y dijo:

—¿Y por qué no me sería permitido á mí también, ¡oh, vicario de Cristo! seguir el tuyo?

El joven tribuno se pasó la mano por la frente, cual si estuviera en lucha consigo mismo ó con sus propios pensamientos; en seguida, tomando á Ligia de la mano, dijo con voz en que vibraban las energías todas del soldado romano:

—¡Escuchadme, Pedro, Lino y tú también, Ligia! Yo acabo de hablar lo que me dicta la humana razón; pero vosotros tenéis otra razón, que no se refiere á los peligros que podáis correr, sino á los mandamientos del Redentor. Cierto es todo esto: yo no lo comprendía; estaba en el error, porque no ha desaparecido aún la viga de mis ojos y todavía sólo se escuchan dentro de mí las voces de mi índole anterior.

Pero, puesto que amo á Cristo, y deseo ser siervo suyo, aun cuando se tratara de ofrecerle algo superior á la vida misma, me postro aquí á tus pies, ¡oh, Apóstoll y te juro que he de cumplir los mandamientos del amor y no he de abandonar á mis hermanos en la hora de la tribulación.

Y así diciendo, púsose de rodillas y, poseído de un fervoroso entusiasmo, alzó los ojos y los brazos al cielo y exclamó:

—¿Te habré comprendido ya, oh, Cristo? ¿Me encuentras ya digno de Ti?

Temblábanle á la sazón las manos, en sus ojos brillaban

lágrimas y por todo su cuerpo discurría un estremecimiento de fe y de amor.

Tomó el Apóstol en sus manos una vasija de barro llena de agua y acercándose a él y rociando su cabeza, dijo con acento solemne:

—Yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Y entonces algo semejante á un éxtasis místico apoderóse de todos los presentes. Parecía que una especie de luz extramundana había venido á iluminar la cabaña; que escuchaban en derredor suyo una música celeste; que las rocas en que aquel misero albergue estaba excavado habíanse abierto sobre sus cabezas; que descendían de lo alto unos coros de ángeles y que sobre éstos, más arriba, en los espacios inmensos, veían una cruz y en ella dos manos, por sendos clavos transpasadas, y extendidas hacia ellos bendiciéndolos.

Entre tanto, seguían escuchándose afuera los alaridos del combate y el horrisono estruendo de las llamas en la ciudad incendiada.

CAPÍTULO XLVIII

Se dispusieron campamentos para el pueblo en los regios jardines del César, que antes fueran de Domicio y Agripina; y asimismo en el Campo de Marte, en los jardines de Pompeyo, Salustio y Mecenas y en pórticos, Juegos de Pelota, espléndidas casas de campo y edificios destinados á las fieras.

Los pavos reales, flamencos, cisnes, avestruces, gacelas, antílopes africanos y ciervos, que constituían el principal adorno de esos jardines, perecieron bajo el cuchillo de la plebe.

Al mismo tiempo comenzaron á llegar las provisiones de Ostia, en cantidad tan abundante, que se habría podido atravesar, como sobre un puente, por sobre la gran

cantidad de buques, barcas y botes anclados de una orilla del Tíber á la otra.

El trigo vendíase al precio increíblemente bajo de tres sextercios y se distribuía gratuitamente á los desvalidos.

Fué introducida en la ciudad una inmensa provisión de vino, aceitunas y castañas; y diariamente hacíase bajar de los montes toda clase de ganado.

Muchos infelices, que antes del incendio vivían en sus escondrijos de las callejuelas del Suburra pereciendo de necesidad, disfrutaban ahora de mucho mayor bienestar.

El peligro del hambre quedó, pues, evitado así por completo; pero era más difícil reprimir los robos, asesinatos y violaciones que á diario ocurrían.

Una vida nómada aseguraba la impunidad á los facinerosos, tanto más fácilmente, cuanto que se proclamaban admiradores del César, y no le escatimaban aplausos siempre que en público se presentaba.

Además, cuando ante la presión de los acontecimientos, se hallaban las autoridades en la imposibilidad de hacerse respetar, por carecer de la suficiente fuerza armada para reprimir los desmanes del populacho en una ciudad ocupada por las escorias del mundo entero, perpetrábanse fechorías inconcebibles.

Todas las noches había combates, matanzas y raptos de mujeres y de niños.

En la *Porta Mugioris*, punto de reunión de los rebaños que se traían de la Campania, empeñábanse verdaderas batallas, en las cuales perecían centenares de personas.

Por las mañanas veíanse las orillas del Tíber cubiertas de cadáveres de individuos ahogados que nadie recogía y que al permanecer allí insepultas, luego entraban en una descomposición que el calor acrecentado por el incendio aceleraba y llenaban el aire de olores malsanos. Como consecuencia, desarrolláronse enfermedades en los campamentos y ya pudo preverse la inminencia de una epidemia.

Y la ciudad seguía ardiendo incesantemente.

La violencia del fuego no vino á disminuir sino al sexto día, cuando las llamas hubieron alcanzado hasta los sitios vacíos del Esquilino, en donde había sido demolida expresamente una gran cantidad de casas. Pero los hacinaamientos de escombros encendidos daban todavía una luz tan viva, que el pueblo no creía que hubiese llegado aun el fin de la catástrofe. Y en efecto, el fuego empezó á arder con renovada fuerza la séptima noche, en las casas de Tigelino, pero tuvo corta duración por falta de combustible.

No obstante, las casas incendiadas seguían derrumbándose aquí y allí, y arrojando al cielo columnas de llamas y de chispas.

Pero la superficie de las ardientes ruínas empezó luego á volverse negra. Y después de la puesta del sol el firmamento dejó de presentar reflejos de luz sangrienta. Sólo al caer la noche se veían titilar, sobre aquel vasto espacio lóbrego, unas como lenguas azules que surgían de entre los montones de escombros humeantes.

De las cartorce divisiones de Roma, quedaban sólo cuatro, inclusive el Trans-Tíber. Las llamas habían devorado todas las demás.

Cuando por último los montones de escombros se hubieron convertido en cenizas, todo el espacio visible entre el Esquilino y el Tíber no formaba sino una inmensa extensión siniestra, gris, vacía, muerta.

En esa extensión mirábanse en pie hileras de chimeneas que se dirían tras tantas columnas puestas sobre los sepulcros de un cementerio. Por entre ellas circulaban durante las horas del día grupos sombríos de pueblo, en busca de objetos preciosos los unos, y los demás tratando de hallar entre las ruínas los despojos de algún ser querido.

Por la noche los perros aullaban sobre los escombros y las cenizas de las antiguas moradas.

La liberalidad del César y los auxilios que había distri-

buído entre el populacho, no bastaban, empero, á contener la indignación y el adverso rumor popular. Sólo estaban contentos los que formaban el hato de ladrones, criminales y facinerosos sin hogar, pero que comían, bebían y robaban lo bastante.

Pero las personas que habían perdido todas sus propiedades y á sus deudos más inmediatos, no podían ser ganadas mediante la apertura de los jardines, la distribución de pan, ó la promesa de juegos y obsequios populares.

La catástrofe había sido demasiado grande y no tenía paralelo en el mundo.

Otros, en cuyo corazón existía latente aun el fuego sacro del amor á la ciudad de su nacimiento, sublevábanse en su interior hasta la desesperación ante la noticia de que el antiguo nombre de Roma iba á desaparecer y que sobre las cenizas de la capital, el César proponíase erigir una nueva ciudad llamada Necrópolis. Una corriente de odio fué así formándose y creciendo de día en día, no obstante las adulaciones de los angustianos y las calumnias de Tigelino.

Neron, más sensible que ninguno de sus predecesores al favor del populacho, pensó con alarma que en la enconada y mortal lucha, iniciada con los patricios en el Senado, podría faltarle en un momento dado el apoyo popular.

Los propios augustianos hallábanse poseídos por no menor alarma, al pensar en que cualquier mañana podría sonar para ellos la hora de la destrucción.

Tigelino era de parecer que se hiciera venir algunas legiones del Asia Menor. Vatinio, que reía aun cuando le estuvieran abofeteando el rostro, perdió su buen humor, y Vitelio, el apetito.

Otros tomaban consejo entre sí acerca de la mejor manera de evitar el peligro, porque para nadie era un misterio que si el César hubiera de verse envuelto en la voráGINE de una rebelión, no escaparía ninguno de los augustianos, á excepción quizá de Petronio

A la influencia de ellos atribuíanse las locuras de Nerón y á sus iniciativas todos los crímenes que éste cometía. De ahí que el odio á los augustianos casi fuera mayor que el que por Nerón sentían. Por eso algunos de ellos empezaron á intentar esfuerzos por eludir las responsabilidades que pudieran caberles en el incendio de la ciudad.

Mas, para librarse de ellas, érales menester asimismo alejar del César toda sospecha; pues de otra manera nadie creería que ellos no habían sido los causantes de la catástrofe.

Tigelino consultó el asunto con Domicio Africano y hasta con Séneca, si bien odiaba á este último.

Popea, perfectamente convencida de que en la ruína de Nerón iba envuelta su propia sentencia, pidió el dictámen de sus confidentes y el de los rabinos hebreos, pues era cosa admitida desde hacía años que observaba la doctrina de Jehová.

Nerón, por su parte, fluctuaba entre varios de los métodos en él ingénitos, los cuales, á menudo terribles, eran con más frecuencia extravagantes; y ora temblaba de miedo, ora se entregaba á infantiles transportes, pero sobre todo quejábase continuamente.

Un día hubo una larga é infructuosa consulta en la casa de Tiberio, que había escapado del incendio.

Petronio creía preferible abandonar aquel foco de inquietudes y zozobras y hacer un viaje á Grecia y luego á Egipto y Asia Menor.

Este viaje había sido proyectado desde hacía tiempo; ¿á qué entonces aplazarlo ya más, cuando en Roma no había á la sazón otra cosa que tristezas y peligros?

El César aceptó con entusiasmo aquel consejo; pero Séneca, después de meditar breves instantes, dijo:

—Fácil es la partida, pero no lo sería tanto el regreso.

—¡Por Hércules!—replicó Petronio.—Podremos volver á la cabeza de las legiones asiáticas.

—¡Eso haré!—exclamó Nerón

Pero Tigelino se opuso.

A él, por su parte, nada se le ocurría, y si la idea del árbitro hubiese venido á su cerebro antes, indudablemente habríala declarado la única redentora: mas para él se trataba de que Petronio no llegara á ser por segunda vez el único hombre capaz de salvar á todos y de conjurar todo peligro en los mentos difíciles.

Así, pues, dijo al César:

—¡Escúchame, divinidad; ese consejo es destructor! Antes que tú hayas llegado á Ostia habrá estallado la guerra civil, y quién sabe si en esa emergencia alguno de los colaterales sobrevivientes del divino Augusto no se declararía César. ¿Y qué haríamos nosotros si las legiones le siguieran?

—Discurriremos entonces,—contestó Nerón,—la manera de que no haya descendientes de Augusto. No quedan muchos en la actualidad; fácil es por lo tanto librarnos de ellos.

—Es muy posible, pero no se trata de ellos tan solo. Sin ir más lejos, ayer mismo algunos de los individuos á mis órdenes oyeron decir á la plebe, que un hombre como Trasea debiera ser el César.

Nerón se mordió los labios.

Después de un momento alzó la vista, y dijo:

—¡Insaciables é ingratos! Tienen trigo en abundancia y tienen fuego para cocer su pan. ¿Qué más quieren?

—¡Venganza! —replicó Tigelino.

Sucedióse un profundo silencio.

En seguida el César levantóse de repente, extendió la mano, y dijo declamando:

—¡Los corazones piden venganza, y la venganza pide una víctima!

Y luego, olvidándose de todo, exclamó con el rostro radiante de alegría:

—Dadme una tabla al *stilus* (estilo, punzón) para escribir este pensamiento. Jamás podría Lucano concebir uno

semejante. ¿Y habéis notado cómo me vino espontánea y súbitamente?

—¡Oh, incomparable! — exclamaron en coro muchas voces.

Nerón escribió el pensamiento, y dijo:

— Sí, la venganza pide una víctima.

Y echando una mirada sobre los que le rodeaban, agregó:

—¿Si corriéramos la voz de que Vatinio había ordenado el incendio de la ciudad y lo entregásemos á la cólera del pueblo?

—¡Oh, divinidad! ¿Quién soy yo?—exclamó Vatinio.

—¡Cierto! Se requiere persona de más importancia. ¿Será entonces Vitelio?

Vitelio púsose pálido, más, dominándose y riendo contestó:

—Mi gordura podría renovar el incendio.

Pero Nerón tenía otra cosa en la mente; abrigaba el propósito fijo de encontrar una víctima que pudiese en realidad saciar la cólera de pueblo, y la encontró.

Así, pues, al cabo de un momento, dijo:

—Tigelino, ¡tú fuiste quien incendió á Roma!

El temor hizo estremecerse á todos los presentes. Comprendieron que el César había dejado ya de hablar en chanza y que se acercaba un momento de tremenda expectación.

El semblante de Tigelino se contrajo en tal manera, que sus labios parecieron los de un perro rabioso en actitud de morder.

—¡Yo puse fuego á Roma por orden tuya!—dijo.

Y aquellos dos hombres se miraron como dos demonios.

Siguió un silencio tan profundo, que pudo á la sazón escucharse hasta el vuelo de una mosca.

—Tigelino,—dijo por último Nerón,—¿me eres adicto?

—Tú lo sabes, señor.

—Sacrificate, entonces, por mí.

—¡Oh, divino César!—contestó Tigelino;—¿por qué presentarme el dulce cáliz que acaso no he de llevar á mis labios? El pueblo murmura y se levanta; ¿por ventura querías que también se levantaran los pretorianos?

Una sensación de terror oprimió los corazones de los testigos de aquella escena.

Tigelio era el prefecto de los pretorianos, y sus palabras tenían la significación inequívoca de una amenaza.

El mismo Nerón lo comprendió, y se puso mortalmente pálido.

En ese propio instante entró Epafrodito, el liberto del César, anunciando que la divina Augusta deseaba ver á Tigelino, pues había en sus aposentos algunas personas á quienes era menester oyerá el prefecto.

Tigelino hizo una reverencia al César y salió con el rostro sereno y desdeñoso.

Ahora, cuando se había intentado asestarle el golpe, acababa él de mostrar los dientes. Había hecho comprender á todos quién era, y siéndole conocida la cobardía de Nerón, estaba cierto de que el señor del mundo ya no se atrevería jamás á levantar una mano en contra suya.

Nerón permaneció silencioso en su asiento por espacio de algunos instantes; y luego, notando que los presentes aguardaban alguna respuesta de sus labios, dijo:

—He estado alimentando una serpiente en mi seno.

Petronio se encogió de hombros, cual si quisiera decir con ello que no sería difícil arrancar la cabeza de una serpiente semejante.

Nerón, que lo notó, dijo:

—¿Qué opinas tú? ¡Habla! ¡aconséjame! Sólo en tí confío, porque tienes más juicio que todos los que me rodean y me amas.

Petronio estuvo á punto de decirle:

—«Hazme prefecto de los pretorianos y entregaré al pueblo á Tigelino y pacificare en un día la ciudad.»

Pero prevaleció en él su natural pereza.

Ser prefecto significaba llevar sobre sus hombros la persona del César y además un sinnúmero de negocios públicos.

¿Por qué había de echarse encima esa labor?

¿No era preferible consagrarse y leer poesías en su espléndida biblioteca, admirar vasos y estatuas, ó estrechar contra su pecho el divino cuerpo de Eunice, acariciar con los dedos sus áureos cabellos y posar sus labios sobre los coralinos labios de ella?

De ahí que se limitase á contestar:

—Te aconsejo el viaje á Acaya.

—¡Ah!—contestó Nerón.—Algo más esperaba yo de tí. El Senado me aborrece. Si parto, ¿quién me asegura que no se sublevará y proclamará César á otro? El pueblo me ha sido leal hasta hoy, pero ahora estará de parte del Senado. ¡Por las Parcas! ¡Ah, si ese senado y ese pueblo tuvieran sólo una cabeza!...

—Permíteme observarte, divinidad, que si deseas salvar á Roma, es necesario salvar siquiera algunos romanos,—replicó Petronio con una sonrisa.

—¿Y qué me importan á mí Roma y los romanos?—dijo con acento quejumbroso Nerón.—Me habrían de obedecer en Acaya. Y aquí sólo me rodea la traición. Todos me abandonan y vosotros mismos no estáis sino preparándoos también á traicionarme. ¡Yo lo sé, lo sé! Y ni siquiera remotamente os imagináis lo que dirán de vosotros las edades futuras, si abandonáis á un artista como yo!

Y aquí se golpeó de súbito la frente, exclamando:

—¡Ciertamente! En medio de todos estos afanes, hasta llego á olvidarme de quien soy.

Entonces volvióse á Petronio con el rostro radiante y dijo:

—Petronio: el pueblo murmura y se alza; pero si yo llenara mi laud y me dirigiera al Campo de Marte, si les entonara aquel canto que me oísteis durante el incendio, ¿no

crees tú que los conmovería, como Orfeo conmovió á las fieras?

A esto Tulio Senecio, que se hallaba anhelante por volver al lado de las esclavas que había traído de Ancio y que hacía rato sentíase impaciente, replicó:

—Sin duda alguna, César, en caso de que te permitan empezar.

—¡Vámonos á Grecia!—exclamó entonces Nerón, lleno de disgusto.

Pero en ese momento entró Popea, seguida por Tigelino.

Las miradas de los presentes volviéronse á él instintivamente, porque jamás un triunfador había ascendido las gradas del Capitolio con más orgullo que el del prefecto de los pretorianos al presentarse de nuevo ante el César.

Empezó á hablar lenta y enfáticamente, con un tono en el cual se advertía una especie de mordacidad acerada, y dijo:

—Escúchame, ¡oh César! porque al fin puedo decirte que he encontrado!

El pueblo tiene sed de venganza y quiere, no una víctima, sino centenares, miles de ellas. ¿Has oído tú decir, señor, quién era Cristo, aquel á quien Poncio Pilatos hizo crucificar? ¿Y sabes tú quienes son los cristianos? ¿No te he hablado ya de sus crímenes, de sus indignas ceremonias, de sus predicciones de que el mundo será destruido por el fuego?

El pueblo los aborrece y sospecha de ellos. Nadie los ha visto en templo alguno, porque consideran á nuestros dioses como espíritus malignos; y no frecuentan el *Stadium* (1) porque miran con desden las carreras de caballos. Jamás las manos de un cristiano te han rendido el homenaje de sus aplausos. Ninguno de ellos te ha reconocido

(1) Estadio (espacio de 125 pasos geométricos, ó de 625 pies ó la octava parte de una milla, que consta de diez pasos en que se ejercitaban los artistas en las carreras y en la lucha). —Carrera de caballos.

jamás como dios. Son los enemigos de la raza humana, de la ciudad, y los enemigos tuyos. El pueblo murmura contra tí; pero tú no me has dado orden de incendiar á Roma y no he sido yo quien la ha incendiado. El pueblo quiere venganza, ¡que la tengan! El pueblo quiere sangre y fuego, ¡que los tengan! El pueblo sospecha de tí; ¡que sus sospechas tomen otra dirección!

Nerón le escuchó atónito al principio; mas á medida que avanzaba Tigelino, se demudaba su rostro de histrion y se iban pintando en él sucesivamente, la cólera, el pesar, la simpatía, la indignación.

De súbito levantóse y arrojando á un lado la toga, que cayó á sus pies, alzó al cielo sus manos y permaneció silencioso durante algún tiempo.

Por último, dijo con acento trágico:

—¡Oh, Zeus, Apolo, Hera, Atenea, Proserpina y todos vosotros, dioses inmortales! ¿Por qué no habéis venido en nuestro auxilio? ¿Qué delito ha cometido esta desventurada ciudad contra esos seres tan desdichados como crueles, para que de manera tan inhumana la hayan incendiado?

—Son los enemigos de la humanidad y tus propios enemigos,—dijo Popea.

—¡Haz justicia!—exclamaron otros.—¡Castiga á los incendiarios! ¡Los mismos dioses claman venganza!

Sentóse Nerón entonces, inclinó la cabeza sobre el pecho y guardó silencio por segunda vez, cual si le hubiese anonadado la perversidad de lo que acababa de escuchar. Después agitando los brazos, dijo:

—¿Qué castigos, qué torturas podrían igualar á crimen semejante? Espero que los dioses me iluminen, y auxiliado por los poderes del *Tartarus* (1) he de dar á mi pobre pueblo un espectáculo tal, que en los siglos venideros me recuerden con gratitud las nuevas generaciones.

Una nube obscureció la frente de Petronio.

(1) El tártaro, el infierno, Plutón.

Comprendió el peligro que amenazaba las cabezas de Ligia y Vinicio, á quienes amaba, y de todas esas gentes cuya religión no aceptaba él, pero de cuya inocencia estaba cierto.

Pensó también que iba á empezar una de esas orgías sangrientas, insoportables para sus ojos y su temperamento estético.

Pero sobre todo pensó:

—Debo salvar á Vinicio, quien se volvería loco si pereciera esa doncella—

Y esta consideración se sobrepuso á toda otra, porque Petronio veía muy bien que ahora iba á emprender el juego más peligroso que hubiera intentado en su vida entera.

Empezó, no obstante, á hablar con la negligencia indiferente y fría que solía adoptar cuando criticaba ó ridiculizaba los planes del César y de los augustianos que no hallaba ajustados á su norma estética. Y dijo:

—¡Habéis encontrado las víctimas! Es cierto. Podréis mandarlas á la arena ó hacerlas vestir las «túnicas dolorosas» (1). También es cierto. Pero, ¡escuchadme! Tenéis autoridad, tenéis pretorianos, tenéis poder; mostraos entonces sinceros, por lo menos, cuando nadie hay de fuera que nos esté escuchando! ¡Engañad al pueblo, pero no os engañéis á vosotros mismos!

Entregad los cristianos al populacho, condenadles á todas las torturas que os plazcan; mas tened el coraje de confesaros á vosotros mismos que no fueron ellos quien incendiaron á Roma ¡Bah! Me llamáis «*arbi.er elegantiarum*»; pues bien, permitid entonces que os declare que no me es posible admitir ni soportar comedias detestables! ¡Bah! Todo esto me recuerda los teatros barracas de la Puerta Asinaria, en los cuales los actores desempeñan papeles de dioses y de reyes para divertir á la gentuza de los su-

(1) O túnica fúnebre. *Túnica molesta*, llamaban á la túnica azufrada que hacían vestir á ciertos criminales y les ponían en seguida fuego.

burbios, y una vez terminado el espectáculo comen cebollas con vino agrio ó reciben sendas palizas. ¡Sed dioses y reyes en realidad, ya que podéis permitirlos! En cuanto á tí, ¡oh César! que acabas de amenazarnos con el juicio de las edades futuras, piensa que ese juicio te ha de comprender á tí también. ¡Por la divina Clío! ¡Nerón, señor del mundo, Nerón dios, incendió á Roma porque era tan poderoso en la tierra como Zeus en el Olimpo; Nerón, poeta, amó tanto la poesía, que á ese amor sacrificó hasta la propia patria! Desde el principio del mundo nadie ha realizado un hecho semejante; nadie ha osado ni siquiera intentarlo. ¡Te imploro en nombre de las dos veces coronadas Libétrices (1) que no renuncies á semejante gloria, porque los cantos que á tí se dediquen resonarán de siglo en siglo! ¿Qué será Priamo á tu lado; qué Agamenón; qué Aquiles; qué los dioses mismos? No es necesario que declaremos que el incendio de Roma fué bueno; fué colosal y extraordinario, y eso basta. Y dígotte además, que el pueblo no ha de alzar una mano contra tí! No es cierto eso que te cuentan. Ten valor; guárdate de llevar á cumplimiento actos indignos de tí, pues lo único que amenazar te pudiera, sería el que las edades futuras declarasen:

«Nerón incendió á Roma; pero, César tímido y pusilánime poeta, negó después por cobardía un hecho tan colosal, culpando en cambio á personas inocentes!»

Las palabras del árbitro produjeron en el ánimo de Nerón, como de costumbre, una impresión profunda; pero Petronio no se hacía ilusiones acerca de que acababa de recurrir á un medio extremo que, llegada una eventualidad favorable, podría ciertamente salvar á los cristianos, pero al mismo tiempo era más fácil que se volviera contra él y causara su ruína.

Sin embargo, no había tenido ni un momento de vacilación, porque se trataba á la vez de Vinicio, á quien amaba, y del pelígro, con el cual se complacía en luchar.

(1) Las musas, á quienes estuvo consagrada la fuente Libetra.

—El dado está echado,—se dijo,—y vamos á ver ahora hasta qué punto el temor por su propia vida se sobrepone en el mono á su amor á la gloria.

Y en su interior no dudaba de que el temor había de prevalecer.

Entretanto, reinó el silencio después de estas palabras.

Popea y todos los presentes miraban á los ojos del César con el anhelo con que se aguarda un arco iris después de una tempestad.

Nerón empezó por fin á levantar los labios hasta apegarlos á la nariz, como era su costumbre cuando se hallaba perplejo.

Por último, se pintó en su rostro una expresión de inquietud y desagrado.

—¡Señor!—exclamó Tigelino al notarlo,—permíteme retirarme; porque cuando hay gentes que desean exponer tu persona á la destrucción, llamándote al propio tiempo César cobarde, poeta desmedrado, incendiario y comediante, mis oídos no pueden soportar tales expresiones!

—He perdido,—pensó Petronio.

Pero, volviéndose á Tigelino, lo midió con una mirada en la cual se advertía su inmenso desprecio de gran patricio culto y refinado, por aquel malhechor protervo y ruín.

—Tigelino,—dijo,—fui á tí á quien llamé comediante, pues no eres otra cosa en este propio momento.

—¿Acaso porque no he querido seguir escuchando tus insultos?

—Eres un histrión, porque estás fingiendo un amor sin límites hacia el César, tú que hace pocos instantes le amenazabas con los pretorianos, amenaza que todos comprendimos tan bien como él.

Tigelino, que no había pensado fuera Petronio suficientemente audaz para arrojar semejantes dados sobre el tapete, púsose pálido, perdió la cabeza y enmudeció.

Esta fué, sin embargo, la última victoria que logró al-

canzar el árbitro del buen gusto sobre su rival, porque, en ese propio momento, dijo Popea:

—Señor, ¿cómo puedes permitir que siquiera pase por la cabeza de alguien un pensamiento semejante; y todavía más: que haya alguien que se atreva á manifestarlo de viva voz en tu presencia?

—¡Castiga al insolente!—exclamó Vitelio.

Nerón alzó de nuevo los labios hasta las narices y volviendo hacia Petronio sus ojos miopes y vidriosos, dijo:

—¿Es esta la manera como correspondes á la amistad que te he brindado?

—Si estoy en un error, demuéstramelo,—dijo Petronio;—pero sabe que mis palabras las dicta sólo el afecto que por tí siento.

—¡Castiga al insolente!—repitió Vitelio.

—¡Castígalo!—exclamaron muchas voces.

Y en el *atrium* se notó un movimiento y un sordo murmullo y empezaron todos á retirarse del lado de Petronio.

Hasta el mismo Tulio Senecio, su constante compañero en la corte, apartóse de él, y lo propio hizo el joven Nerva, quien hasta entonces habíale demostrado la mayor amistad.

Al cabo de pocos instantes, Petronio se halló solo en el lado izquierdo del *atrium*, sonriente el labio y reuniendo con las manos los pliegues de su toga, en tanto que aguardaba lo que hiciese ó dijera el César.

—Me pedís que le castigue,—dijo por fin Nerón;—pero es mi amigo y compañero, y aun cuando me ha herido en el pecho, sepa él que para los amigos este corazón no encierra otra cosa que indulgencia.

—He perdido y estoy perdido—pensó Petronio.

Entretanto, levantóse el César y quedó terminada la consulta.

CAPÍTULO XLIX

Petronio volvió á su casa.

Nerón y Tigelino pasaron al *atrium* de Popea, en donde

los esperaban las personas con quienes el prefecto había hablado ya.

Estos eran dos rabinos del Trans-Tiber,—mitrados y revestidos con trajes largos y solemnes,—su ayudante un joven copista, y además Chilo.

A la vista del César, los sacerdotes pusiéronse pálidos de emoción, y levantando desmesuradamente los brazos hicieronle profundísima reverencia, en tanto que uno de ellos, dirigiéndose á Nerón, pronunciaba estas palabras:

—¡Salud á tí, oh soberano de la tierra, protector del pueblo ecogido, y César; león entre los hombres, cuyo reino es como la luz del sol, como el cedro del Líbano, como una fuente, como una palma, como el bálsamo de Jericó!

—¿Rehusáis acaso llamarme dios?—preguntó Nerón.

Los sacerdotes pusiéronse aún más pálidos. El más anciano de ellos repuso:

—Tus palabras, señor, son tan dulces como un racimo de uvas, y como un higo maduro, porque Jehová llenó tu corazón de bondad, El predecesor de tu padre, Cayo César, era severo: sin embargo, nuestros enviados no le llamaron dios, prefiriendo la muerte á la transgresión de su ley.

—¿Y no ordeno Caligulia que fueran arrojados á los leones?

—Nó, señor: Cayo César temió á la cólera de Jehová.

Y al decir estas palabras alzaron la cabeza, pues el nombre del poderoso Jehová les infundía valor, y confiados ahora en su fuerza, miraron á la cara de Nerón con más entereza.

—¿Acusáis á los cristianos de haber incendiado á Roma?—preguntó el César.

—Nosotros, señor, los acusamos tan solo de esto: son los enemigos de la ley, de la raza humana, y tus propios enemigos; y desde hace tiempo han amenszado con el fuego á la ciudad y al mundo entero. Lo demás te lo dirá este

hombre, cuyos labios jamás ha manchado una mentira, porque por las venas de su madre corría la sangre del pueblo escogido.

Nerón volvióse entonces á Chilo y dijo:

—¿Quién eres tú?

—Un hombre que te rinde sus homenajes, ¡oh, Cirol y además, un pobre estoico...

—Aborrezco á los estoicos,—dijo Nerón.—Aborrezco á Trasea; aborrezco á Musonio y á Cornuto. Sus discursos me son repulsivos, así como su desprecio por el arte y su voluntaria suciedad é inmundicia.

—¡Oh, señor! Séneca, tu maestro, tiene mil mesas de madera de cedro. Si tú lo deseas, podré tener el doble. Soy estoico por necesidad. Exorna, ¡oh radiosol mi estoicismo con una guirnalda de rosas, ponle delante de un cántaro de vino y te cantará Anacreonte con tal entonación que será capaz de ensordecer al último epicúreo.

Neron, que se sintió muy halagado el epíteto de «radio-so,» dijo sonriendo:

—Estoy satisfecho de tí.

—¡Este hombre vale cuanto pesa en oro!—exclamó Tigelino.

—Más, junta á mi peso tu liberalidad; pues de otra manera puede el viento llevarse toda mi recompensa, contestó Chilo.

—El no sobrepujaría en peso á Vitelio,—observó Neron.

—¡Oh, Apolo, el del arco de platal mi ingenio no es de plomo!

—Veo que tu fé no te impide llamarme dios.

—¡Oh inmortal! Mi fé se halla puesta en tí; los cristianos blasfeman contra esa fe: por eso los aborrezco.

—¿Qué sabes tú de los cristianos?

—¿Me permites llorar, oh divinidad?

—Nó,—contestó Nerón;—el llanto me fastidia.

—Tienes tres veces razón; porque los ojos que te han

visto á ti deben quedar para siempre libres de lágrimas. ¡Oh señor, defiéndeme contra mis enemigos!

—Háblanos de los cristianos,—dijo Popea, con entonación en que se advertía una ligera impaciencia.

—Se hará como tú ordenas. ¡Oh Isis!, contestó Chilo.—Desde mi juventud me consagré á la filosofía y al descubrimiento de la verdad. Busqué ésta entre los antiguos divinos sabios, en la Academia de Atenas y en el templo de Serapis, en Alejandría. Cuando oí hablar de la existencia de los cristianos, creí que éstos formaban una nueva escuela en la cual podría yo acaso encontrar uno pocos granos de verdad, y para desgracia mía conocí á los individuos de esa secta. El primer cristiano que mi mala suerte me puso delante fué un médico de Nápoles, llamado Glauco. Por él supe entónces que adoran á un cierto Chrestos, quien prometió aniquilar á todos los hombres y destruir todas las ciudades de la tierra, dejándolos á ellos en salvo si le ayudaban á exterminar a los hijos de Deucalión. Por esta razón, ¡oh señora! ellos aborrecen á los hombres y envenenan las fuentes; por esta razón en sus asambleas llueven maldiciones sobre Roma y sobre todos los templos en que se rinde culto á nuestros dioses. Chrestos fué crucificado; pero antes prometió que cuando Roma hubiera sido destruida por el fuego, él volvería y entregaría á los cristianos el dominio del mundo.

—Ahora comprenderá el pueblo por qué Roma fué destruída,—dijo Tigelino interrumpiendo:

—Muchos lo comprenden ya, ¡oh señor! porque yo recorro los jardines, recorro el campo de Marte y propago mis enseñanzas. Pero, si me escuchais hasta el fin, llegaréis á conocer las razones que justifican mi venganza.

Glauco el médico no me reveló al principio que su religión enseñaba el odio á la humanidad. Por el contrario, me dijo que Chrestos era un buen dios y que la base de su religión era el amor. Mi sensible corazón no pudo resistir á una verdad semejante; cobré, pues, afición á Glauco,

tuve fe en él, con él compartí hasta el último mendrugo de pan, hasta la última moneda de cobre; y ¿sabes tú, señora, cómo correspondió á mi afecto? ¡En el camino de Nápoles á Roma me hirió con un puñal y vendió á un mercader de esclavos á mi mujer, la joven y hermosa Berenice! ¡Si Sófocles conociera mi historial... Pero, ¿qué digo? Aquí me está escuchando es este instante alguien superior á Sófocles.

—¡Pobre hombre!—dijo Popea.

—Quien ha visto el rostro de la Venus Afrodita no es pobre, ¡oh señora! y yo lo estoy viendo en este momento.

Pero entónces recurrí á los consuelos de la filosofía. Vuelto á Roma, busqué á los jefes de los cristianos y traté de obtener de ellos justicia contra Glauco. Pensé que le obligarían á devolverme mi mujer. Conocí á su pontífice supremo, también á otro, llamado Pablo, que estuvo preso en esta ciudad, pero fué puesto en libertad después: conocí al hijo del Zebedeo, á Lino, á Clito y muchos otros. Sé donde vivieron antes del incendio y sé donde se reunen actualmente. Puedo señalar una excavación en el Monte Vaticano y un cementerio fuera de la Puerta Nomentana, en donde celebran sus vergonzosas ceremonias. He visto al Apóstol Pedro. He visto como Glauco mataba á los niños á fin de que el Apóstol pudiera tener sangre con qué rociar las cabezas de los presentes; y ví á Ligia, la hija adoptiva de Pomponia Graecina, quien se jactaba de que, no habiendo podido aportar la sangre de un infante, ofrecía en cambio la muerte de uno, porque había hechizado á la pequeña Augusta, tu hija, ¡oh Ciro! y la tuya, ¡Oh Isis!

—¿Has oido, César?—preguntó Popea.

—¡Es posible!—exclamó Nerón.

—Yo habría podido olvidar los agravios recibidos en mi persona, — continuó Chilo;— pero, cuando conocí el inferido á vosotros, quise matarla. Desgraciadamente me lo impidió el noble Vinicio, quien la ama.

—¿Vinicio? Pero, ¿acaso no huyó de él esa joven?

—Ciertamente; pero él la buscó, porque no podía existir sin ella. Por una miserable recompensa le ayudé á encontrarla y yo fuí quien le señaló la casa en que ella vivía entre los cristianos, en el Trans-Tiber. Allí fuimos juntos, y con nosotros tu lidiador Crotón, á quien el noble Vinicio alquiló para que le protegiera. Pero Ursus, el esclavo de Ligia, aplastó á Crotón. Ese es un hombre de una fuerza terrible, ¡oh señor! y que puede romperle el cuello á un toro con tanta facilidad como cualquiera de nosotros cortar un tallo de amapola. Aulio y Pomponia le amaban por esa causa.

—¡Por Hércules!—dijo Nerón,—el mortal que ha aplastado á Crotón merece una estatua en el Forum! Pero tú, viejo, estás equivocado ó nos engañas, porque Vinicio mató á Crotón con un cuchillo.

—Así es como las gentes calumnian á los dioses. ¡Oh señor! yo mismo ví cómo se rompían las costillas de Crotón entre los brazos de Ursus, quien se precipitó en seguida sobre Vinicio y le habría victimado también, á no ser por Ligia. Vinicio estuvo largo tiempo enfermo después de aquel suceso; pero ellos le curaron, con la esperanza de que á influjos del amor llegaría á hacerse cristiano. Y en efecto, Vinicio es cristiano en la actualidad.

—¿Vinicio?

—Sí.

—¿Y acaso también Petronio? preguntó Tigelino con acento anhelante.

Chilo se retorció como un gusano, frotóse en seguida las manos y dijo:

—Admiro tu penetración, ¡oh señor! En efecto, bien puede haberse hecho también cristiano. Es muy probable.

—Ahora comprendo porqué defiende á los cristianos.

Nerón dijo entonces riendo:

—¿Petronio cristiano? ¿Petronio enemigo de la vida y de

sus goces? No digas necedades; no intentes persuadirme de eso, porque entonces ninguna otra cosa podré creerte.

—Pero el noble Vinicio se hizo cristiano, señor. Te juro por los resplandores que de tu persona irradian que digo la verdad, y que nada me causa un disgusto más hondo que la mentira. Pomponia Graecina es cristiana, el pequeño Aulio es cristiano, cristiana es Ligia, y también Vinicio.

Yo serví fielmente á este último y en recompensa, por insinuación de Glauco el médico, me hizo azotar, apesar de ser viejo y estar á la sazón enfermo y con hambre. Y he jurado por las Parcas que no habría de olvidar esa injuria. Véngala tú, ¡oh señor! y en cambio te entregaré á Pedro el Apóstol, á Lino, Clito, Glauco y Crispo, que son los más allos, y á Ligia y Ursus. Y te señalaré á centenares, á millares de ellos, é indicaré sus casas de oraciones y los cementerios; y todas tus prisiones no bastarán á contenerlos! Sin mí, no podríais encontrarlos.

En mis desgracias he buscado siempre consuelo hasta hoy solamente en la filosofía; pero de aquí en adelante lo he de hallar en los favores que descendan sobre mí. ¡Soy viejo y no he conocido las dulzuras de la vida: permite que empiece á conocerlas desde hoy!

—Según eso, tú anhelas ser estoico delante de un plato colmado,—dijo Nerón.

—Quien te presta servicios, creo merece bien que le colmen el plato.

—No te equivocas, ¡oh filósofo!

Pero Popea no abandonaba ni por un momento la idea de vengarse de sus enemigos. Su pasión por Vinicio no había sido en realidad sino un capricho pasajero, hijo de un momento de celos, ira y vanidad heridas. Pero la frialdad del joven tribuno hirió profundamente su orgullo y llenó su corazón de un obstinado encono. El sólo hecho de que hubiera osado Vinicio preferir á otra mujer, parecía á sus ojos un delito que pedía venganza. En cuanto á Li-

gia, la había odiado desde el primer instante, que fué para ella un instante de alarma en presencia de la hermosura de aquel lirio boreal. Bien podía Petronio decir cuanto quisiera acerca las exiguas formas de la doncella, cuando hablara de ella al César, más no á la Augusta. Popea, con ojo crítico, al primer golpe de vista comprendió que en toda Roma solamente Ligia podía rivalizar con ella y aún eclipsarla.

Y por consiguiente juro su perdición.

—Señor,—dijo,—¡venga á nuestra hija!

—¡Apresuraos!—exclamó Chilo,—apresuraos! De otra manera Vinicio podría ocultarla. Yo señalaré la casa á la cual volvió después del incendio.

—Te daré diez hombres é irás al instante,—dijo Tigelino.

—¡Oh, señor! Tú no has visto á Crotón entre los brazos de Ursus. Si me das cincuenta hombres, iré á mostrar la casa, pero sólo desde cierta distancia. Más, si no os apodeáis de Vinicio, estoy perdido.

Tigelino miró á Nerón y dijo:

—¿No sería ya tiempo, ¡oh divinidad! de terminar de una vez con el tío y el sobrino?

Nerón, después de haber meditado un momento replicó:

—Nó, todavía nó. El pueblo no nos creería, aunque intentáramos persuadirlo, que Petronio, Vinicio ó Pomponia Graecina habían puesto fuego á Roma. Sus casas eran demasiado hermosas. Más tarde les llegará su turno; al presente necesitamos otras víctimas.

—Entonces, ¡oh señor! dame una custodia de soldados,—dijo Chilo.

—Atiende á eso, Tigelino.

—Te hospedarás entretanto en mi casa,—dijo el prefecto á Cbilo.

La más inmensa alegría se pintó en el semblante del griego.

—¡Os los entregaré á todos! pero, ¡apresuraos! ¡apresuraos!—exclamó con voz ronca.

CAPÍTULO L

Alsepararse del César, Petronio había ordenado que le condujeran á su casa de las Carenas, la cual, rodeada por jardines en tres de sus costados y dando frente á la plaza Cecilia, había escapado afortunadamente del incendio.

Por esta causa otros augustianos, que habían perdido sus casas y dentro de ellas considerables riquezas y numerosas obras de arte, alababan la buena suerte de Petronio.

Verdad es que por espacio de largos años habíasele llamado siempre el hijo predilecto de la Fortuna, calificativo cuya exactitud había parecido confirmar la creciente amistad que el César habíale demostrado en los últimos tiempos.

Pero, ese hijo predilecto de la Fortuna, bien podía ponerse ahora á meditar acerca de la volubilidad de su madre, mejor dicho, acerca de su semejanza con Cronos, que devoraba á sus propios hijos.

—Se hubiese incendiado siquiera mi casa,—dijose asimismo,—y con ella mis gemas, mis vasos etruscos, mis cristales de Alejandría y mis bronces corintios, y entonces Nerón bien podría haber olvidado la ofensa. ¡Por Pólux! ¡Y pensar que sólo de mí ha dependido el ser prefecto en este propio momento! Y habría entonces declarado que Tigelino era el autor del incendio, — como lo es en realidad, — héchole vestir la «túnica dolorosa», entregándolo al populacho, brindado protección á los cristianos y reconstruido á Roma. ¿Y quién sabe si entonces hasta hubiera empezado una nueva era para los hombres de bien?

Yo debí asumir ese puesto, si bien hubiera sido tan solo por consideración á Vinicio. Y en caso de sentirme abrumado por la tarea, quedábame el recurso de transferir el

mando al propio Vinicio, á lo cual no habría ni siquiera intentado oponerse Nerón. Y entonces, aun cuando mi sobrino hubiera bautizado á todos los pretorianos y hasta al mismo César, ¿qué daño podría de ello resultarme á mí? Nerón piadoso, Nerón lleno de virtud y de clemencia: ¡qué entretenido espectáculo!

Y su indolencia era tan grande que empezó á reir ante esa perspectiva.

Pero minutos después sus pensamientos siguieron otro rumbo.

Parecióle hallarse todavía en Ancio y que Pablo de Tarso le decía: «Nos llamais enemigos de la vida; pero contéstame, Petronio: si el César fuera cristiano y obrara con sujeción á las enseñanzas de nuestro credo, ¿no habría mayor seguridad y bienestar en la vida?»

Y al recordar esas palabras repuso:

—¡Por Cástor! No importa cuantos sean los cristianos que aquí asesinen: Pablo encontrará un nuevo refuerzo de otros tantos; porque él tiene razón, á menos que sea posible que el mundo descanse sobre la base del crimen. ¿Y quién sabe si este no llega á ser el caso en breve? Yo mismo que he estudiado no poco en la vida, no he aprendido á ser un pícaro suficientemente grande; por lo cual necesario será que me abra las venas. Pero, en todo caso, ello habría debido terminar así, y si no así, de cualquier otro modo. Lo siento por Eunice y por mi vaso mirrino; pero Eunice está hoy libre y el vaso me lo llevaré. ¡No se ha de quedar con él Enobarbo en ningún caso! Lo lamento asimismo por Vinicio. Y aún cuando últimamente me he sentido menos fastidiado que antes, estoy listo. En este mundo hay cosas bellas; pero la mayor parte de los hombres son tan viles, que la vida no merece apenarse por ella. Quien ha sabido vivir, debe saber morir. Aun cuando pertenezco al número de los augustianos, he sido más independiente de lo que se ha creído.

Y aquí se encogió hombros, agregando:

—Pueden creer que me tiemblan las rodillas en este instante y que el terror me eriza los cabellos; pero el hecho es que al llegar á casa me daré un baño en agua de violetas; mi Eunice de áureos cabellos me ungirá personalmente y luego, después de un refrigerio, haremos que nos canten el himno á Apolo, que compuso Antemio. Ya una vez me dije á mí mismo que no valía la pena de pensar en la muerte, pues la muerte piensa en nosotros sin necesidad de que vayamos en su ayuda. Sería una maravilla el que en realidad existiesen los Campos Elíseos y en ellos se pasearan las sombras de los humanos. Eunice iría entonces, llegado el momento, á reunirse conmigo y vagaríamos juntos por el prado de asfódelos. Y allí también me encontraría con mejor sociedad que la de este suelo. ¡Qué bufones y charlatanes! ¡Ralea vil, ajena á todo buen gusto y pulimento! ¡Decenas de árbitros de la elegancia no serían bastantes para transformar esos Trimalciones en personas decentes! ¡Por Proserpina! Harto estoy ya de todos ellos!

Y observó con asombro que ahora sentíase á mayor distancia que antes de todas esas gentes.

Habíalas conocido y considerado en su justo valor oportunamente y formándose concepto cabal acerca de lo que debía pensar respecto á ellos; no obstante, ahora parecía hallarse con ellas en mucha mayor divergencia y considerábalas merecedoras de mayor desprecio que nunca. Así, pues, estaba ya harto de su sociedad!

En seguida púsose á pensar en su situación personal. Su penetración ingénita le hizo comprender que la ruina definitiva no le amenazaba todavía con verdadera inminencia.

Nerón había aprovechado la oportunidad de pronunciar unas cuantas estudiadas y selectas frases acerca de la amistad y de la clemencia, las cuales por el momento lo ligaban en cierta manera.

—Tendrá que buscar pretextos,—se dijo Petronio,—y

mientras los encuentra, bien puede pasar mucho tiempo. Ante todo, celebrará con cristianos los próximos juegos, y solo después que estos hayan terminado pensará en mí. Y siendo esto cierto, innecesario es que me tome ninguna molestia, ni que cambie mi sistema de vida. Un peligro más inmediato es el que amenaza á Vinicio.

Y entonces concentró su pensamiento en el joven tribuno, á cuya salvación hizo el propósito de consagrarse.

A la sazón cuatro fornidos bitinios iban conduciéndole rápidamente en su litera al través de los escombros, piedras y montones de ceniza de que estaba aun lleno el barrio de las Carenas; pero les ordenó que apresurasen todavía más el paso, á fin de llegar á su morada cuanto antes.

Vinicio, cuya «ínsula» se había incendiado, vivía con él ahora y se hallaba por fortuna en casa.

—¿Has visto hoy á Ligia?—fueron las primeras palabras de Petronio.

—Sí; acabo de regresar de allí en este momento.

—Pues bien, escucha lo que voy á decirte, y no pierdas tiempo en hacer preguntas. Esta mañana se ha resuelto en casa del César culpar á los cristianos del incendio de Roma. Les amenazan, pues, las persecuciones y las torturas. Y estas pueden dar principio ahora mismo. Toma á Ligia y huye al punto; pasa los Alpes, llega hasta el Africa, si es posible. Y apresúrate, porque el Trans-Tíber se halla más cerca del Palatino que de esta casa.

Vinicio era en verdad demasiado soldado para perder el tiempo en averiguaciones inútiles. Escuchó, pues, á Petronio, fruncido el entrecejo y en el rostro una expresión anhelante y á la vez terrible, pero impávida.

Evidentemente su primer impulso en presencia del peligro era defenderse y dar batalla.

—Voy,—se limitó á decir.

—Una palabra más. Lleva una bolsa de oro, armas y un puñado de tus cristianos. Y en caso de necesidad, arrebatá á Ligia de las garras de tus enemigos!

Vinicio hallábase ya en la puerta del *atrium*, cuando Petronio exclamó en seguida:

—¡Mándame noticias con un esclavo!

Al quedar solo, empezó el árbitro á pasearse por entre las columnas que adornaban el *atrium* y á pensar en los últimos acontecimientos. Sabía que después del incendio, Ligia y Lino habían vuelto á la casa de este último, la cual, como casi todo el Trans Tíber, había salvado de las llamas; y era esa una circunstancia desfavorable, porque de otra manera difícil habría sido encontrarlos en medio de la multitud.

No obstante, esperaba Petronio que, en el estado en que se hallaban las cosas, nadie sabría en el Palatino dónde vivían, y por consiguiente, de todas maneras lograría Vinicio adelantarse á los pretorianos.

Ocurriábase también que Tigelino, en el deseo de apoderarse de un solo golpe del mayor número de cristianos, extendería sus redes por toda la ciudad.

—Aun cuando manden unos diez hombres en busca de Ligia,—pensó,—ese gigante ligur les romperá los huesos, y con mucha mayor seguridad si Vinicio acude con auxiliares.

Y esta idea le tranquilizó.

Cierto era que resistir á los pretorianos era casi lo mismo que declarar la guerra al César.

Petronio sabía también que si Vinicio se sustraía á la venganza de Nerón, esa venganza podría caer sobre su propia cabeza; mas ello le importaba poco.

Por el contrario, complaciase en la idea de cruzar los planes de Nerón y Tigelino; y resolvió no omitir en esta empresa ni hombres ni recursos. Puesto que en Ancio, Pablo de Tarso había convertido á la mayor parte de sus esclavos, sabía que al empeñarse en la defensa de los cristianos, podía contar con el celo y abnegación de esos neófitos.

La entrada de Eunice vino á interrumpir el curso de sus meditaciones.

A su vista se desvanecieron, sin dejar huella alguna, todas sus preocupaciones y afanes. Olvidó al César, la desgracia en que había caído, la degradación de los angustianos, las persecuciones que amenazaban á los confesores de Cristo; y olvidó á Vinicio y á Ligia, para concentrar su pensamiento solo en Eunice, á quien miraba con ojos de verdadero esteta,—enamorado de sus maravillosas formas,—y de amante, para quien esas formas solo amor podían inspirar.

Venía ella ataviada con un transparente traje violeta llamado «Coa vestis» (1), al través del cual advertíanse las que se dirían sus virginales formas, y estaba tan bella como una diosa.

Y sintiéndose admirada por Petronio, amándole á la vez con toda su alma, y anhelante siempre por sus caricias, al hallarse delante de él cubrióse de rubor su enajenado rostro cual si en realidad fuera una inocente virgen.

—¿Qué vienes á decirme, Carite? (2)—preguntó Petronio extendiendo las manos.

Eunice inclinó hacia él su áurea cabeza y contestó:

—Antemio ha venido con sus coristas y pregunta si deseas oírle.

—Que espere; nos cantará durante la comida el himno á Apolo. ¡Por las arboledas de Pafos! Cuando te veo en ese «Coa vestis» me figuro que tengo delante á Venus Afrodi-ta, velada por un cendal etéreo!

—¡Oh, señor!

—Ven aquí, Eunice: estréchame en tus brazos y dame tus labios. ¿Me amas?

—Tanto no pudiera amar al mismo Zeus.

Y oprimiendo con los suyos los labios de Petronio, se echó en sus brazos temblando de felicidad.

(1) Vestido de gasa transparente, que dejaba traslucir las formas de todo el cuerpo.

(2) De Charites (Carites), las tres Gracias: Aglae, Eufrosina y Talía.

Al cabo de algunos momentos, Petronio dijo:

—¿Y si fuera menester que nos separásemos?

Eunice le miró con expresión llena de sobresalto y dijo:

—Señor: ¿qué dices?

—Nada temas; te hago esta pregunta, porque es posible que deba emprender un largo viaje.

—Llévame contigo..

Petronio cambió entonces rápidamente de conversación y repuso:

—Dime, ¿hay asfóledos en los céspedes del jardín?

—Los cipreses y los céspedes se han puesto amarillos por el fuego, los mirtos se han deshojado y todo el jardín parece cual si estuviera muerto.

—Roma entera está así; y pronto se convertirá en un cementerio real. ¿Sabes que se va á promulgar un edicto contra los cristianos, y van á empezar las persecuciones, durante las cuales perecerán millares de ellos?

—¿Porqué castigar á los cristianos, señor? Son buenos y pacíficos.

—Por esa misma razón.

—Vámonos al mar. Tus hermosos ojos no gustan del espectáculo de la sangre.

—Sí; pero entretanto, necesario es que me bañe. Ven al *elaeothesium*, y me ungrás los brazos. ¡Por el cinturón de Venus! ¡Nunca me has parecido más bella! He de ordenar que hagan paratí un baño en forma de concha: tú en ella te verás como preciosísima perla. ¡Ven, diosa mía de cabellos de oro!

Y Petronio salió.

Una hora después ambos amantes, coronados de rosas y anublados los ojos por el placer, descansaban en el triclinio delante de una mesa cubierta de áurea vajilla.

Servíanles niños en trajes de Cupidos, bebían vino en cálices exornados de hiedra y escuchaban el himno de Apolo, cantado al son de harpas bajo la dirección de Antemio.

¿Qué les importaba á la sazón la ciudad incendiada, con sus chimeneas en pie como sendos jalones denunciadores de la ruina de antiguas moradas; ni que las ráfagas de viento estuvieran esparciendo en todas direcciones las cenizas de la que había sido Roma?

Ellos eran felices pensando tan sólo en el amor que hacía de sus vidas un divino sueño.

Mas, antes de que terminara el himno, un esclavo, el jefe del *atrium*, penetró en el triclinio.

—Señor,—dijo con voz temblorosa por la alarma,—un centurión con un destacamento de pretorianos se halla delante de la puerta y, por orden del César, desea verte.

Suspendiéronse entonces el canto y los sonos de los laudes. Y el temor se apoderó de los presentes; porque el César en sus comunicaciones con personas amigas, no acostumbraba servirse de los pretorianos y la presencia de éstos en época semejante, nada bueno podía augurar.

Petronio fué allí la única persona que no demostró la menor emoción; pero dijo, como un hombre á quien fastidian visitas importunas:

—Bien podían dejarme comer en paz.

Y volviéndose al jefe del *atrium* agregó:

—Que entre.

El esclavo desapareció detrás de la cortina y un momento después sintiéronse pesados pasos y se presentó Aper, centurión á quien Petronio conocía. Venía armado y traía en la cabeza un yelmo de hierro.

—Noble señor,—dijo;—te traigo una carta del César.

Petronio extendió perezosamente su blanca mano, tomó la tabla y echando una ojeada sobre ella, la pasó con tranquilo ademán á Eunice diciendo:

—Esta noche se propone dar lectura á un nuevo libro de su Troyada y me invita á que le escuche.

—Sólo he recibido la orden de entregarte la carta,—dijo el centurión.

—Sí; no hay respuesta. Pero, centurión, bien podías

descansar un momento en nuestra compañía y vaciar una copa de vino.

—Gracias te doy, noble señor. Una copa de vino beberé gustoso á tu salud, pero descansar no me es posible, porque estoy de servicio.

—¿Porqué te han dado á tí la carta y no me la enviaron con un esclavo?

—Lo ignoro, señor. Acaso porque yo debía venir en esta dirección en desempeño de otro encargo.

—Lo sé; contra los cristianos, ¿no es eso?

—Sí señor.

—¿Desde cuándo ha empezada la persecución?

—Antes de medio día han sido enviados algunos destacamentos al Trans-Tíber.

Y dicho esto el centurión bebió un poco de vino en honor de Marte; luego echó el resto, hasta vaciar la copa, y dijo:

—Concédante ¡oh señor! los dioses cuanto desear puedas!

—Llévate la copa en recuerdo mío,—dijo Petronio.

Y en seguida ordenó con un ademán á Antemio que terminase el himno á Apolo.

—Barba de Bronce empieza á jugar conmigo y con Vinicio,—pensó, en tanto que volvían á escucharse los sonos de las arpas.—¡Adivino su plan! Ha querido aterrorizarme enviándome su carta por medio de un centurión. Preguntarán á éste en la noche cómo le recibí. ¡Nó! ¡Nó! No te divertirás gran cosa, cruel y perverso profeta! Sé que no has de olvidar la injuria; sé que mi destrucción se aproxima, pero, si te figuras que voy á mirarte con ojos suplicantes y que vas á leer el terror y la humildad en mi fisonomía, buen chasco te llevas!

—El César te escribe, señor,—dijo Eunice.—Vé; si lo desea. ¿Irás?

—Mi salud está muy buena: puedo hasta escuchar sus versos,—contestó Petronio.—Voy, pues; con tanta mayor razón, cuanto que Vinicio no puede ir.

En efecto, terminada la comida y después de su paseo habitual, se hizo peinar y arreglar los vestidos por sus esclavas y una hora después, hermoso como un dios, era conducido al palatino.

Era tarde; la noche estaba tranquila y tibia, y la luna brillaba con tal claridad, que los *lampadarii* que precedían á la litera extinguieron las antorchas.

En las calles y por entre las ruinas, pululaban multitud de individuos, ébrios de vino, cubiertos de guirnaldas y madreseiva y llevando en las manos ramas de mirto y laurel tomadas de los jardines del César.

La abundancia de trigo y la expectativa de grandes juegos, regocijaba los corazones de todos.

Aquí y allí dejábanse oír canciones en las que se alababa á la «noche divina» y al amor; aquí y allí también había grupos de individuos que danzaban á la luz de la luna; y los esclavos se veían repetidas veces en la necesidad de pedir que se abriera paso á la litera «del noble Petronio.»

Y entonces los grupos se apartaban, aclamando á la vez al árbitro, al favorito popular.

Este, entretanto, iba pensando en Vinicio y extrañaba no haber tenido noticias de él.

Petronio era epicúreo y egoísta, pero habiendo pasado últimamente algún tiempo, ora con Pablo de Tarso, ora con Vinicio y oyendo á menudo hablar de los cristianos, habíase modificado un tanto su índole, sin darse él mismo cuenta de ello.

Parecía como si una brisa impalpable, una emanación de ellos, hubiera venido á cernerse sobre su espíritu y á echar en su alma simientes nuevas.

Porque, fuera de su persona, empezaba á preocuparse de otras. Además, siempre había sentido inclinación hacia Vinicio, lo que se explicaba también porque en su niñez había Petronio amado mucho á su hermana, la madre del joven tribuno.

Por consiguiente, ahora que había tomado una parte

tan esencial en sus asuntos, mirábalos con el interés que habría despertado en él una gran tragedia.

Ahora, no perdía la esperanza de que Vinicio hubiérase adelantado á los pretorianos y huído con Ligia, ó que, en el peor de los casos, la hubiera rescatado del poder de aquellos.

Pero, á la vez habría deseado tener de ello certidumbre, pues preveía que iba á encontrarse en el caso de contestar á las preguntas para las cuales era preferible estar preparado.

Detúvose por fin frente á la casa de Tiberio, bajó de la litera y al cabo de pocos instantes encontróse en el *atrium*, lleno á la sazón de angustianos.

Los amigos de la víspera, si bien sorprendidos de que el árbitro hubiera recibido invitación, hiciéronse á un lado; pero Petronio pasó por en medio de ellos, hermoso, des preocupado, sonriente, y tan lleno de confianza en sí mismo, como si en sus manos estuviera el distribuir favores en derredor suyo.

Y algunos, al verle en esa disposición, sintiéronse alarmados en su interior, temiendo haberle manifestado indiferencia demasiado temprano.

El César, no obstante, fingió no verle y no contestó á su saludo, pareciendo estar muy engolfado en la conversación.

Pero Tigelino se le acercó y le dijo:

—Buenas noches, *Albiter Elegantiarum*. ¿Todavía persistes en afirmar que no fueron los cristianos quienes incendiaron á Roma?

Petronio se encogió de hombros y golpeando á Tigelino en la espalda, como pudiera hacerlo con un liberto, dijo:

—Tú sabes, tan bien como yo, qué pensar sobre ese punto.

—Yo no me atrevo á competir contigo en sabiduría.

—Razón tienes, porque si de tal competencia fueras capaz, cuando el César nos lea su nuevo libro de la Troya-

da, tú en vez de graznar como una corneja, podrías omitir una opinión que no fuese, como tú, necia y obtusa.

Tigelino se mordió los labios.

A la verdad, no se hallaba muy contento por la idea que había tenido el César de leer aquella noche un nuevo libro de su poema, porque ello importaba aventurarse otra vez en un terreno donde le era imposible rivalizar con Petronio.

En efecto, durante la lectura, Nerón, en fuerza del hábito, volvía involuntariamente los ojos hácia Petronio, tratando de notar en su semblante las impresiones que le producían los versos que iba leyendo.

El árbitro escuchaba, alzaba las cejas, asentía en ocasiones, y en otras concentraba su atención, como para estar seguro de no perder ni una sílaba. Y luego alababa ó criticaba, proponía correcciones ó insinuaba que se diera mayor suavidad á algunos versos.

El mismo Nerón comprendía que, tratándose de los demás, sus exageradas alabanzas no significaban otra cosa para ellos que la conservación de sus propias personas, y que solo Petronio se ocupaba de la poesía por la poesía misma; que solamente él comprendíala y que si la elogiaba se podía abrigar la certidumbre de que los versos eran merecedores de elogio.

Y así fué cómo gradualmente se vió empeñado en una discusión con él, discusión que por momentos revestía caracteres de disputa; y cuando por último Petronio le manifestó sus dudas acerca de la propiedad de cierta expresión, el César le dijo:

—Ya verás en el último libro porqué la he usado.

—¡Ah!—pensó Petronio;—esto significa que viviremos hasta que termine el último libro.

Más de uno de los presentes, al escuchar asimismo aquella observación, se dijo en su interior:

—¡Ay de mí! Petronio, con tal que disponga de tiempo,

es capaz de recobrar el favor del César y derribar aun al propio Tigelino.

Y empezaron á acercársele nuevamente.

Pero el fin de la velada fué menos afortunado para el árbitro, porque el César, en el momento en que Petronio se despedía, le preguntó de súbito, guiñando los ojos y con expresión á la vez festiva y maliciosa en el semblante:

—Mas, dime, ¿porque no te ha acompañado Vinicio?

Si hubiera estado Petronio seguro de que Ligia y el joven tribuno habían salvado á la sazón las puertas de la ciudad, habría contestado: «Con arreglo al permiso que le otorgaste, se ha casado y ha partido.»

Pero, notando la extraña sonrisa de Nerón, contestó:

—Tú invitación, divinidad, no le encontró en casa.

—Dí á Vinicio que me será grato verle,—contestó el César,—y agrégale de mi parte que no falte á los juegos en que aparecerán los cristianos.

Estas palabras alarmaron á Petronio.

Parecióle que se referían á Ligia directamente.

Así, pues, llegado á su litera, ordenó que le condujesen á su casa con mayor rapidez que en la mañana.

Empero, la empresa no era fácil.

Delante del palacio de Tiberio se agrupaba una multitud densa y bulliciosa, ébria como las que á su venida había encontrado Petronio, pero la cual no manifestaba ahora su alegría cantando y bailando, sino que parecía hallarse presa de honda excitación.

Y al mismo tiempo dejábanse oír á la distancia unos gritos que Petronio de pronto no comprendió pero que fueron creciendo gradualmente y generalizándose hasta convertirse en un solo alarido salvaje:

—¡A los leones con los cristianos!

Las ricas literas de los cortesanos empezaron al mismo tiempo á circular por entre la rugiente plebe.

Y desde el fondo de las calles incendiadas seguían aflu-

yendo continuamente nuevos grupos, los cuales al escuchar aquel grito, lo repetían.

Y de boca en boca circulaba la noticia de que la persecución había empezado desde antes de mediodía y que había ya presos una multitud de incendiarios; y antes de mucho, por todas las antiguas calles, por las que acababan de ser despejadas de escombros, por las callejuelas que formaban sendos hacinamientos de ruinas al rededor del Palatino, y por los montes y jardines, dejöse oír, en toda la extensión de Roma, el grito enfurecido de:

—¡A los leones con los cristianos!

—¡Vil manada!—repetía Petronio con desprecio;—¡pueblo digno de tu César!

Y púsose á pensar que en breve no podría seguir subsistiendo una sociedad cuyos únicos fundamentos eran la fuerza superior, la crueldad en forma tal que ni los mismos bárbaros eran capaces de concebirla, los crímenes y una depravación desatentada.

Roma gobernaba el mundo, es cierto; pero á la vez era la úlcera del mundo.

De ella emanaban ya las pestilencias de un cadáver.

Por sobre su decadente existencia empezaba ya la muerte á cerner sus alas sombrías.

Y más de una vez ideas semejantes á éstas habíanse manifestado aún entre los mismos augustianos, pero jamás, antes de ese momento, había penetrado al espíritu de Petronio con más fuerza esta verdad; que el carro cubierto de laureles sobre el cual Roma descansaba en actitud triunfal y que arrastraba tras de sí un encadenado ható de naciones, iba en derechura al abismo.

La existencia de aquella ciudad señora del mundo presentábasele como una danza loca, una verdadera orgía, que tocaba ya á su término.

Y ahora comprendía que solamente los cristianos traían consigo bases nuevas para la vida; pero al mismo tiempo

juzgaba que pronto no quedarían ni rastros de los confesores de Cristo.

¿Y qué sucedería entonces?

La danza loca continuaría bajo la férula de Neron; y si Nerón llegaba á desaparecer, otro vendría, de la misma ó peor especie, porque con tal pueblo y tales patricios no había motivo para esperar un gobernante mejor. Sucederíase, pues, un nueva orgía, la cual sería, por otra parte, aún más infame y vil.

Pero ella no duraría por siempre; y una vez que hubiera pasado, sentiríase al fin la necesidad de entregarse al descanso, aún cuando solo fuese en fuerza de la consiguiente enervación.

Y mientras tales ideas pasaban por la mente de Petronio, sentía inmensa dépresión en el espíritu.

¿Valla la pena vivir, vivir en la incertidumbre, sin tener en vista otro objetivo que contemplar las evoluciones de semejante sociedad? El genio de la Muerte no se le presentaba entonces menos hermoso que el genio del Sueño, y aquel también tenía alas en los hombros.

La litera se detuvo delante de la puerta del árbitro, la cual fué abierta al punto por el vigilante guardián,

—¿Ha vuelto el noble Vinicio?—preguntó Petronio.

—Sí, señor, hace un instante,—contestó el esclavo.

—No la ha salvado,—pensó Petronio.

Y echando á un lado su toga, corrió al *atrium*.

Vinicio estaba sentado en un escabel. Tenía la cabeza entre las manos é inclinada hasta las rodillas; pero al escuchar el ruido de pasos alzó el petrificado semblante en el cual solamente los ojos mostraban un brillo febril.

—¿Llegaste tarde?—preguntó Petronio.

—Sí; antes de mediodía se apoderaron de ella.

Sucedióse un instante de silencio.

—¿La has visto?—preguntó Petronio en seguida.

—Sí.

—¿Dónde está?

—En la cárcel Mamertina.

No pudo reprimir el árbitro un estremecimiento y dirigió una mirada inquiridora á Vinicio. Este comprendió su significación y dijo:

—Nó. No la han arrojado al Tullianum, (1) ni tampoco á la prisión del centro. He pagado al guardian para que le diera su propio aposento. Ursus quedó en su puesto, en el umbral de la puerta, con el encargo de custodiarla.

—¿Y por qué Ursus no la defendió?

—Enviaron en su busca cincuenta pretorianos, y además Lino se lo prohibió.

—¿Y Lino?

—Está moribundo: por eso no lo arrestaron.

—¿Cuál es tu intención?

—Salvarla, ó morir con ella. Yo también creo en Cristo.

Vinicio hablaba con aparente calma; pero había tan desesperadas inflexiones en su voz, que Petronio sintió en el pecho un estremecimiento de compasión.

—Comprendo,—dijo,—pero, ¿cómo esperas salvarla?

—He pagado gruesas sumas á los guardianes, primero para que la defiendan contra cualquier ultraje, y en seguida para que no impidan su fuga.

—¿Y cuando puede ésta verificarse?

—Dijéronme que no podrían entregármela inmediatamente, por temor á la responsabilidad. Pero cuando la cárcel se encuentre llena de una multitud de gente y cuando por esa misma causa se vuelva confusa la cuenta de los presos, la entregarán. ¡Pero ese es un recurso desesperado! ¡Sálvala tú y sálvame! Tú eres amigo del César. El mismo me la ha dado. ¡Vé á su casa y sálvame!

Petronio, en vez de contestar, llamó á un esclavo, le or-

(1) Calabozo de la cárcel de Roma, así llamado porque lo hizo construir Servio Tulio. Se hallaba en la parte inferior de la cárcel, completamente debajo de la tierra y solo tenía una abertura en el cielo. Yugurta murió en él de hambre.

denó trajese dos mantos oscuros y dos espadas y volviéndose á Vinicio, dijo:

—En el camino te contaré. Ahora, ponte ese manto y toma esta espada y vamos á la cárcel. Allí darás á los guardianes cien mil sestercios, ó dos, ó cinco veces esa suma, con tal que te entreguen á Ligia inmediatamente. Después será tarde.

—Vamos,—dijo Vinicio.

Cuando estuvieron en la calle, Petronio repuso:

—Ahora escúchame. No he querido perder tiempo en explicarte eso antes. Me hallo en desgracia desde hoy. Mi propia vida está pendiente de un cabello: así, pues, nada puedo hacer cerca del César. Por el contrario, si algo intentara, estoy cierto de que él dispondría todo lo contrario de lo que yo pudiese. A no ser así la situación, ¿te aconsejaría yo que salvaras á Ligia y huyeras con ella? Además, al escapar tú, la cólera del César se volverá contra mí. En la actualidad, estaría él mejor dispuesto en tu favor que en el mío. Pero no cuentes con eso en absoluto. ¡Sácala de la prisión y huye! Ningún otro recurso te resta. Si en él no alcanzas buen éxito, tendremos tiempo para pensar en otros arbitrios. Entre tanto, sabe que Ligia se halla en la cárcel, no tan sólo porque cree en Cristo: la cólera de Popea os persigue á ella y á tí. Has ofendido á la Augusta rechazando sus pretensiones, ¿lo recuerdas?

Popea sabe que la desdeñaste por Ligia, á quien aborreció desde la primera vez que en ella posó los ojos. Aún más: anteriormente ya intentó perder á Ligia atribuyendo á maleficios suyos la muerte de la infanta. Así, pues, la mano de Popea se encuentra en medio de todo esto. Y ahora, ¿cómo se explica el que Ligia haya sido la primera víctima de las persecuciones actuales? ¿Quién ha podido señalar la casa de Lino? Te digo que han debido espiarla desde hace tiempo. Sé que estoy torturando tu alma y arrancando de ella los últimos restos de tu esperanza, pero te digo todo esto deliberadamente, por la razón de que si

no logras libertarla antes de que lleguen á sospechar que tal intento persigues, ambos estáis irremediabilmente perdidos.

—¡Sí; comprendol—murmuró Vinicio.

Las calles, á la sazón, hallábanse desiertas, á causa de lo avanzado de la hora.

No obstante, la conversación de ambos vióse interrumpida en este punto por un gladiador borracho que vino hacia ellos. Se acercó tambaleándose á Petronio, le puso una mano en el hombro y cubriéndole el rostro con su hálito vinoso, le gritó con voz ronca:

—¡A los leones con los cristianos!

—Mirmillón, (1)—contestó Petronio con tranquilo acento,—escúchame un buen consejo: sigue tu camino.

El borracho entonces, con la otra mano tomó á Petronio del brazo y dijo:

—Si no quieres que te rompa el pescuezo, grita conmigo: «¡Los cristianos á los leones!»

Pero ya estos eran demasiados gritos para los nervios de Petronio.

Desde el momento en que había salido del Palatino le habían perseguido como una pesadilla y ya le taladraban los oídos.

Así, pues, cuando vió levantado sobre él, en alto, el puño del gigante, agotóse la medida de su paciencia y dijo:

—Amigo: echas mucho olor á vino y me estás estorbando el paso.

Y diciendo esto, introdujo en el pecho del majadero hasta el pomo la espada corta con que se armara al salir de casa.

Y luego, tomando el brazo de Vinicio, continuó diciendo, cual si nada hubiera ocurrido:

—Hoy me dijo el César:—«Dí á Vinicio de mi parte

(1) De *Mirmillo*, gladiador armado á la francesa, que llevaba un pez en la cimera del morrión.

que no falte á los juegos en que han de tomar parte los cristianos.»

¿Entiendes lo que esto significa? Quieren hacer de tu dolor un espectáculo. Es asunto ya resuelto. Débese á ello quizás el que tú y yo no estemos aun en la prisión. Si no te es posible libertarla inmediatamente, no sé qué decirte! Pudiera ser que Actea quisiera servirte en esto; pero, ¿dispondrá ella de los medios? Tus tierras de Sicilia también, acaso pudieran tentar á Tigelino. ¿Por qué no haces la prueba?

—Le daría cuanto poseo,—contestó Vinicio.

Desde las Carenas al Forum no había mucha distancia, así es que pronto llegaron.

Terminaba la noche y las murallas del castillo empezaban á emerger de entre las ya fugitivas sombras.

De improviso, al torcer hacia la cárcel Mamertina, Petronio se detuvo y dijo:

—¡Pretorianos! ¡Demasiado tarde!

En efecto, la cárcel hallábase rodeada por una doble fila de soldados. Los primeros albos de la mañana plateaban sus yelmos y las puntas de sus jabalinas.

Vinicio púsose pálido como el mármol.

—Sigamos,—dijo.

Al cabo de algunos momentos se detuvieron delante de la línea.

Dotado de una memoria extraordinaria, Petronio conocía no solamente á los oficiales sino también á casi todos los soldados pretorianos.

Pronto notó, pues, la presencia de un conocido suyo, el jefe de una cohorte, y le hizo señas de que se le acercara?

—¿Qué es esto, Níger?—preguntó.—¿Habéis recibido orden de vigilar la prisión?

—Sí, noble Petronio. Teme el prefecto que se hagan algunas tentativas para salvar á los incendiarios.

—¿Tenéis también orden de no permitir la entrada?—preguntó Vinicio.

—Nó, señor; los presos pueden ser visitados por sus conocidos, y de esa manera lograremos también apoderarnos de mayor número de cristianos.

—Entonces, déjame entrar;—dijo Vinicio.

Y estrechando la mano á Petronio, agregó:

—Vé á ver Actea; iré pronto á imponerme de su respuesta.

—Sí, ven,—contestó Petronio.

En ese momento, debajo de tierra y más allá de aquellas espesas murallas se escuchó un cántico.

El himno, confuso y velado al principio, fué dejándose oír cada vez más alta y distintamente. Voces de hombres, mujeres y niños se confundían en un sólo armonioso coro. Toda la prisión parecía vibrar como una harpa á los ecos de aquel cántico, y en medio del silencioso despuntar del alba.

Pero no eran esas voces de pesar ni desesperación; por el contrario, palpítaban en ellas unas como alegrías triunfales.

Los soldados se miraban atónitos.

Entre tanto dejáronse ver en el firmamento los primeros fulgores matinales de oro y rosa.

CAPÍTULO LI

El grito: «¡Cristianos á los leones!» seguía propagándose incesantemente por todos los ámbitos de la ciudad.

Al principio no sólo nadie ponía en duda el que fueran los cristianos en realidad los autores de la catástrofe, sino que nadie quería abrigar esa duda, puesto que el castigo de los culpados iba á ofrecer al populacho un espléndido entretenimiento.

No obstante, extendíase al mismo tiempo la opinión de que la catástrofe no habría tomado proporciones tan tremendas, á no ser por la cólera de los dioses. Por esta ra-

zón se ordenó ofrecer en los templos «*piacula*», (1) ó sean sacrificios purificadores.

Previa consulta de los libros sibilinos, dispuso el senado celebrar solemnidades y rogativas á Vulcano, Céres y Proserpina. Las matronas presentaron ofrendas á Juno: toda una procesión de ellas se trasladó á la orilla del mar á fin de tomar de allí agua y con ella asperjar la estatua de la diosa. Las mujeres casadas dispusieron fiestas en honor de los dioses y velaban durante noches enteras.

Toda Roma iba así purificándose de sus culpas y haciendo sacrificios encaminados á aplacar la cólera de los Inmortales.

Entre tanto abríanse nuevas y anchas calles por entre las ruínas.

En muchos puntos echábanse los cimientos de casas magníficas, de palacios y de templos.

Pero, ante todo, construyeron con admirable rapidez un enorme anfiteatro de madera, en el cual iban á ser sacrificados los cristianos.

Inmediatamente después del consejo celebrado en casa de Tiberio, dióse orden á los cónsules de que procurasen un nuevo suministro de bestias feroces.

Para ello Tigelino vació los vivares de toda las ciudades italianas, sin exceptuar las más pequeñas.

En Africa se organizaron por orden suya cazas gigantescas, en las cuales obligábase á tomar parte á las poblaciones de cada localidad.

Se hizo venir elefantes y tigres del Asia, cocodrilos é hipopótamos del Nilo, leones del Atlas, lobos y osos de los Pirineos, sabuesos feroces de Hibernia, perros molosios del Epiro, bisontes y gigantescos uros salvajes de Germania.

A causa del número extraordinario de presos, los juegos iban á sobrepujar en grandeza á todos los que hasta entonces hubiéranse conocido.

(1) De *piaculum*, expiación, sacrificio expiatorio en satisfacción del pecado.

Deseaba el César que toda memoria del incendio quedase ahogada en sangre, y con ella embriagar á toda Roma, de ahí que para la cruenta hecatombe hubiérase acumulado elementos encaminados á darle proporciones antes nunca vistas.

El pueblo ayudaba espontáneamente á los pretorianos y guardias en la caza de cristianos. Y no era difícil empresa, porque grupos enteros de éstos acampaban con la población restante en medio de los jardines y confesaban abiertamente su fe.

Al verse rodeados, poníanse de rodillas, entonaban sus himnos y dejábanse prender sin la menor resistencia.

Pero con su mansedumbre no hacían otra cosa que aumentar la rabia del populacho, el cual, incapaz de comprender su origen, la atribuía á terquedad y endurecimiento en el crimen.

Y una especie de locura se apoderó entonces de los perseguidores.

Se daban casos en que la plebe arrebatava los confesores de Cristo á los pretonianos y los hacía pedazos, y arrastraba las mujeres á la cárcel por los cabellos, y destrozaba contra las piedras las cabezas de los niños.

Millares de individuos recorrían de día y de noche las calles, dando salvajes alaridos.

Y buscaban las víctimas entre las ruinas, en las chimeneas, en los subterráneos.

Delante de la prisión celebraban bacanales y danzas á la luz de fogatas y alrededor de barriles de vino.

Por las noches escuchaban con alegría brutal los bramidos, semejantes á truenos, que daban las fieras y que resonaban por todo los ámbitos de la desmantelada ciudad.

Las prisiones rebosaban víctimas, las cuales contábanse ya por millares, número que á diario iban engrosando en sus escursiones la plebe y los pretorianos.

No había piedad.

Parecía que el pueblo habíase ya olvidado hasta de hablar, y en su salvaje frenesí recordaba del lenguaje tan sólo el furibundo alarido: «¡A los leones con los cristianos!»

Y se sucedieron días de calor extraordinario y noches más sofocantes que nunca: parecía que hasta el aire hallábase impregnado de sangre, locura y crimen.

Y á esa desbordada medida de crueldad respondía en igual proporción el anhelo del martirio.

Los confesores de Cristo iban voluntariamente á la muerte, y aún la buscaban. Para evitar esto último, fué menester que les impusieran prohibiciones severas sus superiores. Por orden de éstos empezaron á reuirse ahora solamente fuera de los muros de la ciudad, en subterráneos cercanos á la Via Apia y en terrenos pertenecientes á patricios cristianos, ninguno de los cuales había sido apresado hasta entonces.

Era perfectamente sabido en el Palatino que entre los confesores de Cristo se hallaba Flavio, Domitila, Pomponia Græcina, Cornelio Pudencio y Vinicio.

Empero, el César temía que no creyese la plebe que semejantes personas hubieran podido incendiar á Roma: y puesto que lo importante sobre todas las cosas era convencer al pueblo, el castigo de esos patricios y la venganza contra ellos hubieron de verse aplazados.

Otros opinaban, equivocadamente, que á la influencia de Actea debíase hasta entonces la salvación de los quiritas.

Cierto es que Petronio, despues de separarse de Vinicio, habíase visto con Actea, movido por el deseo de alcanzar su cooperación en favor de Ligia; pero ella no había podido ofrecerle otra cosa que sus lágrimas, pues vivía en medio del sufrimiento y del olvido, y tolerábasela tan solo á condición que se mantuviera invisible para Popea y el César.

Pero Actea había visitado á Ligia en la cárcel, llevádole

vestido y alimentos y sobre todo, puéstola á cubierto de ultrajes de parte de los guardianes de su prisión, quienes, á mayor abundamiento, habían sido ya pagado para ello por Vinicio.

Recordando muy bien Pretonio que á no haber sido por él y por su insinuado plan de sacar de la casa de Aulio á Ligia, probablemente no se hallaría ésta á la sazón en una cárcel y deseoso además de ganar á Tigelino la partida, no omitió para ello tiempo ni esfuerzos.

En el transcurso de algunos pocos días vió á Séneca, á Domicio Africano, á Crispinilla y á Diodoro, por mediación del cual deseaba llegar hasta Popea; y vió á Terpnos y al bello favorito Piiágoras y finalmente á París y Alituro, á quienes de ordinario nada rehusaba el César.

Con la ayuda de Crisotemis que á la sazón era amante de Vatinio, intentó ganarse aún la cooperación de éste, no economizando en ese, como en los demás casos, ni promesas ni dinero.

Peao todos sus esfuerzos resultaron infructuosos.

Séneca, incierto él mismo de su mañana, pretendió demostrarle que los cristianos, aun cuando no hubieran incendiado á Roma, debieran ser exterminados por el bien de la ciudad.

Terpnos y Diodoro recibieron el dinero, mas nada hicieron en cambio.

Vatinio contó al Cesar que se había intentado sobornarlo.

Solamente Alituro, quien al principio habíase manifestado hostil hacia los cristianos, movióse á compasión por ellos ahora, y tuvo la suficiente entereza para hacer mención al César de la doncella encarcelada é implorar gracia en su favor. Mas nada obtuvo, sino esta respuesta:

—¿Consideras tú acaso que tengo un alma inferior á la de Bruto, quien no perdonó la vida ni á sus propios hijos, tratándose de la salud de Roma?

Cuando se hubo repetido esa contestación á Petronio, dijo éste:

—Puesto que Nerón se ha comparado con Bruto, ya no hay salvación.

Y lo sentía por Vinicio, y le asaltaba el temor de que pudiera éste atentar contra su propia existencia.

—Ahora,—pensaba el árbitro,—le sostienen los esfuerzos que hace por salvarla y le sostienen la vista de ella y su propio sufrimiento; pero cuando haya fallado todo recurso y se haya extinguido el último destello de esperanza, entonces, ¡por Cástor! no podrá sobrevivir y se arrojará sobre su espada!

Y eso de morir así, Petronio comprendíalo mejor, que amar y sufrir como Vinicio.

Entretanto, éste hizo cuanto pudo imaginar por la salvación de Ligia. Visitó á los augustianos; y el joven tribuno, tan altivo antes, llegó casi hasta mendigar su ayuda.

Por conducto de Vitelio ofreció á Tigelino todas sus propiedades [de Sicilia y todo cuanto más quisiera pedir aquel hombre; pero el prefecto, no queriendo aparentemente ofender á la Augusta, rehusó aceptar el ofrecimiento.

Acudir al César, postrarse á sus pies é implorar su clemencia, era inútil.

Cierto es que hubo momentos en que hasta en eso pensó Vinicio, mas Petronio, al escuchar la manifestación de tal propósito, dijo:

—Y si te diera por respuesta una negativa ó una burla, ó una vergonzosa amenaza, ¿qué harías?

Ante esa observación se contrajo por el dolor y la rabia el semblante del joven tribuno, y rechinaron sus dientes.

—Sí,—dijo Petronio.—Te aconsejo abandones tal propósito, porque te cerrarías con él, todo camino de salvación.

Vinicio reprimióse entonces, y pasándose la mano por la frente cubierta de frío sudor, replicó:

—¡No, no; soy cristiano!

—Sí, pero lo olvidarías en un momento de exaltación, como acabas de olvidarlo en este momento. Tienes derecho de provocar tu propia ruina, mas no la ruina de ella. Recuerda lo que hubo de apurar la hija de Seyano antes de morir.

Petronio, al hablar así, no era del todo sincero, pues en realidad, preocupábale más la existencia de Vinicio que la de Ligia. Empero, sabía también que la única manera que podría refrenar su propósito de intentar un paso arriesgadísimo, era patentizándole el hecho de que con él causaría la inexorable destrucción de Ligia.

Y por otra parte no sufría en su conjetura la menor equivocación; porque en el Palatino contábase con la visita del joven tribuno, y se habían tomado á todo evento las precauciones del caso.

Pero los sufrimientos de Vinicio pasaban ya del límite de la humana resistencia.

Desde el instante en que Ligia había sido encarcelada, viniendo así á circundar su cabeza la aureola del martirio, había sentido él que no solamente la amaba cien veces más que antes, sino que empezaba á la vez á tributarle desde lo íntimo de su alma una especie de adoración religiosa, cual hubiérasela rendido á un ser sobrenatural.

Y ahora, ante la idea de que le era necesario perder á esta criatura á la vez amada y reverenciada por él; y de que por otra parte acaso hubiera ella de apurar tormentos más horribles que la muerte misma, la sangre helábasele en las venas.

Su alma toda era un gemido, sus pensamientos un caos.

Por momentos parecía que, rebosante de fuego líquido su cráneo, estaba á punto de incendiarse ó estallar.

Había dejado de comprender lo que estaba sucediendo; había dejado de comprender porqué Cristo el divino, el misericordioso, no venía en auxilio de sus confesores, porqué no se desplomaban los tétricos muros del Palatino se

pultando entre sus escombros á Nerón, los augustianos y pretorianos y á toda aquella ciudad inicua.

Y pensaba que ello no podría ni debería ser de otra manera; y que todo cuanto pasaba á su vista, y todo cuanto estaba destrozándole el corazón, no era otra cosa que un sueño.

Mas luego el rugido de las fieras le despertó á la realidad; y el golpe de las hachas con que se cortaba la madera que estaban sirviendo para levantar el nuevo circo, y los alaridos del populacho, y las prisiones rebosantes de cristianos, vinieron á confirmar dolorosamente la certidumbre de su tremendo despertar.

Y entonces empezó á quebrantarse su fe en Cristo, y ese quebrantamiento fué para su alma una tortura nueva, y acaso la más horrenda de todas.

Petronio en tanto repetíale:

—«Recuerda lo que hubo de apurar la hija de Seyano antes de morir.»

CAPÍTULO LII

Y todo fracasaba.

Vinicio habíase humillado hasta el punto de pedir la ayuda de libertos y de esclavos, tanto del César como de Popea, y había pagado sus vanas promesas con ricos dones.

Buscó al primer marido de Popea, Rufio Crispino, y obtuvo de él una carta para aquella. Obsequió al hijo del primer matrimonio de ésta, Rufio, con una casa de campo en Ancio; pero eso no dió otro resultado que irritar al César, quien aborrecía á su hijastro.

Por medio de un correo especial, envió á España una carta al segundo marido de Popea, Oton.

Y siguió sacrificando sus propiedades y sacrificándose á sí propio, hasta que por último llegó á convencerse de que se estaba convirtiendo en un simple juguete de los

demás; que si hubiera fingido no preocuparse de la prisión de Ligia, habría podido acaso libertarla más pronto.

Petronio comprendía también esto perfectamente.

Y entretanto, sucedíanse los días á los días. El anfiteatro estaba ya terminado y fueron distribuidos los *tesseræ*, ó billetes de entrada al *ludus matutinus* (juegos ó espectáculos de la mañana).

Pero esta vez los juegos matinales, á cosecuencia del increíble número de víctimas, debían continuar por espacio de días, semanas y hasta meses.

No se sabía ya dónde colocar tantos cristianos. Las prisiones hallábanse atestadas y la fiebre hacía estragos en ellas. Los *puticuli* (1)—fosa común de los esclavos—empezaban á rebosar. Temíase á las epidemias que pudieran sobrevenir en la ciudad; de ahí el que se estuviesen activando en lo posible los preparativos.

Todas estas noticias llegaban á los oídos de Vinicio, extinguiendo en él hasta los últimos restos de su esperanza.

Mientras hubo tiempo todavía, pudo alucinarse con la creencia de que algo le quedaría por intentar; pero ahora ya era tarde: los espectáculos iban á dar principio.

Cualquier día podría encontrarse Ligia en un *cuniculum* (2) del circo, del cual no se salía sino para entrar en la arena.

No sabiendo Vinicio adónde el destino y la crueldad de la fuerza superior pudieran arrojar por fin á la joven, dedicóse á recorrer todos los circos y á sobornar á los guardías y á los encargados de las fieras, sugiriéndoles planes que no podrían ellos llevar á cumplimiento.

Y al fin se convenció también de que sus esfuerzos alcanzarían por único resultado el hacer á Ligia la muerte menos terrible; y entonces parecióle que en la cabeza tenía en vez de masa cerebral, carbones encendidos.

(1) Pozos ó cavernas situados fuera de la Puerta Esquillina en que se enterraban los cadáveres de la plebe.

(2) Foso, cavidad subterránea.

Por lo demás, no abrigaba el propósito de sobrevivir á la joven y había resuelto perecer al mismo tiempo que ella. Pero temía que el dolor le arrebatara la vida antes de que llegase la hora tremenda.

Sus amigos, y también Petronio, pensaban asimismo que cualquier día se abriría para él la mansión de las tinieblas.

Habíasele enegrecido el semblante hasta el punto de asemejarse á las máscaras de cera que se conservaban en las *lararia*.

En su rostro se hallaba como petrificado el espanto y parecía no darse ya cuenta de lo que sucedía entonces, ni presumir lo que pudiera suceder después.

Cuando algulén le dirigía la palabra, levantaba maquinalmente hasta la altura de su rostro las manos y oprimiéndose con ellas las sienes, mirábale con ojos inquiridores y llenos de asombro.

Pasaba noches enteras con Ursus á la puerta de la prisión de Ligia; y cuando ella le obligaba que fuese á tomar descanso, volvía á casa de Petronio y allí se paseaba por el *atrium* hasta la mañana siguiente.

Con frecuencia los esclavos solían hallarle de rodillas, y alzadas las manos hacia al cielo, ó con el rostro en tierra.

E imploraba á Cristo, porque Cristo era su postrera esperanza.

Todos sus intentos habían resultado vanos y frustrados.

Solo un milagro podría salvar á Ligia; y Vinicio apegada su frente á las baldosas del pavimento, oraba y pedía á Dios ese milagro.

Más, á pesar de todo, aun le quedaba el suficiente juicio para comprender que las plegarias de Pedro tenían mayor mérito que las suyas.

Pedro le había prometido á Ligia; Pedro le había bautizado; Pedro había hecho milagros; luego él debía venir en su auxilio y salvarle.

Y en una de esas noches de cruel expectativa fué en

busca del Apóstol. A la sazón los cristianos, cuyo número ya no era considerable, le habían ocultado empeñosamente, aún de los demás hermanos, por temor de que alguno, por debilidad ú otra causa, pudiera descubrirle voluntaria ó involuntariamente.

Vinicio, en medio de la general confusión y el desastre, y ocupado exclusivamente de sus tentativas por sacar á Ligia de la prisión, había perdido de vista á Pedro y desde el día del bautismo hasta el del principio de las persecuciones, apenas si le había encontrado una vez.

Recurrió, pues, al cantero en cuya cabaña recibiera el bautismo y por él supo que habría en breve una reunión fuera de la Puerta Salaria, en un viñedo perteneciente á Cornelio Pudencio.

El cantero ofreció acompañarle y le aseguró que allí encontraría á Pedro.

Partieron al obscurecer, salvaron las murallas y después de haber pasado por unas excavaciones ocultas entre espesos cañaverales, llegaron á la viña, que estaba situada en un lugar aislado y yermo.

La reunión se verificaba en un sotechado que servía de bodega de vinos.

A medida que se acercaba el joven tribuno, iba llegando á sus oídos un murmurio de plegarias.

Y al entrar vió á la tenue claridad de una lámpara unas cuantas docenas de personas de rodillas y abstraídas en la oración.

Rezaban á la sazón una especie de letanía; y un coro de voces de individuos de ambos sexos iba repitiendo de instante en instante: «Cristo, ten piedad de nosotros».

Y en esas voces advertíanse inflecciones de profunda tristeza.

Pedro se hallaba presente.

Estaba arrodillado á la cabeza de los demás, delante de una cruz de madera clavada en la pared de la estancia, y oraba.

Desde lejos le reconoció Vinicio por sus cabellos blancos y sus manos alzadas al cielo.

El primer impulso del joven patricio fué atravesar por sobre toda aquella reunión, arrojarse á los pies del Apóstol y gritarle: «¡Sálvala!; pero, sea porque le impusiera la solemnidad de aquella plegaria, sea porque le venciera la debilidad, cayó de rodillas á la entrada y empezó también á repetir como entre gemidos: «Cristo, ten piedad de nosotros!»

Y á encontrarse en situación de apreciar lo que en derredor pasaba, habríase penetrado de que su plegaria no era la única que remedaba un gemido; que no sólo el había llevado allí consigo sus penas, sus amarguras y sus zozobras.

No había en aquella reunión una sola persona que no hubiera perdido seres caros á su corazón; y cuando los más celosos y esforzados confesores de Cristo se hallaban ya en la cárcel, cuando á cada instante circulaban noticias de los insultos y torturas que se les infligían en las prisiones, cuando la magnitud de aquella calamidad excedía á todo cuanto pudiera imaginarse, cuando solo aquel puñado de cristianos quedaba, no había ya ni un solo corazón que no sintiera que el terror hacia vacilar su fe, y que no se preguntara en medio de las angustias de la duda: ¿Dónde está Cristo? ¿Porqué permite que el mal sea más poderoso que Dios?

Y entretanto imploraban su piedad con acentos desesperados, pues en cada una de esas almas aún ardía una chispa de esperanza en que El viniera, precipitarse á Nerón en el abismo y estableciera definitivamente su imperio en el mundo.

Así, pues, todavía dirigían sus miradas al espacio; todavía escuchaban las convencidas exhortaciones del Apóstol, todavía oraban temblorosos y fluctuando entre el temor y la esperanza.

Vinicio también, á medida que con ellos repetía: «Cris-

to, ten piedad de nosotros!» se iba sintiendo invadido por una especie de éxtasis semejante al que le poseyera en la cabaña del cantero.

Allí estaban todos clamando á Cristo desde lo íntimo de sus almas y en medio de una intensa aflicción, allí estaba Pedro invocándolo. Así, pues, en cualquier momento podrían abrirse los cielos, temblar los fundamentos de la tierra y aparecer El en medio de su infinita gloria, con estrellas á los pies y al mismo tiempo misericordioso y terrible.

Y exaltaría á los fieles y precipitaría á sus perseguidores á los abismos.

Vinicio cubrióse el rostro con ambas manos y se inclinó hasta el suelo.

Entretanto hizose el silencio en derredor suyo, como si el pavor hubiera de súbito apagado en los labios el aliento de todos los presentes.

Y á Vinicio, en medio de su arrobamiento, le pareció ahora que de seguro algo debía suceder; que era inminente que había de sobrevenir el milagro.

Estaba cierto de que apenas se levantase y abriera los ojos vería una luz intensa, deslumbradora de la vista de los mortales, y habría de escuchar una voz que llevara hondo estremecimiento á todos los corazones.

Pero aquel silencio continuaba.

Por último, á vinieron interrumpirlo los sollozos de las mujeres.

Alzóse Vinicio entónces y miró á todos lados con la vista ofuscada.

En el sotechado, en vez de estrellas y aureolas celestes, advertíase como antes el débil fulgor de las linternas, en tanto que los rayos de la luna, al entrar por una abertura del techo, llenaban la estancia de una luz plateada.

Las gentes que había arrodiladas alrededor de Vinicio alzaban en silencio los llorosos ojos hácia la cruz; aquí y

allí escuchábanse gemidos y fuera sentíanse los silbidos de prevención de los centinelas.

Entretanto, levantóse Pedro y volviéndose á la asamblea, dijo:

—Hijos míos, alzad al Redentor vuestros corazones y ofrecedle vuestras lágrimas.

Y en seguida permaneció silencioso.

De súbito se oyó la voz de una mujer, quien con acento acongojado y plañidero dijo:

—Soy viuda; tenía un hijo que era mi único sosten. ¡Vuélvemelo, señor!

Nuevamente reinó el silencio.

Pedro seguía de pie delante de los arrodillados fieles, lleno de solicitud y de afecto, si bien velase más envejecido por el sufrimiento.

En aquel instante parecía la personificación de la debilidad y la decrepitud.

Una segunda voz quejumbrosa dijo en seguida:

—Los verdugos ultrajaron á mi hija y Cristo lo permitió.

Una tercera:

—Sola he quedado con mis hijos; y cuando á mí también me lleven, ¿quién les dará el pan y el agua?

Una cuarta:

—¡Oh, señor! A Lino, á quien al principio perdonaron, le han llevado ahora y puesto en tortura.

Y una quinta:

—Cuando volvamos á nuestras casas, los pretorianos se apoderarán de nosotros. ¡No sabemos ya dónde ocultarnos!

—¡Ay de nosotros! ¿Quién nos amparará?

Y así, en el silencio de aquella noche, siguiéronse escuchando uno tras otro los lamentos de aquellos desgraciados.

El anciano pescador cerró los ojos y sacudió su cabeza blanca, en presencia de aquel triste conjunto de humanas aflicciones y temores.

Sucedióse un nuevo silencio y se volvieron á oír los silbidos del centinela que se hallaba fuera del sotechado.

Vinició púsose nuevamente de pie, decidido esta vez á abrirse paso entre aquel grupo, llegar hasta el Apostol é implorarle auxilio y salvación; pero de súbito parecióle como si tuviera delante un precipicio á cuya vista abandonasen las fuerzas sus músculos.

¿Y si el Apóstol confesaba su propia debilidad, y afirmaba que el César romano era más poderoso que Jesús Nazareno?

A esa idea el terror le erizó los cabellos, porque presintió que en tal caso, no solamente los últimos restos de su esperanza irían á hundirse en ese precipicio, sino que él mismo caería también con ellos, y con él todo cuanto manteniale aún apegado á la vida, quedándole tan solo entonces la noche y la muerte, dos inmensidades semejantes á un mar sin riberas.

Entre tanto, Pedro empezó á hablar en voz tan baja al principio, que apenas si era perceptible, y dijo:

— Hijos míos: en el Gólgota yo les ví enclavar á Dios en la cruz. Escuché los martillazos y les ví levantar la cruz en alto, á fin de que la plebe pudiera presenciar las mortales agonías del Hijo del Hombre. Les ví abrir su costado y le ví morir á El. Y al volver de la cruz, exclamé con acento dolorido, como estais exclamando ahora vosotros: ¡Ay, ay de mí! ¡Oh, Señor, tú eres Dios! ¿Por qué has permitido esto? ¿Por qué has muerto y por qué has torturado los corazones de los hombres que creíamos habría de advenir tu reino?

Pero él, nuestro Señor y Dios, levantóse de entre los muertos al tercero día, y permaneció entre nosotros hasta entrar en su reino, lleno de gloria.

Y nosotros, arrepentidos de nuestra poca fe, sentimos que se confortaban nuestros corazones, y desde entonces nos consagramos á propagar su simiente.

Luego, tornando la vista al punto donde habíase dejado

oir la primera lamentación, agregó con voz cuya fuerza iba por grados aumentando:

—¿Por qué os quejáis? El mismo Dios entregóse á las torturas y á la muerte, y pretendéis vosotros que El os libre de ellas? Hombres de poca fe, ¿no habéis recibido sus enseñanzas? Os ha prometido El acaso tan sólo esta vida transitoria? El ha venido hacia vosotros y os ha dicho: «¡Seguid mis pasos!» El quiere llevaros hasta su excelsa altura y os aferrais vosotros á la tierra, clamando: «¡Señor, sálvanos!»

Yo no soy sino polvo en la presencia de Dios, pero ante vosotros soy su Apóstol y vicario. Y os hablo en el nombre de Cristo. Y os digo: no es muerte, sino vida la que tenéis delante, no torturas, sino delicias eternas; no lágrimas y gemidos, sino cánticos de alegría; no la servidumbre, sino la dominación. Y yo, Apóstol de Dios, en verdad os digo: «¡Oh tú, viuda! tu hija no ha muerto; ha renacido á la gloria, á la vida eterna, y tú irás allí á reanírtele.»

«A tí, ¡oh padre! cuya hija inocente fué profanada por los verdugos, te prometo que la has de hallar más blanca y pura que los lirios del Hebrón.»

»A vosotras, madres, á quienes os arrancan del lado de vuestros hijos huérfanos; á vosotros que perdéis á vuestros padres; á vosotros los afligidos; á vosotros, que pronto veréis morir á los seres más amados; á vosotros los conturbados, los infelices, los tímidos; á vosotros, á quienes la muerte espera, os declaro en el nombre de Cristo que habréis de despertar á una vida venturosa, como de un sueño, como si de la noche despertárais á la luz que reside en Dios.

»¡Caiga, pues, en el nombre de Cristo, la viga de vuestros ojos é inflámense vuestros corazones!»

Y dichas estas palabras, alzó la mano como en actitud de mando y los presentes sintieron afluir nueva sangre á sus venas, vigor nuevo á sus músculos; porque delante de ellos alzabase, no la figura de un decrepito y aniquilado

anciano, sino un potentado que acababa de apoderarse de sus almas y levantarlas del polvo en que teníalas abatidas el terror.

Y muchas voces dijeron entonces:

—¡Amen!

Y los ojos del Apóstol parecieron irradiar una luz cuya intensidad aumentaba por grados; y en su aspecto había majestad, fuerza y santidad.

Inclináronse ante ella las cabezas, y él, cuando se hubieron apagado los últimos ecos de su oración, prosiguió diciendo:

—Estais sembrando lágrimas para cosechar alegrías. ¿Por qué teméis al poder del mal? Sobre la tierra, sobre Roma, sobre las murallas de las ciudades, está el Señor, que ha venido á fijar su morada entre vosotros. Las piedras han de quedar inundadas en lágrimas, la tierra empapada en sangre, y los valles se han de ver llenos con vuestros cadáveres; con todo, os digo que triunfaréis.

El Señor se adelanta ya á la conquista de esta ciudad de crimen, opresión y orgullo; y vosotros formais sus legiones avanzadas. El rescató con su propia sangre y su martirio los pecados del mundo, y así quiere El también que vosotros rescatéis con el martirio y la sangre este nido de injusticia. Y esto, El os lo anuncia por mi boca.

Y abrió los brazos y fijó la vista en el cielo.

Y los corazones sintieron detener sus latidos, porque comprendían que aquella mirada del Apóstol trasponía los espacios y llegaba hasta regiones inaccesibles á los mortales ojos de ellos.

Y efectivamente habíase transfigurado el rostro de Pedro y se advertía en él una sobrehumana tranquilidad, en tanto que seguía silencioso con la vista fija en el cielo y como en un éxtasis que le hacía enmudecer; mas al cabo de algunos instantes dejóse oír de nuevo su voz.

—Tú estás aquí, Señor,—dijo,—y me revelas tus altos designios. ¡Gracias te sean dadas por ello, Cristo mío!

No en Jerusalén, sino en esta ciudad de Satanás has resuelto fijar tu capital.

Aquí, con estas lágrimas y con esta sangre dispones edificar tu iglesia.

Aquí, donde Nerón impera hoy día, se establecerá tu reinado eterno.

¡Sí, ¡oh Señor! Y Tú ordenas á estas gentes tímidas que con sus huesos concurren á formar los cimientos de la sagrada Sión y ordenas á mi espíritu que asuma el gobierno de ella y de todos los pueblos de la tierra.

Y Tú estás ahora derramando la fuente de la fortaleza sobre los débiles; y me mandas que en esta propia ciudad apaciente tus ovejas hasta la consumación de los siglos.

—¡Oh, Señor, seas Tú glorificado en tus altos decretos, por los cuales ordenas la victoria! ¡Hosanna! ¡Hosanna!

Levantóse entonces el espíritu de los pusilánimes, y unos como albores de fe vinieron á clarear en el alma de los que dudaban.

Algunas voces gritaron: «¡Hosanna!» otras: «¡Pro Cristo!»

Y reinó de nuevo el silencio.

Y unos brillantes relámpagos estivales iluminaron á la sazón el interior del sotechado, reflejándose en aquellos rostros pálidos, en que se pintaba una viva excitación.

Pedro, absorto siempre en su visión extraterrena, oró por largo tiempo aún. Tornando luego á la conciencia de la realidad, volvió hacia la asamblea el inspirado rostro, lleno de luz, y dijo:

—Así como el Señor ha triunfado sobre vuestra incredulidad, así alcanzaréis vosotros la victoria, invocando su nombre.

Y aun cuando estaba cierto de que triunfarían, y aun cuando sabía qué frutos habrían de brotar de las lágrimas y de la sangre de aquellas victimas, tembló su voz á influjo de la emoción cuando al hacer sobre ellos la señal de la cruz, les dijo:

—¡Ahora, hijos míos, yo os bendigo, pues vais al martirio, á la muerte, á la eternidad!

Y todos reuniéronse en derredor suyo y lloraron.

—Estamos prontos,—dijeron;—mas tú, santo jefe, cabeza visible de nuestra doctrina, consérvate; pues eres el vicario de Cristo aquí en la tierra.

Y diciendo así cogieron la orla de su manto.

El posó las manos sobre sus cabezas, y los bendijo separadamente uno á uno, como lo haría un padre al despedir á hijos suyos que van á emprender un largo viaje.

E inmediatamente después empezaron á salir del sotechado, pues ahora tenían prisa por llegar á sus casas, y de allí á las cárceles y á las arenas.

Sus pensamientos alejábanse de la tierra, sus almas emprendían ya el vuelo hacia la eternidad, y seguían ahora su camino cual si se hallaran en una especie de sueño, alucinación ó éxtasis, y oponiendo todo cuanto había en ellos de fortaleza moral á la ferocidad de la «Bestia».

Acompañó al Apóstol, Nereo, sirviente de Prudencio, llevándole por un oculto sendero que conducía del viñedo á su casa.

Vinicio fué siguiéndoles á la clara luz de la luna, y cuando por fin llegaron á la cabaña de Nereo, se les acercó de súbito, echándose luego á los pies del Apóstol.

—¿Qué deseas, hijo mío?—preguntó Pedro al reconocerle.

Después de lo que había oído en el viñedo no se atrevía Vinicio á concretar en forma alguna los anhelos de su alma.

Limitóse, pues, á abrazar los pies de Pedro, y hundir en ellos su frente entre sollozos, haciendo así muda apelación á la piedad del Apóstol.

Este le dijo entonces:

—Ya sé. Te han arrebatado la doncella á quien amas. ¡Ruega por ella!

—Señor,—gimió Vinicio estrechando con más fuerza los pies del anciano;—Señor, yo soy tan sólo un mísero gusano; pero tú has conocido á Cristo. ¡Implora tú su piedad, ruega tú también por ella!

Y el dolor hacía que se estremeciera su cuerpo como una hoja, y hundía en tierra la cabeza; y teniendo fe en el poder del Apóstol, creía que solamente él alcanzaría la salvación de Ligia.

Pedro sintióse conmovido ante aquel dolor.

Y recordó á la sazón cómo también Ligia un d'a, desesperada por la implacable severidad de Crispo, habíase echado á sus pies de manera semejante, á implorar su compasión.

Y Pedro la había alzado del suelo y confortado su alma.

Hizo ahora lo propio con Vinicio y le dijo:

—Hijo mío, rogaré por ella; pero ten presente lo que dije á los que dudaban: que el mismo Dios hubo de apurar los tormentos de la cruz; y recuerda que después de esta vida, empieza otra, la vida eterna.

—¡Lo sé, lo he oído!—contestó Vinicio, tomando aliento;—pero, señor tú ya ves que yo no puedo!... Si hay necesidad de sangre, implora tú á Cristo que haga correr la mía: yo soy un soldado. ¡Que El duplique ó triplique el tormento destinado á ella; yo lo sufriré; pero, que ella se salve!

No es más que una niña, y El tiene más poder que el César; ¡sí, yo lo creo más poderoso! ¡Tú mismo la has amado; tú nos has bendecido! ¡Ella es una niña inocente y pura!

Y de nuevo postróse á los pies de Pedro, y apegando á sus rodillas el rostro, repitió:

—¡Tú has conocido á Cristo, señor; tú le has conocido! ¡El atenderá tu súplica! ¡Ruega por ella!

Pedro entornó los ojos y empezó á orar con fervor.

De nuevo cruzaron el horizonte algunos relámpagos estivales.

Y á la luz de éstos Vinicio contempló anhelante los labios del Apóstol, pareciéndole que pendiente de ellos se hallaba la vida ó la muerte.

En medio de aquel solemne silencio dejóse oír el reclamo de las codornices en el viñedo y el ruido sordo y lejano de las muelas de los molinos próximos á la Vía Salaria.

—Vinicio, — preguntó por fin el Apóstol, — ¿tienes fe?

—¿Habría venido aquí si no creyera?— contestó el joven.

—Entonces, cree hasta el fin; porque la fe remueve las montañas. De ahí que, aun cuando te estuviese reservado el ver á esa doncella bajo la cuchilla del verdugo, ó entre los colmillos de un león, ten fe en que sólo Cristo puede salvarla. Ten fe y ruégale, y eleva conmigo tus plegarias.

Y alzando la faz al cielo, así oró en alta voz:

—¡Oh, Cristo misericordioso! ¡Vuelve tus ojos á este corazón acongojado y bríndale tus consuelos! ¡Oh, Cristo misericordioso, atempera el viento que agita el vellón del Cordero! ¡Oh Cristo misericordioso, tú que imploraste de tu Padre que te apartara de los labios el cáliz amargo, dignate apartarlo también ahora de los de este siervo tuyo! Amén.

Y Vinicio, extendiendo las manos hacia el cielo, dijo como en un gemido:

—Soy tuyo, ¡llévame en lugar de ella!

A la sazón el firmamento empezaba á palidecer en el oriente.

CAPÍTULO LIII

Al despedirse Vinicio del Apóstol, dirigióse á la prisión, renovada en su corazón la esperanza. Sentíase aún, en las profundidades de su alma, voces íntimas de terror y desesperación, mas el joven neófito sofocó esas voces.

Parecíale que la intercesión del Vicario de Dios y el poder de su plegaria, no tuvieran eficacia.

Y en seguida, por momentos, temía esperar, y por momentos temía la duda.

—He de creer en la bondad de Dios,—dijose por fin,— aún cuando la hubiese de ver entre los colmillos de un león.

Ante esta idea, si bien sentía estremecerse el alma entera y recorrer un frío sudor por sus sienes, se afirmaba su fe.

Hasta el último latido de su corazón, convertíase entonces en una plegaria.

Empezó á creer que la fe podía remover las montañas, porque él mismo sentía ahora una maravillosa fuerza, que antes no había advertido en su sér íntimo. Parecíale que podría intentar empresas, de las cuales, el día anterior hubiera sido incapaz. Por momentos, hallábase bajo la impresión de que todo peligro había pasado. Y si de su alma escuchaba á intervalos brotar los gemidos de la desesperación, traía á la mente aquella noche y aquella santa cabeza cana alzada al cielo en actitud de oración.

Y se repetía á sí mismo:

—No, Cristo no ha de rechazar la súplica de su primer discípulo, del pastor de su rebaño! ¡Cristo no podrá desoir! ¡No me es posible dudar!

Y corrió hacia la prisión como heraldo de la buena nueva.

Pero allí le aguardaba un suceso inesperado.

Todos los guardias pretorianos que por turno custodiaban la cárcel Mamertina, conocíanle, y de ordinario no le oponían la menor dificultad; empero, ahora no se abrió á su paso la línea, sino que un centurión se le acercó y le dijo:

—Perdona, noble tribuno; tenemos hoy la orden de no dejar entrar á persona alguna.

—¿Una orden?—repitió Vinicio, palideciendo.

El soldado, le miró con expresión compasiva, y contestó:

—Sí, señor, una orden del César. En la prisión hay muchos enfermos y se teme acaso que los visitantes puedan difundir el contagio por toda la ciudad.

—¿Dices que la orden sólo es para el día de hoy?

—La guardia se releva á mediodía.

Vinicio permaneció silencioso, y se descubrió la cabeza, porque parecía que el *pileolus* (birrete de fieltro) estaba pesándole como un plomo.

Al mismo tiempo, el soldado se le acercó más y le dijo en voz baja:

—Vuelve tranquilo, señor; el guardián y Ursus velan sobre ella.

Y al decir esto, se inclinó, y en un abrir y cerrar de ojos, trazó con su larga espada gótica, un pescado sobre las baldosas del pavimento.

Vinicio le dirigió una mirada rápida y le dijo:

—¿Y tú eres pretoriano?

—Sí, hasta que me llegue el turno de entrar ahí,—contestó el soldado señalando la prisión.

—Yo también adoro á Cristo.

—¡Alabado sea su nombre! Lo sé, señor; no puedo dejarte entrar en la prisión, pero escribe tú una carta y la entregaré al guardián.

—Gracias, hermano mío.

Y Vinicio, estrechó la mano del soldado, y se alejó de allí.

Ya no le pesaba como plomo el *pileolus*.

El sol elevábase por sobre los muros de la cárcel, y así, como sus reflejos daban animación al día, así el joven tribuno sintió que á su alma penetraban de nuevo dulces fulgores de consuelo.

Aquel soldado cristiano era para él otro testimonio viviente del poder de Cristo.

Al cabo de algunos momentos detuvo el paso, y dirigiendo la vista hacia las nubes rosadas que se advertían por sobre el Capitolio y el templo de Júpiter Stator, dijo:

—¡Oh, Señor! ¡Hoy no la he visto; pero creo en tu misericordia!

En la casa encontró á Petronio, quien, siguiendo su costumbre de convertir la noche en día, no hacía mucho ha

bía llegado. Y acababa de tomar su baño y de ungirse el cuerpo antes de retirarse á descansar.

—Tengo noticias que darte,—dijo á Vinicio.—Estuve hoy en casa de Tulio Senecio, á quien el César fué también á visitar.

No sé por qué vino á la mente de la Augusta el llevar consigo al pequeño Rufio: acaso con el propósito de que se ablandara el corazón del César ante la infantil hermosura del niño.

Desgraciadamente, venía éste cansado y falto de sueño, y quedóse dormido,—como sucedió una vez á Vespasiano,—durante una lectura que hacía el César. Viendo esto, Enobarbo tiró una copa á la cabeza de su hijastro, y le hirió gravemente.

Popea se desmayó, y todos pudieron oír al César que decía en tanto:

—¡Harto estoy ya de esa ralea!

Y eso, bien lo sabes tú, equivale como á una sentencia de muerte.

—El castigo de Dios pende sobre la cabeza de la Augusta,—dijo Vinicio;—mas, ¿por qué me cuentas esto?

—Te lo cuento, porque la cólera de Popea os ha perseguido á tí y á Ligia. Ocupada ahora en su propia desventura, puede que abandone la idea de su venganza, y sea más fácil influir en su ánimo. La he de ver esta tarde, y hablaré con ella.

—Gracias. Me das con ello una buena nueva.

—Pero es menester que tomes un baño y descanso. Tienes los labios lívidos, y no eres, ni la sombra de tí mismo.

—¿No ha sido anunciado ya el primer *ludus matutinus*?—preguntó Vinicio.

—Sí, dentro de diez días. Pero tomarán para ello primero á los cristianos de las demás prisiones. Mientras más tiempo tengamos disponible, mejor. No se ha perdido todo aún.

Pero el mismo Petronio, no creía en lo que estaba diciendo: porque sabía perfectamente que, después de la altisonante respuesta que el César rebuscara para darla á la petición de Alituro, y en el cual, habíase comparado con Bruto, no podía haber ya salvación para Ligia.

También reservóse, por compasión á Vinicio, lo que había oído decir en casa de Senecio, á saber: que el César y Tigelino habían resuelto elegir para ellos y para sus amigos, las más lindas doncellas cristianas y profanarlas antes de la tortura. En cuanto á las demás, serían entregadas el día del espectáculo, á los pretorianos y á los guardianes de las fieras.

Estando convencido de que Vinicio en ningún caso habría de sobrevivir á Ligia, alimentaba deliberadamente en el corazón de su sobrino la esperanza, en primer lugar, movido por el cariño que á Vinicio tenía, y en seguida, porque deseaba que si el joven tribuno había de morir, le hallase la muerte con un rostro hermoso y no deformado y ennegrecido por el dolor y las vigiliass.

—Hoy hablaré así á la Augusta,—dijo:—«Salva á Ligia para Vinicio, y yo salvaré para tí á Rufio.» Y me propongo meditar seriamente el asunto. Una sola palabra dicha á Enobarbo en el momento oportuno puede salvar ó perder á una persona. En el peor de los casos habremos ganado tiempo.

—Gracias,—repitió Vinicio.

—Mejor me probarás que me agradeces, si comes algo y duermes,—repuso Petronio.—¡Por Ateneal Ni en sus mayores tribulaciones descuidó jamás Odiseo el alimento y el descanso. Tú, por supuesto, ¿habrás pasado en la cárcel la noche entera?

—No,—contestó Vinicio.—Quise ir á la prisión hoy, pero hay orden de no admitir á persona alguna. Petronio: averigua si esa orden rige tan sólo por el día de hoy, ó si se extiende hasta el mismo en que empiecen los juegos.

—Esta noche lo sabré, y mañana temprano, te diré por

cuánto tiempo y por qué motivo se ha dado esa orden. Pero, lo que es ahora, y aún cuando Helios (el sol) hubiera de ir á ocultarse apenado en las regiones de Cimeria, (las tinieblas), me voy á dormir. Imita mi ejemplo.

Y se despidieron; pero Vinicio dirigióse á la biblioteca y escribió á Ligia una carta. Terminada ésta, la llevó personalmente al centurión cristiano, quien á su vez la condujo al punto á la prisión.

Y á los pocos momentos volvió trayendo un saludo de Ligia y la promesa de una respuesta suya, que ofreció entregar á Vinicio en el mismo día.

No teniendo el joven tribuno el menor deseo de volver á su casa, púsose á esperar la carta de Ligia sentado sobre una piedra.

Alto estaba ya el sol á la sazón, y numerosos grupos de gente afluan, como de costumbre, por el *Clivus Argentius* (Cuesta de los Banqueros) al *Forum*.

Los buhoneros pregonaban su menuda mercancía; los adivinos ofrecían á los transeuntes sus vicios; dirigíanse los ciudadanos á paso lento á escuchar á los oradores del día en las *rostra* (tribunas) ó á comunicarse las últimas noticias.

A medida que aumentaba el calor, la multitud de ociosos iba engrosando en los pórticos de los templos, desde los cuales, volaban de momento en momento bandadas de palomas, cuyas albas plumas brillaban á los resplandores del sol de aquel diáfano día.

A causa del exceso de luz y de bullicio, del calor y del profundo cansancio, empezaron á cerrarse los ojos de Vinicio. Luego los gritos monótonos de los muchachos que jugaban *mora* y el paso cadencioso de los soldados, fueron insensiblemente adormeciéndole.

Todavía alzó la cabeza varias veces, y en cada una de ellas dirigió los anhelantes ojos á la prisión. Por último venció la fatiga: se reclinó sobre una piedra, suspiró como

un niño á quien le acomete el sueño después de haber llorado mucho y quedóse dormido.

Y soñó.

Parecíale que iba llevando á Ligia en sus brazos, en medio de la noche, por entre un viñedo desconocido.

Delante iba Pomponia Graecina alumbrando el camino con una lámpara.

Y una voz parecida á la de Petronio, decía desde lejos: «¡Vuelvel!» pero él no hacía caso al llamamiento y seguía detrás de Pomponia. Por último llegaron á una cabaña, en cuyos umbrales, hallábase Pedro.

Y él señaló á Ligia, al Apóstol y le dijo:

—Venimos de la arena, señor; pero no hemos podido despertarla; despiértala tú.

—Cristo mismo vendrá y la despertará,—dijo Pedro entonces.

Luego cambiaba el escenario.

Veía en medio de su sueño á Nerón; á su lado hallábase Popea, quien tenía en sus brazos al pequeño Rufio, cuya cabeza ensangrentada estaba Petronio lavando. Veía también á Tigelino, quien á la sazón esparcía ceniza sobre las mesas cubiertas de viandas exquisitas, que iba devorando Vitelio. Había también una multitud de augustianos presentes á esa fiesta y sentados en la mesa del banquete.

El mismo, Vinicio, encontrábase reclinado junto á Ligia; pero por entre las mesas paseábanse leones, cuyas melenas destilaban sangre.

Ligia le pedía entonces que la llevara lejos de allí, pero él, sentíase dominado por una enervación tan terrible que no le era posible ni siquiera moverse.

Luego fueron haciéndose más y más confusas las visiones de su sueño, hasta que finalmente se sumergieron en una honda tiniebla.

Por último le despertaron de su profundo sopor los ardores del sol, y unos gritos se dejaron oír cerca del sitio en que se encontraba.

Restregóse Vinicio los ojos.

La calle, á la sazón, era un verdadero enjambre de gente; y en ese instante, dos corredores, vestidos con sendas túnicas amarillas, iban haciendo á un lado la multitud con unas varas largas, y gritaban y abrían calle á una espléndida litera conducida por cuatro fornidos esclavos egipcios.

Dentro de ella y vestido blanco, iba sentado un hombre, cuyo semblante no era fácil ver, porque ocultábanlo á medias un rollo de papiro que llevaba junto á los ojos, y que iba leyendo con gran atención.

—¡Abrid paso al noble augustiano!—gritaban los corredores entretanto.

El augustiano puso entonces á un lado su rollo de papiro y asomando la cabeza, gritó:

—¡Dispersad á esa canalla! ¡Pronto!

Y habiendo en ese instante reparado en Vinicio, retiró bruscamente la cabeza y volvió á tomar con precipitación su rollo de papiro.

El joven llevóse la mano á la frente pareciéndole que aún soñaba.

¡Porqué el augustiano sentado en aquella litera era Chilo en personal!

Entretanto, los corredores habían abierto paso á los egipcios estaban ya listos para proseguir su marcha, cuando el joven tribuno, ante cuya vista, se aclararon en aquel instante, muchos puntos oscuros que hasta entonces habíanle parecido incomprensibles, acercóse á la litera, y dijo:

—¡Salúdote, oh Chilo!

—Joven,—contestó el griego con aire lleno de altivez é importancia, y esforzándose por dar á su semblante una expresión de tranquilidad que no sentía en su interior,—te saludo, pero no me detengas, porque me urge llegar á casa de mi amigo el noble Tigelino.

Vinicio, aferrándose á uno de los bordes de la litera, y

mirando fijamente á los ojos del griego, le dijo con voz reprimida:

—¿Tú fuiste quien traicionó á Ligia?

—¡Oh, Coloso de Memnon!—exclamó Chilo con aire medroso.

Pero en los ojos de Vinicio, nada había de amenazante; visto lo cual, por Chilo, proto se desvaneció su temor.

Recordó además que contaba con la protección de Tigelino y del mismo César,—es decir, de un poder, ante el cual, temblaban todos,—que tenía á su lado esclavos robustos y que Vinicio estaba allí delante de él inerme, con el semblante demacrado é inclinado el cuerpo al peso del sufrimiento.

Y al reparar en todo esto, volvióle toda su insolencia. Fijó en Vinicio los ojos, cuyos párpados se hallaban enrojecidos, y le contestó en voz baja:

—Sí, pero tú, cuando me estaba yo muriendo de hambre, me hiciste azotar.

Por espacio de un momento, ambos guardaron silencio; luego repitió Vinicio con sorda voz:

—Cierto es que te ofendí, Chilo.

Irguióse entonces el griego, y castañeando los dedos, lo que en Roma era una demostración de burla y desprecio, contestó con voz tan fuerte, que todos pudieran oírle en derredor:

—Amigo, si tienes alguna petición que presentarme, ven á mi casa del Esquilino, por la mañana, á la hora que recibo á los conocidos y á mis clientes, después del baño.

E hizo una señal con la mano, vista la cual por los egipcios, alzaron nuevamente la litera y los esclavos de las túnicas amarillas, continuaron gritando, á la par que blandían sus varas:

—¡Abrid paso á la litera del noble Chilo Chilonides!
¡Paso! ¡Paso!

CAPÍTULO LIV

Ligia, en una larga carta escrita apresuradamente, despedíase de Vinicio para siempre.

Sabía que á nadie era ya permitida la entrada á la prisión, y que solo podría ver al joven en la arena. Y pedíale por consiguiente que averiguase cuándo llegaría el turno á los encarcelados de la prisión Mamertina, y al mismo tiempo le rogaba que asistiese al espectáculo, pues deseaba verle por última vez en la vida.

En la carta de la joven no se advertía ni el más leve asomo de temor.

Decía que tanto ella como sus demás compañeros ansiaban que llegase el instante de acudir á la arena, en donde hallarían para siempre la libertad de las prisiones de esta vida.

Esperaba que asistieran al espectáculo Pomponia y Aulio; y rogaba que se les pidiera que no dejasen de acudir.

Cada una de sus palabras demostraba un estado de espiritual exaltación y de aquel desprendimiento de la existencia en que todos los encarcelados á la sazón vivían; y al mismo tiempo una fe incommovible en que todas las promesas de ulterior recompensa veríanse cumplidas más allá de la tumba.

—«Ya sea que me liberte Cristo en esta vida ó después de la muerte,—escribía,—El me ha prometido á tí por boca del Apóstol y, por consiguiente, soy tuya.»

Y le imploraba que no llorase por ella, ni se dejara dominar por el sufrimiento. Para ella la muerte no significaba la disolución de su matrimonio. Con una confianza infantil aseguraba á Vinicio, que inmediatamente después de terminados sus tormentos en la arena diría á Cristo que su prometido Marco había quedado en Roma y que ansiaba por ella con todo su corazón.

Y pensaba que acaso Cristo permitiría que su alma vol-

viere á él, á Vinicio, siquiera por un instante, y le dijera que estaba viva, que no guardaba ya memorias de sus tormentos de esta vida y que era dichosa.

Toda aquella carta respiraba felicidad y una inmensa esperanza.

Solo' había en ella una petición relacionada con asuntos terrenales: que Vinicio hiciera extraer su cuerpo del *spoliarum* (1) y lo sepultara, como cadáver de su esposa, en la tumba en que él mismo hubiera de reposar un día.

Vinicio leyó aquella carta con ánimo acongojado, pero al mismo tiempo parecíale imposible que Ligia pudiera perecer bajo las garras de las fieras y que no se apiadara Cristo de ella. Y en su alma se anidaban la fe y la esperanza.

Vuelto á su casa escribió á Ligia que iría diariamente á montar la guardia al pie de los muros del *Tullianum*, á la expectativa del momento en que Cristo derrumbara esos muros y la volviese á él.

Y pedía á la joven que creyera que Cristo bien podía salvarla y restituírsela, aun en el propio Circo, pues el Gran Apóstol estaba implorando á El que tal hiciera; y por lo tanto la hora de la liberación estaba próxima. El centurión convertido la llevaría esta carta á la mañana siguiente.

Pero cuando Vinicio llegó á la cárcel esa mañana con aquel objeto, abandonó el centurión las filas, se le acercó y le dijo:

—Escúchame, señor. Cristo, de quien recibiste la luz, te demuestra palmariamente su favor. Anoche, el liberto del César y los del prefecto vinieron á elegir doncellas cristianas á quienes aguardaba la deshonra; preguntaron por tu prometida, pero nuestro Señor le mandó una fiebre, la cual está haciendo mortíferos estragos entre los presos del *Tullianum*, y entonces la dejaron. Anoche había perdido el

(1) Lugar inmediato al Circo en que se depositaba á los gladiadores muertos ó á las victimas de las fieras y se daba el golpe de gracia á los que aun alentaban.

sentido, y bendito por ello sea el nombre del Redentor, porque la enfermedad que la ha libertado de ¡la vergüenza, puede muy bien salvarla de la muerte.

Vinicio hubo de apoyarse en el hombro del soldado á fin de no caer desvanecido.

Entretanto el otro prosiguió:

—¡Gracias sean dadas á la misericordia del Señor! Sabrás que se apoderaron de Lino y que lo pusieron en tortura, pero al ver que se estaba muriendo, lo entregaron. Posible es entonces que también ahora te devuelvan á tu esposa y Cristo la habrá de restituir luego la salud.

El joven tribuno permaneció por algún tiempo con la cabeza inclinada; alzóla luego y dijo en voz baja:

—Dices bien, centurión. Cristo, que la salvó de la vergüenza, la salvará también de la muerte.

Sentóse luego al pie de la muralla de la prisión y allí estuvo hasta llegada la tarde. En seguida volvió á su casa con el objeto de enviar gente en busca de Lino, á quien ordenó que trasladaran á una de sus casas de campo suburbanas.

Pero cuando Petronio se hubo impuesto de todo, resolvió por su parte obrar también.

Había visitado ya á la Augusta; fué ahora á verla por segunda vez.

La encontró á la cabecera del pequeño Rufio.

El niño, á consecuencia de la herida en la cabeza, luchaba ahora con la fiebre; su madre, amargado el corazón por la desesperación y el terror, hacía grandes esfuerzos por salvarle, pensando al mismo tiempo que si en efecto le salvaba, ello bien pudiera ser tan sólo para que en seguida pereciera de muerte más terrible.

Ocupada exclusivamente en su propio dolor, nada quería oír acerca de Vinicio y de Ligia, pero Petronio la aterrizó.

—Tú has ofendido,—la dijo,—á una divinidad nueva y desconocida. Tú, Augusta, según parece, adoras al Jehová

hebreo; pero los cristianos afirman que Chrestos es hijo suyo. Reflexiona entonces si no te estará persiguiendo ahora la cólera del padre. ¿Quién podría decir que no es la venganza de éste la que ha caído sobre tí? ¿Y quién sabe si la vida de Rufio no depende sino de esto: de la manera cómo hayas tú de obrar?

—¿Qué me aconsejas?—preguntó Popea llena de terror.

—Aplacar á las deidades ofendidas.

—¿Y cómo?

—Ligia está enferma. Influye tú sobre el César ó sobre Tigelino para que sea entregada á Vinicio.

—¿Y piensas que yo puedo hacer eso?—preguntó con desesperado acento Popea.

—Puedes hacer otra cosa entonces. Si Ligia mejora, su destino en seguida es morir en el Circo. Dirígete al templo de Vesta y pide á la Virgo Magna (gran vestal ó primera virgen) que trate de hallarse como por accidente cerca del *Tullianum* en el momento en que conduzcan los presos á la muerte y ordene que den libertad á la doncella. La Gran Vestal no te podrá negar eso.

—Pero, ¿y si Ligia muere de fiebre?

—Los cristianos dicen que Cristo es vengativo pero justo; posible es que entonces logres tú aplacarlo con sólo el buen deseo de ir en auxilio de esa jóven.

—Si ello es así, que me dé una señal indicativa de que Rufio sanará.

Petronio encogióse de hombros y dijo:

—¡Oh divinidad! Yo no he venido á verte como enviado de El; me limito á decirte: Preferible es que te halles en buena armonía con todos los dioses, tanto romanos como extranjeros.

—¡Iré!—dijo Popea con la voz quebrantada.

Petronio respiró con fuerza.

—Al fin he podido hacer algo—pensó.

Y al ver después á Vinicio, le dijo:

—Ruega á tu Dios que no muera Ligia de la fiebre que

la aqueja, porque si de ella salva, la Gran Vestal ordenará su liberación. La Augusta en persona le pedirá que lo haga.

—Cristo la salvará,—contestó Vinicio mirándole con ojos en que brillaba la fiebre.

Entretanto Popea, quien por el amor y la salud de su Rufio estaba dispuesta á ofrecer hecatombes á todos los dioses del universo, dirigióse esa misma noche al través del *Forum* en busca de las vestales, dejando encargado el niño enfermo á su fiel nodriza Silvia, [quien había sido también su propia ama de cría.

Pero era tarde, porque en el Palatino estaba ya decretada la sentencia de muerte contra el niño.

Así, pues, apenas la litera de Popea hubo desaparecido al través de la gran puerta, entraron dos libertos del César al aposento en que yacía el pequeño Rufio.

Uno de ellos se arrojó sobre Silvia y la amordazó; el otro, apoderándose de una estatua de bronce de la Esfinje, mató del primer golpe en la cabeza á la pobre mujer.

Luego acercáronse á Rufio.

El pequeñuelo, atormentado por la fiebre, insensible, y sin darse cuenta de lo que ocurría en derredor suyo, sonrió á los libertos, entrecerrando sus hermosos ojos, cual si quisiera reconocerles.

Quitáronlos á la nodriza el cinturón y poniéndolo al rededor del cuello de Rufio, tiraron de él y ahogaron al niño. Este pudo apenas llamar una sola vez á su madre y murió sin gran esfuerzo.

Lo envolvieron entonces en una sábana y montando en sendos caballos que le esperaban, dirigiéronse con él á galope hacia Ostia, en donde lo arrojaron al mar.

No habiendo encontrado Popea á la Virgo Magna, quien con otras vestales hallábase á la sazón en casa de Vatinio, tornó luego al Palatino.

Y al encontrar vacío el lecho y yerto el cuerpo de Silvia se desmayó.

Cuando le hubieron hecho volver en sí empezó á gritar y sus desesperados alaridos dejáronse oír durante toda aquella noche y el día siguiente.

Pero el César le ordenó que asistiéra á una fiesta que debía de darse al tercer día.

Así, pues, hubo de ataviarse Popea con su túnica color de amatista y acudir al banquete con el rostro semejante al de una estatua de piedra, coronado por sus áureos cabellos, anonadada, muda, ominosa como el ángel de la muerte.

CAPÍTULO LV

Antes de que los Flavios construyeran el Colossum, Roma no tenía sino anfiteatros de madera; y por esta razón casi todos ellos habían sido consumidos por el incendio.

Así, pues, con motivo de la próxima celebración de los espectáculos prometidos. Nerón había ordenado levantar varios anfiteatros, y entre ellos uno gigantesco. Para la construcción de éste habíase hecho venir, inmediatamente después de extinguido el incendio, por mar y por el Tíber, grandes troncos de árboles cortados en las laderas del Atlas.

Y se quería que los juegos sobrepujaran á todos los anteriores por su esplendor y por la cantidad de víctimas.

Así, pues, dióse á dicho anfiteatro gran capacidad para la concurrencia del pueblo y para las fieras.

Miles de operarios trabajaban día y noche en la construcción del edificio y en su ornamentación. Y se decían primores de sus columnas, en las cuales había incrustaciones de bronce, marfil, ámbar, madreperla y carey transmarino.

Una red de tubos, llenos de agua helada, procedente de las montañas, y colocados á lo largo de los asientos, debía mantener una temperatura agradable en el edificio, aun en medio de los más grandes calores.

Un inmenso *velarium* (pabellón) de púrpura ponía á los espectadores á cubierto de los rayos del sol.

Por entre las hileras de asientos había pebeteros dispuestos de trecho en trecho para quemar perfumes de la Arabia, y encima de dichos asientos habíase adaptado unos aparatos especiales para rociar á los espectadores con agua de azafrán y de verbena.

Los renombrados arquitectos Severo y Céler habían desplegado toda su habilidad en la construcción de este anfiteatro, con el propósito de que fuese á la vez incomparable y capaz de ofrecer cabida á un número de espectadores superior al que circo alguno hubiese contenido jamás.

De ahí que, en el día fijado para dar comienzo á los *ludus matutinus*, una inmensa muchedumbre se hallaba desde el alba aguardando la hora de la apertura de las puertas y escuchando con delicia entretanto los rugidos de los leones, el ronco gruñir de las panteras y los aullidos de los perros.

Habíase mantenido sin alimento á las fieras desde hacía dos días, limitándose sus cuidadores á presentarles algunos pedazos de carne sanguinolenta, á fin de excitar con más intensidad su rabia y su hambre.

Y por momentos levantábase tal huracán de feroces rugidos, que la plebe instalada á las puertas del Circo no podía hacerse escuchar en la conversación y los más tímidos palidecían de temor.

Al salir el sol se dejó oír desde el interior del Circo un himno que entonaban voces sonoras á la vez que apacibles.

Y las gentes allí reunidas escuchaban maravilladas aquellos cánticos y se decían: «¡Los cristianos! ¡Los cristianos!»

Efectivamente, muchos de éstos habían sido trasladados al anfiteatro la noche anterior y no sólo de una de las cárceles, como antes habíase proyectado, sino un grupo de individuos de cada cárcel.

Y se sabía entre la multitud que los espectáculos habrían de durar semanas y hasta meses, pero se dudaba

que fuera posible terminar en ese primer día con los cristianos que para el caso habían sido trasladados.

Las voces de los hombres, mujeres y niños que cantaban el himno matinal, eran tan numerosas, que los espectadores entendidos en aquellas funciones aseguraban que, aún en el caso de hacer salir simultáneamente á uno ó dos centenares de personas, las fieras se cansarían, quedarían pronto saciadas y no podrían despedazarlos á todos antes de la noche.

Otros declaraban que enviar un número excesivo de víctimas á la arena significaba divertir la atención del público, dificultando así el goce pleno del espectáculo.

A medida que se acercaba el momento de la apertura de los *vomitoria* (1), ó pasajes que conducían al interior, la gente se llenaba de animación y alegría, y proseguían las discusiones y disputas acerca de los diversos detalles relativos al espectáculo.

Formábanse grupos de individuos que alababan la mayor destreza, ora de los leones, ora de los tigres, para el destrozo de las víctimas.

Aquí y allí hacíanse apuestas respecto á ésto.

Otros afirmaban que se había dispuesto que fueran precedidos los cristianos en la arena por gladiadores; y de aquí surgían nuevos grupos y nuevas apuestas. Quien estaba por los samnitas (2), quien por los galos, quien por los mirmilones, por los tracios ó por los *retiarii* (3).

A primera hora por la mañana empezaron á llegar al anfiteatro grandes y pequeños grupos de gladiadores, á las órdenes de maestros, llamados *lanistæ* (4).

No deseando fatigarse pronto, entraban desarmados,

(1) Puertas, entradas de los teatros y circos, vomitorios.

(2) Gladiadores que tomaban este nombre porque usaban la armadura de los samnitas ó pueblos de Samnio.

(3) De «*retiarius*,» gladiador que llevaba una red, en la cual intentaba envolver á su adversario, quien estaba á su vez armado de escudo, y llevaba una hoz y un morrión.

(4) De «*lanista*,» el que formaba, compraba ó vendía gladiadores.

muchos de ellos completamente desnudos, llevando verdes ramas en las manos, ó coronados de flores; y á la luz de la mañana veíanse todos jóvenes, hermosos y rebosantes de vida.

Sus cuerpos, lustrosos de aceite de oliva, eran fuertes y recios, cual si hubieran sido tallados en mármol y causaban la delicia de aquellas gentes, enamoradas de la belleza en las formas.

Muchos eran conocidos entre el pueblo; así, pues, de momento en momento, se escuchaban voces como éstas:

—¡Salud, Furnio! ¡Salud, León! ¡Salud, Máximo! ¡Buenos días, Diómedes!

Las doncellas jóvenes les dirigían miradas de admiración; y ellos, eligiendo de entre los grupos á las más bonitas, les contestaban con chanzas; como si no les preocupara el menor cuidado, enviábanles besos, ó exclamaban:

—¡Dame un abrazo tú, antes que me lo dé la muerte!

Y desaparecían por las puertas cuyos dinteles muchos de ellos no volverían ya á salvar.

Y los que en seguida iban llegando embargaban á su turno la atención de las multitudes.

Detrás de los gladiadores venían los *mastigophori* (1); esto es, hombres armados de látigos, y uno de cuyos oficios era azotar y azuzar á los combatientes.

Enseguida dejáronse ver gran cantidad de mulas que venían tirando, en dirección al *spoliarium*, filas enteras de vehículos, en los cuales había rimeros de ataúdes de madera.

La vista de éstos llenó de alborozo á la multitud, deduciendo por la cantidad de ataúdes la grandeza que asumiría el espectáculo.

Detrás de esos carros marchaban los hombres cuyo oficio era ultimar á los heridos; vestían trajes de Carontes (2) ó Mercurios.

(1) Siervos que precedían con varas al juez de los combates y ejercicios públicos para apartar la gente.

(2) Caronte, barquero del infierno, hijo de Erebo y de la Noche, que transporta las almas de los difuntos al través de la laguna Estigia.

Después venían los encargados de conservar el orden en el Circo y los acomodadores; en seguida los esclavos que hacían circular bebidas y alimentos; y por último los pretorianos, á quienes el César tenía siempre cerca de su persona en el anfiteatro.

Abriéronse por fin los *vomitoria* y la plebe se precipitó al interior.

Pero era tan grande la cantidad de gente reunida, que siguieron afluyendo y afluyendo al anfiteatro por espacio de horas enteras.

Parecía asombroso que el Circo pudiera contener tanta multitud, cuyo número era verdaderamente incalculable.

Los rugidos de las fieras fueron entonces haciéndose más y más estruendosos.

Era que habían percibido más de cerca las exhalaciones de aquella multitud, la cual, á medida que se iba instalando en sus asientos, producía á su vez un movimiento agitado y rumoroso, comparable al de un mar en plena tempestad.

Finalmente hizo su entrada el prefecto de la ciudad, rodeado por su guardia; y después de él y en línea no interrumpida, las literas de los senadores, cónsules, pretores, ediles, funcionarios del gobierno y del palacio, oficiales pretorianos, patricios y damas lujosamente ataviadas.

Algunas literas iban precedidas por lictores que llevaban la segur entre un haz de varas; otras por grupos de esclavos.

A los rayos del sol brillaban los dorados ornamentos de las literas, las telas blancas y de otros colores diversos, los aretes y joyas, y el acero de las mazas.

Desde el interior del Circo dejábanse oír las aclamaciones con que el pueblo acogía á los grandes dignatarios.

Y seguían llegando de tanto en tanto nuevas partidas de pretorianos.

Los sacerdotes de diversos templos presentáronse algo

más tarde; y solo después de ellos entraron las vírgenes sagradas de Vesta, precedidas por lictores.

Para dar principio al espectáculo aguardábase tan solo al César, quien no queriendo hacer esperar mucho al pueblo, cuyo favor deseaba ganarse, pronto llegó, acompañado de la Augusta y de los augustanos.

Entre estos últimos venía Petronio en su litera. Le acompañaba Vinicio.

El joven tribuno sabía que Ligia estaba enferma de gravedad, sin haber vuelto aún á sus sentidos; pero como el acceso á la prisión había sido prohibido con mayor rigor en los días precedentes, y como á los antiguos guardias reemplazaban ahora otros á quienes no se permitía hablar con los carceleros, ni siquiera comunicar la más insignificante noticia á los que venían á pedir informes acerca de los presos, no estaba seguro Vinicio de que Ligia no se hallara entre las víctimas destinadas al espectáculo del primer día.

Porque bien podían entregar á los leones aún á una enferma, si bien estuviese, como Ligia, fuera de sus sentidos.

Y puesto que las víctimas debían ser envueltas en pieles de fieras cosidas á sus cuerpos y enviadas por grupos á la arena, ningún espectador podía estar seguro de que una más ó menos no se hallara entre ellas, y ninguno tampoco podría reconocerlas.

Los carceleros y todos los sirvientes del anfiteatro habían sido sobornados por Vinicio, y estaba convenido con los guardianes de las fieras que ocultarían á Ligia en algún rincón obscuro y la entregarían por la noche á persona de la confianza de Vinicio, quien la conduciría inmediatamente á los Montes Albanos.

Petronio, que se hallaba en el secreto, aconsejó á Vinicio que asistiera abiertamente en su compañía al anfiteatro, y después de hacer su entrada, se escabulliera en medio de la multitud y á favor del bullicio, y llegase hasta los subterráneos, en donde, para evitar toda posible equi-

vocación, señalaría á Ligia personalmente á los guardianes.

Estos le dejaron entrar por una pequeña puerta por donde acababan de salir ellos. Y uno de los mismos, llamado Ciro, le condujo al punto á los sitios en donde se hallaban los cristianos.

En el camino le dijo:

—Señor, yo no estoy seguro de que llegues á encontrar lo que buscas. Hemos preguntado por una doncella llamada Ligia, pero nadie nos ha dado una respuesta concluyente; puede ser, empero, que se deba esto á que no tienen confianza en nosotros.

—¿Hay muchos? —preguntó Vinicio.

—Muchos, señor; tendrán que aguardar hasta mañana.

—¿Y hay enfermos entre ellos?

—Ninguno había que no pudiera tenerse en pie.

Dicho esto, abrió Ciro una puerta que daba entrada á una estancia subterránea enorme, pero baja y oscura, pues recibía luz tan solo por unas aberturas enrejadas que la separaban de la arena.

Al principio Vinicio nada pudo ver. Oía tan solo un murmullo de voces en el aposento y los gritos de la plebe, que procedían del Circo.

Pero, al cabo de algunos instantes, cuando se hubieron habituado sus ojos á la obscuridad, le fué ya dable distinguir unos grupos de seres extraños, parecidos á lobos y osos.

Eran los cristianos, cosidos en pieles de bestias feroces.

Algunos de ellos hallábanse de pie; otros oraban de rodillas.

Aquí y allí podía conjeturarse que la víctima era una mujer, á la vista de sus largos cabellos flotantes por sobre la piel de fiera.

Mujeres vestidas de piel de lobo, tenían en los brazos á niños cuyos cuerpos hallábanse de igual manera cubiertos con aquellas pelosas vestiduras.

Pero, por sobre de esos disfraces terribles, emergían rostros serenos y ojos que, en medio de la obscuridad, ostentaban el brillo de la fiebre y de una alegría suprema.

Era evidente que á la mayor parte de aquellos individuos les dominaba un pensamiento,—exclusivo y ultraterreno,—un pensamiento que les hacía indiferentes á todo cuanto pasaba en derredor suyo y á todo cuanto pudiera sobrevenirles.

Algunos de ellos, al ser interrogados por Vinicio acerca de Ligia, le miraban con ojos atónitos, cual si se vieran interrumpidos en medio de un sueño; otros le contestaban con una sonrisa, llevando un dedo á los labios, ó señalando hacia la abertura enrejada por donde penetraban algunos rayos de luz.

Pero aquí y allí oíase llorar á niños atemorizados por los rugidos de las fieras y por los aullidos de los perros, los gritos de la multitud y las propias formas de sus padres ataviados de fieras.

Vinicio, acompañado por Ciro, recorría entre tanto la estancia, miraba ansiosamente los semblantes, buscaba, preguntaba; por momentos tropezaba contra algunos cuerpos ó personas que se habían desmayado á consecuencia de la aglomeración de gente, del aire sofocante que allí se respiraba y del calor; y seguía avando hasta llegar al fondo obscuro de aquel subterráneo, tan espacioso como un vasto anfiteatro.

De súbito se detuvo, pues parecióle oír cerca del enrejado una voz que le era familiar.

Púsose á escuchar un momento, volvióse hacia donde partía la voz, y abriéndose paso por entre la multitud, se aproximó al que hablaba.

La luz daba de lleno en el rostro del orador y Vinicio reconoció al punto, bajo la piel de un lobo, la demacrada é implacable fisonomía de Crispo.

Este á la sazón exclamaba:

—¡Arrepentios de vuestras culpas! ¡Porque el momento

se acerca! Quien crea que tan solo con la muerte ha de redimir las faltas cometidas, incurre en nuevo pecado y será arrojado al fuego eterno. Con cada uno de vuestros pecados cometidos en este mundo habéis renovado los sufrimientos del Señor; ¿cómo osáis pensar entonces que la muerte que os aguarda habrá de redimir esta vida? Hoy, justos y pecadores morirán de muerte igual; pero el Señor sabrá escojer á los suyos. ¡Ay de vosotros! Las garras de los leones destrozarán vuestras carnes; pero con ello no lograréis purificaros, ni ajustaréis vuestras cuentas con Dios. El Señor se mostró misericordioso por extremo al dejarse crucificar; pero, de aquí en adelante, solo será para vosotros el juez que no habrá de dejar ninguna de vuestras culpas impune.

Así, pues, quien quiera entre vosotros que haya creído extinguir sus pecados por medio del martirio, ha blasfemado contra la justicia de Dios.

Ha terminado ya la misericordia y es llegado el momento de la divina cólera.

Bien pronto habréis de comparecer ante el tremendo Juez, en cuya presencia solamente los buenos podrán ser absueltos.

¡Llorad vuestras culpas, pues las puertas del infierno están prontas para recibirlos! ¡Ay de vosotros, esposos y esposas; ay de vosotros, padres é hijos!

Y extendiendo sus descarnados brazos, los agitaba sobre las cabezas inclinadas de sus oyentes.

Aquel hombre, mostrábase impávido é implacable hasta en presencia de la muerte á que estaban todos destinados.

Después de sus palabras, dejáronse oír estas voces:

—¡Sí, nos arrepentimos de nuestras culpas!

Luego sobrevino el silencio y volvió á escucharse tan solo el llanto de los niños y los golpes de pecho que se daban aquellos aterrorizados penitentes.

A Vinicio helósele la sangre en las venas, El, que había

puesto su esperanza toda en la misericordia de Cristo, acababa de escuchar ahora que el día de la cólera divina había llegado, y que ni aún con la muerte de los mártires en la arena se podría alcanzar la misericordia del Señor.

Cierto es que por su cabeza cruzó el pensamiento, claro y tuzaz como un relámpago, de que Pedro hubiera empleado un lenguaje muy diverso al dirigirse á los que se hallaban próximos á la muerte.

No obstante, aquellas terribles palabras de Crispo, llevaban un pavor fanático á las almas de todos los seres encerrados en aquel subterráneo, débilmente alumbrado por un enrejado tragaluz que lo separaba del lugar del suplicio.

La proximidad de éste y el gran número de víctimas ya preparadas para la muerte, llenaban su alma de terror. Todo esto le parecía horrible y cien veces más espantoso que la más sangrienta batalla á que hubiera asistido jamás.

Las emanaciones de aquel antro y el calor, empezaron á sofocarle y un sudor frío corría por su frente.

Y temió desmayarse, como algunas de las víctimas con cuyos cuerpos había tropezado al recorrer aquella estancia en busca de Ligia.

Y al recordar asimismo que de un momento á otro pudieran llevarse á los cristianos al suplicio, empezó á llamar en alta voz á Ligia y á Ursus, con la esperanza de que, si no ellos, por lo menos alguno que los conociera le habría de contestar.

En efecto, un hombre, vestido de oso, le tiró de la toga, y dijo:

—Señor, ellos han quedado en la prisión. Yo salí el último; y la he visto enferma en el lecho.

—¿Quién eres tú?—preguntó Vinicio.

—El cantero en cuya cabaña te bautizó el Apóstol, señor. Fui arrestado hace tres días y hoy será el de mi muerte.

Vinicio respiró.

Al entrar había deseado ver á Ligia; ahora daba gracias á Cristo por no haberla encontrado allí, viendo en ello una señal de la divina misericordia.

Entretanto el cantero le tomó nuevamente la toga, y dijo:

—¿Recuerdas tú, señor, que te conduje á la viña de Cornelio, cuando el Apóstol predicó en el sotechado?

—Sí,—contestó Vinicio.

—Yo le ví después, el día anterior al de mi arresto. Me bendijo y me aseguró que vendría al anfiteatro á dar su postrera bendición á las víctimas. Si yo pudiera verle en el momento extremo, y ver la señal de la cruz hecha por él, moriría con mayor tranquilidad. Señor: si tú sabes dónde se encuentra, dímelo.

Vinicio contestó en voz baja:

—Se halla entre los compañeros de Petronio, disfrazado de esclavo. No sé en qué sitio se encuentra, pero en el Circo lo veré. Mirame tú cuando entres en la arena; yo entonces volveré el rostro hacia donde estén ellos; y tú le reconocerás fácilmente.

—Gracias, señor, y que la paz sea contigo.

—Tenga el Salvador piedad de tí.

—Amén.

Salió Vinicio entonces del *cuniculum* y volvió al anfiteatro, en donde ocupó un sitio cerca de Petronio y en medio de los demás angustianos.

—¿La encontraste allí?—preguntó el árbitro.

—No; la han dejado en la prisión.

—Pues bien, oye lo que se me ocurre; pero mientras tanto, mira tú en la dirección de Nigidia, por ejemplo, á fin de hacer creer que nos hallamos conversando acerca de su traje ó de su peinado. Tigelio y Chilo nos observan. Escucha, pues. Conveniente sería que pusieran á Ligia en un ataúd por la noche y la sacaran de la prisión con los demás cadáveres; ¿adivinas el resto?

—Sí,—contestó Vinicio.

Tulio Senecio interrumpió aquel diálogo, inclinándose hacia ellos, y preguntando:

—¿Sabéis si darán armas á los cristianos?

—Lo ignoramos,—contestó Petronio.

—Preferiría que se las dieran,—dijo Tulio.—De otra manera, la arena se convertirá demasiado pronto en un matadero. Pero, ¡qué espléndido anfiteatro!

El espectáculo era en realidad magnífico.

Los asientos inferiores, completamente llenos de togas, blanqueaban como la nieve. En el dorado *podium* (1) se hallaba sentado el César, quien ostentaba un collar de diamantes y llevaba en la cabeza una corona de oro. Junto á él se encontraba la Augusta, hermosa y sombría; y en ambos lados veíanse vírgenes vestales, grandes funcionarios, senadores con togas bordadas, oficiales del ejército con sus armas relucientes; en una palabra: todo cuanto había en Roma de poderoso, de opulento y de brillante.

Las últimas filas de asientos se hallaban ocupadas por los caballeros; y en la parte alta veíase negrear un océano de cabezas, por sobre las cuales de una á otra columna pendían festones de rosas, lirios, hiedras y pámpanos.

La multitud conversaba en alta voz, se llamaban unos á otros, cantaban; por momentos reían de cualquier dicho ingenioso, el cual circulaba entonces de boca en boca, ó golpeaban impacientemente con los pies, á fin de que empezara cuanto antes el espectáculo.

Estos golpes hicieron por último atronadores y prosiguieron sin interrupción.

Entonces el prefecto de la ciudad, después de recorrer la arena con su brillante séquito, hizo con el pañuelo una señal, acogida por todo el anfiteatro con un «¡A... a... a...!» en que prorrumpieron millares de voces.

De ordinario estos espectáculos principiaban con una

(1) Puesto destinado en el teatro y los circos para los emperadores y cónsules; tribuna, palco.

caza de bestias feroces, caza en que eran eximios varios bárbaros del norte y del sur; pero en esta ocasión había demasiadas fieras.

Empezaron pues, los juegos con los *andabates*. Llamábase así á gladiadores que llevaban yelmos cerrados, sin abertura alguna para los ojos, y que por consiguiente lidiaban á ciegas.

Un buen número de éstos efectuaron juntos su entrada en el Circo, y comenzaron luego á hacer molinetes con las espadas: Los *mastigophori* los azuzaban, empujándolos unos hacia otros con unas largas perchas, á fin de ponerlos en contacto.

La parte más selecta del público miraba con desdeñosa indiferencia ese espectáculo, pero á la plebe divertían los movimientos desairados de los combatientes.

Y cuando sucedía, por ejemplo, que se encontraban de espaldas, prorrumpía el público en grandes risas y exclamaban muchos: «¡A la derecha! ¡A la izquierda!» Y á menudo les engañaban deliberadamente, y les desorientaban más con tales gritos.

No obstante, luego se formaron varias parejas de combatientes y la lucha empezó á revestir sangrientos caracteres.

Los lidiadores más esforzados, arrojaban lejos sus escudos, y tomándose el uno al otro con la mano izquierda, á fin de no volver á separarse, luchaban con la otra mano hasta morir.

Todo el que caía, alzaba los dedos é imploraba gracia por medio de ese signo; pero el público al principio del espectáculo acostumbraba pedir la muerte para los heridos, especialmente cuando se trataba de hombres que llevaban oculto el semblante y eran desconocidos.

Fué disminuyendo por grados el número de combatientes, y cuando por fin sólo quedaron dos, empujóseles el uno hacia el otro á fin de que trabaran lucha; cayeron en

seguida ambos á la arena y se apuñalearon recíprocamente.

Luego, á los gritos de «*Peractum est!*» lleváronse unos sirvientes los cuerpos, y un grupo de muchachos acudió al punto, y con unos rastrillos hizo desaparecer las manchas de sangre de la arena, esparciendo en seguida sobre ella hojas de azafrán.

Y ahora tocaba la segunda parte á una lucha más importante y que despertaba no solamente el interés de la plebe, sino también de las gentes de buen gusto: durante ella los jóvenes patricios hacían á las veces apuestas enormes, perdiendo á menudo cuanto poseían.

De mano en mano iban pasando tablas, en los cuales escribíase los nombres de los favoritos, como asimismo la cantidad de sextercios que cada uno apostaba á su campeón predilecto.

Los «*Spectate*»,— es decir, los campeones que se habían presentado antes en la arena y obtenido en ella triunfos,— eran los que contaban con mayor número de partidarios; pero entre los apostadores había también algunos que arriesgaban sumas considerables, poniéndose de parte de gladiadores nuevos y no conocidos aun, con la expectativa de ganar sumas inmensas si obtenían éstos la victoria.

El mismo César apostaba; y apostaban los sacerdotes, las vestales, los senadores y los caballeros; y apostaba el populacho.

Y entre la plebe, cuando llegaba á faltarles el dinero, solían apostar hasta su propia libertad. Seguían, con el corazón anhelante de ansiedad y aun de temor, las peripecias de aquellos combates, y más de uno entretanto hacía votos en alta voz á los dioses, á fin de alcanzar protección en pró de algún lidiador favorito.

Así es que cuando se dejó oír el agudo son de las trompetas, se hizo en el anfiteatro un profundo silencio expectante.

Miles de ojos tornáronse á las grandes cerraduras de una

puerta á la cual se acercó un hombre vestido en traje de Caronte, y en medio del universal silencio dió en ella tres golpes con un martillo, cual si de esa manera convocase á la muerte á los que se encontraban detrás de dicha puerta.

Entonces las dos hojas de ésta se abrieron lentamente, y dejaron ver una especie de obscuro foso, del cual empezaron á brotar gladiadores, los que iban ingresando en la brillante arena.

Avanzaban en divisiones de veinticinco individuos: tracios, mirmillones, samnitas, galos. Venían separados por nacionalidades, y todos pesadamente armados.

En último término entraron los *retiarii*, trayendo una red en una mano y un tridente en la otra.

A su vista estallaron por todas partes los aplausos, que pronto se convirtieron en una inmensa y no interrumpida tempestad.

Arriba y abajo veíanse rostros excitados, manos que batían palmas, y bocas abiertas, de las cuales brotaban aclamaciones estruendosas.

Los gladiadores dieron la vuelta á la arena, con paso firme y flexible, hermosos con sus brillantes armaduras y sus ricos trajes; haciendo luego alto delante del *podium* del César, soberbios y tranquilos.

El toque penetrante de un cuerno puso término á los aplausos.

Los lidiadores entonces extendieron hacia arriba la mano derecha, alzaron la cabeza á la vista del César y empezaron á gritar, ó mejor dicho á cantar con voz lenta la siguiente salutación:

«¡Ave, César Imperator!
¡Morituri te salutant!» (1)

En seguida se alejaron rápidamente, yendo á ocupar en la arena sus respectivos puestos.

(1) ¡Salve, Emperador y César! ¡Los que á morir van te saludan!

Debían atacarse los unos á los otros por grupos; pero antes permitíase á los más famosos esgrimidores tener una serie de combates singulares, en los cuales resaltaban el valor y la fuerza y destreza de los luchadores.

Y en efecto, entre el grupo de los galos hallábase un campeón bien conocido por los asistentes al anfiteatro, campeón cuyo nombre era Lanio (El Carnicero), vencedor en muchos juegos.

Llevaba un gran yelmo en la cabeza y con la cota de malla que cubría su fuerte pecho y su espalda, semejaba en medio de aquella brillante arena dorada, una especie de gigantesco escarabajo.

Y el no menos célebre *retiarius* Calendio venía á su encuentro.

Entre los espectadores empezaron entonces las apuestas.

—¡Quinientos sextercios al galol

—¡Quinientos á Calendio!

—¡Por Hércules! ¡Van mil sextercios!

—¡Van dos mill!

Entretanto, el galo, colocándose en el centro de la arena, empezó á retroceder blandiendo la espada. Inclinando luego la cabeza, siguió atentamente, al través de su visera, los movimientos de su adversario.

El *retiarius*, que era hombre ágil, esbelto, de formas estatuarias, se hallaba completamente desnudo y cubierto solamente por una banda que le rodeaba la cintura. Empezó á hacer giros rápidos en derredor de su fuerte antagonista, agitando en tanto la red con movimientos graciosos, y ora alzando, ora bajando su tridente, á la vez que entonaba la cantilena usual de los *retiarü*:

«Non te peto, piscem peto;
¿Quid me fugis, Galle?» (1)

(1)

No te busco á tí, busco á un pescado;
¿Por qué, pues, oh Galo, huyes de mí?

Pero el galo no le huía, pues al cabo de algunos momentos se detuvo, y permaneciendo de pie en un solo sitio, empezó á volverse, ora de un lado, ora del otro, con un movimiento casi imperceptible, á fin de tener siempre á su adversario enfrente.

Y ahora se advertía en su ademán y en su cabeza monstruosamente grande, algo que infundía terror.

Los espectadores comprendieron, sin lugar á duda, que ese pesado cuerpo encerrado en bronce estaba preparando un golpe repentino que viniese á decidir el combate.

Entretanto el *retiarius*, ora daba un salto hacia él, ora brincaba hacia atrás, agitando á la vez su tridente con movimientos tan rápidos, que era difícil poder seguirlos con la vista.

Repetidas veces resonó sobre la coraza el golpe del tridente; pero el galo permanecía impassible, dando así prueba palmaria de sus fuerzas de gigante.

Toda su atención parecía contraída, no en el tridente, sino en la red que seguía girando por sobre su cabeza como una especie de ave de mal agüero.

Los espectadores contenían el aliento y seguían hasta las menores peripecias de la lucha.

El galo esperó, eligió el momento y se lanzó por fin sobre su enemigo. Este último con igual rapidez deslizóse por debajo de la espada que le iba dirigida, irguióse luego, alzó el brazo y arrojó la red.

El galo, volviéndose ligeramente, pero sin abandonar su posición, rechazó la red con su escudo; en seguida separáronse ambos.

En el anfiteatro se oyeron atronantes los gritos de «¡*Mac-tel*!»; y en las primeras filas de espectadores empezaron de nuevo las apuestas.

El mismo César, que al principio se había distraído conversando con Rubria y que hasta ese momento no ha-

bía prestado gran atención al espectáculo, volvió la cabeza hacia la arena.

Y empezó de nuevo la lucha, con tal arte y precisión tal en los movimientos de los lidiadores, que por momentos era de creer que para ellos no se trataba de una cuestión de vida ó de muerte, sino de una simple exhibición de su habilidad.

El galo evitó la red por dos veces más y empezó á retroceder hacia un extremo de la arena. Los que tenían apuestas en su contra, con el propósito de no darle tregua, le gritaron entonces:

—«¡Siguel ¡Carga!»

El galo obedeció y volvió al ataque.

Repentinamente el brazo del *retiarus* vióse cubierto de sangre y se le cayó de la mano la red.

El galo llamó en su auxilio entonces todas sus fuerzas y dió un salto hacia adelante, con el fin de asestar á su adversario el golpe final.

Pero en ese instante Calendio, cuya imposibilidad para seguir manejando la red era fingida, saltó á un lado, evitó el golpe, dirigió el tridente por entre las rodillas de su adversario y lo echó á tierra.

El galo intentó levantarse, pero en un abrir y cerrar de ojos vióse cubierto por las fatales mallas dentro de las cuales enredábase más y más á cada movimiento de los pies ó de las manos. Entre tanto su adversario á golpes de tridente lo clavaba una y otra vez en tierra.

Hizo el galo todavía un esfuerzo postrero: se apoyó en el brazo é intentó levantarse, ¡pero todo fué inútil!

Llevóse entonces á la cabeza la mano desfalleciente, con la cual no pudo ya empuñar la espada, y cayó de espaldas en seguida.

Calendio fijó su cuello al suelo con el tridente y apoyando sobre el mango de éste ambas manos, tornó la vista al palco del César.

Todo el anfiteatro estremeci6se al tronar de los aplausos y las aclamaciones del pueblo.

Para los que habían apostado en favor de Calendio, 6ste era á la saz6n m6s grande que el C6sar; pero por la misma raz6n la animosidad contra el galo había desaparecido de sus corazones. Porque á costa de su sangre aquel infortunado lidiador les había llenado los bolsillos.

Así, pues, el p6blico se dividi6 en dos bandos. En los asientos de la parte alta la mitad de sus ocupantes gritaban, «¡muerte!», la otra mitad «¡gracia!»; pero el *retiarius* mantenía la vista fija tan sólo en el palco del C6sar y las vestales, á la expectativa de lo que allí se decidiera.

Por desgracia para el gladiador vencido, Ner6n le aborreca, porque en los 6ltimos juegos que se habían dado antes del incendio, había apostado contra el galo y perdido sumas considerables, ganadas por Licino. Así, pues, extendió la mano fuera del *podium* y volvi6 el pulgar hacia la tierra.

Las vestales apoyaron inmediatamente aquella seña.

Calendio entonces se arrodill6 sobre el pecho del galo, sac6 de su cintur6n un cuchillo corto, apart6 la armadura del cuello de su adversario 6 introdujo hasta el mango la hoja triangular en la garganta de Lanio.

—«¡*Peractum est!*»—gritaron muchas voces en el anfiteatro.

El galo se estremeci6 por breves instantes, como un toro degollado, hundi6 convulsivamente los pies en la arena y qued6 inm6vil.

No fu6, pues, necesario que Mercurio se acercara con un hierro candente á cerciorarse de si a6n vivía. Se hizo desaparecer inmediatamente su cad6ver y salieron al frente nuevas parejas de luchadores.

Despu6s de estos combates singulares empez6 la batalla en que tomaron parte destacamentos enteros.

El p6blico ponía en este espect6culo el alma, el coraz6n y los ojos. Gritaba, aullaba, silbaba, aplaudía, reía,

azuzaba á los combatientes y parecía encontrarse dominado por una verdadera locura.

Los gladiadores en la arena, divididos en dos legiones, peleaban con un furor de fieras; los pechos se estrellaban contra los pechos, los cuerpos se entrelazaban en un mortal abrazo, sentíase el crujir de recios miembros, veíanse espadas que se hundían en el pecho ó en el estómago de los combatientes, labios pálidos que de pronto arrojaban á borbotones la sangre sobre la arena.

Hacia el fin de la batalla algunas gladiadores novicios sintieron acometidos por un pánico tan tremendo, que arrancando despavoridos del foco del combate huían hacia los extremos; pero los *mastigophori* obligábanles en seguida á volver, azotándolos con sus látigos, que terminaban por sendas puntas de plomo.

En la arena empezaron á formarse grandes manchas oscuras; y de momento en momento se fueron viendo sobre ella extendidos é inmóviles los cuerpos de gladiadores desnudos ó cubiertos por sus armaduras.

Y los sobrevivientes seguían peleando encima de los cadáveres, y tropezaban con armaduras y escudos, y se cortaban los pies al pisar sobre armas rotas, y á su vez caían.

El público, embelesado, había perdido ya el dominio de sí propio, y embriagado por el espectáculo de la muerte y con el olor de la sangre, parecía aspirarla con delicia, extasiarse en su contemplación, insuflar voluptuosamente á sus pulmones los humanos efluvios que iban saturando aquella atmósfera.

Casi todos los vencidos habían muerto. Apenas si unos pocos heridos quedaban en el centro de la arena. Puestos de rodillas, todos temblorosos, extendían las manos hacia la concurrencia en actitud de ruego, implorando su compasión.

A los vencedores fueron distribuidos en recompensa obsequios diversos, coronas y guirnaldas de olivo.

Y hubo un intermedio de reposo, el cual, por orden del César omnipotente fué convertido en un banquete. Quemáronse perfumes en vasos y pebeteros. De los rociadores brotó una fina aspersion de agua de azafrán y de violeta, que caía sobre las cabezas de los espectadores.

Sirviéronse bebidas refrescantes, carnes asadas, dulces, vino, aceitunas y frutas.

El pueblo devoraba, hablaba y prorrumpía en aclamaciones al César, á fin de dar aun mayores estímulos á su munificencia.

Satisfechos el hambre y la sed, centenares de esclavos se adelantaron conduciendo en torno del anfiteatro canastas llenas de obsequios. De ellas, multitud de muchachos en trajes de Cupidos iban extrayendo objetos varios y arrojándolos á manos llenas por entre los asientos de los espectadores.

Al darse principio á la distribución de billetes de lotería empezó una verdadera batalla. La plebe se agolpaba, y se daban de golpes y pisotones, y prorrumpían en gritos de auxilio, y saltaban por sobre las filas de asientos, y se ahogaban en medio de una tremenda apretura.

Lo cual se explicaba considerando que el individuo á quien tocase en suerte un número ganador, podía por ventura llegar á ser dueño de una casa con jardín, de un esclavo, de un espléndido traje ó de una fiera, que podía en seguida vender para el mismo anfiteatro.

Por esta razón, mientras duraban dichas distribuciones, ocurrían tales disturbios, que con frecuencia veíanse los pretorianos en la necesidad de intervenir.

A menudo también después de cada distribución era menester sacar del anfiteatro á individuos con las piernas ó los brazos rotos, y algunos hasta solían morir aplastados en medio de aquellos tumultos.

Pero los ricos no tomaban parte en esta pugna por los *tesserae* (billetes.)

A la sazón los augustanos estaban ocupándose en mirar

á Chilo y en divertirse ante los vanos esfuerzos que hacía el griego por demostrar que podía, como cualquier otro, ser espectador animoso de aquellas escenas de lucha y derramamiento de sangre.

Pero inútilmente el infortunado griego fruncía el ceño, se mordía los labios y apretaba los puños hasta introducirse las uñas en las palmas de las manos.

Su índole griega y su cobardía ingénita, le hacían incapaz de contemplar impasible tales espectáculos.

Poníase pálido, corrían por su frente gruesas gotas de sudor; tenía lividos los labios, torcidos los ojos, le castañeaban los dientes y por todo el cuerpo sentía un frío estremecimiento.

Al fin de la batalla de los gladiadores, pudo rehacerse un tanto; y cuando empezó á recibir de sus vecinos una andanada de pullas, apoderóse de él repentina cólera y se defendió desesperadamente.

—¡Hola, griego! Parece que la vista de la piel destrozada de un hombre es un espectáculo superior á tus fuerzas! —dijo tirándole de la barba.

Chilo le mostró los dos únicos dientes que amarilleaban en su desierta boca y replicó:

—¡Mi padre no fué zapatero remendón: de ahí que no me sea posible componerla!

—¡*Mactel! ¡Habet!* (¡Muy bien! ¡le venció!)—exclamaron muchas voces. Pero otros prosiguieron burlándose de él.

—No por su culpa tiene en el pecho un pedazo de queso en vez de corazón,—dijo Senecio.

—Tampoco tú eres culpable de poseer en vez de cabeza una vejiga,—contestó Chilo.

—¡Bien podrías llegar á ser un gladiador! Te verías admirable manejando una red en la arena.

—Y si en ella te cogiera, sólo habría en mi red una fétida abubilla. (1)

(1) Ave poco mayor que el tordo, de pluma dorada, negra, roja y blanca: en la cabeza tiene un penacho ó garzota de pluma de los mismos colores. Es muy agradable á la vista, pero de mal olor y canto monótono.

—¿Y cómo harás cuando llegue el turno á los cristianos?—preguntó Festo de Liguria.—¿No quisieras convertirte en perro para morderlos?

—No quisiera ser tu hermano.

—¡Oh tú, meocio, nariz de cobre!

—¡Oh tú, mulo de Liguria!

—Es evidente que sientes escozor en el cutis; mas, no te aconsejo que me pidas que yo te rasque.

—Hazlo en tí propio; mas, te advierto que al rascar tus barros, destruirás lo mejor que tu persona tiene.

Y así continuaron atacándole.

El se defendía venenosamente, en medio de la risa general y con gran contentamiento del César, quien batiendo palmas, repetía á cada instante; «¡Mactel», y azuzaba á los demás.

Al cabo de un momento se acercó Petronio y tocando al griego en el hombro con su bastón de marfil incrustado, le dijo fríamente:

—Todo eso está bien, filósofo; pero en una cosa has errado: los dioses hicieron de tí un vulgar cortabolsas y tú has llegado á convertirte en un demonio. Esa es la razón porque no te sostendrás mucho tiempo.

El viejo le miró con sus ojos enrojecidos y en esta ocasión sucedióle que no halló un insulto adecuado con qué replicar á Petronio. Así, pues, guardó silencio por un momento y luego dijo con cierto esfuerzo:

—Me sostendré.

Entre tanto las trompetas anunciaron que el intermedio había concluído.

Los espectadores empezaron á abandonar los pasillos á donde habían ido á conversar y pasearse.

Sucediose un movimiento general, acompañado de las disputas usuales de los ocupantes anteriores de asientos que ahora encontraban en poder de otros.

Los senadores y patricios volvieron á sus localidades y al cabo de algunos momentos cesó el ruido de aquellas

disputas y el orden quedó restablecido en el anfiteatro.

Y se presentó entonces en el Circo un grupo de individuos cuyo oficio era extraer las masas de arena que se habían formado con la sangre coagulada.

Había llegado el turno á los cristianos.

Y como aquel era un espectáculo nuevo para el pueblo y nadie presumía cómo habrían de conducirse los congresos de Cristo, aguardaban todos con cierta curiosidad.

El ánimo del público, á la par que pendiente de esta expectativa extraordinaria, se hallaba predispuesto en contra de las víctimas; pero se esperaban al mismo tiempo escenas estupendas.

Los individuos que iban á presentarse en la arena eran los autores del incendio de Roma y de sus antiguos tesoros. Eran los bebedores de la sangre de los infantes, los envenenadores del agua, los vilipendiadores de la raza humana y los reos de crímenes abominables.

Los castigos más duros no podían parecer bastantes para el odio que se había despertado en aquel pueblo y si algún temor se albergaba en los corazones de los concurrentes al espectáculo, era el de que las torturas que se infligiesen á los cristianos no llegaran á igualar al delito perpetrado por aquellos ominosos malhechores.

Entre tanto, había el sol avanzado en su carrera; y sus rayos, atravesando el *velarium* de púrpura, difundían por el anfiteatro una luz de color de sangre.

La misma arena, al recibiresos reflejos, presentaba unos como destellos de fuego, y en ese rojo fulgor, y en los semblantes de los espectadores, bien así como en la arena vacía que dentro de pocos momentos iba á ser teatro de la tortura de muchos seres humanos y del furor de las bestias feroces, algo había de horrible y siniestro.

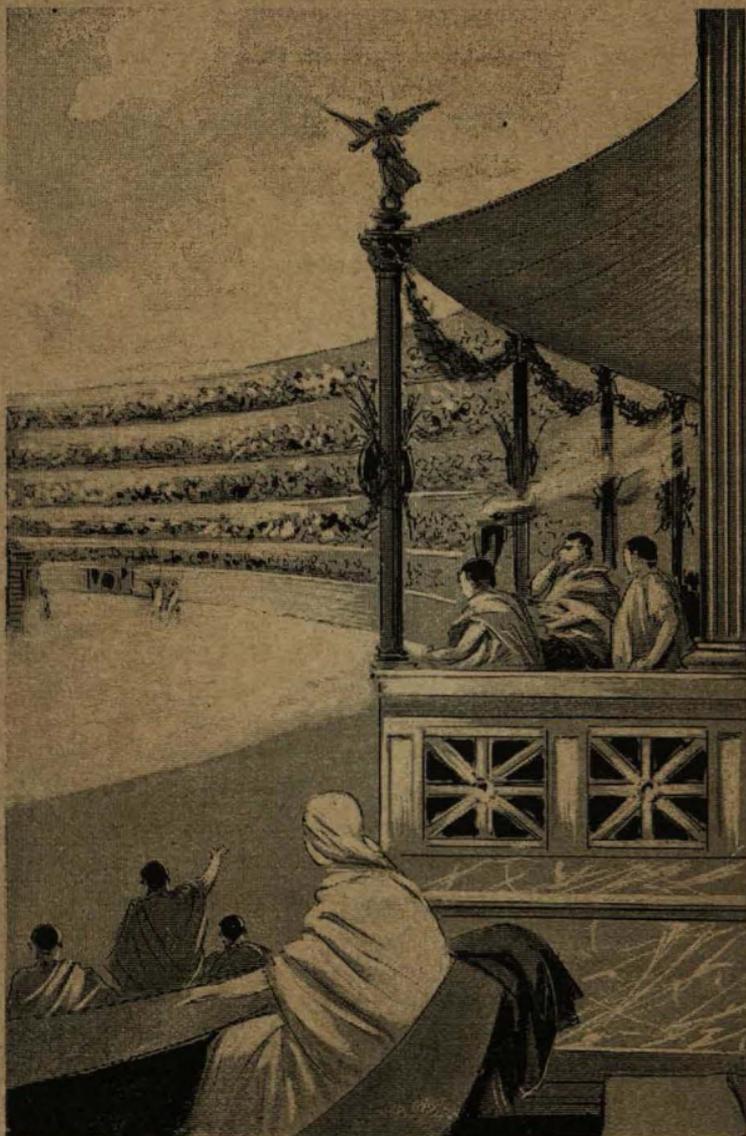
La muerte y el terror parecían cernerse por sobre aquella atmósfera.

La multitud, que hasta entonces había mostrado una bulliciosa alegría, volvióse hosca bajo la influencia del

1860
1861

1862

1863



Las víctimas morían cantando

calor y de aquel silencio expectante. Y en los rostros había una expresión malhumorada y dura.

Por fin el prefecto hizo una señal.

Presentóse el mismo viejo vestido de Caronte que había convocado á los gladiadores á la muerte. Atravesó á paso lento la arena en medio de un profundo silencio y de nuevo dió tres martillazos en la puerta.

Un murmullo intenso recorrió todo el anfiteatro:

—¡Los cristianos! ¡Los cristianos!

Rechinaron los enrejados de hierro y por entre aquellas lóbregas aberturas dejáronse oír los gritos usuales de los *mastigophori*.

—¡A la arena!

Y en un instante vióse lleno el Circo de una multitud de individuos que parecían sátiros, cubiertos de pieles.

Salieron corriendo velozmente, febrilmente, hasta llegar al centro de la arena; y allí arrodilláronse los unos junto á los otros con las manos alzadas al cielo.

Los espectadores, creyendo que fuera esta una petición de gracia, é indignados por tal cobardía, empezaron á golpear el suelo con los pies, á silbar, y á tirar á los cristianos con cántaros de vino vacíos, huesos y otros desperdicios, y á gritar:

—¡Las fieras! ¡Las fieras!

Pero en ese instante ocurrió una cosa inesperada. De entre aquel grupo de seres humanos vestidos de fieras, se alzó un coro de voces y entonces fué cuando por primera vez dejóse oír en un anfiteatro romano el himno «¡*Christus regnat!*» (1)

El asombro se apoderó de los espectadores.

Los condenados cantaban su plegaria con los ojos levantados hacia el cielo. El público veía en ellos rostros pálidos, pero como inspirados.

Y todos comprendieron ahora que aquellas gentes no estaban implorando compasión, y que en ese instante pa-

(1) «¡Cristo reina!»

recían no ver ni el Circo, ni á los espectadores, ni al Senado, ni al César.

El «*Christus regnat!*» resonaba con entonación cada vez más poderosa; y por todas las filas de asientos, desde las primeras hasta las últimas, hubo más de un espectador que se hizo á sí mismo esta pregunta:

—¿Qué significa esto y quién es el Christus que reina en los labios de esas gentes que van á morir?

Y entre tanto abrióse otra puerta de rejas y se precipitaron á la arena en furiosa carrera y dando salvajes ladridos una multitud de perros. Había entre ellos, gigantescos mastines amarillos, molosios del Peloponeso: perros de caza, manchados, de los Pirineos y sabuesos de Hibernia, á todos los cuales habíase privado expresamente de alimento, y que mostraban sus flancos enjutos y sus ojos inyectados en sangre.

Sus aullidos llenaron todo el anfiteatro.

Cuando los cristianos hubieron terminado su himno, permanecieron arrodillados, inmóviles, como petrificados, y limitándose á repetir en un coro gemebundo: «Pro Christol Pro Christol!»

Percibieron los perros al punto el olor de la carne humana bajo las pieles de fieras, pero sorprendidos del silencio y la inmovilidad en que se hallaban los cristianos, no se precipitaron inmediatamente sobre ellos.

Algunos permanecieron apegados á la división de los palcos, cual si desearan ir á mezclarse con los espectadores; otros corrían al rededor del Circo ladrando con furia, cual si estuvieran persiguiendo á una fiera invisible.

El público se impacientó.

Un millar de voces de protesta se alzaron; algunos espectadores aullaban como fieras; otros ladraban como perros; otros azuzaban á los animales con expresiones dichas en todos los idiomas.

El anfiteatro entero se estremecía al estruendo de aquel huracán de gritos.

Los perros así excitados, empezaron entonces á dirigirse á la gente arrodillada, ora corriendo hacia ella, ora retirándose con los dientes apretados, hasta que por último uno de los mastines de Molosia dió una dentellada en el hombro á una mujer que estaba arrodillada en primer término y la arrastró bajo sus garras.

Casi al mismo tiempo varias docenas de perros se abalanzaron al grupo de cristianos, cual si quisieran abrir brecha en él.

Cesó entonces de aullar el público, á fin de contemplar con mayor atención el espectáculo. En medio de los ladridos de los perros escuchábanse todavía algunas dolientes voces que clamaban: «¡Pro Christo! ¡Pro Christo!» mientras en la arena formaban masas movibles los grupos de cristianos sobre los cuales mordían y destrozaban encarnizadamente los perros. Luego empezó á brotar á torrentes la sangre de los cuerpos mutilados. Los perros se arrebatában unos á otros los sangrientos miembros de las víctimas. Y el olor de la sangre y de las vísceras destrozadas sobreponíase ya al aroma de los perfumes de Arabia y llenaba todo el Circo.

Por último fueron quedando solamente de trecho en trecho unas pocas víctimas arrodilladas, las cuales se vieron pronto cubiertas por aquella enorme masa agitada y sanguinolenta.

Vinicio, quien en el momento de penetrar en la arena los cristianos, se había puesto de pie y vuéltose para indicar al cantero, según lo ofrecido, el sitio en que se hallaba el Apóstol mezclado entre la gente de Petronio, sentóse de nuevo y con el semblante de un muerto prosiguió contemplando con mirada vidriosa el horripilante espectáculo.

Al principio le anonadó por completo el temor de que pudiera haberse equivocado el cantero y que acaso Ligia se encontraba entre las víctimas; pero cuando hubo escuchado las voces «¡Pro Christo!» cuando presenció la tor-

tura de tantas víctimas que al morir confesaban la fe en su Dios, otro sentimiento se apoderó de él, penetrando en su alma como un dolor acerbo, á la par que irresistible. Y fué este: Si el mismo Cristo había muerto en el tormento, si á la sazón miles de cristianos estaban pereciendo por El, y si un mar de sangre se estaba derramando, una gota más nada significaba, y era hasta un pecado el implorar misericordia!

Y ese pensamiento, que le fue sugerido por aquellas terribles escenas del Circo, invadió su alma, confundido con los gemidos de los moribundos, mezclado con los vapores de su sangre.

Pero él seguía orando y repitiendo, seco el labio y acongojado el espíritu:

—¡Oh, Cristo! ¡Oh, Cristo! Tu Apóstol ha implorado misericordia en favor de ella!

Y luego perdió la noción de lo que ocurría en derredor suyo y del sitio en que se encontraba.

Parecióle que la sangre de la arena iba levantándose y levantándose como una onda inmensa, rebosando fuera del Circo é inundando á Roma entera.

Por lo demás, nada oía ya, ni el aullido de los perros, ni los gritos del público, ni las voces de los augustianos, quienes de súbito empezaron á repetir:

—¡Chilo se ha desmayado!

—¡Chilo se ha desmayado!—exclamó también Petronio volviéndose hacia el griego.

Y así era efectivamente.

Allí estaba en su asiento, pálido como un lienzo, echada hacia atrás la cabeza y la boca abierta cual la de un cadáver.

Y en ese propio momento traían á empellones á la arena nuevas víctimas, vestidas también con pieles.

Como las primeras, éstas se arrodillaron inmediatamente; pero los perros, ya cansados y ahitos, no las atacaron esta vez. Apenas unos pocos se arrojaron sobre las más

próximas; echándose los demás y empezando á rascarse los flancos y á bostezar pesadamente.

Entonces el público, perturbado el espíritu y ebrio de sangre y de ferocidad, empezó á gritar con voces enronquecidas:

—¡Los leones! ¡Los leones! ¡Haced salir á los leones!

En realidad los leones habían sido reservados para el día siguiente; pero en los anfiteatros el pueblo acostumbraba imponer su voluntad á todos, aún al mismo César.

Solamente Calígula, insolente y voluble, había osado á las veces contrariar sus caprichos, llegando en ocasiones hasta ordenar que se apaleara al pueblo; más también solía ceder en la mayor parte de los casos.

Pero Nerón, que amaba los aplausos más que ninguna otra cosa en el mundo, nunca resistía á la voluntad popular.

Mucho menos había de resistir ahora que deseaba ablandar al populacho excitado á causa del incendio, y se trataba de los cristianos, sobre quienes quería hacer que recayese la responsabilidad de la catástrofe.

En consecuencia, hizo una señal para que abriesen el *cuniculum*, visto lo cual por el pueblo, se aquietó éste al punto.

Y rechinaron en seguida las puertas detrás de las cuales se hallaban los leones.

A la vista de éstos, agrupáronse los perros, dando pequeños aullidos lastimeros, en el lado opuesto del Circo.

Penetraron los leones, uno tras otro, inmensos, castaños, soberbios con sus grandes cabezas melenudas.

El César mismo volvió hacia ellos su rostro fatigado y se puso al ojo la esmeralda para ver mejor.

Los augustianos recibieron a los leones con aplausos; la multitud los contaba con los dedos y observaba curiosa y anhelante á los cristianos arrodillados en el centro del Circo, á fin de ver qué impresión producía en ellos la vista de las fieras.

Pero los confesores de Cristo habían vuelto á la sazón á repetir las palabras, incomprensibles para muchos, si bien irritantes para todos: «*Pro Christol Pro Christol*»

Los leones, aunque se hallaban hambrientos, no se apresuraron á lanzarse sobre sus víctimas.

La rojiza luz que se proyectaba sobre la arena les ofuscaba y medio cerraban los ojos, cual si estuvieran deslumbrados. Algunos desperézaban con lentitud sus amarillentos cuerpos; otros abrían sus poderosas mandíbulas y hostezaban; diríase que deseaban mostrar sus terribles dientes á los espectadores.

Pero un instante después el olor de la sangre y de los cuerpos destrozados, muchos de los cuales yacían sobre la arena, empezó á producir en ellos el efecto deseado. Pronto sus movimientos volviéronse inquietos, erizáronseles las crines y aspiraron aquellas emanaciones dilatando las narices y produciendo á la vez un ronco sonido.

Finalmente, uno de ellos se lanzó de súbito sobre el cuerpo de una mujer que tenía destrozado el rostro, y poniendo sobre ella sus zarpas anteriores, empezó á lamer con su áspera lengua la sangre coagulada.

Otro se acercó á un hombre que tenía en los brazos un niño cosido en una piel de cervato.

El pequeñuelo, temblando de pavor, dando gritos y llorando, se aferró convulsivamente al cuello de su padre; y éste, en el anhelo de prolongar, si bien fuese un momento más la vida de su hijo, intentó arrancarlo de su cuello y pasarlo á manos de algunos de sus compañeros de martirio arrodillados junto á él. Pero los gritos del niño y los movimientos del padre, irritaron el león. Y de pronto dió un rugido corto y brusco, mató al niño de una zarpada y cogiendo entre sus mandíbulas la cabeza del padre, la destrozó en un abrir y cerrar de ojos.

A la vista de esto, los demás leones se lanzaron sobre el grupo de cristianos. Hubo mujeres que no pudieron reprimir algunos gritos de terror; pero el público los ahogó

entre sus aplausos, los cuales, empero, cesaron, porque el deseo de no perder ningún detalle de aquel espectáculo horrendo se sobrepuso á todo en el ánimo de los circunstantes.

Y entonces presentáronse escenas terribles á sus ojos: cabezas que desaparecían completamente entre las abiertas fauces de las fieras, pechos destrozados de un sólo golpe, corazones y pulmones arrancados instantáneamente; huesos que crugían entre los agudos dientes de los leones. Algunos de éstos, aferrando á las infortunadas víctimas por el costado ó las espaldas, corrían furibundos y dando brincos por la arena, cual si fueran en busca de sitios ocultos para devorar su presa; otros luchaban, se alzaban sobre sus patas traseras y se atacaban entre sí como gladiadores, en medio de los estruendosos aplausos del anfiteatro entero.

Los espectadores levantábanse de sus asientos; algunos los abandonaban, bajando hasta los pasillos para ver mejor y se formaban así mortales apreturas.

Parecía como si aquella sobreexcitada multitud estuviera ansiando por arrojarse, ella también, á la arena y destrozar á los cristianos en compañía de las fieras.

Por momentos escuchábanse unos gritos sobrehumanos; en otros, alaridos, aplausos, gruñidos, rechinamientos de dientes, aullidos de los perros de Molosia; y á intervalos tan solo unos gemidos aislados.

El César, puesta la esmeralda sobre el ojo, contemplaba ahora con atención aquel espectáculo.

En la fisonomía de Petronio había una expresión de repugnancia y desdén.

Chilo había sido llevado fuera del Circo.

Pero del *cuniculum* seguían saliendo de rato en rato nuevas víctimas.

Desde la fila superior de asientos del anfiteatro, el Apóstol Pedro contemplábalas. Nadie á la sazón le observaba, porque todas las cabezas hallábanse entonces vueltas ha-

cia la arena; así es que se había levantado de su asiento y, como antes en la vida de Cornelio, había bendecido para la muerte y para la eternidad á los cristianos que ya se aprestaban para ir á la prisión, así ahora bendiciendo estaba con la señal de la cruz á los que iban siendo victimados entre las garras y los dientes de las bestias feroces.

Bendecía su sangre, su tortura, sus cuerpos inanimados y convertidos en masas informes, y sus almas, que volaban huyendo de aquella arena sangrienta.

Algunos alzaban los ojos hacia él y sus fisonomías tornábanse radiantes; y sonreían al ver en alto, sobre sus cabezas, dibujarse la señal de la cruz.

Pero Pedro tenía el corazón desgarrado entretanto y decía:

—¡Oh, Señor! ¡Hágase tu voluntad! Por tu gloria y por la verdad están apurando el suplicio y la muerte estas ovejas escogidas de mi rebaño! Tú me ordenaste que las apacentara; hoy te las entrego, Señor; cuéntalas Tú, acógelas en tu seno, cura sus heridas, suaviza sus dolores y otórgales una felicidad superior al martirio que aquí han sufrido!

Y las iba bendiciendo unas tras otras, grupo tras grupo, con tanto amor, como si hubieran sido sus propios hijos á quienes estuviera entregando personalmente en manos de Cristo.

En seguida el César, ora estuviese en uno de sus momentos de feroz locura, ora impulsado por el deseo de que aquel espectáculo sobrepujase á todo cuanto se hubiera visto en Roma hasta entonces, dijo algunas palabras al oído del prefecto de la ciudad.

Este abandonó el *podium* y se dirigió inmediatamente al *cuniculum*.

Hasta el populacho se sorprendió luego, viendo que al cabo de algunos momentos abríase de nuevo el enrejado.

Y esta vez salieron á la arena fieras de toda especie: ti-

gres del Eufrates, panteras de Numidia, osos, lobos, hienas y adives ó chacales.

Toda la arena se vió entonces cubierta como de un mar ondeante de pieles rayadas, amarillas, castañas, morenas y manchadas.

Y fué aquel un caos, en medio del cual el ojo nada podía distinguir, excepto los terribles movimientos múltiples, precipitados, convulsivos, oscilatorios y ondulantes de los lomos de aquellas fieras.

El espectáculo había perdido ya toda apariencia de realidad, para transformarse, por decirlo así, en una horrenda orgía de sangre, en un sueño espantoso, en un caleidoscopio gigantesco ideado por una fantasía desatentada y delirante.

Habíase colmado la medida.

En medio de gritos, lamentos y rugidos, aquí y allí, en los asientos de los espectadores, empezaron á dejarse oír las risas espasmódicas y aterrorizadas de mujeres cuyas fuerzas y cuyos nervios habíanse visto por fin vencidos.

El pueblo se horrorizaba al fin.

Muchos semblantes habíanse puesto sombríos, y varias voces empezaron á gritar:

—¡Basta! Basta!

Pero era más fácil traer las fieras á la arena que sacarlas de ella.

El César, no obstante, discurrió un medio apropiado para despejar el Circo procurando al mismo tiempo al pueblo un entretenimiento.

En todos los pasillos que había entre los asientos presentáronse diferentes grupos de numidios, negros y fornidos, ataviados con plumas, llevando aretes en las orejas y armados de sendos arcos.

El pueblo adivinó qué nuevo espectáculo se le esperaba y acogió á los arqueros con alegres saluciones.

Los numidios se aproximaron á la barandilla y colocan-

do en posición sus flechas, empezaron á asaetear las fieras.

Y ese fué en realidad un espectáculo interesante y nuevo.

Los cuerpos de los numidios, fuertes y esbeltos cual si hubieran sido tallados en mármol negro, se doblaban hacia atrás, extendían sus flexibles arcos y lanzaban uno tras otro dardo.

El zumbido característico de las cuerdas y el silbar de las emplumadas flechas, mezclábanse con los aullidos de las fieras y los gritos de admiración de la concurrencia.

Osos, lobos, panteras, y hombres aún vivos, iban cayendo uno tras otro.

Aquí y allí un león, sintiendo una saeta en su costado, contraía rabiosamente las mandíbulas y volvíase con un movimiento súbito á coger y quebrar el proyectil que le había herido.

Otros daban rugidos de dolor.

Las fieras menores, poseídas de pánico, echaban á correr al azar por la arena, ó se arrojaban de cabeza por el enrejado.

Y entretanto los dardos seguían silbando y silbando por el aire, hasta que llegó un momento en que el último de los seres vivientes que había en la arena quedó derribado y debatiéndose entre las convulsiones postreras de la muerte.

Centenares de esclavos precipitáronse á la arena entonces, armados de azadas, palas, escobas, carretillas, canastas para el transporte de las vísceras, y sacos de arena.

Salieron en grupos sucesivos, y en toda la extensión del circo desplegaron una actividad febril. La arena fué así al cabo de pocos instantes despejada de cadáveres; se extrajo la sangre y el cieno, se cavó, se niveló el piso y se le cubrió con una nueva capa de arena.

Hecho esto, penetró una legión de Cupidos, quienes esparcieron sobre el nuevo piso hojas de rosas, lirios y una gran variedad de otras flores.

Fueron de nuevo encendidos los pébeteros y se removió el *velarium*, pues á la sazón había ya bajado el sol considerablemente.

Y entre el público se miraban las personas unas á otras, llenas de asombro, y preguntábanse qué otro nuevo espectáculo les aguardaba en ese día.

Y en efecto, sucedióse un espectáculo que ninguno habría podido ni siquiera vislumbrar.

El Cesar, que había abandonado el *podium* algunos momentos antes, presentóse de súbito en la floreada arena.

Llevaba un manto de púrpura sobre los hombros y en la cabeza una corona de oro.

Doce coristas con sendas cítaras le seguían.

Sostenía en la mano un laúd de plata, y se adelantó con solemne paso hasta el centro del circo, saludó varias veces á los espectadores, alzó la vista hasta el cielo y pareció estar aguardando un soplo de inspiración.

Por último hizo vibrar las cuerdas y así cantó:

«¡Oh, radiante hijo de Leto,
Señor de Tenedos, de Quío y Crisópolis,
¿Eres tú quien, teniendo la custodia
De Ilión, la ciudad sagrada,
Pudo entregarla del griego á la cólera
Y dejar que los altares
En que sacro fuego ardía
Llegase á manchar la troyana sangre?
Alzábanse á tí las manos: ¡oh, Apolo!
De los míseros ancianos;
Las madres desde lo íntimo del pecho
Su llanto clamoroso levantaban,
Para su inocente prole
Perdón y piedad pidiendo!
Y á sus quejas lastimeras,
Y del pueblo al sufrimiento
Fuiste, ¡oh Esminteol insensible
Como una insensible roca!...»

Aquel canto fué transformándose gradualmente en una elegía, dolorida y lastimera.

En el circo reinaba el silencio.

Al cabo de algunos instantes, el César, conmovido esta vez, siguió cantando:

«De tu lira celeste con los sonos
 Pudiste ahogar los gemidos,
 Los íntimos lamentos de las almas.
 Hoy mismo, á los ecos tristes
 De este canto de dolor,
 De lágrimas se llenan nuestros ojos
 Cual flores que se bañan de rocío!
 Mas, ¿quién alzar podrá de las cenizas
 Y el polvo, aquel rojo y horrendo día
 De fuego, y desastre, y ruína?...
 Y entonces tú, ¿dó estabas, oh, Esminteo?...»

Y al llegar á este punto la voz de Nerón temblaba y se le humedecieron los ojos.

En los de las ventales viéronse brillar lágrimas. Y el pueblo, que le había escuchado en silencio, permaneció todavía mudo por breves momentos antes de estallar en una prolongada tempestad de aplausos.

Entretanto, desde fuera, y al través de los *vomitoria*, venía el ruido de los vehículos chirriantes sobre los cuales habíase colocado los sangrientos despojos de los cristianos, hombres, mujeres y niños, para ser llevados á las fosas llamadas «*puticuli*.»

El Apóstol Pedro se tomó la temblorosa cabeza con ambas manos y exclamó en lo profundo de su alma:

—¡Oh, Señor! Oh, Señor! ¡En qué manos has puesto el gobierno del mundo! ¿Porqué has querido tú fundar tu capital en este sitio?

CAPÍTULO LVI

El sol descendía á su ocaso y parecía disolverse en los rojizos fulgores de la tarde.

Había terminado el espectáculo.

Las multitudes iban saliendo del Anfiteatro por los *vomitatoria*, diseminándose en la ciudad.

Solamente los augustianos permanecieron algún tiempo más; aguardaban que disminuyese aquella inmensa corriente de pueblo.

Y habían abandonado sus asientos y reunídose en el *podium*, al que acababa de volver el César á escuchar las alabanzas que habrían de tributársele.

Aun cuando los espectadores no le habían escatimado los aplausos al dar fin á su canto, no estaba satisfecho Nerón: él había esperado un entusiasmo rayano del frenesí.

En vano resonaban ahora en sus oídos verdaderos himnos de alabanza; en vano las vestales le besaban la «divina» mano, y mientras lo propio hacía Rubria, se inclinaba hasta tocar con sus rojizos cabellos el pecho del César.

No estaba Nerón satisfecho, y no disimulaba su displicencia.

Y le sorprendía, perturbándole al mismo tiempo, el silencio obstinado que guardaba Petronio. Cualquiera frase ingeniosa y lisongera de sus labios habría sido para él de gran consuelo en aquel momento.

Por último, incapaz de contenerse, el César hizo al árbitro señal de que se acercara.

—Habla,—le dijo, cuando Petronio hubo entrado al *podium*.

—Guardo silencio,—contestó el árbitro friamente,—porque no encuentro palabras. Te has excedido á tí mismo.

—Así me pareció á mí también; sin embargo, esa gente...

—¿Acaso esperas que esos genízaros sean capaces de comprender la poesía?

—Pero tú también habrás notado que no han sabido apreciar en justa medida mis méritos.

—Porque tú has elegido un mal momento.

—¿Cómo?

—Cuando la ola de la sangre llega hasta el cerebro de

los hombres, imposible es que no se distraiga su atención.

—¡Ah, esos cristianos!—replicó Nerón apretando los puños.—Incendiaron á Roma y ahora me injurian por añadidura. ¿Qué nuevos castigos podré inventar para ellos?

Petronio vió que había entrado por mal camino y que estaban sus palabras produciendo un efecto contrario al que se había él propuesto; así, pues, á fin de distraer la atención del César por otro lado, se inclinó hacia él y le dijo al oído:

—Tu canción es maravillosa, pero te he de hacer una observación: en el cuarto verso de la tercera estrofa deja el metro algo que desear.

Nerón se ruborizó intensamente, cual si le hubieran sorprendido en algún acto vergonzoso, pintóse una expresión de temor en su mirada, y contestó en voz baja también:

—Tú lo ves todo. Ya lo sé. He de rehacer ese verso. Pero, creo que ningún otro lo ha notado: Y tú, por amor de los dioses, no hables de ello á nadie, si estimas la vida.

A esto contestó Petronio, cual si estallara en indignación y cólera:

—Condéname á la última pena, ¡oh divinidad! si te engaño; pero no me has de atemorizar, porque saben los dioses, mejor que nadie, si yo temo á la muerte!

Diciendo así, miró fijamente á los ojos del César, quien contestó al cabo de algunos minutos:

—No te enfades; bien sabes que te amo.

—¡Mala señal!—pensó Petronio.

—Había pensado invitarte hoy á una fiesta,—repuso Nerón;—más, prefiero encerrarme y pulir ese maldito verso de la tercera estrofa. Por otra parte, fuera de tí, bien puede haberlo notado Séneca, y acaso también Segundo Carinas, pero yo me libraré prontamente de ellos.

Hizo entonces llamar á Séneca y le declaró que lo mandaba con Acrato y Segundo Carinas á Italia y las demás provincias en busca de dinero, el cual debía sacarlo de las

ciudades, de los pueblos y de los templos más famosos; en una palabra: de todo lugar en donde fuera posible encontrar dinero ó por lo menos tomarlo por medio de extorsión.

Pero Séneca, comprendiendo que la mente del César era encargarle de una obra de pillaje, sacrilegio y robo, se negó categóricamente á partir.

—Es necesario que me retire al campo, señor,—dijo,—á esperar allí la muerte, porque estoy viejo ya, y mis nervios se hallan enfermos.

Los nervios iberos de Séneca eran más fuertes que los de Chilo, y en realidad no estaban enfermos, pero era malo su estado general de salud: parecía ya una sombra, y sus cabellos habíanse vuelto completamente canos desde hacía poco.

El mismo Nerón al mirarlo, pensó que en efecto, no tendría necesidad de aguardar por mucho tiempo la muerte de aquel hombre, y contestó:

—No quiero exponerte á las fatigas de un viaje, si estás enfermo, pero el afecto que por tí siento, me mueve á retenerte cerca de mí. Así, pues, en vez de ir al campo, te quedarás en tu propia casa y no saldrás de ella.

Luego dijo riendo.

—Si mandase á Acrato y á Carinas solos, eso equivaldría encargar á un par de lobos que fueran en busca de ovejas. ¿A quién designaré para que les acompañe y dirija?

—A mí, señor,—dijo Dominio Africano.

—¡Nó! En modo alguno quiero atraer sobre Roma la cólera de Mercurio, á quien tú avergonzarías con tus villanos hechos. Necesito de algún estoico parecido á Séneca ó á mi nuevo amigo el filósofo Chilo.

Y echando una ojeada en derredor, agregó:

—Pero, ¿qué ha sucedido á Chilo?

El griego, que había vuelto en sí al salir al aire libre y regresado al anfiteatro á escuchar el canto del César, aproximose entonces y dijo:

—Aquí estoy, ¡oh radiante vástago del Sol y de la Lunal! Me sentí mal, pero tu canto me ha restablecido.

—Te voy á mandar á la Acaya,—dijo Nerón.—Tú has de saber, hasta el último sestercio, cuanto hay allí en cada templo.

—Mándame, sí, ¡oh Zeus! y los dioses te pagarán un tributo superior á cuantos hayan sido conocidos hasta ahora.

—Bien quisiera, pero no deseo privarte de presenciar los próximos juegos.

—¡Baall,—dijo Chilo.

Los augustianos, encantados al ver que el César había recobrado su buen humor, empezaron á reir entonces y exclamaron:

—Nó, señor, no prives á este valiente griego de la vista de los juegos.

—Pero privame sí, ¡oh señor! de la vista de estos bulliciosos gansos del Capitolio, cuyos sesos, reunidos en una sola masa, no alcanzarían á llenar la cáscara de una nuez,—replicó Chilo.—¡Oh primogénito de Apolo! Estoy escribiendo un himno griego en tu honor y desearía pasar algunos días en el templo de las Musas, á fin de implorar su divina inspiración.

—¡Oh, no!—exclamó Nerón.—Es tu deseo escapar de los futuros juegos. No lo conseguirás.

—¡Te juro, señor, que estoy escribiendo un himno!

—Entonces lo escribirás por la noche. Pide inspiración á Diana, quien, á propósito, es hermana de Apolo.

Chilo bajó la cabeza y miró con aire malicioso á los presentes, quienes tornaron á reir.

El César volviéndose á Senecio y á Suilio Nerulino dijo:

—Imaginaos que de los cristianos destinados para el día de hoy apenas si hemos podido concluir con la mitad.

A estas palabras, el viejo Aquilio Régulo, gran cono-

dor de todo lo referente al anfiteatro, meditó un momento y dijo:

—Los espectáculos en que el pueblo se presenta *sine armis et sine arte* duran siempre mucho y son menos entretenidos.

—Ordenaré entonces que les den armas,—contestó Nerón.

Pero el supersticioso Vestinio salió de su meditación y preguntó con voz llena de misterio:

—¿No habéis notado que al morir ven algo? Miran hacia arriba y se diría que expiran sin dolor alguno. Estoy cierto de que algo ven.

Y alzó los ojos á la parte superior del anfiteatro, por sobre la cual había empezado la noche á extender ya su estrellado manto.

Pero los demás le contestaron con risas y grotescas conjeturas acerca de lo que podrían ver los cristianos en el momento de la muerte.

Entretanto, el César hizo una señal á los esclavos portadores de antorchas y salió del Circo, seguido por las vestales y los senadores, diputados y augustianos.

La noche estaba clara y tibia.

Delante del Circo había una multitud de pueblo deseoso de presenciar la partida del César; pero su actitud era en cierto modo reservada y sombría.

Aquí y allí dejáronse oír algunos aplausos pero de muy corta duración.

Del *spoliarum* seguían saliendo crugidoras carretas que conducían los sangrientos despojos de los cristianos.

Petronio y Vinicio emprendieron su camino en silencio.

Solo cuando se hallaban ya cerca de la puerta del árbítro, preguntó éste:

—¿Has pensado en lo que te propuse?

—Sí,—contestó Vinicio.

—¿Crearás que para mí también esta cuestión es ahora de la más alta importancia? Es menester que yo la liber-

te, á despecho del César y de Tigelino. Es una especie de batalla en la cual me he comprometido á vencer; una especie de juego en que deseo ganar, aún á costa de mi vida. El día de hoy me ha confirmado todavía más en mi proyecto.

—¡Quiera Cristo premiarte!

—Ya lo verás.

Y así conversando llegaron á la puerta de la casa y bajaron de la litera.

En aquel momento se les acercó alguien y dijo:

—¿Está aquí el noble Vinicio?

—Aquí está,—contestó el tribuno.—¿Qué deseas?

—Soy Nazario, el hijo de Miriam. Vengo de la prisión y te traigo noticias de Ligia.

Vinicio puso una mano en el hombro del joven y le miró en los ojos sin poder articular palabra: pero Nazario adivinó la pregunta que moría en sus labios, y dijo:

—Vive todavía. Ursus me manda á decirte que ella ora en medio de su delirio y repite tu nombre.

—¡Alabado sea Cristo, que tiene el poder de restituirmela!—dijo Vinicio.

Y condujo á Nazario á la biblioteca.

Al cabo de pocos momentos fué á reunirseles también Petronio.

—La enfermedad la salvó de la vergüenza, porque los verdugos temen el contagio,—repuso el joven.—Ursus y Glauco el médico, velan de día y de noche á su cabecera.

—¿Tiene siempre los mismos guardianes?

—Sí, señor, y está en el aposento de ellos. Todos los presos que se hallan en el calabozo inferior, murieron de fiebre ó de asfixia á causa del aire infecto.

—¿Quién eres tú?—pregunté Petronio.

—El noble Vinicio me conoce. Soy el hijo de la viuda en cuya casa se hospedó Ligia.

—¿Y cristiano?

El joven dirigió una mirada interrogativa á Vinicio, pe-

ro observando que éste se hallaba en oración, levantó la cabeza y dijo:

—Sí, señor, soy cristiano.

—¿Cómo es que puedes entrar libremente en la prisión?

—Me tomaron para la faena de transportar cadáveres; y acepté el oficio á fin de poder así ayudar á mis hermanos y llevarles noticias de la ciudad.

Petronio miró con más atención el rostro bien parecido del muchacho, sus azules ojos y sus cabellos negros y abundantes.

—¿De qué país eres, joven?—preguntó.

—Soy galileo, señor.

—¿Y quisieras ver libre á Ligia?

El joven alzó los ojos al cielo, y contestó:

—Sí, aunue hubiera de morir yo después.

Terminó entonces Vinicio su oración, y dijo:

—Dí á los guardianes que la coloquen en un ataúd como si estuviese muerta. Y tú, busca algunos hombres que puedan ayudarte á sacarla durante la noche. Cerca de las «fosas pútridas» (fosa común) habrá gente aguardándote con una litera. A ellos les darás el ataúd. Promete á los guardianes de parte mía todo el oro que puedan llevar en sus mantos.

Y en tanto que así hablaba el joven tribuno, advertíase que de su rostro se había disipado la expresión de estupor que últimamente se viera en él; y renacía el antiguo soldado, á quien la esperanza le había devuelto ahora su habitual entereza.

A Nazario se le encendió el semblante por la alegría y levantando los brazos al cielo exclamó:

—¡Quiera Cristo volverla á la salud, porque luego estará libre!

—¿Piensas tú que los guardianes han de consentir?—preguntó Petronio.

—¿Ellos, señor? sí, con tal que estén seguros de escapar al castigo ó á la tortura.

—Los guardianes habían consentido ya en la fuga; con mucha mayor razón permitirán que nos la llevemos como si fuera un cadáver,—dijo Vinicio.

—Cierto es,—repuso Nazario,—que hay un hombre encargado de quemar con hierro candente los cuerpos que transportamos fuera de la prisión, á fin de cerciorarse de si en efecto son cadáveres. Pero ese hombre, si se le dan unos pocos sestercios, no quemará con el hierro la cara de los muertos. Por una moneda de oro no tocará absolutamente el cuerpo, sino el ataúd.

—Prométele todo el oro que pueda contener su bonete,—dijo Petronio.—Pero, ¿podrás tú encontrar auxiliares seguros?

—Puedo encontrar hombres capaces de vender por dinero á sus propias mujeres y á sus hijos.

—¿Dónde?

—En la prisión misma, ó en la ciudad. Una vez pagados los guardianes, dejarán entrar á la cárcel á quienes yo quiera.

—En tal caso, llévame como á sirviente asalariado,—replicó Vinicio.

Pero Petronio se opuso á esto con todas sus fuerzas.

—Los pretorianos podrían conocerte, aun á pesar de tu disfraz,—dijo,—y entonces todo estaría perdido. No debes ir ni á la cárcel, ni á las «fosas pútridas». Es menester que todos, inclusive el César y Tigelino, queden convencidos de que ella ha muerto; pues de otra manera, han de ordenar su persecución inmediata. Sólo podemos alejar toda sospecha del siguiente modo: aun después de que haya sido transportada á los Montes Albanos, ó más lejos todavía, á Sicilia, será menester que permanezcamos nosotros en Roma. Una ó dos semanas después, caerás tú enfermo y llamarás al médico de Nerón, quien te prescribirá un viaje á las montañas. Y entonces tú y ella os reuniréis por fin, y luego...

Aquí se detuvo á meditar un punto; y agregó en seguida con un ademán:

—Pueden venir otros tiempos.

—¡Tenga Cristo misericordia de ella!—exclamó Vinicio.
—¡Tú estás hablando de Sicilia, en tanto que Ligia está enferma y próxima á morir!

—Dejémosla al principio cerca de Roma. Bastará el solo aire puro para que se restablezca, con tal que logremos arrancarla de la prisión. ¿No tienes tú en las montañas algún administrador en quien puedas fiar?

—Tengo uno,—contestó prontamente Vinicio.—Cerca de Corioli hay un hombre de confianza que me llevó en sus brazos cuando yo era niño, y quien siempre me ama.

—Escríbele que venga mañana mismo,—dijo Petronio, pasando á Vinicio unas tablas.—Enviaré un correo al punto.

Y llamó al jefe del *atrium*, dándole en seguida las órdenes del caso.

Pocos minutos después un esclavo montado se dirigía á toda velocidad, en medio de la noche, á Corioli.

—Quisiera que Ursus la acompañase,—dijo Vinicio.—Así quedaría yo más tranquilo.

—Señor,—dijo Nazario,—ese es un hombre de fuerzas sobrehumanas, capaz de derribar puertas, romper rejas y seguirla. Hay una ventana que da á una empinada roca en donde no se ha apostado guardián alguno. Yo puedo llevar á Ursus una cuerda; él hará lo demás.

—¡Por Hércules!—dijo Petronio.—Salga él de la prisión como pueda pero no al mismo tiempo que ella, ni siquiera dos ó tres días después; porque le seguirían y quizá llegasen á descubrir su escondite. ¡Por Hércules! ¿Queréis perderos y perderla? Os prohibo que digáis á Ursus ni siquiera una sola palabra de Corioli, ó me lavo yo las manos!

Ambos reconocieron la cordura de estas palabras y guardaron silencio,

Nazario pidió entonces permiso para retirarse, prometiendo volver al rayar el alba del día siguiente.

Esperaba ponerse al habla esa misma noche con los guardianes, pero quería correr antes á casa de su madre, la cual en aquella época de terribles incertidumbres no tenía un momento de tranquilidad, preocupada tan sólo en el pensamiento de su hijo.

Después de mucho meditar el asunto, decidió Nazario no elegir cooperadores en la ciudad, sino sobornar á uno de sus propios compañeros conductores de cadáveres.

Antes de partir, se detuvo un punto y llamando aparte á Vinicio, le dijo al oído:

—No he de revelar á nadie nuestro plan, ni siquiera á mi propia madre; pero el Apóstol Pedro nos prometió que iría del anfiteatro á nuestra casa: se lo contaré todo.

—Aquí puedes hablar libremente,—le contestó Vinicio. —El Apóstol se hallaba en el anfiteatro entre los acompañantes de Petronio. Yo mismo iré contigo.

Y ordenó que le trajeran un manto de esclavo y salieron juntos.

Petronio exhaló un profundo suspiro, en tanto que decía á sí mismo:

—Yo antes abrigué el deseo de que ella más bien muriera de esa fiebre, porque eso habría sido menos terrible para Vinicio. Pero ahora, por su salud, pronto estoy á ofrecer á Esculapio un trípode de oro. ¡Ah, Enobarbo! Tú has querido hacer de la angustia de un amante un espectáculo; tú, Augusta, has tenido envidia de la hermosura de esa doncella y quisieras ahora devorarla viva, porque ha perecido tu Rufio! ¡Tú, Tigelino, anhelas destruirla por vengar tu enojo contra mí!

Pues bien, ¡veremos! Os digo á todos que no la habrán de contemplar vuestros ojos en la arena, porque, ó ha de morir ella de muerte natural, ó he de arrancárosla como una presa de las mandíbulas de los perros, y arrancárosla de manera tal, que ni siquiera lo sospechéis! Y luego, ca-

da vez que vuelva á encontraros después, me diré: «¡Hé ahí los imbéciles á quienes ha burlado Cayo Petronio!»

Y satisfecho por el momento, se dirigió al triclinio á cenar con Eunice.

Mientras comían, un lector les recitaba los Idilios de Teócrito.

Afuera, el viento arrastraba espesas nubes que se iban agrupando en la dirección del Soracte, y luego una tempestad repentina vino á romper el silencio de aquella tranquila noche estival.

A intervalos retumbaba el trueno por entre las siete colinas, en tanto que Petronio y Eunice, reclinados el uno junto á la otra en la mesa, escuchaban al poeta bucólico, que en el armonioso dialecto de los dorios celebraba los amores pastoriles.

Un poco más tarde ambos, lleno el espíritu de dulce tranquilidad, se preparaban ya para entregarse á un agradable sueño, cuando Vinicio regresó.

Petronio fué á su encuentro.

—¿Y bien? ¿Tenéis al fin algún proyecto nuevo?—preguntó.—¿Ha ido Nazario á la prisión?

—Sí,—contestó el joven tribuno, arreglándose el cabello que se le había empapado con la lluvia.—Nazario ha ido á entenderse con los guardianes y yo he visto á Pedro, quien me ha mandado que ore y tenga fe.

—Eso está muy bien. Si todo signe con rumbo favorable, podremos llevárnosla mañana por la noche.

—Mi administrador debe estar aquí al rayar el alba, acompañado de algunos hombres,

—El camino es corto. Y ahora, vé á descansar.

Pero Vinicio entró á su *cubiculum* solamente para ponerse allí de rodillas y orar.

A la salida del sol. Niger, el administrador, llegó de Corioli, trayendo consigo por orden de Vinicio mulas, una litera y cuatro hombres de confianza, elegidos entre sus

esclavos de Bretaña, y quienes, para salvar las apariencias, hablan quedado en una posada del Suburra.

Vinicio, que había velado toda la noche, fué al encuentro de Niger.

Este, conmovido á la vista de su joven señor, le besó las manos y los ojos, diciendo.

—Amado mío, tú estás enfermo, ó por ventura los sufrimientos de tal manera han secado la sangre de tu rostro, que apenas si he podido reconocerte al principio.

Vinicio lo condujo á la columnata interior y le hizo partícipe de su secreto.

Niger le escuchó atentamente y en su enjuto y atezado semblante se pintó una honda emoción que no intentó dominar.

—¿Entonces ella es cristiana?—exclamó por fin, fijando luego una mirada indagadora en Vinicio, quien evidentemente adivinó su intención y dijo:

—También yo soy cristiano.

Lágrimas de alivio brillaron entonces en los ojos de Niger. Permaneció silencioso un instante y luego alzando las manos al cielo exclamó:

—¡Gracia te doy, oh, Cristol por haber quitado la viga de los ojos que me son más caros en el mundo!

Y estrechó contra su pecho la cabeza de Vinicio y llorando de felicidad, empezó á besar su frente.

Un momento después llegó Petronio seguido de Nazario.

—¡Buenas nuevas!—exclamó desde lejos.

Y en efecto era portador de noticias favorables.

En primer lugar, Glauco el médico respondía de la vida de Ligia, aun cuando ésta se hallaba atacada de la misma fiebre de que, en el Tullianum y en las demás prisiones, morían á diario centenares de cristianos.

En cuanto á los guardianes y al hombre encargado de comprobar la efectividad de la muerte por medio de la aplicación de hierros candentes no había la menor dificultad.

Atis, el ayudante, estaba también seguro.

—Hemos abierto en el ataúd varios agujeros á fin de que la enferma tenga aire,—dijo Nazario.—El único peligro posible es que ella pueda gemir ó hablar cuando pasemos por delante de los pretorianos. Pero está muy débil y no ha abierto los ojos en toda la mañana.

Por lo demás, Glauco le dará un narcótico preparado con drogas que de la ciudad le llevé al efecto. No se clavará la tapa del ataúd, de manera que podáis levantarla con facilidad y llevar á la paciente á la litera. Y en su lugar pondremos en el ataúd un saco de arena que vosotros tendréis pronto.

Vinicio, mientras Nazario decía estas palabras, habíase puesto pálido como un lienzo; pero las había escuchado desde el principio con tal atención, que parecía adivinar con los ojos todo lo demás que el muchacho iba diciendo.

—¿Sacarán otros cuerpos de la prisión?—preguntó Petronio.

—Anoche murieron como veinte, y antes de que concluya la tarde habrá más cadáveres—dijo el joven.—Iremos con varios otros individuos, pero nosotros retardaremos el paso hasta quedar rezagados. En la primera esquina, mi compañero fingirá estropearse y seguirá cojeando. Y así quedaremos á considerable distancia detrás de los otros. Nos esperaréis en el pequeño templo de Libitina. ¡Quiera Dios que la noche sea bastante oscura!

—Lo será,—dijo Niger.—Anoche estaba claro y sobrevino de súbito una tempestad. Hoy se halla el firmamento despejado, pero desde esta mañana tenemos un aire bochornoso. Ahora todas las noches habrá viento y lluvia.

—¿Iréis sin antorchas?—preguntó Vinicio.

—Las antorchas solamente las llevan los que van de lante. En todo caso, encontráos cerca del templo de Libitina, al oscurecer, aún cuando con frecuencia transportamos los cadáveres solo momentos antes de media noche.

Hubo en seguida un silencio, durante el cual no se oyó otra cosa que la precipitada respiración de Vinicio.

Petronio volvióse á él y le dijo:

—Ayer sostuve la opinión de que sería más conveniente permaneciéramos ambos en casa; mas ahora veo que que eso no es posible. Si se tratara de una fuga, necesita ríase de las mayores precauciones; pero ya que la van á transportar como cadáver, páreceme que nadie puede abrigar ni la más leve sospecha.

—¡Es cierto! ¡Es cierto!—contestó Vinicio.—Yo debo estar presente. Yo mismo la sacaré del ataúd.

—Una vez que se encuentre en mi casa de Corioli, respondo yo de ella,—dijo Níger.

La conversación terminó allí.

Níger fué á reunirse con su gente en la posada. Nazario ocultó bajo su túnica una bolsa de oro y se dirigió á la cárcel.

Y para Vinicio principió un día de alarma sobreexcitación, zozobra y esperanza.

—La empresa debiera dar buenos resultados, porque ha sido bien concebido,—dijo Petronio.—Imposible discurrir un plan mejor. Tú debes afectar un dolor profundo y vestir una toga negra. No abandones el anfiteatro. Es menester que te vean allí. Todo se halla dispuesto de manera tal que no puede haber fracaso. Pero... ¿estás perfectamente seguro de tu administrador?

—Es cristiano,—replicó Vinicio.

Petronio le miró asombrado. En seguida se encogió de hombros y dijo, cual si hablara consigo mismo:

—¡Por Pólux! ¡Cómo se extiende esa religión, y cómo ejerce dominio sobre las almas! Bajo el reinado de un terror como el que hoy impera, natural sería que los hombres renegaran inmediatamente de todos los dioses de Roma, Grecia y Egipto. Sin embargo, esto es admirable. ¡Por Pólux! Si yo creyese que nuestros dioses pudieran influir de algún modo, sacrificaría seis novillos blancos á cada

uno de ellos, y doce á Jove Capitolino! No economices ofrendas á tu Cristo.

—Le he entregado mi alma,—dijo Vinicio.

Y se despidieron.

Petronio volvió á su *cubiculum*, pero el joven tribuno fuése á contemplar la prisión á distancia, y desde allí ze trasladó á la ladera del Monte Vaticano, á la cabaña del cantero en donde había recibido el bautismo de manos del Apústol.

Parecíale que Cristo le había de escuchar con más benevolencia allí que en todo otro sitio. Así, púes' cuando se hubo encontrado en él, postróse en tierra y concentró las potencias todas de su alma dolorida en su plegaria. Y mientras imploraba con fe profunda la misericordia del Señor, hallábase tan abstraído que ya no volvió á darse cuenta ni del sitio en donde se encontraba, ni de lo que estaba haciendo.

Por la tarde vino á sacarlo de su éxtasis un sonido de trompetas en dirección del circo de Nerón.

Salió entonces de la cabaña y dirigió en derredor suyo una mirada atónita como la del que despierta de un sueño.

Hacia calor, y el silencio que reinaba en aquel sitio veíase interrumpido á intéavalos por el sonido de los bronces y el canto de las cigarras.

El aire habíase tornado bochornoso, el firmamento aún estaba claro en la ciudad, pero cerca de los Montes Sabinos se iban agrupando algunas nubes oscuras en el extremo horizonte.

Vinicio volvió á casa.

Petronio le aguardaba en el *atrium*.

—He estado en el palatino,—le dijo.—Quise dejarme ver allí expresamente, y hasta me senté á jugar dados. Hay esta noche una fiesta en casa de Anicio, á la cual he prometido asistir, pero solamente después de media noche, pretextando que me era necesario dormir hasta

esa hora. Y en efecto, iré; y conveniente sería que también tú asistieras.

—¿No hay noticia de Ligia ó [de Nazario?—preguntó Vinicio.

—No; les veremos solamente á media noche. ¿Has notado que amenaza tempestad?

—Sí.

—Mañana habrá una exhibición de cristianos crucificados; pero tal vez la lluvia lo impida.

Y luego acercándose á su sobrino y tocándole en el hombro, le dijo:]

—Pero tu no la has de ver en la cruz; tú la verás solamente en Corioli. ¡Por Cástor! No cambiaría yo el momento en que logremos su libertad por todas las gemas de Roma! La noche se acerca.

Y en efecto, aproximábase ya la noche y sus sombras empezaron á envolver á la ciudad más temprano que de ordinario, porque todo el horizonte habíase cubierto á la sazón de nubes.

Y á la caída de la noche sobrevino una fuerte lluvia, que transformábase en vapor al caer sobre las piedras calentadas por el fuerte sol del día, envolviéndo á Roma en una especie de neblina. Después hubo un intervalo de calma y en seguida una serie de cortos chubascos violentos.

—¡Apresurémonos!—dijo por fin Vinicio,—es posible que transporten ahora los cadáveres de la prisión más temprano, á causa de la lluvia.

—¡Sí, ya es tiempo!—dijo Petronio.

Y cubriéndose con sendos mantos gálicos encaperuzados, salieron por la puerta del jardín á la calle.

Petronio habíase armado con un cuchillo corto romano, llamado *sica* (puñal, daga), que llevaba siempre en sus excursiones nocturnas.

La ciudad hallábase desierta á causa de la tempestad.

De tiempo en tiempo un relámpago surcaba las nubes,

iluminando con su fulgor las murallas frescas aún de los edificios recién contruidos ó en construcción, ó las mojadadas baldosas de las calles. Por último, al favor de uno de esos relámpagos vieron, después de haber hecho un largo camino, la meseta sobre la cual se alzaba el pequeño templo de Libitina, y al pie de ella un grupo de mulas y caballos.

—¡Níger!—llamó Vinicio muy quedo.

—Aquí estoy, señor,—dijo una voz en medio de la lluvia.

—¿Está todo pronto?

—Sí, señor. Nos hallamos aquí desde el obscurecer. Más, ocultaos debajo de la plataforma, pues de otra manera vais á empaparos. ¡Qué tempestad! Creo que tendremos granizada.

Y efectivamente, eran justificados los temores de Níger, porque antes de mucho empezó á caer granizo, fino en los primeros momentos, pero luego más grueso y tupido.

La temperatura volvióse fría.

Mientras aguardaban bajo la plataforma, al abrigo del viento y de los helados proyectiles, seguían conversando en voz baja.

—Aun cuando alguien llegase á vernos,—dijo Níger,—no abrigarían la menor sospecha; parecemos estar aquí esperando que cese la tormenta. Eso sí, temo quo no saquen los cadáveres hasta el amanecer.

—La tempestad de granizo no ha de durar,—dijo Petronio;—y será necesario aguardar, aun cuando sea hasta el amanecer.

Y aguardaron, con el oido atento á todo rumor y en expectativa de la fúnebre procesión. Pasó la granizada, pero inmediatamente después continuó la lluvia.

Por instantes levantábase el viento y traía de las «fosas pútridas» un terrible hedor proveniente de los cuerpos en descomposición, enterrados descuidadamente cerca de la superficie del suelo.

—Veo una luz al través de la neblina,—dijo Níger,—una, dos, tres: esas son antorchas. Ved que las mulas no hagan ruido, agregó volviéndose á sus hombres.

—¡Ya vienen!—dijo Petronio.

A la sazón las luces volvíanse más y más distintas y al cabo de algunos momentos fué posible ver que eran antorchas aquellas temblorosas llamas.

Níger hizo la señal de la cruz y empezó á orar.

Entretanto la fúnebre procesión siguió acercándose y por fin hizo alto frente al templo de Libitina.

Petronio, Vinicio y Níger se estrecharon más en la plataforma, silenciosos, no comprendiendo el motivo de tal estación.

Pero aquellos hombres habíanse detenido solamente á cubrirse los rostros y las bocas para evitar las exhalaciones asfixiantes de las «fosas pútridas» á cuyo extremo iban á llegar, exhalaciones que eran verdaderamente insoportables.

Luego alzaron nuevamente los féretros y continuaron su marcha.

Solo un ataúd se detuvo delante del templo.

Vinicio corrió á su encuentro, y después de él Petronio, Níger y dos esclavos cristianos que llevaban la litera.

Pero antes de que hubieran llegado al oscuro sitio en que el ataúd se hallaba, oyóse la dolorida voz de Nazario, quien dijo:

—¡Señor! ¡Se la han llevado con Ursus á la Cárcel del Esquilino! Este que aquí llevamos es otro cuerpo. La trasladaron antes de media noche.

Vuelto á su casa Petronio, hallábase triste como una tormenta y ni siquiera intentó consolar á Vinicio.

Comprendía que librar á Ligia de los calabozos subterráneos del Esquilino era empresa en la cual ni siquiera se podía soñar.

Y adivinó que evidentemente había sido trasladada del

Tullianum á fin de que no muriese allí de fiebre y escapara al anfiteatro que la aguardaba.

Y por esta mismá razón la vigilaban y custodiaban con más cuidado que á los demás presos.

Desde lo íntimo de su alma lo sintió Petronio, por ella y por Vinicio.

Pero al mismo tiempo lastimábale profundamente la idea de que por primera vez en su vida no había alcanzado el éxito y por primera vez quedaba vencido en un combate.

—La fórtuna parece abandonarme, se—dijo,—pero se equivocan los dioses si creen que yo he de aceptar una vida como la de él, por ejemplo.

Y volviéndose á Vinicio, quien á la sazón estábale mirando fijamente le dijo:

—¿Qué tienes? Parece que estuvieras calenturiento.

Vinicio le contestó con una voz extraña, quebrantada, tartamudeante, como la de un niño enfermo:

—¡Pero... yo creo que El... me la podrá restituir!

Sobre la ciudad morían ya los últimos retumbos de la tempestad.

CAPÍTULO LVII

Tres días de lluvia—fenómeno extraordinario en Roma durante el verano—y de granizadas que cayeron contrariando el orden natural, no solamente de día sino también de noche, vinieron á interrumpir los espectáculos.

El pueblo empezaba á alarmarse.

Abrigábanse ya serios temores por la próxima vendimia, expuesta á perderse, á estar á las predicciones, y cuando una tarde un rayo fundió la broncea estatua de Ceres en el Capitolio, se ordenó la ofrenda de sacrificios en el Templo de Júpiter Salvator.

Los sacerdotes de Ceres corrieron la voz de que la cólera de los dioses habíase vuelto sobre la ciudad, á causa de la demasiada lentitud empleada en el castigo de los cris-

tianos; de ahí el que las multitudes empezaran á insistir en que continuaran los espectáculos, á pesar del mal tiempo.

Así es que la alegría volvió al pecho de todos los romanos al anunciarse por fin que el *ludus* proseguiría después de tres días de intervalo.

Entre tanto había vuelto el buen tiempo. El día anunciado para el espectáculo se hallaba el anfiteatro, al romper el alba, ocupado por millares de espectadores.

El César llegó temprano, acompañado de las vestales y de la corte.

El espectáculo debía comenzar con un combate entre los cristianos, quienes con tal objeto fueron ataviados como gladiadores y provistos de toda clase de armas de las que á los gladiadores profesionales servían para las luchas ofensivas y defensivas.

Pero esto fué una contrariedad para el público. Los cristianos, después de arrojar sobre la arena redes, flechas, tridentes y espadas, se abrazaban y se estimulaban unos á otros, dándose recíprocamente ánimo para soportar la tortura y la muerte.

Ante esa actitud, apoderóse de los circunstantes una indignidad y un sentimiento profundos.

Algunos acusaban á los cristianos de pusilaminidad y cobardía; sostenían otros, que si se negaban á lidiar era por odio al pueblo y á fin de privarle del placer que en el ánimo producen los actos de bravura.

Finalmente, por orden del César, se dispuso que al Circo salieran gladiadores verdaderos, quienes despacharon en un abrir y cerrar de ojos á las arrodilladas é indefensas víctimas.

Cuando estos cuerpos hubieron sido extraídos de la arena, el espectáculo cambió de aspecto. Fué una serie de cuadros mitológicos, idea del propio César.

Así, la concurrencia pudo ver á Hércules ardiendo en fuego vivo sobre el monte Eta.

Vinicio tembló ante la idea de que se hubiera encomendado á Ursus el papel de Hércules; pero evidentemente no había llegado aún el turno al fiel servidor de Ligia, porque á la sazón estaba ardiendo en la pira otro cristiano desconocido para el joven tribuno.

En el cuadro siguiente, Chilo, á quien el César no había querido perdonar la asistencia, pudo ver á conocidos suyos.

Se representó la muerte de Dédalo (1) y también la de Icaro.

Tuvo la parte del primero Euricio, aquel anciano que había dado á Chilo el signo del pescado. El papel de Icaro fué desempeñado por su hijo Cuarto.

Ambos fueron levantados por medio de un ingenioso mecanismo y en seguida lanzados á la arena desde una inmensa altura.

El joven Cuarto vino á caer tan cerca del *podium* del César, que la sangre salpicó no solamente los adornos exteriores, sino hasta la misma púrpura que cubría el frente del palco.

Chilo no vió aquella caída, porque había cerrado los ojos; pero sintió el sordo golpe del cuerpo al rebotar en el suelo; y cuando al cabo de algunos momentos notó que había sangre á su lado, estuvo á punto de perder nuevamente el sentido.

Los cuadros se renovaban con rapidez.

Los vergonzosos tormentos de las vírgenes profanadas antes de la muerte por gladiadores disfrazados de bestias feroces, llenaban de infernal deleite los corazones de la plebe.

Vieron allí á sacerdotisas de Cibeles y de Ceres, vieron

(1) Dédalo, ateniense, padre de Icaro, inventor de la sierra y el hacha, autor del laberinto de Creta, donde encerrado por el rey Minos en castigo de haber descubierto su salida á Teseo, se escapó volando en unión de su hijo, con alas de cera.

á las Danaides, vieron á Dirce (1) y á Pasifae (2); finalmente vieron á jovencitas, tiernas todavía, destrozadas por mitad ó descuartizadas por caballos cerriles.

A cada momento aplaudía la plebe las nuevas ideas de Nerón, quien ufano de ellas, y feliz con las aclamaciones que recibía, no se quitaba un instante la esmeralda del ojo, en tanto que se gozaba en el espectáculo de aquellos blancos cuerpos destrozados por el hierro, ó en las posturas convulsiones de aquellas inocentes víctimas.

Sucedieron á esos cuadros, otros tomados de la historia de la ciudad.

Después del martirio de las vírgenes, vió el populacho á Mucio Escévola, cuya mano, atada á un trípode sobre una hoguera, llenó el anfiteatro con el olor de la carne quemada.

Pero este hombre, como un verdadero Escévola, permaneció impasible, sin dar un sólo gemido, alzados los ojos al cielo y murmurando una plegaria sus amoratados labios.

Apenas hubo muerto y fué arrastrado su cadáver al *spoliarium*, dióse la señal para el intermedio meridiano.

El Cesar, acompañado de las vestales y de los augustianos, abandonó el anfiteatro y se retiró á una inmensa tienda escarlata,alzada expresamente al efecto: en ella había preparado para él y sus huéspedes un magnífico *prandium* (comida).

Los espectadores en su mayor parte siguieron este ejemplo. Salieron, pues, del anfiteatro como un verdadero torrente humano, y una vez fuera se diseminaron en pintorescos grupos alrededor de la tienda cesárea, con el fin de extender los miembros adormecidos por una continuada permanencia en sus asientos y para disfrutar de los man-

(2) Dirce, mujer de Lico, rey de Tebas, que atada á la cola de un toro y arrastrada largo tiempo, al cabo se vió transformada en una fuente de su mismo nombre, cerca de Tebas.

(3) Pasifae, hija del Sol y de Persis, mujer de Minos rey de Creta, que enamorada de un toro, dió á luz el Minotauro.

jares que, por favor del César, les fueron servidos por esclavos.

Solamente los más curiosos bajaron durante el intermedio al Circo, y tocando con los dedos las compactas masas de arena que se habían formado con la sangre coagulada, conversaban, como especialistas y aficionados, de lo que acababan de presenciar y de lo que en seguida verían.

Pronto estos mismos también salieron, por temor de llegar tarde al banquete, quedando tan sólo aquellos á quienes no retenía la curiosidad, sino las simpatías por las víctimas del próximo tremendo turno. Y estas personas se ocultaban detrás de los asientos ó en la parte baja del anfiteatro.

Entre tanto, la arena había sido nivelada nuevamente y multitud de esclavos empezaron á cavar hoyos, en hileras, á corta distancia unos de otros, en toda la extensión del Circo, de costado á costado, dispuestas estas hileras de tal modo que la última se hallaba á unos cuantos pasos del *podium* del César.

De fuera venía el murmullo del pueblo, mezclado con gritos y aplausos, en tanto que dentro se hacían con febril celeridad los preparativos de las nuevas torturas.

Los *cunicula* fueron abiertos simultáneamente y por todos los pasajes que á la arena conducían se hizo entrar á empellones grupos de cristianos desnudos, con sendas cruces sobre los hombros.

Toda la arena vióse luego llena de ellos. Hombres ancianos, encorvados bajo el peso de las vigas de madera, iban delante; en seguida otros, en todo el vigor de la edad, mujeres de sueltos cabellos, con los cuales se esforzaban por ocultar su desnudez, jóvenes y hasta niños tiernos.

Las cruces, en su mayor parte, así como las víctimas, hallábanse decoradas con flores.

Los sirvientes del anfiteatro daban de golpes á esos infortunados, obligándoles á conducir los maderos de que eran portadores hasta cerca de los hoyos que había dis-

puestos para recibirlos, y á permanecer luego allí en filas.

En esas cruces debían perecer los cristianos á quienes los verdugos no habían tenido la oportunidad de hacer pasto de los perros y las bestias feroces en el primer día de aquellos juegos.

Unos esclavos negros se apoderaban de las víctimas, las extendían boca arriba sobre los leños y empezaban á enclavar apresuradamente sus manos sobre los brazos de las cruces, á fin de que el público, al volver después del intermedio, las encontrara plantadas ya en el suelo y listas.

El anfiteatro entero resonaba al ruido de los martillos, que repercutía por todas las hileras, subía hacia el espacio que rodeaba al anfiteatro y llegaba hasta la tienda en que el César estaba haciendo los honores á su séquito y á las vestales.

Allí Nerón entretanto bebía vino, se chanceaba con Chilo Chilonides y decía extrañas palabras al oído de las sacerdotisas de Vesta, mientras estabase haciendo en la arena el afanoso trabajo por un verdadero enjambre de verdugos; y los clavos seguían taladrando la manos y los pies de los cristianos; y las palas se movían con rapidez en la faena de llenar los agujeros dentro de los cuales plantábanse las cruces.

Entre las nuevas víctimas cuyo turno iba pronto á llegar, se hallaba Crispo.

Los leones no habían alcanzado á destrozarlo; así es que fué designado también para el suplicio de la crucifixión.

Y él, dispuesto siempre á la muerte, se regocijaba íntimamente al pensar en que se le iba acercando por fin su hora.

Parecía otro hombre, pues su descarnado cuerpo estaba completamente desnudo, viéndose en él tan sólo una guirnalda de hiedra que le rodeaba la cintura, y una corona de rosas en la cabeza.

Pero en sus ojos ardía el fuego de su inagotable energía habitual; la misma expresión de fanática severidad se ad-

vertía en su semblante por debajo de aquella corona de rosas.

Ni había cambiado tampoco su corazón; pues así como en el *cuniculum* amenazara con la cólera de Dios á aquellos de sus hermanos que á la sazón se hallaban cosidos dentro de peles de fieras, así ahora estaba su boca fulminando rayos en vez de frases de consuelo.

—Dad gracias al Redentor,—decía,—porque ha querido permitirnos que murais de la propia muerte que El. Puede que siquiera una parte de vuestras culpas os sea perdonada por esta causa; pero, ¡temblad! porque El hará justicia y no es posible que haya un premio para el justo y á la vez para el pecador.

A sus palabras acompañaba el ruido que hacían los martillos al enclavar las manos y los pies de las víctimas.

A cada momento ibanse levantando más y más cruces sobre la arena; y Crispo, volviéndose al grupo de cristianos que á la sazón se hallaban al lado de sus respectivos maderos, prosiguió diciendo:

—Yo veo el cielo abierto, pero veo también abierto el profundo abismo infernal. No sé qué cuenta he de dar de mi vida al Señor, aun cuando yo he creído, y he aborrecido el mal. No temo á la muerte, sino á la resurrección; no temo á la tortura, sino al juicio, porque el día de la cólera se acerca.

En ese momento dejóse oír de entre las hileras de asientos más cercanos, una voz tranquila y solemne, que dijo:

—No es el día de la cólera, sino el de la misericordia el que se acerca; el día de la salvación y de la bienaventuranza; porque en verdad os digo que Cristo ha de acogeros en su seno, ha de consolaros y sentaros á su diestra. Tened confianza, porque abierto está para vosotros el reino de los cielos.

A estas palabras, todos los ojos volviéronse hacia los asientos, y aun los que ya pendían de las cruces alzaron

sus pálidos semblantes acongojados y miraron al hombre que tal decía.

Y él se dirigió entonces á la barrera que rodeaba al Circo y les bendijo con la señal de la cruz.

Crispo extendió la mano como para fulminar contra él una terrible amenaza: pero al reparar en el semblante de aquel hombre, bajó el brazo, doblaronsele las rodillas y murmuró á media voz:—«¡Pablo el Apóstol!»

Con gran asombro de los sirvientes del Circo, todos los que no habían sido aún enclavados en sus cruces, arrodilláronse también.

Pablo volvióse entonces á Crispo y le dijo:

—No les amenazas, Crispo, que en este día todos ellos serán contigo en el Paraíso. Piensas tú que pueden verse condenados. Mas, ¿quién los condenará? ¿Los condenará Dios, que ofreció por ellos á su Hijo? Cristo, que murió por salvarlos, ¿los condenará ahora que mueren por su nombre? ¿Y cómo es posible que Aquel que es todo amor condene? ¿Quién podrá acusar á los elegidos de Dios? ¿Quién podrá decir de esta sangre, que es maldita?

—Yo he aborrecido el mal,—dijo el anciano sacerdote.

—El precepto de Cristo que ordena amar á los hombres, prevalecerá siempre sobre aquel que ordena aborrecer el mal; porque la religión de Cristo no impone el odio, sino el amor.

—¡He pecado en la hora de la muerte!—contestó Crispo golpeándose el pecho.

El encargado de los asientos se acercó al Apóstol y le preguntó:

—¿Quién eres tú, que así hablas á los condenados?

—Soy ciudadano romano,—contestó Pablo con tranquilo acento.

Y volviéndose de nuevo á Crispo, le dijo:

—Ten confianza, porque el de hoy es día de misericordia; y muere en paz, siervo de Dios.

Los negros se acercaron en ese momento á Crispo á fin

de colocarlo en la cruz; pero él miró de nuevo en derredor suyo y exclamó:

—Hermanos míos, ¡orad por mí!

Su semblante había perdido ya su severidad habitual y sus duras facciones se habían suavizado, tomando una expresión de tranquilidad y de dulzura. El mismo extendió los brazos en la cruz á fin de facilitar la tarea de sus verdugos, y dirigiendo la vista al cielo, empezó á orar fervorosamente.

Parecía no sentir ya nada; porque cuando penetraron los clavos en sus manos no agitó su cuerpo ni el más leve estremecimiento, ni en su semblante se advirtió la menor contracción de dolor. Y seguía orando cuando levantaron su cruz y empezaron á pisonear la tierra al rededor de ella.

Solamente cuando las multitudes vinieron á llenar de nuevo el anfiteatro con sus gritos y sus risas, frunció un tanto el ceño, cual si le indignara que aquel pagano pueblo llegase á perturbar la tranquilidad y la paz de una dulce muerte.

Ya todas las cruces habían sido levantadas, de manera que en la arena formaban, por decirlo así, una especie de bosque de maderos de los cuales pendían otros tantos hombres.

Sobre los brazos de las cruces y sobre las cabezas de aquellos mártires daban los rayos del sol; pero en el Circo se proyectaba una sombra densa que se diría formaba una especie de cendal obscuro al través del cual brillaba tenuemente la dorada arena.

En aquel triste espectáculo, el deleite infernal de la concurrencia se hallaba concentrado en la contemplación de las agonías de una lenta y prolongada muerte.

Jamás, antes de aquel momento, habían visto ojos humanos una cantidad mayor de crucifixiones. La arena se encontraba tan densamente cubierta de cruces, que los sirvientes movíanse con dificultad al rededor de ellas.

Las mujeres habían sido colocadas especialmente en los extremos, pero á Crispo, en su calidad de sacerdote cristiano le habían alzado casi al frente del *podium* del César, en una cruz inmensa, adornada en su parte inferior con madreelvas.

No había muerto ninguna de las víctimas aún; pero unos pocos de los enclavados en los primeros momentos habíanse desmayado.

Nadie se lamentaba, nadie imploraba piedad.

Algunos pendían con la cabeza inclinada sobre un brazo, ó caída sobre el pecho, cual si les hubiese acometido el sueño; algunos parecían estar sumergidos en meditación y otros con la vista fija en el cielo, movían ligeramente los labios.

En ese terrible bosque de cruces, entre aquella multitud de cuerpos crucificados, en aquel silencio fatídico de las víctimas, algo había de ominoso.

El pueblo, que se había levantado ahito y alegre del banquete, y había entrado nuevamente al Circo entre gritos y exclamaciones gozosas, guardaba silencio ahora, no sabiendo en cuál de aquellos cuerpos detener la vista, ni qué pensar ó decir de aquel espectáculo.

La desnudez de las formas de las mujeres extendidas sobre las cruces, no despertaba en ellos sensación alguna. No empeñaban las apuestas usuales acerca de quién habría de morir primero, como era práctica general en estos casos, por reducido que fuera el número de criminales que en la arena hubiese.

Parecía que hasta el mismo César estuviera mortificado, pues veíasele á cada instante volverse pesadamente y arreglarse el collar con aire preocupado.

En ese momento, Crispo, que se hallaba en frente y que, cual si estuviera desmayado ó moribundo, habíase mantenido con los ojos cerrados, los abrió y su mirada se encontró con la del César.

Y en su rostro se dibujó entonces una expresión tan

implacable, y sus ojos despidieron llamaradas tales, que los augustianos, al notarlo, fueron comunicándose al oído sus impresiones y señalando á la vez á Crispo con el dedo, hasta que por último reparó también el César en ello y se puso indolentemente la esmeralda al ojo.

Sucediose un profundo silencio.

Los ojos de los espectadores hallábanse fijos en Crispo, quien hacía esfuerzos por mover su mano derecha, cual si quisiera arrancarla del árbol de la cruz.

Después de breves instantes levantósele el pecho, hiciéronse perfectamente visibles los costados y exclamó:

—¡Matricidal ¡Ay de tí!

Los augustianos, al escuchar esta mortal injuria lanzada al rostro del señor del mundo en presencia de millares de espectadores, no osaban respirar. Chilo estaba medio muerto. El César se estremeció y la esmeralda se le cayó de la mano. El público á su vez contenía también el aliento.

Y la voz de Crispo siguió escuchándose más y más claramente, á medida que aumentaba la fuerza de sus inflexiones, por todo el anfiteatro:

—¡Ay de tí, asesino de tu esposa y de tu hermano! ¡Ay de tí, Anticristo! ¡El abismo está abierto ya bajo tus piés, la tumba te aguarda! ¡Ay de tí, cadáver viviente, porque morirás en el terror y serás condenado por toda una eternidad!

Imposibilitado para arrancar su mano de la cruz, Crispo hacía contorsiones horrosas. Su aspecto era terrible: parecía un esqueleto vivo; inflexible como el destino, agitaba su blanca barba por sobre el *podium* de Nerón, y en cada una de las convulsivas inclinaciones de su cabeza, se esparcían en rededor algunas hojas de la corona de rosas que en la cabeza tenía.

Y proseguía con voz tonante:

—¡Ay de tí, asesino! ¡Has colmado ya la medida y ha llegado ya la hora de tu castigo horrendo!

Todavía hizo un nuevo y heroico esfuerzo.

Pareció por un momento que iba á lograr libertar su mano de la cruz y agitarla amenazante sobre la cabeza del César; pero de súbito sus descarnados brazos extendiéronse más, se inclinó su cuerpo, cayó sobre el pecho la cabeza y expiró.

Y en aquel denso bosque de cruces empezó luego para aquellos mártires cristianos el tranquilo sueño de la eternidad.

CAPÍTULO LVIII

Señor,—dijo Chilo,—el mar parece de aceite de oliva y se diría que las olas están durmiendo. Vámonos á Acaya. La gloria de Apolo allí te está reservada, las coronas y los triunfos te aguardan, el pueblo te deificará, los dioses te han de recibir como á su huésped, como á su igual, mientras que aquí, ¡oh, Señor!...

Y se detuvo el griego, porque el labio inferior empezó á temblarle de tan violenta manera, que sus palabras llegaban á transformarse en sonidos incomprensibles.

—Partiremos cuando hayan terminado los juegos,—replicó Nerón.—Sé que aun ahora mismo hay gentes que llaman á los cristianos *innocia corpora* (víctimas inocentes). Si en tales circunstancias me alejase de aquí, todo el mundo repetiría eso. ¿Qué es lo que temes?

Dijo estas palabras frunciendo el ceño y dirigiendo una mirada inquisidora á Chilo, cual si aguardara una explicación de sus temores.

Pero su sangre fría solo era aparente.

En el último espectáculo, á él mismo habíanle infundido pavor las palabras de Crispo; y al volver al Palatino le impidieron dormir la vergüenza y la rabia, y también el temor.

Vestinio, que había escuchado en silencio este diálogo, miró á su alrededor y dijo con voz misteriosa:

—Presta, señor, oído á las indicaciones de este viejo. Al-

go hay de extraño en esos cristianos. La deidad que adoran parece procurarles una muerte serena, pero puede también ser esa una deidad vengativa.

—No he sido yo quien dispuso los juegos, sino Tigelino, —replicó al punto Nerón.

—¡Ciertamente! Yo fui, —dijo Tigelino, quien acababa de oír la respuesta del César;—y me río de todos los dioses cristianos. Vestinio es una vejiga llena de supersticiones y este valiente griego es capaz de morir de miedo á la vista de una gallina que erice las plumas en defensa de sus polluelos.

—Así es, en efecto, —dijo Nerón;—pero en adelante ordena que corten la lengua á esos cristianos y les tapen la boca.

—El fuego les pondrá coto, ¡oh, divinidad!

—¡Ay de mí! —gimió Chilo.

Pero el César, á quien la insolente confianza de Tigelino había dado nuevos bríos, empezó á reír ahora y dijo, señalando al viejo griego:

—¡Mirad á ese descendiente de Aquiles!

Y á la verdad, era terrible el aspecto de Chilo. Los escasos cabellos que aun quedaban en su cabeza, habíansele puesto blancos y en su semblante se advertía permanentemente una expresión de inmenso terror, zozobra y opresión. Por momentos parecía asimismo como aturdido y casi fuera de sí. A menudo no daba respuesta alguna á las preguntas que se le hacían; luego encolerizábase y se volvía tan insolente que los augustianos preferían no seguirle haciendo objeto de sus fisgas.

Y á la sazón se encontraba en uno de esos momentos.

—¡Haced de mí lo que queráis, pero no iré más á los juegos! —gritó desesperado.

Nerón le observó un instante y dijo luego, volviéndose á Tigelino:

—Cuida de que se halle cerca de mí este estóico en los

jardines. Deseo ver qué impresión causan nuestras antorchas en su ánimo.

Chilo se llenó de terror ante la amenaza que temblaba en la voz de Nerón.

—¡Oh, señor!—le dijo;—nada podré observar, porque de noche no veo.

—Estará la noche tan clara como el día,—replicó el César con amenazante risa.

Y volviéndose en seguida á los augustianos, empezó á discurrir acerca de unas carreras que deseaba ordenar para cuando hubieran terminado los juegos.

Petronio se aproximó entonces á Chilo, y le preguntó dándole un golpecito en el hombro:

—¿No te he dicho que no resistirías?

—Quiero beber,—dijo Chilo alargando la temblorosa mano hacia un vaso de vino;—pero no pudo llevarlo á los labios.

Visto lo cual por Vestinio, tomo éste el vaso y algunos momentos despues acercóse al griego y le preguntó con aire lleno de curiosidad y de temor:

—¿Te están acaso persiguiendo las Furias?

El viejo le miró breves instantes con la boca abierta, cual si no comprendiera lo que había dicho el otro. Vestinio repitió entonces:

—¿Te están persiguiendo las Furias?

—Nó,—contestó Chilo;—pero tengo delante de mí á la noche.

—¿Qué dices? ¿La noche? ¡Tengan de tí piedad los dioses! ¿De qué noche me estás hablando?

—De una terrible noche impenetrable, en la cual veo algo que se mueve, algo que viene hacia mí, algo que no conozco y me llena de estupor.

—Yo siempre he creído que existen realmente maleficios. ¿Sueñas?

—Nó, porque no duermo. Jamás creí que serían castigados con tal crueldad.

—¿Lo sientes por ellos?

—¿Porqué derramar tanta sangre? ¿No has oído lo que dijo uno desde la cruz? ¡Ay de nosotros!

—Sí, lo he oído,—contestó Vestinio en voz baja.—¡Pero ellos son incendiarios!

— ¡No es cierto!

—Y enemigos de la raza humana.

— ¡No es cierto!

—Y envenenadores del agua.

— ¡No es cierto!

—Y asesinos de infantes.

— ¡No es cierto!

—¿Cómo?—preguntó Vestinio lleno de asombro.—Tú mismo lo has dicho y los has entregado en manos de Tigelino.

—Por eso es que ahora la noche me rodea y la muerte viene hacia mí. Por momentos creo que en realidad ya he muerto, y también vosotros.

— ¡Nól! Son ellos los que están muriendo; nosotros estamos vivos. Pero, dime: ¿qué es lo que ven al morir?

—Ven á Cristo.

—Su dios. Y dime, ¿es poderoso ese dios?

Chilo, en vez de contestar, hizo esta pregunta:

—¿Qué clase de antorchas van á arder en los jardines? Oíste las palabras del César?

—Las he oído y sé de qué se trata. Esas antorchas se llaman *Sarmentitii* y *Semaxii*. Se preparan envolviendo á los hombres en «túnicas dolorosas» empapadas en pez, y atándolos á postes, á los cuales se pega fuego en seguida. ¡Quiera el dios de los cristianos no mandar nuevas desventuras sobre la ciudad! ¡*Semaxii!* Esa es una terrible pena.

—Prefiero presenciar ese castigo, pues en él siquiera no hay efusión de sangre,—contestó Chilo.—Manda que un esclavo me acerque el vaso á los labios. Quiero beber, pe-

ro derramo el vino, porque me tiembla la mano á causa de mis años.

Entretanto, otros de los augustianos hablaban también acerca de los confesores de Cristo. El viejo Domicio Africano se ocupaba á la sazón de ultrajarlos.

— Hay tan gran número de ellos,—agregaba,—que bien podrían promover una guerra civil; y tened presente que ha llegado en ocasiones á temerse que se armaran. Pero mueren como ovejas.

—¡Qué intenten morir de otra manera!—dijo Tigelino.

A esto replicó Petronio:

—Os estáis engañando á vosotros mismos. Ellos se arman.

—¿De qué?

—De paciencia.

—Esa es una nueva clase de arma.

—Ciertamente. Mas, ¿podéis decir vosotros que los cristianos mueren como delincuentes vulgares? ¡No! Mueren como si los criminales no fuesen ellos, sino quienes los han condenado á muerte, es decir, nosotros y todo el pueblo romano.

—¡Qué desvarío!—dijo Tigelino.

—¡*Hic Abdera!* (1)—contestó Petronio.

Pero muchos, sorprendidos ante la justicia de la observación del árbitro, se miraron unos á otros con asombro y repitieron:

—¡Es cierto! Hay algo de peculiar y extraño en su muerte.

—¡Os digo que ven á su divinidad!—exclamó Vestinio.

Entonces algunos augustianos volviéronse á Chilo y le preguntaron:

—¡Eh, viejo! Tú que los conoces, dínos qué ven.

El griego derramó el vino en su túnica y respondió:

—¡La resurrección!

(1) Equivalente aproximado de «el más tonto entre los tontos.»

Y empezó á temblar de tal manera, que los augustianos que le rodeaban, echáronse á reir ruidosamente.

CAPÍTULO LIX

Durante algunos días, estuvo el joven tribuno, pasando sus noches fuera de casa.

Ocurrió á Petronio el pensamiento de que tal vez hubiera ideado un nuevo plan y estuviese consagrando sus esfuerzos al designio de libertar á Ligia de la carcel del Esquilino; empero, nada le preguntaba por temor de llevar desgracia á su empresa.

Porque este escéptico, de tan exquisito buen gusto, había llegado en cierto modo á convertirse en un supersticioso.

Su fracaso en el intento de arrancar á Ligia de la prisión Mamertina, le había hecho perder la fe en su buena estrella.

Por otra parte, no contaba, tampoco, en esta vez con que tuvieran muy buen éxito las nuevas tentativas de Vinicio.

La prisión Esquilina, formada apresuradamente con los sótanos de las casas que habían sido derribadas para cortar el fuego, no era, en verdad, tan terrible como el viejo *Tullianum* cercano al Capitolio, pero se hallaba cien veces mejor custodiada.

Petronio comprendía perfectamente que Ligia había sido conducida allí tan sólo para sustraerla á la muerte, á fin de que no escapase al anfiteatro.

Y por lo mismo estaba cierto de que teniendo en vista ese designio, la custodiarían allí con el esmero con que un hombre cuida las niñas de sus ojos.

—Es evidente,—decíase,—que el César y Tigelino la han reservado para algún espectáculo especial, más honrrando que los anteriores; y Vinicio tiene ahora mayores

probabilidades de perderse en la empresa que de salvar á Ligia.

También el joven tribuno, había abandonado, por su parte, la esperanza de rescatarla. Sólo Cristo podía triunfar en tan árdua empresa. Y Vinicio, á la sazón, pensaba únicamente en los arbitrios que pudieran permitirle ver á Ligia en su prisión.

Por espacio de algún tiempo, la idea de que Nazario había logrado penetrar á la carcel Mamertina en calidad de conductor de cadáveres, no le había dado tregua, hasta que al fin decidióse á intentar ese propio medio.

El sobrestante de las «fosas pútridas,» que había sido sobornado por una inmensa cantidad de dinero, le admitió por fin entre los sirvientes á quienes mandaba por la noche en busca de cadáveres.

El peligro de que fuera Vinicio reconocido, no era en realidad probable.

Protegíanle contra ese peligro las sombras de la noche, su traje de esclavo y la escasa luz de la prisión.

Además, ¿quién habría de pensar que un patricio, nieto de un cónsul é hijo de otro, pudiera llegar á encontrarse en medio de sirvientes y conductores de cadáveres y expuesto á los miasmas de los calabozos y de las «fosas pútridas?»

Y empezó para Vinicio una faena, á la cual, ciertos hombres veíanse obligados tan sólo por su esclavitud ó por la necesidad extrema.

Cuando llegó la noche anhelada, vistió con alegría su tosco traje de sepulturero, cubrióse la cabeza con un paño empapado en trementina, y con el corazón palpitante de ansiedad, se dirigió, en compañía de otros, al Esquilino.

La guardia pretoriana los dejó pasar, pues todos traían en forma sus *tesseræ* (pases), las cuales, fueron examinadas por un centurión á la luz de una linterna.

Al cabo de pocos momentos, les fuéron, pues, abiertas las grandes puertas de hierro y entraron.

Encontróse Vinicio luego en un amplio sótano abovedado, del cual, pasaron á una serie de otros.

Unos cirios que daba muy poca luz, alumbraban el interior de cada uno de dichos sótanos, llenos, á la sazón, de gente.

Algunos de los presos yacían apegados á la muralla, entregados al sueño, muertos quizás. Otros velanse al rededor de grandes vasijas llenas de agua que había en el centro, de las cuales, extraían ese líquido, y lo bebían con el ansia de los que se ven atormentados por la fiebre. Otros se hallaban sentados en el suelo, con los codos sobre las rodillas, y apoyadas las cabezas en las palmas de las manos. Y aquí y allí, niños durmiendo en el regazo de sus madres.

Por todas partes escuchábanse gemidos, respiraciones fatigosas ó aceleradas de enfermos, llantos, murmurio de plegarias, himnos á media voz y maldiciones de los guardianes.

En la prisión se aspiraba el aire viciado por la aglomeración de muchos individuos y por las exhalaciones de los cadáveres. Y en medio de su tétrica penumbra, distinguíase un enjambre de sombras oscuras. Más cerca, junto á las débiles luces oscilantes, advertíanse rostros pálidos, aterrorizados, hambrientos y cadavéricos, con ojos, ora apagados por el debilitamiento, ora brillantes por la fiebre, con labios amoratados, frentes por las cuales corría el sudor, y cabellos viscosos.

En los ángulos había enfermos que se quejaban á voces; algunos pedían agua, otros, que se les condujese pronto á la muerte.

Y sin embargo, aquella prisión era menos terrible que el antiguo *Tullianum*.

Doblábansele las rodillas á Vinicio en presencia de este espectáculo y sentía que le faltaba el aliento.

Al pensar en que Ligia se hallaba en medio de tanta miseria, de todo aquel infortunio, se le erizaban los cabellos y hubo de ahogar un grito de desesperación.

El anfiteatro, las garras de las fieras, la cruz, cualquiera cosa era preferible á esas horribles mazmorras, llenas de olor á cadáver, á esos sitios espantosos, en donde por todas partes se oían suplicantes voces que gritaban:

—¡Llévesenos luego á la muerte!

Vinicio hincóse las uñas en las palmas de las manos, pues sentía que las fuerzas y la presencia de ánimo le iban abandonando.

Todo lo que hasta entonces había sentido, todo su amor y toda su amargura, se veían ahora transformados en un anhelo único: ver llegar la muerte cuanto antes.

En ese momento sintió á su lado la voz del sobrestante de las «fosas pútridas» que decía:

—¿Cuántos cadáveres tenéis hoy?

—Como una docena,—contestó el guardián de la prisión;—pero habrá más antes del amanecer, pues algunos están agonizando junto á las murallas. Y siguió quejándose de que había mujeres que ocultaban á sus hijos muertos á fin de conservarlos más tiempo á su lado y que no fuesen arrojados á las «fosas pútridas.»

—Nos vemos en la precisión,—añadió,—de descubrir los cadáveres primero por el olor; y así, este aire, tan viciado ya, se vuelve cada vez más infecto. Preferiría ser esclavo en alguna prisión rural, que á seguir custodiando estos perros que aquí se están pudriendo en vida...

El sobrestante de la fosa común intentó consolarlo diciéndole que él mismo no tenía un oficio menos detestable.

Este diálogo hizo que Vinicio tornase á realidad, y empezó á registrar empeñosamente la prisión en busca de Ligia, temeroso, entretanto, de no encontrarla ya viva.

Una cantidad de sótanos hallábanse comunicados por medio de pasadizos recientemente hechos, y los conducto»

res de cadáveres entraban sólo en las prisiones en donde había muertos que transportar.

Apoderóse entonces de Vinicio el temor de que aquel privilegio que había alcanzado tras de tantos esfuerzos y tentativas, fuera á resultar inútil. Felizmente su jefe vino en su auxilio.

—La infección cunde mas por medio de los cadáveres,—dijo.—Menester es sacar los muertos inmediatamente, si no queréis vosotros morir también junto con los presos.

—Somos tan sólo diez individuos para todos los sótanos,—dijo el guardián,—y es menester que durmanos.

—Dejaré aquí á cuatro de mis hombres, quienes recorrerán los sótanos durante la noche, á fin de recoger á todos los que vayan muriendo.

—Si tal haces, beberemos juntos mañana. Sólo que es necesario someter todo cadáver á la prueba: hemos recibido la orden de atravesar el cuello de cada uno antes de mandarlos á las «fosas pútridas.»

—Muy bien, pero beberemos juntos,—dijo el sobrestante.

En seguida escogió cuatro hombres, y á Vinicio entre ellos, y se llevó los demás á fin de que le ayudaran á colocar los cadáveres en sus féretros.

Vinicio respiró por fin.

Ahora, á lo menos, estaba cierto de hallar á Ligia.

Empezó por examinar cuidadosamente el primer sótano, llegando hasta los ángulos oscuros adonde no alcanzaba la luz de su linterna. Vió á los que junto á las paredes dormían, envueltos en burdos trajes, notando de paso que los enfermos de gravedad, eran puestos en un apartado rincón.

Pero Ligia, no se hallaba en parte alguna de aquel sótano.

En el segundo y en el tercero, fué su pesquisa igualmente infructuosa.

Entretanto, era avanzada la hora y todos los cadáveres

habían sido ya extraídos. Los guardianes, instalados en los corredores que comunicaban entre sí á los sótanos, dormían; los niños, cansados de llorar, guardaban un silencio fatigoso; nada se escuchaba ya en derredor, sino la respiración anhelante de aquellos pechos enfermos, y aquí y allí un murmurio de oraciones.

Vinicio adelantó con su linterna en la mano hasta el cuarto sótano, que era considerablemente mas pequeño.

Levantando la luz, empezó á examinarlo, y de súbito apoderóse de él un estremecimiento general, porque le pareció ver, cerca de una abertura enrejada que había en la muralla, las gigantescas formas de Ursus.

Entonces, apoyando su linterna y acercándose á él, dijo:

—¿Estás ahí, Ursus?

—¿Quién eres?—preguntó el gigante volviendo la cabeza.

—¿No me conoces?

—¿Cómo te he de conocer, si has apagado la luz?

Pero, en ese propio instante, vió el joven tribuno á Livia recostada cerca de la pared y envuelta en un manto. Así, pues, sin decir una palabra mas, arrodillóse junto á ella.

Ursus le reconoció entonces y dijo:

—¡Loado sea Dios! Mas, no la despiertes, señor.

Vinicio, de rodillas á su lado, la contemplaba con ojos anublados por las lágrimas. A pesar de la obscuridad, distinguió su rostro,—que le pareció tan pálido como el alabastro,—y sus enflaquecidos brazos.

Y á la vista de la joven, su amor pareció convertirse en una amargura desgarradora, en un afecto que agitaba su alma hasta lo más recóndito, y en el que al mismo tiempo había tanta piedad, tanto respeto y adoración tanta, que sin poder contenerse inclinó al suelo la faz y llevó á sus labios la orla del manto sobre el cual descansaba aquella cabeza, para él más amada que ninguna otra cosa en el mundo.

Ursus contempló largo tiempo á Vinicio en silencio; mas al fin, tirando de su túnica, le preguntó:

—Señor, ¿cómo has entrado? ¿Vienes á salvarla?

El joven levantóse entonces, y después de luchar por espacio de algunos momentos con la honda emoción que le agitaba, dijo:

—Indícame los medios.

—Creí que los habrías encontrado tú, señor. Solamente uno me ha venido á la cabeza.

Y al decir ésto volvióse hacia el enrejado que cubría la abertura de la muralla y cual si se contestara á sí mismo, agregó:

—Por allí.. pero habrá soldados fuera...

—Un centenar de pretorianos.

—¿Entonces no podríamos pasar?

—¡No!

El ligur se llevó la mano á la frente, y preguntó de nuevo:

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Tengo una *tessera* de entrada, que me ha dado el sobrestante de las «fosas pútridas.»

En seguida guardó súbito silencio, cual si una idea hubiera pasado por su cerebro en ese instante, y dijo con precipitada entonación:

—¡Por la pasión del Redentor! ¡Ya he encontrado! Me quedo en su lugar. Que tome ella mi *tessera*; puede envolverse la cabeza, echarse un manto sobre los hombros y pasar. Entre los esclavos que transportan cadáveres hay varios muchachos de poca edad; así, pues, los pretorianos no han de reparar en el cambio, y una vez que ella se encuentre en casa de Petronio, estará en salvo.

Pero el ligur dejó caer sobre el pecho la cabeza, y dijo con desaliento:

—Ella no consentirá, porque te ama; y luego, está enferma é imposibilitada para levantarse. Si ni tú ni el noble

Petronio habéis podido libertarla de la prisión, ¿quién lo podrá?—dijo al cabo de algunos instantes.

—Solamente Cristo.

Y ambos guardaron silencio.

—Cristo ha podido salvar á todos los cristianos,—pensó el ligur en lo íntimo de su sencillo pecho; —mas, puesto que no los salva, claro está que les ha llegado la hora del martirio y de la muerte.

Y él, aceptaba para sí muerte y martirio, pero sentía dolorida el alma hasta en lo más profundo, por el sacrificio de aquella niña que había crecido en sus brazos y á quien amaba más que á su propia existencia.

Vinicio cayó nuevamente de rodillas junto á la joven.

Y al través del enrejado de la muralla penetraron unos débiles rayos de luna que iluminaron la estancia mejor que la linterna que á la entrada ardía.

Ligia abrió entonces los ojos y dijo, posando en el brazo del joven su mano, que parecía arder por la fiebre:

—Te veo, Marco. Sabía que vendrías.

Vinicio la tomó las manos, que oprimió contra su frente y su corazón; levantó su cabeza y la retuvo contra el pecho.

—He venido, amada mía,—la dijo.—¡Que Cristo te guarde y te liberte, Ligia adorada!

Y nada más le fué posible agregar, porque en su pecho el corazón era presa de una honda agitación de congoja y de amor, y él no quería manifestar pena en su presencia.

—Marco, estoy enferma,—dijo Ligia;—y debo perecer, ó en la arena ó en la cárcel. ¡He orado tanto al Señor, pidiéndole que me dejara verte antes de morir!... ¡Y has venido!... Cristo ha escuchado mi plegaria...

Vinicio, incapaz aún de articular una sola palabra, siguió estrechando á la joven contra su corazón.

Ella continuó así:

—Yo te ví al través de la ventana del *Tullianum*. Sabía

que abrigabas el anhelo de llegar hasta mí. Y ahora el Redentor me ha vuelto el sentido por un momento, á fin de que podamos darnos el adios supremo. ¡Me voy hacia El, Marco, pero te amo y te amaré siempre!

Vinicio pudo al fin dominarse; ahogó heroicamente su dolor, y empezó á hablar con voz á la cual se esforzó por dar serenidad y firmeza.

—No, Ligia mía, tú no morirás,—la dijo.—El Apóstol me ordenó que tuviera fe y me prometió que rogaría por tí. El conoció á Cristo; Cristo le amó y no querrá desoir su plegaria. Si hubieras tú de morir, Pedro no me habría mandado que tuviera confianza; pero él me dijo: —«¡Ten fel!»

¡No, Ligia! Cristo tendrá misericordia de tí. El no quiere tu muerte. El no la permitirá. Te juro por el nombre del Redentor que Pedro está orando por tí.

Sucedióse un momento de silencio; la única linterna que pendía sobre la puerta de entrada se acababa de extinguir, pero por la ventana penetraban los rayos de la luna. En el ángulo opuesto del sótano, un niño daba gemidos ahogados. Desde fuera venían las voces de los pretorianos, quienes, después de haber hecho su turno de servicio, jugaban al pie de la muralla al *scriptæ duodecim*.

—¡Oh, Marco!—replicó Ligia.—El mismo Cristo dijo á su Padre: «Aparta de mis labios este amargo cáliz;» y sin embargo, loapuró. El mismo Cristo pereció en la cruz, y millares de confesores están ahora muriendo por El. ¿Porqué entonces habría de exceptuarme á mí? ¿Quién soy yo, Marco? Al propio Pedro le he oído decir que él también moriría en tortura. ¿Quién soy yo, al lado de Pedro?

Cuando los pretorianos fueron en busca de nosotros, temí por un momento á la tortura y á la muerte, mas ahora ya no les temo. Mira qué terrible prisión es ésta, pero yo me voy al cielo.

Piensa que el César está aquí, pero allá está el Re-

dentor, bueno y misericordioso. Allá no hay tortura ni muerte. Tú me amas: piensa entonces cuán feliz voy á ser. ¡Oh, mi bien amado Marco! ¡Piensa que allí nos reuniremos!

Aquí se detuvo para tomar el aliento de que había menester su pecho enfermo, y llevando á los labios las manos del joven, dijo:

—¿Marco?

—¿Amada mía?

—No llores por mí. Ten esto presente: allí estaremos juntos. Bien poco tiempo he vivido; pero Dios me dió tu alma. Diré, pues, á Cristo que al morir yo, tú estabas cerca de mí, presenciando mi muerte, y que aún cuando ella te causó profunda congoja, tú no blasfemaste contra El, tú acataste su voluntad y seguiste amándole siempre. Y le amarás, ¿no es así? y sufrirás con paciencia mi muerte.

Porque El nos ha de unir allá. ¡Te amo y deseo estar contigo en el cielo!

Faltó de nuevo el aliento á la joven y dijo luego, con voz casi imperceptible:

—¡Prométeme ésto, Marco!

Vinicio la abrazó temblando y dijo:

—¡Por tu adorada cabeza, lo prometo!

Y en el pálido rostro de la joven pudieron verse entonces, á la triste luz de la luna, unas como suavísimas irradiaciones de felicidad ultraterrena, y una vez más llevó á sus labios la mano de Vinicio, y murmuró como en leve susurro:

—¡Soy tu esposal

Del otro lado del muro, los pretorianos que estaban jugando al *scriptæ duodecim*; tenían á la sazón un altercado; pero Vinicio y Ligia en esos momentos habían olvidado la prisión, los guardias y el mundo entero, y sintiendo dentro de su alma un batir de alas de ángeles, hallábanse entregados á las inefables fruiciones de una férvida plegaria.

CAPÍTULO LX

Por espacio de tres días, mejor dicho, de tres noches, nada vino á turbar la paz de que disfrutaban ambos amantes.

Cuando terminaba la faena diaria de la cárcel, la cual consistía en separar los muertos de los vivos y los gravemente enfermos de los que se hallaban en vías de alivio; y una vez que los fatigados guardianes se iban á dormir á los corredores, el joven tribuno entraba en el sótano de Ligia y permanecía con ella hasta el rayar del alba.

La joven apoyaba su cabeza en el pecho de Vinicio y ambos hablaban en voz baja del amor y de la muerte.

En pensamientos y palabras, en deseos y esperanzas, iban ambos insensiblemente desprendiéndose más y más de la existencia, y perdiendo por grados hasta la noción de ella.

Entrambos asemejábanse ahora á dos navegantes, que habiendo abandonado las playas de su patria en un barco y dejado ya de ver la tierra, se fueran hundiendo por manera insensible en lo infinito.

Entrambos habíanse ido paulatinamente transformando en dos almas tristes y gemelas, íntimamente unidas por un recíproco amor, ligadas al propio tiempo á Cristo y prontas para emprender el vuelo eterno.

Solo por momentos había en el corazón de Vinicio vuelcos de dolor que semejaban torbellinos. Otras veces, advertíanse en él llamaradas que cruzaban como relámpagos de esperanza, nacidas de su amor y de la fe en el Dios Crucificado; pero luego desprendíase más y más de la tierra cada día y se entregaba apaciblemente á la muerte.

En la mañana, cuando salía de la prisión y tornaba al mundo, á la ciudad, á sus conocidos, á los afanes del vivir, parecíale estar soñando.

Todo presentábasele entonces con un aspecto extraño y como distante, vano, esfumado.

La tortura misma dejaba ya de ser terrible en ese estado de ánimo, puesto que mientras se estuviera pasando por ella, el espíritu se hallaría abismado en otras ideas y la vista fija en otras perspectivas.

Parecíales á ambos amantes que la eternidad había ya empezado á recibirlos. Y hablaban de cómo se amarían, y de cómo vivirían juntos, pero más allá de la tumba; y si á intervalos tornaban á la tierra sus pensamientos, eran éstos como los de dos personas prontas á emprender un largo viaje y que se preocupan en hacer los preparativos para el camino.

Además, rodeábales tal silencio, cual si se hallaran en medio de un desierto, apartados del mundo y olvidados de todos, como dos solitarias columnas.

Su único anhelo cifrábase en que no les separase Cristo; y como que cada instante que pasaba fortalecía en ellos la convicción de que no haría tal cosa Dios, el amor de ambos hacia El, convertíase en un firme eslabón que los unía en un sentimiento inenarrable de ventura y de paz.

Aun cuando se hallaban todavía en el mundo, cada día parecían irse desprendiendo hasta del polvo del mundo.

Y sus almas hallábanse puras como lágrimas.

Bajo el imperio del terror y de la muerte, en medio de la amargura y el sufrimiento, en el fondo de aquel antro sombrío, se había abierto el cielo para ambos, pues ella había tomado á Vinicio de la mano y le había conducido, como un ángel salvador, hacia la fuente de la vida perdurable.

Petronio se hallaba atónito.

Notaba ahora en el semblante de su sobrino una tranquilidad creciente de día en día, y una calma admirable que jamás advirtiera en él anteriormente.

Por momentos llegaba á conjeturar que Vinicio hubiera encontrado al fin algún medio de salvar á Ligia; y sentíase

mortificado al ver que el joven no le hubiera confiado sus proyectos y sus esperanzas. Por último, incapaz de contenerse por más tiempo, le dijo un día:

—Ahora tienes otro aspecto; no trates de ocultarme tus secretos, pues bien sabes que tengo voluntad y aptitudes para secundarte. ¿Has dispuesto algo?

—Sí,—contestó Vinicio;—pero tú no puedes ayudarme. Después que ella muera, confesaré públicamente que soy cristiano, é iré á reunirmele.

—¿Entonces ya no abrigas ninguna esperanza?

—Por el contrario, las abrijo todas. Cristo me dará á Ligia y ya no volveré á separarme jamás.

Petronio empezó á pasearse en el *atrium*; y en su semblante se pintaron la desilusión y la impaciencia.

—Tu Cristo no hace falta para eso: el *Thanatos* (1) nuestro, puede prestar el mismo servicio.

Sonrió Vinicio tristemente y dijo:

No, querido mío, tú no quieres comprender.

—Ni quiero ni puedo. No son estos momentos adecuados para la discusión; pero ten presente lo que te dije cuando fracasamos en nuestro proyecto de libertarla del *Tullianum*. Yo perdí entonces toda esperanza, y cuando volvíamos á casa, tú replicaste:—«Pero yo creo que Cristo puede restituirmela.»—Que te la restituya entonces. Si yo arrojo al mar un vaso de valor, ninguno de nuestros dioses tiene poder bastante para devolvérmelo; y si al dios tuyo le aqueja igual impotencia, no veo por qué hubiera yo de tributarle mayor homenaje que á los demás.

—Pero El me la restituirá.

Petronio se encogió de hombros y dijo:

—¿Sabes que los cristianos van á iluminar los jardines del César mañana?

—¿Mañana?—repitió Vinicio.

Y en presencia de aquella cercana y tremenda realidad,

(1) La Muerte.

sintió que el corazón se le estremecía de angustia y de temor.

—Esta es acaso la última noche que he de pasar al lado de Ligia,—pensó.

Y despidiéndose entonces de Petronio, se dirigió apresuradamente en busca del sobrestante de las «fosas pútridas», á fin de pedirle su *tessera*.

Pero le aguardaba una contrariedad: el sobrestante no le dió la *tessera*.

—Perdóname,—le dijo;—he hecho para tí cuanto me ha sido posible, pero ahora no debo arriesgar mi vida. Esta noche los cristianos serán llevados á los jardines del César, los calabozos estarán llenos de soldados y oficiales. Si llegasen á reconocerte, yo y mis hijos estaríamos perdidos.

Vinicio comprendió que era inútil insistir.

No obstante, abrigaba la esperanza de que los soldados que antes le habían visto entrar le admitieran sin presentar el pase. Así, pues, llegada la noche, se disfrazó como de costumbre con la túnica de un sepulturero y atándose un paño al rededor de la cabeza, encaminóse á la prisión.

Pero aquel día las *tesserae* fueron examinadas con mayor escrupulosidad que de ordinario; y, lo que todavía fué peor, el centurión Escevino, soldado muy estricto, y que pertenecía al César en cuerpo y alma, reconoció á Vinicio. Pero, evidentemente en su endurecido pecho, brillaba todavía alguna chispa de compasión por el infortunio. Porque, en vez de golpear con su lanza el escudo en son de alarma, condujo á parte á Vinicio y le dijo:

—Señor, vuelve á tu casa. Te he reconocido: pero, como no quiero tu ruina, guardaré silencio. No me es posible dejarte pasar; vuelve, pues, por donde has venido y quieran los dioses suavizar tu dolor.

—No puedes permitirme la entrada,—dijo Vinicio,—está bien: pero déjame entonces quedar aquí siquiera, y ver á quienes llevan fuera de la prisión.

—No se opone á eso mi consigna,—exclamó Esceveno. Vinicio permaneció entonces delante de la puerta y aguardó.

Como á media noche se abrió de par en par esa puerta y por ella salieron gran cantidad de presos: hombres, mujeres y niños.

Les rodeaban pretorianos armados.

La noche estaba muy clara, de modo que no solamente podían distinguirse las formas, sino también hasta los semblantes de aquellos desgraciados.

Iban en filas de á dos individuos, formando larga y triste procesión, en medio de un silencio interrumpido tan sólo por el ruido de las armas.

Y eran tantos que se habría creído que iban á quedar vacíos los sótanos del Esquilino.

Entre los que formaban la última fila, Vinicio vió distintamente á Glauco el médico; pero Ligia y Ursus no se hallaban entre los condenados.

CAPÍTULO LXI

No había obscurecido aún y ya las primeras oleadas de gente acudían á los jardines del Cesar.

Las multitudes, vestidas en traje de fiesta, coronadas de flores, alegres, llegaban cantando, deleitándose de antemano con el nuevo y magnífico espectáculo que se les preparaba. Algunos venían ébrios.

En la Via Tetra (Via obscura), dejábanse oír los gritos de *Semacii! Sarmenitii!* como asimismo en el Puente Emilio, en la ribera opuesta del Tiber, en la Via Triunfal, en los alrededores del Circo de Nerón, y más lejos aún, en las inmediaciones del Monte Vaticano.

En Roma se había presenciado antes el espectáculo de hombres quemados en postes, pero jamás habíase contado para tal suplico, con una cantidad tan considerable de víctimas.

El César y Tigelino, en su deseo de terminar de una vez con los cristianos, y también á fin de evitar el contagio que desde las prisiones empezaba á propagarse más por la ciudad, habían dado orden de vaciar todos los sótanos, dejando en ellos tan solo una decena de individuos destinados al espectáculo final.

Así pues, una vez que las multitudes hubieron salvado los umbrales de los jardines cesáreos, quedaron mudas de asombro. Todas las calles principales y laterales que había en medio de espesas arboledas y á lo largo de prados y florestas, piscinas, campos y plazas floridas, veíanse llenas de postes revestidos de una capa de pez y á los cuales habíase atado á los cristianos.

En los puntos más elevados, en donde los árboles no ocultaban la vista, levantábanse hileras de estos postes, decorados con flores, mirto y hiedra, los cuales extendíanse á la distancia, hasta el punto de que mientras los más cercanos sembraban mástiles de buques, los colocados á mayor distancia veíanse, unos como dardos, y otros como astas de bandera plantadas en tierra.

Su número había sobrepujado á la expectativa de la multitud.

Diríase que una ciudad entera estaba allí atada á esos pilares para entretenimiento de Roma y de su César.

La multitud de espectadores iba deteniéndose delante de algunos de esos postes, cuando la forma ó el sexo de la víctima despertaban su curiosidad.

Entonces miraban los rostros, las coronas, y las guirnaldas de hiedra, y proseguían su paseo de inspección, preguntándose, llenos de sorpresa:

—¿Cómo es posible que haya habido tantos criminales, ni cómo concebir que tiernos niños, apenas capaces de caminar, hubieran puesto fuego á Roma?

Y del asombro pasaban por grado al temor.

Entretanto había oscurecido ya, y empezaban á brillar las estrellas en el firmamento.

Cerca de cada uno de los condenados ocupó su sitio un esclavo, antorcha en mano; y cuando se dejó oír en varios puntos del jardín el toque de trompetas, por el cual se anunciaba que iba á comenzar el espectáculo, cada uno de esos esclavos pegó fuego al pie del poste con la antorcha que llevaba.

La paja oculta bajo las flores y empapada en pez, ardió al punto, dando una brillante llama, la cual fué aumentando por grados, llegó luego hasta la hiedra y ascendiendo en seguida, empezó á abrasar los pies de la víctima.

La multitud manteníase en silencio; en los jardines resonó un gemido inmenso, entre desgarradores gritos de dolor.

Empero, algunas víctimas alzaban sus rostros al firmamento estrellado y empezaban á orar y á entonar cánticos de alabanza á Cristo.

El pueblo escuchaba.

Pero hasta los corazones más endurecidos hubieron de llenarse de terror cuando desde los pilares más pequeños gritaban los niños con voces penetrantes: «¡Mamá! ¡Mamá!»

Y un estremecimiento apoderóse aún de los espectadores que se encontraban ébrios, al ver aquellas cabecitas y aquellos rostros inocentes retorcerse por el dolor ó desmayarse axfisiados por el humo que empezaba á envolverlos.

Y las llamas subían y subían, y á cada instante abrasaban nuevas coronas de rosas y de hiedra.

La calle principal y las laterales veíanse ahora iluminadas; lo estaban asimismo los grupos de árboles, los prados y las floridas plazas; brillaba el agua de las piscinas, las hojas temblorosa de los árboles mostraban fulgores rosados y todo veíase con claridad como de luz meridiana.

Y cuando el olor de los cuerpos quemados llenó los jardines, los esclavos regaron los espacios que había entre los pilares con mirra y aloe, expresamente preparados para el caso.

Entre las multitudes oíase aquí y allí gritos que se ignoraba si eran de simpatía ó de placer, los cuales aumentaban á cada instante con el fuego, que envolvía ya los qilares, trepaba hasta el pecho de las víctimas, encogía con su hálito quemante el cabello de sus cabezas, velaba sus ennegrecidos rostros, y subía y subía, cual si quisiera demostrar con su triunfo el triunfo de aquella fuerza que les había ordenado atacar y vencer.

Desde el principio del espectáculo el César se había presentado en medio del pueblo dirigiendo una espléndida cuádriga del Circo, tirada por cuatro soberbios caballos blancos. Vestía de auriga, con el color de los Verdes, color favorito de la corte y suyo.

Seguíanle otros carros, llenos de cortesanos brillantemente ataviados, y de senadores, sacerdotes, bacantes desnudas y coronadas, que llevaban en las manos cántaros de vino, iban medio ebrias y daban salvajes gritos.

Veíanse al lado de estas, músicos, disfrazados de faunos y sátiros, quienes tocaban cítaras, formingas, flautas y cuernos.

En otros carros avanzaban las matronas y las doncellas romanas, ebrias también y medio desnudas.

Al rededor de la cuádriga corrían multitud de hombres que blandían tirsos adornados con cintas; otros tocaban tamboriles y otros esparcían flores en el camino.

Toda aquella brillante multitud avanzaba á los gritos de ¡*Evoe!* por la amplia calle del jardín llena de humo y por entre los grupos procesionales del pueblo.

El César que tenía cerca de al á Tigelino y también á Chilo, en cuyo terror se complacía, iba dirigiendo en persona los caballos. Avanzaba el paso, mirando los cuerpos que ardían y poniendo atención en los gritos de la multitud.

De pie sobre el espléndido y elevado carro dorado, circulando por en medio de un mar de gente que se inclinaba á sus pies, á los fulgores del fuego, llevando en la ca-

beza la corona de un triunfador de Circo, su figura descollaba sobre los cortesanos y el pueblo. Se diría un gigante. Sus enormes brazos, extendidos hacia adelante y asidos de las riendas, parecían estar bendiciendo á la multitud. Se advertía una sonrisa en su semblante y en sus ojos entrecerrados; brillaba por sobre aquella inmensa agrupación de pueblo como un sol ó como una deidad terrible, pero dominante y poderosa.

A intervalos deteníase para contemplar con más atención á alguna doncella cuyo seno había empezado á contraerse por las llamas, ó el rostro de algún niño que se retorció convulsivamente; y en seguida proseguía su marcha, llevando tras de sí un séquito excitado y turbulento. A intervalos saludaba al pueblo; en seguida se volvía un momento, retenía las doradas riendas y hablaba á Tigelino.

Por último, cuando hubo llegado hasta la gran fuente que había en el centro de dos calles que se cruzaban, bajó de la cuádriga y haciendo una señal á sus acompañantes, se mezcló entre la multitud.

Fué acogido con aplausos y aclamaciones.

Las bacantes, las ninfas, los senadores y augustianos, los sacerdotes, los faunos, los sátiros y soldados le rodearon al punto, formando en torno suyo un círculo lleno de animación; pero él, llevando á Tigelino de un lado y á Chilo en el otro, siguió á pie por la orilla de la fuente, cerca de la cual estaban á la sazón ardiendo algunas decenas de antorchas humanas.

Deteniéndose delante de cada una de ellas, empezó á hacer observaciones acerca de las víctimas á burlarse del viejo griego en cuyo semblante se pintaba una desesperación sin límites.

Por último hizo alto delante de un elevado mástil, decorado con hiedra y mirto.

Las rojas lenguas de fuego á la sazón habían llegado sólo hasta las rodillas de la víctima; mas era imposible ver

su rostro, porque los vástagos verdes al quemarse lo habían llenado de humo.

Empero, al cabo de algunos instantes, la ligera brisa de la noche disipó el humo y dejó en descubierto la cabeza de un hombre de barba entrecana que le caía sobre el pecho.

A su vista Chilo cayó al suelo y en él se ovilló y retorció como una culebra herida, y de su boca escapóse un grito que más que humano pareció un graznido horrendo: —¡Glaucol! ¡Glaucol!

En efecto, era Glauco el médico, quien al oírle bajó los ojos desde lo alto del mástil ardiente y le miró.

Glauco aún vivía.

En su rostro se hallaba pintado el dolor, y veíasele inclinado hacia adelante, cual si quisiera mirar de frente por última vez á su verdugo, al hombre que le había traicionado, que le había robado su esposa y sus hijos, entregándole á manos de asesinos, y que todavía, cuando todo esto habíale sido perdonado en nombre de Cristo, le había entregado á sus perseguidores.

Jamás persona alguna había podido inferir á otra más terribles ni más sangrientos agravios.

Y ahora la víctima ardía en aquel pilar embetunado y el verdugo hallábase á sus pies.

Los ojos de Glauco se fijaron en el rostro de Chilo y no le abandonaron desde entonces.

Por momentos les ocultaba el humo; pero cuando la brisa lo disipaba, Chilo volvía de nuevo á ver aquellos ojos fijos en él.

Levantóse y trató de huir, mas no tuvo fuerzas para ello.

Parecía que sus piernas fuesen ahora de plomo; diríase que una mano invisible le retenía al pie de aquel mástil con sobrehumana fuerza. Se hallaba como petrificado. Sentía que algo se desbordaba en él y algo cedía ó desaparecía; sentía que sobre él pesaba una montaña de sangre

y de tortura, que el fin de su vida se aproximaba, que todo iba desvaneciéndose ante sus ojos: el César, la corte, la multitud; y en derredor suyo solo había una especie de terrible abismo negro, sin fondo, sin cosa alguna visible en él, salvo aquellos ojos de un mártir que le estaban convocando á juicio.

Y Glauco, bajando la cabeza cada vez más, seguía con los ojos fijos en él.

Adivinaron los presentes que algo pasaba entre aquellos dos hombres.

La risa murió en sus labios, empero; porque en el semblante de Chilo había algo de horrendo: contraíalo tal pavor, y miedo tal, como si en aquellas lenguas de fuego estuviera consumiendo su propio cuerpo.

De repente empezó á tambalearse, y extendiendo las manos hacia arriba, exclamó con voz terrible y penetrante:

—¡Glauco! ¡En el nombre de Cristo, perdónamel

Se hizo el silencio en derredor; un estremecimiento general se apoderó de los espectadores de aquella escena, y todos los ojos se alzaron involuntariamente hacia el mártir.

La cabeza de éste se movió entonces ligeramente, y desde lo alto del mástil oyóse una voz parecida á un gemido, que decía:

—¡Perdonol

Chilo dió con el rostro en tierra y aulló como una bestia feroz; luego, cogiendo sendos puñados de polvo con las manos, los arrojó sobre su cabeza.

Entretanto las llamas llegaban hasta arriba, se apoderaban del pecho y del rostro de Glauco; desceñían la corona de mirto que orlaba su cabeza y abarcaban hasta las cintas que había en la cúspide del pilar, el cual despidió ahora un fulgor intenso.

Chilo púsose de pié al cabo de algunos instantes, con el rostro transfigurado hasta el punto de parecer otro hom-

bre á la vista de los augustianos. Brillaban sus ojos con una luz nueva en él, y su frente rugosa veíase como iluminada por una especie de inspiración ó de éxtasis. El amilanado griego de hacia pocos momentos presentábase ahora como una especie de sacerdote que acabara de recibir el soplo inspirador de un numen y estuviera en actitud de revelar alguna arcana verdad.

—¿Qué sucede? ¿Se ha vuelto loco?—preguntaron muchas voces.

Pero Chilo tornó la vista al pueblo, y alzando la mano derecha, exclamó, ó mejor dicho, gritó, con voz tan penetrante, que no solamente dejóse oír de los augustianos, sino de la multitud entera:

—¡Pueblo romano! ¡Os juro por mi muerte que están pereciendo aquí víctimas inocentes! ¡Ahí tenéis al incendiario!

Y señaló con el dedo á Nerón.

Sobrevino un silencio sepulcral.

Los cortesanos quedaron como anonadados.

Chilo continuó de pie, erguido, con el brazo extendido y tembloroso, y el dedo señalando al César.

E inmediatamente sucedióse un tumulto.

El pueblo, con la impetuosidad de una ola impelida por huracán repentino, se precipitó hacia el viejo á fin de contemplarle más de cerca.

Y aquí y allí dejáronse oír gritos de:

—«¡Arréstenlo!»

En otros puntos clamaban:

—«¡Ay de nosotros!»

Y entre la multitud empezó también una tempestad de silbidos y de gritos.

Y las turbas repetían;

—¡Enobarbo! ¡Matricida! ¡Incendiario!

El desorden crecía por momentos.

Las bacantes daban agudos alaridos y ocultábanse en los carros.

Y algunos de los postes que ya se habían quemado por completo empezaron al mismo tiempo á caer y á esparcir chispas en derredor, aumentando así la confusión.

Un ciego y espeso turbión de pueblo arrastró á Chilo y le llevó hasta el fondo del jardín,

Los pilares continuaban consumiéndose en todas partes, y al caer de través en las calles del jardín, llenábanlas de humo, chispas, olor á madera y á carne quemada.

Se extinguieron las luces más próximas, y en los jardines empezó á hacerse la obscuridad.

La multitud, alarmada, intranquila y sombría, empezó á dirigirse hacia las puertas.

La noticia de lo acontecido pasó de boca en boca, retorcida y exagerada.

Decían algunos que se había desmayado el César; otros, que había confirmado la acusación del griego, confesándose autor del incendio de Roma: otros, que había caído gravemente enfermo; y otros, por fin, que le habían sacado de los jardines, en el carro, como muerto.

Aquí y allí también dejábanse oír ahora voces de simpatía en favor de los cristianos.

—Si no habían sido ellos los incendiarios de Roma,—se decía,—¿por qué desplegar en su contra tanta injusticia, hacerles víctimas de tanta horrenda tortura y derramar tanta sangre? ¿No se encargarían los dioses de vengar á los inocentes? ¿Qué *piacula* serían ahora bastantes para apociguar su justa cólera?

Y las palabras *innocia capora* (víctimas inocentes) eran repetidas más y más á menudo.

Las mujeres manifestaban de viva voz su compasión hacia los niños, que habían sido arrojados en tan gran número á las fieras, enclavados en sendas cruces, ó quemados en aquellos malditos jardines.

Y finalmente la compasión se vino á transformar en ultraje al César y á Tigelino.

Había también personas que, deteniéndose de súbito, se hacían á sí mismas ó hacían á otras esta pregunta:

—¿Qué clase de divinidad es esa, que dá tanta fuerza moral para hacer frente á las torturas y á la muerte?

Y volvían á sus casas abismadas en honda meditación.

Chilo, entretanto, vagaba por los jardines, sin saber dónde ir ni adónde volver los ojos. Sentíase de nuevo impotente, débil, viejo y enfermo.

Ora tropezaba con cuerpos parcialmente quemados; ora contra una antorcha encendida á medias y de la cual brotaba con el choque una lluvia de chispas que parecía seguirle; ora sentábase y miraba en derredor suyo con extraviados ojos.

Los jardines hallábanse ya casi en tinieblas. La pálida luna daba por entre los árboles una luz incierta, con la que débilmente alumbraba las calles, los pilares ennegrecidos que había atravesados en ellas y las víctimas parcialmente quemadas y convertidas en despojos negros é informes.

Y al viejo griego, entre tanto, parecíale que veía surgir de entre el disco pálido de la luna el rostro de Glauco, fijos en él, aún, con persistencia los ojos; y se ocultó entonces á la luz y se retiró á un paraje sombrío.

A poco abandonó también ese sitio á pesar suyo: y cual si lo impeliese una oculta fuerza, tornó hacia la fuente junto á la cual Glauco había entregado su alma á Dios.

De pronto sintió que una mano le tocaba en el hombro.

Volvióse y vió delante á una persona que le era desconocida.

—¿Quién eres tú? —exclamó con aterrorizado acento.

—Pablo de Tarso.

—¡Estoy condenado! ¿Qué deseas?

—Salvarte,—contestó el Apóstol.

Chilo se apoyó contra un árbol. Doblábasele las rodillas y pendían sus brazos paralelamente á su cuerpo.

—¡Para mí ya no hay salvación!—contestó con sombrío acento.

—¿No has oído referir cómo Dios perdonó al ladrón crucificado, que tuvo compasión de él?—preguntó Pablo.

—¿Y sabes tú lo que yo he hecho?

—Fuí testigo de tus sufrimientos y escuché la declaración de la verdad.

—¡Oh, señor!

—Y si un siervo de Cristo, en la hora del martirio y de la muerte ha perdonado tus agravios, ¿por qué no habrá de perdonarlos el mismo Cristo?

Chilo se tomó la cabeza con ambas manos y dijo con desesperada entonación.

—¡Perdón! ¡Sí, perdón para mí!

—Nuestro Dios es un Dios de bondad y misericordia,—dijo Pablo.

—¿Para mí?—repitió Chilo.

Y empezó á gemir convulsivamente, como un hombre á quien faltan las fuerzas para dominar su dolor y sus sufrimientos.

—Apóyate, en mí—dijo Pablo,—y acompáñame.

Y llevándole consigo, se dirigió al cuadrivio, guiado por el rumor de la fuente, que, en medio del silencio de la noche semejava un lloroso lamento por las víctimas cuyos martirizados cadáveres llenaban aquellos sitios.

—Nuestro Dios es un Dios de misericordia,—replicó el Apóstol.—Si hubieras tú de ponerte á la orilla del mar á echar guijarros, ¿podrías llegar jamás á colmar con ellos sus inmensas profundidades? Pues yo te digo en verdad que la misericordia de Cristo es como el océano, y pue los delitos y faltas de los hombres en El se hunden como los guijarros en los abismos del mar. Te digo que es como el firmamento,—que cubre montañas, tierras y mares,—porque se halla en todas partes, y no tiene principio ni fin. Tú has sufrido al pie del pilar de Glauco. Cristo ha sido testigo de tu sufrimiento. Sin reparar en lo que pueda ser

de tí mañana, tú dijiste:—«Ese es el incendiario», y Cristo no ha olvidado tus palabras.

Tu falsía y tu maldad se han desvanecido ya; en tu corazón tan sólo queda un pesar sin límites. Sígueme y escucha lo que voy á decirte: Yo soy el hombre que aborreció á Cristo y persiguió á sus elegidos. Yo no le quería entonces, yo no creía en El, hasta que El se manifestó á mi vista y me llamó. Desde entonces El ha sido para mí la misericordia. Asi también, El te ha visitado y ha llevado á tu alma la compunción, la zozobra y el dolor, á fin de llamarte á Sí. Tú le aborreciste y entretanto El te amaba. Tú entregaste á sus confesores al martirio; pero El quiere perdonarte y salvarte.

Un sollozo inmenso agitó el pecho de aquel infortunado, sollozo que pareció lacerar hasta lo más hondo de su sér, pero Pablo se apoderó de él, dominó aquella alma y la llevó consigo, á la manera de un soldado victorioso que lleva tras de sí prisionero al enemigo vencido.

Al cabo de algunos instantes habló de nuevo el Apóstol:

—Ven conmigo,—le dijo;—yo te conduciré hasta El. ¿Para qué otro fin me ha acercado á tí? Cristo me ha ordenado que agrupe las almas en nombre del amor: no hago, pues, otra cosa que obrar en servicio suyo. Tú te consideras condenado, mas yo te digo: Cree en El y te salvarás. Tú piensas que El te aborrece y yo te repito que en El no hay otra cosa que amor para tí. Mirame. Antes de que yo le poseyera, en mí sólo había maldad, la cual residía dentro de mi corazón; y ahora su amor hace en mí las veces de padre y de madre, de poder y de riqueza. Sólo en El reside el refugio y el consuelo. El solo vé tu pesar, cree en tu aflicción, disipa tu alarma y te levanta hasta Sí.

Y dichas estas palabros, le condujo hacia la fuente cuyos plateados raudales brillaban desde lejos á la luz de la luna.

Reinaba el silencio en derredor; y estaban á la sazón vacíos los jardines, pues los esclavos habían removido ya los carbonizados pilares y los cuerpos de los mártires.

Chilo se arrodilló entre sollozos, y ocultando el rostro en las manos, permaneció inmóvil.

Pablo entretanto levantó los ojos al cielo, y dijo:

—¡Oh, Señor! mira á este hombre desdichado; apiádate de su dolor, de sus lágrimas y de sus sufrimientos! ¡Oh, Dios de bondad, que has derramado tu sangre por nuestras culpas, perdónale por tu tormento, por tu muerte y tu resurrección!

Y guardó silencio luego, permaneciendo largo tiempo con la vista fija en las estrellas y orando.

Entretanto, á sus pies clamaba Chilo entre gemidos:

—¡Oh, Cristo! ¡Oh, Cristo!... ¡perdónamel!...

Pablo se aproximó entonces á la fuente, y tomando un poco de agua en la mano, volvióse al infeliz arrodillado á sus pies, y dijo:

—¡Chilo!... ¡Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! ¡Amén!

El griego alzó la cabeza, abrió los brazos y permaneció así por algunos momentos.

La luna daba á la sazón de lleno sobre sus cabellos blancos y su rostro igualmente blanco, tan inmóvil ahora como el de un muerto ó el de una estatua de piedra.

Y entretanto habían pasado las horas, y desde las grandes pajareras de los jardines de Domicio, llegaba hasta Pablo y Chilo el canto de los gallos.

Y el griego continuaba arrodillado y sin movimiento. Por último pareció volver en sí, y dirigiéndose al Apóstol, preguntó:—¿Qué debo hacer antes de morir?

Estas palabras hicieron salir también á Pablo de la meditación que le tenía abstraído. Pensaba en el inmenso poder divino, al cual no habían osado resistir ni siquiera espíritus como el de este griego. Por último, contestó:

—¡Ten fe y atestigua la verdad!

Y salieron juntos.

Ya en la puerta, el Apóstol bendijo de nuevo al anciano, y en seguida se separaron.

El mismo Chilo insistió en ello, porque, después de lo ocurrido, sabía que el César y Tigelino darían orden de perseguirlo.

Y á la verdad no se había equivocado.

Cuando volvió á su casa, encontróla rodeada de pretorianos, quienes se apoderaron de él y le llevaron á las órdenes de Escevino, al Palatino.

El César habíase retirado á descansar, pero Tigelino aguardaba.

Cuando vió al infortunado griego, le acogió con semblante tranquilo, pero ominoso.

—Has cometido el crimen de traición,—dijo,—y no podrás escapar al castigo; pero, si estás pronto á declarar mañana en el anfiteatro que á la sazón estabas borracho y transtornado, y que los autores de la conflagración fueron los cristianos, tu castigo se limitará á los azotes y al destierro.

—No puedo hacer eso,—contestó Chilo con aire sereno.

Tigelino se acercó á él á paso lento, y le dijo en voz baja también, pero terrible:

—¿Cómo? ¿Dices que no puedes hacerlo, perro griego? ¿No estabas ébrio entonces, y no comprendes qué castigo te aguarda? ¡Mira!

Y señaló á un extremo del *atrium*, en el cual, cerca de un banco de madera, había medio ocultos entre la penumbra, cuatro esclavos tracios que tenían cuerdas y tenazas en las manos.

Pero Chilo, contestó:

—¡No puedo!

La rabia se apoderó de Tigelino, pero todavía se contuvo.

—¿Has visto,—preguntó,—cómo perecen los cristianos? ¿Quieres, tú también, morir de esa manera?

El viejo alzó el pálido rostro; por espacio de algunos momentos agitáronse sus labios en silencio, y luego contestó:—Yo también creo en Cristo.

Tigelino le miró lleno de asombro, y exclamó:

—¡Perro! ¡Te has vuelto loco en efecto!

Y de súbito la cólera que había estado reprimiendo, se desbordó en su pecho.

De un salto se acercó al griego, le tomó de la barba con ambas manos, le arrojó á tierra y le pisoteó, repitiendo con los labios espumajeados:

—¡Te retractarás! ¡Te retractarás!

—¡No puedo!—contestó Chilo desde el suelo.

—¡Llévadle al tormento!

A esta orden se apoderaron los tracios del viejo y lo colocaron sobre el banco. Luego, atándole á él con las cuerdas, empezaron á atencarle las flacas piernas.

Pero él, cuando le estaban atando, les besaba humildemente las manos. En seguida cerró los ojos y pareció estar muerto.

Pero aún vivía: porque cuando Tigelino se inclinó hacia él, y de nuevo preguntó: «¿Te retractarás?» sus pálidos labios moviéronse ligeramente, pasando por ellos, como un susurro apenas perceptible, las palabras:

—¡No puedo!

Tigelino ordenó suspender la tortura, y empezó á pasearse de un extremo á otro del *atrium*, con el rostro descompuesto por la ira y la impotencia.

Por último ocurriósele una nueva idea, y volviéndose á los tracios, dijo:—¡Arrancadle la lengua!

CAPÍTULO LXII

El drama «Aureolus» dábase de ordinario en los teatros ó anfiteatros de Roma, arreglados estos últimos de mane-

ra que pudieran abrirse y presentar al público, por decirlo así, dos escenarios.

Pero, después del espectáculo en los jardines del César, se desechó el método usual, porque en este caso tratábase de permitir que el mayor número posible de concurrentes presenciaran la muerte de un esclavo que en el drama es devorado por un oso.

En los teatros, el papel de oso era desempeñado por un actor envuelto en una piel de fiera; pero esta vez la representación iba á tener todos los caracteres de la realidad.

Era una nueva idea de Tigelino.

Al principio el César había anunciado que no asistiría, mas luego cambió de propósito ante los persuasivos argumentos del favorito.

Tigelino, en efecto, le manifestó que después de lo ocurrido en los jardines, más imperioso era su deber de presentarse ante el pueblo, y le aseguró que el esclavo crucificado no le insultaría esta vez, como lo había hecho Crispo.

El populacho hallábase en cierto modo cansado y ahito de sangre; así, pues, ofreciósele una nueva distribución de billetes de lotería y de obsequios, como asimismo un banquete, pues el espectáculo debía verificarse por la noche, en el anfiteatro brillantemente iluminado.

Al obscurecer se encontraba atestada la sala; los augustianos, con Tigelino á su cabeza, asistieron sin excepción alguna, no solamente por el espectáculo propiamente dicho, sino deseosos de manifestar su adhesión al César y su concepto acerca de Chilo, de quien hablaba á la sazón Roma entera.

Decíanse entretanto al oído, que al volver de los jardines del César, habíase apoderado de él una especie de frenesí; que no había dormido; que se veía asaltado por visiones terroríficas y asombrosas; y que en vista de todo eso, había anunciado que á la mañana siguiente emprendería su viaje á la Acaya.

Pero otros negaban esto, afirmando que, por el contrario, estaba decidido ahora á desplegar mayor crueldad contra los cristianos.

Empero, no faltaban también los pusilánimes, quienes auguraban que la acusación lanzada por Chilo á la cara del César, podría tener las más desastrosas consecuencias. Y por último había también quienes, por humanidad, rogaban á Tigelino que pusiera término á las persecuciones.

—Vé á dónde os encamináis,—dijo Barco Sorano.—Habéis querido desviar la cólera del pueblo y convencerle de que estábais castigando á los culpables: el resultado ha sido contraproducente.

—¡Cierto!—agregó Antistio Vero.—Todos van ahora diciéndose al oído que los cristianos eran inocentes. Si á eso llamas habilidad, Chilo tuvo razón cuando aseveró que los sesos de todos vosotros cabían en una cáscara de nuez.

Tigelino volvióse á ellos, y contestó:

—Barco Sorano: entre el pueblo se dicen también al oído que tu hija Servilia ha sustraído sus esclavos cristianos á la justicia del César; lo propio también cuentan de tu esposa, Antistio.

—¡Eso no es cierto!—exclamó Barco lleno de alarma.

—Vuestras mujeres divorciadas quieren perder á mi esposa, cuya virtud envidian,—dijo Antistio Vero, no menos alarmado.

Pero otros hablaban de Chilo.

—¿Qué le ha sucedido?—preguntó Eprio Marcelo.—El fué quien puso á los cristianos en poder de Tigelino; de mendigo pasó á hombre opulento; ha podido terminar tranquilo sus días; contar con unos espléndidos funerales y con una soberbia tumba. ¡Pero no! De súbito ha optado por abandonar todo eso y perderse: ¡por cierto que se ha de haber vuelto loco!

—No está loco: se ha hecho cristiano,—dijo Tigelino.

—¡Imposible!—exclamó Vitelio.

—¿No os lo he dicho ya?—dijo Vestinio á su vez.—Ex-

terminad á los cristianos, si queréis; pero creedme: no podréis luchar con su divinidad. Con ella no es posible chancearse. Ved lo que está sucediendo. Yo no he incendiado á Roma; pero si el César lo permitiese, ofrecería inmediatamente una hecatombe á esa divinidad. Y todos vosotros debierais hacer lo mismo, porque, os lo repito: con ella no es posible chancearse! Tened presentes mis palabras.

—Y yo algo más os he dicho,—agregó Petronio.—Tigelino rió el otro día cuando aseguré que estaban armándose. Y ahora os agregó: están triunfando.

—¿Cómo es eso? ¿Cómo es eso?—preguntaron muchas voces.

—¡Por Pólux! ¡Así es! Porque si un hombre como Chilo no ha podido resistirles, ¿quién será capaz de ello? Si os imagináis que después de cada uno de estos espectáculos no ha de seguir aumentando el número de cristianos, tomad el oficio de herreros ú ocupáos en afeitar barbas, pues entonces acaso lograréis imponeros mejor de lo que piensa el pueblo y de lo que está pasando en la ciudad.

—¡Dice la pura verdad, por el sagrado peplo de Diana! —exclamó Vestinio.

Entonces Barco, volviéndose á Petronio, preguntó:

—¿Qué opinas tú en conclusión?

—Concluyo por donde habéis empezado vosotros: opino que ya se ha derramado bastante sangre.

Tigelino le miró con aire burlón, y dijo:

—¡Eh!... ¡Todavía hace falta otro pocol!...

—Si tu cabeza no basta, veo que en tu bastón hay otra, —contestó desdeñosamente Petronio.

Esta conversación se vió interrumpida por la llegada del César, quien fué á ocupar su sitio en compañía de Pitágoras.

Inmediatamente después dióse principio á la representación de *Aureolus*, á la cual no se prestó gran atención, porque el ánimo de los concurrentes hallábase preocupado en Chilo.

El público, familiarizado ya con el espectáculo de la sangre y la tortura, sentíase fastidiado. Y empezaron á silbar, á prorrumpir en gritos poco halagadores para la Corte, y á pedir la escena del oso, única que ofrecía interés para ellos. A no haber sido por los obsequios en perspectiva y la esperanza de ver á Chilo, aquella representación no habría logrado retener á su auditorio.

Por último, llegó el momento anhelado.

Los sirvientes del Circo presentáronse en primer lugar con una cruz de madera, tan baja, que un oso, alzado sobre sus patas traseras pudiese alcanzar al pecho del mártir. Luego dos hombres trajeron, mejor dicho, arrastraron á Chilo, quien se hallaba imposibilitado para marchar, pues en la tortura le habían roto los huesos de las piernas.

Le echaron sobre la cruz y en ella le enclavaron con rapidez tal, que los curiosos augustianos ni siquiera tuvieron tiempo de mirarlo bien, y sólo cuando hubo quedado plantada la cruz en el sitio que se le había destinado, pudieron los ojos de todos volverse hacia la víctima.

Mas, rara fué la persona que reconoció en aquel hombre desnudo al antiguo Chilo. Después de las torturas que Tigelino había ordenado, parecía no haber quedado ni una gota de sangre en su rostro y solamente en su blanca barba se advertía una roja huella que había dejado aquella sangre después que le hubieron arrancado la lengua.

Al través de su piel transparente, casi veíansele los huesos. Ahora parecía también mucho más viejo, casi decrepito. Anteriormente sus ojos dirigían miradas siempre llenas de mala voluntad y desconfianza y en su rostro vigilante y receloso veíanse permanentemente reflejadas la incertidumbre y la alarma.

Pero ahora en ese mismo semblante no quedaba ya sino una expresión de dolor, pero tan suave y tranquila como la de los que duermen, ó la de los muertos.

Acaso le infundía confianza el recuerdo de aquel ladrón

crucificado á quien Cristo había perdonado desde su cruz; acaso también estaba desde el fondo de su alma dirigiéndose al Dios de las misericordias y hablándole así:

—¡Oh, Señor! Yo mordí como una víbora ponzoñosa; pero toda mi vida fui desgraciado. Yo padecí hambres, y las gentes me golpeaban, me pisoteaban y hacían escarnio de mí. Fui pobre y desventurado, y ahora me han puesto en tortura y enclavado en una cruz, pero Tú, ¡oh Cristo misericordiosol no me has de rechazar en esta hora tremenda!

Y la paz pareció evidentemente haber descendido hasta su desgarrado corazón.

Nadie reía, porque advertíase en aquel hombre crucificado tal tranquilidad y veíanse tan decrépito, tan indefenso, tan débil, é inspiraba su humildad tal compasión, que muchos se preguntaban á pesar suyo, cómo era posible torturar y crucificar á hombres que en todo caso habrían de morir pronto.

Y la multitud guardaba silencio.

Entre los augustianos, Vestinio, volviéndose á derecha é izquierda, decía en voz baja y llena de pavor á sus vecinos:

—¡Ved cómo mueren!

Y otros esperaban con ansiedad la entrada del oso, pues deseaban terminara cuanto antes aquel espectáculo.

El oso llegó por fin al Circo, y moviendo de un lado á otro la cabeza inclinada hacia el suelo, miraba en derredor suyo sin levantarla, cual si algo buscara en la arena.

Por último vió la cruz y aquel cuerpo desnudo. Aproxímose y se alzó en seguida sobre las patas traseras; más volvió luego á su posición natural y echándose al pie de la cruz, empezó á gruñir, cual si hasta en su corazón de fiera se hubiera dejado sentir la voz de la compasión hacia aquellos desmedrados restos de un hombre.

De pronto los esclavos del Circo empezaron á azuzar á la fiera con sus gritos.

Pero los espectadores se mantuvieron silenciosos.

Entretanto, Chilo había levantado con lentitud la cabeza y por espacio de algunos instantes recorrió con la vista la concurrencia. Por último se detuvieron sus ojos en un punto situado en una de las filas de asientos de la parte más alta del Anfiteatro, y algo se notó que fué causa de admiración y asombro.

Ese triste rostro vióse iluminado por una sonrisa; una como aureola de luz rodeó aquella frente; sus ojos alzaronse al cielo antes de morir, y al cabo de algunos instantes dos gruesas lágrimas que habían asomado á sus párpados, se deslizaron lentamente por su rostro.

Y expiró.

En ese propio momento una varonil y resonante voz dejóse oír desde la parte más alta del *velarium*, y exclamó:
—¡Paz á los mártires!

Y un profundo silencio reinaba en el anfiteatro.

CAPÍTULO LXIII

Después del espectáculo dado al pueblo en los jardines del César, las prisiones quedaron en parte considerable vacías. Cierta es que todavía seguían apoderándose de víctimas sospechosas de practicar la superstición oriental, y las encarcelaban; pero las persecuciones de día en día daban por resultado la captura de un número menor de personas, número apenas suficiente para las exhibiciones próximas, que debían sucederse con rapidez.

El pueblo hallábase harto ya de sangre y manifestaba un cansancio creciente y una alarma que cada día tomaba proporciones mayores, á causa de la actitud sin precedentes que observaban en el trance postrero los condenados.

Y temores semejantes al del supersticioso Vestinio empezaron á dominar á millares de individuos.

Entre las multitudes referíanse consejos maravillosos con respecto á la índole vengativa del Dios de los Cristia-

nos. El tifus de las prisiones, que se había extendido por la ciudad, venía á dar pábulo mayor á la general zozobra.

El número de funerales aumentaba incesantemente y se repetía de boca en boca la afirmación de que serían necesarios nuevos *piacula* para apaciguar al desconocido dios.

Se hicieron entonces ofrendas en los templos de Jove y Libitina.

Y por último, á despecho de todos los esfuerzos de Tigelino y de sus secuaces, siguió propagándose en el pueblo la opinión de que la ciudad había sido incendiada por orden del César y de que á los cristianos se les estaba castigando injustamente.

Pero, por esa misma razón, el César y Tigelino mostrábanse ahora incansables en las persecuciones. Para calmar á las multitudes, ordenáronse nuevas distribuciones de trigo, aceitunas y vino. Para ayudar á los propietarios, publicáronse nuevos reglamentos, merced á los cuales se facilitaba la reconstrucción de los edificios; así como otras diversas disposiciones relativas á la anchura de las calles y á los materiales que debieran emplearse en la construcción, á fin de evitar la propagación de incendios en el porvenir.

El César en persona asistía á las sesiones del Senado á tomar consejo con los «padres» acerca de la mejor manera de promover el bienestar del pueblo y de la ciudad; pero ni siquiera una sombra de clemencia se dejó ver en favor de los condenados.

El señor del mundo se había propuesto firmemente, y sobre todas las cosas, dejar establecida en el ánimo del populacho la convicción de que tan implacables castigos solo podían ser infligidos á los verdaderos criminales.

En el Senado no se dejó escuchar ninguna voz en favor de los cristianos, porque nadie quería ofender al César; y además, todos aquellos que miraban hacia lo futuro con ojo previsor, insistían en la creencia de que los fundamen-

tos de la dominación romana no podrían prevalecer contra la nueva fe.

Los muertos y los moribundos eran entregados á sus parientes, pues las leyes romanas no comprendían en su venganza á los cadáveres.

Vinicio experimentó una especie de triste consuelo al pensar en que si Ligia moría, podría él sepultarla en la tumba de su familia y descansar á su lado.

Y ya no abrigaba la menor esperanza de salvarla.

Desprendido á medias de la existencia, vivía ahora consagrado por entero á Cristo, y no soñaba en otra unión con Ligia sino en la unión eterna.

Su fe había llegado á no reconocer límites; ante ella, la eternidad parecíale algo incomparablemente más cierto y más real que la vida frívola y fugaz que había llevado hasta entonces. En su corazón desbordaba el fervor religioso. Aunque viviendo la vida terrena, podría decirse que había llegado á transformarse en una especie de ser espiritual, que deseando para sí una liberación completa, deseábala también para aquel otro ser privilegiado que era como un complemento del suyo.

Se imaginaba que cuando él y Ligia se hallaran libres de todo tereno lazo, tomaríanse de las manos é irían al cielo, y allí Cristo les bendeciría y les dejaría vivir en un mundo de luz tan serena y radiante como la luz de la aurora.

Solamente imploraba á Cristo que evitase á Ligia los tormentos del Circo, y la dejara dormir dulcemente su sueño eterno en la prisión: él abrigaba la plena certidumbre de morir al mismo tiempo.

En vista del mar de sangre que se había derramado, no creía ni siquiera lícito el esperar que sólo ella sería perdonada. Había oído decir á Pedro y á Pablo que ellos mismos debían también morir la muerte de los mártires. Y la vista de Chilo en la cruz habíale convencido de que hasta la muerte del mártir podía ser una dulce muerte: de ahí

que la deseara para Ligia y para él mismo, como la transmutación de un destino triste, adverso y opresivo, en otro infinitamente mejor.

Por momentos anticipábase en espíritu á la existencia que preveía más allá de la tumba. Esa tristeza, que ahora se cernía sobre las almas de Ligia y la suya, iba perdiendo paulatinamente su anterior amargura y transformándose por grados en una especie de abandono tranquilo y ultraterreno á la voluntad de Dios.

Vinicio, que antes había luchado de tan esforzada manera contra la corriente, y que en esa lucha había contraído y torturado tan profundamente su ser íntimo, por fin había cedido al poder de aquel torrente, convencido de que al dejarse arrastrar por él iba encaminándose por los rumbos de la eterna calma.

Adivinaba asimismo que Ligia, como él, estaba preparándose á la muerte, y que, á despecho de las espesas murallas de la prisión que les separaba, iban ambos avanzando juntos y paralelamente á un comun destino; y esa idea le hacía sonreír, lleno de intenso placer, cual si estuviera sonriendo á la felicidad.

Y á la verdad, iban avanzando juntos, juntos, y con tanta conformidad y armonía como si por espacio de largo tiempo hubieran estado cambiando ideas y comunicándose hasta sus más íntimos pensamientos.

La propia Ligia no alimentaba ningún deseo ni esperanza ninguna, que no fueran la esperanza y el deseo de la vida de ultratumba.

La muerte presentábase á la joven, no tan solamente como una liberación de las terribles murallas de aquella cárcel y de las manos criminales del César y de Tigelino, sino también como la hora de su matrimonio con Vinicio.

En presencia de esta incommovible certidumbre, todas las demás consideraciones perdían absolutamente su importancia.

Después de la muerte vendría su felicidad, y una felici-

dad que en cierto modo hallábase también vinculada á la felicidad terrena de que ella no había disfrutado; por esa razón esperábala además como espera una novia el día de sus nupcias.

Y esa inmensa é irresistible corriente de fe, que arrancaba de las realidades de la vida terrena y llevaba hasta mas allá de la tumba á millares de aquellos primeros confesores de Cristo, arrastraba también á Ursus.

Su corazón bueno y sencillo no se había resignado ante la idea de la muerte de Ligia; pero cuando día á día salvaban las murallas de la prisión las noticias de los que estaba aconteciendo en los anfiteatros y en los jardines; cuando la muerte parecía ser el lote común é inevitable de todos los cristianos y también su concepción,—más alta y sublime que todas las demás concepciones terrenas,—de la felicidad eterna, él no se atrevía ya tampoco á rogar á Cristo que privase á Ligia de aquella felicidad ó que la aplazara por largos años. En su alma ingenua de bárbaro, pensaba además que á la hija del jefe ligur había de tocarle, de aquellas celestiales delicias, una participación mucho mayor que la hubiera de corresponder á toda una multitud de seres vulgares como él, por ejemplo; y que en medio de la eterna bienaventuranza estaría ella sentada más cerca del «Cordero» que muchísimos otros.

Ciertamente, había oído decir que ante Dios todos los hombres eran iguales; pero en el fondo de su alma seguía debatiéndose, contra esa creencia, la convicción de que la hija de un jefe, y además del jefe de todos los ligures, no era, no podría ser igual á la primera esclava con que tropezar pudiera uno en su camino.

Y esperaba también que Cristo le habría de permitir seguirla sirviendo allá en la otra vida.

Por otra parte, su único secreto anhelo era morir en la cruz, como había muerto el «Cordero.»

Pero esto parecíale una felicidad tan grande, que apenas si osaba pedirla en sus oraciones, á pesar de no ocul-

társele que en Roma hasta los más atroces criminales eran crucificados.

Pensaba con seguridad que le condenarían á morir destrozado por las bestias feroces; y este era su sólo pesar. Desde su niñez había vivido en bosques impenetrables, en medio de incesantes cazas, en las cuales, merced á sus fuerzas sobrehumanas se había hecho famoso entre los ligures, aún antes de llegar á la virilidad. Esa ocupación había llegado á ser tan agradable para él, que últimamente, durante su permanencia en Roma, obligado á vivir ageno á sus antiguas expediciones de caza, gustaba de ir á los vivares y á los anfiteatros y contemplar á las fieras conocidas y á las desconocidas para él. Y la vista de ellas despertaba siempre en su ánimo el deseo irresistible de luchar y de matar.

Así, pues, ahora, en el interior de su alma, le asaltaba el temor de que al encontrarlas en el anfiteatro pudiera verse tentado por pensamientos indignos de un cristiano, cuyo deber era morir piadosa y mansamente.

Pero en este trance, como en todos, entregábase él en manos de Cristo, y luego convenían otros pensamientos más agradables á confontarlo.

Habiendo oído decir que el «Cordero» había declarado la guerra á los poderes del infierno y á los espíritus malignos, con los cuales la fe cristiana relacionaba á todas las divinidades paganas, pensó que en esa guerra podría él servir en gran manera al «Cordero», y servirle mejor que otros; porque no podía dejar de creer que su alma, como su cuerpo, fueran más fuertes que las almas de los otros mártires.

Finalmente, oraba por espacio de días enteros, prestaba sus servicios á los presos, ayudaba á los sobrestantes y consolada á su reina, quien se lamentaba en ocasiones de no haber podido en su corta vida realizar tantas buenas acciones como la renombrada Tabitha, de quien habíale hablado Pedro el Apóstol.

Hasta los guardianes de la prisión, que temían á las terribles fuerzas de este gigante, puesto que contra ellas de nada servían rejas ni cadenas, llegaron finalmente á cobrarle afecto por su mansedumbre.

Asombrados en presencia de su índole pacífica, se preguntaban más de una vez cuál sería la causa de ella.

Y él les hablaba con tan firme convicción de la vida que le aguardaba después de la muerte, que ellos le escuchaban maravillados, comprendiendo por primera vez que la felicidad podía penetrar aún al través de las murallas de una mazmorra hasta la cual no llegaban los rayos del sol.

Y cuando él los exhortaba á que creyeran en el «Cordero,» solía asaltar á más de uno de aquellos desgraciados la idea de que los servicios que allí estaban desempeñando eran servicios de esclavos, sus vidas las vidas de unos infelices; y se ponían finalmente á meditar acerca de su fatal destino, cuyo único término era la muerte.

Y la muerte para ellos no traía otra cosa que un temor nuevo y nada les prometía más allá de la tumba; en tanto que aquel atleta y aquella virgen, semejante á una pura flor arrojada sobre las pajas infectas de una cárcel, iban hacia ella con delicia, cual si se encaminaran á las puertas de la felicidad.

CAPÍTULO LXIV

Una noche Escevino, el senador, visitó á Petronio y tuvo con él una larga conversación, en que ambos trataron de los aciagos tiempos en que vivían y hablaron del César.

Y Escevino se expresó con tan abierta franqueza, que aún cuando era amigo de Petronio, éste creyó del caso mostrarse cauteloso y prudente.

Quejábase Escevino de que se estaba llevando una existencia de locuras é injusticias, y que todo aquello bien

podiera terminar en una catástrofe aún más horrenda que el incendio de Roma.

Y agregaba que hasta los augustianos se hallaban descontentos; que Fenio Rufo, segundo prefecto de los pretorianos, soportaba con el mayor esfuerzo las infames órdenes de Tigelino; y que todos los parientes de Séneca se hallaban en un estado de consternación extrema, á causa de la conducta que el César estaba observando tanto respecto de su antiguo maestro, como del mismo Lucano.

Finalmente, empezó á hacer alusiones al descontento que reinaba en el pueblo y aún entre los pretorianos, cuya voluntad, en su mayor parte, se había ganado ya Fenio Rufo.

—¿Porqué me estás diciendo esto?—preguntó Petronio.

—En interés de César,—contestó Escevino.—Tengo entre los pretorianos un pariente lejano que también lleva el nombre de Escevino, y por él sé lo que ocurre en el campamento. El desagrado cunde allí, de igual manera. Calígula, como sabes, estuvo también loco y también sabes lo que sucedió. Presentóse en escena Casio Queroneo. Ese fué un hecho terrible, y por cierto que no hay entre nosotros persona alguna que pueda ensalzarlo; y sin embargo, Casio Queroneo libertó al mundo de un monstruo.

—¿Quiere decir entonces que tus palabras tienen este significado: Yo no alabo á Casio Queroneo; pero el fué un hombre perfecto y pluguiera á los dioses darnos tantos hombres de ese temple como sea posible?—preguntó Petronio.

Pero Escevino cambió el tema de la conversación y empezó en seguida á elogiar á Pisón, exaltando á su familia, encomiando la nobleza de su espíritu, el cariño que tenía por su esposa y finalmente su intelecto, su ecuanimidad y su admirable don de gentes.

—El César no tiene descendencia,—agregó;—y todo el mundo mira como sucesor suyo á Pisón. Y es indudable también que todos habrían de ayudarle con el más decidi-

do empeño á subir al poder. Fenio Rufo le ama; los parientes de Aneo le son completamente adictos. Plaucio Laterano y Tulio Senecio se dejarían echar al fuego por él; de igual manera Natal, y Subrio Flavio, y Sulpicio Asper, y Afrinio Quincio, y aún Vestinio.

—De este último bien poco ha de resultar en favor de Pizón,—replicó Petronio.—Vestinio tiene miedo hasta de su propia sombra.

—Vestinio teme á los sueños y á los espíritus,—contestó Esceveno,—pero es un hombre práctico, á quien el pueblo, muy cuerdamente, quisiera nombrar cónsul. El hecho de que desde el fondo de su alma sea contrario á las persecuciones de que se ha hecho víctimas á los cristianos, debiera ser para tí una cualidad que te predispusiera en su favor, pues á tí también te importa que cese ya esta locura.

—No á mí, sino á Vinicio,—contestó Petronio.—Por consideración á Vinicio, quisiera yo salvar á cierta doncella más no lo puedo, pues he perdido ya el favor de Enobardo.

—¿Cómo es eso? No has notado entonces que el César ahora se te acerca nuevamente y empieza á conversar contigo? Y te diré por qué. Se está preparando para el viaje á Acaya, adonde piensa entonar los cantos en griego de que es autor. Arde ya en deseos de emprender ese viaje; pero, tiembla también al pensar en la índole cínica de los griegos. Se imagina que allí ha de alcanzar, ó el mayor de los triunfos, ó la más tremenda de las derrotas. Necesita, pues, de buen consejo, y sabe que ninguno sabrá dárselo mejor que tú. Esta es la razón porque ya empiezas á recobrar su favor.

—Lucano podría ocupar mi puesto.

—Barba de Bronce aborrece á Lucano, y en el fondo de su alma tiene ya dictada la sentencia de muerte contra el poeta. Sólo está buscando el pretexto, porque, ya sabes que él necesita siempre tener un pretexto.

—¡Por Castor!—dijo Petronio.—Es muy posible. Pero yo

bien podría tener otro remedio de recobrar prontamente su favor.

—¿Cuál?

—Repitiendo á Barba-de-Bronce cuanto acabas de decirme.

—¡Yo nada he dicho!—exclamó Escevino lleno de alarma.

Petronio puso una mano en el hombro del senador y dijo:

—Tú has llamado loco al César; tú has previsto la sucesión de Pisón; y has dicho: «Lucano comprende que hay necesidad de apresurar las cosas.» ¿Qué cosas quisieras tú apresurar, *carissime*?

Escevino púsose pálido, y por un instante ambos miráronse fijamente á los ojos.

—¡Tú no lo repetirás!

—¡Por las caderas de Venus, no lo repetiré, por cierto! ¡Cuán bien me conoces! Nó; yo no lo he de repetir. Nada he oído y, por otra parte, nada quiero oír tampoco. ¿Entiendes? La vida es demasiado corta para que en ella se encuentre tiempo de iniciar empresa alguna que valga la pena. Te pido solamente que hoy mismo visites á Tigelino y converses con él por tan largo tiempo como el que has empleado en conversar contigo, acerca del tema que mejor te plazca.

—¿Porqué?

—A fin de que si alguna vez Tigelino me dice: «Escevino estuvo contigo», pueda yo contestarle: «Contigo también estuvo ese propio día.»

Escevino, al escuchar estas palabras rompió el bastón de malfil que tenía en la mano y dijo:

—¡Reniego de ese bastón! Iré á ver á Tigelino hoy mismo, y más tarde asistiré á la fiesta de Nerva. Supongo que á ella también irás tú. En todo caso, adiós, hasta que nos encontraremos en el anfiteatro, en donde se presentarán pasado mañana los últimos cristianos: ¡Hasta la vista!

—¡Pasado mañana!—repitió Petronio cuando se halló solo.—No hay tiempo que perder. En efecto, Enobardo me

ha de necesitar en Acaya: de ahí el que desee contar conmigo.

Y resolvió tentar el último recurso.

En efecto, en la fiesta de Nerva el César pidió que Petronio viniese á reclinarse frente á él, pues deseaba conversar con el árbitro acerca de Acaya y de las ciudades en las cuales pudiera él presentarse con expectativas de mayores éxitos. Preocupábanle más que todo los atenienses, á quienes temía.

Algunos de los augustianos mantenían atento el oído á esta conversación, con el objeto de retener si bien fuesen ápices de las opiniones del árbitro y presentarlas después como opiniones propias.

—Paréceme que no he vivido hasta ahora,—dijo Nerón; —y me imagino que voy á nacer solamente en Grecia.

—Allí vas á nacer á una nueva gloria y á la inmortalidad,—contestó Petronio.

—Confío en que esto resulte cierto, y que Apolo no se muestre envidioso. Si de allí regreso triunfante, le he de ofrecer una hecatombe como antes no la haya tenido igual ningún otro dios.

Escevino empezó entonces á repetir los versos de Horacio:

«Sic te diva potens Cypri,
Sic fratres Helenae, lucida sidera,
Ventorumque regat Pater..... (1)

—El barco se halla listo ya en Nápoles,—dijo el César.

—Quisiera partir mañana mismo, si ello fuese posible.

Al oír esto, Petronio levantóse, y mirando fijamente á los ojos de Nerón, dijo:

—Permíteme, ¡oh divinidad! celebrar una fiesta nupcial, á la que te he de invitar á tí antes que á todos los demás.

(1)

•Así la potente diosa de Chípree,
Así también los hermanos
De Helena, brillantes astros,
Y el Padre de los vientos te dirijan.....»

—¿Una fiesta nupcial? ¿Qué fiesta nupcial?—preguntó Nerón.

—La de Vinicio con aquel rehén tuyo, con la hija del rey ligur. Ella está actualmente en una prisión, es cierto; pero, en su calidad de rehén no se halla sujeta á encarcamiento. En segundo lugar, tú mismo dispusiste que Vinicio se uniese á ella en matrimonio, y siendo tus sentencias, como las de Zeus, inmutables, tú has de ordenar que salga de la prisión y yo la entregaré á tu elegido.

La sangre fría y la tranquila posesión de sí mismo con que Petronio hablaba, inmutaron á Nerón, quien se inmutaba siempre que alguien le hablaba de esa manera.

—Ya sé,—dijo bajando los ojos.—He pensado en ella y en aquel gigante que mató á Crotón.

—En ese caso ambos están salvados,—contestó Petronio con tranquilo acento.

Pero Tigelino acudió en ayuda de su señor, diciendo:

—Ella está en una prisión por la voluntad del César, y tá mismo has dicho, ¡oh Petronio! que sus sentencias son inmutables.

Todos los circunstantes, que conocían la historia de Vinicio y de Ligia, comprendieron perfectamente de qué se trataba; así, pues, guardaron un silencio lleno de interés por conocer el resultado de aquella conversación.

—Ella está en una prisión contra la voluntad del César y por causa de un error tuyo, hijo de tu ignorancia de la ley de las naciones,—replicó enfáticamente Petronio.—Tú eres un necio, Tigelino; pero con todo, cierto me hallo de que tú mismo no intentarás afirmar que ella incendió á Roma, y si tal hicieras, ciertamente que no te lo habría de creer el César.

Pero Nerón se había repuesto ya y empezado á entrecestrar sus ojos miopes con una expresión de indecible malicia.

—Petronio tiene razón,—dijo al cabo de algunos instantes.

Tigelino le dirigió una mirada llena de sorpresa.

—Petronio tiene razón,—repitió Nerón;—mañana serán abiertas á esa joven las puertas de la prisión; y en cuanto á la fiesta nupcial, hablaremos de ella al día siguiente de nuestra concurrencia al Anfiteatro.

—He perdido nuevamente,—pensó Petronio.

Y al volver á su casa, creyó tan seguro el hecho de haber llegado el fin de Ligia, que mandó al Anfiteatro á uno de sus libertos de confianza con el objeto de negociar con el jefe del *spoliarium* la entrega del cadáver de la joven, que deseaba poner en manos de Vinicio.

CAPÍTULO LXV

Los espectáculos nocturnos, que habían sido raros hasta esa época y se habían dado solamente en casos excepcionales, hiciéronse frecuentes en tiempo de Nerón, tanto en el Anfiteatro como en el Circo.

Los augustianos gustaban de ellos, porque frecuentemente eran seguidos de banquetes y orgías que duraban hasta el amanecer.

Y aunque el pueblo hallábase harto ya de sangre, cuando se extendió la noticia de que se aproximaba el fin de los juegos y que los últimos cristianos iban á perecer en una fiesta nocturna, una concurrencia incontable se agolpó en el anfiteatro.

Los augustianos acudieron sin faltar uno sólo, porque comprendían que aquel no iba á ser un espectáculo vulgar y sabían que el Céear había resuelto hacerse á sí mismo una tragedia del sufrimiento de Vinicio.

Tigelino había mantenido en reserva la índole del castigo que se intentaba infligir á la prometida esposa del joven tribuno, y esa reserva contribuyó á despertar mayor curiosidad en el público.

Los que habían conocido á Ligia en casa de Aulio Plaucio, decían primores de su belleza. A otros preocupábales,

ante todo, la cuestión de si en realidad irían á ver á Ligia en la arena esa noche; porque muchos de los que habían oído la respuesta que el César diera á Petronio y á Nerva la explicaban de dos maneras: algunos suponían simplemente que Nerón daría, ó quizás habría dado ya la doncella á Vinicio; recordaban á este respecto que ella era un rehén y por consiguiente disfrutaba de plena libertad para adorar cualesquiera divinidades que fuesen de su agrado, y que la ley de las naciones no autorizaba su castigo.

La incertidumbre, la expectación y la curiosidad dominaban á todos los concurrentes.

El César llegó más temprano que de ordinario; é inmediatamente después de su presentación en el Anfiteatro, los concurrentes decíanse al oído que evidentemente iba á suceder algo extraordinario, porque además de Tigelino y de Vatino, el César traía consigo á Casio, centurión de gran tamaño y gigantescas fuerzas, á quien hacía venir solamente en los casos en que deseaba tener á su lado un defensor, como por ejemplo, cuando emprendía alguna de sus expediciones nocturnas al Suburra ó cuando disponía el entretenimiento llamado «Sagatio», que consistía en mantear á las doncellas que encontraba en el camino, sirviéndose para ello del manto de un soldado.

Notábase asimismo que en el anfiteatro propiamente dicho se habían tomado ciertas precauciones. El número de guardias pretorianos había sido aumentado, y tenía el mando de ellos, no un centurión, sino el tribuno Subrio Flavio, conocido hasta entonces por su ciega adhesión al César.

Comprendióse entonces que Nerón deseaba en todo caso ponerse á cubierto contra cualquier estallido de desesperación de parte de Vinicio, y esto hizo avivar más la curiosidad.

Todas las miradas fijábanse anhelosamente en el sitio donde estaba sentado el mísero amante.

Este se hallaba mortalmente pálido, cubrían su frente

gotas de sudor y debatíase á la sazón entre las propias dudas que asaltaban á los demás espectadores, sintiéndose por añadidura dominado por una cruel y profunda zozobra.

No sabía Petronio lo que iba á suceder, y guardaba silencio, excepto en un momento en que volviéndose del lado de Nerva hacia el de Vinicio, preguntó á éste, primero, si estaba dispuesto á todo, y en seguida, si pensaba quedarse hasta el fin del espectáculo.

A estas dos interrogaciones el joven tribuno contestó afirmativamente, pero un estremecimiento recorrió todo su cuerpo; adivinó que Petronio tenía razón para hacer ambas preguntas.

Por espacio de algún tiempo no había vivido, decirse puede, sino con la mitad de su sér: habíase hundido ya en las profundidades del no existir y reconciliádose á la vez con la idea de la muerte de Ligia, desde que la una y la otra muerte sinónima eran de liberación y de matrimonio.

Pero ahora se trataba de otra situación, y pudo convenirse de que una cosa era pensar en el momento postrero, cuando se hallaba distante,—como en una tranquila transición de la vigilia al sueño,—y otra, ser testigo del tormento de una persona más amada que la propia vida.

Todos los sufrimientos que antes había soportado, parecieron revivir en él. La desesperación que en su alma se había calmado un tanto, ahora volvía á despertar en ella con voces angustiosas; el antiguo deseo de salvar á Ligia á toda costa se apoderó nuevamente de él.

Desde esa propia mañana había intentado penetrar á los *cunicula*, á fin de estar cierto de que allí se encontraba ella; pero los pretorianos custodiaban todas las entradas y tenían órdenes tan estrictas, que ninguno de los soldados, aun de los que él conocía, se había dejado ablandar por dinero ni por súplicas.

Y antojábasele al joven tribuno que la incertidumbre le

habría de matar antes de que le fuese dado ver el espectáculo.

En cierto modo parecía que en el fondo de su corazón palpitaba todavía la esperanza de que por ventura Ligia no se hallaba en el anfiteatro y de que eran infundados sus temores.

Por momentos aferrábase á esta esperanza con todas sus fuerzas. Y se decía interiormente que bien podía Cristo hacer que volara ella á su lado desde la prisión, mas no podía permitir que fuese torturada en el Circo.

Antes habíase resignado en todo á la voluntad divina; pero ahora, después de haber sido rechazado de las puertas de los *cunicula*, volvió á su sitio en el anfiteatro y cuando se convenció, por las miradas llenas de curiosidad que le dirigian, que bien pudieran ser efectivas hasta las más horrendas suposiciones, empezó á implorar á Dios desde lo íntimo de su alma, con una vehemencia que tocaba los límites de la amenaza.

—¡Tú no puedes!... ¡Tú no puedes!...—repetía, temblándole todo el cuerpo y apretando convulsivamente los puños.

Hasta entonces no había podido ni siquiera imaginarse que aquel momento de anhelante espectación hubiera de ser tan terrible.

Y ahora, con una conciencia clara de lo que estaba desarrollándose en su ánimo, sentía que si hubiera de ver torturar á Ligia, su amor á Dios podía transformarse en odio, y en desesperación su fe.

Pero aquel sentimiento le llenaba á la vez de estupor, pues temía ofender á Cristo en los propios instantes en que estaba pidiéndole su misericordia y la realización de un milagro.

El ya no imploraba á Dios que conservara la vida á Ligia: pedíale simplemente que la dejase morir antes de que fuera traída á la arena; y desde lo profundo de los abismos de su dolor, repetía espiritualmente:

—¡No me niegues esto, Señor, y te amaré más, mucho más que hasta ahora!

Y en seguida sus pensamientos se agitaban como un mar embravecido por la tempestad. Despertábanse en él anhelos de sangre y de venganza. Le acometían ímpetus locos de lanzarse sobre Nerón y ahogarlo allí mismo, en presencia de todos los espectadores; pero en seguida sentía que aquel deseo implicaba una nueva ofensa hecha á Cristo y una infracción de los mandamientos de su ley. A intervalos cruzaban por su cabeza unos como relámpagos de esperanza de que todo aquello que hacía estremecer de pavor á su alma podría ser evitado por una mano omnipotente y misericordiosa; pero en seguida esas esperanzas veíanse desvanecidas al punto y sumergido él de nuevo en un dolor incommensurable al ver que Aquel que podía reducir el Circo á polvo con solo una palabra y salvar á Ligia, habíala abandonado, á pesar de que ella confiaba en El y le amaba con toda la fuerza de su puro corazón.

Y pensaba, por otra parte, que ella se hallaba en aquel antro lóbrego, débil, indefensa, abandonada al capricho ó á la mala voluntad de guardias brutales, exhalando acaso el aliento postrero, mientras él veíase obligado á esperar, desvalido por completo, en aquel horrible anfiteatro, sin saber qué tortura le estaba destinada, ni de qué escena podría ser testigo de un momento á otro.

Finalmente, así como el que cae en un precipicio, en medio de sus mortales ansias aférrase á todo lo que pueda asir en sus bordes, así Vinicio se asía con toda su alma al pensamiento de que solamente la fe podía salvarla. ¡Solo ese recurso extremo le restaba! Pedro había dicho que la fe podía mover hasta los fundamentos de la tierra.

Así, pues, esta idea le reanimó de nuevo; aplastó dentro de sí la duda y concentró todo su ser en la palabra «creo:» y esperó un milagro.

Pero así como una cuerda que se ha extendido dema

siado puede romperse, así el grande esfuerzo moral quebrantó á Vinicio. Una palidez mortal cubrió su rostro y sintió que su cuerpo desfallecía.

Y pensó entonces que había sido escuchada su plegaria y que ya venía la muerte á visitarle.

Parecióle, asimismo, que en ese propio momento morir debía Ligia también, y que Cristo así los llevaría unidos hacia El.

Y la arena, las albas togas, los espectadores incontables y la luz de millares de lámparas y antorchas, todo, todo desvaneciósese ya ante su anublada vista.

Pero su desmayo no duró mucho tiempo. Al cabo de pocos instantes volvió en sí, mejor dicho, le volvieron en sí los golpes que daba con los pies la impaciente multitud.

—Tú estás enfermo,—dijo Petronio;—manda que te conduzcan á casa.

Y sin preocuparse de lo que el César diría, levantóse para sostener á Vinicio y salir con él.

Lleno estaba su corazón de lástima por el joven tribuno. Sentíase además irritado hasta lo indecible porque el César había estado mirando al través de su esmeralda á Vinicio, estudiando su congoja con aire de satisfacción, acaso para describirla después en algunas patéticas estrofas con las cuales pudiera conquistarse el aplauso de sus oyentes.

Vinicio movió la cabeza.

Bien podría morir-se en aquel anfiteatro, pero no saldría de él. Por otra parte, el espectáculo habría de empezar de un momento á otro.

Y así era, porque casi en el propio instante el prefecto de la ciudad agitó un pañuelo rojo, rechinaron los goznes de una puerta situada en el costado opuesto al *podium* cesáreo y del obscuro antro salió Ursus á la arena brillantemente iluminada.

El gigante cerró los ojos, ofuscado acaso por el brillo

de la arena; en seguida se adelantó hasta el centro, mirando entretanto en derredor suyo, cual si quisiera darse cuenta del destino que le estaba reservado.

Sabido era por todos los augustianos y por la mayor parte de los espectadores que aquel hombre había aplastado á Crotón, así es que á su vista un murmullo recorrió todo el anfiteatro.

En Roma no hacían falta gladiadores de altura considerablemente superior á la medida ordinaria de un hombre, pero los ojos de los romanos no habían visto jamás hasta entonces un gigante parecido á Ursus.

Casio, de pie en el *podium* del César, velase raquítico al lado de aquel ligur. Los senadores, las vestales, el César, los augustianos y el pueblo contemplaban con el placer de verdaderos conocedores de aquellos poderosos miembros, tan fuertes como troncos de árboles, aquel pecho tan amplio, como dos escudos unidos y aquellos brazos de Hércules.

Y el murmullo acreció á cada instante.

Para aquellas multitudes no podía existir un placer mayor que contemplar esos músculos en ejercicio en alguna lucha.

Al murmullo iban ahora mezclándose gritos y vehementes preguntas, como esta:

—¿Dónde está ese pueblo que produce gigantes de tal linaje?

Y Ursus estaba allí, en medio del anfiteatro, desnudo, semejante á un coloso de piedra, más que á un hombre, y se advertía en su rostro una expresión de recogimiento y al mismo tiempo la mirada melancólica de los bárbaros. Y en tanto que examinaba la arena, posaba lleno de admiración la mirada cándida de sus azules ojos de niño, ora sobre los espectadores, ora sobre el César ó sobre el enrejado de los *cuvicula*, por donde pensaba que habrían de venir sus verdugos.

En el momento de ingresar á la arena, su sencillo cora-

zón alentó por última vez la esperanza de que acaso en aquel anfiteatro le aguardaba una cruz; pero cuando vió que no estaba ni esa cruz, ni se veía agujero alguno en donde pudiera ser plantada, pensó que era indigno de tal favor y que habría de encontrar la muerte de otra manera, seguramente entre las garras de las bestias feroces.

Estaba desarmado y había decidido morir cual convenía á un confesor del «Cordero», tranquila y pacientemente.

Entretanto, deseaba dirigir por última vez su plegaria al Salvador; así, pues, arrodillóse en la arena, juntó las manos y alzó los ojos hacia las estrellas que á la sazón veíase brillar por sobre la vasta superficie del anfiteatro.

Este acto desagradó á las multitudes.

Estaban cansadas ya de ver á los cristianos morir como ovejas. Parecíales que si el gigante no se defendía, el espectáculo estaba destinado á fracasar. Aquí y allí dejáronse oír algunos silbidos. Varios espectadores empezaron á pedir á gritos la presencia de los *mastigophori*, cuyo oficio era azotar á los combatientes que se resistían á lidiar.

Pero pronto volvieron á guardar silencio, pues nadie sabía lo que esperaba al gigante, ni si éste no estaría dispuesto á luchar cuando se hallara frente á frente á la muerte.

Y en efecto, no tuvieron mucho que aguardar. De pronto se oyó el penetrante sonido de las trompetas de bronce, y á esa señal se abrió un enrejado en el lado opuesto del *podium* del César, y se precipitó á la arena, en medio de los gritos de los cuidadores de las fieras un enorme uro germano, que traía sobre la cabeza el desnudo cuerpo de una mujer.

—¡Ligia! ¡Ligia!—exclamó Vinicio.

En seguida se mesó los cabellos junto á las sienas, agitóse convulsivamente, como quien recibe en el cuerpo un penetrante dardo y empezó á repetir con voz enronquecida:

—¡Yo creo! ¡Yo creo! ¡Oh, Cristo; un milagro!

Y ni siquiera sintió que Petronio en ese momento le cubría la cabeza con la toga. Parecióle á la sazón que el dolor ó la muerte habíale cerrado los ojos. No miraba, no veía. La sensación de un tremendo vacío habíase apoderado de él. En su cabeza no existía un solo pensamiento; solamente sus labios repetían, cual si se hallara en un acceso de delirio:

—¡Yo creo! ¡Yo creo! ¡Yo creo!

A la sazón reinaba profundo silencio en el anfiteatro.

Los augustianos levantáronse de sus asientos como un solo hombre, pues en la arena había ocurrido algo insólito.

Aquel ligur que hacía pocos instantes había estado sumisamente dispuesto á morir, apenas hubo visto á su reina en los cuernos de la bestia feroz, saltó cual si le hubiera tocado un hierro candente, é inclinándose hacia adelante corrió hacia el enfurecido animal.

De todos los pechos brotó un grito de asombro, después del cual sobrevino un profundo silencio.

El ligur cayó sobre el toro bravío en un abrir y cerrar de ojos y le cogió por los cuernos.

—¡Mira!—exclamó Petronio arrancando la toga de la cabeza de Vinicio.

Este se alzó é inclinó el cuello hacia atrás; su rostro estaba tan pálido como un lienzo y dirigió á la arena una mirada vidriosa y extraviada.

Todos los pechos contuvieron el aliento.

En el anfiteatro pudo á la sazón escucharse hasta el vuelo de una mosca. Los espectadores de aquella escena no daban crédito al testimonio de sus ojos. Desde que Roma era Roma nadie había visto una escena semejante.

El ligur tenía á la bestia feroz por los cuernos. Los pies del hombre habían penetrado en la arena hasta los tobillos, tenía deblada la espalda como un arco, la cabeza hundíase entre los hombros, y en los brazos destacábanse los músculos de manera tal, que parecía que el cútis iba

á estallar en fuerza de aquella presión heróica; pero había logrado detener al toro en su camino.

Y el hombre y la bestia permanecieron así hasta que llegó el momento en que los espectadores creyeron estar mirando un cuadro que representaba alguna de las hazañas de Hércules ó Teseo, ó un grupo escultural tallado en piedra.

Pero en aquel aparente reposo, se hallaba en juego el tremendo impulso de dos fuerzas en lucha.

El toro, como el hombre, tenía hundidas las patas en la arena y su obscuro y peloso cuerpo hallábase encorvado de tal manera que parecía una bola gigantesca.

Cuál de los dos flaquearía primero, cuál de los dos caería vencido: esa era la cuestión para aquellos espectadores enamorados de tales lidias, cuestión que en aquel momento les importaba más que su propia suerte, y que toda Roma y su señorío del mundo entero.

Aquel ligur se presentaba en esos momentos á su vista como una especie de semidios, digno de homenajes y de estátuas.

El mismo César se había puesto de pie como los demás espectadores.

El y Tigelino habían oido hablar de las fuerzas extraordinarias del ligur y dispuesto aquel espectáculo expresamente, diciéndose el uno al otro con aire chancero.

—Veremos si ese matador de Crotón mata al toro que para él escojamos.

Así, pues, ahora contemplaban atónitos aquel cuadro, cual si en vez de realidad lo creyesen quimera.

En el anfiteatro había hombres que á la sazón habían levantado los brazos y permanecido en esa postura.

El sudor cubría los rostros de otros, cual si fueran ellos los que estuviesen luchando con la fiera.

Ningún ruido se escuchaba en el Circo en esos momentos, excepto el casi imperceptible que producian las oscilaciones de la llama en las lámparas y el chirrido de los

fragmentos de carbón que se desprendían de las antorchas.

La voz había muerto en los labios de los espectadores, pero sus corazones palpitaban dentro de los pechos cual si quisieran hacerlos estallar.

A todos parecía ya que aquella lucha databa de siglos.

Pero el hombre y la bestia continuaban en su monstruoso esfuerzo; hubiérase dicho que se hallaban plantados ambos en el suelo.

Entretanto un bramido sordo, semejante más bien á un gemido, dejóse oír en la arena, después del cual un grito ahogado arrancó de todos los pechos, y en seguida volvió á hacerse el silencio.

Aquellas gentes creyeron ser presa de un sueño ó de un delirio al ver en seguida que la enorme cabezá del toro empezaba á doblarse entre las manos de hierro del bárbaro. El rostro, el cuello y los brazos del ligur habíanse puesto de color de púrpura y su espalda encorvándose todavía más.

Era evidente que á la sazón estaba reuniendo los restos de sus sobrehumanas fuerzas, pero que no podría resistir por mucho tiempo.

Más y más sordo, más y más ronco, más y más doliente fué haciéndose el bramido gemebundo del toro al mezclarse con el jadeo silbante que brotaba del pecho del atleta.

Y la cabeza de la bestia se doblaba más y más, y por entre sus mandíbulas se deslizó por fin hacia fuera una larga y espumajante lengua.

Un momento después llegó al oído de los espectadores cuyos asientos se hallaban más próximos, una especie de crujido de huesos rotos; luego la bestia rodó por la arena con el cuello retorcido, y muerta.

El gigante desató en un abrir y cerrar de ojos las cuerdas que sujetaban á Ligia sobre los cuernos del toro, y mientras alzaba á la doncella, pudo notarse su precipitado acezar.

Habíasele puesto palido el semblante, tenía apegados al cuello y chorreando sudor los cabellos y sus hombros y brazos veíanse inundados de agua.

Por espacio de breves instantes permaneció de pie, cual si estuviera consciente sólo á medias; en seguida alzó los ojos y miró hacia los espectadores.

El anfiteatro se hallaba presa de una locura delirante.

Las murallas del edificio temblaban ante el rebramar estruendoso de decenas de miles de individuos.

Desde el principio de los juegos no se tenía noticia de que jamás hubiera habido en el Circo una excitación semejante.

Los que se hallaban sentados en las filas de la parte más alta del anfiteatro bajaron, formando un tumulto apiñado en los pasillos que separaban las bancas, á fin de contemplar más de cerca aquel potentado de la fuerza.

De todas partes dejáronse oír gritos de gracia, gritos apasionados y persistentes, que pronto se convirtieron en un continuado trueno.

El gigante había llegado á ser el favorito de aquel pueblo enamorado de la fuerza física: era ya el primer personaje de Roma.

Ursus comprendió por fin que la multitud estaba haciendo esfuerzos para concederle la vida, y tornarle á la libertad, pero evidentemente su pensamiento no se detenía tan sólo en sí propio. Así, pues, paseó la vista en derredor por algunos instantes; luego se aproximó al *podium* del César y sosteniendo el cuerpo de la doncella entre sus brazos extendidos, alzó hacia él los ojos suplicantes, como diciendo:

—¡Ten misericordia de ella! ¡Salva á la doncella! ¡Por ella he luchado!

Los espectadores comprendieron al punto lo que Ursus pedía.

A la vista de la desmayada doncella, quien junto al enorme ligur veíase como tierna niña, la emoción se apo-

deró de la multitud de caballeros y senadores. Sus formas delicadas, tan blancas y tersas cual si hubieran sido cinceladas en alabastro, su desmayo, el horrendo peligro á que acababa de substráerla el gigante, y por último, su hermosura y su amor, habían movido por fin á piedad aquellos corazones. Aquel hombre, en el sentir de muchos, semejaba á un padre que estuviera pidiendo gracia para su hija. Y la compasión brotó de súbito en todos con la fuerza poderosa de una llama inmensa.

Habían tenido ya suficiente sangre, muerte y martirio.

Y multitud de voces, ahogadas por las lágrimas, empezaron á pedir piedad para ambos.

Entre tanto Ursus, sosteniendo siempre á la niña en sus brazos, movíase alrededor de la arena, y con sus ojos y sus ademanes seguía pidiendo la vida para ella.

Saltó Vinicio entonces de su asiento, salvó la barrera que separaba los asientos delanteros de la arena y corriendo hacia Ligia, cubrió con su toga las desnudas formas de la doncella.

Descubrió en seguida la túnica de su pecho, puso en descubierto las cicatrices que en él dejaban las heridas recibidas en la guerra con los armenios, y extendió las manos á la concurrencia.

Ante este espectáculo el entusiasmo de la multitud sobrepusó á todo cuanto hubiérase visto antes en un circo.

La multitud golpeaba furiosamente el suelo con los pies y aullaba. Las voces que pedían gracia volviéronse terribles. El pueblo ahora no sólo se ponía de parte del atleta, sino que se alzaba en defensa del soldado, de la doncella, del amor de ambos.

Y millares de espectadores volvíanse al César con llamaradas de cólera en los ojos y con los puños crispados por la impaciencia.

Pero Nerón se mantenía suspenso y vacilante.

A la verdad, no le movía ningún sentimiento de encono

contra Vinicio; y la muerte de Ligia no le importaba, pero habría preferido ver el cuerpo de la doncella destrozado por los cuernos del toro ó por las garras de las fieras.

Su crueldad refinada, su imaginación deforme y sus deformes instintos, encontraban una especie de deleite en aquellos espectáculos.

Y ahora el pueblo deseaba robarle; deseaba privarle de ese placer.

De ahí que la ira se pintara en su abotargado rostro.

El amor propio también instábale por su parte á no ceder á los deseos de la multitud.

Y sin embargo, no osaba oponerse á ellos, á causa de su cobardía ingénita.

Así, pues, miró á su alrededor con el fin de ver si por lo menos entre los augustanos había dedos vueltos hacia el suelo en señal de muerte.

Pero Petronio tenía la mano en alto y miraba á la faz de Nerón con aire casi de reto. Vestinio, hombre supersticioso, pero accesible al entusiasmo, y que temía á los espectros y á los muertos, pero no á los vivos, dió también la señal de perdón. Y lo propio hizo Escevino, el senador, y lo propio hicieron Nerva y Tulio Senecio, y el famoso caudillo Ostonio Escápulo, y Antistio, y Pisón, y Veto, y Crispino, y Minucio Termo, y Poncio Telesino, y el más importante de todos y el más favorecido por los homenajes del pueblo, Trasea.

En vista de esto, el César quitóse la esmeralda del ojo con expresión llena de orgullo herido y despecho; y Tigellino, en el deseo sistemático de vencer de nuevo á Petronio, dijo:

—No cedas, divinidad; tenemos á los pretorianos.

Entonces Nerón volvióse al sitio en donde se hallaba accidentalmente al mando de los pretorianos el severo Subrio Flavio, quien hasta entonces había sido adicto á Nerón con toda su alma, y vió algo insólito.

El semblante del viejo tribuno manteníase con su aus-

tera expresión habitual, pero lleno de lágrimas, y á la sazón mantenía en alto la mano en señal de gracia.

Y ahora la cólera empezaba á dominar á las multitudes.

Debajo de sus pies, ya cansados de tanto golpear el suelo, levantábanse nubes de polvo que iban llenando el anfiteatro. Y en medio de los rugidos ensordecedores del populacho escuchábanse ya gritos de «¡Enobarbo! ¡Matricida! ¡Incendiario!»

Y Nerón se sintió alarmado.

Los romanos eran señores absolutos en el Circo. Los anteriores Césares, y en especial Calígula, se habían permitido á veces obrar contrariando la voluntad del pueblo; mas esto, empero, había traído siempre como resultado algunos disturbios que llegaban á las veces hasta el derramamiento de sangre.

Pero Nerón se hallaba en situación muy diversa.

En primer lugar, como actor y como cantante había menester del favor del pueblo, y en seguida, necesitaba conservar á la plebe de su parte contra el Senado y los patricios. Especialmente después del incendio de Roma, todos sus esfuerzos y arbitrios habíanse encaminado á ganarse la voluntad popular y desviar su cólera haciéndola pesar sobre los cristianos.

Comprendió, por otra parte, que oponerse por más tiempo era sencillamente peligroso. Un disturbio iniciado en el Circo podría propagarse por toda la ciudad y tener resultados incalculables.

Dirigió, pues, de nuevo la vista á Subrio Flavio, á Escevíno el centurión, pariente del senador del mismo nombre, y á los soldados, y viendo por todas partes ceños adustos, rostros excitados, y ojos fijos en él, dió la señal del perdón.

Y entonces una tempestad indescriptible de aplausos se dejó sentir desde las más altas hasta las más bajas hileras de asientos.

El pueblo estaba ya seguro de las vidas de los condena-

dos, pues desde aquel momento hallábanse bajo su protección; y el mismo César no osaría perseguirlos por más tiempo con su venganza.

CAPÍTULO LXVI

Cuatro bitinios transportaron á Ligia con el mayor cuidado á la casa de Petronio.

Vinicio y Ursus iban á pie á su lado, haciendo apresurar la marcha á fin de poder entregar á la joven cuanto antes en manos del médico griego.

E hicieron el camino silenciosos, porque después de los acontecimientos de aquel día no tenían el ánimo de hablar.

Vinicio hasta entonces parecía encontrarse solo en parcial posesión de sus sentidos.

Repetíase á sí mismo que Ligia estaba salvada; que ya no la amenazaban por más tiempo ni la prisión, ni la muerte en el Circo; que las desventuras de ambos habían terminado de una vez y para siempre; que se llevaba á su casa á Ligia para no volver á separarse jamás de ella.

Y esto se le presentaba á su imaginación como el principio de una otra vida, que no era vida real.

De momento en momento inclinábase hacia la abierta litera para contemplar aquel amado rostro que á la luz de la luna semejava un angel dormido, y repetía mentalmente:—¡Es ella! ¡Cristo la ha salvado!

Y recordaba también que en los momentos en que él y Ursus la iban sacando fuera del *spoliarium* habíale asegurado un médico desconocido que la joven estaba viva y tornaría á recobrar los sentidos.

A esta idea la felicidad inundaba de tal manera su corazón que por momentos sentíase desfallecer y no pudiendo seguir marchando por sus propios pies, se apoyaba en el brazo de Ursus.

Este último, entre tanto, iba con los ojos fijos en el cielo, cubierto á la sazón de estrellas, y oraba.

Y seguían apresuradamente su camino por calles en

donde multitud de edificios blancos, recientemente contruidos, brillaban á la luz de la luna.

La ciudad hallábase desierta. Solamente en uno que otro barrio veíase á grupos de individuos coronados de hiedra, cantando y bailando delante de los pórticos al son de flautas, disfrutando así de la hermosura excepcional de aquella noche y de la regocijada estación de fiestas, las cuales no habían tenido interrupción desde el principio de los juegos.

Solamente cuando se encontraban ya cerca de la casa, dejó de orar Ursus, y dijo á Vinicio en voz baja, cual si temiese despertar á Ligia:

—Señor: ha sido el Salvador quien la ha librado de la muerte. Cuando yo la ví en los cuernos del toro, escuché que en el fondo de mi alma decíame una voz: «¡Defiéndela!» Y esa era la voz del Cordero. La permanencia en la prisión me había quitado las fuerzas; pero El me las devolvió todas en aquel momento, y El también movió á ese pueblo cruel, á fin de que se pusiera de parte de ella. ¡Hágase su voluntad!

Vinicio contestó:

—¡Ensalzado sea su nombre!

Y nada mas pudo agregar, porque en ese propio instante sintió que una onda de lágrimas hinchaba su pecho y pugnaba por brotar á sus ojos.

Sentíase dominado por un anhelo irresistible de echarse á tierra y agradecer á voces al Salvador su prodigio y su misericordia.

Entre tanto, acababan de llegar á la casa.

Los sirvientes, advertidos por un esclavo que había sido despachado con anticipación, salieron en grupo á su encuentro.

Pablo de Tarso había hecho regresar de Ancio á la mayor parte de aquellos sirvientes.

A todos éranles perfectamente conocidos los infortunios de Vinicio; de manera que su gozo al ver de nuevo sanas

y salvas á las víctimas arrancadas á la iniquidad del César fué inmenso y acrecentóse todavía mas cuando el médico Teocles declaró que Ligia no había sufrido gravemente, y que una vez pasada la debilidad ocasionada por la fiebre de la prisión, recobraría la salud.

Esa misma noche volvió á los sentidos.

Y al despertar en aquella espléndida cámara iluminada por lámparas corintias y en la cual se aspiraba el aroma de la verbena y el nardo, no supo en dónde se hallaba, ni qué pasaba por ella.

Recordaba solo el momento en que la habían atado á los cuernos del encadenado toro; de manera que al ver sobre ella el rostro de Vinicio iluminado por el suave fulgor de la lámpara, se imaginó que ya no se hallaba en la tierra.

Confundíanse las ideas en su debilitado cerebro y parecía natural encontrarse detenida en su camino hacia el cielo, á causa de sus torturas y su enervación.

Pero, no sintiendo á la sazón ningún dolor, sonrió á Vinicio é intentó preguntar dónde se hallaban ambos; pero de sus labios salió apenas levisimo susurro, entre el cual apenas si pudo el joven tribuno adivinar la modulación apagada y tenue de su propio nombre.

Entonces arrodillóse junto á su lecho y poniendo ligeramente una mano en la frente de la joven, dijo:

—¡Te ha salvado Cristo y te ha devuelto á mi amor!

Moviéronse con suavidad los labios de la joven como en otro imperceptible susurro, cerró al cabo de breves instantes los ojos, levantóse su virginal seno al exhalar un suspiro leve, y cayó en el profundo sueño que había estado aguardando el médico, y después del cual aseguraba que tornaría la enferma á la salud.

Vinicio, empero, continuó arrodillado junto á ella, y abismado en fervorosa plegaria.

Su alma hallábase, á la sazón, encendida en un amor tan inmenso y absorbente, que parecía estar del todo aje-

no á todo cuanto le rodeaba y aún á su propia existencia.

Teocles volvió repetidas veces á la estancia; Eunice, la de los áureos cabellos, también alzó á menudo la cortina y dejóse ver al través de ella; por último, las grullas del jardín empezaron á dar al aire el canto con que anunciaban el nuevo día; y Vinicio, entre tanto, seguía abrazando espiritualmente los pies de Cristo, sin ver ni oír lo que en derredor pasaba; con el corazón convertido en una intensa acción de gracias, en una fervorosa ofrenda de sacrificio, en una ardiente llama de amor; en una palabra, embargado por un éxtasis tan profundo, que aún cuando el cuerpo de aquel hombre alentaba en la tierra, encontrábase á la sazón su alma en el cielo.

CAPÍTULO LXVII

No deseando Petronio, después de la liberación de Lìgia, irritar al César, volvió al Palatino con otros de los augustianos.

Deseaba oír lo que dirían, y especialmente saber si Tigelino se proponía discurrir algún nuevo plan para destruir á la joven.

Cierto era que tanto ella como Ursus habíanse salvado protegidos por el pueblo y que nadie podría levantar ahora una mano sobre ambos sin promover un levantamiento; empero, Petronio, conocedor del odio que hacia él sentía el todopoderoso prefecto de los pretorianos, temía á la emergencia de que Tigelino, en la imposibilidad de herirlo á él directamente por el momento, hiciera todo esfuerzo por encontrar algún medio de vengarse en su sobrino.

Nerón sentíase lleno de ira y encono por haber terminado el espectáculo de una manera diferente y contraria á su designio.

Al principio, ni aún quiso mirar á Petronio; pero éste, sin perder su sangre fría, acercósele con todo el desahogo de acción y movimientos que distinguían al «arbiter elegantiarum» y le dijo:

—¿Sabes, divinidad, lo que se me ocurre ahora? Escribe tú un poema sobre la doncella que por orden del señor del mundo fué libertada de los cuernos del toro salvaje y entregada á su amante. Los griegos son hombres de sentimiento, y estoy seguro de que ese poema les habrá de encantar.

Esta idea agradó al César, á pesar de toda su irritación, y le agradó por dos razones: primero, como tema para un canto; y segundo, porque en él podría glorificarse á sí mismo como al magnánimo señor del mundo. De ahí que después de mirar por breves momentos á Petronio, dijera:

—¡Si! Tal vez tienes razón. Pero, ¿es propio que yo mismo celebre mi magnanimidad?

—Es innecesario que figuren los nombres de los personajes. En Roma todo el mundo sabrá de quienes se trata, y de Roma se difundirá por el mundo entero.

—Pero, ¿estás tú seguro de que esto agrade á las gentes de Acaya?

—¡Por Pólux, ya lo creo!—dijo Petronio.

Y se retiró satisfecho, porque estaba seguro de que Nerón, cuya vida no era otra cosa que una adaptación de los sucesos reales á sus planes literarios, no desperdiciaría el tema que se le presentaba, y con este simple hecho habría de atar las manos á Tigelino.

No obstante, no significaba esto que se modificara en lo menor su propósito de enviar á Vinicio fuera de Roma tan pronto como lo permitiese la salud de Ligia.

Así, pues, lo primero que el dijo al día siguiente al joven tribuno fué:

—Llévatela á Sicilia. Tales cuales han pasado los sucesos, nada te amenaza ahora de parte del César; pero Tigelino es capaz de recurrir aún al veneno, sino por odio á vosotros, por odio á mí.

Vinicio le contestó sonriendo:

—Ella estuvo en las astas del toro salvaje, y sin embargo, Cristo la salvó.

—Entonces ofrece en su honor una hecatombe,—replicó Petronio con aire impaciente;—pero no le pidas que te la salve por segunda vez. ¿Recuerdas cómo Eolo recibió á Ulises cuando volvió éste á pedirle vientos favorables por segunda vez? Las deidades no gustan de repetirse á sí mismas.

—Cuando ella recobre la salud, la llevaré á casa de Pomponia Grœcina,—dijo Vinicio.

—Y en ello harás muy bien, con tanta mayor razón cuanto que Pomponia está enterma; un pariente de Aulio, Antistio, me lo ha dicho, Entretanto, aquí han de pasar sucesos que hagan que se te olvide; y en estos tiempos los olvidados son los más felices. Quiera la Fortuna en adelante ser tu sol en invierno y tu sombra en verano.

Y dicho esto, dejó á Vinicio entregado á su ventura; pero en seguida fué á pedir informes á Teocles acerca de la vida y la salud de Ligia.

Ya no amenazaba á la joven el menor peligro.

Demacrada como se hallaba en la prisión á causa de la fiebre, el aire viciado y la falta de comodidades le habría causado allí la muerte seguramente; pero ahora la situación había cambiado y hallábase rodeada, no solo de los más tiernos cuidados y atenciones, sino de la comodidad, la abundancia y el refinamiento.

Por orden de Teocles la llevaron al cabo de dos días á los jardines de la casa de campo; en ellos pasaba la joven horas enteras.

Vinicio había decorado su litera con anémones y especialmente con gladiolos, á fin de traer á la mente de la joven el *atrium* de la casa de Aulio.

Más de una vez, á la sombra de árboles frondosos, hablaban, tomados de las manos, de sus pasados sufrimientos y temores.

Y Ligia decíale que Cristo le había llevado expresamente por un sendero de sufrimientos, á fin de transformar su alma y elevarla hasta El.

Vinicio sentía que esto era cierto y que ya nada quedaba en él del antiguo patricio, cuyo deseo y cuya voluntad eran las únicas leyes de su existencia.

Empero, en esas reminiscencias no había el menor resabio amargo. Parecía, á ambos, que por sobre sus cabezas habían volado muchos años y que aquel pasado horrendo se ocultaba ya como perdido en penumbras lejanas.

Y al mismo tiempo sentían en su alma una serenidad y una paz de que antes jamás habían creído disfrutar. Una nueva vida de ventura inmensa había sucedido á su vida anterior y les atraía y les envolvía como en una encantada red.

En Roma bien podía el César seguir llenando al mundo con las explosiones de su ira y esparciendo el terror por doquiera: ellos sentían velar sobre sus cabezas una invisible custodia cien veces más poderosa que Nerón; y ya no temían ni á su cólera ni á su maldad, como si el César hubiera dejado de ser para ellos el señor de vidas y muertes.

Una tarde, como á la caída del sol, llegó á los oídos de ambos el rugido de leones y otras fieras, procedentes de vivares distantes. Anteriormente esos rugidos llenaban de pavor á Vinicio y parecíanle ominosos: ahora Ligia y él al escucharlos, se miraron simplemente y alzaron luego la vista al crepúsculo vespertino.

En ocasiones Ligia, que todavía se hallaba muy débil é imposibilitada para pasear sola, quedábase dormida en medio de la tranquilidad de aquel jardín.

El velaba entonces su apacible sueño, y al contemplar con amantes ojos sus facciones, pensaba involuntariamente que su rostro no era el de aquella Ligia que había él conocido en la casa de Aulio Plaucio.

En efecto, la prisión y la enfermedad habían hasta cierto punto marchitado su hermosura.

Cuando Vinicio la viera en casa de Aulio, y aún des-

pués, cuando á la casa de Miriam habia ido con el propósito de apoderarse de su amada, era la hermosura de ésta maravillosa como la de una estatua y también como la de una flor. Ahora su rostro habiase vuelto transparente, sus manos habiáanse adelgazado, la enfermedad le habia reducido el cuerpo, tenía los labios pálidos y hasta el bello azul de sus ojos parecia haberse atenuado.

La hermosa Eunice de cabellos de oro, que la traía siempre flores y ricas telas para cubrir sus pies, mirábase, comparada con ella, como una divinidad de Chipre.

En vano intentaba Petronio descubrir en la joven sus anteriores encantos; y al reparar en ello encogíase de hombros y se decía que esa especie de sombra de los Campos Elíseos no valía las penas apuradas en todas las luchas, en todos los esfuerzos y en todas las torturas que casi habían arrancado la existencia á Vinicio.

Pero este último, enamorado ahora más del espíritu de Ligia que de su envoltura material, sentíase más y más adicto á ella; y en los momentos en que velaba su dulce sueño parecíale que en ella resumíanse para él todos los goces, todas las alegrías y todos los anhelos de su alma.

CAPÍTULO LXVIII

La noticia de la salvación prodigiosa de Ligia se extendió rápidamente entre los pocos cristianos que aún habia esparcidos en diversos puntos de Roma y que habían logrado escapar á la destrucción.

Y los confesores de Cristo venían á ver á la elegida en quien habiase manifestado su favor de manera tan palmaria.

Los primeros visitantes fueron Nazario y Miriam, en casa de los cuales moraba todavía oculto el Apóstol Pedro. Después vinieron otros.

Todos, inclusive Ligia, Vinicio y los esclavos cristianos de Petronio, escuchaban atentamente la narración de Ur-

sus acerca de la voz interior que había escuchado en su alma y que le había ordenado luchar con el toro salvaje.

Y todos, después de aquella visita, volvían llenos de consuelo y alentados por la esperanza de que Cristo no habría de permitir que sus confesores fuesen exterminados en la tierra antes de que El viniera, el día del juicio.

Y únicamente la esperanza sostenía sus corazones, porque las persecuciones no habían cesado aún. Toda persona á quien el rumor público declaraba cristiano, era inmediatamente arrojado á una prisión por los guardias de la ciudad.

Cierto es que las víctimas hacíanse ahora escasas, porque la mayor parte de los confesores de Cristo habían sido ya aprisionados y entregados á las torturas y á la muerte. Los cristianos restantes, ó se habían alejado de Roma é ido á esperar en provincias lejanas que pasara la tormenta, ó habían buscado sitios seguros donde ocultarse, no osando reunirse ya para hacer sus oraciones á no ser en arenales situados fuera de la ciudad.

Sin embargo, se les perseguía siempre, y aún cuando habían terminado ya los juegos, á los nuevos encarcelados se les destinaba para espectáculos futuros ó se les daba castigos especiales.

Y aún cuando en Roma se había dejado ya de creer que hubieran sido los autores del incendio, seguían siendo declarados los enemigos de la humanidad y del Estado, y el edicto contra ellos continuaba en todo su vigor.

Por espacio de mucho tiempo no se aventuró el Apóstol Pedro á presentarse en casa de Petronio; pero una noche Nazario anunció por fin su venida.

Ligia, que ya podía marchar sola, y Vinicio, corrieron á su encuentro, postráronse á sus pies y se los abrazaron.

Y él los acogió con tanta mayor emoción cuanto que ya no le quedaban muchas de las ovejas de aquel rebaño que Cristo le había ordenado apacentar y por la suerte de las cuales hallábase inundado de lágrimas su gran corazón.

Así, pues, cuando Vinicio le dijo:

—Señor, por tu causa el Redentor me la ha devuelto; el Apóstol contestó:

—Te la ha devuelto á causa de tu fe, á fin de que no todos los labios que confiesen su nombre quedaran silenciosos.

Y era evidente que á la sazón pensaba en aquellos millares de hijos suyos, destrozados por las bestias feroces; pensaba en aquellas cruces que habian llenado por completo el Circo; y en aquellos pilares igneos de los jardines de la «Bestia,» porque sus palabras se hallaban impregnadas de amargura y de pesar.

Vinicio y Ligia notaron también que sus cabellos habíanse tornado completamente blancos, que todo su cuerpo se encorvaba ahora, y que en su rostro se pintaba una tristeza y un sufrimiento tan hondo como si él mismo hubiese debido apurar todos aquellos dolores y tormentos que habían soportado las víctimas del furor y la locura de Nerón.

Pero ambos comprendieron también que puesto que el mismo Cristo se había entregado á la tortura y á la muerte, á nadie era permitido evitarla.

Sin embargo, sintieron oprimidos sus corazones á la vista del Apostol, encorvado por los años, los trabajos y los sufrimientos.

Así, pues, Vinicio que tenía el propósito de llevar pronto á Ligia á Nápoles, en donde se reunirían con Pomponia para ir desde allí juntos á Sicilia, le imploró que saliera él también de Roma en su compañía.

Pero el Apostol pasó una mano sobre la cabeza del tribuno, y contestó:

—Dentro de mi alma estoy escuchando ahora estas palabras que el Señor me dijo en el Lago Tiberiades: «Cuando tú eras joven, tú mismo te vestías y caminabas adonde tu voluntad te conducía; pero cuando seas viejo, extenderás las manos y otro te vestirá y te conducirá adonde tú

no quisieras ir». Por tanto, es menester que yo siga á mi rebaño.

Y como ambos jóvenes no comprendieran la significación de aquellas palabras y guardaran silencio, agregó:

—Mi labor ya se aproxima á su término; y he de encontrar mi bienestar y mi descanso tan solo en la casa del Señor.

Y volviéndose á ellos, dijo en seguida:

—Acordaos de mí, porque os he amado como ama un padre á sus hijos; y cuanto emprendais en la vida, hacedlo para gloria de Dios.

Y dichas estas palabras, alzó sus manos temblorosas de anciano y les bendijo; y ellos permanecieron postrados bajo su ala, presintiendo que acaso fuera aquella la postrer bendición que de él recibirían.

Empero, había resuelto el destino que todavía le volviesen á ver una vez más.

Algunos días después, Petronio trajo terribles nuevas del Palatino. Habíase allí sabido que uno de los libertos del César era cristiano; y en poder de este hombre se habían encontrado cartas de los Apóstoles Pedro y Pablo, y otras de Santiago, Juan y Judas.

La presencia de Pedro en Roma había llegado oportunamente á conocimiento de Tigelino, pero el prefecto había creído que el Apostol hubiera perecido en unión de los millares de cristianos ya sacrificados.

Y ahora vino á saberse que los dos caudillos de la nueva fe se hallaban vivos y aun estaban en la capital.

Habíase, en consecuencia, resuelto apoderarse de ellos á toda costa, porque se esperaba que con su muerte quedaría estirpada la raíz de aquella odiada seeta.

Petronio había oído decir á Vestinio que el César en persona había dado orden de llevar á Pedro y á Pablo á la Cárcel Mamertina dentro del término de tres días, y que se habían enviado destacamentos enteros de pretorianos á registrar una por una todas las casas del Trans-Tíber.

Al oír esto Vinicio, resolvió dar aviso al Apostol. Esa misma noche él y Ursus vistieron sendos mantos gálicos y se dirigieron á la casa de Miriam, en donde Pedro vivía.

Se hallaba dicha casa en el extremo del barrio del Trans-Tiber, al pie del Janículo.

En el camino observaron que varias habitaciones habían sido ya rodeadas por soldados á quienes gufaban personas desconocidas.

En aquel barrio de la ciudad cundía la alarma y en algunos sitios veíanse ya reunidos grupos de curiosos. Y aquí y allí había centuriones que preguntaban por Simón Pedro y por Pablo de Tarso.

Ursus y Vinicio adelantáronse á los soldados y llegaron sin contratiempo á la casa de Miriam, en la cual hallaron á Pedro rodeado de un puñado de fieles. Timoteo, el compañero de Pablo, y Lino, estaban al lado del Apostol.

Al oír la noticia del inminente peligro, Nazario los condujo á todos por un pasadizo oculto á la puerta del jardín y de allí á unas canteras desiertas que se hallaban á unos cuantos centenares de yardas de distancia de la puerta del Janículo.

Ursus tuvo que llevar en brazos á Lino, cuyos huesos habían sido rotos durante la tortura que le infligieron y que se hallaba, en consecuencia, inválido.

Pero una vez que se hubieron visto en la cantera, sintiéronse en sitio seguro; y á la luz de una antorcha encendida por Nazario empezaron á discurrir en voz baja acerca de la mejor manera de poner á salvo la existencia del Apostol, que les era tan querida.

—Señor,—dijo Vinicio,—deja que Nazario te conduzca al rayar el alba, á los Montes Albanos.

Allí me reuniré contigo y te llevaremos á Ancio, en donde me aguarda un barco que nos ha de conducir á Nápoles y de allí á Sicilia. Y benditos serán el día y la hora en que tú penetres en mi casa y bendigas mi hogar.

Los otros escucharon con regocijo estas palabras é instaron al Apostol diciéndole:

—Ocúltate, santo jefe; no permanezcas en Roma por más tiempo. Conserva la verdad viviente, á fin de que no perezca con nosotros y contigo. Escucha la súplica que te hacemos como á nuestro padre.

—¡Hazlo, en el nombre de Cristo!—le dijeron otros tocando sus vestiduras.

—Hijos míos,—contestó Pedro,—¿quién puede estar seguro del día que como término de su existencia le haya señalado el Señor?

Pero no dijo que no partiría de Roma, y estuvo indeciso acerca de lo que decidiría; porque la incertidumbre y hasta el temor habían venido desde hacía tiempo invadiendo su alma. Su rebaño había sido dispersado; su obra destruída; aquella iglesia, que antes del incendio de la ciudad alzabase lozana como un árbol en plena y exuberante florecencia, había sido reducida á polvo por el poder de la «Bestia».

Nada quedaba ya, sino lágrimas; nada, sino recuerdos de martirio y de muerte.

El grano esparcido en el suelo había rendido ricos frutos, pero Satanás los había aplastado y aniquilado. No habían venido legiones de ángeles en ayuda de las víctimas perecientes, y Nerón seguía extendiendo sobre el orbe su gloria y su poder, terrible, omnipotente como nunca y señor de tierras y de mares.

Y más de una vez aquel pescador de Dios había extendido últimamente las manos hacia el cielo, en medio de su soledad y su amargura, y preguntando:

—Señor: ¿qué debo hacer? ¿Cómo he de obrar? Como yo, hombre anciano y débil, he de seguir luchando contra este invencible poder del Mal, que Tú has permitido gobierne y triunfe?

Y en los abismos de su inmenso dolor, repetía desde el fondo de su alma:

—Las ovejas que me ordenaste apacentara ya no existen; tu iglesia ya no existe; la soledad y el duelo son los únicos moradores de tu capital; ¿qué me ordenas, pues, que haga ahora? Deberé permanecer aquí, ó habré de conducir fuera á los desbandados restos de mi rebaño, á fin de que puedan seguir glorificando tu nombre en secreto en alguna otra región allende el mar?

Y el Apostol vacilaba.

Creía que la verdad viviente no habría de perecer, que era necesario que triunfase; pero, por momentos pensaba que no era llegada todavía la hora, que solo llegaría cuando el Señor descendiera, el día del juicio, en gloria y poder cien veces superior al poder de Nerón.

Con frecuencia venía á su mente la idea de que si salía de Roma, le seguirían los fieles; que les conduciría lejos, muy lejos, á las arboledas frondosas de la Galilea, á la tranquila superficie del Lago Tiberiades y les pondría en manos de pastores mansos como palomas ó como las ovejas que allí son apacentadas con el tomillo y el lepidio. (1)

Y un deseo creciente de paz y descanso, una honda nostalgia del lago y de la Galilea se apoderaba del corazón del anciano pescador; y con frecuencia venían lágrimas á sus ojos.

Pero en el momento en que se trataba de optar, se apoderaba de él una repentina alarma y un vivo temor. ¿Cómo abandonaría él esa ciudad en la cual tanta sangre de mártires había caído sobre la tierra y en donde tantos labios moribundos habían dado público testimonio de su doctrina y de su fe? ¿Iba él solo á ceder al fin? Y qué habría de contestar al Señor, si de su boca oyera estas palabras: — «¿Aquellos murieron por la fe, pero tú has preferido huír?»

(1) Planta perenne, de ojas anchas, alternas, con dientes como de sierra por todos sus bordes, y flores menudas y blancas, de figura de cruz. Es medicinal, muy picante y antiescorbútica.

Y los días y las noches pasaban para él llenos de ansiedad y de amargura. Otros hombres que habían sido des-trozados por los leones, que habían sido quemados en los jardines del César, habían ido por fin á dormir en el Señor después de pasados los aciagos momentos de su tortura; pero él no podía dormir y sentía dentro de su alma torturas mayores que cualesquiera de las que inventaran para sus víctimas los desalmados verdugos.

A menudo blanqueaba el alba en los techos de las casas, mientras seguía él gritando desde el fondo de su ent-lutado corazón:

—Señor, ¿porqué me has mandado que aquí venga y funde tu capital en el antro de la «Bestia»?

Por espacio de treinta y tres años después de la muerte de su Maestro no había conocido el reposo. Báculo en mano había ido por el mundo, anunciando á los hombres «la buena nueva». Había agotado sus fuerzas en jornadas y trabajos, hasta que por fin, cuando en esa ciudad cabecera del mundo, había echado los fundamentos de la obra de su Maestro, un hálito sangriento de cólera y de crimen la había incendiado y ahora veía que era menester comenzar de nuevo la lucha.

¡Y qué lucha!

De un lado el César, el Senado, el pueblo, las legiones que mantenían al mundo dentro de un círculo de fuego, ciudades incontables, incontables tierras y un poder como no habían visto ojos humanos otro semejante; del otro, él, inclinado ya de tal modo al peso de los años y de los trabajos, que su temblorosa mano apenas si podía ya sostener su báculo.

Así, pues, había momentos en que decíase á sí mismo que no podía él medirse con el César de Roma: que solo Cristo habría de triunfar en tal empresa.

Y todos esos pensamientos de los últimos tiempos pasaban ahora por su cabeza llena á la sazón de zozobra y

preocupación, al escuchar los ruegos de aquel último puñado de fieles.

Estos, rodeándole en círculo cada vez más estrecho, le repetían con suplicante voz:

— ¡Ocúltate, Rabí (Maestro), y condúcenos fuera del poder de la «Bestia!»

Finalmente, el mismo Lino inclinó hacia él su torturada cabeza y le dijo:

— ¡Oh, Señor! El Redentor te mandó que apacentaras sus ovejas, pero esas ovejas ya no están aquí, ó no estarán mañana; vé, entonces, á donde puedas todavía encontrar algunas. La palabra del Señor sigue vibrando aun en Jerusalem, en Antioquía, en Efeso y en otras ciudades. ¿Qué harás tú permaneciendo en Roma? Si caes, irás simplemente á engrosar el triunfo de la «Bestia». El Señor no ha señalado el límite de la vida de Juan; Pablo es un ciudadano romano, á quien no pueden condenar sin previo juicio; pero, si el poder del infierno se levanta contra tí, ¡oh Maestro!, aquellos de nuestros correligionarios, cuyos corazones han sido ya invadidos por el desaliento, se preguntarán entonces:

— «¿Quién es capaz de sobreponerse á Nerón?» Tú eres la roca sobre la cual se halla edificada la iglesia de Dios. Muramos nosotros, en buena hora, mas no permitamos que triunfe el Anticristo sobre el Vicario de Dios; y no vuelvas á esta ciudad hasta que el Señor no haya aplastado la cabeza de quien derrama la sangre de tantos inocentes!

— ¡Mira nuestras lágrimas!— repitieron entonces los presentes.

Y á la sazón había también lágrimas en los ojos de Pedro.

Al cabo de algunos instantes levantóse, y extendiendo las manos sobre todos aquellos fieles arrodillados á sus pies, dijo:

— ¡Sea ensalzado el Santo Nombre del Señor y hágase su voluntad!

CAPÍTULO LXIX

Al rayar el alba del día siguiente dos personas envueltas en ropajes oscuros se dirigían por la Vía Apia en dirección á la Campania.

Uno de ellos era Nazario; el otro el Apóstol Pedro, que abandonaba á Roma y á sus correligionarios.

El firmamento, por el Oriente, dejaba ver unos ligeros tintes de color de esmeralda, que presentaban en sus bordes y más distintamente en su parte inferior unos reflejos azafranados.

Los árboles con sus hojas plateadas; el blanco mármol de las casas de campo y los arcos de los acueductos que se extendían por la llanura hacia la ciudad, iban [poco á poco emergiendo de entre las sombras fugitivas de la moribunda noche.

Y los pronunciados tintes de color de esmeralda del firmamento ibanse aclarando por grados y mezclándose con brillantes franjas de oro.

Luego en la misma dirección se vieron surgir unos reflejos róseos, los cuales al irradiar sobre los Montes Albanos presentaban un cuadro de maravillosa belleza, pues aquellas alturas veíanse rodeadas de nimbos de color de lirio y como abrasadas en un fantástico incendio.

Su luz reflejábase asimismo en las temblantes hojas de los árboles y en las gotas de rocío.

Y la niebla matinal fué haciéndose más y más sutil y abriendo al través de su transparente cendal vistas cada vez más hermosas y amplias de la llanura, de las casas que la surcaban, de los cementerios, de las poblaciones y de las arboledas, en medio de las cuales surgían descoliantes las blancas columnas de los templos.

El camino se hallaba desierto.

Era evidente que los aldeanos que traían al amanecer verduras á la ciudad no habían empezado aún á colocar

los arneses á las cabalgaduras conductoras de sus vehículos.

Y en los adoquines de piedra con que se hallaba pavimentado el camino, resonaban sordamente las pisadas de los zuecos que calzaban los pies de los viajeros.

Luego dejóse ver el sol por sobre la línea de las colinas; pero también, en ese propio instante, una visión maravillosa presentóse á los ojos del Apóstol.

Parecióle que el áureo disco, en vez de ascender por el firmamento, venía bajando de aquellas alturas y avanzando hacia el camino por donde ellos se dirigían.

Pedro se detuvo entonces y preguntó:

—¿Ves aquella claridad que se acerca hacia nosotros?

—Yo nada veo,—contestó Nazario.

Pero Pedro se puso una mano á guisa de visera delante de los ojos y dijo al cabo de algunos momedtos:

—Una figura viene hacia nosotros, envuelta en los resplandores del sol.

Pero á los oídos de ambos no llegaba ni el más leve ruido de pasos.

Todo se hallaba silencioso en derredor.

Nazario vió tan solo que los árboles se mecían á la distancia, como si alguien estuviera sacudiéndolos, y la luz extendíase más abiertamente sobre la llanura.

El joven miró sorprendido al Apóstol y exclamó, lleno de alarma:

—Rabí, (Maestro), ¿qué tienes?

El báculo de peregrino había caído á la sazón de las manos de Pedro á la tierra; sus ojos, inmóviles, miraban hacia adelante; abierta estaba su boca y en su rostro se pintaba asombro, gozo y arrobamiento.

Púsose luego de rodillas, extendidos los brazos hacia adelante; y de sus labios brotó este grito:

—¡Oh Cristo! ¡Oh Cristo!

Y cayó con el rostro en tierra, cual si estuviera besando los pies de Iguien.

Y sucedióse un largo silencio; y en seguida se oyeron estas palabras del anciano, medio ahogadas entre sollozos:

—«¿*Quo vadis, Dómine?*» (¿Adónde vas, Señor?)

Nazario no escuchó respuesta alguna; pero á los oídos de Pedro llegó una voz dulce y dolorida que dijo:

—«Si tú abandonas á mi pueblo, volveré á Roma á ser por segunda vez crucificado.»

El Apóstol yacía en el suelo, pegado el rostro á la tierra, inmóvil y mudo.

Pareció al principio á Nazario que se había desmayado ó estaba muerto; pero por fin se levantó, cogió con temblorosa mano su báculo y volvió sin decir palabra hacia las siete colinas de la ciudad.

El muchacho, al ver esto, repitió como un eco:

—¿*Quo vadis, Dómine?*

—A Roma,—dijo el Apóstol en voz baja.

Y regresó.

Pablo, Juan, Lino y todos los demás fieles le recibieron con asombro; y su alarma fué tanto más profunda cuanto que al rayar el alba, justamente después de su partida, los pretorianos habían rodeado la casa de Miriam y registrádola en busca del Apóstol.

Mas Pedro, á todas las preguntas que se le hacían, contestaba con acento gozoso y tranquilo:

—¡He visto al Señor!

Y esa misma noche se dirigió al Cementerio de Ostia á predicar sus enseñanzas y bautizar á todos los que quisieran bañarse en las aguas de la vida.

Y en adelante dirigióse allí todos los días, y tras de él seguían numerosos confesores de su doctrina.

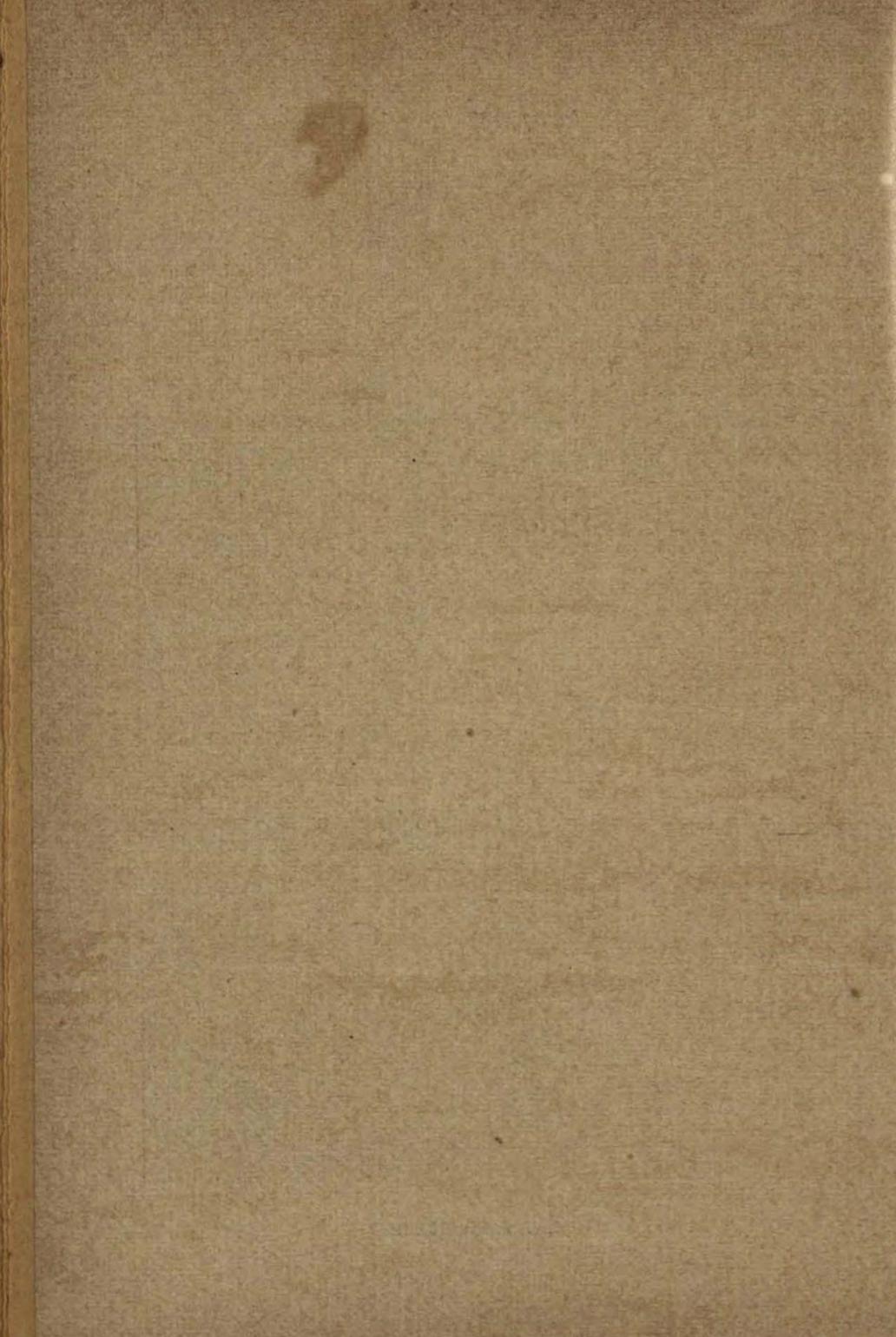
Parecía que de cada lágrima de un mártir brotaban nuevos seguidores de su fe y que cada gemido exhalado en la arena repercutía en centenares de pechos.

El César entretanto nadaba en sangre; Roma y todo el mundo pagano se hallaban en pleno delirio.

QUO VADIS?—Tomo II



—¿Quo vadis dómine?



Pero los que habían presenciado ya demasiados crímenes y locuras, los perseguidos, aquellos cuyas vidas se arrastraban entre el infortunio y la opresión, todos los tristes, todos los desgraciados, acudían á escuchar la prodigiosa buena nueva, la palabra de Dios que por amor á los hombres y por redimir sus pecados habíanse entregado á la crucifixión.

Y una vez encontrado ese Dios, á quien podían amar, les fué dable decir que contaban ya con lo que no podía la sociedad de aquellos tiempos dar á nadie: ventura y amor.

Y Pedro comprendió que ni el César, ni todas sus legiones, podrían sobreponerse á la verdad divina, que no podrían aplastarla con lágrimas ni sangre, y que ahora empezaba su victoria.

Comprendió con igual evidencia por qué el Señor le había hecho volver cuando se hallaba en camino para salir de Roma.

Aquella ciudad de orgullo, iniquidad, crimen y dominación, empezaba á ser su ciudad y la doble capital desde donde se extendería por todo el mundo el imperio sobre las almas y sobre los cuerpos.

CAPÍTULO LXX

Por último llegó la hora para los dos Apóstoles.

Pero, cual complemento de su obra, cupo al pescador de Dios el conquistar dos almas desde la prisión, Los soldados Proceso y Martiniano, que le custodiaban en la Cárcel Mamertina, recibieron el bautismo.

En seguida sonó el momento de la tortura.

No se hallaba Nerón en Roma entonces.

La sentencia fué dictada por Helio y Politetes, dos libertos á quienes el César había confiado el gobierno de la capital durante su ausencia.

Al anciano Apóstol se le habían aplicado los azotes prescritos por la ley; y al día siguiente fué conducido fue-

ra de las puertas de la ciudad, hacia el Monte Vaticano, en donde debía sufrir el castigo de la cruz á que se le había sentenciado.

Los soldados hallábanse á la sazón atónitos al ver la multitud que se había reunido delante de la prisión, porque habían creído que la muerte de un hombre vulgar, que además era extranjero, no debería despertar tamaño interés; y no comprendían que ese séquito se componía, no de curiosos, sino de confesores de Cristo, anhelantes por escoltar al gran Apóstol hasta el sitio de la ejecución.

Por la tarde se abrieron por fin las puertas de la prisión y apareció Pedro en medio de un destacamento de pretorianos.

El sol había descendido ya hacia Ostia; y el día estaba tranquilo y diáfano.

A causa de su avanzada edad no se exigió á Pedro que cargara la cruz; se supuso que no podía llevarla á cuestas. Tampoco habíanle puesto al cuello un dogal, á fin de no retardar su marcha.

Y había emprendido el camino del suplicio sin estorbo alguno, pudiendo por lo tanto ser visto perfectamente por los fieles que le acompañaban.

Por momentos, cuando su cana cabeza dejábase ver entre los férreos yelmos de los soldados, oíanse llantos entre la multitud; pero esos llantos cesaban inmediatamente, pues en el rostro del anciano había tal serenidad y tales irradiaciones de alegría, que todos comprendían que no era esa una víctima que marchaba á la destrucción, sino un triunfador que celebraba su victoria.

Y así era en realidad.

El pescador, de ordinario humilde y encorvado, marchaba ahora erguido, veíase más alto que los soldados y jamás había habido mayor majestad en su apostura. Parecía, más que un condenado á la última pena, un monarca seguido de su pueblo y de su ejército.

Y por todas partes decían á voces:

—¡Todos parecían haber olvidado que la tortura y la muerte aguardaban al Apóstol.

Este marchaba con solemne paso y con aire sereno, comprendiendo que desde el sacrificio del Gólgota no había ocurrido otro suceso de parecida importancia y que así como aquella primera muerte había redimido al mundo entero, esta muerte había de redimir á la ciudad.

A lo largo del camino las gentes se detenían llenas de asombro á la vista de aquel anciano majestuoso; y los creyentes, poniendo una mano en el hombro de los simples curiosos, les decían con tranquilo acento:

—Ved como se dirige hacia la muerte un justo; el hombre que conoció á Cristo, fué discípulo y vino al mundo á proclamar le ley universal del amor.

Y los transeuntes volvíanse pensativos entonces y continuaban su camino diciendo para sí:

—Realmente ese hombre no puede ser culpable!

Y á lo largo del camino y al paso de Pedro se acallaban los ruidos de las calles y todos guardaban un silencio respetuoso.

Y la comitiva seguía pasando por delante de casas recién construídas, y blancas columnas de templos, sobre cuyas cúspides extendíase el vasto firmamento, sereno y azul.

Caminaban silenciosos, siendo aquel recogimiento perturbado tan sólo por el ruido de las armas de los soldados ó el murmullo de alguna oración. Cuando ésta llegaba á oídos de Pedro, iluminábale el rostro una creciente alegría, al notar cómo iban brotando á millares los confesores de Cristo, hasta el punto de no serle á él posible abarcarlos á todos con la vista.

Comprendía entonces que había llevado á cumplimiento su misión y estaba seguro ahora de que esta verdad que se había consagrado á proclamar durante su vida, se sobreponía por fin á todo, lo llenaría todo con empuje tan

irresistible como el del Océano y nada habría que tuviera el poder de prevalecer contra ella.

Y al pensar así alzaba la vista al cielo y decía:

—¡Oh, Señor! Tú me mandaste á conquistar esta ciudad, señora del mundo, y la he conquistado. Tú me mandaste á fundar aquí tu capital, y aquí la he fundado. Esta es ahora tu ciudad, ¡oh, Señor! y ahora vuelvo hacia Ti, porque ya se halla terminada mi ardua labor.

Y al llegar delante de los templos decía:

—Seréis templos de Cristo.

Al contemplar las multitudes que ante su vista iban pasando, les decía también:

—Vuestros hijos habrán de ser siervos de Cristo.

Y continuaba avanzando convencido ya de que había triunfado, consciente de los servicios prestados á la causa de Dios, consciente de su poder, complacido, sereno, grande.

Los soldados le condujeron por el Pons Triumphalis (Puente Triunfal), cual si dieran testimonio involuntario de su triunfo, y más adelante le llevaron hacia la Nau- maquia y el Circo.

Los fieles transtiberianos se agregaron entonces á la procesión; y se reunió así una multitud de pueblo tan considerable que el centurión que iba al mando de los pretorianos hubo de comprender por fin que iba á la sazón conduciendo á un sumo pontífice rodeado de creyentes, y se sintió alarmado á causa del corto número de soldados que le custodiaban.

Pero no se alzó grito alguno de cólera ó de indignación entre la multitud.

Los hombres, penetrados de la grandeza de aquel momento, presentaban en sus rostros un aire solemne y lleno de recogimiento.

Algunos creyentes, al recordar que á la muerte del Señor habíase abierto la tierra y los muertos se habían levantado de sus tumbas, pensaron que acaso ahora tam-

bién habrían de manifestarse algunas señales evidentes, merced á las cuales la muerte del Apóstol se perpetuaría en la memoria de los hombres al través de los siglos.

Otros decíanse á sí mismos:

—Quizá el Señor habrá de elegir la hora de la muerte de Pedro para bajar del cielo como lo prometió y empezar el juicio de los hombres.

Y al venir á su mente esta idea, se encomendaban á la misericordia del Redentor.

Pero todo en derredor seguía tranquilo.

Las colinas parecían estar reposando y calentándose al sol que les enviaba sus rayos.

La comitiva se detuvo por fin entre el Circo y el Monte Vaticano.

Algunos soldados empezaron á cavar un agujero, mientras otros colocaban en el suelo la cruz, los martillos y los clavos, esperando que se hallaran terminados los preparativos para el sacrificio.

Y la multitud, tranquila y recogida, empezó á arrodillarse en derredor de aquella escena.

El Apóstol, cuya cabeza á la sazón recibía la dorada luz de los rayos del sol, tornó por última vez los ojos hacia la ciudad.

A la distancia, hacia abajo, veíase el Tíber con sus aguas resplandecientes; más lejos divisábase el Campo de Marte; arriba, el Mausoleo de Augusto, y debajo de éste los gigantescos baños, cuya construcción acababa de ordenar el César; más abajo aún, el teatro de Pompeyo y en seguida de ellos divisábanse asimismo en parte—y en parte ocultábanlos otros edificios—el Septa Julia, y una multitud de pórticos, templos columnas y grandes edificios, y finalmente en lontananza, las colinas cubiertas de casas, centros gigantescos de población, cuyas extremidades se esfumaban en la niebla azul—y todo aquello, una morada inmensa de crimen y de poder, de orden á la vez que de locura—y que había llegado á ser al mismo tiempo la ca-

becera del mundo, su opresor, su ley y su paz, la ciudad todopoderosa, invencible y eterna.

Pero el Apóstol, rodeado de soldados, contemplaba la ciudad como un rey y señor; contemplaba sus dominios. Y la decía:

—¡Tú estás ya redimida, y eres mía!

Y ninguno de los presentes, no sólo entre los soldados que estaban cavando el hoyo en que debían plantar la cruz, pero ni siquiera entre los creyentes allí agrupados, podía adivinar que de pie entre ellos se hallaba el verdadero señor de todo aquel movimiento, de toda aquella vida; que los Césares habrían de pasar, que habrían de terminar las irrupciones de los bárbaros y perderse los siglos en la noche del olvido, pero que aquel hombre seguiría por siempre siendo allí el señor.

El sol había empezado á hundirse por el lado de Ostia, y su disco habíase agrandado tornándose rojo. Toda la parte occidental del firmamento presentaba ahora un resplandor inmenso. Y en esos instantes acercáronse los soldados á Pedro para azotarlo.

Y el Apóstol, que estaba orando á la sazón, irguióse de pronto y levantó su mano derecha.

Detuviéronse al punto los verdugos, cual si les intimidara su ademán; y los fieles contuvieron el aliento en sus pechos, creyendo que iba á hablar al pueblo, y se sucedió un solemne silencio.

Mas, Pedro, de pie en la altura, extendía su mano derecha, hizo la señal de la cruz, y bendijo en la hora de la muerte,

Urbi et orbi! (á la ciudad y al mundo).

En esa propia memorable tarde, otro destacamento de soldados condujo, á lo largo de la Vía Ostiense á Pablo de Tarso, hacia un lugar llamado Aquæ Salviæ.

Y detrás de él marchaba también una multitud de fieles que él había convertido. Y cuando entre ellos recono-

cía personalmente á algunos, deteníase á conversar con ellos, porque, como era ciudadano romano, los guardias le demostraban mayores consideraciones.

Más allá de la puerta llamada Trigemina (1), encontró á Plautilla, hija del Prefecto Flavio Sabino, y viendo su rostro juvenil bañado en lágrimas, la dijo:

—Plautilla, hija de la Salvación Eterna, sigue tu camino en paz. Solamente dame un velo con que vendarme los ojos cuando cuando vaya á unirme al Señor.

Y tomándolo de sus manos continuó su camino con el rostro tan lleno de alegría como el del obrero que, terminada con fruto su diaria faena, regresa gozoso al hogar.

Sus pensamientos, al igual de Pedro, eran tan plácidos y serenos como el firmamento en aquella hermosa tarde.

Dirigió una mirada pensativa á la llanura que se extendía ante su vista y á los Montes Albanos, que á la sazón parecían darse una soberbia inmersión de luz.

Y recordaba sus viajes, sus trabajos, sus esfuerzos, las luchas en que había salido triunfante, las iglesias que había fundado en todas las tierras y más allá de todos los mares; y pensó que se había ganado honradamente su reposo, que había terminado ya su labor.

Comprendía ahora que la semilla que había plantado ya no podría verse esparcida por los vientos de la iniquidad.

Abandonaba esta vida llevando la certidumbre de que en la batalla que la verdad, proclamada por sus labios, había presentado al mundo, triunfaría; y esa convicción inundó su alma de una suprema paz.

El camino al sitio de la ejecución era largo y la noche llegaba.

Las montañas tiñéronse de púrpura y sus bases fueron gradualmente hundiéndose en la sombra. Los ganados volvían á sus apriscos. Aquí y allí, grupos de esclavos tor-

(1) La Puerta Trigemina, Ostiense de Roma, hoy de San Pablo.

naban á sus hogares, llevando al hombro sus herramientas de trabajo.

Los niños, que jugaban en el camino delante de las casas, miraban con curiosidad á los soldados que iban pasando.

Pero en esa tarde, en esa atmósfera transparente, en que los últimos destellos del sol daban reflejos áureos, no sólo reinaba una tranquilidad acariciante, sino que había en la naturaleza una especie de armonía indecible, que parecía elevar á los humanos de la tierra al cielo.

Y Pablo sentía todo aquello, y su corazón hallábase inundado de placer ante la idea de que á esa armonía universal, había venido él á agregar una nota que antes no residiera en ella y sin la cual habría parecido el mundo simplemente un concierto de retñidores címbalos ó de resonantes bronces.

Recordaba cómo había dictado al pueblo la ley del amor, cómo había inculcado á las multitudes que aun cuando hubieran de dar todos sus bienes á los pobres, aun cuando hubieran de ser doctos en todas las lenguas, aun cuando poseyeran todos los secretos y fuesen peritos en todas las ciencias, nada serían, en suma, sin el amor; sin el amor que es bueno, tolerante, que no retorna el mal, que no ambiciona honores, que todo lo soporta, que todo lo cree, que todo lo espera, que todo lo sufre con paciencia y mansedumbre.

Y así había transcurrido su vida: enseñando al pueblo la verdad.

Y ahora se decía en su interior:

—¿Qué poder podría igualar á ese poder, qué fuerza podría vencerlo? ¿Podría el César ponerle límites, si bien tuviese doble número de legiones y doble número de ciudades, de mares, de tierras y de naciones?

Y marchaba hacia su galardón con paso de conquistador.

El destacamento de pretorianos abandonó por fin el ca-

mino real y torció al oriente por un sendero estrecho que conducía al Aquæ Saliæ.

A la sazón el sol ocultábase entre los brezos.

El centurión ordenó á sus soldados que hicieran alto en la fuente, pues había llegado ya el momento.

Pablo se colocó en el brazo el velo de Plautilla, á fin de vendarse luego con él los ojos.

Y por vez primera alzó esos ojos, llenos de una serenidad inefable, hacia la misteriosa luz de aquella tarde, y oró.

Sí, el momento había llegado; pero él veía ante sus ojos un amplio sendero, lleno de luz, que al cielo conducía; y desde lo íntimo de su alma repitió las propias palabras que anteriormente había prescrito, presintiendo el término cercano de su misión ya cumplida, y su próximo fin.

—«He librado una reñida batalla; he terminado mi carrera; he conservado la fe. De aquí en adelante sólo me resta aguardar el galardón de la divina justicia.»

CAPÍTULO LXXI

Roma había seguido por mucho tiempo en su desenfrenada locura, de manera que la ciudad señora del mundo parecía estar ya próxima á un total desquiciamiento por la anarquía y el desgobierno.

Aun antes de que hubiera sonado para los Apóstoles la hora postrera, verificóse la conspiración de Pisón, seguida por un tan despiadado segar de las más altas cabezas de Roma, que hasta los que veían en Nerón una divinidad, hubieron de preguntarse por fin si no era la suya una divinidad de muerte.

El duelo envolvía á la ciudad, el terror moraba en los hogares y en los corazones, aun cuando los pórticos seguían coronados de hiedra y de flores, porque no era permitido dar muestras de pesar por los muertos.

Las gentes, al despertar cada mañana, se preguntaban á quién habría de tocar en seguida el turno fatídico.

Y la comitiva de espectros que formaban el siniestro séquito del César seguía aumentando de día en día.

Pisón había pagado su conspiración con la cabeza; después de él habían seguido Séneca y Lucano, Fenio Rufo y Plaucio Laterano, y Flavio Esceveno, y Afranio Quine-tiano y el disoluto compañero de las locuras de César, Tulio Senecio, y Próculo, y Araricio, y Tugurino, y Grato, y Silano, y Próximo—que un tiempo fueron cordialmente adictos á Nerón—y Sulpicio Asper.

Algunos viéronse destruidos por su propia insignificancia, otros por el temor, otros por sus riquezas, otros por su bravura.

El César, sorprendido ante el número de los conspiradores, había cubierto las murallas de soldados y mantenía como en estado de sitio á la ciudad, enviando á diario centuriones con sentencias de muerte á las casas de los sospechosos.

Y los condenados se humillaban á él en cartas llenas de adulación, en las cuales daban al César las gracias por sus sentencias y le dejaban una parte de sus bienes, á fin de salvar el resto para sus hijos.

Y pareció por fin que Nerón se excedía expresamente en la medida de su insana crueldad, á fin de convencerse del grado de abyección á que habían llegado los hombres y de ver por cuánto tiempo más habría de seguir sopor-tando el mundo su férula sangrienta.

Después de los conspiradores, eran ejecutados sus parientes, luego sus amigos, y por último hasta los simples conocidos de aquéllos.

Los habitantes de regias moradas construídas después del incendio, al salir de ellas á la calle estaban seguros siempre de encontrarse en su camino con una serie numerosa de procesiones fúnebres.

Pompeyo, Cornelio, Marcial, Flavio Nepote y Estacio Domicio perecieron á consecuencia de haber sido acusados de falta de amor por el César; Novio Prisciano, por

ser amigo de Séneca; Rufio Crispo fué condenado al entredicho del agua y del fuego porque un tiempo había sido marido de Popea. El gran Trasea se perdió por su virtud; muchos pagaron con sus vidas su noble origen, y hasta Popea (1) cayó víctima de un acceño furente de Nerón.

El Senado se abatía en presencia del terrible gobernante y levantó un templo en su honor; hizo ofrendas en favor de su voz; coronó sus estatuas, y designó sacerdotes consagrados á su servicio, como al de una divinidad.

Los senadores, temblando hasta en lo profundo de sus envilecidas almas, acudían al Palatino á ensalzar el canto de los «Periodonices» y aturdirse desenfrenadamente con él en orgías de cuerpos desnudos, de vino y de flores.

Pero entre tanto, desde abajo, en el campo empapado en lágrimas y en sangre, brotaba la semilla de Pedro, cada día más lozana y robusta.

CAPÍTULO LXXII

Vinicio á Petronio:

«Nos hallamos al corriente, *carissime*, de la mayor parte de los sucesos que están ocurriendo en Roma, y lo que no sabemos lo refieren tus cartas.

»Cuando se arroja una piedra en el agua, la onda se va alejando de ese punto más y más, en una evolución circular; así la onda de iniquidad y de locura llega hasta nosotros desde su punto de arranque del Palatino.

»En su viaje á Grecia, Carinas recibió la orden de pasar por aquí, donde se entregó al saqueo de ciudades y de templos, á fin de llenar de esa manera el tesoro exhausto. Al precio del sudor y de las lágrimas del pueblo está Nerón edificando la «Casa de Oro» en Roma. Posible es que

(1) Popea murió de un puntapie que Nerón le dió en el vientre estando en cinta.

el mundo no haya visto jamás una casa parecida, pero con seguridad no habrá sido jamás testigo antes de tamaña injusticia.

»Tú conoces á Carinas. Chilo fué igual á él, hasta que redimió su vida con su muerte. Pero, á las ciudades que se hallan cercanas á la nuestra no han llegado todavía sus secuaces, porque en ellas no hay templos, ni tesoros.

»Me preguntas si aquí estamos fuera de peligro. Contesto que aquí estamos fuera de preocupaciones, eso te baste.

»En este momento, y desde el pórtico bajo el cual estoy escribiéndote, contemplo nuestra mansa bahía, y en ella veo en un bote á Ursus tendiendo una red en sus limpidas aguas.

»Mi esposa se halla cerca de mí, devanando lana roja, y en los jardines, á la sombra de los almendros, cantan nuestros esclavos.

«¡Oh, qué tranquilidad, *carissime*, y qué olvido de pasados sufrimientos y terrores!

»Mas, no son las Parcas, como tú lo escribes, quienes hilan y devanan de tan grata manera el hilo de nuestras vidas; Cristo, nuestro amado Salvador y Dios, es quien nos bendice y nos protege. Conocemos las lágrimas y los pesares, porque nuestra religión nos enseña á llorar las ajenas desventuras; pero en estas lágrimas hay un consuelo que tú no conoces, porque, cuando llegue el término de nuestra vida, nos iremos á reunir á todos esos seres queridos que han perecido y siguen pereciendo aún por su amor á á la divina verdad.

»Para nosotros, Pedro y Pablo no han muerto; simplemente han renacido á la gloria. Nuestras almas les ven, y en tanto que nuestros ojos lloran, nuestros corazones reboan del júbilo que están ellos disfrutando.

»¡Oh, sí, mi querido amigo! Somos felices, y la nuestra es una felicidad que nada podrá destruir, puesto que la muerte, que para tí es el fin de todas las cosas, para nos-

otros significa el paso, la entrada á un reposo eterno y superior á todas las terrenas dichas.

»Y así transcurren aquí los días y los meses, en medio de una dulce tranquilidad de espíritu.

»Nuestros sirvientes y esclavos creen, como nosotros, en Cristo y en sus mandamientos de amor; de ahí el que nos amemos los unos á los otros.

»Con frecuencia, cuando se ha puesto ya el sol, ó cuando brilla la luna rielando sobre el agua. Ligia y yo deparáramos de los pasados tiempos, que se presentan como un sueño en la retina del alma; y al pensar cuan cerca de la tortura y de la muerte se hubo de encontrar esa cabeza amada, ensalzo al Señor con todo mi corazón, porque solo El pudo arrancarla de aquel poder, salvarla del suplicio de la arena y restituirla para siempre á mi amor.

»¡Oh, Petronio! Tú has visto qué resignación y qué consuelos ofrece nuestra religión en las horas de infortunio; ven ahora y sé testigo de cuánta felicidad es capaz de brindar en los días ordinarios y corrientes de la vida.

»Las gentes hasta hoy no habían conocido á un Dios á quien pudiese amar el hombre; de aquí que tampoco se amaran entre ellos mismos. De eso emanaban sus infortunios y sus dolores; porque así como del sol procede la luz, así también la felicidad arranca su origen del amor.

»Ni legisladores, ni filósofos, han enseñado esta verdad: ella no ha existido tampoco en Grecia ni en Roma; y cuando te digo en Roma, ello equivale á decir en el mundo entero.

»Las frías y áridas enseñanzas de los estóicos, á las cuales se adhieren los hombres virtuosos, tiemplan el corazón como se temple una espada, pero lo vuelven indiferente ó insensible en vez de mejorarlo.

»Y después de todo, ¿á qué dirigirte yo estas observaciones, á tí, que has estudiado y aprendido tanto y que posees mayor penetración que yo? Tú conociste á Pablo de Tarso, y más de una vez tuviste con él largas conferen-

cias; de ahí el que tú puedas discernir mejor, si en comparación con las verdades que él enseñaba, no son todas las enseñanzas de los filósofos y de los retóricos un vacío juego de palabras sin significación alguna.

»¿Recuerdas la pregunta que Pablo te hizo?—¿Si el César fuera cristiano, ¿no os sentiríais todos vosotros más seguros, más ciertos de seguir siendo dueños de lo que ahora poseéis, libres de zozobras y ciertos del mañana?»

»Tú me decías entonces que nuestras enseñanzas eran enemigas de la existencia; y [yo te digo ahora que aun cuando desde el principio de esta carta me hubiese llevado, repitiéndote solamente estas dos palabras: «¡Soy feliz!» no habría podido aún manifestarte plenamente cuánta es mi felicidad.

»A esto has de contestar, por cierto, que mi felicidad es Ligia. Efectivamente, amigo mío. Porque yo amo su alma inmortal y porque ambos nos amamos en Jesucristo, por eso no hay en tal amor ni separación, ni engaño, ni mudanza, ni edad, ni muerte.

»Porque, cuando la juventud y la hermosura pasen ó se agoten, cuando nuestros cuerpos se marchiten y venga la muerte, quedará siempre el amor, porque también quedará el espíritu.

»Antes de que se abrieran mis ojos á lo luz, habría sido yo capaz de incendiar mi casa por el amor de Ligia; pero ahora te digo que entonces yo no la amaba, pues fué Cristo quien primero me inició en su amor. En El reside la fuente de la paz y de la felicidad. Y no soy yo quien tal dice: la realidad misma de las cosas lo está pregonando.

»Compara tu propia vida opulenta y sibarita, querido amigo, envuelta en zozobras; tus deleites, inseguros del mañana; tus orgías, con el vivir de los cristianos, y encontrarás como resultante de esos paralelos una gráfica respuesta.

»Pero, para poder comparar con mejor acierto, ven á

nuestras montañas, olorosas de tomillo, á nuestros olivares sombreros, á nuestras riberas orladas de hiedra.

»Te aguardan aquí una paz que no has conocido en mucho tiempo y corazones que te aman sinceramente.

»Y tú, que tienes un alma noble y buena, debieras de ser feliz.

»Tu clara percepción, como ninguna, es apta para recoger la verdad y para amarla una vez reconocida.

»Ser enemigo de ella, como César y Tigelino, es posible, pero á nadie puede serle indiferente.

»¡Oh, Petronio mío! A Ligia y á mí nos asiste la consoladora esperanza de verte luego.

»Consérvate bien, sé feliz, y ven á nosotros.»

Petronio recibió esta carta en Cumas, á donde había ido con otros augustanos acompañando al César.

Su lucha de largos años con Tigelino, aproximábase á su término.

Petronio sabía ya que debía caer vencido en aquella contienda, y comprendía muy bien por qué. Como el César descendía cada día más á los papeles de comediante, bufón y auriga; como cada día hundíase más en el lodazal de una grosera, enfermiza y abyecta disipación, aquel exquisito árbitro del buen gusto empezaba á ser para él una simple carga.

Aun cuando Petronio guardaba silencio, Nerón veía un agravio en tal silencio; y cuando el árbitro elogiaba, al César antojábasele traslucir el ridículo al través de sus elogios.

Aquel brillante patricio mortificaba su amor propio y mantenía en acecho su envidia.

Y sus riquezas y sus espléndidas obras de arte habían llegado también á ser objeto de codicia, tanto para el gobernante como para su todopoderoso ministro.

Hasta entonces habíase perdonado la vida á Petronio solamente en vista del viaje á Acaya en perspectiva, en el cual viaje su buen gusto, su profundo conocimiento de

todo lo relativo á Grecia y á los griegos, podían ser muy útiles.

Pero Tigelino había ido gradualmente infiltrando en el ánimo del César la convicción de que Carinas le sobrepujaba en buen gusto y en conocimientos, y que sería más apto y adecuado para disponer en Acaya juegos, recepciones y triunfos.

Y desde este momento estuvo Petronio perdido.

Pero no había suficiente valor para enviarle su sentencia en Roma.

El César y Tigelino recordaban muy bien que aquel aparentemente afeminado esteta, que hacía «de la noche día,» que vivía en la molicie y se ocupaba tan solo en el arte, en el amor y las fiestas, había dado pruebas de una sorprendente habilidad y energía en el puesto de procónsul de Bitinia, y posteriormente como cónsul de la capital. Considerábanle, pues, capaz de cualquier hazaña, y era sabido que en Roma contaba no solo con el amor del pueblo sino también hasta de los pretorianos.

Ninguno de los confidentes del César era capaz de prever cómo había de obrar Petronio en un momento dado; pareció por lo tanto más prudente atraerlo fuera de la ciudad y darle el golpe en una de las provincias.

Con este objeto recibió una invitación para ir á Cumas con otros augustanos. Y se dirigió allí, si bien sospechó la celada que se le tendía, quizás por no aparecer en abierta oposición, quizás por mostrar una vez más al César y á los augustanos un semblante alegre y ajeno á toda preocupación y por alcanzar antes de su muerte una última victoria sobre Tigelino.

Entre tanto, este último le acusó de amistad con el senador Escevino, quien había sido el alma de la conspiración de Pisón.

Las gentes de Petronio que habían quedado en Roma fueron reducidas á prisión y los guardias pretorianos rodearon su casa.

Cuando hubo llegado esto á su conocimiento, no experimentó la menor inquietud ni alarma, y dijo con una sonrisa á los augustanos á quienes había recibido en su espléndida casa de campo de Cumas:

—Enobarbo es enemigo de las interpelaciones directas; ya veréis su confusión cuando le pregunte yo si ha sido él quien ha ordenado la prisión de «mi familia» en la capital.

Y les invitó en seguida á una fiesta para antes del «más largo de los viajes;» y acababa de hacer los preparativos del caso, cuando llegó la carta de Vinicio.

Al recibirla, Petronio púsose algo pensativo, pero al cabo de algunos momentos volvió su rostro á su compostura habitual, y esa misma noche contestó lo siguiente:

«Pláceme vuestra felicidad y admiro vuestros corazones, porque yo no había pensado que dos amantes pudieran recordar á una tercera persona que se halla lejos.

«Y vosotros no solo no me habéis olvidado, sino que intentáis persuadirme de que vaya á Sicilia á fin de compartir vuestro pan y vuestro Cristo, quien, según tú me escribes, os ha dado una felicidad tan completa.

»Si ello es así, honor á EL Empero, á mi juicio, Ursus tuvo algo que hacer con la salvación de Ligia, y el pueblo romano tuvo también que ver un poco en ella. Mas, ya que tú cres que Cristo realizó la hazaña, no te he de contradecir. No economices las ofrendas en su honor. Prometeo también se sacrificó por el hombre; pero, ¡ay! Prometeo, al parecer, solo es una invención de los poetas, al paso que gentes dignas de fe me han dicho que ellas vieron á Cristo con sus propios ojos. Convengo contigo en que es el más digno de todos los dioses.

»Recuerdo bien la pregunta de Pablo de Tarso, y creo que si Enobarbo viviera con arreglo á las enseñanzas de Cristo, tendría yo tiempo de visitaros en Sicilia. En ese caso podríamos conversar, á la sombra de los árboles y cerca de las fuentes de todos los dioses y de todas las verdades

discutidas por los filósofos griegos de todos los tiempos. Mas, por hoy, me veo en la necesidad de limitarme á una breve respuesta.

»Estimo solamente á dos filósofos: Pirrón y Anacreonte. Los demás, pronto me hallo á vendértelos baratos, con el agregado de todos los estóicos griegos y romanos. La verdad, Vinicio, reside á tanta altura, que los mismos dioses no alcanzan á divisarla desde la cumbre del Olimpo.

»En cuanto á tí, *carissime*, parece que tu Olimpo se halla todavía más alto y, de pie sobre él, me llamas y me dices:—«Ven y habrás de contemplar paisajes tales, que hasta hoy no los has de haber visto semejantes.»—Bien pudiera. Pero yo te contesto:—«No tengo ya pies para el viaje.»—Y si lees hasta el fin esta carta, comprenderás, me lo figuro, que me asiste razón.

»¡No, dichoso marido de la princesa Auroral No es tu religión para mí. ¿He de amar yo á los bitinios que conducen mi litera, á los egipcios que me calientan el baño? ¿He de amar á Enobarbo y á Tigelino? Te juro por las blancas rodillas de las Gracias, que aun cuando quisiera amarlos, no podría.

»Hay en Roma por lo menos cien mil personas que tienen los hombros encorvados ó las rodillas deformes, ó los muslos raquíuticos, ó los ojos saltados, ó la cabeza desproporcionada. ¿Quisieras también obligarme á amar á todos esos desdichados? ¿En dónde he de hallar ese amor, si no lo tengo en el corazón? Y si tu Dios desea que yo ame á esas personas, ¿por qué en su omnipotente voluntad no les dió las formas de los hijos de Niobe, por ejemplo, que tú has visto en el Palatino? Quien ame como yo la belleza, por esa misma razón se halla imposibilitado para amar la deformidad; uno puede no creer en nuestros dioses, pero es posible amarlos, cual amáronlos Fidias, Praxiteles, Mirón, Escopas y Lisias.

«Aun cuando yo deseara ir á donde quisieras tú condu-

cirme, no lo podría. Y puesto que no lo deseo, me hallo doblemente imposibilitado.

»Tú crees, como Pablo de Tarso, que del otro lado de la laguna Estigia has de ver á Cristo en algunos Campos Eliseos. Pues bien, llegado ese caso, que te diga El mismo si querría recibirme con mis gemas, mi vaso mirrino, mis libros publicados por los Socios y con mi Eunice, la de los cabellos de oro.

»Y este pensamiento me hace reir; porque Pablo de Tarso me dijo que en obsequio á Cristo debe uno decir adiós á las guirnaldas de rosas, á las fiestas y á la molicie.

»Verdad es que me prometió un otro linaje de felicidad; pero yo le contesté que ya estaba demasiado viejo para una felicidad nueva, que mis ojos encontrarían siempre deleite en las rosas; y que el aroma de las violetas me era más caro que el olor que exhalan mis desaseados vecinos del Suburra.

»Por estas razones, la felicidad tuya no puede ser felicidad mía.

»Pero hay todavía otro motivo, que he reservado para el último: Thanatos (la Muerte) me llama. Para tí decirse puede que empiezan ahora los albores de la vida; pero mi sol se ha puesto ya, y los melancólicos fulgores del crepúsculo empiezan á rodear mi cabeza. En otras palabras: debo morir, *carissime*.

»Y no vale la pena el hablar extensamente de esto: yo debía terminar así. Tú que conoces á Enobarbo, comprenderás fácilmente la situación. Tigelino ha triunfado, ó mejor dicho, mis victorias han llegado á su término ya. He vivido como lo deseaba, y muero según me place.

»No tomes esto á pechos. Ningún dios me ha prometido la inmortalidad; así, pues, la muerte no me coje de sorpresa.

»Y al mismo tiempo dígotte que estás equivocado, Vini-
cio, al asegurar que solo tu Dios enseña al hombre á morir tranquilo. No. Nuestro mundo sabía desde antes que

tú nacieras, que una vez apurada la última copa, era llegado el momento de partir,—el momento del descanso,—y ahora mismo sabe todavía hacer eso con toda tranquilidad. Platón declara que la virtud es música, que la vida de un sabio es armonía. Si esto es verdad, he de morir como he vivido: virtuosamente.

»Quisiera decir adiós á tu divina esposa con las palabras que un tiempo le dirigí al saludarla en casa de Aulio Plaucio: «Muchas personas han visto mis ojos; mas no he conocido la que llegar á igualarte pueda».

»Si el alma es algo más de lo que Pirron cree, la mía habrá de volar hacia tí y hacia Ligia á su paso en dirección á los confines del océano, y se detendrá en tu casa en forma de mariposa ó, como piensan los egipcios, en forma de la hembra del gevilán. De otra manera no podré llegar.

»Entretanto, sea Sicilia para vosotros un nuevo jardín de las Hespérides; plegue á los dioses de los campos, florestas y fuentes, sembrar de flores vuestro camino y construyan sus nidos las palomas blancas en cada uno de los acantos de las columnas de tu casa.»

CAPÍTULO LXXIII

No se había equivocado Petronio.

Dos días después, el joven Nerva, que siempre había sido amigo sincero suyo, envió á Cumas á su liberto con las noticias de lo que pasaba en la corte del César.

La muerte de Petronio había sido acordada. En la mañana del día siguiente pensaban mandarle con un centurión la orden de detenerse en Cumas y esperar allí nuevas instrucciones. El siguiente mensajero, que llegaría pocos días después, sería portador de la sentencia de muerte.

Petronio escuchó la noticia con inalterable calma.

—Llevarás á tu señor,—dijo,—uno de mis vasos; y le

dirás de mi parte que le agradezco su mensaje con toda mi alma, porque ahora me hallo en situación de poder anticiparme á la sentencia.

Aquella misma tarde sus esclavos salieron en todas direcciones llevando á los augustianos que á la sazón se hallaban en Cumas, y á todas las señoras, sendas invitaciones para un magnífico banquete en la casa de campo del árbitro.

Y en la propia tarde escribió en su biblioteca; en seguida tomó un baño, después de lo cual ordenó á las *vestipli-cæ* que le arreglasen artísticamente sus vestidos.

Brillante y soberbio como un dios se dirigió al triclinio á fin de inspeccionar con ojo crítico los preparativos, y en seguida fué á los jardines, en donde mancebos y doncellas griegas de las islas hallábanse á la sazón tejiendo guirnaldas de rosas para la fiesta de la noche.

Ni la más leve preocupación se notaba en su semblante.

Los sirvientes sabían tan sólo que la fiesta sería extraordinariamente suntuosa, pues había ordenado Petronio que se dieran liberales recompensas á los que le dejaran complacido, y ligeros golpes á los que no hicieran su labor á satisfacción, ó que hubieran merecido castigo é incurrido en su desagrado.

A los citaristas y cantantes habíales hecho pagar espléndidamente con anticipación.

Por último fué á sentarse en el jardín bajo una haya, al través de cuyas ramas los rayos del sol señalaban la tierra con puntos brillantes, y llamó á Eunice.

Llegó ésta, vestida de blanco, luciendo un ramo de mirto en los cabellos, y hermosa como una de las Gracias.

Sentóla Petronio á su lado, la tocó suavemente la sien, y estuvo contemplándola breves instantes con la admiración con que un crítico observa una estatua que ha brotado del cincel de un maestro.

Luego, la dijo:

—Eunice: ¿sabes tú que desde hace largo tiempo no eres esclava?

Ella alzó hacia Petronio sus serenos ojos, azules como el firmamento, y haciendo una señal negativa con la cabeza, contestó:

—Yo soy tuya siempre.

—Pero acaso ignoras,—continuó Petronio,—que esos esclavos que aquí entretejen guirnaldas y coronas, y todo lo que existe en la casa, con sus campos y sus rebaños, te pertenecerán de hoy en adelante.

Eunice al oír esto, apartóse de él con un ademán rápido y preguntó con voz llena de súbita alarma:

—¿Por qué me dices esto?

Luego se le acercó nuevamente, le miró y entrecerró los ojos con una indefinible expresión de asombro. Después de algunos instantes púsosele el rostro pálido como un lienzo.

El entretanto sonrió, y agregó solamente dos palabras:

—¡Así es!

Y sucedióse un momento de silencio, durante el cual sólo se escuchó el roce de las hojas de la haya, por leve brisa agitadas.

Petronio, al ver ahora á la joven, habría pensado que delante de él se hallaba una estatua de mármol blanco.

—Eunice,—la dijo;—deseo morir en calma.

Y la tierna amante, mirándole con una sonrisa que partía el corazón, le dijo en voz baja:

—Ya te escucho.

En la noche los augustianos, que habían asistido anteriormente á fiestas dadas por Petronio y sabían que, comparadas con ellas aun los banquetes del César eran cansados y bárbaros, empezaron á llegar en gran número.

Y á nadie ocurrióse entonces que aquel debía de ser el último «*symposium*» (convite).

Muchos sabían, ciertamente, que á la sazón rodeaban al exquisito árbitro las nubes de la cólera del César; más, ocu-

rría eso tan amenudo, y Petronio había sabido disiparlas con tanta frecuencia mediante una simple frase audaz, que nadie pensaba seriamente en que pudiera estarle amenazando un grave peligro.

Y su rostro alegre, su sonrisa habitual y su elegante despreocupación de siempre, confirmó á todos sus regocijados huéspedes en aquella opinión.

La hermosa Eunice, á quien había manifestado su propósito de morir en calma y para quien cada palabra de Petronio era como una sentencia del Destino, mostraba también en sus facciones una tranquilidad perfecta y en sus ojos ún extraordinario y primoroso brillo, que bien podría tomarse como indicio de contentamiento.

En la puerta del triclinio, unas doncellas que llevaban aprisionados los cabellos en redes de oro, colocaban guirnaldas de rosas sobre las cabezas de los invitados y les advertían, como era de rigor, salvaran los umbrales de la estancia adelantando en primer lugar el pie derecho.

En el vestíbulo se notaba el perfume de las violetas; y las lámparas eran de cristal de Alejandría, de varios colores.

Al lado de los lechos triclinarios había doncellas griegas cuya ocupación era perfumar los pies de los invitados.

Y se hallaban asimismo en su sitio los citaristas y los cantantes atenienses, prontos á dar principio á una señal de su director.

El servicio de la mesa era de un esplendor exquisito, y por lo mismo ni ofendía á la vista, ni la ofuscaba: veíase como un accesorio natural de aquella opulenta mansión.

Y una atmósfera de alegría y de libertad se respiraba allí junto con el aroma de las violetas.

Los invitados, al penetrar en aquella estancia, sentíanse libres de preocupaciones y cuidados, á diferencia de lo que ocurría en la casa del César, en donde un huésped bien podía pagar con la vida un elogio insuficiente ó inadecuado.

A la vista de las lámparas, de los vasos decorados con hiedra, del vino helado sobre depósitos de nieve y de los delicados manjares, la alegría reinó en todos los corazones. Y empezó á escucharse el rumor de las conversaciones como el de un enjambre de abejas en un manzano en flor. Por momentos eran interrumpidas esas conversaciones por fuertes estallidos de risa, por rumores de aplausos y hasta por algún ruidoso beso posado sobre unos blancos y torneados hombros.

Los invitados, al beber el vino en las exornadas copas, derramaban de ellas algunas gotas en honor de los dioses inmortales, y á fin de alcanzar su benevolencia y sus simpatías en favor del amable anfitrión.

No importaba que muchos de ellos no creyeran en los dioses: la costumbre y la superstición así lo prescribían.

Petronio, reclinado cerca de Eunice, hablaba de Roma, de los últimos divorcios, de asuntos de amor, de las carreras, de Espículo, quien había alcanzado reciente nombradía en la arena como gladiador, y de los últimos libros llegados á las tiendas de Atracto y de los Socios.

Y cuando á su vez derramaba el árbitro el vino, declaraba que lo hacía solamente en honor de la Señora de Chipre, la más antigua de las divinidades y la más grande, la única inmortal, imperecedera y dominante.

Su conversación asemejábase á la luz del sol, que á cada instante resplandece sobre algún nuevo objeto, ó á la brisa de verano, que suavemente agita las flores de los jardines.

Por último, hizo una señal al director de la parte musical, é inmediatamente dejáronse oír suavemente las cítaras á las cuales acompañaba un coro de juveniles voces.

Entonces un grupo de doncellas de Cos, pueblo de donde Eunice era originaria, empezaron una graciosa danza, que dejaba en descubierto y daba realce á sus rosadas formas, tenuemente veladas por aéreos trajes de gasa.

En seguida un adivino egipcio predijo á los invitados la

buena ventura, leyéndola en el movimiento de los colores del iris en un vaso de cristal.

Después de una serie variada y placentera de pasatiempos de esta índole, Petronio se incorporó un tanto en su rica almohada siria, y dijo con tranquilo acento:

—Perdonad, amigos míos, que os pida un favor en esta fiesta. ¿Quiere cada uno de vosotros aceptar como obsequio mío el vaso en el cual ha hecho aquí la primera libación en homenaje á los dioses y por mi prosperidad?

En los vasos de Petronio resplandecían el oro, las piedras preciosas y las entalladuras de afamados artistas; de manera que aunque la costumbre de estos obsequios se hallaba establecida en Roma, un íntimo placer invadió los corazones ante la esplendidez del obsequio actual.

Algunos de los invitados le tributaron por ello abiertamente su gratitud; otros dijeron que nunca Jove había honrado á los dioses con más ricas dádivas en su Olimpo; y finalmente hasta hubo quienes se negaban á aceptarlos, alegando que tales obsequios sobrepujaban á la apreciación ordinaria.

Pero Petronio alzó en seguida su vaso mirrino, que brillaba como un arco iris, y cuyo precio era simplemente fabuloso.

—Este,—dijo,—es el vaso en que sólo yo he libado en honor de la Señora de Chipre. Los labios de hombre alguno volverán á tocarlo de hoy en adelante, y ninguna mano tampoco podrá hacer en él libaciones en honor de otra divinidad.

Y así diciendo arrojó el precioso vaso al pavimento, que se hallaba alfombrado con flores de azafrán, de color de lirio.

Y cuando se hubo hecho mil diminutos pedazos, añadió al notar en derredor suyo multitud de semblantes llenos de asombro:

—Mis queridos amigos: alegráos y no os sorprendan mis palabras. La enervación y la vejez son muy tristes compa-

ñeras en los últimos años de la vida. Y yo quiero daros un buen ejemplo y un buen consejo. Tenéis el poder, como lo veis, de no aguardar la vejez; podéis partir antes de que llegue, cual voy á hacerlo yo.

—¿Qué te propones?—preguntaron alarmadas muchas voces.

—Me propongo divertirme, beber vino, escuchar música, contemplar esas divinas formas que véis en derredor, y quedarme dormido en seguida, orlada de flores la cabeza. Me he despedido ya del César; ¿queréis oír lo que le he escrito al partir?

Y sacando un papel de debajo de la purpúrea almohada, leyó lo siguiente:

«Sé muy bien, ¡Oh, César! que estás aguardando mi regreso con impaciencia; que tu leal corazón de amigo, día y noche languidece por mí. Sé que te hallas dispuesto á colmarme de obsequios, á nombrarme prefecto de los guardias pretorianos y á ordenar á Tigelino que vuelva á ser lo que los dioses le hicieron: un muletero de aquellas tierras que tú heredaste después de envenenar á Domicio.

»Perdóname, empero, porque te juro por el Averno y por las sombras de tu madre, de tu esposa, de tu hermano y de Séneca, que no puedo ya volver á tí. La vida es un gran tesoro. De ese tesoro he disfrutado las mas preciosas joyas; pero en la vida hay también muchas cosas que ya no puedo soportar por mas tiempo.

«No supongas, te lo ruego, que me halle ofendido porque tú mataste á tu madre, á tu mujer y á tu hermano; porque incendiaste á Roma y enviaste al Erebo (el infierno) á todos los hombres honrados que había en tus dominios. No, nieto de Cronos. La muerte es la herencia del hombre, y de tí no han podido esperarse otras hazañas.



Muerte de Petronio

»Pero, romperle á uno los oídos por años enteros con tu poesía; ver tu abdómen de un Domicio sobre unas piernas flacas que dan grotescas volteretas en pírrica danza; escuchar tu música, tu declamación, tus coplas de ciego, mísero poetaastro de los suburbios, eso ya pasa de los límites de mi paciencia y al fin ha despertado en mí el deseo de morir.

»Roma se tapa los oídos cuando te oye; y el mundo te desprecia. Ya no puedo seguir avergonzándome de tí, ni tengo tampoco voluntad para ello.

»Los ladridos de Cerbero, aunque semejantes á tu música, serán para mí menos enfadosos, porque, como nunca he sido amigo Cerbero, no tengo motivo para avergonzarme de sus ladridos.

»Adiós, pero no hagas música; asesina, pero no escribas versos; envenena, pero no bailes; incendia, pero no toques la cítara.

»Estos son los deseos y el postrer consejo amistoso que te envía

EL ARBITER ELEGANTIE.»

Los invitados se llenaron de terror ante la lectura de esta carta, porque comprendían que la pérdida de su poder, habría sido menos cruel para Nerón que semejante golpe.

Comprendían también que el hombre que había escrito ese papel estaba condenado á morir, y al mismo tiempo pusiéronse pálidos de temor al considerar que acababan de asistir á semejante lectura.

Pero, Petronio, rió con sincera y franca alegría, cual si se tratara de la mas inocente broma, y luego dijo:

—Permaneced tranquilos y contentos, y desechad todo tomor. Ninguno de vosotros necesita jactarse de haber oído la lectura de esta carta. Yo me jactaré de ella solamente con Caronte, cuando vaya cruzando por la laguna, en su compañía y en su barca.

Hizo en seguida una seña al médico griego y extendió el brazo.

El hábil facultativo, en un abrir y cerrar de ojos, le abrió una vena en la articulación del brazo.

La sangre borbotó sobre la almohada y cayó sobre Eunice, quien sosteniendo la cabeza de Petronio se inclinó hacia él y dijo:

—¿Pensaste que yo te abandonaré? Aún cuando los dioses hubieran de darme la inmortalidad, y el César el dominio del mundo, te seguiría siempre.

Petronio sonrió, se incorporó un tanto, oprimió con los suyos los labios de su amante, y dijo:

—Ven conmigo.

Eunice extendió entonces su róseo brazo al médico, y un instante después, la sangre de ella empezaba á mezclarse y confundirse con la sangre de él.

En seguida hizo Petronio una señal á los músicos, y de nuevo escucháronse las voces juveniles y los sonos de las cítaras.

Cantaron primero «Harmodio;» en seguida la canción de Anacreonte,—en que éste se queja que un tiempo encontró al tierno hijo de Venus Afrodita, lloroso y aterido bajo unos árboles; que le dió abrigo y calor, y secó sus alas, y en pago el ingrato niño atravesó con un dardo su corazón, y desde ese instante, la paz había abandonado al poeta.

Petronio y Eunice, reclinados el uno junto á la otra, hermosos como dos divinidades, escuchaban, palideciendo de tanto en tanto.

Terminada esa canción, Petronio hizo servir mas vino y nuevos manjares; conversó luego con los invitados que te-

nía mas próximos de cosas baladíes pero agradables, tales como las que de ordinario servían de tema en esas fiestas.

Finalmente llamó al griego, á fin de que le vendara el brazo un momento; pues dijo que el sueño empezaba á atormentarle y deseaba entregarse primero á Hypnos (el Sueño) antes de que Thanatos (la Muerte) le hiciera dormir para siempre.

Y en efecto, quedóse dormido.

Cuando despertó, la cabeza de Eunice reposaba sobre su pecho como una blanca flor.

La colocó, entonces, sobre la almohada, á fin de contemplarla por última vez. En seguida se hizo abrir nuevamente las venas.

A una señal suya, entonaron nuevamente los cantantes la canción de Anacreonte, que las cítaras iban acompañando levisísimamente, á fin de que no se ahogara en sus notas ni una sola letra del canto.

Petronio fué palideciendo mas y mas, y cuando hubo expirado la última vibración, volvióse de nuevo á sus invitados y dijo:

—Amigos: confesemos que con nosotros perece...

Pero no tuvo ya fuerzas para terminar la frase; con un postrer movimiento de su brazo estrechó á Eunice, cayó luego su cabeza en la almohada, y expiró.

Y los invitados, al contemplar aquellos dos blancos cuerpos, que semejaban dos estatuas admirables, comprendieron perfectamente que con ellos perecía todo lo que había quedado á su mundo en esa época: la poesía y la belleza.

EPÍLOGO

Al principio la sublevación de las legiones gálicas, al mando de Vindex, no pareció muy seria.

El César sólo se hallaba en el trigésimo primer año de su edad y nadie era suficientemente osado á la sazón para creer que el mundo pudiera verse tan pronto libre de aquella pesadilla que lo ahogaba.

Recordábase que mas de una vez habían ocurrido sublevaciones parecidas entre las legiones —durante los reinados anteriores— y habían pasado, no obstante, sin tener por consecuencia un cambio de Gobierno; pues durante el reinado de Tiberio, Druso había sofocado la sublevación de las legiones de Hungría.

—¿Quién,—decían las gentes,—podría asumir el gobierno después de Nerón, si han perecido todos los descendientes del divino Augusto?

Y otros, mirando al Coloso, figurábanse que Nerón era un Hércules y pensaban que ninguna fuerza sería capaz de quebrantar un poder como el suyo.

Y hasta contábanse algunos que desde su viaje á la Acaya lamentaban su ausencia, porque Helio y Politetes, á quienes había dejado el gobierno de Roma y de Italia, lo ejercían de manera mas cruelmente asesina que él.

Nadie se hallaba seguro de su vida, ni de su propiedad. La ley había dejado de proteger. La dignidad humana y la virtud habían perecido; los lazos de la familia no existían; y aquellos corazones, envilecidos ya, ni siquiera osaban dar acceso á la esperanza.

De Grecia venían á la continua las nuevas de los triunfos incomparables del César, de los millares de coronas que había conquistado, de los millares de competidores á quienes había vencido.

El mundo parecía haberse convertido en una orgía de histrionismo y de sangre; pero al mismo tiempo existía la opinión formada de que habían pasado á mejor vida la virtud y los actos de dignidad, para ceder su lugar á la era de la danza, la música, el desenfreno y la sangre, y que la existencia debería en lo futuro seguir por esa infausta corriente.

El mismo César, á quien la rebelión le abrió el camino para nuevos saqueos, no se había preocupado mucho de la sublevación de las legiones y de Vindex; por el contrario, hasta solía manifestar por ello su complacencia.

Ni siquiera deseaba regresar de Acaya; y solamente cuando Helio le comunicó que una mayor dilación en su viaje, bien pudiera traer consigo la caída de su gobierno, se decidió á moverse con rumbo á Nápoles.

Y aquí siguió representando, cantando y recibiendo con impasible indolencia los anuncios del inminente peligro.

En vano Tigelino le explicaba que las anteriores revueltas de las legiones, no habían contado con caudillos, en tanto que esta vez hallábase á la cabeza de la rebelión un hombre que descendía de los antiguos reyes de Galia y Aquitania, y era un soldado famoso y aguerrido.

—Aquí,—contestaba Nerón,—me escuchan los griegos, únicos hombres que saben escuchar, y también los únicos dignos de mis cantos.

Y agregaba que sus primeros deberes eran el arte y la gloria.

Pero, cuando por fin llegaron las noticias de que Vindex le había declarado un artista detestable, saltó bruscamente de su ensimismamiento y se movió hacia Roma.

Las heridas infligidas por Petronio, y cicatrizadas durante su permanencia en Grecia, volvieron á abrirse en su corazón y quiso que el Senado le compensara de tan inaudita injusticia.

En su viaje de regreso vió un grupo fundido en bronce que representaba á un guerrero galo vencido por un caballero romano. Juzgó que ese grupo era un augurio favorable, y desde entonces cada vez que hablaba de las legiones sublevadas y de Vindex sólo era para ridiculizarlas.

Su entrada en la ciudad sobrepujó á todo lo que hasta entonces hubiérase visto.

La efectuó en un carro que había usado Augusto en su entrada triunfal. Un arco del Circo fué demolido á fin de abrir calle á la comitiva. El Senado, los caballeros y multitud de pueblo fueron á su encuentro; las murallas se estremecían á los gritos de: «¡Salve, Augusto! ¡Salve, Hércules! ¡Salve divinidad, el incomparable, el Olímpico, el Pitio, el inmortal!

Detrás de él eran conducidas las coronas que había conquistado, los nombres de las ciudades en que había triunfado; y sobre tablas venían inscriptos asimismo los nombres de los maestros á quienes había vencido.

El propio Nerón venía ébrio de placer, y lleno de emoción, preguntaba á los augustianos que iban á su lado:

—¿Qué fué el triunfo de Julio, comparado con este triunfo?

Y la idea de que algún mortal osara levantar la mano sobre semejante semidiós, no entraba en su cabeza.

Sentíase, realmente, olímpico, y por consiguiente, seguro.

La excitación y la locura de la plebe, daba pábulo mayor á su locura.

Y en efecto, habría podido parecer, en el día de semejante entrada triunfal, que no solamente el César y la ciudad, sino el mundo entero, había perdido el juicio.

Al través de aquella inmensidad de flores, guirnaldas y coronas, nadie alcanzaba á ver el precipicio.

Y sin embargo, esa misma noche, las columnas y las murallas de los templos, fueron cubiertas de inscripciones en las que se hacía la historia de los crímenes de Nerón, se le amenazaba con la inminente venganza y se le ridiculizaba como artista.

De boca en boca circulaba la frase:

—Cantó hasta despertar á los galos.

Las noticias alarmantes, dieron la vuelta de la ciudad y alcanzaron proporciones enormes.

Apoderóse la zozobra de los augustianos.

El pueblo, lleno de incertidumbre con respecto al porvenir, no se atrevía á expresar anhelos ni esperanzas: apenas si osaba sentir ó pensar.

Pero Nerón, siguió viviendo sólo en teatros y entre músicas.

Instrumentos recientemente inventados ocupaban su atención, así como un nuevo órgano de agua que se estuvo ensayando en el Palatino.

Con un criterio pueril, incapaz de ningún designio certero, ni de acción alguna determinada, se imaginaba que le sería dable en cualquier circunstancia alejar todo peligro mediante la promesa de juegos y exhibiciones teatrales que se irían sucediendo de serie en serie hasta un remoto porvenir.

Las personas que le rodeaban, viendo que en vez de arbitrar medios y de organizar un ejército, se preocupaba simplemente en rebuscar expresiones adecuadas para describir el peligro de más gráfica manera, empezaron á per-

der la cabeza. Otros pensaron que su único objetivo era aturdirse y ensordecirse á sí mismo y á los demás con citas y dichos grandilocuentes ó ampulosos, en tanto que reinaban en su alma la zozobra y el terror.

Y en efecto, sus actos llegaron á ser los de un hombre dominado por la fiebre. Cada día cruzaban por su cabeza mil nuevos proyectos. Por momentos saltaba de su asiento á fin de precipitarse á conjurar el peligro: daba orden de empaquetar sus laúdes y cítaras, de armar á las esclavas jóvenes á guiza de amazonas y llevar las legiones al Este.

Otras veces le sobrevenia la idea de sofocar la rebelión de las legiones gálicas no por medio de la guerra, sino con música; y en lo íntimo de su alma deleitábase al solo pensar en el espectáculo que habría de seguir á la conquista de los soldados por virtud de las notas de su canto.

Los legionarios le rodearían con lágrimas en los ojos; él les cantaría un epinicio (1), después de lo cual empezaría la edad de oro para él y para Roma.

Unas veces clamaba por sangre: otras, declaraba que se hallaría satisfecho con seguir gobernando en Egipto.

Traía también á veces á la mente la predicción que le había prometido el señorío sobre Jerusalem y le llenaba de emoción la idea de que podría un día ganarse el pan cotidiano como trovador errante, y que las ciudades y los países honrarían en él, no al César, señor del mundo, sino al poeta, cuyo émulo no había existido hasta entonces en la tierra.

Y así proseguía luchando, enfureciéndose, tocando, cantando, cambiando de proyectos, declamaciones y dichos, y transformando su vida y transformando al mundo en un sueño absurdo, fantástico, horrendo, en una especie de ensordecidora y desatentada cacería en que se confundían y atropellaban las expresiones hinchadas, los versos malos, los gemidos, las lágrimas y la sangre.

(1) Himno á la victoria.

Y entretanto la nube en occidente aumentaba y volvía-se más densa de día en día.

La medida se había colmado ya; la insensata comedia tocaba á su término.

Cuando llegaron á sus oídos las noticias de que Galba y España se habían unido á la sublevación, tuvo un acceso de furor y de locura. Rompió vasos, volcó la mesa en una fiesta y tales órdenes impartió, que ni Helio ni el mismo Tigelino se atrevieron á ponerlas en ejecución. Matar á los galos residentes en Roma, incendiar la ciudad por segunda vez, soltar las fieras y trasladar la capital á Alejandría, parecíale á la vez grande, sorprendente y fácil.

Pero los días de su dominio habían pasado ya, y hasta los que habían sido cómplices suyos en sus crímenes anteriores, empezaron á mirarle como á un loco.

No obstante, con la muerte de Vindex y el desacuerdo entre las legiones sublevadas, pareció que la balanza volvía á pesar del lado suyo.

Celebróse aquello en Roma con nuevas fiestas, nuevos triunfos y nuevas sentencias, hasta que una noche un mensajero llegó á galope al Palatino en un caballo espumajante, con la noticia de que en la propia ciudad los soldados habían levantado el pendón de la revuelta y proclamado César á Galba.

Nerón estaba durmiendo cuando llegó el enviado.

Al despertar, llamó en vano á su guardia nocturna, que vigilaba la entrada á sus aposentos. Estaba el palacio desierto y los esclavos á la sazón saqueaban en sus más apartados rincones todo aquello que pudiera ser fácil de llevar en su fuga. Pero la vista de Nerón les aterrorizó. El, entretanto, vagaba solo por el palacio llenándolo con sus gritos de terror y desesperación.

Por último, sus libertos Faonte, Esporo y Epafrodito vinieron en su auxilio.

Le aconsejaron que huyera, asegurándole que no había tiempo que perder; más él seguía engañándose aún. Si se

vistiera de luto y hablara al Senado, ¿podría éste resistir á sus súplicas y á su elocuencia? Si desplegara todo su poder de persuasión, su retórica y sus talentos de actor, ¿habría alguien que en la tierra pudiese resistirle? ¿No le darían, entonces, siquiera la prefectura de Egipto?

Los libertos, acostumbrados á prodigarle sus adulaciones, no tuvieron aún la entereza bastante para darle una explícita negativa; limitáronse tan solo á prevenir que antes de que hubiese llegado al Foro, el pueblo le habría hecho pedazos; y le declararon que si no montaba inmediatamente á caballo le abandonarían ellos mismos.

Faonte le ofreció asilo en su casa de campo situada fuera de la Puerta Nomentana. Al cabo de algunos momentos montaron sus caballos y cubriendo á Nerón la cabeza con un manto se dirigieron á galope hacia el extremo de la ciudad.

La noche agonizaba ya.

Y en las calles había un movimiento que demostraba la índole excepcional de la situación.

Los soldados, ora solos, ora en pequeños grupos, hallábanse diseminados por toda la ciudad. No lejos del campamento, el caballo del César dió un brusco salto á la vista de un cadáver. Cayósele entonces de la cabeza el manto á Nerón; un soldado le reconoció, y confundido ante encuentro tan inesperado, le hizo el saludo militar.

Al pasar por el campamento de los pretorianos escucharon aclamaciones atronadoras en honor de Galba.

Y Nerón hubo de comprender por fin que la hora de la muerte se acercaba para él.

El terror y los remordimientos le asaltaron entonces.

Y declaró que veía una sombra delante de sus ojos en la forma de una oscura nube.

De esa nube se destacaban rostros en los cuales distinguió á su madre, á su mujer y á su hermano.

Castañeteábanle de terror los dientes; y sin embargo su

alma de comediante halló al punto una especie de encanto en el horror de aquel momento.

Ser el señor absoluto del mundo y perder todas las cosas de la tierra parecíale ahora el clomo de la tragedia; y consecuente consigo mismo, desempeñaba hasta el fin el papel de protagonista.

Una fiebre de citas y frases apoderóse de él y un deseo vehemente de que los que le acompañaban tomaran nota de ellas para bien de la posteridad.

Por momentos decía que deseaba morir y llamaba á Epículo, el más hábil matador de todos los gladiadores.

En otros momentos decía con acento declamatorio:

—¡Madre, mujer y padre me evocan á la muerte!

Empero, de cuando en cuando cruzaban por su cerebro unos como relámpagos de esperanza, que era, no obstante, vana y pueril, porque sabía que iba marchando á la muerte, y no lo creía, sin embargo.

Encontraron abierta la Puerta Nomentana. Y prosiguiendo su marcha, pasaron cerca de Ostriatum, en donde Pedro había predicado y bautizado.

Y al romper el alba llegaban á la casa de campo de Faonte.

Allí los libertos no le ocultaron por más tiempo el hecho de que había llegado la hora de morir.

Ordenó entonces que cavasen una sepultura y hasta se echó al suelo á fin de que tomasen exacta medida de su cuerpo.

Empero, á la vista de la abierta fosa volvió á dominarle el miedo. Púsose pálido y por su frente corrieron gruesas gotas de sudor.

Y retardaba el momento.

Con voz al mismo tiempo teatral y abyecta, declaró que no había llegado aún la hora, y empezó luego á declamar nuevamente.

Por último les rogó incinerasen su cadáver, y repetía con aire de afectado asombro:

—¡Qué grande artista es el que vá á morir!

Entretanto, el mensajero de Faonte volvió trayendo la noticia de que el Senado había dictado la sentencia y declarado en ella que el «parricida» debería morir con arreglo á la antigua costumbre.

—¿Cuál es la antigua costumbre?—preguntó Nerón con los labios blancos.

—Con un tridente sujetarán tu cuello, te azotarán hasta que mueras y arrojarán luego al Tíber tu cadáver,—contestó bruscamente Epafrodito.

Nerón se descubrió el pecho y dijo alzando al firmamento la vista:

—¡Ya es tiempo entonces!

Y luego repitió nuevamente:

—¡Qué grande artista es el que vá á morir!

En ese momento dejóse oír el galope de un caballo.

Era el centurión que venía con un grupo de soldados en busca de la cabeza de Enobarbo.

—¡Apresúrate!—exclamaron los libertos.

Nerón colocóse la cuchilla en el cuello con timidez. Era evidente que jamás tendría el valor de introducirla toda.

Epafrodito entonces con un súbito ademán le empujó la mano y el puñal se introdujo hasta el mango.

Los ojos de Nerón dieron un vuelco horrible y expresaron un terror inmenso.

—¡Te traigo la vida!—exclamó el centurión entrando en ese instante.

—¡Demasiado tarde!—dijo Nerón con voz ronca; y luego añadió:

—¡Esa es la fidelidad!

Y en un abrir y cerrar de ojos apoderóse la muerte de su cabeza. De su grueso cuello borbotó la sangre en obscuro chorro sobre las flores del jardín. Azotó el suelo con los pies y murió.

A la mañana siguiente, la fiel Actea envolvió su cuerpo en costosas telas y lo incineró en una pira llena de perfumes.

Y así pasó Nerón como un torbellino, como una tormenta, como un incendio, como pasa la guerra y pasa la muerte; pero la basílica de San Pedro gobierna hasta ahora, desde las cumbres del Vaticano, á la ciudad y al mundo.

Cerca de la antigua Puerta Capena existe hasta hoy día una pequeña capilla que lleva esta inscripción, algo borrada por el tiempo: *¿Quo Vadis, Domine?*

*** FIN ***



Univ. Murcia



2010097

603163

EN PRENSA

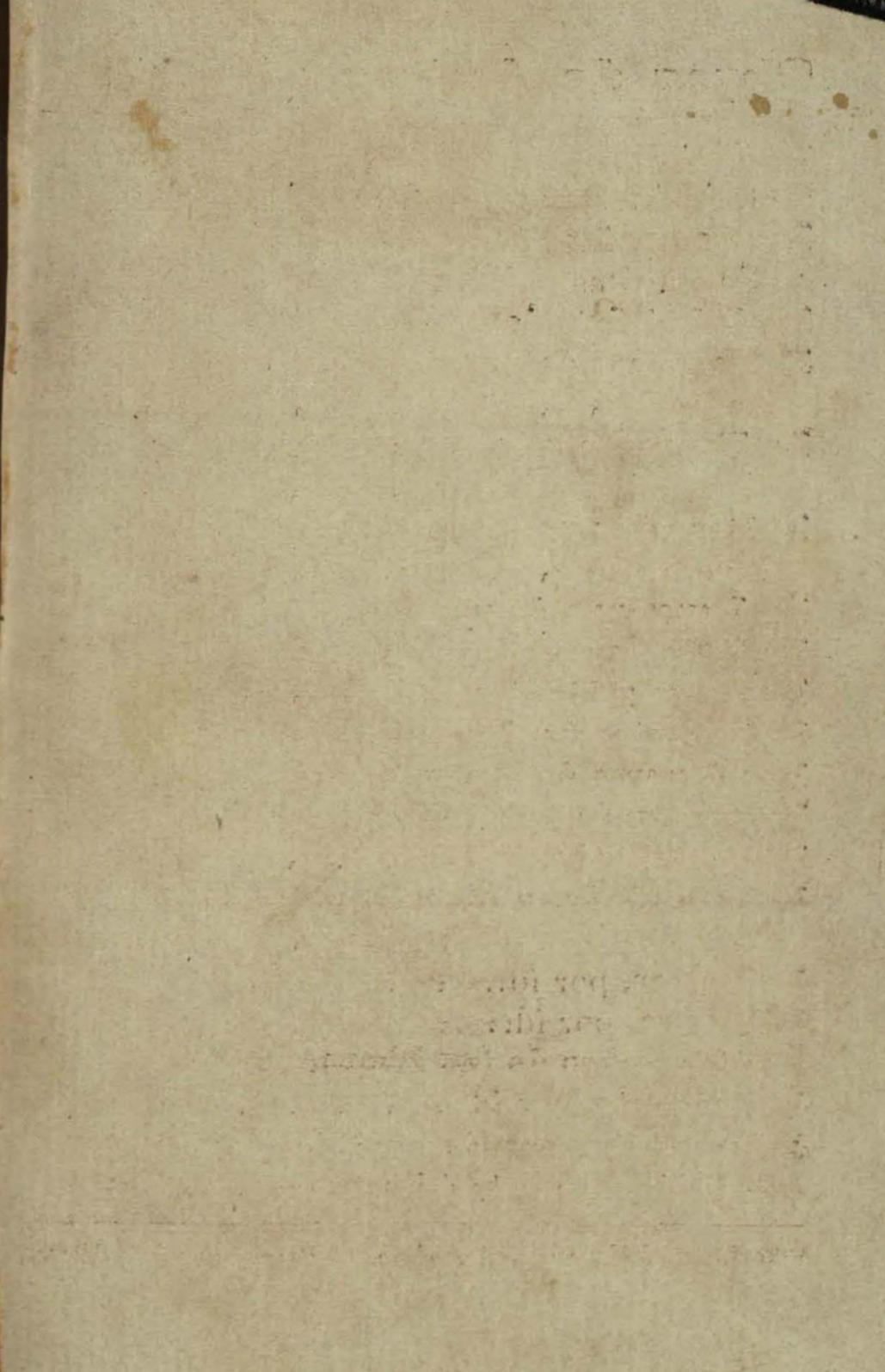
SIN DOGMA

Una de las más famosas novelas del notable escritor polaco

ENRIQUE SIENKIEWICZ

traducida correctamente al español, por el distinguido escritor

CAMILO BARGIELA



Obras de Autores Ilustres

Un Matrimonio del Gran Mundo , por O. Feuillet (de la Academia Francesa)	1	tom o
Los Compañeros del Silencio , por Paul Feval, (ilustrada)	2	»
La Sala Misteriosa , por íd.	1	»
El Posadero de Aldea , por E. de Conscience.	1	»
La Venus de Gordes , por A. Belot y E. Daudet.	1	»
El Beso de una Muerta , por Carolina Invernizio.	1	»
La Venganza de una loca , por íd.	1	»
La Huérfana de la Judería , por íd.	1	»
Pasiones y Delitos , por íd.	1	»
El Espectro del Pasado , por íd.	1	»
Los Amores de Marcelo , por íd.	1	»
El Crimen de la Condesa , por íd.	1	»
El Resucitado , por íd.	1	»
El Triunfo de la Muerte , por Gabriel D' Annunzio, (ilustrada).	2	»
El Placer , por íd.	2	»
El Fuego , por íd.	2	»
Las Vírgenes de las Rocas , por íd.	1	»
El Inocente , por íd.	1	»
¿Quo Vadis? por Enrique Sienkiewicz.		
Edición completa é ilustrada.	2	»



SIENKIEWICZ



Quo vadis

TOMO II

